

Gran



DICCIONARIO

TAURÓMACO

NUEVA EDICIÓN CORREGIDA Y NOTABLEMENTE AUMENTADA POR SU AUTOR



J. SÁNCHEZ DE NEIRA

MADRID

1896



R. VELASCO IMPRESOR, MARQUÉS DE SANTA ANA, 20. TELÉF. Nº 551.

F. Flaegs



COLECCIÓN DE LAS OBRAS COMPLETAS

DE

J. Sánchez de Neira

GRAN DICCIONARIO TAURÓMACO

GRAN DICCIONARIO TAURÓMACO

COMPRENDE

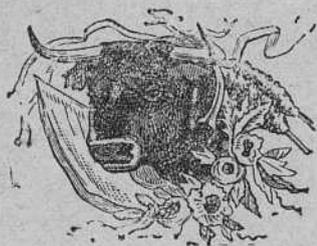
TODAS LAS VOCES TÉCNICAS CONOCIDAS EN EL ARTE; ORIGEN, HISTORIA, INFLUENCIA EN LAS COSTUMBRES, DEFENSA Y UTILIDAD DE LAS CORRIDAS DE TOPOS; EXPLICACION DETALLADA DEL MODO DE EJECUTAR CUANTAS SUERTES ANTIGUAS Y MODERNAS SE CONOCEN, LO CUAL CONSTITUYE EL MÁS EXTENSO

ARTE DE TOREAR

TANTO A PIÉ COMO A CABALLO, QUE SE HA ESCRITO HASTA EL DÍA; BIOGRAFÍAS, SEMBLANZAS, BOCETOS Y RESEÑAS DE ESCRITORES, ARTISTAS, LIDIADORES Y OTRAS PERSONAS QUE CON SUS TALENTOS, INFLUENCIAS Ó DE CUALQUIERA MANERA HAN CONTRIBUIDO AL FOMENTO DE NUESTRA FIESTA NACIONAL; GANADERÍAS, HIERROS, DIVISAS, PLAZAS, INSTRUMENTOS DE TOREO ETCÉTERA, ETCÉTERA

NUEVA EDICIÓN CORREGIDA Y NOTABLEMENTE AUMENTADA POR SU AUTOR

J. Sánchez de Neira



MADRID

R. VELASCO, IMPRESOR, CALLE DEL MARQUÉS DE SANTA ANA, NÚM 20

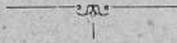
TELÉFONO NÚMERO 551

1896

Es propiedad.

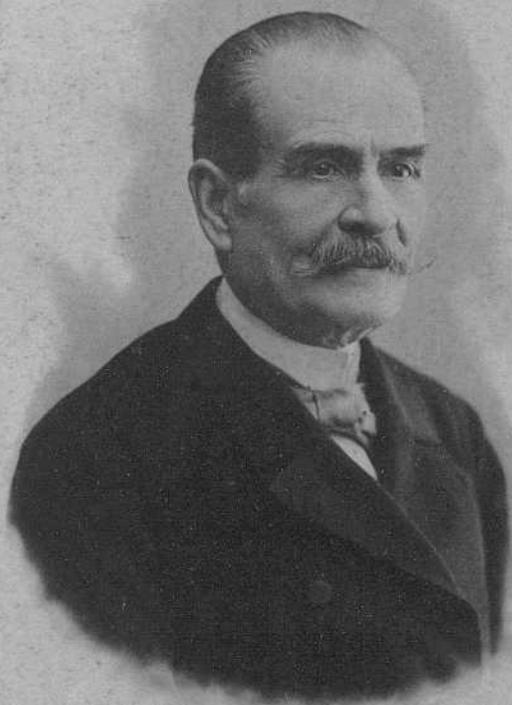
Queda hecho el depósito que marca la ley.

Primera parte



INTRODUCCIÓN





CLICHÉ CAMPKXV

FOTOGRAFIA DE HAUSER Y MENET. - MADRID

José María de Neirap



AL QUE LEYERE:

CUANDO en 1879 dí al público la primera edición de este libro, manifesté claramente en un preámbulo, que lo hacía obligado, en cierto modo, por varios amigos aficionados á la fiesta española, que supusieron en mí, con relación al arte de torear, su historia y sus derivaciones, conocimientos más extensos de los que real-

mente poseo; y añadí los párrafos siguientes para explicar el plan que me proponía seguir en la estructura de la obra:

«Mucho tiempo resistí dichas excitaciones amigables; pero la insistencia fué cada vez mayor. Conocí la utilidad y aun la necesidad de una obra de esta clase, que no tiene igual hasta ahora; aproveché algunos ratos libres de otros trabajos, y me ocupé en escribirla en la forma que la presento.

»No sé si agradará, que es mi deseo: tengo, sin embargo, gran confianza en que así suceda, porque la índole y forma especial de la obra han de hacer que se consulte y tenga á mano con frecuencia por los que de toros hablen.

»Los curiosos y amigos de saber de todo, aunque la función favorita de los españoles no sea de su mayor agrado, también encontrarán aquí algo que les entretenga, ó al menos que satisfaga su curiosidad, si hojeando estas páginas buscan noticias antiguas ó modernas, ó datos históricos, estadísticos, biográficos ó de otra clase que consultar.

»Y dicho esto, explicaré el pensamiento que me ha guiado al escribir el libro.

»Es cosa demasiado sabida que un gran número de personas, al leer las revistas ó descripciones de nuestras fiestas de toros que se publican por la prensa periódica, no entiende muchas veces el verdadero significado de las palabras técnicas que el uso ha autorizado, pero que la Academia no ha admitido como castizas y puramente castellanas. Muchas de ellas, sin embargo, podrían aceptarse sin escrúpulo: algunas que el Diccionario de la lengua comprende, están definidas de distinto modo al en que las entiende el aficionado; y las más, aunque muy usadas é indispensables ya para entenderse, únicamente deben figurar en un *Diccionario especial*, puesto que pueden llamarse convencionales. Resulta de esto que el lector, ó se cansa y se aburre cuando no comprende bien lo que lee, ó se burla de las palabras ininteligibles para él; y más de una vez la interpretación de una frase ha promovido cuestiones, que han sido dirimidas por aficionados antiguos, no siempre unánimes en la definición de aquellas, porque suele variar en algo, según el dialecto particular de cada provincia.

»Para remediar esto, hasta donde sea posible, va encaminada gran parte de esta obra, que facilitará á todos el significado exacto del tecnicismo taurómico, según la opinión de los más reputados inteligentes, con cuya amistad me he honrado, ya que ninguno de los escritores que se han ocupado de nuestra diversión nacional, ha acometido esta empresa con la extensión que merece.

»Pero ya una vez emprendidos los trabajos para esta publicación, no debía limitarme á lo referido, porque además de la conveniencia de decir algo sobre el origen, vicisitudes é influencia de las corridas de toros en las costumbres españolas, es ya necesario ó indispensable un *arte de torear*. He acometido esta difícil empresa, describiendo todas las suertes del toreo, con arreglo á lo que he visto en más de cincuenta años de observación y consultado con personas competentes, sin apartarme de lo preceptuado por los grandes maestros, si bien aumentando las reglas que el moderno toreo exige para las nuevas suertes inventadas.

»Creí también oportuno hacer detallada mención de las diversas castas de toros más conocidas en España, condiciones precisas para su lidia, toros célebres y sus divisas, y enumerar las personas más notables que en bellas artes ó por cualquier otro

medio han contribuido con sus talentos á ensalzar ó acrecentar directa ó indirectamente la afición al espectáculo más agradable al pueblo español; porque, francamente, hay que confesarlo: sin el apoyo que de un modo ú otro ha recibido el arte, de personas que han comprendido la necesidad de proteger en todo pueblo la diversión á que más se inclina, ni aquél se hubiera elevado tanto perfeccionándose, ni pasaría de cosa admitida en fiestas de segundo orden, si la lidia hubiese continuado siendo lo que fué en su origen.

»Como complemento, y conociendo el interés que siempre despiertan las hazañas de los que más se han distinguido en las lides taurinas, he incluido extensos apuntes biográficos de los caballeros y toreros, tanto de á pié como de á caballo, que se han conocido desde los tiempos más remotos hasta nuestros días. En este punto, puedo decir con seguridad que ninguna de las obras publicadas contiene tantos nombres de lidiadores como la presente; y eso que es muy posible que algunos, si bien pocos, hayan sido olvidados por su escasa importancia, pasajera vida pública, ó por la dificultad de reunir datos.

»Fácilmente se comprende que, además de varias noticias y documentos de mi propiedad, y aun de la de algunos amigos y antiguos aficionados, á quienes mucho agradezco lo que me han ilustrado, he tenido á la vista cuantas obras hablan de corridas de toros. De sus autores hago mención en el sitio correspondiente, declarando con ingenuidad que sin el auxilio de todos me hubiera sido imposible escribir esta obra, que he redactado sin pretensiones.

»Al principio dudé en cuanto á la forma que debiera darla, puesto que ni quería tratar las cuestiones de toreo tan ligeramente como las trataron algunos autores, ni con la extensión que lo hicieron otros: lo primero, porque yo doy más importancia al arte que aquellos; y lo segundo, para evitar digresiones y repeticiones inútiles y fatigosas al lector. Así que, aprovechando la forma que necesariamente había de dar al vocabulario técnico, me pareció desde luego la más adecuada la de Diccionario, que sin cansar la imaginación con largos artículos históricos, biográficos, descriptivos ó de otra clase, que ocupan generalmente muchas páginas en los libros que he consultado, facilita por el contrario satisfacer en el acto cualquier duda ó curiosidad, con sólo buscar la palabra en el lugar correspondiente. De este modo he podido tratar con separación cuestiones suscitadas entre aficionados, dándolas una solución que es la más admitida entre la mayoría de los inteligentes, dar también noticias que, como forman capítulos separados, son fáciles de retener en la memoria; y, además, incluir en mi *Diccionario* los nombres de celebridades que en mayor ó menor escala han contribuido de algún modo al esplendor del arte.

»Mi obra no está escrita en competencia con otras ya publicadas, y cuyo mérito soy el primero en reconocer; pero ¿por qué no decirlo? Incluido como está en la presente, no sólo cuanto aquellas contienen, sino muchísimo más que no ha visto la luz pública, y que es de mi propia cosecha, forzosamente he de considerar mi libro como el más extenso y completo de cuantos hasta ahora se han escrito sobre el arte de torear y sus incidencias.

»En un libro de esta clase se echaría de menos, justamente, que el autor se hubiese limitado á tratar del origen é historia del toreo en artículos cortos y separados,

como tienen que ser los que en el Diccionario ocupen un lugar en la palabra ó voz á que corresponden: también sería falta imperdonable, ya que la obra ha de hablar de cuanto al arte taurino se refiere, dejar de decir algo en vindicación de los ultrajes que continuamente se han dirigido y dirigen á nuestra fiesta nacional: por esas razones he escrito, como introducción al Diccionario, una corta serie de artículos, encabezándoles y expresando en ellos cuanto conviene saber para apreciar con exactitud lo que han sido antes las corridas de toros, lo que son en la actualidad, tipos que las constituyen y apreciaciones que en todas sus incidencias ofrece tan soberbio espectáculo.»

Eso dije, hace dieciocho años, al frente de mi *Diccionario*. Si cumplí ó no lo prometido, el público lo ha dicho recompensando mi trabajo de modo tan extraordinario, que hay poquísimos ejemplos en la moderna bibliografía española de aceptación semejante. De sus páginas se ha copiado casi todo su contenido en folletos, libritos y hojas sueltas, y muchos miles de ejemplares vendidos en España, Francia, Alemania, Italia, Inglaterra y América, *donde se han hecho, además, algunas ediciones fraudulentas*, prueban mi afirmación de que el libro era necesario, y se ha considerado útil, no sólo por la afición á las corridas de toros, sino para los curiosos y hombres de estudio.

Favor tan grande me obliga á refundir el *Diccionario*, variando ligeramente el título que antes le dí, para que forme, como la más importante, al frente de la *Colección completa* de mis obras, inéditas y ya publicadas, que han de suceder á la presente.

En esta novísima edición, que es la primera de la colección, me propongo seguir el mismo orden que en la anterior, si bien con las modificaciones en la forma que me han parecido convenientes, después de corregir algunos defectos no advertidos á tiempo en la primera. Será en gran parte un libro *nuevo*, porque ha de comprender tal número de voces no incluídas en aquél, tan abundante colección de biografías, semblanzas, hechos históricos y datos estadísticos y de toda clase, que igualarán al número de los ya publicados antes, excediéndolos en muchos casos en novedad é interés. De no ser así, para no dar al libro más importancia, hubiérale dejado como estaba, ya que tan aceptado había sido: pero en la necesidad de reimprimirle para dar en él cabida á lo mucho nuevo que ha ocurrido y he averiguado durante los años transcurridos, he optado por aumentar el trabajo, incluyendo la explicación de suertes que, aunque derivadas de las que son realmente raíz y origen del verdadero modo de torear, se estiman como nuevas, todo lo inédito de antiguo que he podido investigar y cuanto de importante se ha presentado á la expectación pública de cien años acá, que no ha sido poco, respecto de toreros nuevos y de sucesos taurinos.

Esa labor representa un trabajo más ímprobo de lo que aparece á primera vista. Es difícil encontrar en nuestras bibliotecas las obras necesarias para consultarlas, y es casi imposible, por más que haya quien lo dude, obtener de muchos interesados los datos que se les piden, tal es su incuria y abandono. Sin embargo, las faltas de los departamentos oficiales y de particulares las han suplido con creces amigos amantes de las letras y bibliófilos distinguidos, tanto españoles como extranjeros.

Con tales elementos, y con mi decidida afición, no sólo á las lidias de toros, sino

á cuanto con ellas se relaciona, espero sea esta nueva edición del *Diccionario taurómico*, aun más que la primera, el libro más completo, en su género, de cuantos han aparecido hasta el día, que es precisamente la idea que tuve cuando me decidí por primera vez á publicarle. No creo, sin embargo, haber hecho una obra perfecta ni del agrado de toda clase de personas: y, por lo tanto, diré otra vez con el laureado poeta Zorrilla:

Los libros no son onzas españolas,
que en todas partes con aplauso corren
y que se recomiendan por sí solas,
aunque poco se gasten ó se borren.

*A mí quien me critica no me aflige;
á mí me hace un favor quien me corrige.*



CAMPINHOS PORTUGUESES. — Fot. de C. RELVAS



CAPÍTULO PRIMERO

DE LAS FIESTAS EN GENERAL Y EN PARTICULAR DE LA DE TOROS

Unos hombres frecuentemente congregados á solazarse y divertirse en común, formarán siempre un pueblo unido y afectuoso, conocerán un interés general y estarán más distantes de sacrificarle á su interés particular. Serán de ánimo más elevado, porque serán más libres, y, por lo mismo, serán también de corazón más recto y esforzado.

JOVELLANOS

LA fiesta favorita del pueblo español, á la que todas las clases sociales rinden tributo, la que ven con miedo por primera vez los extranjeros, con asombro después, y luego con entusiasmo y ardiente pasión, ha sido, es y será siempre objeto de acaloradas polémicas, de empeñadas discusiones, sobre la conveniencia de conservarla ó prohibirla.

Este es un privilegio que tiene todo lo grande, todo lo importante, todo lo que sale de la esfera de lo ordinario y común.

Si se tratara de uno de esos espectáculos insulsos, de ninguna significación, que á poco tiempo caen en desuso, relegados completamente al olvido

por su escasísimo atractivo, poca controversia se suscitaría; nadie hablaría de ello, y la cosa pasaría, como otras muchas, al través de los tiempos sin dejar tras sí rastro de ninguna clase, como no le deja el humo que despiden pobre chimenea de modesto hogar.

El asunto tiene en sí mismo gravedad bastante, y aun sobrada, para ser estudiado detenidamente. Al considerarle, nos apartaremos, hasta donde sea posible, de la pasión que sobre nosotros pesa, por su influencia.

La del clima, el aprecio que todo ser hace de lo que es suyo, y el apego que naturalmente tenemos á conservar aquello que nos legaron nuestros padres, y que nos alegró cuando niños, han contri-

búido poderosamente á arraigar en todos los españoles la pasión por sus fiestas de toros.

¿Qué extraño es que para muchos se haya hecho una necesidad, para algunos un vicio, presenciar y aun tomar parte en tan soberbio espectáculo?...

*
*
*

Ante todo debemos hacer una advertencia.

Si el lector es de los implacables detractores de nuestra fiesta nacional, de los que no dan oídos á la razón, que no pase adelante, que cierre este libro y le regale sin leerle; y si le ha costado su dinero, haga caso de lo que dijo Quevedo: «El que compra libros y los escarnece, primero hace burla de sí, que gastó mal su dinero, que del autor, que se lo hizo gastar mal.»

Si, por el contrario, le gustan los *galleos*, y las suertes á *pitón limpio*; si tiene afición á *derribar...* vacas, ó goza con la descripción de los *volapiés* en los *rubios* ó de la estocada recibiendo *por todo lo alto*, mejor que con el *mete y saca* por lo bajo, que lea sin temor de disgustarse; que con un poco de afición y de benevolencia por su parte, es seguro que le ha de agradar lo que digamos; y si, no siendo aficionado, es de los que desean saber para juzgar luego con sensatez, lea también, que algún fruto ha de sacar de esta lectura.

Escribimos para negar, con razones que nos parecen convincentes, que la fiesta á que tanto cariño tenemos, dañe en lo más mínimo la moralidad, los buenos sentimientos del pueblo español, calumniado en este particular, como en otros muchos, injusta y duramente por envidiosos extranjeros, hipócritas moralistas y venales filosofastros que siguen el rumbo y derrotero que otros les marcan, sin estudiar ni tener en cuenta qué móviles son los que á los primeros les impulsan, ni qué objeto se proponen.

Hay muchos que critican las corridas de toros nada más que porque *suponen* que á las personas ilustradas debe serles repugnante un espectáculo en que hay peligro, sin considerar que precisamente esto constituye su mérito principal, como le constituye en las acciones heroicas, en las arriesgadas exploraciones de países ignotos y en otros muchos accidentes de la vida, que más aplaudidos y elogiados son, cuanto mayor ha sido el trabajo para conseguir un objeto, más grande la dificultad para obtener el fin apetecido, y más expuesto y extraordinario el obstáculo que se ha vencido, ya

sea en ciencias, artes, guerras, juegos ó pasatiempos.

Las personas ilustradas, lo mismo que las de las clases trabajadoras, necesitan forzosamente acudir á fiestas y funciones que, aunque sea por poco rato, distraigan su imaginación de estudios serios, de trabajos de bufete y aun de los disgustos que sus delicadas profesiones les proporcionan; y claro es que, reconocida como lo está universalmente esta necesidad, y la precisión de satisfacerla, cada uno se inclina al entretenimiento que más le agrada ó al que le han acostumbrado.

La elección de él es á veces hija de la casualidad, otras del instinto, pocas de la reflexión, y muchas de la costumbre ó rutina.

Si el espectáculo agrada, se sostiene y ayuda con la constante asistencia de muchos espectadores que, enseñando á otros el camino, forman el núcleo que mantiene la afición, y la propagan y aumentan. En el caso contrario, cuando el espectador no goza, no se entusiasma, inútiles serán de todo punto cuantos esfuerzos quieran hacerse para sostener, no ya para propagar, funciones que no satisfacen el gusto, ni llenan las necesidades de un pueblo; que necesidad es, como va dicho, la de procurar recreos y diversiones que esparzan su ánimo y le distraigan de sus faenas ordinarias.

Todos los gobiernos de todas las naciones, desde los tiempos más remotos de la antigüedad, han fomentado y hasta han inventado, diversiones públicas, que los pueblos admitían con placer y celebraban con delirio y loco frenesí.

Cuanto se ha escrito sobre esto conviene con lo que llevamos dicho. El hombre ha nacido para vivir en sociedad. Si así no fuera, en muy poco se diferenciaría de los demás animales. Sólo, no gozaría, ó sus goces quedarían limitados á procurarse la subsistencia. En muchas ocasiones el hombre sería peor que las fieras. Sin los vínculos que le ha creado, primeramente la familia, base de la sociedad, y luego esta, rompería por todo, y por todo atropellaría hasta conseguir por la fuerza bruta el objeto que se propusiera; y aun para esto tendría necesidad de asociarse, de unirse á otro hombre y luego á otros.

Por esa causa, hoy que la civilización se ha abierto paso á través de los tiempos, los goces del hombre son siempre en sociedad, unido á otros, formando parte de un mismo centro. Tanto da que se congreguen en un templo á orar, como alrededor de una mesa á comer, ó se reúnan para celebrar con juegos ú otras demostraciones de alegría,

ó pena, sucesos prósperos ó fatales. Ello es que, comprendiendo las ventajas de la sociedad, los hombres se han agrupado y han ido formando colectividades que llamamos naciones. Cada una de estas tiene sus hábitos é inclinaciones particulares y especiales que les son característicos. Y entre ellas, las fiestas de distintas clases y de diferentes formas que han inventado para solazarse.

Unas se han adoptado universalmente, ó al menos en la mayoría de los pueblos; otras en más de uno de igual raza, y otras no han salido del pueblo que primeramente las usó.

¿Por qué? Porque los gustos, las inclinaciones, y hasta los deseos y pasiones, varían y son diferentes según los instintos, las costumbres, la educación y hasta el clima, y porque hay cosas que, siendo fáciles para unos, son para otros muy difíciles, si no imposibles. Por ejemplo: ¿qué torero ha habido, hay, ni habrá probablemente que no sea español?

Desde el principio del mundo ha habido fiestas y funciones celebradas en conjunto ó reunión de los pueblos. Según la Sagrada Escritura, los hebreos y judíos las celebraban ya desde tiempos de Moisés, aunque no detalla la forma en que lo hicieran. Casi siempre eran religiosas, y en acción de gracias á Dios por la concesión de sucesos gratos al pueblo.

Los indios las celebran aún entre danzas, cánticos y música guerrera: sacrifican animales de todas clases y hasta personas ó seres racionales; forman procesiones y hacen á su modo espléndidas luminarias.

Los persas las hicieron primero puramente religiosas, y luego de distintas clases, siendo la más notable la que tributaban á la Libertad, entre cuyas ceremonias era una á fines de Diciembre de cada año, que recordaba la de las bacanales y fiestas de Sileno, la de las Saturnales romanas, y en cierto modo el paseo que hoy mismo se hace en la capital de la culta Francia del Buey Gordo por Carnaval, puesto que también paseaban un toro *maniqui* con varias insignias, y le arrojaban después al fuego.

También los egipcios, cuya superstición ha sido siempre exagerada, celebraron muchas fiestas precisamente durante el tiempo de la luna llena: los asirios y asiáticos, y también los griegos, las verificaron con grande ostentación, y á los últimos se debe la invención de los juegos olímpicos.

Pero Roma descolló siempre en fiestas, como

en todas las cosas. Allí todo ha sido grande, hasta el crimen.

No es nuestro objeto, ni la índole de este libro, referir cuáles han sido y son las fiestas de que ha hecho y hace uso el mundo entero; pero necesitamos hablar de ellas, siquiera sea tan ligeramente como lo estamos haciendo. Cumple mucho á nuestro fin.

Roma celebró fiestas á Marte con carreras de caballos y danzas guerreras; á Flora y Cloris con espectáculos indecentes; á Manía, madre de los Lares, inmolando personas jóvenes; en la llamada Lemuria, precipitando en el Tiber á treinta ancianos; y además otras muchísimas de distintas formas, aparato y ostentación en todos los días y en todos los meses del año, con diversos fines y objetos y por diferentes causas, hasta que el emperador Claudio redujo el número, y Antonino ordenó que no hubiese en todo el año más que treinta y cinco.

Aun hizo más. La soberbia Roma, la reina del mundo, cuando estaba en su mayor apogeo, en tiempo de Augusto, se entusiasmaba con el sangriento espectáculo de las horribles luchas de fieras y gladiadores; y el primer local que hace construir para que el inmenso pueblo pueda presenciar aquella fiesta, es el magnífico anfiteatro *Stalilius Taurus*, que, como el nombre indica, estaba destinado á la lucha con toros la mayor parte de las veces.

No sólo en Roma, sino en el resto del mundo, hizo edificar circos ó anfiteatros destinados á ese fin, alguno de los cuales no ha desaparecido totalmente, merced á su sólida y espléndida construcción: ahí están Nimes en Francia, y Mérida, Tarragona, Sagunto y otras ciudades y pueblos en España.

En esta nación, sobre todo, dicha fiesta tomó mayor incremento que en las demás partes del mundo; y al paso que Roma y Grecia se afanaban por ver á los gladiadores morir á manos unos de otros, España mostraba gran predilección por presenciar la lucha del hombre con el toro, en que, si bien es verdad que casi siempre estaba de parte del último la ventaja, no es menos cierto que muchas veces aquél, con su seguridad en el valor, su serenidad en la destreza y su fuerza en la inteligencia, burlaba completamente á la fiera, la rendía y tal vez conseguía el perdón por este medio, pues sabido es que entonces sólo los esclavos y penados eran los destinados á luchar con las fieras.

El sabio Dr. Bravo de Lagunas y Castilla, dice, hablando de esa fiesta, que en Roma los toros se lidiaban haciéndolos pelear con elefantes, leones, osos y perros; con estafermos ó bultos de hombres fingidos, de que formaron *Marcial* y otros poetas agudos epigramas: otras veces se reducía el juego á irritarlos y herirlos á toda seguridad con la flecha, estando el toreador en el tablado. Hace mención de que Nerón *dió toros* á honor de Fyrídates, quien, sentado en superior lugar, mató dos toros, según refiere Suetonio; y añade el sabio doctor en una famosa disertación que pronunció en la ciudad de Lima en 1757, y de la que tal vez no haya más ejemplar que uno allí impreso en 1761, que conserva la biblioteca de aquella importante ciudad americana: «Lo que más semejanza tiene con las corridas de España es la agilidad con que los Thesalianos, diestros en el manejo de los caballos, perseguían los toros en el circo, los herían, cazaban y vencían.»

Por si no basta el testimonio de esa autoridad para acreditar que las lidias de toros tuvieron origen durante la dominación romana, ó al menos que no hay sobre ello noticias de anterior existencia, consúltese á los historiadores PP. Mariana y Concina, que no fueron por cierto muy afectos á las fiestas de toros, y veremos que dicen, «que entre los espectáculos que usaron los romanos en las exequias de los difuntos, juegos gladiatorios y venaciones en que lidiaban las fieras con los hombres, había juegos taurícos en el circo Flamínio; y que habiendo prohibido el gran Constantino los gladiatorios y suprimídoslos enteramente los emperadores Arcadio y Honorio, cesaron también los taurícos:» añadiendo estas significativas palabras, «y en España, ó *no cesó la costumbre* ó se repitió después de algún intervalo.»

Todo induce á creer que esas fiestas no son, como opinan Moreri y otros, reliquias de la dominación africana, y que de los moros han conservado los españoles; son, indudablemente, recuerdo de la de Roma, pero no sabemos si los habitantes de España las llevarían á Italia, á lo cual nos inclinamos, ó de allí vendrían. Lo cierto es que los españoles, empezando tal vez por necesidad, continuando por diversión, ostentando su destreza, han seguido haciendo gala de su valor, por capricho, tesón y hábito, gozando el privilegio, único en el mundo, de sortear con ventaja á los toros bravos, y esto no de ahora, sino de hace muchos años, siglos, desde que se tiene noticia de que hay lidias con toros.

El humanista Franc. Orih. lo afirmó claramente cuando, celebrando nuestra fiesta española, escribió:

Bella per hispanos plusquam communia fines
Cum sævis hominum tauris certamina nempe
Delicias nostræ, terrores oppido gentis
Extere.....

Infinitas veces, en diversas ocasiones, en diferentes épocas y en distintos puntos del extranjero, donde tanto se critica y ha criticado nuestro espectáculo favorito, se ha intentado ejecutarle por los naturales de aquellos países, se han hecho pruebas para siquiera en alguna ocasión poder decir á España: «Sabemos hacer lo que haces»; pero todos los intentos, todos los conatos de ejecución se han estrellado siempre contra la impericia de los actores.

No han podido los italianos, los franceses, los sajones, ingleses, etc., ningún europeo, en fin, más que los hijos de Iberia, lidiar toros, sin sufrir las terribles consecuencias de su temerario atrevimiento; y para que su envidia más se aumente y suba de punto, la raza española que habita las Américas, por nosotros conquistadas, cuenta entre sus habitantes hembras varoniles que, á caballo y en campo abierto, lo mismo sortean con el capote al toro salvaje, que contribuyen á enlazarle y derribarle.

Sólo á los extranjeros antedichos no les es dado imitarnos; y eso que, haciéndolo justicia, no podemos negarles valor, inteligencia, sangre fría, reflexión, paciencia, tenacidad y otra porción de vicios y virtudes que aprovechan con oportunidad: en cambio, los españoles no han dejado nunca de hacer cuanto los extranjeros hayan practicado, sea en ciencias, en artes, en guerras, en... todo, hasta en disparates.

Hay que reconocerlo: si ellos cuentan con un Shakespeare, un Byron, un Petrarca, un Chateaubriand, un Goethe, nosotros contamos un Calderón, un Cervantes, un Lope, un Tirso, un Lista y otros que llenan el mundo con sus nombres; si tienen un Tiziano, tenemos nosotros un Murillo, un Velázquez y otros: si recuerdan un Francisco I como capitán, no podrán menos de taparse la cara para que no se les ponga delante la sombra de Francisco Aldana (1); si piensan haber sido

(1) Este soldado español, según unos, ó Urbieta, vizcaino, según otros autores, fué el que hizo prisionero al rey Francisco en Pavía.

los inventores de la locomoción por vapor, les pondremos por delante á Blasco de Garay; y si rápidamente descendemos desde tan elevada altura á poner en parangón nuestra fiesta nacional con las que usan y á que tienen mayor inclinación, les convenceremos de que España ha dado tan buenos aeronautas y gimnastas como ellos han tenido, aunque sean aquéllos en menor número; y hoy mismo se recuerdan como maravilla en la gimnasia Mayol, Segundo y otros que extranjerizaron sus nombres á propósito.

España, pues, produce en cuantos conocimien-

tos humanos han existido, propagado y perfeccionándose, capacidades de primer orden universalmente apreciadas como tales; pero los extranjeros no pueden, aunque quieren, lo intentan y forman en ello empeño, conseguir que en su historia se diga: «Nuestra nación ha hecho en *todo* cuanto haya hecho otra».

Las funciones de toros, comparadas con las demás fiestas antiguas y modernas, les llevan ventaja en muchas cosas, y esto nos proponemos demostrar en los artículos siguientes; pero antes debemos hablar algo de nuestra fiesta en particular.





CAPÍTULO II

ALGO SOBRE LA HISTORIA DE LAS CORRIDAS DE TOROS

Pero cuando un home lidiare con otro sin precio por salvar asimismo, o algunt su amigo, o con bestia brava por probar su fuerza, entonce non serié enfamado por ende, ante ganarie prez de home valiente e esforzado.

(LEY IV, TÍT. IV, PARTIDA 7.^a)

*Esta cita
está equi-
vocada*

*La ley IV del
Titulo IV de
la Partida*

*7.^a no dice
palabra de
la lidia
con bestia
brava
EIM de S. J.
de P. Alvar*

DE buena gana haríamos gracia al lector de lo que vamos á decir en este artículo: le suponemos aficionado á nuestro incomparable espectáculo; y siéndolo, ¿quién no sabe, siquiera en conjunto ó á grandes rasgos, como ahora se dice, algo del principio, crecimiento y progreso de las corridas de toros? Además, ¿quién no ha leído alguna de esas muchas obras que de ello tratan casi del mismo modo y con iguales palabras?

Sin embargo, parécenos que un libro como el nuestro no puede carecer de la parte histórica del toreo: es demasiado importante el asunto; y habiéndonos propuesto que esta obra sea la más completa de cuantas se han escrito hasta el día en

su género, no hemos de omitir medio alguno para cumplir lo ofrecido.

Quiéren unos historiadores afirmar, cuando hablan del origen de las fiestas de toros, que las importaron los romanos durante su dominación en España, al paso que otros aseguran que las trajeron los árabes cuando, venciendo á los godos, conquistaron nuestra península. Traen aquellos en su apoyo citas de García y de Cepeda, y vienen citando éstos á Lope, á Moratín y otros autores; como si todos ellos no convinieran en una misma cosa. Precisamente la lectura de cuantos papeles, folletos y obras hemos consultado acerca del particular, nos ha convencido de que ni los romanos ni los árabes trajeron á España semejante fiesta. So-

bre este punto hemos dicho lo bastante en el capítulo anterior, é insistimos en que siendo España el suelo que produce el ganado más bravo, esta sola es razón suficiente para creer que las fiestas ó corridas de toros nacieron en España, en España se arraigaron, en ella crecieron, se extendieron y propagaron, y en ella continuarán por mucho tiempo. No veremos su fin nosotros, ni tampoco nuestros hijos.

Que fuera en tiempo de la dominación romana ó del yugo de los árabes la vez primera que se corrieran, lidiaran ó mataran toros, esto no contradice nuestro aserto. Los españoles, por el solo hecho de estar sujetos á aquellos conquistadores, no dejaron de ser españoles. Mandando unos ó gobernando otros, los españoles fueron los primeros, y casi pudiéramos decir los únicos en el mundo que, con el valor indomable que todos les conceden, con la sagacidad é inteligencia que en ellos hay que reconocer, idearon y practicaron las suertes en las corridas de toros, independientemente de sus dominadores. Estos sacrificaban aquellas reses en celebridad de victorias ó sucesos faustos, como hemos dicho, y la prueba la tenemos ahí á la vista, muy cerca del Escorial, en el mismo sitio en que siglos después (1468) fué jurada como primera heredera de Castilla doña Isabel la Católica, en esas masas informes de piedra que en algún tiempo tendrían figura de toro, y siempre se las ha llamado LOS TOROS DE GUI SANDO, y que no son otra cosa que un monumento romano erigido por Julio César para perpetuar su victoria sobre los hijos de Pompeyo, y la hecatombe ó sacrificio de cien toros que con tal motivo hizo celebrar.

Como en ninguna parte del mundo se crían toros tan fieros como en España, no es aventurado creer que á Roma llevarían los de aquí para las luchas, y que los españoles, hallándolos constantemente á su paso, empezaron por cazarlos, perseguirlos y acosarlos, hasta convertir la caza en lucha, y la lucha en lidia.

Si luego los árabes, y aun los habitantes de otros países, han echado su cuarto á espadas, como suele decirse, y se han metido á torear con mejor ó peor suerte, eso cuando más probará que han copiado ó querido imitar lo que los españoles inventaron.

No hay noticia de que los romanos, antes de dominarnos, celebraran funciones de toros propiamente tales. No puede suponerse que los grandes y magníficos circos que en todas partes hicieron

construir, fueran con dicho objeto, por más que el primero de los que en Roma fundó Augusto, como antes hemos referido, parezca indicar algo que pudiera confirmarlo.

Ni el dicho circo ó anfiteatro llamado *Statilius Taurus* en Roma, ni los de Mérida, Tarragona, Sagunto y otros en España, fueron destinados á otra cosa que á *luchas*, no lidias, de fieras con hombres; mejor dicho, al sacrificio de éstos por aquellas, como castigo de delitos ó crímenes, ó de profesar religión distinta á la del Imperio.

Claro es que entre las fieras, especialmente entre las que saldrían en España á los anfiteatros, habría toros; y claro es también que entre las infelices víctimas que eran arrojadas á la arena, habría alguna de ánimo esforzado que desafiando el peligro, ó por instinto de conservación, rehuyera los golpes de la fiera, los esquivara por más ó menos tiempo y se librara de ellos algún rato, lo cual constituiría indudablemente la principal diversión de los espectadores. Pero esto no es torear. Ninguna regla fija tenía hombre alguno entonces para librarse de los furios del toro; y no teniéndola, no hay arte. Tal vez á la vista del condenado en el circo, si se conoció en alguna ocasión, por la rapidez en la huida del cuerpo del derrote del toro, que era posible evitarle, pudo engendrarse la idea de estudiar el modo de dominar tan valiente fiera. Tal vez esta idea nació antes, al buscar al toro en los bosques para conducirle al circo. Ambas cosas son posibles; pero lo cierto, lo indisputable, lo que está fuera de toda duda es que no fué importada del extranjero, sino que en España tuvo su origen.

Es verdad que los moros mostraron grande afición á la lidia de toros y destreza para ejecutarla, tanto á pié como á caballo; pero hay que tener presente que lidiaron en España y que ellos eran españoles también, puesto que habiendo durado la dominación árabe setecientos años, puede decirse sin temor de equivocarse que todos ó casi todos los habitantes de este país, transcurridos los dos primeros siglos, eran árabes de origen, nacidos en él.

Vinieron luego las guerras entre la raza árabe y la cristiana, y ésta fué quitando á aquella poco á poco el territorio que ocupaba. Los cristianos españoles, por consecuencia del botín que de las luchas les resultaba, hicieron y fundaron casas ricas que, como era de suponer, se componían de gran número de criados y hombres de armas. Todos estos señores vieron que los árabes, antes de

salir, por la fuerza, de sus pueblos, se adiestraban mucho en los ejercicios de la caza, tanto á pié como á caballo; en las carreras de estos, en ejercicios de lanza, y en alancear toros los jinetes, y desjarretarlos los peones; y no quisieron ser menos, y continuaron lo mismo que aquellos, con iguales costumbres é inclinaciones, como nacidos en el mismo suelo.

Así es que cuando ajustaban treguas y tenían paz en sus tierras, unidos corrían toros y celebraban sus fiestas, haciendo cada uno de ellos alarde y ostentación de su valor y pericia, en circos ó plazas cerradas, no ya en el campo, como es de presumir lo hicieran antes.

Es común opinión de que las primeras fiestas de toros en coso cerrado se verificaron en el año de 1100.

Este es un error notable que conviene desvanecer. ¿Cómo habrían de empezar esas fiestas en el año de 1100, si el Cid campeador Rodrigo Díaz de Vivar, que en ellas tomó parte alanceando toros en Madrid, murió en el año de 1098?

Prescindamos de este dato, para que no se nos diga que fué inventado por la imaginación de un poeta, ya que hay opiniones que contradicen su veracidad; pero bueno será decir que en tiempo de Alfonso VI (años 1067 á 1108) precisamente viviendo el Cid, y en Toledo el rey moro Alimennon, se celebraron con fiestas de toros en coso cerrado las bodas de Sancho Estrada, según manuscrito que existe en la Academia de la Historia; y por si acaso esa cita se tiene en poco para nuestras afirmaciones, acudiremos á la siguiente, que es incontrovertible:

Dice el historiador de Avila, Luis Ariz, monje benedictino, en su libro *Las grandezas de Avila*, que con motivo de las órdenes que en el año de 1090 había de conferir el Obispo de aquella ciudad, á la que acudieron 244 ordenandos, seglares y además 83 monjes Benitos; para obsequiar á todos estos seglares y monjes y festejar la ciudad acto tan solemne y desacostumbrado, «se hicieron toros en el egido, coso ó plaza más inmediata al templo de San Vicente.»

Refiriéndose á esa fecha (1090) dice el ilustrado don Juan Martín Carramolino en su historia de Avila, que «tan antigua era la afición de los avileses á las corridas de toros, que la historia general recuerda otras fiestas anteriores y posteriores á esta.»

Siguieron después celebrando con mayor ó menor fortuna, arrojándose á lidiar gente sin ex-

periencia ni conocimiento alguno de las reses, y por consiguiente sufriendo muy á menudo las consecuencias de su ignorancia. Es verdad que muchas veces los caballeros y señores que se entretenían en alancear toros, cuando no querían ó no podían continuar su diversión, cuando á pesar de sus esfuerzos no lograban matar un toro, ordenaban á sus esclavos y aun á sus criados que fuesen á él con dardos y venablos á matarle; pero inútil es decir que por muy brava que fuese aquella gente, poco podía hacer sin arte, como no fuese rodar, ser volteada, herida ó muerta por las fieras.

El alto clero, cuya influencia empezó entonces á ser notoria sobre los pueblos católicos, prohibió con sobrada razón los torneos y juicios de Dios, que tantos hombres costaron á la humanidad; y como consecuencia natural de ello, las corridas de toros fueron en aumento.

Pocos pueblos en España, especialmente castellanos, aragoneses y navarros, carecían de dicha diversión, y no hay que olvidar que la Andalucía, y marcadamente los reinos de Sevilla y Granada, eran por ella apasionadísimos. Cualquier suceso fausto, cualquier obsequio de unos magnates á otros, era celebrado con corridas de toros, en que primeramente lidiaban los nobles y señores y luego los plebeyos.

La afición y el entusiasmo por las corridas de toros, á pesar de las muchas desgracias que frecuentemente ocurrían, iban cada vez en aumento. Hasta los extranjeros intentaron establecerlas. En Italia, en la misma Roma, se corrían toros por los años de 1300 en adelante; y como esta ciudad siempre ha sido grande en todo, dispuso también en el año de 1332 una gran fiesta de toros en circo cerrado; como no podía menos de suceder, atendida la ignorancia de los que en ella habían de tomar parte y la bravura de las fieras, la catástrofe fué horrible; murieron en las astas de los toros diez y nueve caballeros romanos, muchos plebeyos, y hubo gran número de heridos. Los pobres italianos creyeron que bastaba ser hombre para hacer lo que otros hombres, no teniendo en cuenta que para jugar con los toros es preciso haber nacido en España.

Inmediatamente, á raíz de este suceso, fueron prohibidas en Italia las corridas de toros, y no volvieron allí hasta que los españoles, muchos años después, las celebraron, cuando la conquista de Flandes y los Países Bajos. En nuestro territorio continuaron cada vez con mayor empeño. La gente joven y potentada, lo mismo cristiana que

mora, tenía á gala lucirse en la lidia á caballo, y rendir un toro á lanzadas ante la belleza de su amada; la competencia entre unos y otros alimentaba la noble emulación de todos, y hasta los mismos reyes tomaban parte en las corridas; y claro es que con tales elementos, la función tenía que ser cada día más apreciada.

Solía acontecer, no una, sino varias veces por esta época (siglos XIII y XIV), que al embestir la fiera derribaba al caballo, hiriéndole ó matándole, y entonces el caballero no tenía más remedio que, según costumbre establecida por las buenas leyes

que eran patrimonio exclusivo de los caballeros. A estos hombres indudablemente se refieren las leyes que consideraron infamados á los que lidiaban con fieras bravas por dinero. El Rey don Carlos II en 1385 mandó pagar 50 libras á dos hombres de Aragón, uno cristiano y otro moro, que fueron á Pamplona á matar dos toros; y hay además otros hechos que lo confirman.

La gran reina católica doña Isabel I presenció una vez, antes del año 1500, una corrida de toros en que hubo revolcones y desgracias, según costumbre, (porque no nos cansaremos de repetir que



ANTIGUA DIVERSIÓN DE ESPAÑA. — GOYA

de la lidia, sacar su espada, y sin montar en otro caballo, á pié y como podía, dar muerte al toro. Para facilitar este medio, expuestísimo siempre, y mucho más cuando no hay otra cosa que valor en el que lidia, los esclavos y criados preparaban, aun á costa de su vida, la colocación de la res, y entonces el caballero daba la estocada, como ahora decimos, *libre de cacho* la mayor parte de las veces.

Por entonces también había ya hombres prácticos que, por sueldo ó dinero de una vez, contribuían á la colocación de los toros para las corridas

por aquellos tiempos la lidia se verificaba en confuso tropel de gente de á pié y á caballo, sin orden, conocimientos ni práctica de ninguna clase), y la reina mostró á la fiesta gran repugnancia, y hasta intentó prohibirla. No tiene nada de particular esto. Si en vez de aquel atropellado desorden, hubiese visto las corridas de toros actuales, ó al menos las que hace cien años se celebraban en Madrid, otra cosa hubiera dicho. Tenía aquella señora demasiada elevación de miras para apreciar las cosas, y respetando las costumbres, su propósito de prohibirlas quedó en su pecho. Comprendió que

todos los caballeros y todo el pueblo eran entusiastas por su fiesta nacional, y que era muy peligroso quitársela, porque ella necesitaba de aquellos elementos de fuerza para continuar sus conquistas de territorio y engrandecimiento de sus reinos; dominó su pensamiento, siguió tolerando las corridas de toros, y ella, que tuvo poder para decretar y llevar á efecto la expulsión de los moros y judíos de España, no se atrevió á prohibir las corridas de toros. Bien claro lo dice en la carta que en 1493 dirigió á su confesor. En ella, hablando de dicha función de toros, manifiesta que se propuso no verlos más en su vida, ni ser en que se corran, «y no digo defenderlos (esto es, prohibirlos), porque esto no era para mí á solas.» Es decir, que conocía que no bastaba su voluntad. ¿Cómo había de suprimirlas (dice muy bien Pascual Millán) si en la misma ciudad de los Papas se verificó una corrida de toros para celebrar la conquista de Granada?

Cuando un pueblo unánime defiende una idea, buena ó mala, no hay poder que le resista, y el mismo Pontífice Alejandro VI, con la corte romana, asistió á ellas según afirma Barbieri en su cancionero de los siglos XV y XVI.

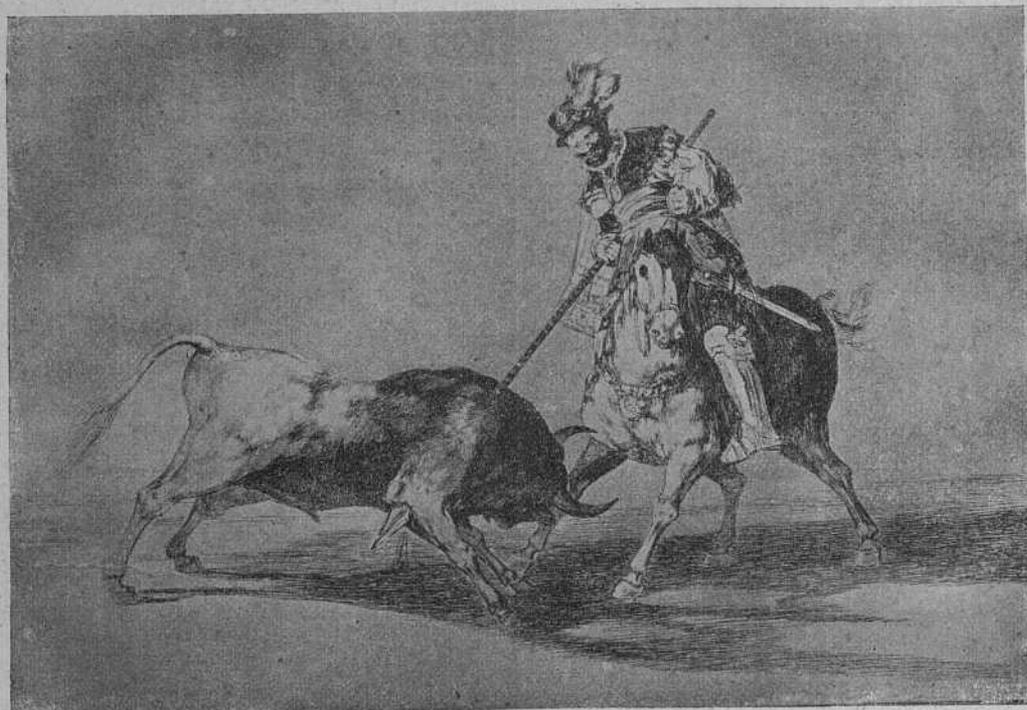
Siguieron, pues, las fiestas de toros en España con entusiasmo, á pesar de que el poder eclesiástico amenazaba con excomuniones; y no bastando

estas advertencias tan severas, el papa Pío V, en su famosa Bula de 20 de Noviembre de 1567, reiterando prohibiciones anteriores, impuso la pena de excomunión mayor á los príncipes cristianos que permitiesen dicha fiesta en sus dominios, á los eclesiásticos que concurriesen á verla, á cuantos la autorizasen, y á los lidiadores, privando también á éstos de sepultura eclesiástica si morían toreando tales fieras.

No podían darse penas más terribles para todo buen cristiano contra semejantes fiestas. No era posible ir más allá, porque en lo espiritual no hay pena mayor.

Pero la afición estaba muy arraigada, y lo mismo los nobles que los plebeyos, las autoridades que los príncipes, siguieron consintiendo y tomando parte en las corridas de toros. Hombres que no tenían miedo á los cuernos de las fieras, temieron mucho menos á los anatemas; porque dice un antiguo escritor «que se observó con sentimiento que no bastaba dicha pena, y que, á pesar de ella, el mal prevalecía; y esta observación indujo casi forzosamente á los Pontífices sucesores de aquél á ir templando el rigor de las Bulas de sus predecesores.»

A cada prohibición que daba un prelado de la Iglesia, contestaban el pueblo y los magnates con nuevas corridas; y como la privación es causa de mayor deseo, se repitieron tanto, que ni el mismo



CARLOS V ALANCEANDO EN VALLADOLID. — GOYA

clero secular respetó aquellas disposiciones; llegando el caso de que los maestros de teología en Salamanca enseñaban que los clérigos, siquiera fuesen de orden mayor, podían lícitamente concurrir á las fiestas de toros.

Continuaron éstas, como decimos, extendiéndose por toda España, hasta el extremo de que el emperador Carlos V, que ni había nacido ni se había criado en este país, tomó parte en ellas con la nobleza, y cuando nació su hijo don Felipe, mató un toro de una lanzada en la Plaza Mayor de Valladolid.

Todos los reyes sucesores de este último autorizaron y consintieron las corridas de toros. Alguno demostró intención de suprimirlas, y hasta en las actas de las Cortes que en Madrid se celebraron en 1566, consta que por alguien se quiso conseguir tal resultado. En la sesión de 20 de Febrero de aquel año, formuló petición el cura Sosa para que se prohibiesen las corridas de toros, fundándose entre otras razones deleznable, en que la corte romana había ordenado que bajo pena de la vida no se corrieran en las tierras de la Iglesia: combatió la proposición Cosme de Armenta; con él votaron el procurador de Avila Gil de Villalva y los de Segovia Pedro de León y Juan de Ulloa; y á pesar de sus esfuerzos y argumentos, la mayoría acordó «que se ponga por capítulo general» que no se corran toros.» Sin embargo, el veto real, el de Felipe II, el gran católico favorecedor de la Inquisición, determinó que «en cuanto al correr de los dichos toros, esta es una muy antigua y general costumbre destos nuestros Reynos, y para la quitar será menester mirar más en ello, y así por agora non conviene se haga novedad.»

Por algo da la historia á Felipe II el sobrenombre de *El Prudente*.

Muchos, ¿qué muchos? todos los españoles, salvo muy contadas excepciones pensaron lo mismo que el Rey: el Concilio reunido en Toledo en el dicho año de 1566 no prohibió absolutamente los espectáculos de toros, sino que se corrieran en los días de fiesta. La decisión del Rey y el acuerdo del Concilio, hicieron eco en Roma: cambiándose con tal motivo notas diplomáticas entre ambas potestades, por cierto que para ellas se tuvo presente, que en los estatutos de la célebre Universidad de Salamanca, reconocida en el mundo por fuente de las ciencias y plantel de los hombres de ley y teólogos más grandes que han existido, se trata de la asistencia de los maestros, en cuerpo, formando claustro, á las fiestas de toros con que

se solemnizan los grados de doctor. A trueque de parecer más prolijos de lo que nos hemos propuesto, vamos á citar los párrafos de dichos estatutos que más se ciñen al objeto. En el punto 43 del título 32 se dice: «que los doctores y maestros acompañen al graduando con insignias en el paseo, en la iglesia y á la tarde al ir y volver de los toros hasta dejarle en la casa, so pena de perder la colación», y en los 50 y 51 háblase de lo mismo. No era sólo esa cuna de la ciencia, la que celebraba tales fiestas: lo eran todas las eminencias del saber, y las voluntades de todo un pueblo. Sin atenderlas y para acobardar á los timoratos, viendo que anteriores amenazas habían sido oídas como quien oye llover, lanzó el Pontífice Pío V la antedicha Bula en 1567.

Ya lo hemos dicho y de todos es sabido: ni al Rey, místico por excelencia, le importó un ardite que desde lejos quisieran gobernar su casa estando él dentro de ella; ni los lidiadores que no tenían miedo á las astas de las fieras hicieron caso de tal mandato; ni los eclesiásticos se dieron por enterados. Al contrario, hubo algunos como el célebre economista Juan de Medina y el Padre Martínez de Prado, que después de esa Bula, y á pesar de su carácter religioso, defendieron las corridas de toros valientemente. Gestionó España con verdadera constancia la abolición de aquella Bula, y una vez fallecido el santo Padre Pío V, antes de que transcurrieran cinco años, el Papa Gregorio XIII y luego Clemente VIII, alzaron aquella prohibición, autorizando las corridas de toros sin más limitación que la de que no se verificasen en días de fiesta.

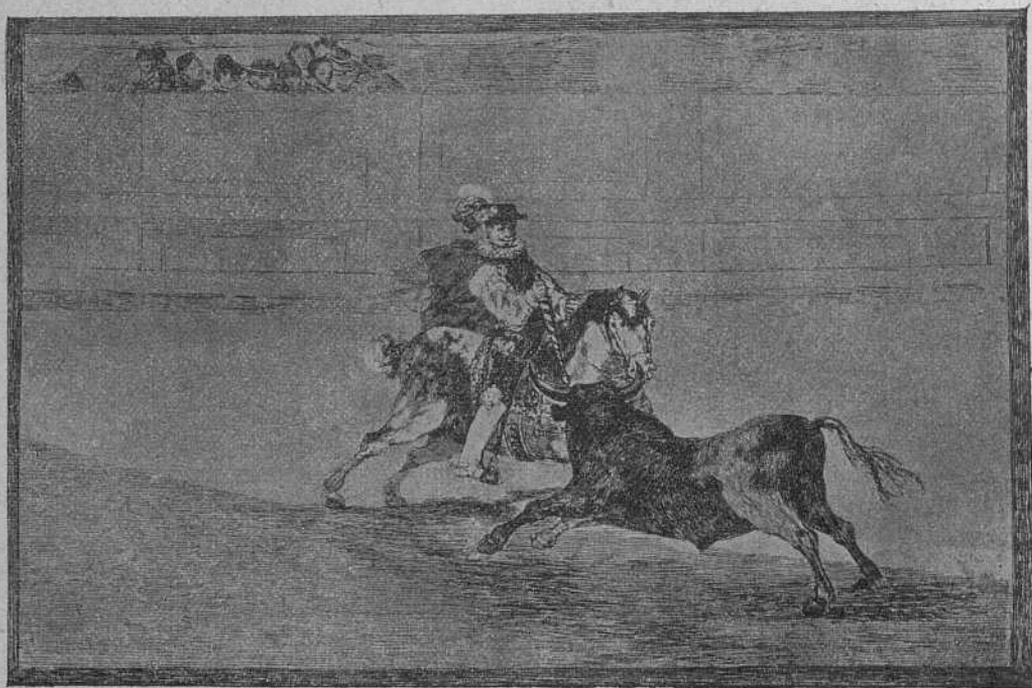
El interés privado divisó ya por entonces un objeto de lucro en la afición del público á las fiestas de toros. Así es que muchos particulares solicitaron y obtuvieron de los monarcas, privilegios para dar funciones en cosos cerrados, y el primero de que nosotros tenemos noticia lleva la fecha de 27 de Enero de 1612. En él su majestad el rey D. Felipe III hizo merced en forma de privilegio, por tres vidas, á favor de Ascanio Manchino, del derecho de la renta de los corros de toros de la ciudad de Valencia; privilegio que luego fué vendido en cantidades crecidas por los sucesores del que podríamos llamar empresario. No se desdeñaban de serlo, ó al menos de desempeñar este papel, personajes de importancia. El canciller mayor y registrador del Consejo Real de Indias, D. Felipe de Salas y D. Martín de la Bayrén, contador del marqués de Tavera, entonces virey y capitán general del reino de Valencia, fueron dueños sucesivamente, á título

de compra, del antedicho privilegio, que feneció en 1647; pero mucho antes de esta fecha, en 9 de Diciembre de 1625, hizo merced el rey al Hospital de Valencia, por veinte años, del antedicho privilegio, para cuando concluyesen las tres vidas por que fué concedido. Por cierto que en el capítulo 198 de las actas de las Cortes de Monzón, celebradas en 1626, se lee que presentaron proposición los diputados para que dicho privilegio real, concedido al Hospital por veinte años, lo fuese á perpetuidad, y que á esta petición se decretó: «Plau á su majestad prorrogar dita merced al espital per temps de altres vint anys.»

nos, en obsequio de su rey ó de su dama, no saliese al coso á romper un par de lanzas.

Entonces, y aun antes, se escribieron libros dando reglas para torear á caballo, se enseñaba á estos á habituarse á tan peligroso ejercicio, y se inventó la *espinillera*, ó sea la armadura de hierro que hoy se llama *mona* y sirve para cubrir la pierna.

Pero llegó á reinar Felipe V, poco aficionado á esta clase de fiestas, y los grandes de su corte se fueron apartando de ellas por no disgustarle, y porque sus ejercicios á caballo los oscurecían ya ginetes plebeyos, ó cuando más hidalgillos que hacían maravillas.



CABALLERO ESPAÑOL REJONEANDO. — GOYA

Es indudable que lo mismo que en Valencia en todas las demás provincias existieron ya privilegios, á veces comprados al poder real, y en otras ocasiones otorgados por merced, para explotar el beneficio que dejaban tales fiestas. Y poco esfuerzo necesitamos hacer para comprender que el interés particular había de buscar alicientes que en ellas antes no hubiera y llamasen la atención.

Tomaron incremento grande en tiempo de Felipe IV, que varias veces rejoneó y alanceó toros á caballo; y en su época y la de Carlos II tuvieron estas fiestas un esplendor y realce extraordinarios. No había caballero á quien se considerase como tal, que no fuese rejoneador de toros, ó que al me-

No consiguieron, los españoles, de aquel Rey, venido del extranjero, que viese con gusto á sus magnates ejercitarse en las fiestas de toros, (bien que aquellos en gran parte no eran tampoco de nacionalidad española) pero ellos continuaron las lidias, aunque en menor número, á pesar de que los más afamados escritores de la época las ensalzaban y aplaudían. El insigne maestro Peralta decía en 1723: «En las fiestas de toros todo es admiración, no son de otra nación que la española, que por lo mismo que posee los más fieros del mundo en su Xarama, ha visto siempre sus más bravos toreadores en sus plazas; pero ó por una propensión esforzada de los ánimos, ó por un alegre ensayo á

los combates, ha puesto tan en uso esta osadía, que ha pasado en ella la temeridad á disciplina y el susto á placer;» y como ese sabio habían hablado el clarísimo jurisconsulto Amaya, el P. Mendo y todos los que tenían por su talento, por su posición ó riquezas, influencia sobre el pueblo.

Fué esta una época de transición entre el toreo caballeresco y el artístico que empezaba á iniciarse.

Aplicáronse los hijos del pueblo á torear, tanto á pié como á caballo; tomaron por su cuenta el palenque que se les abría; observaron lo que los nobles habían hecho; leyeron lo que ya se había escrito dando reglas para lidiar, y desde entonces, lo que el espectáculo perdió de carácter lo ganó en arte. Se presentaron á lidiar toros en muchos pueblos principales, hombres diestros que hacían con ellos suertes de habilidad que cautivaban á los espectadores: capeaban, clavaban rejones á pié, que llamaban arpones y eran como una banderilla de las que ahora se usan; ponían parches, y con todo esto demostraban perfectamente que podía ser arte lo que hasta entonces se había conocido sólo como entretenimiento, sin reglas fijas.

Don Fernando VI no se contentó con hacer construir plazas cerradas y con las condiciones necesarias para las funciones de toros, sino que, deseando quitar á todas las conciencias timoratas cualquier pretexto para hablar en lo sucesivo contra aquéllas en sentido religioso, acudió á la Santa Sede, haciendo presente en primer lugar la inob-

servancia de las Bulas y Breves que las prohibieron; en segundo, que por la habilidad y destreza de los toreros era muy remoto el peligro que en la lidia pudiera haber; y en tercero, que los hospitales y casas de Beneficencia ganarían mucho con los socorros que recibirían de los productos de dicha fiesta. Convencida de estas razones, y no sabemos si de alguna más, la corte romana, obtúvose de ella que quedasen autorizadas las corridas de toros, pero que de ningún modo se celebrasen en días festivos, y que se precaviese todo peligro de muerte ó lesión.

No podía hacer más la curia romana que conceder lo que antes había negado. Como que esta negativa no sirvió más que para dar el escándalo de inobediencia por todo un pueblo alto y bajo, noble y plebeyo, y hasta por los clérigos y monacales. Por eso decía que se toleraba la fiesta, por haber advertido que las censuras impuestas para impedir la de nada habían servido en estos reinos, y que, lejos de aprovechar, perjudicaban, convirtiéndose en materia de escándalo.

Desde esta época varió de faz completamente la función de toros. Fué un espectáculo que cada vez se ha ido perfeccionando más, y en el que parece imposible haya mayor adelanto.

Hemos relatado, aunque ligeramente, la historia de las corridas de toros como diversión hasta cierto punto desordenada; veamos ahora lo que ha sido como función ó espectáculo organizado.





CAPÍTULO III

DEL TOREC MODERNO.—SUS VICISITUDES.—SU APOGEO

~~~~~

La lidia taurina no será causa de civilización, pero es efecto de una civilización más culta que las precedentes. Los grandes espectáculos en la antigüedad eran un freno del vicio, ó un frenesí de las pasiones; ellas son un frenesí de la alegría.

LÓPEZ MARTÍNEZ

**E**N el capítulo precedente hemos dicho que durante el reinado de Felipe IV, y aun antes, se habían escrito libros tratando de las corridas de toros y dando reglas en algunos para lidiarlos, ya en montería, ya en coso cerrado. Uno de los más antiguos y mejores escritores que dieron reglas de montería para cazar toros en el campo y para correrlos en el coso, así como para darles lanzada frente á frente, fué Gonzalo Argote de Molina, que en Sevilla, año de 1582, publicó su obra con privilegio de su majestad. Por entonces también escribió otra un jesuita de reconocido talento, llamado Castañeda, que no creemos llegara á publicarla, al menos con su nombre, pero al que debe referirse la siguiente cláusula del testamento otor-

gado en Madrid por el licenciado Alonso Martínez Espadero, del Consejo Real de Indias, natural de la villa de Cáceres, á 13 de Septiembre de 1586, y abierto en 14 de Marzo de 1589 ante Jerónimo de Sosa, escribano público de su majestad y de Provincia, de esta corte. Dice así la cláusula: «Item: Declaro que entre mis libros hay uno escrito de mano, *cerca de la materia de los toros*, el cual, con todos los papeles que están dentro de él, eran del padre Castañeda, de la Compañía de Jesús, y ansimismo... mando se vuelvan á el dicho Provincial de la Compañía de Jesús de esta provincia de Toledo.»

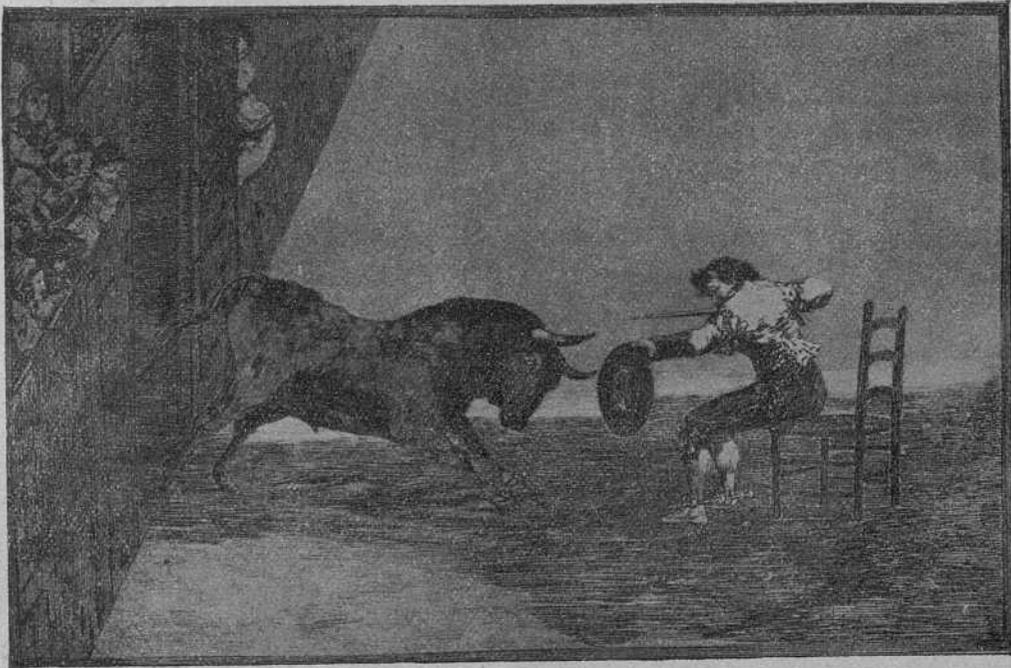
Después, raro era el libro de montería ó de ejercicios de la jineta que no hablaba algo de las corridas ó acosos de toros. El que no daba reglas

para torear á caballo, ó al menos para la montería de reses bravas, no era libro completo.

Uno de los mejores de aquella época fué el que en 1643 publicó D. Gregorio Tapia; aunque no desmerecen en mérito las obras escritas sobre lo mismo por el caballero de Felipe IV, D. Gaspar Bonifaz, por el santiaguista D. Luis de Trejo, y por D. Diego de Torres, y otros que citaremos más adelante.

Luego ya, en 1726, imprimió D. Nicolás Rodrigo Novelli su *Cartilla de torear, tanto á pie como á caballo*; y en 1750 publicó sus *Reglas para torear*, más amplias que aquellas, D. Eugenio García Baragaña, vecino de Madrid. (1)

Había lidiadores de oficio que capeaban y parcheaban, y otros que con la capa en una mano y una banderilla en la otra colocaban dicho instrumento con destreza en el morrillo del toro, según va referido y á la manera con que siglos antes clavaban los arpones moros y cristianos. Ya no había en los circos tumultuoso desorden, ni apiñada muchedumbre, á la que un toro, hiriéndola y golpeándola, ponía en situación apuradísima: ya se podía ver la fiesta nacional con la convicción de que ninguna desgracia sucedería. Una docena ó dos de hombres jugaban con las fieras con tal destreza y habilidad, que eran pequeñas las plazas construidas para contener la gente que siem-



TEMERIDAD DE «MARTINCHO» EN ZARAGOZA. — GOYA

*Esta es la época del principio del toreo, considerado como arte.*

(1) El mejor, y casi podríamos decir el único autor que se ha propuesto hacer cumplida y detallada relación de las muchas obras taurinas publicadas hasta el día, es el Sr. D. Luis Carmena y Millán que en 1883 dió á la estampa en Madrid, imprenta de José María Ducazcal, un precioso tomo de XII-162 páginas, que tituló acertadamente *Bibliografía de la tauromaquia*. Luego en el año de 1888, publicó también un apéndice á dicho libro de VIII-56 páginas, Madrid, imprenta de Ducazcal, y sabemos que tiene en estudio otra extensa obra de igual carácter, que han de apreciar los entendidos como merecerá seguramente.

pre se agolpaba á contemplar el valor é inteligencia de aquéllos.

Al rejoncillo, usado por los caballeros después de la lanza, sucedió la vara de detener, ó sea la garrocha, que para el acoso y encierro de reses en plazas, usaba la gente de campo. Ganábase en esto que durase más la lidia de cada toro, economizando gastos, y demostrábase tanto valor por el picador de oficio, como pudiera tener el más afamado caballero; y claro es que con el mucho ejercicio, con la continua práctica, iban perfeccionándose cada vez más las suertes del toreo, y aun inventándose otras.

A mediados del siglo pasado, al inaugurarse en Madrid la nueva plaza de toros, donada al Hospital General por el rey Fernando VI (1), ya se ponían banderillas á pares, como actualmente se hace, y ya también el inolvidable Francisco Romero había practicado con feliz éxito la suerte de matar al toro frente á frente con estoque, como otros, pero *favorecido por la muleta* de su invención.

Como siempre que hay emulación, *el arte ganaba, iba adelante*.

*Martincho* tuvo el valor de matar un toro esperándole sentado en una silla, con grillos en los piés y sin más muleta que un ancho sombrero en la mano izquierda; José Cándido daba el difícilísimo salto de testuz, capeaba los toros hasta rendirlos y se sentaba delante de ellos, matando algunos sin muleta y con puñal, en vez de puntilla; Juanijón picaba toros puesto á caballo sobre otro hombre. Y todo esto no era, como suponen los enemigos de nuestra diversión favorita, ningún acto bárbaro, sino consecuencia del estudio que de la índole de las reses hicieron aquellos hombres, y de la inteligencia valerosa que les era peculiar.

Las corridas de toros, como espectáculo público, se aclimataron, echaron hondas raíces en el suelo español, y desde entonces fué imposible suprimirlas totalmente. No había podido hacerlo Isabel la Católica; no consiguieron ser obedecidos los Papas cuando tanto se les respetaba por el orbe católico; ¿cómo había de conseguirlo el rey Carlos III?

El buen señor, recién venido de allá, de Nápoles, vió las corridas de toros, se asustó de tanto valor, no comprendió que á éste va acompañada la inteligencia, se figuró mil catástrofes y ordenó la prohibición, en el cap. VI de la real pragmática de 9 de Noviembre de 1785; pero le sucedió lo que á los Papas. A pesar de su Real decreto, se corrían toros en muchos pueblos con y sin conocimiento de las autoridades; los ricos, los potentados, hacían en sus posesiones y casas de recreo pequeñas plazas donde corrían toros; hubo patios en los conventos en que se lidiaron reses (2), y

como dice el célebre Abenamar, hablando de la popularidad y aceptación de esta fiesta, «una de las causas que han contribuido á ello ha sido la odiosidad que han mostrado algunos hacia la misma, y la prohibición del dicho rey, *pues se exasperó de tal modo la afición que casi era epidémica*». No tuvo más remedio que ceder y volverse atrás de lo mandado. Al principio consintió corridas de novillos embolados, luego alguna de toros, con pretexto de que sus productos eran para fines benéficos, y más tarde, para obsequiar á un príncipe extranjero y para celebrar los desposorios de Carlos IV y María Luisa, hizo renacer con toda magnificencia este grandioso espectáculo, cada vez más aplaudido.

Un autor dice que durante el reinado de Carlos III, que comprendió veintiocho años hasta 1788, se verificaron en la plaza de Madrid unas cuatrocientas cuarenta corridas, y se dió muerte á cerca de cuatro mil quinientos toros. Estos ocasionaron varias cogidas, pero no hubo muerto lidiador alguno.

*La fiesta iba adelante, en progreso.*

Eran los picadores aventajados; los banderilleros, notables; á Francisco Romero sucedieron sus hijos, que mataron, como él, los toros cara á cara; y entonces se presentó en la arena un hombre que había de eclipsar las glorias de los anteriores matadores.

Este hombre era Joaquín Rodríguez (*Costillares*). Comprendió su inteligencia lo difícil que era matar un toro que no arrancaba, esperándole, y conociendo que *al que no viene hay que irsele*, inventó el *volapié*. Suerte notable y de valor, utilísima y necesaria en muchos casos.

*El arte, pues, dió un paso más á su perfección.*

Vienen después los célebres Pedro Romero y José Delgado (a) *Illo*. El uno formal, serio, fuerte, con el valor que da el conocimiento exacto de su profesión; y el otro alegre, juguetón con los toros, audaz y valiente hasta la temeridad. *Recibe* Romero las reses con una perfección nunca vista, y con su capote salva siempre las vidas de sus

patios de los conventos que para ello tenían suficiente capacidad. Cuando esto sucedía gozaba mucho el tal Don Miguel en mandar á los frailes jóvenes que *pegasen* á los toros más bravos, y celebraba con la gente de su camarilla los grandes porrazos que sufrían aquellos improvisados pegadores, ó mozos de forçado, dirigidos al efecto por los toreros Sebastián García y otro apodado *Alma negra*, á quienes aquel rey distinguió tanto, que á su lado vivían, á su tertulia asistían y al ostracismo le acompañaron cuando su destronamiento.

(1) Vease en el sitio correspondiente la palabra *plazas*.

(2) En el presente siglo, en Portugal y durante los años de 1827 á 1832, que fueron los que ocupó el trono de aquel a Nación, el Rey Don Miguel I, tío de doña María de la Gloria se ocupaba frecuentemente en rejonear toros á caballo, ya en cercados de ganaderías principales, ya en locales preparados de antemano, ó ya también en

compañeros; y Delgado capea inimitablemente de todas maneras, pone banderillas como nadie, y mata toros con un arrojo incomparable.

Por desgracia, *Costillares* se inutiliza fuera de la lidia, *Pepe Illo* muere en la arena, y Romero marcha á la Andalucía. Enfríase algo la afición á los toros, contribuyendo á ello no poco la parte que España tuvo que tomar en las guerras extranjeras.

El favorito Godoy, que gobernaba España en nombre del pobre rey don Carlos IV, hizo que éste, por Real cédula dada en Aranjuez á 10 de Febrero de 1805, de conformidad con su Consejo y á propuesta del Conde de Montarco, prohibiese absolutamente en todo el Reino, sin excepción de la corte, las fiestas de toros y novillos de muerte. Un Rey que tanto necesitaba el apoyo de su pueblo, se puso entonces frente á él y así le salió el reto que contra él lanzó. Tres años más tarde, penetran los franceses en Madrid; se sienta en el trono de España el intruso José I, y cuando los madrileños creyeron que por ser *franchute* conservaría la prohibición de las corridas de toros, se encontraron con que no solo consintió en que se celebraran, sino que las autorizó con su mandato.

Però no conocía al pueblo español. Supuso que era como los demás, y se equivocó. Anunciáronse las corridas en nombre del Rey, como ha sido costumbre hasta mediados de este siglo y presidían la plaza autoridades afrancesadas, y esto era suficiente para que nadie quisiera asistir. Hubo días en que los soldados franceses, á la hora de empezar las corridas, recogían, hacían leva de gente que transitaba por las inmediaciones de la plaza, y por fuerza la obligaban á ver la función. Tal es el carácter de los españoles: les niegan una cosa á que creen tener derecho, y ¡ay del que les impida reclamarla hasta con violencia! Les conceden como gracia lo que es suyo, y entonces lo desprecian. Hacen bien: que no hay concesión, cuando existe derecho.

Necesariamente decayó entonces la fiesta española, siendo la asistencia á ella cada vez más escasa. Vuelve á España, rescatado de las garras francesas, el Rey D. Fernando VII *el Deseado*, el pueblo le recibe con frenético entusiasmo, y él, que tanta afición había manifestado siempre á las corridas de toros siendo Príncipe de Asturias; él, en quien tanto confiaban los aficionados madrileños para dar gran incremento á su fiesta favorita, expidió un Real decreto en 1814, mandando la

suspensión de las corridas de toros. Así paga el diablo á quien bien le sirve.

Asombrados todos, hacían sobre ello diferentes conjeturas y suposiciones. Decían unos que semejante determinación obedecía á consideraciones puramente políticas. Creían otros que, dada la afición del rey por el espectáculo, y conociendo la decadencia en que se hallaba, no había medio más eficaz para levantarle y hacerle volver á ser lo que fué, que prohibirle por un poco de tiempo. Ambas versiones son admisibles.

Al siguiente año de 1815 levantó la prohibición, y desde entonces sostuvieron dignamente las fiestas de toros Francisco Herrera Rodríguez, Antonio Ruiz (*El Sombrero*), Juan Jiménez (*El Morenillo*), Juan León y otros, siguiendo unos el estilo de Romero, y otros el de *Pepe Illo*, según sus inclinaciones ó temperamento; pero no mejoraron la lidia. Se concretaron á ejecutar más ó menos perfectamente las suertes escritas.

Conociendo después el rey Fernando VII, por lo que sus consejeros le expusieron y por lo que la opinión pública manifestaba, la necesidad de enseñar al que se dedicase á esta profesión (imposible de desarraigar de España en mucho tiempo) siquiera los rudimentos del arte, creó y fundó en Sevilla, por Real orden de 29 de Mayo de 1830, una escuela de tauromaquia, á cuyo frente puso como maestros al gran Pedro Romero y al célebre Jerónimo José Cándido.

En ella entraron como discípulos los que luego fueron primeras figuras del toreo, y allí enseñaron prácticamente aquellos maestros la conveniencia, mejor diremos, la necesidad de sostener un establecimiento como aquel, en que al valor se le sujetaba con la calma para reflexionar, y á la inteligencia se la dirigía para estudiar el modo de evitar desgracias. Esto, sin embargo, se criticó mucho entonces y más después, y la escuela murió á poco tiempo de crearse.

Las corridas de toros continuaron, á pesar de ello, cada vez con más contentamiento del público, lo mismo en Madrid que en las provincias. La semilla de los buenos toreros se había echado en aquella escuela: estuvo poco tiempo en tierra, pero no pudo ser mejor el fruto.

Llega el año de 1832, y se presenta en la plaza de Madrid un discípulo de dicha escuela, el inolvidable maestro Francisco Montes. A las primeras corridas se apodera de las simpatías de todas las clases de la sociedad; el pueblo se entusiasma, los potentados le agasajan, las damas le obsequian y

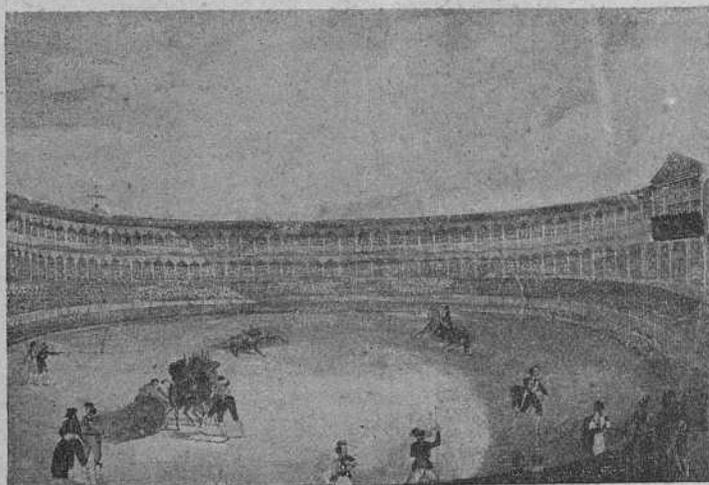
la afición crece, se ensancha, se aumenta prodigiosamente.

Antes de una docena de años, como si fuera poco un hombre tan grande en la arena y no bastaran para acompañarle en ella los que con él alternaban, surgen al mundo taurómico los célebres *Cúchares* y *El Chiclanero*, que asombran á los espectadores con su diversidad de suertes, y más que nada con la precisión, serenidad, valentía y gracia con que las ejecutan.

Esta es la *época del renacimiento del toreo*. Durante ella, y desde la aparición de Montes en el

sito, el juicio crítico individual de cada uno de los diestros muertos ó vivos, según nuestro leal saber y entender.

Circunstancias difíciles de apreciar si no se examinan bien, políticas por un lado, económicas por otro; ambiciones de unos y exigencias de otros, han contribuído, y no poco, á que no sea tan grande como sería de desear, y hay derecho á esperar, el número de los buenos lidiadores, tanto de á pie como de á caballo. En éstos principalmente, fuerza es confesarlo, es cada día menor el personal que sirve para picar toros.



VISTA INTERIOR DE LA PLAZA VIEJA DE MADRID. — ELBO

ruedo, todo fué animación, todo alegría, todo entusiasmo. Las cuadrillas, tanto á pie como de á caballo, eran notabilísimas; y para que todo fuera completo, á la antigua casta jijona de toros reemplazó con ventaja la de los Veragua, Gómez, Torre Rauri y otras.

Esta que pudiéramos llamar la edad de oro del toreo, tuvo de duración unos veinticinco años, y en este tiempo, además de los antedichos se dieron á conocer otros notables maestros, que alternaron dignísimamente tanto en Madrid como en provincias. No citamos sus nombres. ¿A qué, si todo español los conoce? ¿Si sus nombres tienen que sonar siempre en los oídos de todo buen aficionado? Esto por un lado; que aparte de ello, nos hemos propuesto no citar nombres de lidiadores que hoy viven, relegando á sitio más á propó-

Los banderilleros, en general, tienen mucho que aprender, si se han de parecer á las excelentes cuadrillas *completas* que hubo un tiempo.

La suerte de recibir, suprema del toreo, se va perdiendo de la memoria. Pasan años sin que la veamos ejecutar.

Deben, pues, los toreros estudiar, fomentar el arte, queriendo trabajar, demostrando aplicación y entusiasmo.

No es esto decir que la función esencialmente española se halle hoy en absoluta decadencia. El que tal afirme no dice verdad. Pero puede estarlo, si los lidiadores no se esfuerzan y el público sigue con el gusto pervertido. Porque no basta tener afición al espectáculo; es preciso reconocer el mérito en quien le tenga, sin cuidarse de aficiones personales; alentar al principiante que mues-

tre disposición para la lidia, y no convertir en apasionada envidia la noble emulación que debe haber entre todos los lidiadores que en algo se estimen.

El espectáculo, como función pública, cautiva hoy como nunca al público en general; por él

muestra mayor entusiasmo que por ningún otro: aprovechen, pues, los toreros actuales esta favorable disposición, y los que les sucedan los imitarán, y tal vez perfeccionarán las suertes ó inventarán otras que continúen dando sustento y vida á nuestras corridas de toros.





## CAPÍTULO IV

### COMPARACION ENTRE LAS FIESTAS DE TOROS Y OTROS ESPECTÁCULOS

Que entre gustos mil  
y mil gustos más,  
lo que gusta á Gil  
le disgusta á Blas.

W. AVGUALS LE IZCO

**H**EMOS trazado muy brevemente en los capítulos anteriores una compendiosa historia del toreo, porque en el curso de esta obra hemos de ir marcando con la extensión que el asunto requiere, fechas, épocas, adelantos y detalles que aquí hubieran parecido prolijos. No han de echar de menos nuestros lectores pormenores ni documentos, en gran parte inéditos. Pero antes, ya que no encontremos en el libro sitio mejor para ello, queremos comparar nuestra fiesta favorita con los demás espectáculos. Pocos escritores se han atrevido, hasta ahora, á intentarlo extensamente, y nosotros tenemos comezón por vindicar á los españoles aficionados del estigma que sobre ellos quieren lanzar los que *ladran á la luna*.

Nuestras fuerzas son pocas, lo sabemos; pero tenemos fe, valor y constancia, y con esto y la razón por nuestra parte nos consideramos vencedores. Harto conocemos que vamos á entrar en un terreno resbaladizo: que toda comparación es odiosa, y mucho más cuando la pasión domina, y que si cada nación, cada pueblo, cada individuo tiene ó muestra predilección por una cosa, por un objeto, por un espectáculo determinado, los demás le han de parecer incoloros, insulsos ó detestables tal vez, y entonces, inútil es querer convencer á nadie de lo contrario.

Pero si desapasionadamente se oye la razón, fijándose en los hechos, ateniéndose á lo justo, y dando á cada cosa, ó función, lo bueno y lo malo que en sí tengan, se formará exacto juicio de las

ventajas ó daños que aquellos espectáculos ocasionen. Esto es indudable.

Cumpliendo, pues, con lo que en el primer artículo ofrecimos, vamos á hacer, aunque ligeramente, un estudio comparativo de los demás espectáculos hoy conocidos y en uso, con nuestras fiestas de toros.

Tenemos la seguridad de demostrar palpablemente que no son éstas peores que aquéllos, ni por sus efectos, ni por sus condiciones generales; y esto nos anima, como es natural, á persistir en nuestra opinión.

Antes de empezar, pedimos la venia á los partidarios por convicción, por temperamento ó por interés, de cualquier otro espectáculo, para que no se den por ofendidos si alguna palabra les daña: que nuestro ánimo no es perjudicar á otros, sino defendernos de inmerecidos ataques. Aparte de que, bien mirado, no escasean nuestros contrarios, los sarcasmos, injurias é improperios; como si por esto tuvieran más razón al ofendernos, y justa es la represalia.

Entremos en materia.

En todos los tiempos, y especialmente en los antiguos, cuanto más valiente era un pueblo, cuanto mayor era su potencia en elementos de riqueza y bienestar, más grandes, más asombrosos eran los espectáculos que se proporcionaba.

Así vemos instituir fiestas determinadas para regocijo de los pueblos á los griegos, romanos, celtas, judíos, indios, asirios, etc.; con cualquier motivo, en celebridad de acontecimientos faustos, ó para conmemorar sucesos notables; siendo las diversas religiones por cada pueblo observadas, elemento principal de sostén y de organización de sus fiestas favoritas, y dándoles un carácter más viril, más enérgico, más dulce ó más sensual, según fueron más ó menos valientes más ó menos afeminados, más ó menos viciosos ó lúbricos.

La música y la danza son indudablemente las que más antigüedad cuentan, y de ellas nos ocuparemos en primer lugar.

¡La música! ¿Puede negarse la importancia que siempre ha tenido, y el puesto que hoy en el mundo ocupa el arte *divino*?

Sería locura dudar de lo que es evidente; pero aunque parezca atrevida la pregunta, ¿la música *por sí sola* es ó puede constituir un espectáculo que por espacio de dos, tres ó más horas, entretenga, divierta ó entusiasme á diez mil ó más personas sin cansarlas?

Contéstenos *desapasionadamente*, y la res-

puesta no es dudosa. No es posible tener quieta una gran muchedumbre tanto tiempo sin interrupción, sin hablar y mirándose unos á otros, por muy educado que tengan el oído á las fusas, corcheas y compases. Queremos conceder que algún notable aficionado, un profesor entusiasta, en ocasiones dadas, sienta excitada hasta tal punto su sensibilidad con los preciosos acordes que escuche, que se *enajene* de deleite, siquiera sea por poco tiempo; pero ¿sucederá otro tanto á la mayoría inmensa de los concurrentes? Con perdón de los filarmónicos, tendremos precisión de decir que no llegará á un 10 por 100 el número de los que, pasada la primera media hora, presten atención á las notas musicales con preferencia á los ojos ó á las galas de una mujer.

La música es innegable que *deleita* como pocas cosas en el mundo; hasta *dicen* que produce éxtasis en muchas personas cuya sensibilidad es ó debe ser muy exquisita.

En cambio, otras seguramente se verán molestadas por el ruido de un piano, que tal vez les estorbe oír palabras de amor ó promesas de empleos, y renegarán de ella.

Y al contrario, oyendo tocar la jota ó las seguidillas en la guitarra al barbero de su pueblo, habrá paleta que se llenará de júbilo; pero aunque el rapabarbas la haga hablar, aunque tenga manos de oro, más que de escuchar el sonido de la guitarra al barbero mencionado, gustará el paleta de conversar con su amor y atender con más interés á *los bajos* de las mozas que al compás bailen, que al punteado de la vihuela. Cada uno tiene sus gustos, y no todas las ocasiones son oportunas para oír música.

Es un arte que da gran realce á cualquier espectáculo en que no sólo tome parte el oído, sino también la vista, bien sea religioso, bien profano.

Es decir, que la música cuando hace mejor papel es *acompañando* á otra cosa, á otro acto, á otra función, como á la ópera, al baile ó á las corridas de toros. En estas últimas, sin embargo, es donde juega más insignificante papel: está reducido á aumentar el ruido y la algazara, sin que nadie se cuide de las acordes notas que producen los bellísimos sonidos que *dicen* causan *arrobamiento*; y allí es donde queda mal parado el gran poeta que dijo:

«La música las fieras domestica,  
y en nuestro corazón, de las pasiones  
los instintos salvajes dulcifica.»

Porque las fieras salen al coso, y aunque oyen

música, cada vez se embravecen más; y si alguna huye, es debido al castigo que la da el hombre.

¡Valiente confianza puede tener el torero, ó el que no lo sea, en que, tocando la mejor sonata escrita ó por escribir, un toro que se le acerque ha de parar en la mitad de su carrera, ó no le ha de acometer por el efecto que en sus orejas produzca la música!

Pero en la ópera, que es donde se ve lo sublime del arte, hay que alegrarse, entristecerse ó sentir, como el autor del *spartito* quiere que el auditorio sienta. Esto debe ser verdad, porque lo dicen muchos y no hay por qué negarlo. Habrá alguno ó algunos que oirán la música de la mejor sonata de Beethoven sin emocionarse, sin sentir lo que el autor dicen quiso se sintiera al escucharla; pero no hay regla que no tenga una, ciento, mil ó más excepciones.

Aunque nosotros no les tengamos lástima á los que dicen que la música es el ruido que menos les incomoda, comprendemos que otros se la tengan. Precisamente el deseo de que los demás quieran lo que nosotros queremos, es uno de los defectos de la condición humana.

No dejan, sin embargo, los antifilarmonicos de tener razón cuando oyen una murga desentonada que atormenta sus oídos despiadadamente con mucho metal, ó con mucho bombo y platillos, ó con infernales redoblantes.

Esto no hay cuerpo que lo resista; y hay que huir de aquel sitio como alma que lleva el diablo, si no se quiere perder el oído y la cabeza, sufrir un ataque de nervics, y renegar para siempre de la música. Démosles en esto la razón. Pero una murga no es la música: es la degradación de ésta; es la novillada de aldea, con relación á una fiesta real de toros.

Dicen también los antifilarmonicos que, siendo lo mejor, ó debiendo serlo en música al menos para entretenimiento como espectáculo, la ópera, lejos de causarles pena, tristeza ó angustia la escena, por ejemplo, en que el tenor ó la tiple mueren cantando, les produce risa irónica y deseo de burla.

Afirman que no es verdad que la música conmueva las fibras del corazón humano, como aseguran sus apasionados, y para probarlo, nos dicen: hemos visto muchas personas amantísimas del arte musical, inteligentes profesores distinguidos, asistir á la audición de los mejores trozos de música de cuantos autores se conocen. Todos, absolutamente todos, prestando una atención extraor-

dinaria, aguzando el oído, abstrayéndose de cuanto á su lado había, abriendo los ojos desmesuradamente, encarnándose, digámoslo así, en la composición musical, cuyas melodías tristísimas, según ellos debían conmoverlos con notas dulcemente sensibles y tristemente penetrantes. Pero nada, ninguno lloraba.

Y añaden: Lejos de verlos tristes, bajo la impresión de aquella sonata ó lo que fuera, al acabarse, los observamos entusiasmados, eso sí, pero contentísimos y alegres. Luego la música hace en ellos el efecto contrario al que el autor se propuso.

Replicamos nosotros, haciéndoles observaciones y manifestándoles que los secretos de la música no son para comprenderlos gente profana al arte, y aquí nos atajan el paso, diciéndonos:

—Como nosotros es la inmensa mayoría de los habitantes de todos los pueblos; nuestros oídos no están educados para apreciar todas las bellezas de la música, y como en su audición no gozamos más que relativamente y por poco rato, han de confesar los apasionados al arte musical que ésta no es bastante para entretener á un pueblo entero, y que, como función pública, es necesario limitarla á corto número de espectadores, de esos que la entienden, al menos hasta que la educación musical cunda y se propague á todas las clases sociales.

Estas se recrean más con las corridas de toros, no hay que dudarlo. Es más perceptible para ellas el encanto que les produce lo real y positivo, que lo figurado é ideal. Sienten y gozan con lo que á la vista tienen, y no se alimentan con ilusiones. Y tanto demuestran su sentimiento, que si en la corrida de toros hay una desgracia, el terror en unos, la pena en muchos y el disgusto en todos, se refleja inmediatamente.

Porque en esto hay verdad; y en la música, si no se *idealiza* el oyente, si no se transporta á los espacios imaginarios, no experimentará nunca terror ni pena. Habrá mérito, pero hay ficción; y la comprensión humana instintivamente separa en el acto la verdad de la mentira.

Así aquéllos para quienes la música es un entretenimiento al que fácilmente renuncian, afirman que *no es verdad que el corazón sienta lo que dicen que quiere decir* la composición musical, sino que es una cosa agradable en algunas ocasiones, sobre todo no cuando se oye, sino cuando se escucha; que ni hace reír ni llorar, y de que se prescinde por mirar un traje las mujeres, ó por hablar de éstas los hombres.

—En los toros, ¿se habla de otra cosa que de la lidia?—nos preguntan.

Y tenemos que confirmar su aserto, porque es verdad que ni hombres, ni mujeres, ni niños piensan allí en otra cosa que en los múltiples accidentes de la lidia. Allí se olvidan todas las penas. La no interrupción del espectáculo contribuye mucho á esto, porque no permite que la imaginación se aparte un momento de lo que tiene á la vista y tan poderosamente la preocupa.

Y fundándose en esto, dicen los tenaces impugnadores de la música: Si ésta no hace llorar, ni reír, ni ensoberbecerse, ni aborrecer, ¿qué fibras del corazón toca? Concedemos que deleita, agrada, gusta la buena música, que puede escucharse un rato sin que moleste; pero concédasenos al mismo tiempo que la fiesta de toros tiene más de magnífica, ostentosa é interesante, que el mejor concierto de las mejores obras. Y si no, ejecútese éste en un local en que los oyentes no puedan lucir sus galas, ni entretenerse en conversación alguna amorosa ó política, y será muy escaso el número de los concurrentes. No hablamos por hablar, sino que la experiencia lo ha demostrado con gran desencanto de los que han creído que una buena orquesta por sí sola, donde quiera se coloque, donde quiera empieza á hacer sonar sus armoniosos sonidos, allí lleva gente. Los conciertos en Madrid han quedado desiertos al llegar la hora de dar principio la fiesta taurina.

¡Amarga decepción para el arte de Orfeo!

—¿Sucede ésto con las corridas de toros?— vuelven á preguntar.

Y cansados ya nosotros de su persistente tenacidad, les concedemos mucho, les criticamos algo, y para no fatigar más á nuestros lectores, los enviamos *con la música á otra parte*; pero haciendo antes una aclaración.

Casi todos los músicos españoles, y los hay muchos y buenos, son aficionados á las corridas de toros. ¿Por qué? No hay más que reflexionar un poco acerca de las cualidades internas del individuo, y la contestación está dada. El verdadero músico, el que siente, el que puede contar uno á uno los latidos de su corazón al escuchar los delicados sonidos de un aria sentimental, el que se enardece oyendo los vigorosos ecos de una sinfonía de Wagner, es por naturaleza apasionado por todo lo grande, lo magnífico, lo que se sale de la esfera común; por aquello, en fin, que le impresione fuertemente, que le cause emociones verdaderas, ya sean de dulce regocijo, ya terrible-

mente trágicas. Magnífica es la música cuando hierre las fibras delicadas que excitan el sentido, hasta el punto de producir éxtasis inexplicables; pero no es menos soberbio el espectáculo que, desde el principio al fin, tiene en suspenso el ánimo del espectador, y le causa emociones de alegría, sobresalto y entusiasmo, que se suceden rápida é inesperadamente, pasando de unas á otras de tal manera, que hacen olvidar, mientras se presencian, cuantas penas y disgustos afligen á la pobre humanidad.

No siempre el espíritu ha de estar vagando por los espacios imaginarios: que es necesario al hombre vivir dentro del medio ambiente que le rodea, y éste no debe ser otro que el de la verdad, por más que la *verdad real* sea grata ó amarga, triste ó alegre, según le plazca al acaso, ó al que todo lo puede, y así hay que aceptarla; pero, ¡es tan hermosa! ¡se aparta tanto de la mentira!...

\*  
\* \*

Tratemos algo del baile, que es uno de los espectáculos principales y más antiguos.

Veamos si en él encontramos la *moralidad* que dicen los extranjeros falta á las corridas de toros. Veamos si no tiene nada de *ridículo*. Juzguemos desapasionadamente acerca de los bienes y ventajas que reporta á la sociedad, y comparemos.

Sin remontarnos á los tiempos primitivos, en que también se bailarí de seguro, y si no que lo digan Adán y Eva, si hay quien se lo pregunte; sin criticar al danzante rey David, que cuando él danzaba y tocaba el arpa sabría por qué lo hacía; sin querer de intento tratar aquí de las lúbricas danzas de la dueña del mundo, Roma, diremos algo de tiempos más modernos.

No sabemos cómo se bailarí en España una danza que por fines del año 1500, poco más ó menos, se llamaba la *Alemana*, y estuvo muy en uso; pero debí ser decente, aunque fría y sosa como los individuos de la nación á que alude su nombre, cuando Lope de Vega, cuarenta años después, la echó de menos como honrada, al criticar la *Chacona*, baile nuevo que ofendía la virtud, la castidad y el decoro de las damas con sus acciones gesticulares.

Ya empezamos con la moralidad.

Más tarde se bailó las *Folías*, que dicen no era danza tan decente como la *Paviana* y la *Gallarda*, ó al menos no era de tan buen tono; la *Zarabanda*,

la *Alta* y la *Baja*, y otros muchos, entre ellos el *Canario*, de rápidos movimientos, cabriolas, campanelas y *picareesco* traqueteo.

Luego, ya en nuestros días, todo el mundo sabe lo que eran el *Minué* (que han vuelto á poner en uso ahora), la *Gabota*, la *Cachucha*, la *Guaracha*, y tantos otros cuya lista sería interminable, y que, en especial los dos últimamente citados, tenían sus puntas de incitantes y traviosos.

No queremos tampoco hablar de las *Mollares*, el *Fandango*, el *Bolero*, el *Ole*, el *Faleo* ni las *Sevillanas*, más incitantes, más picantes y más retrecheros, cuanto mayor sea la gracia, el aire y el *aqué!* con que la *bailaora* arquee los brazos, mire al cielo y luego á la tierra, mate la araña, lleve y traiga el mundillo con temblores, molinete, estre-mecimientos y paradas en firme.

Son estos últimos bailes tan españoles que no debemos hablar contra ellos. Además de que nuestro fin no es desautorizar, criticar ni decir nada en contra de los demás espectáculos sino en cuanto baste al objeto que nos hemos propuesto, que es demostrar que no es el peor de los espectáculos la función de toros, sino que lleva ventajas á los demás.

Volviendo á referir algo del baile y la danza, ¿no es ridículo, no es altamente risible, un hombre hecho y derecho, dando saltos y haciendo piruetas, moviendo los brazos como si cazara moscas, en medio de un escenario?

¿No excita á la burla un hombre dando vueltas en un salón al compás del atolondrado vals, echando al aire las aletas del obligado frac, cuyos faldones parecen un par de banderillas colocadas en la parte posterior del individuo?

¿Y es muy moral apretar el pecho del galán al escotado seno de la dama que con él valsa?

Vaya, señores moralistas, que tanto malo encontráis en las fiestas de toros, no nos hagáis hablar, que entrando en el terreno de las comparaciones, sois vencidos.

Os diremos que no sólo es inmoral, sino repugnante en alto grado, ver en un salón cien parejas ó más, apretadas, estrujadas unas con otras, bailando lo que se llama bastante significativamente la *polka íntima*; que la desnudez completa de las actuales bailarinas es vergonzosa, y sus movimientos sin gracia, obscenos y asquerosos; que lo son mucho más y en grado más escandaloso, si es posible, los *cancans* importados de la culta Francia y todos los bailes de allí venidos, en que no se ve más que andar de puntillas una mujer desnuda, sacudir las

piernas (casi siempre alambres) por todo lo alto, formando con ellas un ángulo tan abierto, tanto, tanto, que parece línea recta.

Y no es que nos asuste ver nada de esto. No somos mojigatos, ni mucho menos. Dejamos siempre en completa licertad á todo el mundo de hacer y decir cuanto se le antoje, si no perjudica á tercero. Al que no le guste una cosa, que no la vea, si puede evitarlo.

¿Diremos algo de los bailes de máscaras? Casi nos debíamos ceñir á relatar las tan conocidas frases de Larra: «Allí hay madres que andan buscando á sus hijas, y muchos maridos á sus mujeres, sin encontrarlas,» y añadiremos: ¿y la moralidad? Ni rastro ha dejado á su paso, si es que por allí ha pasado alguna vez.

Claro es que en absoluto, ya lo hemos dicho antes, no pueden tomarse tales afirmaciones; por distintas causas y en diversas ocasiones debe exceptuarse algo. Por lo mismo, creemos que nuestros detractores no dirán tampoco en absoluto que cuantos ven las corridas de toros son bárbaros é inmorales.

Pero no podemos consentir que muchos danzantes ó aficionados al baile, critiquen como inmorales las corridas de toros, cuando es sabido, y tan palpablemente dejamos demostrado, que lo son mucho más los bailes. Estos, además de los vicios que despiertan, de lo que á la moral ofenden, de lo que á la dignidad repugnan, de lo que á la sociedad pervierten, afeminan á los hombres, los hace pusilánimes, endebles y cobardes.

¿Qué sentimiento noble, qué idea de lo grande, de lo heroico, puede caber en el pecho de un joven que por ocupación frecuenta los bailes, por inclinación no conoce ni trata más que danzantas, y por costumbre no usa más armas que el bastón de junco ó el abanico de seda?

No envidiamos su suerte, ni la de la nación que por su desgracia tuviese muchos individuos de tal calaña: no queremos de ningún modo que nuestro pueblo se parezca en nada al que se forme de entes que, lejos de hacer alarde de valor, fuerza é inteligencia como cumple al hombre, no piensen más que en la vida disipada del sibarita y en los goces del dinero.

¡Pobre nación donde tal suceda!

Cuatro soldados y un cabo penetrarían impunemente en un pueblo, aunque tuviera cincuenta mil almas, y le impondrían su voluntad.

Porque nadie los resistiría. Afeminados los unos, cobardes por lo tanto, y temerosos los otros de

perder la vida, y con ella los goces á que tanto apego tienen los que para nada estiman lo necesario que es á la educación de un pueblo hacerle fuerte, inculcarle máximas para que sea valiente, para que desprecie la vida en ocasiones, sería imposible la defensa.

Pero ya hablaremos de esto más adelante. Nos hemos apartado, sin querer, del camino que nos habíamos trazado. Sigamos en él, y aunque de pasada, hablemos algo de los ejercicios acrobáticos y gimnásticos.

\*  
\* \* \*

El mejor de éstos, el de más mérito, el más esmeradamente ejecutado, ¿puede compararse á una corrida de toros, por mala que sea?

Conteste por nosotros el lector, y aunque sea aficionado á la gimnasia ó á los ejercicios hípicas, díganos con franqueza si puede competir un espectáculo con otro.

Comprendemos la necesidad en muchas ocasiones de ejercitarse en la gimnasia, como medida higiénica aconsejada por la medicina; conocemos también el goce particular que el joven siente al practicarla en el trapecio, en las paralelas y haciendo planchas; sentimos asimismo el gusto especial con que monta un buen caballo, le enseña, le amaestra, y le luce y hace lucir en todas partes.

Bajo cierto punto de vista, todo esto es bueno y agradable.

Mas desde el momento en que se quiera hacer de ello un espectáculo público, tiene que ser de los llamados de tercera clase. No puede, por lo tanto, aspirar siquiera á que se intente ponerle enfrente de las corridas de toros: está muy por bajo.

¿Qué diversión ofrece, por ejemplo, una infeliz muchacha balanceándose en una cuerda, ó dando

saltitos sobre un caballo, diez, veinte ó treinta veces? ¿Qué puede gozar el espectador, viendo trabajar en un trapecio á gran altura, en la escalera aérea ó en la percha peligrosa? Nada; cuando más, admirar el valor, el arrojo y el atrevimiento de un hombre que, después de todo, no sabe hacer más que aquello, es decir, que siempre hace lo mismo y del mismo modo.

Él hace lo que quiere hacer, lo que ha aprendido; no lo sujeta á la voluntad de otro, sino que no va más allá de donde él quiere. El torero tiene que estudiar en el terreno cada caso nuevo que le ocurre: el toro demuestra distintas inclinaciones, y á ellas se atempera el torero para vencerle; no hace siempre lo que quiere, sino aquello que le permite la condición del toro, estudiándola en el acto, en el mismo momento. ¿Dónde hay más mérito?

Hemos querido reducir á la individualidad del *artista* la comparación entre una y otra clase para hacer más perceptible nuestra demostración.

Dudamos si hablar ó no de esos niños descomulgados y raquícos que son *comprados* ó robados por los saltimbanquis para enseñarles arriesgados ejercicios, ó exponerlos ridículamente como marmotas; de esas niñas agraciadas á quienes explotan gentes sin conciencia, las aplauden cuando trabajan en el trapecio, en la cuerda ó en el caballo, y mueren en su mayoría pobres y jóvenes en un hospital.

Mejor es dejarlo. No tenemos la intención de que en nuestro libro haya nada que incline á la tristeza; pero permítasenos decir: ¿Y esto es más moral que las corridas de toros?...

Tócales el turno ahora á las funciones teatrales: su importancia, que la tienen en primer grado, merece que el asunto se trate despacio, y para ello empezaremos capítulo aparte.





## CAPÍTULO V

### CONTINUACIÓN DEL ANTERIOR

Si los espectáculos cultos, lejos de enseñarme algo y de educar y desarrollar mis buenos instintos, ponen de manifiesto ante mis ojos un mundo de inmoralidad y una exuberancia de lujo que ciega mis ojos sin tocar al corazón, hoy más que nunca tengo derecho á mis corridas de toros.

PEÑA Y GORI

**L** mejor de los espectáculos públicos, el que más interesa, el que más instruye, el que más *debe* moralizar las costumbres de un pueblo, es el teatro.

En él han de ponerse de manifiesto las prodigiosas obras del entendimiento humano, esas magníficas creaciones que, emanadas del estudio y del talento, llevan en sí un destello divino que asombra al mundo, deleita al espectador y forma parte de la gloria de la nación que cuenta en su seno seres privilegiados que tales obras producen.

El llanto, la risa, las acciones heroicas, los mil encontrados afectos del corazón humano, con cuantas derivaciones de él se desprenden, deben retratar en la escena las pasiones, los vicios y vir-

tudes del mundo antiguo y moderno. Unas veces para enseñar, para imitar lo noble y honrado; otras para criticar, para castigar lo inmoral, lo perverso. Aquello, para ensalzarlo; esto, para aborrecerlo.

Siendo esto así, en la conciencia de todos ha de estar forzosamente la idea de que mayor afición ha de tener al teatro la persona instruída, la de mejores instintos, que la ignorante ó embrutecida, suponiéndose con fundamento que aquélla va á presenciar las representaciones por el grato solaz que le proporciona una obra discreta por su estructura, por el buen desempeño de los artistas que la interpretan, y los demás atractivos que encierra el teatro en sí.

Pero cuando en vez de una obra bien escrita, se encuentra el espectador con un mamarracho mal

pensado y peor urdido; cuando cree proporcionar á sus hijos una lección saludable y los lleva á ver un manojo de desvergüenzas; cuando en vez de artistas de talento que saben y comprenden lo difícil de su cometido, se halla con cuatro ignorantes descocados y atrevidos, entonces ya no es posible mostrar afición al teatro.

No hay espectador que pueda concebirle más que como un medio de matar el tiempo. Ó bien como punto de reunión de cuatro bellezas equívocas y de una docena de holgazanes, para quienes la función es lo de menos.

Por desgracia, esto va extendiéndose más de lo que podría esperarse.

Y como la humanidad, cuando no hay freno que la guíe, se inclina siempre y fatalmente más á lo malo que á lo bueno, sucede que el teatro se ve rara vez frecuentado si las obras son buenas, y completamente lleno si son abortos de la imaginación de algún extraviado poeta ó de ignorante aprendiz.

Así se estraga el gusto y se pervierten las ideas. Más daño hace esto á la juventud, que cuantas corridas de toros, habidas y por haber, se hayan celebrado ó celebren.

Y esto no es precisamente de ahora. Hace ya tiempo que el daño está conocido y que se ha tratado de ponerle remedio; pero no se consigue.

El por qué, no es para tratarlo en este lugar; ni conduce á nuestro objeto, que es el de demostrar que aun el mejor de los espectáculos, reconocido como tal generalmente, encierra en sí, dadas sus condiciones actuales, más germen de inmoralidad que las corridas de toros.

Mucho diríamos en apoyo de nuestra proposición, porque mucho puede decirse; pero como se nos ha de suponer apasionados en un sentido, é incompetentes en otro, ahí va lo que sobre el teatro, tal cual era á principios de este siglo (y que por cierto no ha mejorado), escribía el gran Moratín, cuya competencia no puede ponerse en duda.

Decía así:

«Nadie ignora el poderoso influjo que tiene el teatro en las ideas y costumbres del pueblo: éste no tiene otra escuela ni ejemplos más inmediatos que seguir que los que allí ve, autorizados en cierto modo por la tolerancia de los que le gobiernan. Un mal teatro es capaz de perder las costumbres públicas; y cuando éstas llegan á corromperse, es muy difícil mantener el imperio legítimo de las leyes, obligándolas á luchar continuamente con una multitud pervertida é ignorante.

»En las comedias antiguas que se representan, parece que apuraron nuestros autores la fuerza de su ingenio en pintar del modo más halagüeño todos los vicios, todos los delitos imaginables, no sólo hermozeando su deformidad, sino presentándolos á los ojos del público con el nombre y apariencias de virtud.

»Las doncellas admiten en su casa á sus amantes mientras el padre, el hermano ó el primo duermen; los esconden en su propio cuarto, salen de su casa y van á buscarlos á la suya para pedirles celos ó darles satisfacciones; huyen con ellos y se abandonan á los extravíos más culpables de amor, como pudieran las mujeres más perdidas y disolutas. La autoridad paterna se ve insultada, burlada y escarnecida.

»El honor se funda en opiniones caballerescas y absurdas que en vano han querido sofocar y extinguir las leyes, mientras el teatro las autorice. No es caballero el que no se ocupa en amores indecentes, rompiendo puertas, escalando ventanas, ocultándose en los rincones, seduciendo criados, profanando, en fin, lo más sagrado del honor, y atropellando aquellos respetos que deben contener las pasiones más violentas de todo hombre de bien.

»No es caballero tampoco el que no fía su razón á su espada, el que no admite y provoca el desafío por motivos ridículos y despreciables, el que no defiende el paso de una calle ó de una puerta á la justicia, haciendo resistencia contra ella, matando ó hiriendo á cuantos le amenazan con el nombre del rey, y abriéndose el paso á la fuga, que siempre se verifica sin que estos delitos se vean castigados, como era consiguiente, sino antes bien aplaudidos con el nombre de heroicidad y de valor.

»En otras piezas, el personaje principal es un contrabandista ó un facineroso, y se recomiendan como hazañas las atrocidades dignas del suplicio. En una palabra, cuanto puede inspirar relajación de costumbres, ideas falsas de honor, quijotismo, osadía, desenvoltura, inobediencia á los magistrados, desprecio de las leyes y de la suprema autoridad, todo se reúne en tales obras, y éstas se representan en los teatros de Madrid, y el gobierno lo sufre con indiferencia.

.....

»Si el teatro es la escuela de las costumbres ¿cómo se corregirán los vicios, los errores, las ridiculeces, cuando las adula el mismo que debiera enmendarlas, cuando pinta como acciones dignas

de imitación y aplauso las que sólo merecen cadena y remo? Si observamos, con harta vergüenza nuestra, en las clases más elevadas del Estado una mezcla de costumbres indecentes, un lenguaje grosero, unas inclinaciones indignas de su calidad, unos excesos indecorosos que escandalizan frecuentemente la modestia pública, no atribuyamos otra causa á este desenfreno que las de tales representaciones.

»Si el pueblo bajo de Madrid conserva todavía, á pesar de su natural talento, una ignorancia, una rusticidad atrevida y feroz que le hace temible, el teatro tiene la culpa.»

Esto decía á fines del siglo anterior el eminente escritor y autor dramático D. Leandro Fernández de Moratín.

¡Cuánto hubiera dicho y diría hoy si viera nuestros teatros!

Pocas, muy pocas, rarísimas son las obras más universalmente celebradas que no tengan alguno ó varios de los defectos apuntados por el regenerador de nuestro teatro; y se admiten y aplauden no sólo sin protestar contra la doctrina que exponen, sino que si alguien las critica razonadamente, no faltan escritores cuyas plumas salen á la defen-

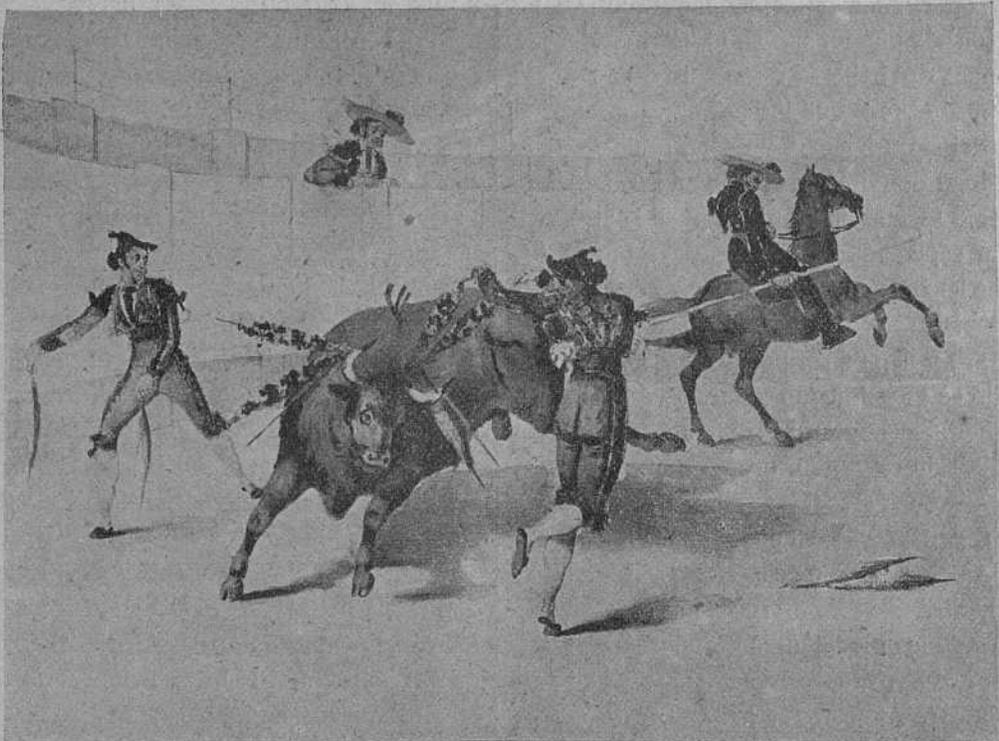
sa de lo malo, y gritando más y haciéndose eco de la perversión del gusto que por desgracia domina, consiguen hacer que pase y se tenga como bueno en el teatro lo absurdo, lo ridículo y hasta lo repugnante.

¿Qué es mejor, que la juventud aprenda por el ejemplo el medio de burlar la vigilancia de una madre ó el celo de un padre, ó que presencie una corrida de toros?

¿Le hará más daño ver ésta, cuando en ella no hay nada que excite sus sentidos ni á sensualidad, ni á avaricia, ni á ningún otro vicio, que asistir á la representación de un drama en que se dé como cosa corriente el adulterio, la infamia y hasta el infanticidio?

¿Quieren que se prefiera ver las descarnadas formas desnudas de las infelices *suripantas* que figuran en asquerosos modernos espectáculos, que ha tenido la fortuna de no conocer Moratín, á la delicada suerte de banderillas ó á la elegantísima de capear?

¿Admite comparación el daño que pueda hacer en las costumbres la constante asistencia á los teatros *Bufos*, género grotesco que no dudamos llamar degradación del arte, con el que remotamente



BANDERILLAS AL CUARTEO. — L. FERRANT

puede suponerse origine, por ejemplo, la cogida de un torero.

Se ha dicho repetidamente, que el espectador se familiariza, con ver á menudo el derramamiento de sangre, y que esto embota en sus sentidos la idea del bien, despreciándole ó haciéndole indiferente la vida de sus semejantes; pero á esto, que no tiene fundamento ni base, contestaremos con un ejemplo.

La Hermana de la Caridad, ese ser débil en fuerzas como delicada mujer, ve frecuentemente, ya en los hospitales, ya en los campos de combate entre los estragos de la metralla, infinitos muertos y heridos que espiran en sus brazos retorciéndose por sus dolores y revolcándose en su sangre; y, sin embargo, aquella pobre y tímida mujer no puede suponerse que haya perdido los sentimientos de caridad que constantemente practica, y á nadie se le ha ocurrido decir que sus instintos empeoren, ni que la vista de la sangre vuelva feroz á la compasiva, criminal á la virtuosa, ni serpiente á la paloma.

Y lo mismo sucede en todas las clases. Ni el militar deja de tener honrados sentimientos porque en el campo de batalla acuchille á su enemigo, ni al ingeniero le falta caridad porque en un canal haga trabajar con el agua á la cintura á los infelices condenados á tales penas, ni al arquitecto se le pueden suponer malos instintos porque ordene la colocación de una veleta en el capitel de una torre, después de haberse estrellado desde aquel sitio el primer obrero que intentó clavarla.

A fines del siglo pasado, un célebre filósofo de la Universidad de Ginebra escribía á Mr. D'Alembert: «¿Cómo es que la tragedia puede entre vosotros hallar espectadores capaces de soportar los objetos que les presenta y las personas que emplea en su acción? Ya un hijo mata á su padre, se casa con su madre y llega á ser padre de sus hermanos; ya otro hijo se ve asimismo obligado á degollar á su padre; también hay quien obliga á un padre á que beba la sangre de su propio hijo... La sola idea de semejantes atrocidades que ofrece la escena francesa para recreo del pueblo más dulce y humano de la tierra, estremece. No: yo sostendré, atestiguándolo con el asombro de los lectores, que las muertes de los gladiadores no eran tan bárbaras como estos horribles espectáculos. Es verdad que se veía correr la sangre, *pero no se afligía la imaginación con unos crímenes que estremecen la naturaleza.*»

El mismo D'Alembert se disculpó con Rous-

seau, hablando de tan espeluznantes tragedias, diciendo que aunque el pueblo ilustrado asistiese á ellas, no tanto por instruirse cuanto por sólo experimentar la conmoción que causan, no habría en ello delito ni mal, porque al fin es un espectáculo á que acudirían, por la sola necesidad que tienen todos los hombres de ser conmovidos.

Reconocida esta necesidad, decimos nosotros, ¿pueden admitir comparación esos horripilantes dramas de brocha gorda con una función de toros?

Contéstese imparcialmente. Y eso que nosotros, abundando en las ideas que llevamos emitidas, somos de la misma opinión que un notable escritor á quien hemos hecho referencia.

*Las diversiones, sean las que fueren, todas serán buenas é inocentes, con tal que sean públicas.*

Otra de las mayores razones que daban los antiguos impugnadores de las corridas de toros en contra de la moralidad de éstas, era la de hallarse mezcladas en los asientos de las plazas de toros gentes de ambos sexos y distintas condiciones; dando á entender, cuando menos, que las palabras chocarreras del populacho podrían influir en la moralidad de las más morigeradas, pervirtiendo las costumbres de éstas.

Nuestros lectores nos dispensarán la contestación extensa que pudiéramos dar á tan trivial y hasta pueril afirmación. Se escribió en tiempos en que no les era consentido á las doncellas levantar los ojos del suelo (en presencia de sus padres), ni se permitía ningún hombre tener el sombrero puesto cuando se hablaba del rey. No sabemos si entonces había más virtud ó más hipocresía; ó si lo sabemos, no lo queremos decir. Querían entonces tener en los teatros á los hombres en el *patio* y á las mujeres en la *cazuela*, y por eso criticaban la concurrencia á un mismo sitio de personas de ambos sexos en las corridas de toros.

Pero al fin esto era de día, en pleno día, y á la vista de todo el mundo. ¿Qué dirían hoy si vieran en galerías estrechas, de noche y á media luz ó casi á oscuras, si la función dramática lo exige, á hombres y mujeres todos mezclados, apretados y confusamente reunidos?

¿Serían de oír sus exclamaciones, si se les dijese que había habido un teatro en la capital de España, donde cantó una de las mejores compañías de ópera, en el cual hubo la feliz ocurrencia de titular *ignominia* á la más concurrida de las localidades por hombres y mujeres; tal era de estrecha, oscura é incómoda!

Pues en caso de criticarse aquello en los toros,

parece que debiera serlo más en los teatros. Ni éstos, es decir, ni por las funciones que en ellos se celebran, merece ser anatematizado el espectáculo, que es bueno en sí; ni porque alguna rara vez ocurra en las fiestas de toros un incidente desagradable puede llamársele bárbaro.

Malo y bueno tienen ambos espectáculos. Aquél, el teatro, debiera tener más de bueno, y por lo tanto, serlo; pero, hablando claramente, ni lo tiene, ni lo es, hoy por hoy. Las corridas de toros podrán tener algo de malo; pero ¿tienen tanto bueno?...

En todo caso, aplíquense los literatos á regenerar el teatro; dótenle de producciones morales, instructivas, y de las condiciones que ellos deben saber mejor que nosotros, para elevarle hasta donde todos deseamos; hagan que el pueblo se instruya, se aficione á lo bueno, aprecie lo noble, leal y honrado, se despierte al eco de voces que canten grandes hazañas y nobles sentimientos, y, no lo duden, el teatro estará al frente de los espectáculos públicos.

Entre tanto...



MAYORAL. — VILLAPADIERNA





## CAPITULO VI

### CONCLUSIÓN Y RESUMEN DE LOS DOS ANTERIORES

La barbarie consiste en lanzarse el hombre al peligro sin los necesarios medios de defensa, y en la probabilidad, por consiguiente, de perecer víctima de su arrojo.....

Las diversas suertes que en las corridas de toros se ejecutan, en vez de excitar la ferocidad, lo que hacen es persuadir á la muchedumbre, más que podría conseguirse con una disertación filosófica, de la gran superioridad de la razón sobre la fuerza bruta.

LÓPEZ MARTÍNEZ



A hemos hablado en los precedentes artículos de los principales espectáculos hoy en uso que, por ser de distinta índole y diversas condiciones que las corridas de toros, pueden, atendida su importancia, colocarse enfrente de éstas y ser comparados con ellas; fáltanos ahora decir algo acerca de otra clase de funciones ó fiestas que, si bien no pueden sufrir comparación alguna con las corridas de toros, no por eso dejan de ser espectáculos públicos que entretienen más ó menos á la multitud.

La elevación de un globo aerostático ha sido y es una de las diversiones más inocentes y agradables que pueden darse á un pueblo. Pero su duración es corta, es brevísima; no puede entretener

más que algunos minutos; y como la impresión que en el público produce es también muy pasajera, el hombre, para que ésta dure más, y en su afán de distinguirse, de hacer lo difícil y hasta lo que parece imposible, ha concebido la idea de elevarse con el globo, y la ha realizado. Distintos aeronautas de ambos sexos (que también la mujer se atreve á cuanto el hombre se arroje) se han lanzado al espacio en débil barquilla; y por si esto fuera poco, muchos se han elevado asidos únicamente á un trapecio, haciendo planchas y molinetes en el aire, fiados en su buena ventura y en lo que la Providencia quiera hacer de ellos.

Efectivamente, esto causa alguna admiración, y puede servir como adición ó complemento á cualquier fiesta, ya que por sí solo no la constituye;

pero no se crea que en ello no hay peligro. Existe y grande, y no hay razón que le justifique. No hablemos de los globos que para henchirlos no se les alimenta más que de humo, y en los cuales es facilísimo que el aeronauta al menor contratiempo se estrelle. Ciñámonos á los contruídos con sujeción á las exactas reglas de la ciencia, y que, sin embargo, ofrecen al que en ellos navega por el espacio poquísima seguridad. De algo puede servirle la buena construcción del globo; de mucho también saber manejar el aparato respiratorio, abriendo ó cerrando á tiempo la válvula, que llamaremos de seguridad; pero ¿esto basta á dársela contra recios vendavales, contra obstáculos desconocidos? Ahí está el ejemplo, entre otros, del desgraciado Mr. Arban, que ni él ni su globo han vuelto á parecer en la tierra.

En la corrida de toros el lidiador ve el peligro, estudia el modo de esquivarle hasta con gracia; si no puede huirle, le prestan auxilio sus compañeros, y en último caso, lo peor que puede sucederle es tener una cogida y ser herido; pero en el acto, en menos tiempo del que se tarda en contarle, se ve asistido y curado por distinguidísimos profesores, sin faltarle la más exquisita asistencia. El aeronauta en peligro, ¿de quién puede recibir auxilio? ¿Quién puede protegerle?... Solo Dios. Y si se estrella contra una roca, ó se ve sumido en el mar, nadie, absolutamente nadie puede atender á curarle. Será pasto de los cuervos ó de los peces. ¡Dichoso él si su caída es en poblado, que al menos la caridad puede prestarle su ayuda! A no ser que le suceda lo que al capitán Mayet que se estrelló en Madrid hace pocos años, siendo inútiles toda clase de auxilios hechos en su favor.

\*  
\* \*  
\*

Una de las funciones que más en boga hay en algunas provincias de España, de Ultramar y del extranjero, son las riñas de gallos. Las citamos solo porque no se diga que las olvidamos.

Y debiéramos hacerlo. Es triste y brutal impleter uno contra otro á dos inocentes animales, nada más que por el gusto de ver morir á uno de ellos; hemos dicho mal: no se los arroja á la lucha por gozar de tan criminal placer; es porque el dinero que se cruza en las apuestas interesa á los concurrentes. Quítese el aliciente del sórdido interés, y las riñas de gallos desaparecerán de pronto. Como que no tienen más incentivo,

Hemos dudado mucho si deberíamos hablar acerca de una fiesta, más que bárbara, criminal y salvaje, que por fortuna, y dicho sea en honra nuestra, nunca ha tenido asiento en la valiente España.

Nos referimos al *pugilato*: á la lucha á muerte entre dos hermanos, que hermanos son todos los hombres. Horroriza y da vergüenza pensar que, solo por satisfacer el deseo de lucro y el vicio del avaro, los habitantes de una nación, que no queremos nombrar por decoro de la Europa, apuesten sumas fabulosas en favor de uno ú otro de los contendientes que á puñetazo limpio se magullan el cuerpo, se rompen las mandíbulas, se saltan los ojos y concluyen por matarse. Ni más ni menos que si fueran gallos ó perros de presa. ¡Qué baldón!

En honor de la verdad, estas degradantes luchas, muy en boga á principios de este siglo, van ya siendo muy raras. Sin embargo, hace pocos años se verificó una, para presenciar la cual se trasladaron de la capital de aquella nación, á pocas millas de distancia, más de treinta mil personas. Cada cinco minutos salía un tren lleno de bote en bote de gente ávida de presenciar tan asqueroso y repugnante espectáculo, viendo á dos robustos jóvenes desnudos completamente de medio cuerpo arriba, y llenos de vida, luchar hasta encontrar la muerte entre los aplausos de la *malvada* muchedumbre que vitoreaba al vencedor.

¿Puede darse mayor ejemplo de barbarie? ¿Es posible acordarse siquiera de las corridas de toros para compararlas con tan atroz crimen? Se nos dirá que las leyes de aquel país prohíben terminantemente tales pugilatos: es cierto; pero á esto diremos que cuando la autoridad no puede por menos de proceder contra el miserable asesino, cuando la es imposible hacer la vista gorda, como decimos en España, el Jurado impone tan ligeras penas al delincuente, que, lejos de considerarse como castigo, pueden estimarse como recomendación para lo futuro, y como concesión de descanso y reposo para el presente.

—Después de todo,—exclamarán los *humanitarios* habitantes de aquella nación aficionados á tan criminal recreo,—¿qué vale la vida de un hombre ignorante y estúpido, comparada con el puñado de oro que ha ganado?...

Pasemos á otra cosa; que la relación de estos ciertísimos hechos angustian el corazón y trasladan la imaginación á los remotos tiempos de la barbarie.

Relatemos también algo de otro espectáculo

nacido fuera de España y que está en uso en diferentes naciones.

Las carreras de caballos.

Decimos de éstas lo que llevamos dicho de otros espectáculos que, sin ser repugnantes, antes bien admisibles, no pueden competir de ningún modo con nuestra fiesta nacional. En vano es que lujosos trenes y aristocrática concurrencia se empeñen en dar tono á la función: no tiene condiciones en sí para que como tal se la considere, y cuantos esfuerzos se hagan para conseguirlo serán inútiles. Al espectador, al meramente espectador, le importa poco ó nada que un caballo corra más que otro: no se interesa por ninguno, y aunque quisiera, no se le da tiempo para ello. ¡Si la carrera de más duración no llega á cinco minutos! En tan poco tiempo, la emoción, aunque la hubiera, sería fugaz como un relámpago; pasan por delante del público los caballos como meteoros, sin dejar tras sí el más ligero rastro, y á veces sin poderse dar razón el espectador del número de caballos que corren, y esto de media en media hora ó con mayor intervalo, sin que el tiempo intermedio le amenice cosa alguna.

¿Cuál de los sentidos, pues, es posible llegue á interesarse en tal espectáculo?

Solo de un modo le concebimos: solo de un modo hay emoción; pero es á tanta costa, que más vale no la haya. Sucede esto cuando, por tropezar el caballo, por aguijonearle demasiado ó por otra causa, cae y arroja al jinete por las orejas á gran distancia, dejándole en el suelo reventado ó poco menos. Entonces sí, el espectador se emociona, pero tristemente; no goza, siente que por un pedazo de pan se inutilice un hombre, y donde había un cerebro inteligente, sólo se encuentre un cráneo hecho pedazos.

Quisiéramos que los defensores de estas funciones nos dijeran qué placer, qué deleite han encontrado cuando sucede una desgracia así. En las corridas de toros podrá también suceder una desgracia semejante, no lo negamos; pero como el torear constituye un arte, sujeto como tal á reglas fijas, el caso tiene que ser forzosamente más remoto, y aun pudiendo ocurrir, hay siempre á la proximidad gente que le evite. Lo que pudo ser un lance funesto, es casi siempre motivo de alegría y aplauso entre los concurrentes.

¿Quién salva al infeliz jinete de una caída terrible en las carreras de caballos? Nadie. ¿Y quién libra al picador de caer en las astas del toro? Todos, absolutamente todos sus compañeros.

En cuanto á la utilidad de las carreras de caballos, no la comprendemos ni como espectáculo, ni por ningún otro concepto. Será porque no nos la hayan explicado bien, demostrándonos sus ventajas; ello es que á nuestro alcance no han llegado. Dicen que es un poderoso estímulo para el fomento de la cría caballar. Tal vez sea así, pero lo dudamos mucho: poco aficionados á tal función, sólo nos ocurre decir que es indudablemente cierto que el caballo de carrera para nada sirve más que para correr, y que porque un caballo corra mucho más que otro, no debe considerarse mejora en la raza sino relativamente.

El caballo de carrera no puede ser enganchado; de consiguiente, ni para tiro de carruajes en las ciudades, ni para labores del campo puede aprovecharse. Para montarle dentro de las capitales no ofrece mayores ventajas que los que no lo son, y para llegar en menos tiempo de un pueblo á otro no se usa, y hasta es inútil, desde que los ferrocarriles y el telégrafo han acortado las distancias.

¿Por qué, pues, se da de valor á un caballo de esta clase tres, cuatro ó seis mil duros y á veces más?

¡Ah! En eso está el secreto, y es muy sencillo. Porque las carreras de caballos no son, como las riñas de gallos, el pugilato, y otras de que luego hablaremos, otra cosa que un pretexto para el *juego*; porque si no se diera dinero al vencedor, si no se cruzasen apuestas entre los dueños de los caballos y los que no lo son, si no se procurase enriquecer uno con la ruina de otro, levantándose aquél y sumiéndose éste en la miseria, no existiría semejante espectáculo.

¿Y esto no es inmoral? Se castiga, y con justicia, al que pone dos reales á un cartón de lotería, y se tolera y hasta se autoriza al que sacrifica su fortuna al azar de un paso más de un cuadrúpedo.

¿Y qué diremos de ese nuevo juego traído á Madrid desde las provincias vascas, que han hecho ahora de moda las gentes que quieren dinero á toda costa, venga de donde venga?

Esos partidos de pelota, para los cuales se han construído edificios grandes y bien acondicionados, ¿podrán compararse siquiera en suntuosidad, en interés, en nada, con las corridas de toros?

Éstas ya hemos dicho lo que son, lo que distraen, lo que emocionan, cuanto tienen de soberbio, y luego diremos cuánto incremento proporcionan á la agricultura y ganadería, que son base de la principal riqueza del Estado: aquéllos, ¿qué bienes pueden producir? Ninguno; si acaso la an-

gustiosa situación de ánimo del infeliz jugador, que ve desaparecer su fortuna de peor manera aun que jugándola á una carta, porque, al fin, en este caso es parte actora, y en el juego de pelota está sujeto al resultado que quieran darle los que juegan.

¡Y claman los necios contra la inmoralidad de las fiestas de toros! ¡Y nada dicen contra las apuestas que en los frontones de pelota se cruzan forzosamente entre los concurrentes!

Decimos *forzosamente*, porque allí no va más de una vez el que no dé, ó tome, duros á peseta, momios ó primas, que constituyen un verdadero juego prohibido de suerte, envite y azar, que castiga el Código penal severamente; pero que, como sucede siempre en España, es letra muerta que no se observa.

¡Ah! si allí se prohibieran, si no se consintieran y autorizaran, con mengua del decoro y de la vergüenza, los juegos de apuestas deducidas del azar, escasa gente alimentaría tal diversión, que en ese particular se diferencia muy poco de una miserable *timba*: nadie se apasionaría con las *boleas*, los saques ni los reveses de los pelotaris, y la llamada Jai-Alai ó fiesta alegre, haría evidente que *de fiesta* tiene poco y *de alegre* mucho menos. Sería entretenida, como lo ha sido siempre y lo es hoy en muchos pueblos, en que los mozos juegan un partido los días de fiesta, presenciado por una docena de chiquillos y otra de ancianos, que, como pasatiempo, la miran y nada más.

Por fortuna eso pasará, después de haber escarmentado á unos cuantos necios que están mal con su dinero, y en cambio, las corridas de toros, con las vicisitudes inherentes á todo lo que en el mundo existe, con sus altos y bajos, con sus prosperidades y decadencias, continuarán años y años y aun siglos.

Algo bueno tendrán en sí, cuando á pesar de haber cambiado totalmente las costumbres en el espacio de fantos siglos, han resistido el empuje demoleedor del tiempo, y lejos de extinguirse, se propagan con admirable rapidez, no solo en España, sino también en Europa y en el Nuevo Mundo. Francia en 1894 ha dado un ejemplo asombroso de lo que puede en el corazón de un pueblo entusiasta por lo grande, el influjo avasallador de la incomparable fiesta española. Todos los departamentos del Mediodía de aquel país, vienen celebrando una especie de corridas de vacas en pueblos y aldeas, de muchos años acá. En estos últimos han ensanchado ese juego, no contentándose

únicamente con los saltos y quiebras de sus *ecar-teurs*, si no contratando cuadrillas españolas, llevando de nuestra Península toros en ella criados, y consiguiendo de nuestros toreros que todos los lances de la lidia los realicen según el arte de Francisco Montes. Han construído plazas donde no las tenían, han reformado las antiguas y han habilitado circos de grandiosa creación romana como el de Nimes: gastáronse en París en 1889 cuando la exposición universal, más de tres millones de francos en la plaza de la Rue Pergolesse, y en ella y en otras dos que se edificaron dentro del perímetro de la gran ciudad, se hubieran aclimatado las corridas de toros, si aquel Gobierno hubiese permitido la lidia á la española usanza, con todo lo que llaman bárbaras emociones, y que no son más que viriles muestras de ánimos esforzados; pero la ley llamada Granmont dijeron que se oponía al derramamiento de sangre de animales, y solo se celebraron parodias de corridas, sin atractivo alguno y sin aliciente que las hiciera gratas. No así en los departamentos del Mediodía: en ellos, desde entonces, y con bastante frecuencia se han picado y matado toros á estoque, produciendo en todos los espectadores (que de seguro son los de más sentido común que los del resto de aquella nación) un verdadero frenesí de entusiasmo, llegando este á tal punto que habiendo insistido el jefe de aquel Gobierno en la antedicha prohibición, los vecindarios de Nimes y Dax se alborotaron, representaron por medio de sus Diputados y Alcaldes, y viendo que no eran atendidos, resolvieron dar las corridas contra viento y marea y las dieron en 14 de Octubre de 1894, matando los toros y presidiéndolas el célebre poeta Mistral, el Municipio en pleno y hasta el Clero, con tan grande concurrencia como nunca se había visto. La fuerza armada hizo después prisiones, y fueron procesados los desobedientes; ¿y qué? firmes en su derecho harán ver que la ley Granmont no es aplicable á las fiestas de toros. Esa ley, hecha con otro fin muy distinto, dice literalmente: «Seron punis ceux qui auront exercé *abusivement et publiquement* de mauvais traitements contre les animaux DOMESTIQUES.»

Si los toros bravos son animales domésticos, ¿por qué los que interpretan la ley en ese sentido no se acercan á ellos suavemente á hacerles caricias? Parece mentira que tal absurdo se sostenga con seriedad. ¿Y por quién? Por un Gobierno que sabe perfectamente, como lo sabe todo el mundo, de qué manera se celebran en aquel país las fies-

tas de toros, en las que hay tantos ó más peligros que en las que se verifican en el último villorrio de España.

Apuntaremos acerca de ellas algunos detalles. Una nube, un escuadrón de jinetes armados con una especie de garrocha, que en lugar de puya tiene á su extremo un tridente de fuertes, largas y afiladas puntas, recoge, rodeándole en el terreno que pastan, las cabezas de ganado que han de correr al siguiente día ó en otros en los puntos designados. Salen de aquel sitio sin orden ni concierto, atropellando, mejor que conduciendo á los toros elegidos, llevándolos fatigados por llanuras y cerros, atravesando vados en los ríos y grandes



ENCIERRO DE TOROS EN FRANCIA. — BURNAND

arroyos, y descansando cuando pueden en los prados ó lugares convenidos. Hasta aquí, nada hay de particular que pueda ser censurable, bajo el punto de vista humanitario, ni siquiera contra la razón natural que concede al hombre el dominio sobre los animales de toda clase.

Pero hay más: esa ley hecha en Francia para Francia, no se observa en Francia, más que contra las corridas de toros españolas. Como ya va referido, en los departamentos del Mediodía especialmente se verifican corridas de toros, en que se martiriza á las reses en la forma que describe una de las autoridades literarias de más prestigio en aquella nación, en el siguiente relato que copiamos para dar á conocer el toreo francés, ya que hemos de hacer otro tanto respecto del que ejecutan en América y Portugal.

«La trompeta de la ciudad, heraldo de la función, se adelantó en el área del circo é hizo oír su sonido. A su último toque, dos gañanes, montados en sus

caballos blancos de la Camarga, entraron llevando en la mano un tridente, dieron la vuelta al anfiteatro, despejándolo así de las gentes que por allí paseaban y que fueron como pudieron á tomar asiento en el circo, dejándole libre y despejado á los lidiadores.

»Resonó un inmenso alarido de alegría: fijamos la vista en la arena, y debajo de nosotros, contra la puerta que habían cerrado detrás de él, vimos el primer toro, que espantado con aquél ruido trataba en vano de volver á entrar, reculando al toril del que acababa de salir. Viendo que no tenía salida alguna, y viéndose rodeado de un círculo de granito, bajó la cabeza, hizo oír un largo mugido y se puso á escarbar la tierra con las manos: durante este tiempo, uno de los dos jinetes había dado algunos pasos con dirección al toro, que, de pronto, viendo que era aquel decididamente el enemigo que tenía que combatir, se precipitó sobre él con la cabeza baja, con tal rapidez, que todo el anfiteatro dió un grito compuesto de treinta mil voces que á la vez gritaban, ¡que le coge! ¡que le coge! Pero el ligero jamelgo de la Camarga, dió un salto de lado con tal destreza y precisión, que se hubiera creído que los dos adversarios no se habían tocado, si el toro, doblándose sobre los corbejones de atrás, no hubiese levantado la cabeza, dando un mugido y sacudiendo sus

*narices atravesadas* por el tridente del jinete y no hubiese manchado la arena del circo con anchas gotas de *sangre*.

»Resonaron en aquel mismo instante, de todos los puntos del circo, grandes aplausos para el hombre, y denuestos para el animal, animando á los dos á continuar la lucha, al uno á *herir de nuevo* al toro, y al otro á vengar su derrota. En efecto, sin distraerse el toro por la vista del segundo jinete, miró en derredor de sí para buscar al que le había herido, y viéndole en un extremo del anfiteatro se volvió hacia su lado, pronto á lanzarse á la carrera: entonces el jinete puso su caballo al galope, dió una ó dos vueltas en el circo, el toro le siguió con los ojos y luego se lanzó, calculando con maravillosa sagacidad el sitio donde debía encontrar caballo y jinete para clavarlos contra la pared. Había ya su enemigo adivinado aquella maniobra y lanzado el caballo á galope, llegó levantándose de manos, y el toro, precipitando su carrera, vino

como un antiguo ariete á chocar en frente, en la pared, á tres pies casi delante de él. Fué tal la violencia del golpe que cayó atolondrado y temblando como si le hubiese aplastado la maza de un carnicero.»

Refiere luego cómo se llevaron al toro atado con una cuerda, y añade:

«El nuevo adversario se presentó tan rápidamente, que estaba en medio del circo antes que hubiese podido haber tiempo para verle salir. Uno de los dos hombres á caballo, el que no había aun combatido, se aprestó á ello inmediatamente. No fueron largos los preparativos: consistían en poner su tridente enristrado, ni más ni menos que nuestros caballeros ponían sus lanzas: después, habiendo hecho diestramente retroceder al caballo, tomaba terreno, tanto cuanto lo permitía la extensión del circo, y se lanzó sobre el toro inmóvil, que al verle venir levantó rápidamente la cabeza, en tales términos, que su antagonista no tuvo tiempo de levantar el tridente que debía únicamente herirle en el morro, y en lugar de esto fué y le clavó lo largo de sus tres puntas: es decir, dos ó tres pulgadas en medio del pecho. El hierro permaneció clavado en el toro debajo de la garganta, y apenas se sintió herido, cuando por un movimiento natural en los animales, se echó contra el arma que había quedado en su llaga, andando contra su herida y dolor; pero al cabo de dos ó tres pasos, el toro hizo un esfuerzo y se clavó todavía más el tridente en el cuerpo. Si no hubiera sido por la barra transversal que formaba la base de las puntas, le hubiera entrado todo el palo en el cuerpo. Entonces pudo juzgarse de la superioridad en la carrera del toro sobre la del caballo: apenas había corrido treinta pasos huyendo, cuando fué alcanzado en el costado y caballo y jinete rodaron cada uno por su lado; el jinete pudo levantarse y huir, el caballo quiso levantarse, pero volvió á caer inmediatamente en el suelo; *el cuerno le había traspasado todo el pecho izquierdo.*»

Véase con cuánto fundamento hemos afirmado que la ley Grantmont no rige en Francia respecto de toros, más que para las corridas españolas. Si en estas se lastima á las fieras, no se las martiriza poco en aquel país, y al menos aquí, con más arte y lejos de la fuerza bárbara, las suertes que con ellas se ejecutan son vistosas y elegantes.

¿Qué gracia ni qué arte pueden tener los labriegos de las poblaciones francesas en que hay corridas muy parecidas á las de novillos en nuestras aldeas? Aquí todo tiende á sortear, á capear al

bruto: allí todo el afán es martirizarle, pincharle, herirle, hasta matarle en público y rigiendo para los españoles la ley Grantmont.

Mientras que los toros descansan á la sombra, los habitantes de otros pueblos y sus invitados improvisan la plaza. Cada uno lleva sus materiales, quien una carreta, quien un madero, este otro un barril ó tonel. En un cerrar de ojos la plaza del pueblo se transforma en circo, y sus improvisadas tribunas se pueblan de mujeres ataviadas vistosamente con sus fichús rosas y azules. Los hombres circulan por la plaza agitados é impacientes; los tímidos buscan un refugio fácil en caso de que el toro se les acercase demasiado. Por fin, el alcalde hace un signo, el trompetero toca, la puerta del corral se abre y deja paso á un toro joven que mira á todos lados, duda, se vuelve y se lanza bruscamente al azar. Tan pronto como da un paso, la plaza, antes llena de gente, queda despejada. Los campeones, los más intrépidos, se refugian bajo las carretas ó desaparecen detrás de los toneles.

Sin embargo, la audacia se sobrepone á la prudencia, y los jóvenes salen de sus escondites y empieza la serie de ejercicios de que hace el toro el gasto. El uno le tira de la cola al pasar rápidamente detrás de él; el animal se vuelve con la rapidez del rayo, pero una nueva provocación le llama del lado opuesto; otro inventa lanzarle sobre las patas una carretilla, el toro se echa sobre ella la lanza al aire reduciéndola en pedazos, creyendo así haber reducido á la impotencia uno de sus innumerables enemigos; un tercero arranca con una destreza asombrosa la cinta roja que le han puesto cerca de los cuernos al animal.

Pero todo esto no sirve más que á calmar la impaciencia del público y á aumentar el furor del toro. Si está quieto é indolente se inventan mil medios para evitarlo.

De pronto, de todas partes se oye gritar: *¡li ferril! ¡li ferril!* (1). Dos acosadores ceden á este grito, se arman de sus tridentes y presentan seis terribles puntas al pobre animal, exasperado por inútiles persecuciones contra los de á pié.

En fin, hé aquí dos seres á su alcance; el toro recula, olfatea, escarba el suelo, baja la cabeza y arranca sobre los acosadores. Ciego por la rabia, no ve los tridentes, y el pobre animal recibe el golpe que creía dar á sus adversarios. Los triden-

(1) Los hierros tridentes de que los acosadores se sirven para conducir los toros.

tes le hieren en la frente, le desgarran el hocico ó penetran en sus ojos, pero ya no es dueño de sí, y pasando la lengua sobre la parte ensangrentada, abre una gran boca, ruge y vuelve á la carga cuatro ó cinco veces seguidas: por fin, vencido, extenuado de fatiga y de dolor, huye al establo.

está de parte de éste en casi todas las ocasiones, y cuando no, es insulso y sin aliciente para divertir á una gran muchedumbre: porque, respecto del teatro, tal cual es hoy y como le conocemos, también le lleva ventaja en cuanto á moralidad, si bien es cierto que debe y puede ser el primero de

los espectáculos públicos, si se varía de rumbo: que ni las funciones gimnásticas, acrobáticas ni aerostáticas pueden compararse de ningún modo con nuestra fiesta nacional, porque entrañan mayor peligro, divierten menos y son más inmorales. De las riñas de gallos y del pugilato nada digamos: probado queda que son altamente criminales y estúpidamente bárbaras, y estamos seguros de que nadie defenderá lo contrario.

Y por último, que las carreras de caballos y el juego de pelota tampoco pueden entrar en comparación con las corridas de toros, porque sobre ser aquéllas más frías, son más inmorales, puesto que están basadas en el *juego*,

y los juegos de azar tienen un capítulo en el Código penal, aunque le echen al olvido quienes deben observarle.

Demostrado hasta la evidencia que la fiesta nacional de toros lleva ventaja á todos los demás espectáculos en animación y alegría, y que es muchísimo menos inmoral que la mayor parte de los que hoy se conocen, no se comprende el empeño que muchos pusilánimes ó... *interesados* demuestran por querer quitar á España la mejor de sus funciones, la más característica, la que no imitan á su pesar los extranjeros, y la que envidian éstos y aplauden todos sin excepción al presenciarse, incluso los que la combaten y hasta los niños de seis años. ¡Poderosa influencia de lo grande y extraordinario!

Ahí van, desdibujados, un cuadro de fines del siglo anterior y otro de ahora, para que se noten las diferencias de costumbres y nada más, puesto que la fiesta continúa siendo la misma, mejorando notablemente.

A las primeras horas de la mañana hallábanse instalados en las inmediaciones de la Plaza multitud de puestos en que se vendían naranjas, manzanas y otras frutas, higos secos, pasas y castañas pilongas, almendras, rosquillas, cañamones tostados, torrados, y cien comestibles más, como chorizos cocidos, bacalao frito, tortillas de patatas,



CORRIDA DE TOROS EN FRANCIA. — BURNAND

No hay que asombrarse por lo mismo de esa predilección á nuestra fiesta que se ha desarrollado en la vecina República y que irá creciendo hasta imponerse antes de muchos años.

Esas ridículas preocupaciones tradicionales que se han sostenido mientras los pueblos extranjeros no han presenciado la lidia verdadera, mientras no han podido, por esa razón, sentir las grandes emociones que el incomparable espectáculo proporciona, desaparecerán muy en breve, pese á quien pese, y se extenderán por todas partes, principiando por las naciones de raza latina. Lo bueno, lo grande, lo magnífico, se impone y la historia demuestra que no hay fuerza en el mundo que pueda anular la más importante conquista del hombre: la de vencer con su astucia é inteligencia la impotente ferocidad de las reses bravas.

REASUMAMOS: Creemos haber probado claramente que las funciones de toros son de más atractivo, más espléndidas y magníficas y menos inmorales que todas las demás fiestas hoy conocidas y en uso en las naciones de Europa: porque, con relación á la música, ésta interesa en menor grado, no emociona tanto como cualquiera de los incidentes que en la lidia se originan, y sólo cuando va acompañada del canto y del aparato escénico puede entrar en comparación con las corridas de toros: porque, respecto del baile, la inmoralidad

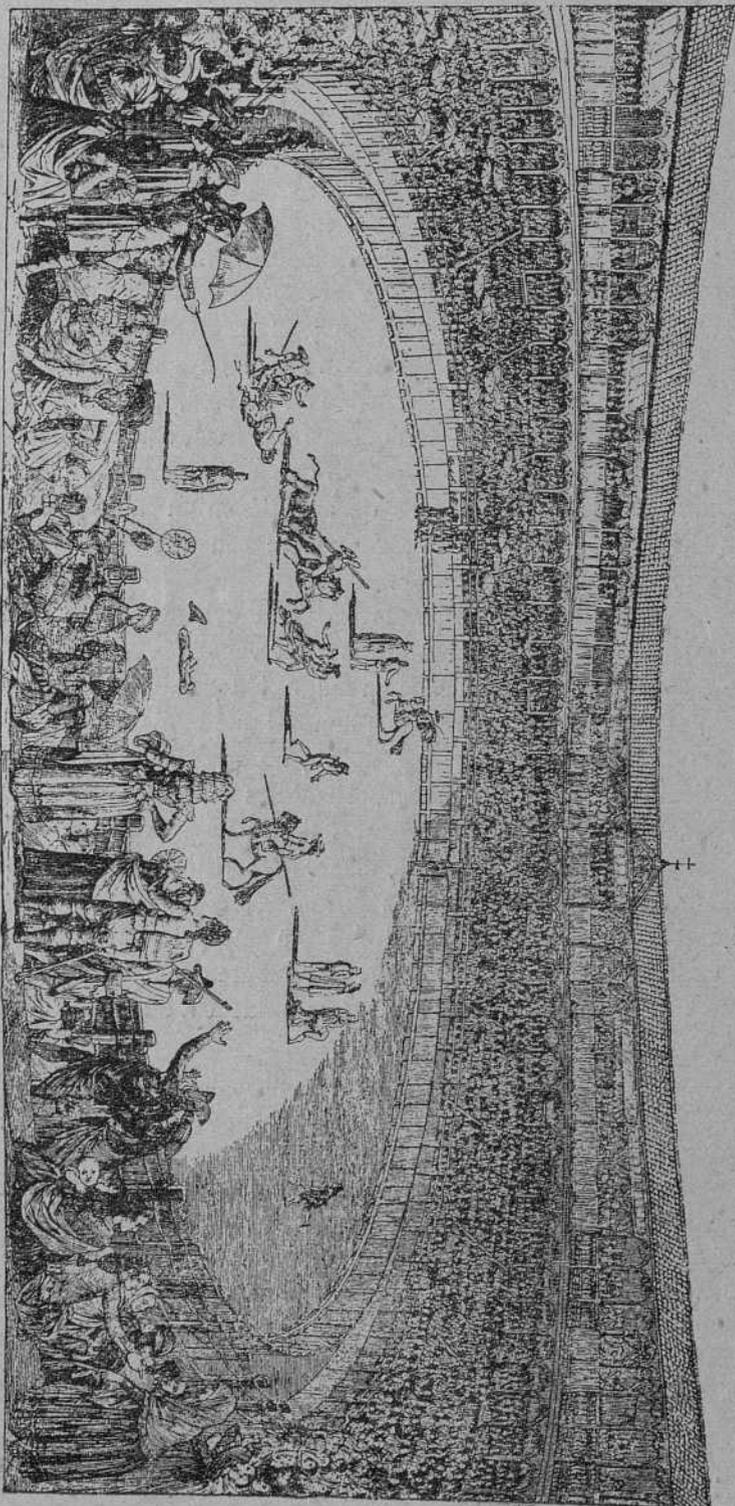
sardinas de cuba y anises y confitura. Cerca de allí veíanse algunos carros bien provistos de pellejos de zumo de uva y cántaros de agua; muchas mesas vestidas de blanco mantel con limpios vasos y frascos de aguardiente con guindas; todo pregonado á voz en grito por la gente moza encargada de la venta, ni más ni menos que en cualquier romería de pueblo importante de España.

Poco á poco iban llegando con plentera cara

y cubiertos con sus capas cortas de anascote ó barragán, chulos, chisperos y menestrales, solos en su mayor parte y otros acompañando majas de rumbo, que, con su airoso andar y su interesante belleza, provocaban la insistente contemplación de todos los circunstantes, por enmedio de los cuales se abrían paso con marcial continente, unas veces tapando el rostro con la clásica mantilla española, otras con el diminuto abanico, y

siempre con la graciosa sonrisa de la mujer madrileña. No tardaban en aparecer por la Puerta de Alcalá las ligeras calesas que en sus costados y trasera llevaban pintadas con fuertes colores diferentes suertes del toreo, y ocupado su único asiento por dos elegantes manolas vestidas con faldas de raso, ó de alepín de la reina, cortas y estrechas, dejando ver el principio de una torneada pierna sujeta con menudas galgas que nacían del escotado zapato de rico tabinete: al lado, ó detrás, como sirviendo de escolta, no faltaba algún gallardo jinete en brioso jaco jerezano, y después, confundándose entre la muchedumbre, un pesado simón de cuatro ruedas, ó un coche de colle-ras que, arrastrado por matalonas mulas, conducían á tres ó más señores de calidad con sus grandes chupas y casacas ricamente bordadas. Unos seguían rectamente hasta la Plaza á ocupar *sus aposentos* que les tenían guardados sus criados con autorización del Alcalde Corregidor, y otros se entretenían en «remojarse la palabra» y en contar los cuartos que habían de pagar al entrar en los tendidos y gradas, hasta que, cerca de la hora anunciada para dar principio á la corrida, se agolpaban en apiñada confusión á las puertas, y á viva fuerza penetraban en las localidades de la Plaza.

Una vez hecho el despejo, echando del redondel á la calle á los curiosos, á quienes sin traba alguna se había permitido la entrada, y cerradas todas las puertas se leía el bando por el pregonero que, coreado siempre por espantosa silba, se re-



1790. — CORRIDA DE TOROS EN MADRID. — A. CARNICERO

tiraba al cuarto para él destinado junto al toril, en donde estaba el verdugo prevenido de borricos para ejecutar la sentencia en el acto, á presencia de los espectadores, en la misma Plaza «si hubiese —dice un autor de la época— quien fuese tan imprudente que quebrantase alguno de los preceptos que se imponen».

Realmente, la función de la mañana considerábase como prueba de la de la tarde, siendo lidiados dieciséis ó dieciocho toros, de los cuales los seis de la mañana eran picados por dos sólos picadores, y no de los de mejor nombre, y los de la tarde eran picados los cinco primeros por dos toreros de á caballo, diferentes de aquéllos, y luego los cinco restantes por otros dos distintos, estando de sobresalientes otros dos. A la Presidencia competía hacer las señales con un pañuelo para cambiar las suertes, pero si ocurría alguna orden particular se la daba á uno de los dos alguaciles que estaban debajo del balcón, siempre montados, mientras duraba la fiesta, y éste salía á la Plaza á comunicarla.

La mayor parte de los concurrentes á la prueba de la mañana quedábanse á la corrida de la tarde, entreteniendo las horas que pasaban de una á otra comiendo lo que buenamente encontraban en aquellos fondines y comentando la fiesta y ensalzando ó deprimiendo el valor de los diestros, la calidad del ganado y los incidentes de la lid. Pocos, muy pocos eran los que á Madrid volvían si no tenían coche ó calesa, pero con propósito de volver á la tarde, que era cuando se verificaba la corrida principal, y dejando todos en suspenso por aquel día sus labores y negocios, que sabido es que esta fiesta se celebraba en lunes.

De modo que, como antes va indicado, no hay medio de sustraerse á la gran influencia que sobre todo ser racional ejercen las corridas de toros. Lo mismo era há cien años que ahora, y lo mismo será hasta que Dios quiera: la afición ha ido desde entonces creciendo como la espuma, y crecerá ¡vaya si crecerá! cada vez más, hasta en las clases y personas á quienes ha interesado poco, por no conocerle y comprenderle.

Si alguien duda de esta verdad, le aconsejamos que vea seguidamente un par de corridas de toros; le decimos lo mismo que el consabido cantar en seguidilla:

«El confesor me dice  
que no te quiera,  
y yo le digo: padre,  
¡SI USTED LA VIERA!»

y apostamos doble contra sencillo á que el afeminado opositor nuestro *se nos pasa* con armas y bagajes antes de concluir un abono de seis corridas.

Hay cosas que no se discuten, que no pueden cuestionarse ni ser objeto de controversia, cuando uno de los contendientes no ha visto detenidamente el pro y el contra de ellas.

Al que no gane nada con que haya ó no corridas de toros, al enteramente imparcial y de buena fe, le diremos para hacerle partidario nuestro: «Venga usted á nuestro lado tres corridas.» Y antes de que llegue ese día le describiremos como podamos lo que es una tarde de toros en Madrid.

El cuadro no sirve más que para los que no han visto el original; que los que hayan tenido este placer, encontrarán incorrecto el dibujo y pálidos los colores.

Figuraos, le diremos, una ancha, magnífica y hermosa calle, como es la de Alcalá, una hora antes de empezar la función, ocupada toda en más de tres kilómetros de extensión por un gentío inmenso, cada vez más compacto y numeroso, que se acrecienta y aumenta considerablemente con otro que en abundancia le suministran las muchas calles y principales paseos que á la misma vía afluyen, como los alegres arroyos y los potentes y caudalosos ríos desembocan en el mar: figuraos toda esta gente, en grupos más ó menos numerosos, marchando en una misma dirección, más bien de prisa que despacio, alegre, decidora, y con un júbilo que se refleja en todos los semblantes de viejos y juvenes, hombres ó mujeres: imaginaos los balcones de los elegantísimos edificios que forman la calle, llenos también de personas de distintas clases que admiran tal movimiento, tanta diversidad de colores en las ropas, tanta alegría en un pueblo, que tal vez en esto sólo tenga identidad de opiniones: y en medio de esta calle, aumentando el ruido y la algazara, contemplad un sinnúmero de carruajes de todas clases, desde el aristocrático landó, la elegante berlina, la vaporosa victoria, el ligero milord y la bonita jardinera, hasta el esbelto faetón, el modesto simón y el provocativo ómnibus madrileño, que en nada se parece al de las demás naciones: mirad también, que alguna vez, casi escondidas en modestísima tartana, se ven hermosas mujeres, de quienes al paso y ligeramente pueden apreciarse unos ojos negros, brillantes, capaces por sí solos de encender á medio mundo y quemar al otro medio: añadid á todo esto las voces de los vendedores de agua, flores, frutas y confituras; las de los cocheros; las campa-

nillas de las mulas de los ómnibus; los sonoros y abundantes cascabeles de las colleras y quitapones, que, puestos en racimos sobre los caballos de un faetón, semejan un soberbio ramo de flores de plata que, á modo de penacho, sólo sabe mover con gallardía el garboso caballo español: Y como si esto no bastara al confuso tropel de que damos ligera idea, aumentad un gran número de jinetes que, cada uno por su lado, unos en rucio caballejo de mala facha pero de buen andar, otros en overos andaluces negros como el azabache, de arrogante y altivo continente, y otros en yeguas inglesas de largo cuello y descarnadas manos, se mezclan y confunden entre la multitud, dirigiendo unos sus voces á la gente de á pie, y saludando otros, con la gracia que Dios ha dado únicamente á los nacidos en España, á la encopetada y preciosa dama, que con ojos de fuego, labios de coral y cutis de raso, responde desde su coche con la más cordial sonrisa.

No os pareis aquí: no os distraiga tanto bullicio, tanto movimiento, tanta animación. Si os sentís acometidos del mismo júbilo que se ha apoderado de las demás gentes, que sí os sentiréis, porque no hay quien pueda resistir aquella fuerza de atracción, seguid más adelante.

Traspasad la puerta de Alcalá, soberbio monumento de piedra que señala el límite que por aquella parte tuvo Madrid; continuad el camino que va á la plaza de toros, y en el cual habreis visto al pasar, en anchas y lujosas carretelas abiertas, á las dos ó tres cuadrillas de toreros que han de tomar parte en la fiesta, con sus ricos y costosos trajes, y jinetes en malos caballos, á los picadores de brazo de hierro y mano ligera, que de un jaco malo hacen uno bueno; llegad á las puertas de la plaza y parad allí.

Si no habeis reparado antes en él, observad el magnífico y ostentoso exterior del edificio en que va á verificarse la función; el empeño que los concurrentes muestran por entrar en él cuanto antes, el sinnúmero de gentes que vomitan los infinitos carruajes de todas clases que allí llegan precipitadamente, y el entusiasmo de unos y la alegría de todos, aumentada por la brillante y espléndida luz

de un sol que no alumbra tan refulgente en ningún punto del universo.

Penetrad en las extensas galerías que dan comunicación á los tendidos, gradas y palcos, y os asombrareis viendo en ellas tanta diversidad de clases. Al lado del banquero, el menestral; junto al abogado, el obrero; cerca del senador, al que vive de un jornal, y casi unidos el grande de España y el patán; y luego, codeándose y observándose maliciosa y recíprocamente, la modista, la patrona de huéspedes, la señora de la clase media, la de circunstancias y la de dorados blasones, todas ataviadas y engalanadas mejor que en día de boda, con sus ricos trajes de mil colores, sus mantillas de encajes blancos ó negros y su hermosura incomparable.

Porque á los toros no va ninguna mujer fea. Verdad es que en España es rarísima la fealdad en el bello sexo.

Una vez allí, al contemplar tanta alegría, tanta beldad, tan bullicioso gentío, que entra y sale, sube y baja, grita y vocea, llama y responde, cruza de un lado á otro, corre, se para y marcha en todas direcciones, saludándose al paso, sombrero en mano y abanico en rostro, os habéis de figurar forzosamente que aquello tiene más encanto, más atractivo, aunque en algo se parece pero mejorando, que un gran baile de máscaras; tales son los remolinos de gente que se forman, los corrillos de aficionados, los chistes que se oyen y el frenesí que despierta en cuantos por primera vez asisten al espectáculo.

Y estos no son más que los preliminares de la fiesta, porque ni hemos dado vista al interior de la plaza, ni menos ocupado nuestra localidad.

Es seguro que la persona que vea todo esto sin hacer caso de ridículas sensiblerías, experimentará desde luego una corriente magnética ejerciendo influencia sobre su corazón y su cabeza, lo mismo en su parte física que en su parte intelectual. Esta excitación de su ánimo, que le hace mirar aquello con extraordinario júbilo, es *entusiasmo*.

¿Hay en el mundo alguna otra fiesta que antes de verla, antes de empezarse, pueda provocarle, excitarle ni aun indicarle?...



## CAPÍTULO VII

### CUATRO PALABRAS CONTRA LOS IMPUGNADORES DE LAS CORRIDAS DE TOROS

La hipocresía, la pusilanimidad, el espíritu de extranjerismo y una afectada filosofía, han sido en diferentes épocas los más encarnizados enemigos de la tauromaquia.

CORRALES MATEOS

**M**A que estamos con las manos en la masa, como suele decirse, no queremos dejar de hablar acerca de la *Sociedad protectora de los animales* establecida en Londres, con ramificaciones en muchas partes del globo. No por lo que importe dicha extravagancia inglesa, sino por el daño que intenta causar á nuestra fiesta nacional. De otro modo, es decir, si no hubiera ofrecido premios á los que combatiesen las corridas de toros, ya de obra, ya por escrito, ya con sus influencias, ¿qué nos habíamos de acordar de semejante Asociación, ni de sus animales?

Pero nos atacan en todos terrenos, y en todos y en cualquier parte nos encontrarán para defendernos.

Conocen que el dios del siglo es el dinero, y comprenden que nunca faltan plumas venales y hombres que son capaces de cualquier cosa por una mezquina recompensa. Así es que oficialmente han ofrecido premios en España, y más que en España, en el centro de las provincias de Andalucía, precisamente donde nacen más toreros y donde se crían más reses, al que escriba contra las corridas de toros.

¿Cómo ha contestado el país á semejante imprudencia? Como debía, como la necesidad de la idea requería: con una estrepitosa carcajada los unos, con preciosos epigramas otros, con dichos picantes éstos, con folletos incontestables aquéllos, y todo el mundo con el más soberano desprecio.

Todo el mundo no, triste es decirlo; hay media

docena de... *sabios* (?) que piensan, respecto de las corridas de toros, como la Sociedad protectora de animales. Parece imposible que sean españoles. Ignoramos qué movil les guía; tal vez el de distinguirse. Si éste es, lo conseguirán, como consiguieron celebridad el conde Don Julián, Vellido Dolfos, Torquemada y otros personajes de la historia; pero no los envidiamos.

Por qué han de marcar siempre ciertos extranjeros el curso que han de llevar en nuestra nación las discusiones sobre cualquier asunto; por qué han de promoverle ellos, que tienen mucho por qué callar, es cosa que nos ha llamado la atención en todas ocasiones y más en la presente.

Ocúrrese á la Sociedad referida, convocar certamen para premiar al que mejor escriba un libro, folleto ó cosa parecida, condenando las corridas de toros, y entonces empieza á arreciar contra éstas la tempestad preparada por dichos *sabios*, levantando razonamientos antiguamente destruidos y enterrados entre cieno extranjero.

Antes, hacía ya muchos años, nadie se acordaba de criticarlas; luego ya se ha querido esforzar el bando contrario á ellas, y hasta opina por que se supriman. Nada diremos á los españoles que así piensan: están en su derecho; pero ya verán cómo se engañan y cómo no consiguen lo que quieren. Y si no, al tiempo.

Pero los extranjeros, ¿con qué derecho se permiten venir á dar lecciones de moralidad al gran pueblo español, que en dignidad, en vergüenza y en la práctica de todas las virtudes está y raya tan alto como el que más? ¿Qué es lo que les autoriza para querer que de la valiente España desaparezca la única fiesta nacional que la es característica y marca ostensiblemente su indomable valor y temerario arrojo? O una extravagante locura, ó una mezquina envidia. No puede ser otra cosa. Porque en cuanto á moralidad en sus espectáculos y en sus diversiones, no hay que envidiarlos, por más que en muchas cosas aparenten lo que no son.

La prueba de esto se halla en las costumbres inglesas y en su estrambótica imaginación. Ya un acaudalado *lord*, ya una opulenta *miss*, dejan parte de su fortuna para fundar un hospital de gatos ó para que se atienda á la educación, sostenimiento y delicada asistencia de cuantos perros vagabundos se encuentren por las calles; ya un miembro de la Cámara de los Comunes increpa duramente en sesión pública al gobierno, para que diga si se ha castigado, cual la ley exige, al infame delincuente

que dió un palo á un gato, sin más razón que la de que le quiso robar una chuleta; ó ya, por fin, otro millonario tratante en carnes lega una renta para que se dé todos los domingos un rancho extraordinario á las ratas que hay en sus posesiones. ¿Habrás visto mayor extravagancia?

Y si al fin no viésemos en ello más que el lado ridículo, ¡anda con Dios! pero hay que tener presente otra cosa importantísima.

Los potentados que tales fundaciones hacen en favor de los perros y gatos, de ratas y burros, no hacen ninguna en pro de los hombres desvalidos; y los que dan rancho extraordinario á los animales inmundos, dejan poco menos que morir de hambre á infelices mujeres que por enfermas no pueden ganar en una fábrica un miserable jornal. Y téngase entendido que en Inglaterra, cuna de la protección animal, el hombre se muere de hambre, porque el pauperismo es numeroso.

Comparemos: les duele mucho que en nuestras corridas de toros se sacrifiquen caballos matalones que, como es sabido, no tienen otro uso ni aplicación para la industria, y no les importa, antes bien lo fomentan, criar, engordar y cuidar bien á un caballo para comerle después; porque allí se come la carne de caballo.

De seguro si los animales hablaran, renunciarían en solemne forma tan interesada protección. Existen en los magníficos jardines zoológicos de Londres animales raros de distintas clases, colecciones de bípedos, cuadrúpedos y de todas castas, que llaman la atención. No faltan preciosos pájaros, ni magníficas fieras. Y, para que de todo haya, tienen bien aposentados asquerosos reptiles, serpientes boas y de cascabel, culebras, víboras, etcétera.

Pues bien, los humanitarios ingleses, que serán de la Sociedad protectora, alimentan estos repulsivos reptiles con otros inocentes animales; y es atrozmente repugnante ver echar á la jaula de la serpiente un tímido conejo, que desde aquel momento agacha las orejas y no se mueve, ó una hermosa paloma, que extiende sus alas por el suelo, dejándose tragar por el inmundo reptil. Es decir: alimentan un animal venenoso y nocivo con otros muchos inofensivos y útiles al hombre, único sér á quien le es dado discernir lo bueno de lo malo.

Y es que la visita de los curiosos á aquellos establecimientos produce gruesas sumas, que no darían los conejos ni palomas. ¡Maldito interés! En todo se mezcla, y en aquella nación más.

¡Qué mucho, si hasta el caballo, que es para los

ingleses el mejor de los animales, su más íntimo compañero, es cuidado, mejorado y educado, sólo porque en las carreras les gane premios fabulosos y apuestas singulares! ¿Qué les importa reviente después de una carrera, si ha ganado el premio?

Que no hablen de protección á los animales los que no se la dan sino en cuanto á ellos pueda serles útil: que no llamen protección la ridícula creación de hospitales de gatos y otros inútiles animalitos, porque tal vez se oculte tras de esta fundación la idea de mantenerse con poco trabajo una docena de empleados; y sobre todo, que no se metan en aconsejarnos cómo hemos de matar los animales que para nuestro sustento y recreo tan pródigamente nos ha dado la naturaleza. «Cuidados ajenos...»

«Vayan enhoramala á gobernarse á sí mismos, y déjennos con nuestros vicios y con nuestras virtudes, nuestros defectos y nuestra nobleza; que para demostrar valor, fuerza, amor patrio, inteligencia y talento, los españoles no necesitan ni han necesitado nunca del auxilio de nadie. ¡Tanto defender á los animales, y tanto ofender á los racionales! Casi nos hacen dudar si son... dichos señores personas en su sano juicio, ó faltos de él como don Quijote.

Volvemos á decir, y no nos cansaremos de repetirlo: cada nación tiene una fiesta característica que le es peculiar; y si no la tiene, peor para ella: debe tenerla. España tiene la suerte de poseer la mejor, la más magnífica y ostentosa, donde hacen igual papel la inteligencia que el valor. ¿Qué podemos hacer más que compadecer á los que no la poseen, por más que lo pretenden?

\*  
\* \*

Si nos hemos excedido, al criticar y hasta vituperar los espectáculos que admiten comparación con las fiestas de toros, que nadie vea ofensa personal en lo que va escrito; pero lo dicho, dicho está.

A fe que no se usa de mejor lenguaje por los detractores de las corridas de toros. Siempre están llamando sanguinario y bárbaro al pueblo que le sostiene, y no saben ¡imbéciles! que ese pueblo, alto y bajo, desde la punta del pie á la cabeza, tiene infiltrado en la médula de sus huesos el amor á su fiesta nacional, al mismo tiempo que á sus padres y á su patria.

Por eso sostendremos siempre cuanto llevamos

escrito, con mejor ó peor acierto, con más ó menos entendimiento, porque éste Dios le da, pero siempre con la fe de la convicción y una voluntad decidida, y diremos con el gran Quevedo:

¿No ha de haber un espíritu valiente?

¿No se puede sentir lo que se dice?

¿No se puede decir lo que se siente?

.....  
Que las fiestas de cierta clase, como la de toros, son convenientes, no es opinión nuestra. Lo llevamos dicho y atestiguado con personas importantísimas; pero para que nada falte en apoyo de nuestra opinión, véase lo que en su libro *Consideraciones sobre el gobierno de Polonia* escribía en el siglo pasado el eminente filósofo J. J. Rousseau:

«¿Por qué medios se podrá excitar el movimiento de los corazones, el amor á la patria y á las leyes? ¿Me atreveré á decirlo?... Con cosas que parecen niñerías y frivolidades: con unas instituciones vanas á los ojos de hombres superficiales, pero capaces de arraigar el amor á nuestras costumbres y hacer invencibles nuestras inclinaciones.

»Una gran nación debe mantener sus usos propios, civiles y domésticos, que tal vez degeneran diariamente por la propensión general de la Europa á imitar los gustos y maneras de los franceses. Conviene, pues, sostener estos usos, que siempre serán ventajosos, aun cuando de suyo fuesen indiferentes, ó no buenos, bajo ciertos respectos.

»Muchos juegos públicos en que la buena madre patria se complazca en ver divertirse á sus hijos; que ella los entretenga frecuentemente para que por su parte ellos nunca la olviden. Deben abolirse, aun en la misma corte, las diversiones ordinarias de otras cortes, tales como el juego... y cuanto promueva la afeminación. Invéntense diversiones que no se conozcan en otras partes.

»Si fuese dable, nada haya exclusivo para los grandes y poderosos. Muchos espectáculos al raso en donde todo el pueblo se divierta igualmente, como entre los antiguos, y que allí la juventud de la nobleza haga ensayos de fuerza y agilidad. *No han contribuido poco las corridas de toros á mantener en la nación española un cierto vigor.*»

Esto escribía el gran filósofo, que, aunque extranjero, tenía más conocimiento práctico de las cosas del mundo que esos pobres hombres que hoy opinan de distinto modo. Demasiado sabía, y después lo escribe, que «estas ideas muestran á lo lejos las rutas, desconocidas de los modernos, por

donde los antiguos conducían á los hombres á aquel vigor de alma y estimación de las calidades personales, etc.»

Y no se crea que citamos á Rousseau, como antes hemos citado á otros muchos, buscando refugio en sus nombres, no. Los citamos porque, respetando como respetamos siempre al hombre de ciencia, nos es muy del caso fortalecer nuestra opinión particular con la suya en especial, si, como sucede en el caso presente, es indirecta la defensa que de nuestra función hace.

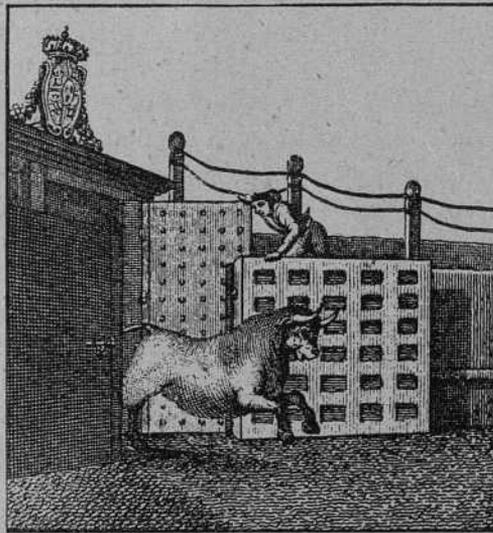
Por lo demás, ni la opinión de dicho señor, si usese contraria, ni la de nadie, torcería la nuestra. Tal es la firmeza de nuestras convicciones. Como que basamos éstas en la opinión general de un pueblo entero. ¿Dónde hay más firme base?

¡Oh! Si el pueblo español pensase en todo con la misma unanimidad de pareceres, ¡qué feliz se-

ría! ¡Cómo concluirían sus desgracias! Los diez, treinta ó cien *sabios* (?) que de distinto modo opinan, correrían poco más ó menos igual suerte que la de aquellos *afrancesados* que durante la guerra de la Independencia se declararon partidarios de José Bonaparte. O más bien el desprecio sería su castigo, como lo es ahora.

Para contentar á un pueblo, para tenerle en paz, tranquilo y respetado, mejor que sujetarle y darle educación quejumbrosa é hipócritamente humanitaria, dénsele fiestas en que todos sus habitantes tomen parte de algún modo, alegría y libertad.

El que está contento, trabaja y contribuye al engrandecimiento de su patria. El que es libre, respeta á todos y de todos se hace respetar. Mejor se vence al toro sujeto al yugo, que al que pisa el redondel libre, completamente libre, sin traba alguna. Sólo al español le es dado dominarle.



1790.— SALIDA DEL TORIL.— F. NOSERET



## CAPITULO VIII

### CONVENIENCIA DE LAS CORRIDAS DE TOROS

BAJO EL PUNTO DE VISTA ECONÓMICO



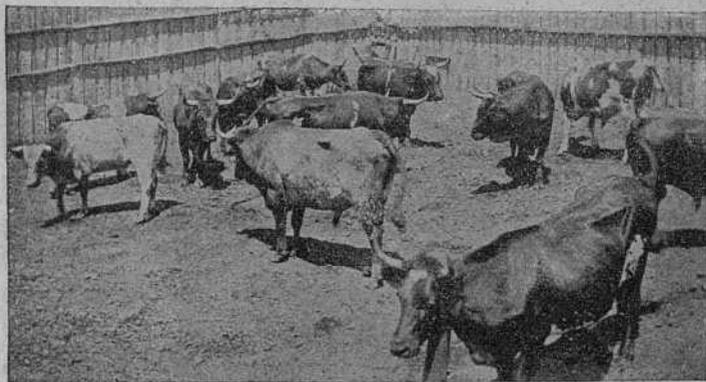
**L**AS corridas de toros, tales como hoy se verifican, son necesarias en España.

Contra la opinión de todos esos que sin saber lo que dicen quieren suprimirlas, defendemos la nuestra con sinceridad y empeño. No alegan en su apoyo más razón que la de que son inmorales, contrarias á la civilización y á no sabemos qué más. A todas estas afirmaciones contestamos en otro lugar de este libro, y mucho mejor que nosotros lo han hecho escritores notables, de sano criterio y ajenos á toda pasión, demostrando hasta la evidencia, que son menos inmorales que la mayor parte ó casi todos los demás espectáculos que ahora se usan en nuestra sociedad; que ninguna de las conveniencias sociales á que rinden culto las naciones civilizadas puede con fundamento oponerse á que se verifiquen, y que, lejos de ser perjudiciales, son útiles y beneficiosas. Acerca de este beneficio ó daño que puedan experimentar los intereses generales del país y los particulares, de la riqueza territorial y ganadera se ha dicho poco, casi nada, y, sin embargo,

es tal vez la base en que mejor puede apoyarse la defensa de la cría de reses bravas. Hablemos, pues, de este punto.

La nación y su gobierno tienen el deber de procurar, por cuantos medios estén á sus alcances, el aumento de la riqueza pública. Esto es incuestionable y es un axioma de economía política. El fomento del cultivo y el de la ganadería es de suma importancia en todos los países; á él se atiende con preferente solicitud, y para conseguirlo se ponen en juego cuantos medios son imaginables y sugiere un buen celo en pro de los intereses públicos y particulares que tiendan á dicho fin.

Suprimanse las corridas de toros, y el descenso rápido de valores en el ganado y en los pastos será espantoso, terrible. Ahí están los ganados vacunos que se crían como mansos en las provincias del



Noroeste de España y algunas otras. Dígasenos cuánto vale en el mercado una res mansa de las referidas, y estamos seguros de que su precio no llega, y en todo caso no excede, á la tercera ó cuarta parte del que tiene en la dehesa un toro bravo.

Y esto es lógico. La manutención, el cuidado y la asistencia de un buey son de poca importancia, comparados con los que el toro necesita. Aquél pasta libremente en prados y bosques, sin cabestraje, sin mayores y hasta sin pastores. Niños y mujeres ejercen ese cargo. Cuando más, un perro mastín ó un par de

ellos sirven de guarda y custodia para defenderles de los lobos. El toro bravo necesita tantos cuidados, tanto esmero en su crianza, que empezando por el suelo especial que ha de sustentarle, siguiendo por la educación también especial que hay que darle, y concluyendo con la asistencia personal que de mayores, pastores, zagales y vaqueros hay que prestarle, son infinitos los trabajos que ocasiona, los disgustos que acarrea y el dinero que cuesta.

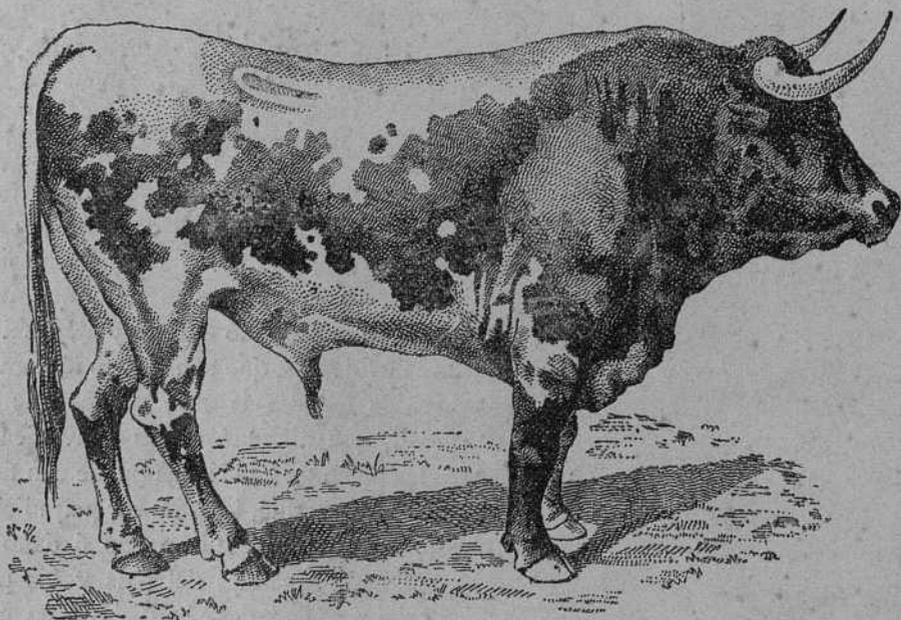
Pero en cambio, vale más, mucho más, tres ó cuatro veces más que el manso. Verdad es que, aparte de lo dicho, parecen los unos, comparados con los otros, de distinta raza. El uno, grande, pero feo, de piel sucia, basta y rugosa, pezuña ancha, cornalón y cabizbajo. El otro grande también, de gran viveza, fuerte, robusto, de pelo fino y brillante, erguido, ancho de cuello, corto de patas, delgado de cola y de pezuña redonda y diminuta. La antítesis, en una palabra. Como que éste denota el perfeccionamiento de la raza, y aquél su decadencia, ó al menos su *statu quo*.

Es decir, que el Gobierno, las Juntas de Fomento, las Municipales, y todos, en fin, tenemos *obligación*, estamos en el deber de coadyuvar, de procurar, por cuantos medios podamos, el afinamiento de las razas, la prosperidad de nuestra riqueza pecuaria, y se quiere concluir

con las corridas de toros.

¡Soberbio procedimiento para conseguirlo!

La utilidad que reporta al particular ó á las em-



presas y colectividades cualquier asunto, cualquier negocio ó especulación, es el móvil principal que les guía para plantearle, seguirle y perfeccionarle hasta donde les es posible: si las ganancias están en proporción razonable con el capital empleado, con la inteligencia del que lo dirige y con los trabajos que ocasiona, el negocio sigue adelante; si, por el contrario, tras de fatigar su inteligencia y gastar su dinero, encuentra el hombre poca utilidad ó pérdidas en sus especulaciones, las abandona en cuanto puede, y lo que siente es haberlas emprendido. Es la cosa más natural del mundo.

Pues bien, teniendo la seguridad de que un tratante en carnes no ha de pagar más precio en arroba por una res afinada y bien cuidada como

en todos los países: y porque de nada serviría á la industria, ni al comercio, ni á nadie, la afinación ó perfeccionamiento de la raza.

Todo esto, aparte de que se quitaba la legítima y plausible emulación que tienen hoy y han tenido siempre los ganaderos de toros porque su vacada sobresalga. Como que se excita su amor propio con el relato de las hazañas que en la lidia hacen sus toros, y por eso se desvela en conseguir su mejora. La fama de su ganadería crece, y por consiguiente ha de vender cada vez á mayor precio las reses.

Hay, además, en esta especulación, otro aliado que contribuye muchísimo á que el fomento y beneficio del ganado sean cada vez mayores



hoy la está el toro, que por otra mal criada y alimentada como le sucede al buey manso, ¿puede pensarse siquiera que haya persona que intente gastar grandes sumas en mejorar la raza, cuando ningún beneficio obtiene? Se nos dirá: «Otros medios hay de estimular al ganadero para ello; por ejemplo, repartir premios anuales en cada comarca ó provincia al que presente mejores y más afinadas reses».

Los que esto digan, no saben lo que dicen.

Porque no es posible premiar *metálicamente* en cantidad bastante á compensar los gastos de manutención y cuidado que ocasiona la cría de un toro: porque éste no tiene aplicación más que para un fin determinado, como lo es la lidia, y sólo para esto se paga bien: porque no le sucede lo que al ganado lanar, por ejemplo, que da utilidad por sí

Nos referimos á la afición que tienen á la fiesta nacional la mayor parte de los ganaderos. Muchos de ellos pasan el mayor número de los días del año en las dehesas ó prados, asistiendo personalmente á todas las operaciones que exige desde que nace el ganado: por sí mismos ven, conocen y aprecian los defectos, las necesidades de su vacada, las remedian y hacen, en fin, cuantos sacrificios de toda clase reclama el buen nombre de su ganadería, que por nada del mundo quieren perder. Esta asistencia continua les hace á unos entretenerse en el acoso y derribo de reses, á otros en la tiente de sus becerros y á otros en las diferentes faenas á que da lugar la cría de éstos. Y todo les hace aumentar su afición y hasta que les sirva de recreo.

Sería pesado aducir más razones, que muchas

hay, para convencer á nuestros lectores de que *si la raza vacuna en España ha de adelantar cada día más, es preciso que haya fiestas de toros*. Sólo en éstas tiene salida el ganado bravo, y por consiguiente, sólo para ellas puede pagarse un precio que de ningún modo alcanzaría en otra parte. No hay nadie que pueda demostrar lo contrario.

Además de lo dicho, hay que tener muy presente, porque es tan importante como lo expuesto, cuánto sufriría de pérdida el valor del terreno que comunmente se destina á pastos del ganado bravo. Si éste, en vez de valer trescientos pesos por cabeza, se pagase únicamente á cuarenta ó cincuenta, claro es que no podría alimentarse en dehesas y prados con pastos de primera clase, porque su utilidad ó producto en venta no daría lo suficiente para costearlos.

Como la proporción del valor de las reses á la del suelo en que se crían es relativa y guarda correspondencia, las dehesas y cercados quedarían en dicho caso tan despreciados como cualquier otro terreno; su producto y valor bajarían lo menos tres cuartas partes del que ahora tienen, y no sería extraño que viéramos desaparecer muchas de las tan magníficas que hay en España, ya por tener que destinarlas á ganados de otra clase que tanto daño las causan, ya por haber de roturarlas, en busca de mejores beneficios.

En apoyo de nuestra opinión traeríamos multitud de datos que la confirmarían; pero nos contentaremos con trasladar aquí la opinión del ilustrado consejero del Superior de Agricultura del Reino, Sr. D. Miguel López Martínez, respetable estadista y uno de los pocos que han tratado esta cuestión desapasionadamente.

«Aquí—dice—sobran bueyes para la labor, por la preferencia que se da hoy á las mulas, y sobrarán después si la agricultura progresa, por la que se dará á los caballos.» «Un novillo bravo puesto en el surco labra más que otro de raza mansa; uncido á la carreta lleva más peso y con menos fatiga.» Y continúa: «La raza Salers es una de las mejores de Europa para trabajo y no llega á la nuestra, pudiéndolo demostrar con una observación hecha por nosotros. Hemos contado los pasos que dan por minuto los bueyes Salers no siendo molestados, y los que dan bueyes procedentes de Colmenar y Jarama. Constantemente la celeridad de éstos es mayor, y se comprende por ser menos linfáticos. Aunque la ventaja se reduzca á cuatro pasos por minuto, llegará en la hora á doscientos cuarenta, y en el día de trabajo ordina-

rio á dos mil cuatrocientos. Y como cada paso tiene una representación en el valor del jornal, claro es que ese exceso de dos mil cuatrocientos pasos equivalé en cifra á un grado superior en la escala de la mejora. ¡Gracias á Dios que podemos decir y probar que tenemos una raza mejor que las mejores razas extranjeras.»

Pues bien, para esto téngase en cuenta que el ganado á que se refiere dicho señor es el manso de entre los bravos. Es decir, el desechado en las tientas por cobarde.

Pero hay más.

Los impuestos con que contribuye al Estado el importante ramo de que hablamos, suman anualmente muchísimos millones; y, como es consiguiente, desapareciendo aquél, quedarían reducidos á una mitad de lo que hoy paga: los gastos de la nación son cada vez mayores; luego aquel dinero habría que sacarle de otro lado para atenderlos, pesaría sobre el resto de la riqueza territorial, sobre la industria ó sobre otro elemento importante del Estado, el aumento de contribución que habría de imponerse, y se gravaría la propiedad y se ahogarían la industria, harto agobiadas hoy por desgracia. Y todo, ¿por qué? Porque á unos cuantos caballeros particulares, cursis afeminados, se les ha ocurrido... ¡Cuánto pudiéramos hablar acerca de esto! Pero no debemos pisar en cierto terreno, y no queremos entrar en él.

Nos hemos propuesto en este capítulo tratar la cuestión de la necesidad de las corridas de toros, bajo el punto de vista económico, y no debemos involucrar el orden.

Ya hemos hablado antes de las demás causas que hacen conveniente nuestra fiesta, y hemos demostrado la superioridad que en nuestro concepto tiene sobre las demás. Así, pues, prosigamos.

Otro de los puntos esenciales que hay que tener en cuenta también, es el que representa para el Estado, para la provincia y para el municipio, el producto de las plazas de toros como edificios, es decir, como riqueza territorial, además del que dan como industria. También asciende á algunos millones anuales para la nación, que no está tan sobrada de recursos desgraciadamente.

Sólo la plaza de Madrid contribuye por impuestos fiscales, aparte de cerca de un millón que produce á la Beneficencia, y sin contar los derechos de consumo de las reses muertas, *con mas de veinticinco mil duros*.

Y ya que citamos los consumos, es asimismo indudable de todo punto que éstos aumenten fa-

bulosamente en los pueblos donde se celebran funciones de toros. Es grande la afluencia de gentes que de otros pueblos acude, y por lo tanto, natural el mayor gasto en los artículos sujetos á los impuestos.

Pero en resumen: ¿Quién pierde conque haya corridas de toros? ¿El ganadero que vende sus toros á un precio que nunca alcanzarían como mansos? No. ¿El propietario de los suelos donde pastan? No. ¿El Estado, que realiza y cobra con motivo de las fiestas de toros una suma anual de lo menos cuarenta millones en España? Tampoco. ¿El municipio, que cobra, con ocasión de las mismas, una cantidad que excede siempre á la que producen los demás meses del año todas las otras rentas que lleva incluídas en sus presupuestos? Menos. ¿Los industriales de aquel pueblo, que forzosamente venden más y mejor sus mercancías cuanto mayor sea la afluencia de forasteros? Mucho menos. Luego ¿quién pierde? ¿A quién se causa daño? A nadie, absolutamente á nadie.

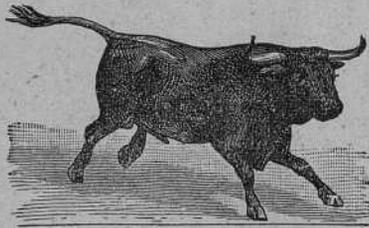
En cambio, producen muchos beneficios, no siendo el menor, considerado socialmente, la ocupación y trabajo que se da, cuando hay fiestas de toros, á infinitos jornaleros y artesanos.

Y á los infelices que por su desgracia paran en los hospitales, ¿quién les atendería con esmero, si careciesen dichos establecimientos de las crecidas rentas que las plazas de toros les proporcionan?

Hemos apuntado ligeramente y con la brevedad que nos ha sido posible, dadas las condiciones de este libro, todo lo relativo á las fiestas de toros, ya comparándolas con otras antiguas y modernas, ya defendiéndolas de los injustos ataques de que vienen siendo objeto hace tiempo, ya demostrando su utilidad y ventajas.

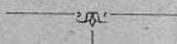
Creemos haber conseguido el objeto que nos hemos propuesto.

Si no lo hemos logrado, tenemos la seguridad completa de que no es porque la causa que defendemos sea mala, sino porque nuestra inteligencia no alcanza más. El que hace lo que puede...



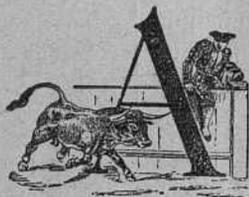


Segunda parte



D I C C I O N A R I O

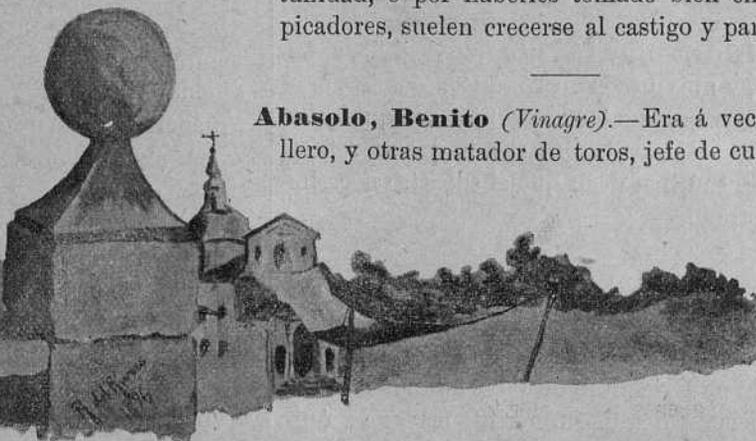




**Abad, Antonio** (*Abalito*).—De regulares condiciones, pero atropellado. En Jerez de la Frontera, de donde es natural, le quieren y le tienen por buen torero; fáltale mucho, sin embargo, para serlo, y la prueba es que hace más de docena y media de años que se dedicó al arte y no se le ha visto descollar. Hasta se ignora si vive aún.

**Abanto**.—El toro que por medroso se huye y echa fuera de todas las suertes. Si acomete, suele vaciarse por cualquier lado antes de que pueda rematarse la suerte, y otras veces, acobardado, se para delante del engaño, le bufa y sale fuera sin hacer por él. *Pepe Illo* dió también á esta clase de toros el nombre de temerosos. Así salen muchos toros de los toriles, y luego, merced á algunos capotazos dados con oportunidad, ó por haberles tomado bien en suerte los picadores, suelen creerse al castigo y pararse.

**Abasolo, Benito** (*Vinagre*).—Era á veces banderillero, y otras matador de toros, jefe de cuadrilla que



hacia sus excursiones por pueblos y provincias, donde procuraba cumplir lo mejor que podía. Llevaba ya bastantes años toreando, era más conocido en la provincia de Madrid y limitrofes que en otras, y creíamos que había llegado hasta donde podía un hombre de sus condiciones; pero dejó la espada por el sable: se hizo militar, y defendiendo la causa de la libertad llegó á capitán de las contraguerrillas de Vizcaya en la última guerra civil. Después nada ha llegado á nuestros oídos acerca de la existencia de este hombre, que en realidad era un valiente.

**Abenamar.**—Pseudónimo que usó el distinguido revistero de toros y literato D. Santos López Pelegrín, que floreció durante los años 1837 al 1842. Dió á luz en este último año un libro titulado *Filosofía de los toros*, en que insertó la Tauromaquia de Montes, y que está escrito con el talento que todos reconocían en él, por más que en muchas de las apreciaciones que hizo no estemos conformes de ningún modo. Nació en Cobeta, provincia de Guadalajara, en 1.º de Noviembre de 1801, y falleció en Aranjuez en 1846. Como periodista, en su época rayó á gran altura, y son modelos dignos de imitarse sus artículos políticos que escribió en los periódicos *El Castellano*, *El Observador*, *El Mundo* y otros, del partido moderado.

**Abrir.**— Cuando un toro cerca de los tableros y con la cabeza en dirección de los mismos imposibilita la ejecución de cualquier suerte, se le corre de allí con las capas, y el acto de desviarle de la barrera para colocarle en suerte se llama abrirle. También se dice abrir el capote, al acto de extenderle con ambas manos ante la fiera, como cuando se va á capear. De este modo por lo general empiezan los toreros modernos el quite á los picadores, concluyéndole con uno ó más recortes que fatigan al toro, por no dejarle seguir su viaje natural.

**Acabestrillar.**—Esta voz, más que de lidia, es de montería, y muy usada en América, donde algunas veces cazan reses los habitantes de aquel país con buey de cabestrillo, que es á lo que se refiere la palabra. Inútil es decir que el cabestro necesita ser amaestrado.

**Acebedo, Juan.**—Picador que tomó parte en las corridas celebradas cuando la jura de Carlos IV en Madrid en Diciembre de 1759. No nos han llegado noticias acerca de su mérito, creyendo úni-

camente que perteneció á la cuadrilla del espada sevillano Juan Esteller.

**Acevedo, Frago, Morgado, dos Alcabas, Manuel.**—No habrá duda del país en que vió la luz, con solo leer sus apellidos. Hombre rico y muy entusiasta por el arte de Montes, quiso aprenderle prácticamente, y al efecto llamó y tuvo en su casa al espada español Manuel Trigo, con cuyas lecciones se lanzó á los cerrados y se hizo un buen banderillero. Luego que cosechó grandes aplausos, se retiró con sus laureles.

**Acevedo Frago, Francisco d'.**—Mozo de forcado, valiente y entendido que falleció en Portugal hace bastantes años, dejando buenos recuerdos.

**Acevedo Frago, José d'.**—Notable banderillero portugués y mozo de forcado de gran valor. Murió hace muchos años en su país natal, pero todavía le recuerdan con elogio sus contemporáneos.

**Acevedo, Miguel.**—Picador de la cuadrilla de Ponciano Díaz. Excusado es decir que, siendo mejicano, es un gran jinete, porque allí todos lo son, y además es valiente con los toros, picándolos á estilo de aquella tierra, que se diferencia bastante del de España; pues mientras aquí procura detenerse los con la garrocha y echarlos por delante, allá se les pincha á golpe procurando que el animal rebrique para huir de la arremetida.

**Acébez (D. Fernando).**—Caballero presentado por el Ayuntamiento de Madrid para rejonear los toros en las funciones reales de 1846, cuando las bodas de doña Isabel II y doña Luisa Fernanda. Fué apadrinado, como otros dos, por un regidor municipal á nombre de la Corporación, y, si no recordamos mal, vistió traje de terciopelo grana con galones de oro. No era joven en aquella época, de manera que casi puede asegurarse que falleció hace algún tiempo.

**Aceves (Antonio).**—Picador andaluz, perteneciente á las cuadrillas de los Carmonas. Era muy aceptable, según dicen los que le vieron más de una vez, que nosotros no hacemos de él memoria, ni hemos oído su nombre, desde hace muchos años, como diestro en activo servicio.

**Acicate.**—Espuela de que se usa para montar á la jineta. Tiene sólo una punta ó pincho para clavar en el caballo, y en ella un botón ó rodete á corta distancia, para impedir que entre mucho. Ni los vaqueros en el campo, ni los picadores en plazá, usan el acicate, sino la espuela de estrella y rueda, más ó menos pronunciada. El acicate era patrimonio de los caballeros y gente de pelear.

**Ación.**—Es la correa con que va unido á la silla del caballo, y pendiente de ella, el estribo en que se apoyan los pies del que monta. Va asida á la barra de dicha silla para seguridad y fuerza, tan necesarias á los picadores, que deben cuidar, al montar los caballos, de ver si está la acción ó correa á la altura necesaria para lo largo de sus piernas, en inteligencia de que es preferible que quede más bien corta que larga, pues de ese modo facilita mejor apoyo.

**Acometida.**—Es el arranque hecho por el toro en dirección á un bulto determinado, pero que aunque le persiga no le alcanza, y, por lo tanto, no le coge. La Academia no incluye esta palabra en su *Diccionario*, y á la de «Acometimiento» da la definición de ser la acción y efecto de acometer; y como nos parece escasa y demasiado reducida para este libro, hemos dado la voz anterior, que, salvo el respeto debido á tan ilustre Corporación, explica mejor, para el lenguaje taurino, el significado de la palabra. Covarrubias dice que acometer es «arrojarse con ímpetu contra el enemigo», y nos satisface más su definición que la de la Academia.

**Aconcharse.**—Se dice así del toro que, muy castigado ó muy cobarde, se refugia ó ampara de las tablas de la barrera, adhiriéndose á ellas de costado para defenderse de los toreros. En igualdad de resultado, el volapié que se da á un toro que se aconcha á los tableros, tiene más mérito que el que se ejecuta en el que de ellas está despegado, porque hay que estrecharse más y la salida es más difícil.

**Acorralar.**—Aunque realmente la definición de esta palabra es la de encerrar ó meter los ganados en el corral, en términos taurinos no se usa; que se llama «hacer el encierro.» Puede decirse que se acorralla á un toro cuando le tienen arrin-

conado á las tablas (por cobarde ó por falta de fuerza) los hombres ó los perros.—Es de temer el arranque súbito de los toros cuando se hallan en tal estado, porque van derechos al bulto, prescindiendo del engaño.

**Acosar.**—Es una de las suertes que los buenos jinetes desean con más gusto ver ó hacer en el campo, que es donde se ejecuta. Consiste en meterse un hombre á caballo en medio de una torada ó ganadería, persiguiendo é incitando á salirse de la piara á la res que quiere acosar, hasta conseguir su salida huyendo; entonces continúa el jinete su persecución, hasta que el animal, cansado, se para, y si es bravo, acomete; pero en esta ocasión se rehuye y evita la acometida, procurando marcarle la ruta hacia su querencia natural, que es la de volver á su piara; y si á ella se dirige, se la acosa más activamente, con la casi seguridad de que no vuelva la cara. El que acose debe conocer bastante el instinto de las reses y sus condiciones, ser buen jinete y montar caballo de su confianza; no teniendo estas circunstan-



ACOSAR EN CAMPO ABIERTO. — De fotografía

cias, debe evitar su concurrencia á esta campestre diversión. Esta se hace mejor llevando el ganado á un campo de la mayor extensión y llanura posibles; los criados y vaqueros son los que procuran apartar de la piara la res que se destina á ser acosada, y en cuanto se separa lo bastante, la persiguen á caballo dos hombres, y á veces más (pero debe evitarse confusión), á todo escape, hasta que con las garrochas consiguen derribarla. La operación, pues, es como antes hemos dicho, si bien favorecida por criados y hombres de campo prácticos y conocedores. La puya no debe exceder de seis milímetros, la garrocha de tres y medio metros, y ésta no debe ser tan pesada como la de de-

tener, ni tan gruesa. En la palabra *derribar* extendemos la consecuencia del *acoso* á los pormenores de las diferentes formas en que ésta se verifica para conseguir aquél; pero bueno será advertir que los maestros de la lengua castellana han entendido que *acosar* era también acto de lidia en plaza cerrada, como se desprende de aquellos versos en que Bartolomé Leonardo de Argensola, presbítero cronista de Nápoles, que murió en Zaragoza en 1633, dijo:

Para ver *acosar* to os valiente,  
fiesta un tiempo africana y después goda,  
que hoy les irrita las soberbias frentes,  
corre agora la gente *al coso*, y toda  
ó sube á las ventanas y balcones,  
ó abajo en rudas tablas se acomoda.

Sea como quiera, haya ó no razón para ello, hoy no se conoce el acoso, propiamente dicho, más que en campo abierto: en las plazas cerradas no se acosa.

**Acosón.**—Se dice cuando el toro, persiguiendo al hombre ó al caballo, les llega cerca sin tocarlos, pero obligándolos á no pararse un instante, hasta verse en salvo fuera de su alcance. Es muy común esto cuando el espada pasa de muleta al toro, y éste le pisa su terreno, aunque en tal caso se le da el nombre de colada.

**Acosta, Juan.**—Natural de Badajoz, y matador de toros y novillos en corridas de pueblos antes del año 1860. No llegó á distinguirse, ni á tomar en Madrid alternativa; y son tan pocos los pormenores que de él se dan, que para muchos ha pasado ignorado. Se dió á conocer en Sevilla el 30 de Mayo de 1858, no gustó su trabajo y su personalidad ha quedado casi ignorada.

**Acosta, Manuel (Vaquita).**—Este banderillero, cuyo valor es innegable, adelantó rápidamente en sus primeros tiempos, y sería más si hubiera tenido la suerte de trabajar en cuadrillas de primer orden durante un par de años consecutivos. Desde que en 1868 empezó á torear al lado de Cirineo, Jaqueta y Agustín Ozed, y en las cuadrillas de Manuel Arjona y de Antonio Carmona, (*El Gordito*), ha tenido algunos percances que no han entibiado su bravura. Fué de oficio panadero en sus primeros años y nació en Sevilla el día 14 de Abril de 1851, siendo hijo de Manuel y de Dolores Ruiz. Hoy cubre su puesto bastante bien.

**Acostarse.**—Se dice que un toro se acuesta del lado derecho ó izquierdo, según que se inclina más á uno ú otro lado al embestir. En todas las suertes deberá el lidiador observar esto mucho, pero principalmente en la de matar, procurando siempre empapar muy en corto, dar salida larga y recoger, si no es por el lado en que el toro se *acuesta* porque entonces debe preferir dejarle la salida. Obsérvense, para los toros que marquen bien y constantemente la inclinación á un solo lado, las mismas reglas que para lidiar un toro tuerto. Los hay que tienen esa condición como natural y fija, pero muchos la adquieren á consecuencia de haber sido picados ó banderilleados sobre el brazuelo y en un solo lado, lo cual les hace dolerse de sus heridas y embestir reservándose el sitio de ellas.

**Acudir.**—El acto de arrancar el toro, dirigiéndose rectamente al objeto ó bulto que le ha llamado ó citado. Los toros nobles y sencillos, que al mismo tiempo son bravos, es casi seguro que *acuden* inmediatamente; en los abantos y recelosos sucede lo contrario. Inútil es decir que estos últimos imposibilitan la lidia muchas veces, y que el único medio de conseguir que acudan es *consentirlos* con los capotes hasta pararlos, pero dándoles poco castigo en las varas.

**Acularse.**—Se dice así cuando el toro se arrina ó pega á las tablas de la barrera, ó á las puertas ó rincones de los corrales, con los cuartos traseros y no de costado, que ya hemos dicho que esto tiene otro nombre. Para banderillas al sesgo no es mala esa colocación, pero es imposible á las suertes de picar y á la de matar, por lo cual en esta es indispensable que el diestro le incline al lado de las tablas, con repetidos pases á la derecha.

**Acuña de Figueroa, D. Francisco.**—Notable literato y excelente poeta americano, autor de magníficas composiciones, que llamó *Toraidas*, escritas con singular gracejo en excelentes versos á mediados del presente siglo. Aficionado singular á nuestras fiestas de toros, las defendió siempre con calor y en aquel apartado país llegó á ser tan considerado como inteligente en el arte, que su voto era decisivo. Lástima grande que de tan distinguido hombre de letras no tengamos más noticias que la de que fué muy versado en las lenguas latina, francesa, italiana, portuguesa, española y en el dialecto catalán, y que sus obras, inéditas en su mayor parte, se hallan en la Biblioteca Nacional de Montevideo.

**Acuña, D. Antonio.**—Es autor de unas preciosas esculturas que representan con suma gracia y propiedad algunos tipos toreros, especialmente los de á caballo. Vivía en Madrid, hace veinte años; es natural del Puerto de Santa María, ejecutó, entre otras obras, un picador á caballo, el alguacil que recibe en la plaza la llave del toril, y una escena andaluza (relieve) para cuya adquisición dió en 1876 informe favorable la Real Academia de San Fernando.

**Achuchón.**—Es el empujón que sufre el diestro por el ímpetu del toro. Casi siempre acontece que el achuchón es efecto del retraso en la salida de la suerte, ó por ganar el toro su terreno al diestro; pero téngase presente que no ha de ser derribado este al suelo, ni aun en el caso de que le produzca varetazo.

**Administración.**—La de una plaza de toros, especialmente si es de la importancia de la de Madrid, donde lo mismo en invierno que en verano se celebran funciones, es difícilísima, y requiere en el que la tenga á su cargo condiciones de inteligencia y carácter poco comunes. El administrador en esta corte, ha sido y es siempre el representante oficial de la Empresa, el director del interior del local, de los espectáculos la mayor parte de las veces; la persona intermedia entre las autoridades, los contratistas, los ganaderos, los toreros y subalternos que toman parte más ó menos directa en las funciones; el que ha de estar al cuidado de que, antes de empezar, nada falte de los infinitos pequeños detalles que las mismas requieren, para que no solo se presenten con lucimiento, sino para que todo se encuentre á tiempo, sin barullo, sin precipitación y con oportunidad. Para todo esto no basta ser activo y diligente; es preciso además ser entendido, y persona de buen trato social, saber presentarse á las autoridades, hacer á las mismas las reclamaciones que frecuentemente ocurren, y sostener, si es preciso, con ellas más de un debate, en que la razón bien solo expuesta, y fundada en la justicia y las más veces en la costumbre ó práctica, de que debe ser muy conocedor, pueda inclinar el ánimo de aquéllas en favor de los intereses que la Administración representa; y ha de ser persona de carácter, porque los muchos subalternos con quienes se entiende constantemente, y á los que falta en lo general educación y buenos modales, necesitan les tenga á raya persona en quien reconozcan superioridad, y al mismo tiempo le guarden respeto y simpatía. Un buen administrador es el alma, digámoslo así,

de la plaza de toros: á todo ha de atender, en todas partes ha de estar, en el acto ha de resolver cualquier duda que ocurra, y siempre ha de estar mirando por los intereses á él confiados. Debe poseer y coleccionar con cuidado todos los antecedentes necesarios para consultarlos en casos de duda, y solo una larga práctica puede hacer salir airoso de tan difícil cometido al que le desempeñe. Los Sres. D. Ildefonso Herrero, D. Juan Antonio López y D. José María Herrero, hijo de aquél, son los administradores que ha tenido la plaza de Madrid en casi todo el presente siglo, y todos, especialmente el último, que la ha desempeñado cerca de treinta años, han dado pruebas de conocimientos é inteligencia especialísimos. Estimándolo así el Ayuntamiento de Madrid, llamó en Enero de 1878 á dicho D. José María Herrero, para que entendiese en todo lo relativo á las funciones reales últimamente verificadas, y las organizó y dispuso tan espléndidamente, y con el conocimiento especial que posee, que han sido celebradas hasta en el extranjero. Después en Madrid ha habido otros administradores muy entendidos, como los Sres. Abella y Trillo; y de los de provincias el más antiguo, el más inteligente, tal vez, es D. Mariano Armengol de quien hablamos en el lugar correspondiente.

**Aficionado.**—Conviniendo en que todos tenemos un vicio dominante, una pasión ó una inclinación que ocupa con preferencia nuestra mente, disculpemos la del aficionado á toros, porque es la que menos daño puede causar en su persona, en sus intereses y en sus afecciones. ¿Por qué el aficionado á nuestra fiesta nacional es el único, de entre todos los apasionados á los espectáculos públicos, á quien se distingue con aquella palabra?

No lo sabemos: ello es que al aficionado á la música se le llama *dilettanti*; al de las carreras de caballos, al *sport*; al de los circos gallísticos, *gallero*; y así por este orden. Y lo cierto es que todos son aficionados, cada uno á su especial diversión, incluso los que lo son al baile, á quienes llamamos *danzantes*.

¿Será que por el origen extranjero de unos espectáculos, y por el desdén con que las personas de mediano juicio miran los otros, se apliquen á sus *amateurs* nombres traspirenaicos y burlescos? ¿O será que por un instinto natural, una intuición de que no sabemos darnos cuenta, solo se aplique la palabra castiza española para el espectáculo puramente español?

Esto debe ser; porque en cualquier reunión, en cualquier casa, café ú otro sitio en que se esté hablando de cosas indiferentes que ninguna relación tengan con las funciones de toros, al ver entrar á

alguno de los contertulios ó amigos, se dice frecuentemente: «Ya llega el aficionado», y no se dice *á qué cosa lo es*; y sin embargo, todos entienden *á qué* se refiere aquél que ha hablado.

Conste este dato, porque queremos indicar que el aficionado á toros, por solo este hecho, es español puro y neto, y como tal, amante de su patria; enseñaremos en primer término el de Madrid, donde hay más, por razón de población, que en otros puntos, y donde su tipo tiene cierta originalidad; por más que todos, los de la corte y los de las provincias, se parezcan muchísimo.

El aficionado empieza á serlo joven, siendo estudiante, aprendiz de un oficio, capitalista ó propietario. La profesión ó modo de vivir de él ó de su familia influye poco. El que quiere aficionarse al gran espectáculo en edad avanzada, lo consigue con más dificultad. El amor á lo grande, á lo extraordinario, es patrimonio de la juventud. Rara vez se encuentra el entusiasmo en el pecho del anciano. Pero una vez adquirida la afición y el gusto por lo sublime del arte, el joven llega á viejo con su mismo afán, con su *fanatismo*, si así quiere llamársele, que no nos enfadamos porque se nos aplique esta palabra. Es la que ha producido muchos santos y muchos héroes.

Si por circunstancias especiales, disgustos, ausencias, ó sucesos que en la vida retraen del mundo, algún aficionado *se corta la coleta*, ¡cómo recuerda con entusiasmo sus buenos tiempos! ¡Qué placer siente al relatar ó describir cualquier función ó la práctica de una suerte de aquéllas que forman época!

No nos cansaremos de repetirlo: la afición á los toros es uno de los remedios, tal vez el primero, para quitar la tristeza, para alejar el tedio. Y si

no, veamos qué hace, qué dice, y hasta qué piensa el verdadero aficionado.

Desde el momento en que tres días antes de la función se fija en las esquinas la *aleluya*, que así llaman muchos el cartel de toros, son infinitos los comentarios que sobre su contenido hacen unos con otros los aficionados. Quién reniega de la Empresa; cuál, de los toros y hasta de la autoridad que permite tal cartel. Unos se muestran descontentos porque no toma parte en la lidia determinado diestro; otros, porque trabaja aquél y no otro á quien él prefiere, y los más se alegran y esperan impacientes; bien que lo mismo hacen los descontentadizos, porque todos, absolutamente todos, no piensan en otra cosa que en la corrida, para cuya celebración faltan setenta y dos horas. Horas largas, interminables, de prolongada espera, de grandes esperanzas, de vehementes deseos y alegres ó tristes presagios, según la persona que los haga y las causas especiales que en cada caso ocurran.

Pero no se crea que en dicho plazo el aficionado está de más, es decir, sin hacer nada que tenga conexión con su favorita fiesta. Todo lo contrario. Además de pensar, hablar, discutir y hasta acalorarse con sus amigos, frenéticos entusiastas como él por el arte taurino, en cuantas cuestiones se suscitan sobre los cálculos del resultado y peripecias probables en la próxima corrida, es preciso prepararse para ver la prueba de caballos.

No queremos hacer ofensa á nuestros lectores, suponiendo que ignoran lo que es *la prueba*. Alguna vez, si son aficionados, que si lo serán en más ó menos grado, puesto que leen este libro, la habrán visto, aunque haya sido por curiosidad; pero como no debemos ocultar cuantos detalles se relacionen con las corridas de toros, bueno será que



LA PLAZA VIEJA DE MADRID. — L. FERRANT

hagamos aquí un boceto del animado cuadro que ofrece. Allá va, según era hace cuarenta años, por que ahora...

Son las cuatro de la tarde en el rigor del verano. El calor sofoca y difícilmente se respira. A pesar de todo, á esa hora el joven estudiante, el hijo del banquero, el comerciante dueño de tienda, la *pollería* (como ahora decimos) de la buena afición, se van reuniendo en los cafés principales ó en sus inmediaciones, con amigos de más edad, aficionados más antiguos, casi diríamos jefes de partido, inteligentes en tauromaquia, á quienes se oye como á un oráculo. Sin retrasarse, marchan diseminados en grupos hacia la plaza de toros, sin temor de asfixiarse con la atmósfera caliginosa, que hacen insoportable el polvo primero, y el vapor que despiden la tierra regada después; todos alegres, contentos, pero siempre cuestionando, siempre explicando un curso de tauromaquia, con adiciones, notas y comentarios interrumpidos por las risas, las bromas y las epigramáticas palabras de los que componen aquel pequeño círculo. Llegan por fin á la plaza sudando y agitados, y ya encuentran allí á otros aficionados, que por haber ido á caballo ó por haber madrugado más, están descansando y bebiendo agua y aguardiente, único refresco que se vende en aquellos contornos. Empiezan las bromas y los dichos picantes; tiroteo de pullas que se dirigen con especial gracia y singular ironía los partidarios de distintos diestros, cada uno de los cuales sabido es que cuenta con ardientes apasionados. Oyense y contéstanse muchas veces con sal y pimienta, pero sin causar disgusto grave; y alguna vez que la sal se convierte en hiel y la pimienta en vinagre, acontece que riñen dos amigos y no vuelven á saludarse. Por fortuna, esto sucede pocas veces.

Juntos en el patio destinado al efecto en las inmediaciones de las caballerizas, el empresario de caballos con su jauría de *monos sabios*, y la gente de á caballo, la del *arte*, cálzase ésta espuela vacuera y prepárase á montar. Aparece arrastrado, más que guiado de la brida, un desgraciado *penco*, ancho de pechos como un pollo tísico, fuerte de patas como jilguero enfermo, limpio de manos como el que menos, cabizbajo como delincuente, y vestido con piel afelpada, ó sea de pelo largo, muy largo, susceptible de rizar e en tirabuzones.

—¿Qué traes aquí?—dice el picador al contratista.—¿De dónde has sacado esta alimaña? Anda que la monte tu *mare* si está acostumbrada á montar en escoba los sábados á medianoche. Y antes que la explosión de carcajadas de todos los concurrentes le impida hablar, replica el contratista:—¡Valientes *piqueros* estais los de ahora! Con jacos así hubieran torcado seis corridas sin perder uno siquiera los picadores antiguos. ¿Qué tie-

ne este caballo? ¡Veintinueve años ha sido útil en una tahona, marchando bien en la máquina de moler y cumpliendo, sin que nadie le haya puesto falta, y vienes tú hoy á desecharle! *Arrepárale*; mira que aunque pequeño de cuerpo y de pocos fuegos, es mejor que el que tenía muermo y desechaste la *corría pasá*, y más seguro que el tordo que hizo á tu compañero apaerse por las orejas dos veces.

—¡Como que tenía vértigos!—contesta el picador.—Y añade:—¡Vaya! ¡Que no quiero esté *penco*!...

Entonces se le acerca al oído el contratista, y de tal manera le convence, que así como enfadado va derecho al caballo, monta, toma en sus manos el palo, y con un valor y un atrevimiento que suele olvidar el día de la corrida, pica y aprieta en el poste destinado al efecto, una, dos y hasta una docena de veces.—No se vuelve mal; tiene buena boca,—dice el picador al apearse.—Y el caballo queda apartado, para que, si no muere antes, de poco apego á la vida, lo despene un toro á las cuarenta y ocho horas.

Esto se repite varias veces con cuantos caballos se presentan, inútiles para todo menos para la lidia de toros; y aunque pocos son desechados, todavía hay picadores que no se dejan convencer por los contratistas. ¿Para qué servirá un caballo desechado en la plaza de toros?...

Al anoecer vuélvense á la población los aficionados, los toreros, los contratistas y los *monos sabios*. Estos últimos formando rancho aparte. Los primeros, en quienes la conversación ha tomado mayor tinte de excitación según han ido calentándose las lenguas, convienen en que la buena raza de picadores, aquélla de los hombres duros como el hierro y entendidos en su arte, se ha ido perdiendo poco á poco, quedando sólo para muestra alguno que otro de cuyo mérito casi, casi, no se ha enterado el vulgo.

No falta, sin embargo, algún atrevido mozalvete que con intencionada *guasa*, y marchando tras de los viejos aficionados, recita en voz alta la célebre endecha que dice:

«Como á nuestro parecer,  
cualquiera tiempo pasado  
fué mejor.»

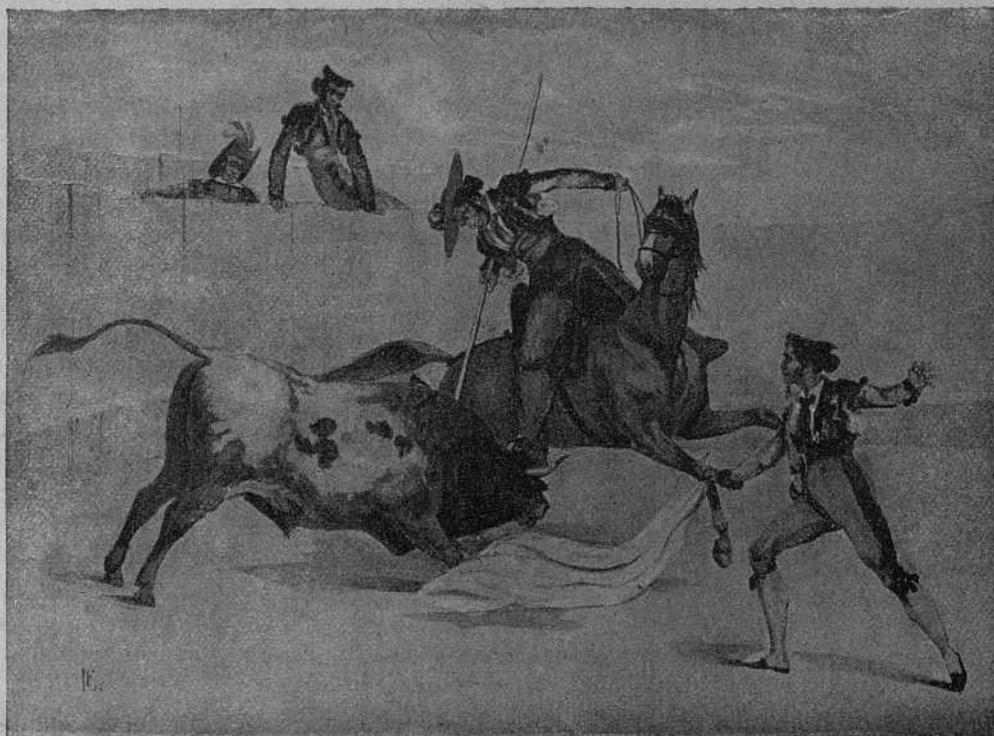
Lo cual da pié para que alguno de los viejos de mal carácter, ó poco sufrido, se vuelva, encarándose con el mocito, y replique:—Diga usted, niño, ¿conoce hoy algún torero á caballo que se eche por delante un toro, picándole con el regatón de la vara? Pues yo lo he visto hace más de cuarenta años á José Trigo; y se trataba de un bicho de seis años, de la más acreditada ganadería y esco-

gido. Y viven muchos que lo presenciaron. Y escrito está que Corchado ganó mil duros en una apuesta por picar una corrida entera con un sólo caballo, sacándole ileso. Y con media de seda, sin mona, han picado otros. Y al *Coriano* le hemos visto caer, levantarse, tomar un capote, y con los hierros puestos dar media docena de *verónicas* que no las dió Montes mejores; y... en fin, que entonces habla picadores, y que se dé usted por ahí una vuelta cuando me traiga *uno* que haga algo de lo referido.

tas personas á las puertas del reducido local en que se venden billetes,

que es de ver  
y de admirar  
cómo vienen,  
cómo van,  
cómo corren,  
cómo vuelven,  
cómo insisten  
en su afán.

Sin embargo, aquello dura poco, muy poco.



EL PICADOR JOSÉ TRIGO LIBRANDO AL CABALLO. — L. FERRANT

Así se renuevan constantemente contiendas y diferencias hasta que llegan al café, y unos entran á continuar hablando *sobre lo mismo*, y otros siguen su camino con *igual* pensamiento y fija su idea en el próximo día.

Es el de la víspera de la función: sábado ahora, antiguamente domingo. Por la mañana, en determinados días, en aquellos en que el cartel anuncia principio de temporada, ó la salida de algún diestro de grandes simpatías ó nuevo en plaza, el buen aficionado no perdona su concurrencia á las inmediaciones del despacho de billetes, sea abonado ó no lo sea. Aunque se ha regularizado mucho esto, interviniendo la autoridad con fuerza armada hasta de caballería, en tiempos no remotos ofrecía la calle de Alcalá un cuadro animadísimo, y ahora mismo, en ocasiones, afluyen tan-

Aquel bullicioso desorden, las voces y gritos, los cachetes y golpes que se dan unos á otros por adquirir un billete, cesan muy pronto.

Antes de una hora aparece el tarjetón que dice: «No hay billetes», y los pobres que han acudido desde las cuatro de la mañana á tomar puesto, y no han logrado ser de los primeros, se vuelven cabizbajos, rotos y destrozados en sus ropas, y reneando de su mala fortuna.

El aficionado goza al ver tal interés, tal impaciencia, tal deseo de ver el mejor de los espectáculos. Comenta con otros alegremente aquella placentera animación, y se da cita para ver el *encierro* por la tarde.

Al *encierro* asisten muchos á pié, y muchos más á caballo; los últimos, vestidos y con los jacos enjaezados para faena de campo, y algunos con ga-

rocha. Mientras se sitúan en el Abroñigal ó Caño Gordo, rodeando el ganado á la distancia que los mayores y vaqueros lo permiten, observando los movimientos, la pinta, la romana, y en una palabra, el trapío de las reses, hasta que llega la hora

Pues á pesar de toda la oscuridad y la distancia, hay aficionado que sostiene con otros que el toro *ensabanao* es burriciego ó está reparado del derecho. La cuestión para algunos es ver lo que no vea otro. Así que no falta quien invente y crea lo que no existe.

Cuentan los de á caballo á los otros si el ganado ha venido *bien arropado*, si hay algún toro que les ha *hecho cara*, si ha habido necesidad de ayudar á los vaqueros para *encabestrar* bien, si han seguido mansamente al cabestro de punta, y en fin, cuantas peripecias han ocurrido hasta concluir el *encierro*.

Respecto del *pronóstico* que todos hacen de la condición de las reses, no hay dos conformes. Al paso que uno dice enfáticamente: «Dejamos encerrada una corrida de toros», lo cual no significa á la letra lo que dice, sino que quiere decir

que es *bueno*, hay otro que á medias palabras, y como reservándose, murmura por lo bajo: «No pongo dos cigarros por ninguno», y el más lejano dice: «Apuesto por el *berrendo*», y el de aquí añade: «Yo por el *retinto gachito*»; y todos convienen, cuando alguno de los más antiguos aficionados pronuncia en tono sentencioso lo consabida frase de «Los toros son como los melones», en que para juzgar de lo que puedan ser capaces, lo mejor es ver al día siguiente el *apartado*.

Entonces las reses han descansado, han reconocido el terreno y pueden examinarse más despacio; y sobre todo, no es cosa de perder la mejor de las ocasiones para acreditarse un hombre de entendido aficionado y de conocedor de los toros por el trapío, armas y manifestaciones que hagan al ser encerrados.

Quedamos, pues, en que esto es lo más acertado, y en que contraemos el deber para con nuestros lectores de decirles todas las demás obligaciones



1832.— ENCIERRO DESDE CAÑO GORDO. — ELBO

de ponerse en marcha, acuden otros aficionados á pié á los corrales de la plaza y esperan el *encierro*. Hablan *de lo mismo* siempre, y no se cansan. Repiten cien veces iguales frases y las oyen con igual complacencia; y lejos de aburrirse, si la conversación palidece un breve momento, se robustece, digámoslo así, con la presencia de algún aficionado que llega más tarde. Y así pasa el tiempo, hasta que suena *el alambre* ó se oye la voz de «¡QUE VIENE!»

Voz que antiguamente daba el *Tuerto*; tipo raro, excéntrico y extravagante que vivía en los alrededores de la plaza, sin casa ni hogar, casi sin comer ni trabajar; que hablaba perfectamente idiomas extranjeros cuando era ocasión, lo cual suponía en él una ilustración no común; que callaba cuando le preguntaban los necios, y era cortés con los instruidos; ente, en fin, que no sabemos definir. Hombre tal vez de buena familia y mejores principios, que filosofando, creyó ser feliz con la holganza y viendo toros. ¡Quién sabe si tendría razón!

Cuando el ganado llega cerca de la plaza, á la vista ya del corral primero, ábrense las puertas de éste, y ciérranse en seguida; operación de un minuto que, con singular destreza, practican los inteligentes carpinteros. A la clara luz de la luna, cuando alumbra, ó á la turbia luz de los faroles en otro caso, el aficionado que esperaba, se hace la ilusión de que ve perfectamente el ganado, cuando apenas si puede ver la pinta de algún toro. Como que se arremolinan, y con los cabestros se van á un rincón, donde en pelotón se colocan juntos si son todos de una ganadería, ó se les separa en distintos corrales si pertenecen á dos ó más, y los dueños ó mayores lo creen conveniente.



TOROS EN EL CORRAL. — De fotografía

que el aficionado se impone antes de que empiece la corrida.

El día de la corrida el aficionado madruga, se

emperejila y acicala, sale de casa rebosando gozo, dirige sus pasos á media mañana á la calle de Alcalá, y unido á otro ú otros tan aficionados como él, montan en un carruaje que los conduzca al famoso circo, donde penetran ansiosos de observar y comparar detenidamente una por una cuantas reses han de ser lidiadas.

Toman y pagan su billete de entrada, que antiguamente era gratis para el abonado; paréceles que la autoridad presidencial se retrasa más de lo regular, y cuando llega el momento de abrir la puerta que da paso á los balconillos, corrales y jaulones, lánzanse á ella con avidez. Todos quieren ser los primeros, y únicamente se cede el privilegio de anteponerse y ocupar mejor lugar á las señoras que suelen asistir; que el español siempre es galante, aun en casos excepcionales.

Una vez en los balcones, ó mejor si puede en los burladeros de los corrales, examina el trapío de los toros, su pinta y condiciones ostensibles, con la misma atención, con igual interés y con tan gran cuidado como el lapidario un diamante y el avaro su dinero. No se le escapa el más insignificante detalle, y más de una vez ha encontrado y designado defectos físicos en las reses, en que no había reparado el perspicaz ojo de los profesores de veterinaria encargados de reconocerlas y de certificar sobre su aptitud para la lidia.

Pregunta, indaga, conferencia y escucha de los labios del ganadero, qué antecedentes son los del ganado, qué historia tiene cada uno de los bichos y en cuál de estos tiene más confianza su dueño. Compara lo que le dicen con lo que ve y ha observado desde que la tarde anterior asistió al *encierno*, y con los incidentes que ofrece el *enchiqueramiento*, y si alguna vez, por circunstancias muy especiales, el aficionado ha dejado de asistir al *encierno*, mucho más especiales é imposibles de vencer han de ser las que le impidan presenciar el *apartado*.

Muy próximo este á la celebración de la corrida, la vista del ganado en los corrales, su paso á los jaulones y su encierro en los chiqueros, excitan su imaginación y acrecentan su placer. Goza anticipadamente de los lances de la corrida como si los viera ya; si se persuade de que el ganado encerrado es *de primera*; se disgusta si le parece de desecho, pero siempre confía en que alguno de los bichos ha de *dar juego*. O al menos forma esperanza en que los lidiadores suplirán lo que á los toros falte; y eso que sabe perfectamente que con mal ganado poco puede hacerse. La esperanza es lo último que se pierde.

Su amor propio se satisface y agranda si da la casualidad de que el toro que supone como el más bravo y de poder, lo es más tarde durante la lidia.

Su fama de inteligente se consolida si esto acontece más de una vez, y su vanidad le engríe tanto,

que en ocasiones no cedería su buen nombre de aficionado inteligente por honores ni por amores. Volvemos á repetir que hablamos del aficionado constante, del verdadero, del apasionado.

¡Con qué impaciencia espera la corrida! ¡Qué esperanzas, qué ilusiones alimenta en su imaginación! ¡Qué grato placer experimenta al volverse á la plaza nuevamente!

Porque, no lo hemos dicho, pero desde que salió del *apartado* hasta la hora en que la corrida empieza ó poco antes, no ha hecho más que separarse del edificio á menos de dos kilómetros, para almorzar alegremente con media docena de amigos en la fonda más inmediata. Allí han hablado de nuevo de las brillantes dotes del matador y de los toreros que más les gustan, han comparado el trabajo de hoy con de el *antaoño*, han disputado, se han sofocado y han convenido en apostar la cena ó el refresco sobre el mejor comportamiento del espada favorito de cada uno de los comensales.

Dirigense á la plaza; y penetran en ella. Lo que en el tránsito pasa, la animación que hay en el camino en día semejante, no hay para qué contarle en este lugar; va dicho en otro, y no es cosa de repetirlo. Daremos por pasado el tiempo y salvada la distancia, y colocaremos al aficionado dentro ya del local de la administración.

Recoge su cartel-programa, cuando le hay; saluda á cuatro amigos, que escuchan sus impresiones acerca del ganado y sus vaticinios sobre la corrida; pasa al salón de descanso de los toreros, aprieta la mano de alguno de ellos, y por fin penetra en el redondel, donde se halla lo más granado de la afición.

El movimiento, el alegre aspecto que el interior de la plaza presenta desde antes de empezar la función, merece describirse; y tenemos casi obligación de hacerlo, porque á nuestros lectores hemos enseñado el camino al circo, y aun los hemos conducido á las galerías interiores del mismo, y no es justo pasarles la miel por los labios y no dejársela gustar.

La vista se recrea gozosa y asombrada al contemplar aquel inmenso y extendido anfiteatro, circundado por una doble corona de gradas y palcos, en que aparecen como incrustadas, á manera de perlas y esmeraldas, divinas mujeres ricamente vestidas, y algunos hombres, que forman, digámoslo así, el esmalte negro que la corona ostenta para que brillen más aquellas piedras preciosas.

En cada una de las infinitas localidades que comprende tan singular edificio, se ven con diversidad de trajes, posturas y ademanes, elegantes señoras, niñas coquetas y agraciadas, almibarados pollos, sesudos caballeros, gentes del pueblo, en fin, pertenecientes á ambos sexos, que forman un cuadro tan variado, tan nuevo, tan caprichoso,

que á pesar de haberlo intentado grandes talentos, nadie ha podido pintar ni describir fielmente.

¡Qué sonrisas tan incitantes, qué carcajadas tan espontáneas, qué palabras tan nuevas, tan chispeantes, tan epigramáticas y tan graciosas se ven y escuchan allí!

¿Quién es capaz de imaginarse, sin verlo, un número de personas, que siempre pasa de doce mil, contentas, placenteras, sentadas unas, de pié las más, y todas llenas de regocijo, saludándose con voces, gestos y señales, y sin otro pensamiento en aquella ocasión que el de divertirse con su favorito espectáculo?

No hay otro que proporcione más gratisimo solaz al noble pueblo español. Aquello es otra nueva Babel: todos hablan, todos gritan, todos gesticulan y se mueven á un tiempo. Si en la antigua hubo tanta confusión que no llegaron á entenderse sus habitantes, en esta no la hay menor; tal es la diversidad de palabras, acciones y movimientos que se observa: pero en esta todos se entienden.

La gente que pisa el redondel, ora agrupándose, ora extendiéndose en distintas direcciones, disminuyendo unas veces, aumentando otras, parece, cuando se la ve desde los palcos, á las abejas de una gran colmena, que zumban y se mueven sin parar, ó á los peces del mar, vistos desde la cubierta de un gran buque, que aparecen, se esconden, se agrupan, giran, marchan y contramarchan á todos lados lenta ó rápidamente, chillando y agitándose, hundiéndose ó levantándose.

Por si algo falta para prestar vida al cuadro, allí se encuentran desparramados, y pregonando á voces su mercancía, los abaniqueros, bollereros, aguadores y además los especiales vendedores de naranjas, que desde el redondel las arrojan con sin igual tino á las gradas y palcos.

De pronto aparece en su palco la autoridad que preside, y á la señal que hace con el pañuelo, el cuadro cambia, tomando nuevos y vivisimos colores. Suena el clarín, redoblan los timbales, voces y músicas resuenan por todas partes, toman asiento los que están en pié, y entre los silbidos, bulla y algazara de éstos, corren á sus localidades los que ocupaban el ruedo, y ciérranse las puertas interiores. Los ministriles, para quienes todavia duran los silbidos, despejan el redondel y marchan en busca de las cuadrillas.

Va á dar principio la función, y el aficionado lo mismo que los que no lo son, el inteligente como el curioso, no quieren, no pueden aunque quisieran, perder absolutamente ningún detalle de tan magnífico espectáculo.

Preséntase en vistoso grupo la gente torera á pié y á caballo, rica y lujosamente ataviada, con más seda, más oro y más plata que los que tiene el Tesoro público; y seguida de los chulos y tiros de

mulas, enjaezadas con esplendidez. Todos marchan á compás de las músicas, con aquel *aire*, aquella *sal* que solo tienen los de su clase, vitoreados por el inmenso pueblo que llena aquel grandioso edificio, aplaudidos frenéticamente con una continua y prolongada salva de aplausos, y saludados por hombres y mujeres con pañuelos y abanicos, con sombreros y con cuanto hay á mano.

Aquella explosión de júbilo va *jaleada*, esta es la palabra, por la gente joven de buen humor con los apóstrofes consabidos de «¡Ole! ¡Viva la gracial! ¡Viva la sall! ¡Bien por los valientes!»

Morena hay, de esas cuyos ojos relampaguean cuando miran, que por bien parecer no grita: «¡Bendita sea la tierra que tales hijos produce!» Y niña de quince abriles, blanca como la nieve y rubia como el oro, que parece piloncito de azúcar con copete de canela, que murmura por lo bajo: «¡Ay! ¡Tu mare!»

Hasta los extranjeros se conmueven electrizados al ver tal entusiasmo, que á su espíritu se comunica rápidamente, y no falta algún inglés ó francés que en mal castellano grita: «¡Oh! ¡De aquí al cielo!»

¿Quién evita que á un espectáculo tan conmovedor, que tanto arrebatara, que tanto *llega al alma*, se aficionen cuantos le vean? Si es irresistible su atractivo, ¿quién puede dejar de ser aficionado? Disculpemos, pues, al que lo es, y sigamos su fisiología.

Inútil es decir que durante la lidia, el aficionado, sobre todo si es inteligente, no pierde de vista ningún detalle, ningún incidente de la misma. De lo que el vulgo no se entera, es para el aficionado de suma importancia. La mala colocación de un picador, la inoportuna salida de un peón, un intempestivo *recorte* hecho al toro, son para él objeto de las más duras censuras; y en cambio, donde pocos ven el mérito de sacar un caballo ileso, de cuadrar en la cabeza ó de citar para *recibir*, él le encuentra y aplaude acaloradamente, llegando á tener momentos de verdadero entusiasmo.

Concluye la corrida, durante la cual ha contribuido mucho el aficionado, si para ello ha habido fundamento, á que el público atormente á la presidencia con el proverbial y característico «¡No lo entiende usted!», al ganadero con la aleluya consabida, que dice:

De los bueyes del Marqués...  
liberanos Dominé,

y al picador ó espada con los atronadores gritos de «¡Cobardel! ¡Tumbón! ¡Que se vayal! ¡Fueral!», etcétera, y sale de la plaza el último, ó al menos de los más rezagados espectadores. Va gozoso ó renegando de los toros, según éstos ó los toreros

hayan sido más ó menos bravos, más ó menos afortunados, deprimiendo á estos últimos si es intolerante, y si no, haciendo justicia al que la merezca.

Mientras come ó cena habla de la función con los que le rodean, y después en el café hace otro tanto; comenta las revistas de los periódicos taurinos, encarece el mérito de tal ó cual suerte ejecutada, la pujanza del ganado y valentía del espada, ó critica en duros términos al lidiador de poca fortuna, al ganadero que vende cuatreños, ó á la Empresa que da toros de desecho.

Y á todo da exagerada importancia; y habla en su tertulia de aquella corrida tres noches seguidas, y á la cuarta forma cálculos sobre lo que será la que se celebre tres días después. Y siempre sabe las noticias taurómacas de provincias con más anticipación y exactitud que un diplomático las del movimiento político de Europa.

Este es el aficionado de la corte. Algunos, no muchos, llevan su afición al extremo de lidiar becerros, con los que, entre otras cosas, aprenden á llevar buenas costaladas. Otros, para quienes el caballo es una necesidad, ejercitan su destreza acosando reses y derribándolas en campo abierto; pero en este particular Andalucía lleva la palma, pues aunque en Madrid hay buen número de excelentes jinetes derribadores, es mucho mayor el que en Sevilla existe y ha habido en todo tiempo.

Toreadores de gran posición social, que lo mismo salvan una zanja sobre una ligera yegua inglesa, que derriban un toro de cinco años montando brioso corcel español de potentes ancas y descarnadas manos. Mozos aficionados desde los primeros albores de su juventud á todas las faenas taurómacas, que nacieron viendo herraderos, y han crecido viendo toros, acosándolos, enlazándolos y derribándolos. Gente práctica y muy conocedora, que monta caballos tan inteligentes como sus dueños.

Y lo mismo que en Sevilla, aunque no en tan grande escala, sucede con los aficionados de Córdoba, Jerez y otros puntos donde se crían toros y los ganaderos son generosamente espléndidos. Porque las faenas de herrar becerros, tentarlos y las demás que con ellos se hacen en el campo, costosas y que exigen gastos de alguna consideración, son animadisimas, es verdad; tienen algún peligro, pero éste es su mayor aliciente, porque el español es bravo y temerario, y juega con su vida como si poco valiera.

Algunas señoras concurren, á fuer de buenas aficionadas, á ver estas fiestas; pero en España no toman parte activa en ellas. Solo en Chile, Montevideo, Lima, Méjico y algún otro punto de América, hay algunas tan varoniles que acosan las reses á caballo con singular destreza y graciosa des-

envoltura, formando *collera* con jinetes entendidos.

De algún tiempo á esta parte, las faenas de campo con los toros han tomado gran incremento: la afición á las corridas no decrece, y el graznido de sus detractores es la espuela que hace se construyan plazas donde nunca las hubo. Siga, pues, el graznido de los pocos; que el número de aficionados crecerá, á medida que aquél sea más repetido.

Importa poco al aficionado que haya quien le critique: ama sus lidias de toros con frenesí, y váyale usted á decir á un enamorado que renuncie al ídolo de su pensamiento. Con todos los defectos, con todas sus extravagancias, con todo su exagerado amor al arte de Montes, queremos nosotros al aficionado.

Si todavía no tiene todas las faltas que hemos sacado á relucir, no será de los de pura sangre, ó será muy naciente su afición; pero ella crecerá y se arraigará en él; que lo bueno, aunque sea imperfecto, difícilmente se abandona.

Cuando las fiestas de toros distraigan su imaginación y mitiguen sus penas y disgustos, exclamará:

— ¡Cuánto vale ser aficionado!

Claro es que aquí no hemos hablado de esos entes *aficionados* de nuevo cuño, cuya afición se reduce á intimar sus relaciones con los toreros hasta el punto de constituirse en «inseparables». Hombres para quienes no hay más ídolo que el santo de su devoción, y por cuya defensa suelen quebrar lanzas de tal modo, que enfrían amistades si no hay uniformidad de pareceres, pero con quienes no puede entrarse en discusión acerca de lo que se entiende por perfecta ejecución de una suerte con arreglo al arte. No le conocen.

De estos hay pocos. Duran, cuando más, lo que dura el *santo*, á no ser que se vayan con otro antes de concluir aquel, de lo cual se dan casos: de modo que son aficionados á los toreros no á la fiesta nacional.

**Agilidad.**— Es tan necesaria en un torero, que no teniéndola, está muy expuesto á cogidas, sobre todo si el conocimiento que tiene de su profesión no es completamente perfecto. La agilidad le ha de servir para cambiarse, pararse y, más que nada, para salirse en los *embroques* sobre corto, como en los *recortes*, *galleos* y *coladas*; al paso que la ligereza solo le sirve para correr y saltar velozmente. Por eso sucede con frecuencia que algunos toreros, llegando á cierta edad, han perdido la ligereza, como es natural, pero han conservado la agilidad, y toorean con la misma maestría, ó más si cabe, que cuando eran jóvenes. Citáramos algunos ejemplos, si no nos hubiéramos propuesto,

en cuanto sea posible, no suscitar rivalidades, ajenas por otro lado á la índole de esta obra.

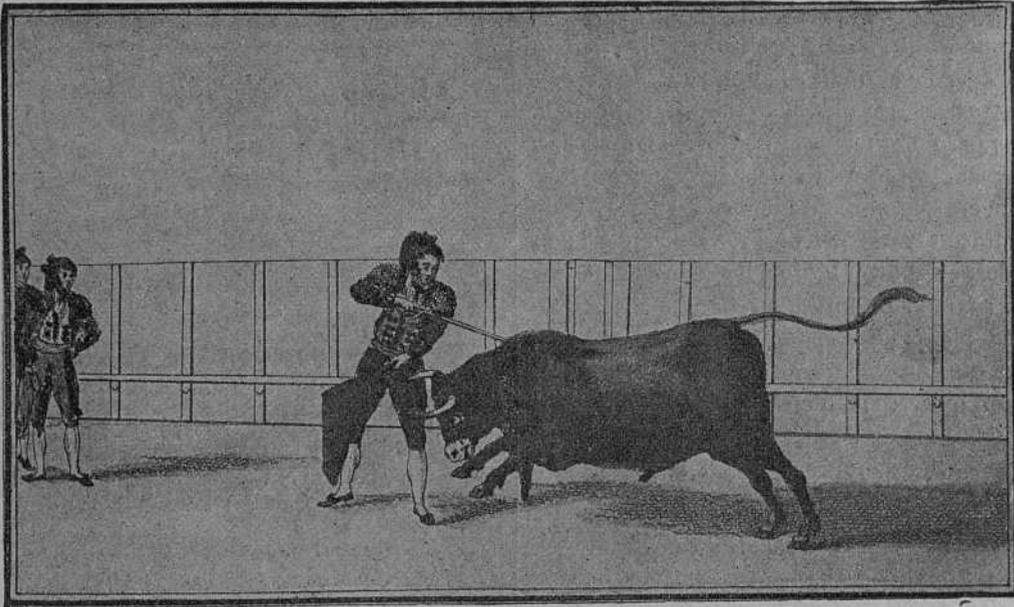
**Agrassot, D. Joaquín.**—Notable pintor, natural de Orihuela, cuyos cuadros llaman la atención por su verdad y perfecto dibujo. En la Exposición Universal de París de 1878 expuso un presioso lienzo: «Antes de la corrida en la plaza de toros de Valencia», en que no se sabe qué apreciar más, si la brillantez con que presentó el asunto, ó la verdad realista de la animadísima preparación, á presenciarse nuestro grandioso espectáculo por el pueblo valenciano.

Fué discípulo de D. Francisco Martínez, y de las clases de la Academia de Bellas Artes de San Carlos de Valencia.

**Agraz, Enrique.**—Torero muy poco conocido, que andaba por esos pueblos de Dios, allá por el año de 1875, y que parece fué uno de los que estrenaron la nueva plaza de toros en Alba de Tormes

pués, varias veces, al espada español José Centeno, causando á ambos varias heridas y contusiones, de las que afortunadamente curaron. La ganadería de la hacienda de Santín es allí muy conocida y apreciada.

**Aguantar.**—El nombre dado á este modo de matar toros es moderno. Algunos le confunden con la suerte de *recibir*, y sin embargo se diferencian bastante; porque aunque es verdad que el diestro se coloca en ambas de igual manera, en ésta ni precede cita, como es indispensable en la otra, ó sea en la de recibir, ni el torero está á tan corta distancia; sucediendo casi siempre que el toro, al ver liar el trapo al espada, ó mover la muleta de algún modo, le arranca y se le viene encima, y el diestro, que le ve llegar á jurisdicción sin colarse, antes bien siguiendo rectamente su viaje, perfilado le *aguanta*, sufriendo la acometida, clavándole el estoque y dándole la salida á favor del quiebro de muleta, que habrá tenido cuidado de bajar á su tiempo. Es suerte tan difícil y expuesta



SUERTE DE MATAR AGUANTANDO. — 1804

(provincia de Salamanca) el 14 de Junio de dicho año, sin que desde entonces sepamos cuál haya sido su paradero, porque, aunque figura en las listas de matadores novilleros, rara es la plaza en que luce su habilidad.

**Aguacato.**—Toro de la ganadería de Santín, que en 24 de Noviembre de 1889 cogió en la plaza de Colón (México) al banderillero *Chiquitín*, y des-

en mayor grado que la de recibir, y nunca debe hacerse con toros que ganen terreno, en cuyo caso déseles salida por la derecha del diestro con un pase de pecho ó cambiado, sin aceptar el compromiso. Realmente si los dos grandes principios que todos conocen, consisten sólo en *irse* á los toros, ó en *esperarlos* á pie firme—lo cual tiene mayor mérito que aquello—el aguantar es una derivación de la suerte de recibir, como lo es el arrancar de la del volapié.

**Aguayo de Heredia, D. Pedro.**—Caballero cordobés, elogiado por varios escritores como gran torero á caballo y muy práctico en ejercicios de la jineta. No consta cuál fué su época.

**Aguila, Conde del.**—D. Fernando Espinosa, vecino de Sevilla, ha sido en nuestro siglo el caballero que más adelante ha llevado su afición á las lidias de toros. Compró torada, acosó reses y habilitó en sus posesiones terrenos, donde él con otros amigos lidiaron becerros bien crecidos, demostrando en todo mucha destreza é inteligencia. Hablamos de este distinguido aficionado en la biografía de D. Rafael Pérez de Guzmán y en otros puntos de esta obra.

**Aguilar, Pedro de.**—Natural de Antequera. Escribió un libro, *Tratado de la caballería*, en 1571, que, impreso en Málaga por Juan René en 1600, comprende muchas reglas y preceptos para esperar los toros á caballo, con lanza, cara á cara, y de lo que en ello conviene hacer.

**Aguilar, Manuel** (*El Macareno*).—Banderillero no escaso de conocimientos, aunque algo acelerado en las suertes. De media espada trabajó algunas veces; pero no merece el nombre de matador, aunque creemos tomó la alternativa en Sevilla. Dicen que era parado, de buenas facultades, de mucho corazón y de grandes recursos; pero, ¡en aquella tierra se elogia tanto á los principiantes!... Lo cierto es que su nombre no ha vuelto á figurar en las plazas de España con aquel eco que sonó hace diecinueve años, y desde 26 de Abril de 1874, en que estoqueó en Sevilla, era ya tiempo de adquirir nombre. Marchó á México y allí falleció de enfermedad común el día 30 de Septiembre de 1894.

**Aguilar, Mariano.**—Conocido banderillero de la cuadrilla de Joaquín Rodríguez (*Costillares*) en fines del siglo precedente. Dicen que era sevillano, pero no hay datos que lo nieguen ni lo confirmen.

**Aguilar, Rafael** (*Vaquerito*).—Este *Vaquerito* no es el *Baquerito* (Francisco Baquero), con quien muchos le confunden. Cuanto á su habilidad como banderilleros, allá se van.

**Aguilar, Manuel** (*Vaquerito*).—Hermano del anterior, algo más adelantado, pero no tanto que

quiera hacerse ya matador, como lo ha intentado en novilladas. Para esto hay que aprender más.

**Aguilar, José** (*Carriles*).—Picador novillero de los que caen tantas veces cuantas el toro les acomete. Ya aprenderá á fuerza de costaladas: por de pronto, viendo sus adelantos, ya es picador de alternativa en corridas de toros en la plaza de Madrid. Es voluntario y valiente.

**Aguilar, Manuel** (*Carriles*).—Como el anterior, de quien creemos es hermano, es picador de toros; igual, poco más ó menos, en arte y decisión.

**Aguirre, Francisco** (*El Gallito*).—Banderillero moderno de poco nombre. En México es más conocido que en España: allí gusta, aquí esperamos verle para poder juzgarle.

**Aguirre, María** (*La Charrita mejicana*).—Pone banderillas á caballo en novilladas con gran precisión y valentía, allá en su país. Dicen que monta los jacos, tanto á horcajadas, como los hombres, que en silla de señora, y que es notabilidad corriendo los toros con el capote también desde el caballo.

**Agujas.**—Las costillas que corresponden al cuarto delantero de las reses, y por esto se llama carne de agujas la que tienen en aquel sitio, y del toro que es alto ó bajo de los brazuelos, se dice que es alto ó bajo de agujas. Nunca deben los picadores herir en semejante sitio, ni los banderilleros clavar en él y mucho menos los espadas.

**Agujetas, Ramón.**—Picador de segundo orden, muy aceptable. Murió el 14 de Agosto de 1872, á consecuencia de la cornada que en el cuello sufrió en la corrida celebrada en Valdepeñas el día 9 del mismo mes. Nació en Almagro el año de 1839, y había tomado la alternativa en Madrid el 22 de Julio de 1869.

**Agulló, Angel** (*El Boticario*).—Matador de toros en las repúblicas americanas, de escaso nombre todavía en España. Creemos que es aquí nacido y que como otros marchó á aquellos países á probar fortuna.

**Ahondar.**—Se dice cuando el espada hiere metiendo el estoque hasta el puño: pero más propiamente cuando, no estando clavado todo, se le hace penetrar desde las tablas ó desde fuera con la mano ó con el capote, lo cual debe multarse. Alguna vez suele el matador ahondar el estoque arrancándose como si fuera á herir y empujándole con la montera colocada en la mano derecha. Esto es digno de aplauso si se hace con limpieza.

**Ahormar.**—Voz que usan los toreros para significar el arreglo ó buena disposición de la cabeza de los toros al ejecutar con ellos la suerte de matar. Se supone que se trata de una cabeza descompuesta, levantada ó humillada, que con el buen manejo de la muleta ha sido ahormada, es decir, que se ha hecho olvidar al toro el vicio de moverla en dirección diferente á la de la costumbre recta y natural. También se dice que el picador ahorma la cabeza de las reses con puyazos bien señalados, cuando vienen abantas y levantadas.

**Aixelá, Pedro** (*Peroy*).—El 15 de Octubre de 1827 nació en Torredembarra, pequeña villa del partido judicial de Vendrell, en la provincia de Tarragona, Pedro Aixelá y Tomé, que en sus primeros años se dedicó á ayudar en el oficio de carretero ó corsario á su padre Pedro, que hacía sus viajes con una galera de Zaragoza á Barcelona. En este oficio ú ocupación continuó bajo la dirección de sus tíos cuando murió su padre, hasta que al cumplir veinticinco años dejó su profesión por la de torero. Había toreado por afición becerras y novillos embolados, y cuando en 1853 fué á trabajar en Nimes (Francia) el torero Basilio González, llevole de banderillero á *Peroy*, que adelantó bastante, hasta el punto de que en las corridas de toros que en 1855 se dieron por San Juan y San Pedro en Barcelona, figuró ya como banderillero de cartel. Su agilidad ha sido notable, su intrepidez grande y sus deseos de agradar excesivos. Ha saltado perfectamente con la garrocha y ha puesto banderillas al *quiebro*, á muy poco tiempo de haber inventado esta difícil y arriesgada suerte Antonio Carmona, distinguiéndose mucho en ella. Una de las que ha ejecutado en su país, y que denota más valor que inteligencia, es la de sujetar un toro embolado *mancornándole* y conduciéndole desde cualquier sitio de la plaza hasta el que se proponía; y como éste, ha ejecutado muchas veces lances difíciles y arriesgados; que prueban lo que hemos dicho acerca de su valor. Intentó también ser matador, y en las pruebas que hizo demostró ser valiente, pero precipitado, queriendo sujetar la fortuna á su voluntad, cosa para él imposible porque le faltaban los indispensables conocimientos

para conseguirlo. Con la mejor voluntad tomó parte como espada en varias funciones, una de ellas la que en 12 de Octubre de 1862 presenció en Barcelona el príncipe Napoleón con la princesa Clotilde, hija de Víctor Manuel. Trabajó en muchas plazas de España, y pasó en 1863 á torear seis funciones en la Habana, ajustado por cuatrocientos pesos cada función. Por esta época le vimos trabajar en Madrid matando los toros de puntas en las novilladas, en general con poco acierto, y en el año siguiente, el día 12 de Junio, le dió en Barcelona Julián Casas la alternativa de espada; categoría que no ha confirmado Madrid, por más que diestros de primera nota hayan con él alternado en diferentes plazas. Así estuvo cinco ó seis años, hasta que en 1870 se dirigió á la América del Sur, en cuyas plazas de toros, y especialmente en las de Montevideo y Buenos Aires, fué extremadamente aplaudido. En las dos hizo alarde de sus pensamientos filantrópicos, trabajando de balde en algunas funciones, y siendo premiado con medallas de oro, regalos de gran valor, poesías y otras muchas demostraciones de simpatía. Regresó en 1871 á España, se acercó en Barcelona, y desde entonces puede decirse que *Peroy* ha dejado de ser torero; porque si bien ha trabajado en algunas corridas posteriormente, se han visto ya en él menos facultades y menos decision, y por consecuencia, más cogidas. La más grave de que tenemos noticia se la causó en Barcelona el 28 de Junio de 1874 el toro llamado *Artillero*, de la ganadería de Carriquiri, al tiempo de meter el brazo para dar estocada, que habiendo sido corta, tuvo que repetir el *Gordito*, con quien alternaba; por cierto que sin estar restablecido aún, se ofreció generosamente á tomar parte en una corrida á beneficio de los héroes de Puigcerdá, en la que estuvo tan expuesto á ser cogido, que á petición del público tuvo que retirarse. Desde entonces ya no toreó *Peroy*; cortose la coleta y vivía honradamente, asistiendo á las corridas, y dando su opinión con amabilidad y acierto. Si *Peroy* hubiese sido más dócil para aprender, no queriendo llegar al fin antes de tiempo; si hubiera estudiado á los buenos maestros, sería su nombre uno de los primeros. Las circunstancias ó su carácter hicieron que las reglas del arte no acompañasen á su valor, y no pasó de una medianía aceptable en determinados casos. Como hombre particular era excelente, de trato franco y honrados sentimientos. Falleció en el hospital del Sagrado Corazón, de Barcelona, el día 4 de Marzo de 1892, á consecuencia de una larga enfermedad.

**Ajustes.**—Antiguamente, y en los primeros tiempos del toreo organizado, los ajustes ó contratos

de los lidiadores, tanto de á pié como de á caballo, se concertaban particularmente en casi todas las ocasiones con cada uno de los individuos que en las fiestas habían de tomar parte; es decir, que por precio determinado se ajustaban los espadas, por cantidad fija se contrataban cada uno de los picadores, y lo mismo hacían los peones y banderilleros, estipulando además las condiciones que cada parte consideraba más ventajosa á sus intereses. Las generales en la gente de á pié eran el pago de señalada cantidad por la lidia de determinado número de toros; y en la de á caballo, igual pago en el mismo concepto y el regalo de un traje completo; costumbre á que aficionaron á los lidiadores las Maestranzas de Caballeros, que tanto hicieron por el engrandecimiento del arte. La de Sevilla no se limitaba á vestir á los jinetes, sino también á los peones, dando á aquéllos chaquetilla grana, á los banderilleros y auxiliares justillos de distintos colores, y á los espadas colete y calzón de ante, correón de vaqueta con hebilla de plata y mangas acolchadas de terciopelo; y puede decirse que desde Juan Romero, primer organizador de cuadrilla á sus órdenes, en adelante, los trajes de los toreros han sido siempre uniformes y parecidos, sin más variación que la que en los adornos exigía el gusto ó el lujo del individuo. Esta costumbre, que llegó más tarde á ser, especialmente en los picadores, condición de contrata, solía también ser aumentada con pagarles la manutención y estancia en los pueblos en que se celebraban las corridas; y aunque el tiempo desterró una y otra costumbre, es lo cierto que, sea la causa la que quiera, á los toreros se les han regalado trajes completos en las funciones reales de todas épocas, incluso las de 1846, fuera del precio estipulado por su trabajo. En otros puntos no era sólo el traje, la manutención, la estancia y el precio, los gajes que representaban el trabajo de los picadores, sino que, como en Córdoba el año 1770, los varilargueros Alonso y González cobraron por picar cuarenta toros en cuatro días por mañana y tarde cinco mil reales, dos caballos, manutención y vestido de casaquilla, sombrero y zapatos; y conviene advertir que su manutención y trato era suculento y escogido. Para probar esto, y aun á riesgo de parecer difusos á nuestros lectores, nos vamos á permitir trasladar á continuación, la copia del compromiso que el hostelero de una capital de provincia próxima á Madrid, llamado Gabriel de Moia, hizo en el año 1801, con motivo de cuatro funciones que habían de darse por la cuadrilla de *Pepe Illo*, y que éste no pudo cumplir por su desgraciada muerte. Dice así el escrito que aquel fondista, como ahora decimos, entregó á la Comisión municipal de la villa:—«Señores: Habiéndome mandado por el Sr. D. Juan Marinas que vie-

se el arreglo que podía hacer con el gasto de los toreros, en darles de comer, beber, asistimiento y camas, es el siguiente: Primeramente, chocolate para doce, una libra, con dos libretas; una patorra para almorzar, con su pan y vino: á medio día dos libras de vaca, media de carnero, una gallina, media docena de chorizos, ocho pollos (cuatro asados y cuatro en pepitoría), una fuente de pellas ó natillas, ocho libras de ternera, con una libra de manteca para asarlo, doce libretas de pan, vino bueno, fruta del día, tres libras de azúcar blanco: por la noche un buen guisado, su ensalada, vino y pan, con fruta para postre; sus doce camas buenas, con sus posesiones, luces y asistencia. No excediendo de esto, el gasto le arreglo por veintiocho reales cada uno. Me parece que está muy bien arreglado. Si usías determinan, me darán aviso para determinar mis cosas. Dios guarde á usías muchos años.—P. A. L. P. de usías, *Gabriel de Mora*.»—Téngase en cuenta, para apreciar la bondad de la manutención y trato antedichos, que era en una capital de provincia de segundo ó de tercer orden; que esto sucedía, según hemos referido, en el año 1801, época en que no era tan refinado como ahora el gusto, y que entonces, aunque ya se empezaba á considerar en algún tanto á los toreros, eran, sin embargo, de lo que se llamaba plebe, y saludaban ellos á los señores sombrero en mano, y hoy es lo contrario. Volviendo á la cuestión de ajustes, ya hemos dicho que Juan Romero fué el primero que regularizó las cuadrillas, porque antes no había torero que reconociese á otro como superior, si bien había muchos que eran los encargados de contratar toreros para formar cuadrillas por los Ayuntamientos, Cofradías ó Corporaciones que costeaban los gastos. Más tarde ya, los ajustes ó contratos se han celebrado con los espadas jefes de cuadrilla, muchas veces designando en ellos, sino todos, la mayor parte de los picadores y banderilleros que la formaban, y otras veces exigiendo los dueños de plazas que figurasen precisamente en las mismas un determinado picador ó banderillero. Hoy ya no se hace el contrato más que con el espada, por un tanto alzado y sin más expresión que la de que pondrá *tal* número de picadores y *tal* otro de banderilleros, que lo mismo pueden ser de nombre, que recién salidos de los mataderos ó cuadras. Así sucede con frecuencia que las reses, por no saberlas picar, llegan al segundo y al último tercio de la lidia aburridas, picardeadas y casi siempre recelosas, y los espadas, con tal de ganar más, pagando menos á un picador de lo que debieran, siendo bueno, no ven que en daño suyo y desprestigio es la mala lidia que tienen que dar á las reses, para la muerte con especialidad. Nosotros quisiéramos que los picadores se escriturasen

individualmente, con absoluta independencia de los toreros de á pié, y que hasta que uno de ellos, considerado como de primera categoría, diese á otro la alternativa, no pudiese éste figurar en cartel, ni más ni menos que lo que sucede con los peones, porque téngase bien en cuenta que si importantes son las funciones de un espada, no lo son menos las del picador, militando en favor de éste la circunstancia de que está en su mano descomponer á un toro y que llegue malo á la muerte, ó por el contrario, gobernarle la cabeza, castigarle y aun quitarle ó dejarle patas. Respecto de la cuestión de precios, poco diremos, empezando por reconocer que cada uno es dueño de fijar por su trabajo la cantidad que le parezca, si bien concedemos al espectador el derecho de juzgar si el trabajo vale algo, y si está en relación con el precio exigido. Antiguamente, los Romeros, *Illo*, *Costillares*, Montes y León ganaban quinientos, mil, dos mil, y hasta tres mil reales por matar diez, ocho, seis, cuatro y tres toros; luego *Cúchares* y el *Chiclanero* ganaron cuatro mil reales por matar tres toros, y ahora la gente que hay no baja de seis, ocho, diez y más de veinte mil reales lo que cobran por matar dos ó tres animalitos. Entonces los picadores ganaban desde trescientos reales á setecientos por picar diez toros, después ganaron hasta mil y mil quinientos, y si bien ahora habrá alguno que cobre esta suma, serán escasísimos los que la ganen. Dedúcese de lo expuesto que, al paso que los espadas ganan más cuanto menos trabajan, y que, lejos de ir á menos en sus exigencias, cada día las aumentan, los picadores que han tenido época en que fueron regularmente pagados, van hoy en decadencia; y francamente lo decimos, para ver picar como hoy lo hace la mayoría de ellos, sería mejor suprimir la suerte de vara. Una observación para concluir. Los tiempos de entonces no son los de ahora, preciso es reconocerlo. Son otras las exigencias que la sociedad tiene para con todas las clases, y no han de ser los toreros los que deben estacionarse, sin mirar adelante para sí y para su familia, que justo es que ya que ganen su modo de vivir con grave exposición, tengan para cuando sean viejos ó les suceda una desgracia un pequeño capital que les dé para subsistir. Pero en ellos está el procurar esmerarse en su trabajo, no ser chapuceros, ni buscar fuera de las plazas aplausos ficticios; porque el público inteligente, el que paga, no mira sólo si lo que ve le cuesta mucho, sino si es bueno, y cuando entra en comparaciones, pierde en todo y por todo la gente moderna, salvo pequeñísimas y contadas excepciones.

**Alaban, Francisco** (*Veintiundit*).—Picador va-

lenciano, bastante bravo, y á quien falta no poco arte. Monta bien y no tiene mala figura; tal vez con el tiempo llegue á adquirir un buen nombre, pero va muy despacio, tanto que ya alternó en Madrid por primera vez el 3 de Junio de 1883, y aunque se ha hecho notar, no es de los que tienen ya celebridad adquirida.

**Alaban, Ricardo**.—Picador de toros en novilladas que prometía ser algo, y después se ha vuelto atrás. No sabemos si es pariente de

**Alaban, Emilio**.—Que también se atrevía á picar novillos y aun toros de puntas. Este prometía ser menos que aquél, y ninguno de los dos ha llegado á la meta, á pesar de que llevan trabajando muy cerca de una docena de años.

**Alaban, Felipe**.—Tampoco nos consta si será pariente de los anteriores. Trájole á Madrid el desgraciado *Punteret* y trabajó como picador en 1886, portándose regularmente. Parécenos que los tres de este apellido, han nacido en la provincia de Valencia.

**Alagartado**.—En varios impresos de los primeros años del presente siglo, hemos leído, como calificativo de la pinta de un toro, la palabra precedente. Después no la hemos visto usada ni por escrito ni verbalmente en parte alguna. Suponemos fuese lo que hoy llamamos averdugado.

**Alagor, Juan**.—En 1848 trabajó como picador en la plaza de Sevilla y... nada más. O se dedicó á otro oficio por voluntad propia, ó dejó de ser torero por otras causas; así es que nadie se ha vuelto á acordar de él.

**Alamo, Diego del**.—A mediados del siglo pasado era uno de los toreros andaluces que mayor fama tenían en Madrid por su destreza y habilidad. Le pusieron el mote de *El Malagueño*, y trabajó en competencia con el célebre *Martincho*, que como es sabido, llevaba su arrojo hasta la imprudencia exagerada. Esto prueba que Alamo no le iría en zaga.

**Alamo, José** (*El Malagueño*).—Fué un matador de los más notables que en Madrid trabajaron en el último tercio del siglo anterior. Parece que fué

hijo del famoso Diego, y menos bullidor que éste, pero más seguro.

**Alamo, D. Manuel.**—Es uno de los más populares y entendidos escritores taurinos de Sevilla, que se dió á conocer en 1884 con el pseudónimo de *Paco Pica Poco*. Porque azota sin compasión á



los que tienen reputaciones usurpadas, creemos nosotros que *pica mucho y bien* y que su agudeza es inagotable, cuando se trata de zaherir. Muchos periódicos se han honrado con su firma, y las semblanzas de toreros y aficionados que publicó en Sevilla por los años de 1885 al 87, fueron tan celebradas que le dieron un nombre envidiable. Piensa lo que escribe y sabe lo que piensa, y en materias taurinas es una respetable autoridad.

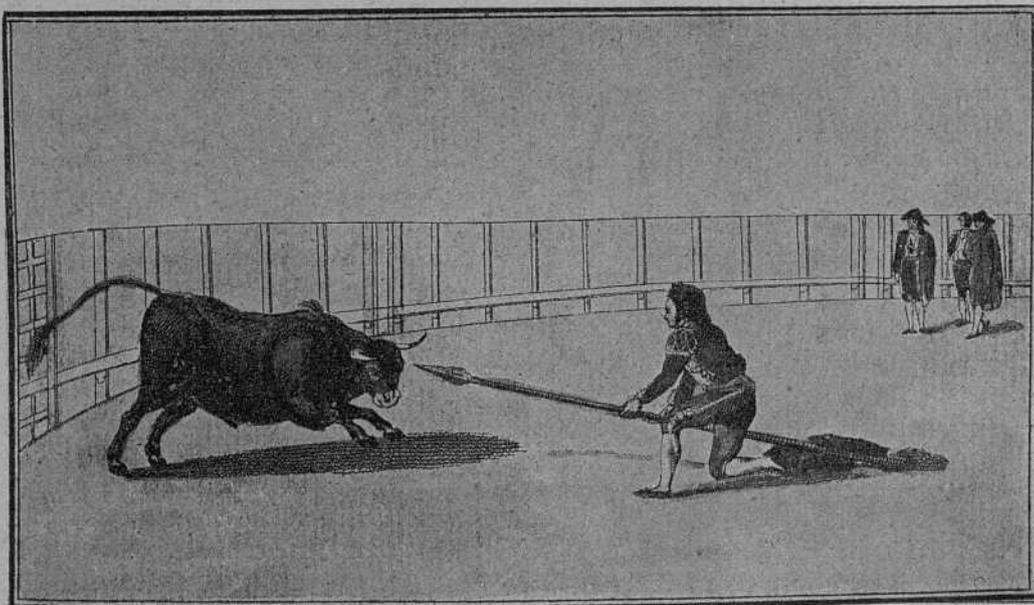
**Alancear.**—La suerte de alancear toros desde el caballo es tal vez la más antigua de las usadas por los caballeros españoles. Conviene los historiadores, aunque nosotros lo dudamos, en que el primero que lo verificó fué el célebre Cid Rodrigo de Vivar (1); unos dicen que en montería, y otros en coso cerrado, allá por el año de 1040. Todos saben que la más alta nobleza, entre la cual descollaron formando cabeza el emperador Carlos V y el rey Felipe IV, se ejercitó mucho en esta diversión tan arriesgada, para la cual se escribieron libros, conteniendo reglas muy extensas y precisas. Gonzalo Argote de Molina, en su libro de monte-

(1) Cuando el Cid entró en campo moro á alancear un toro, ¿no estaban ya verificándolo aquellos árabes? Además, ¿no queda comprobado en la introducción á esta obra, que desde antes del siglo VIII se lidiaban toros en España?

ría, que dicen mandó escribir el muy alto y muy poderoso rey D. Alonso de Castilla y de León, último de este nombre, y que impreso en Sevilla por Andrea Pescioni en el año de 1582 dirigió á la S. C. R. M. del rey D. Felipe II, trata extensamente en el capítulo 39 «de la forma que se ha de tener en dar á los toros lanzada», y la describe tan minuciosamente y con tal claridad, que, mejor que explicarla extractando su artículo, preferimos insertarle íntegro, seguros de que lo han de agradecer nuestros lectores. Dice así literalmente:—«Gran gentileza española es salir un caballero al coso contra un toro y derribarlo muerto de una lanzada, con tanta desenvoltura y aire como lo usaron en el Andalucía D. Pero Ponce de León, hijo del marqués de Zahara, y en Castilla don Diego Ramírez, caballero principal de Madrid, y como la usan hoy muchos caballeros, que por la confusión que causa el tratar de los presentes, lo reservo para otro lugar, donde ninguno se ofenda. Dos diferencias ponen en esta destreza: una llamada *rostro á rostro*, y otra dicen *al estribo*. Rostro á rostro es cuando la postura del caballero hace la herida en el toro en el lado izquierdo, por la disposición de la postura, que en tal caso sale el toro huyendo por la parte contraria de donde lo lastiman, haciendo fuerza el caballero en el toro, desviando los pechos de la puntería que el toro trae. Y á esta causa echa el toro por delante de su caballo, que es la suerte más peligrosa de todas las que se pueden ofrecer, y por esto la más estimada. La que se aguarda al estribo es sólo un movimiento de la postura del caballo y del caballero, que la venida que hace es sacar la cara del caballo de la del toro; de suerte que la fuerza que el caballero pone en la lanza, y la que el toro trae con su furia, hacen salir al toro por el lado derecho y el caballero por el izquierdo, desviándose el uno al otro, y á esta causa es la menos peligrosa. —La forma que el caballero ha de tener para dar lanzada, ha de ser salir en caballo crecido, fuerte de lomos, levantado por delante, flegmático, que no acuda á priesa á los piés; hale de traer cubiertos los oídos con algodón y puesto por los ojos un tafetán, cubierto con unos anteojos, porque no vea ni oiga.—Considerará la postura de los toros y los armamientos si son altos ó bajos, si hiere con el cuerno derecho ó con el izquierdo, si se desarma temprano ó tarde; todo lo cual se conocerá en dando el toro una vuelta al coso, porque al tomar un hombre ó recibir una capa, verá si desarma alto ó bajo, y con qué cuerno hiere, lo cual servirá para que conforme el toro hiriere y la postura que trujere el caballero, aguarde, y entonces el caballero lo aguardará conforme á la postura que el toro trae. Si el toro es levantado y se desarma bajo, porná la puntería de la lanza medio por medio del

gatillo, en la postura donde se ciñe el cintero de la foga. Y si se desarma alto, porná la puntería tres ó cuatro dedos por cima de la frente del toro, porque conforme á estas consideraciones no se puede errar la puntería.—La lanza será de ordinario de dieciocho palmos, de fresno baladí, seco y enjuto, y que sea tostada la mitad de ella, desde el puño á la punta, en un horno, dos días antes del día de la lanzada, porque esté tiesa y no blandee hasta que el toro esté bien herido y rompa más fácil, porque, á doblarse la lanza, podrá el toro hacer suerte en el caballo. Y el fierro della sea de navajas, de cuatro dedos de ancho, porque siendo de navajas, entra y sale cortando, lo que no hará siendo de ojo redondo. La puntería del fierro no ha de ser de filo, ni llano, sino que reconozca la punta del fierro, de suerte que cuando el toro entrare vaya haciendo corte para que la mano esté dulce y entre cortando más fácilmente, y llevará apuntado el lugar por donde la ha de tomar.—Cuando el caballero se va al toro ha de considerar si es viejo ó nuevo, si está cansado ó lozano, y conforme á esto ir metiendo el caballo, porque los toros viejos, en viendo ir el caballo, alzan la cara á reconocer el caballo y el caballero, y amenazan una y dos y tres y más veces, y acontece meter una mano y otra, reconociendo si el caballo le espera, escarbando y amenazando con ellas, y en el entretanto que el toro no tiende la barba, pegando como liebre las orejas con el cuerpo, esté seguro el caballero que no acometerá el toro; y en reconociendo que hace esto, apercíbese para recibillo; y si es nuevo, es más presto, y acontece reconocer y amenazar y amagar y partir, y el conocimiento desto ha de estar al ingenio y experien-

cia del caballero que fuere á torear, para que cuando el toro llegare lo halle apercibido.—En poniéndose el caballero en el circo que la gente tiene hecho al toro, váyase paso ante paso al toro y expóngale la capa, echándola por cima del hombro, y viendo que el toro le ha visto, que le reconoce, alce el brazo, echando el canto de la capa por cima del hombro, levantando la mano abierta por cima dél, á cuyo tiempo, el criado que allí ha de ir con la lanza al estribo derecho del caballero, se la porná en las manos alzando el brazo, con el cuerpo afirmado al pecho sin moverlo, hasta que el toro llegue á entregarse á la herida y haya rotpido su lanza, la cual no ha de soltar de la mano sin tenerla hecha pedazos, aunque el toro le saque de la silla».—No puede explicarse más atinada y distintamente el modo de alancear toros, según se practicaba en fines del siglo XVI, que como lo detalla el precioso artículo que acabamos de insertar, más que por hacer alarde de erudición, porque su antigüedad y el nombre de su autor le dan una autoridad, que indudablemente aumenta si se repara que de aquel libro es raro el ejemplar que se conserva. Ni pueden darse reglas más seguras para verificarla hoy, si estuviera en uso esta suerte, que no describen *Pepe Illo* ni Montes en sus *Tauromaquias*. Sólo hablan de la lanzada de á pie, que explican, diciendo: «que para ejecutarla debe usarse de una lanza, cuyo palo tenga de largo de tres y media á cuatro varas, y de grueso sobre tres pulgadas de diámetro, de una madera muy fuerte y que no salte ni sea quebradiza, debiendo ser el hierro de la lanza de un palmo de largo, con el grueso y ancho correspondientes». En el guadarnés de la plaza de toros de Madrid



LANZADA DE Á PIÉ. — 1804

se conserva una de estas lanzas, enmohecida ya, y que no sabemos quién sería el último que la usase. Pues bien, con una de estas lanzas se sitúa el diestro frente á la puerta del toril, á una distancia proporcionada, que calculan en unas seis varas; hincan en tierra la rodilla derecha, apoyan en un hoyo ó hueco, hecho de intento en el suelo, el regatón de la lanza, que queda colocada por delante á una altura de tres cuartas, poco más ó menos; espera la embestida, y observando la cabeza del toro antes del derrote por alto para guiar ó dirigir la punta á la frente del toro, éste se la clava en dicho punto, sin más esfuerzo que el de la fuerza y violencia que él mismo lleva al acometer. El torero deberá tener, además, para su defensa una capa, por si, no habiendo conseguido hacer la suerte, el toro le acomete. Es muy fácil, á nuestro juicio, que el toro, por humillar demasiado, por cubrirse, por repararse ó por cualquiera otra circunstancia, no deje consumir dicha suerte como queda explicado y dicen las Tauromaquias que hemos consultado; es también muy probable que por la posición natural de la lanza el animal desarme, sin que le baste al diestro ser forzado; y en estos casos, aunque Montes ni *Pepe Illo* nada dicen, nosotros aconsejaríamos que no se intentase repetir la suerte; que de hacerla, hubiese colocado un buen torero detrás del que la practicara, á una corta distancia y en la misma rectitud, para acudir pronto en cualquier evento; y además, que debajo de la lanza, en la parte del hierro, ó sea delante, se pusiese un capote ó muleta arrollada, para que al hacer por ella el toro, se clavase más fácilmente el hierro en la frente. Dicen que antiguamente era considerada esta suerte como de mucho mérito; y aunque no intentemos negársele, porque reconocemos que el que la ejecute ha de ser muy sereno y ver llegar los toros, damos más preferencia á la de á caballo, primeramente explicada, que nos parece más gallarda, de más habilidad, y capaz de producir mayor entusiasmo en los espectadores.

**Alanis, Miguel.**—Picador muy aceptado en Andalucía, que ha trabajado en la cuadrilla del diestro Manuel Domínguez. Castigaba bien, sin hacer grande alarde de sus facultades; alternó por primera vez en Madrid el 20 de Junio de 1861, y fué bien aceptado su trabajo.

**Alanis, José.**—Fué picador de poca duración á quien no recordamos haber visto en Madrid. En Sevilla trabajó en 1856. Tal vez sería hermano del anterior.

**Alanis, Anselmo.**—Banderillero andaluz que ha trabajado en diferentes plazas con aceptación hace bastantes años. No le hemos visto en Madrid, y no sabemos si es pariente del anterior, ni si se apartó del arte. Lo cierto es que de él no se habla en parte alguna.

**Alano.**—Los perros que se echaban á los toros cuando eran tan cobardes que no querían entrar á varas, eran de los alanos que llaman de presa en los mataderos, y de que ahora hay pocos, porque la raza española de esta clase de animales, corpulenta y fuerte, de gran cabeza, orejas caídas, nariz chata y cola larga, se ha mezclado ó se ha sustituido por la inglesa, más fina pero menos corpulenta; más fea y de menos fuerza. (Véase PERROS.)

**Alarcón, Alonso, (El Pocho).**—Fué uno de los mejores banderilleros que trabajaban á últimos del pasado siglo en la cuadrilla del célebre José Delgado, *Illo*. En 1792 figuraba al frente de las cuadrillas de invierno para las novilladas de Madrid, y mataba toros regularmente, alternando con él, Juan Núñez, *Sentimientos*, antes de la suspensión de las corridas en 1805.

**Alarcón, Juan (Mazzantinito).**—Valiente si los hay, atrevido como pocos, todo lo intenta y todo quiere hacerlo. Más despacio y con más reflexión se hacen los buenos banderilleros, y este chico tiene mucho adelantado para serlo, porque se le ve observar lo bueno para estudiarlo.

**Alarcón, D. Cristóbal.**—Esforzado caballero que en el Perú y en 1632, rejoneó toros en las fiestas reales celebradas con motivo del natalicio de un príncipe español.

**Albahío.**—Llaman así en Andalucía al toro cuya pinta es en general de un color blanco amarillento que no puede calificarse de jabonero. En Madrid, si no le llaman blanco sucio, se le dice ensabanao, y, sin embargo, nosotros aceptamos aquel nombre porque hace la debida distinción ó separación entre el blanco y el anteado. Así, pues, el *albahío* es un blanco pajizo limpio. No contiene esta voz el *Diccionario* de la Academia. D. Adolfo Castro, en el suyo, la define diciendo que «se aplica á la res vacuna de color rubio claro» y el ilustrado catedrático de veterinaria de la escuela de Madrid don Manuel Prieto y Prieto dice que en algunas provincias se conoce á las reses *alazanes* y sus variedades con el nombre de albahíos. Nunca hemos oído llamar alazan á ningún toro de lidia.

**Albano, Antonio.**—Matador de toros más moderno que los Palomos, pero que alternaba con ellos y con el célebre *Costillares*, allá por los años de 1760 en adelante, cuando las corridas se celebraban con más de un espada. En 1763 alternó en la plaza de Sevilla, el 22 de Abril con Miguel, Palomo y *Costillares*. Suponemos que no sería nulidad en el arte cuando figuró con gente tan acreditada.

**Albardado.**—El toro cuyo pelo, de distinto color al del resto de su cuerpo, forma una especie de albarda sobre su lomo. Entiéndase que aunque tengan dicha circunstancia, nunca se llaman albardados los berrendos ni sardos.

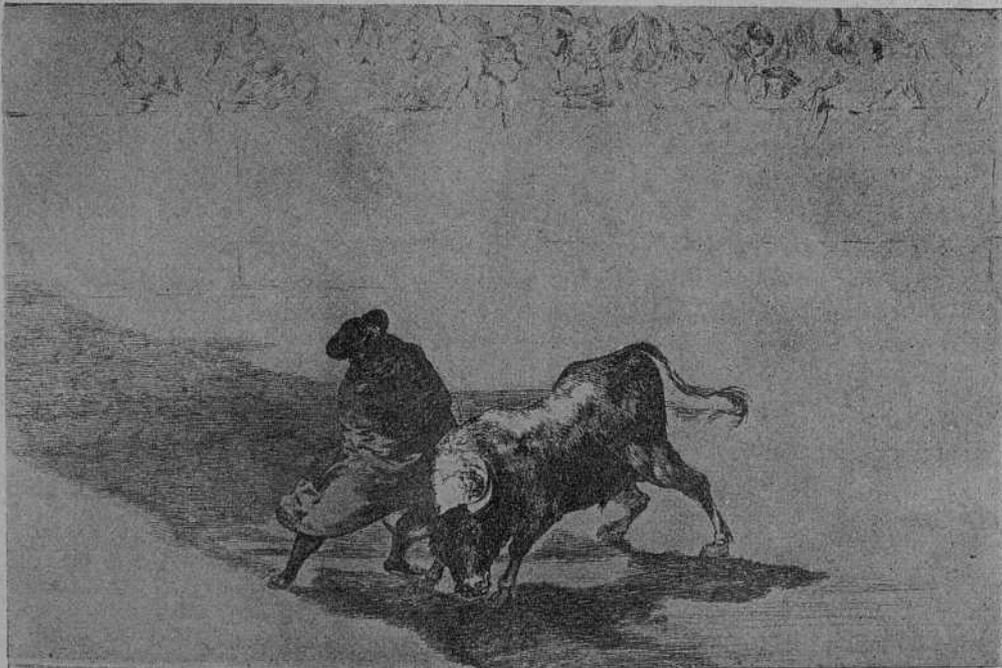
**Albareda, D. José Luis.**—Distinguido escritor y hombre público. Está considerado por la gente de la Andalucía como un aficionado inteligente de primera nota. Nosotros le hemos visto en Madrid el año 1851 matar un becerro en la plaza de la elegante sociedad taurómaca del Jardinillo, á petición de los concurrentes. Como escritor, llamó la atención su artículo sobre la fiesta de toros publicado á principios de 1877, en el periódico *El Campo*, y además otros que ha dado á luz sobre el mismo asunto. Hombre y escritor político de primera talla, nació en Sevilla en 20 de Mayo de 1829; ha llegado á los más altos puestos de la Nación y obtenido entre otras distinciones la Gran Cruz de Carlos III.

**Albarrán, Carlos** (*El Buñolero*).—¿Por qué no ha de ocupar un lugar en este libro el antiguo chulo que en Madrid lleva muchos años recogiendo la llave del toril? Aunque sus funciones están limitadas á la referida, fué cogido en el año de 1860 en la plaza vieja de Madrid, por un toro llamado *Tejón*, al tiempo que intentó subir al tendido núm. 5, hallándose entre barreras. Después no ha tenido más percance que el de aumentar sus años, que no son pocos.

**Alberca, Vizconde de.**—Donde quiera que en Portugal se organiza una corrida de toros para beneficencia, allí está el Vizconde dispuesto á rejoiner á caballo. No trabaja en funciones retribuidas y es una buena figura.

**Albito, Marqués de.**—Hace muchos años que no toma parte en corrida alguna. Cuando trabajaba en varias plazas de Portugal, que es donde nació y habita, llamaba extraordinariamente la atención de sus paisanos la elegancia y arte con que manejaba el capote, y la limpieza con que remataba las suertes.

**Alcaide, D. Bernardo.**—Vulgarmente conocido por el *Licenciado de Falces*, natural del pueblo titulado así en Navarra, fué muy diestro en el toreo especialmente en los cuarteos y recortes, sin des-



EL «LICENCIADO DE FALCES» RECORTANDO UN TORO.—GOYA

embozarse la capa. Con esta en la mano, ejecutó difíciles y muy lucidas suertes. Saltaba los toros en rápida carrera, con gran facilidad, pues poseía una asombrosa ligereza. Así lo dicen autores de aquellos tiempos unánimemente y el inmortal Goya contribuyó á perpetuar la fama del *Licenciado*, incluyéndole en su famosa colección de láminas del toreo.

**Alcañiz, Joaquín.**—Torero aragonés de poca práctica, que ya se atreve á matar toros en novilladas, no sabemos si bien ó mal. Pero, señor, ¡cuántos toreros hay en estos tiempos!

**Alcázar, Juan de.**—Fué un valiente matador de toros que alternó á fines del siglo anterior, con los Romeros en varias Plazas de España con buena reputación. Dicen algunos que era malagueño y otros cordobés, conviniendo los más en que era andaluz del primer punto citado, pero sin que nada ni nadie suministren datos auténticos sobre el particular.

**Alcoholado.**—La Academia dice que esta voz se aplica á las reses vacunas y otras que tienen el pelo ó cuero, al rededor de los ojos, más obscuro que lo demás. Sin embargo, la voz técnica en el toreo para las reses que tales señales tienen, es la de ojalao, á la cual, y á las de ojinegro y ojo de perdiz, remitimos al lector.

**Alcón Victoriano, (El Cabo).**—Ha sido un banderillero que, sin llamar por su trabajo extraordinariamente la atención, ha llenado la plaza, y en Madrid, de donde es natural, tiene simpatías. Su aprendizaje puede decirse que le hizo en la plaza de becerros de la sociedad que hubo en la corte en 1851, titulada *La Lid Taurómaca*. Ha trabajado con los mejores espadas de su tiempo, y alguna vez ha matado algún toro por cesión. Ha sido empleado público, dejando de ser torero; luego ha vuelto al oficio, figurando como banderillero en las funciones reales de 1878, y después se ha retirado del arte, al parecer definitivamente.

**Alcuzillo.**—Toro de la ganadería de Ibarra, de Sevilla, negro, bien puesto, lidiado en quinto lugar en Valencia el 24 de Julio de 1892. Cuando estaba en la suerte de banderillas saltó por la puerta de arrastradero, la rompió y encontrando ya fuera del ruedo y del callejón á varios alguaciles, al peperiodista señor Téllez y al picador Fuentes, mató el

caballo que éste montaba y volteó é hirió al escritor. Salió al patio, corneó á varios pencos que allí había, se marchó al corral donde había otros muertos, y allí le entretuvieron Mazzantini, que le lidiaba, y *El Espartero* que estaba como espectador en la corrida, hasta que, con auxilio de los cabestros, le enchiqueraron de nuevo y volvió á salir al ruedo mostrándose cada vez más bravo. La creencia de que el toro se dirigía por los pasillos á los tendidos, causó tal espanto, que la gente que ocupaba los de los números 9 y 11 se arrojó atropelladamente á la plaza, siendo pisoteadas y estrujadas en el desorden más de doscientas personas de ambos sexos, que por un milagro no sacaron más que contusiones de más ó menos importancia.

**Aldinegro.**—El toro que tiene negra la piel de medio cuerpo abajo en toda su longitud; pero esto no se entiende con los berrendos, sardos, jaboneros, ensabanados ni barrocos, aunque tengan aquella circunstancia. Ha de ser, pues, el toro retinto más ó menos claro, colorado ó cárdeno, para que con la dicha circunstancia podamos llamarle *aldinegro*; voz que no hemos encontrado en el *Diccionario* de la Academia ni en otros que hemos examinado, aunque es de las más comunes y usuales en tauromaquia.

**Alegrar (al toro).**—Es cuando hallándose parado y mirando al bulto no hace por él; y para evitar que se distraiga con otro y no acuda, se le llama



con alguna voz ó movimiento del cuerpo, *alegrándole*, ó sea excitándole á la acometida. Algunos

banderilleros tienen gracia especial para alegrar de frente á las reses, y cuando éstas se fijan y *alegran* presentan una lámina admirable por lo hermosa y arrogante, especialmente si son de buen trapío.

**Alegre, Eduardo.**—No basta ser lo que dice el apellido para atreverse á picar toros, pero este mozo lo ha creído suficiente, y ayudado por su valor, se ha lanzado con ánimos á la arena, hace poco tiempo. Ojalá llegue á donde otros llegaron, aunque mucho le falta.

**Alegrete, Marqués de.**—Por los años de 1730 y siguientes toreaba á caballo en Portugal este distinguido aficionado y buen escritor, que, según fama de aquel país, dejó á su muerte diferentes apuntes que indican sus grandes conocimientos en tauromaquia. Nuestras investigaciones han sido inútiles para conseguir alguno de dichos apuntes.

**Alenza, D. Leonardo.**—Nació en Madrid en 6 de Noviembre de 1807, y murió en 30 de Julio de 1845. Hijo de D. Valentín y de doña María Nieto, fué un distinguido pintor, académico de mérito de la de San Fernando, que sobresalió por su facilísimo dibujo y frescura de sus cuadros. La mayor parte de los que pintó de fiestas de toros se encuentran en Inglaterra, porque á él fueron encargados desde allí con grande empeño y pagándolos á buen precio. También pintó este acreditado artista un magnífico retrato del diestro Francisco Montes. Cuando falleció fué enterrado en el Cementerio general de la Puerta de Fuencarral á costa de muchos literatos y artistas que rindieron este postrer homenaje al esclarecido discípulo de D. Juan Rivera.

**Aleonado.**—A primeros de este siglo se usaba esa voz para marcar el color de la pinta de algún toro. Hoy se llama leonado el color rubio que tira á bermejo, de modo que aplicado á los toros es lo que entre la gente del arte taurino se dice colorado claro.

**Alfárez, Miguel.**—En 1865 trabajó en Portugal como caballero rejoneador y no consiguió escuchar aplausos. Allí, como aquí, hay que apretar mucho para distinguirse, y aunque todos deseen un

primer puesto, no se les concede tal honor sino á muy pocos. La fortuna entra por mucho en estos casos.

**Alfonso VI de Portugal.**—Cuenta la crónica que este rey hizo celebrar grandes corridas de toros en 1687, y que en ellas tomó parte á caballo, con gran lucimiento y aplauso. No nos maravilla que, dada su elevada jerarquía, los obtuviese muchos y prolongados.

**Algaba (Marqués de).**—Dicen de este elogiado jinete que fué el primero que, en competencia con D. Pedro de Médicis, usó garrocha para detener los toros en la lidia. Si esto es así, la época en que brilló debió ser la de la segunda mitad del siglo XV, porque en esta época ya se conocían en toda España las garrochas, y porque dicho Pedro, que heredó de su padre el cargo de gonfaloniero en Florencia, murió en 1472.

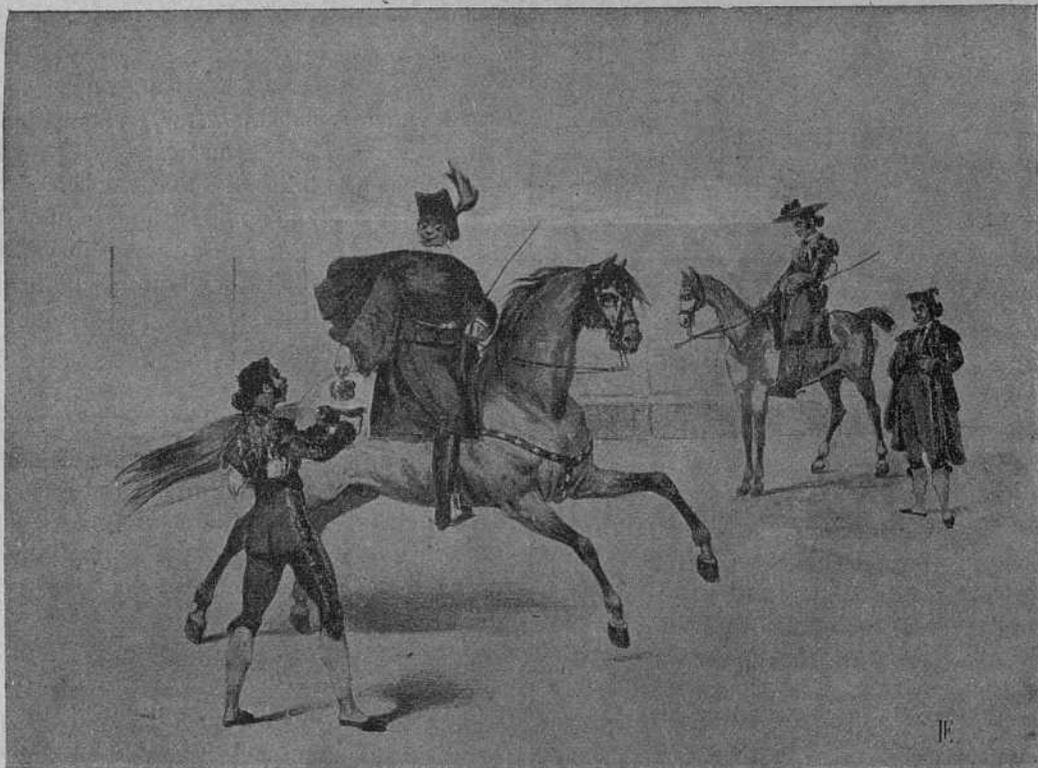
**Algarrada.**—Así llaman en algunos puntos de España á lo que comunmente se conoce por encierro de toros para lidiarlos después, y aun á las corridas de novillos en el campo, por jinetes perseguidores de ellos, con garrocha. Cada vez se usa menos la palabra.

**Alguacil.**—Dependiente de la autoridad que preside las funciones de toros. Hace á caballo el despejo de la plaza, va en busca de las cuadrillas de toreros, y entrega la llave de los chiqueros al chulo encargado de abrirlos; y á pie después, en la barrera, recibe del Presidente las órdenes, y las comunica á los diestros y encargados de cumplimentarlas. Es el único de los que pisan el redondel que conserva el uso del antiguo traje de su cargo, época del siglo XVII, pues todos los demás trajes han sufrido con el tiempo modificaciones. En las corridas ordinarias hay dos alguaciles; en las de beneficio cuatro, y en las fiestas reales los que en el artículo que de ellas habla verán nuestros lectores. Esto no es decir que porque en Madrid haya dicho número, suceda lo mismo en todas las provincias, en alguna de las cuales suele hacer el despejo únicamente la fuerza pública. Ha habido en la corte alguaciles de marcial continente al atravesar la plaza á caballo, y los viejos aficionados aun recuerdan al buen mozo y excelente jinete Manolito Olivares, al estirado Vázquez, y en los más inmediatos tiempos al formal Figueredo y al simpático caballero D. Nicolás Rivas, que

desempeñando el cargo de jefe de alguaciles en las funciones reales de 1878, cuando las bodas del Rey D. Alfonso XII con doña Mercedes de Orleans, fué alcanzado por el toro tercero de la tarde del 26 de Enero, viéndose amenazado de dos peligros, el de una cornada y el de caer sobre las lanzas de los alabarderos, sin que afortunadamente recibiese daño de consideración, pero sí el caballo que sufrió cornadas y pinchazos.

y con ignorancia del arte casi siempre. ¿Por qué no han de ir estos hombres por sus pasos contados? ¿Por qué no se sujetan á ser *meritorios* en una cuadrilla, al lado de la cual puedan aprender?

**Almazán, Marqués de.**—Era de los mejores brazos para alancear y rejonear toros en tiempo



ALGUACIL DANDO LA LLAVE DEL TORIL. — L. FERRANT

**Aller, Santiago.**—Banderillero que hace bastantes años trabajaba sin que se le viera adelantar. Su residencia era en Madrid; y otros toreros de peores condiciones han brillado más, valiendo menos. Falleció en esta Corte el año 1877 de enfermedad natural.

**Almansa, José.**—Pertenebió en clase de banderillero á la cuadrilla de *Costillares* en el siglo anterior. Uno de este mismo apellido fué luego banderillero con Antonio de los Santos á principios del presente siglo. Tal vez fuera el mismo individuo, pero no hay datos para afirmarlo.

**Almarcha, Sebastián** (*Armillita*).—Mata toros en novilladas de pueblo, con valor algunas veces,

de Felipe IV: y muy querido amigo del Conde Duque de Olivares.

**Almeida, Manuel Casimiro.**—Rejoneador portugués, fino, de buena presencia y diestro en el oficio, á juzgar por lo bien que se portó una vez que le vimos trabajar. Difilmente habrá muchos que le aventajen clavando farpas con más limpieza, serenidad y arrojo.

**Almeida, Luis d'.**—Uno de los más entendidos escritores taurinos que residen en la preciosa ciudad de Lisboa. Se distingue por su elegante frase y lo preciso del concepto, y se ve, en cuanto escribe, que es inteligente aficionado á las fiestas de toros.

**Almeida, Vasco Celestino d'.**—Mediano mozo de forcado portugués que no ha logrado aun adquirir fama. No hay en él decisión y los buenos deseos no son bastantes.

**Almeida, Egydio Luis d'.**—Desde muy corta edad y llevado de su gran afición á las corridas de toros, quiso tomar parte activa en ellas, y lo verificó en una becerrada, como banderillero, el 6 de Agosto de 1889, en Labrugerá (Almendralejo) con el gran rejoneador é hidalgo portugués don Antonio de Sigueira, sufriendo una gran cogida al ejecutar el quiebro, después de haberle intentado á porta de gallola. Continuó, con vario éxito, practicando el toreo en diferentes plazas de aquel reino, experimentando graves daños en su cuerpo, efecto de los bolazos recibidos: y esa práctica le ha hecho conocer los secretos del arte, que ha explicado perfectamente en los diferentes periódicos taurinos en que colabora, declarándose decidido defensor del toreo á la española, sobre cuyo extremo viene haciendo empeñada propaganda. Nació en



Lisboa (Campo Pequeño) el día 11 de Octubre de 1875, siendo sus padres D. Antonio Luis d'Almeida y doña Gertrudis Magna de Faria.

**Almendrito.**—Toro de la ganadería de D. Joaquín Pérez de la Concha, de Sevilla, lidiado en Antequera el 22 de Agosto de 1876, que tomó en regla el número prodigioso de cuarenta y tres varas, y su cabeza fué disecada y regalada al ganadero por la Empresa de aquella plaza.

**Almendro, Miguel.**—Banderillero aprovechado y valiente que ve llegar los toros y que puede figurar en primera línea. Corre por derecho, recorta más veces de lo necesario, y tiene conatos de ser matador; pero conoce él mismo, que no es dema-



siado apto para ello. Es natural de Carmona, pueblo de unas 15.000 almas en la provincia de Sevilla, donde nació el día 4 de Diciembre de 1859. Allí empezó el oficio de herrador y después en Sevilla el de albañil, sin seguir con empeño el uno ni el otro, porque siempre mostró más afición al de torero, y en 1881 ingresó de lleno en la cuadrilla de Fernando Gómez (*Gallito Chico*), á cuyo lado ha aprendido mucho. Pasó luego á la de Rafael Guerra, después á la de José García (*El Algabeño*), y se ven en él notables adelantos, y especialmente más aplomo y menos zaragata, por lo cual puede considerarse como buen banderillero, sin adornos, pero sin aptitud para estoquear; porque en las veces que lo ha ensayado no ha dado suficientes muestras de conocer á fondo tan difícil suerte.

**Almirante.**—Toro navarro, lidiado en Pasages en 1858 en la plaza principal. Aprovechando un descuido penetró en el portal de la Casa Ayuntamiento, y una tras otra subió las escaleras hasta el cuarto piso y se asomó al balcón. No causó daños personales, pero como no era posible hacerle bajar, allí fué muerto á balazos.

**Alonso, Manuel.**—Picador de vara larga en el último tercio del siglo anterior, del cual no tene-

mos más noticias que la de que figuraba entre los de primera línea, puesto que ganaba tanto como el que más, y sus ajustes los hacía directamente, sin dependencia de persona alguna.

**Alonso, Teresa.**—Mujer varonil que en 28 de Julio de 1811 se presentó en la plaza de Madrid á quebrar rejoncillos á caballo. Aunque después hemos visto muchas veces en mojigangas á otras... desgraciadas que han querido hacer lo mismo, conviene advertir que aquella montó con traje largo y en silla de señora un buen caballo, y sabido es que las últimas montan á horcajadas, ó sea como los hombres, y con traje de falda muy corta. Aquello, en determinados casos, puede tolerarse y hasta aplaudirse; la salida á la plaza de las últimas la prohibiríamos si en nuestra mano estuviera.

**Alonso, Antonio.**—En 20 de Agosto de 1876 actuó como picador en la plaza de toros de Sevilla, no sabemos si bien ó mal, pero sí que no adquirió fama, y que han pasado veinte años sin que de él se hable.

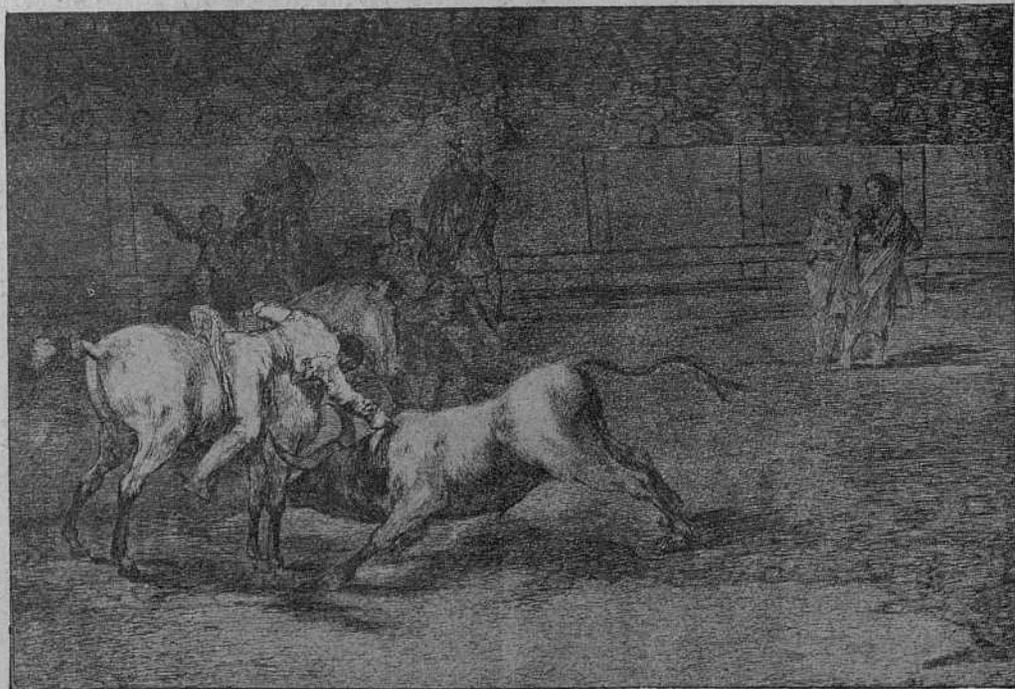
**Alonso, Manuel (El Castellano).**—Fué un notable diestro que aprendió mucho del célebre Pedro Romero, á cuyo lado trabajó algún tiempo. Dicen que en las célebres corridas verificadas en Madrid

en el año de 1779 con motivo de la jura del rey D. Carlos IV, cuando la famosa reyerta entre Romero, *Costillares* y *Pepe Illo*, sobre si los toros de lidia habian de ser castellanos ó no, Manolo *El Castellano* ayudó eficazmente á Romero; y además él solo capeó, banderilleó y mató un toro desde el caballo con espada.

El Conde de la Estrella, en su famosa Memoria dé 26 de Febrero de 1830, afirma que rara era la función en que Alonso no se lastimaba la mano, echando no poca sangre, por su blando cutis; por lo cual tuvo que retirarse de su profesión antes de tiempo. Tal vez esta última referencia haga relación á algún hijo de *El Castellano*, porque éste ya debía ser viejo en el año 1830 si es que vivía. En la tarde del 11 de Mayo de 1801 en que murió *Pepe Illo*, trabajó Alonso como banderillero, ganando 420 reales de vellón.

**Alonso, Manuel (El Garbancero).**—Uno de tantos picadores que creen que lo son porque se tienen á caballo y son valientes sin conocimiento alguno del arte. Hace más de treinta años que no hemos oido hablar de él.

**Alonso, Joaquín.**—Tampoco adquirió nombre como bueno este picador que alternó con Romero (*El Habanero*) en Sevilla en 8 de Septiembre de 1842.



**Alonso, Gregorio** (*El Toledano*).—«No es buen banderillero, y quiere matar toros... y los mata. ¿Cómo? Dios lo sabe, que le protege manifiestamente». Esto digimos en nuestra primera edición, y ahora añadimos que Alonso nació en La Sagra (Toledo) el 12 de Marzo de 1847; pareó en Madrid en 1880, y conociendo que no le llamaba su aptitud para la profesión de torero, se dedicó con empeño á la música, y después de estudiarla con bastante aprovechamiento, debutó como tenor de ópera en los Jardines del Buen Retiro.

Ha fallecido en 1891.

**Alonso, D. Ricardo**.—Su entusiasmo por las funciones de toros, le ha llevado al extremo de fundar en Madrid un periódico taurino, escribiendo en él con acierto y demostrando su afición al espectáculo. Es joven, de bríos y de esmerada educación; pero duro en el decir, lo cual le ha valido serios disgustos con más de un torero, que, por lances personales con Alonso, se ha sentado en el banquillo de los acusados. Parece que es partidario decidido de un diestro determinado, ó al menos ha manifestado por él claras simpatías.

**Alonso, Rafael** (*El Chato*).—Es un picador de buenas condiciones, pero desigual. Pone varas co-



mo un maestro, y á veces demuestra mala intención con las reses. ¿Por qué eso? Cuando hay com-

promiso de trabajar en público, se está obligado á cumplir bien y con voluntad, especialmente sabiendo como él sabe, y hallándose en la plenitud de sus facultades. Nació en Olvera, provincia de Cádiz, el 11 de Septiembre de 1862, en el cuartel de la Guardia civil, pues su padre D. Román Alonso Mayoral, era teniente del cuerpo y allí vivía con su madre D.<sup>a</sup> Casilda Bertoli. Empizó el oficio de cerrajero, sin afición á él, y protegido por el picador de toros Manuel Bastón, se dedicó al toreo, inaugurando su trabajo en novilladas de 1881, y ascendiendo después dentro de las cuadrillas de *Bocanegra*, *Gallo*, *Guerra*, *Espartero* y *Mazzantini*, en las que ha demostrado aplicación y valor. Ha estado en la Habana y en Montevideo y sufrido algunas cogidas importantes que no han debilitado su arrojo. Es de lo mejorcito que hay.

**Alternativa**.—Es la que da el primer espada á otro principiante, para que desde aquel momento, considerado éste como tal espada, pueda alternar con los demás de su clase. Generalmente se da á los banderilleros ya adelantados que como sobresalientes ó medias espadas han matado algunos toros y se les ha visto con disposición para ello. Es tradicional que la alternativa ha de darse precisamente en la plaza de Madrid, Sevilla ó de las ciudades en que haya Maestranza, como Ronda y Granada, pues si la recibe el diestro en plaza de segundo orden, no le sirve entonces la antigüedad sino desde que torea alternando en plaza de primera clase; y esto es lógico y aun necesario, porque si, por ejemplo, en Madrid y en Segovia toman dos matadores la alternativa en un mismo día, cuando toreen juntos en cualquier plaza, ¿cuál debe ser el primero?

Conviene advertir que desde que las Reales Maestranzas perdieron su importancia por no llenar cumplidamente el fin á que fueron creadas, y porque su organización no encaja en las nuevas instituciones, solo Madrid es el que ha sido reconocido, por ser capital de España, por su importancia superior á la de las demás provincias y por el mayor número de corridas de toros que en su gran plaza se celebran, como único competente para conferir el grado de doctor en tauromaquia; en términos de que, desde hace más de sesenta años no se contarán dos casos en que se haya respetado lo contrario. Todos los que en las plazas de provincias por importantes que sean han recibido la alternativa, han venido á Madrid á confirmarla sin réplica alguna, hasta que hace unos cuantos años suscitó la cuestión un espada sevillano, queriéndose anteponer á otro que se doctoró antes que él en esta corte. Hubo diferentes pareceres, sosteniendo los andaluces, en su mayoría, que la plaza de Sevilla era

lo mismo que la de Madrid para dar la antigüedad, y afirmando otros lo contrario, sin que la cuestión se resolviera, porque no puede resolverse mientras haya un espada que, sea donde quiera que haya tomado la alternativa, así sea en plaza de tercer orden, no se preste á ir detrás de otro. Se quedará sin trabajar, pero nadie puede obligarle á que lo haga por fuerza. Pero como medida general, como conveniencia para los interesados, es urgente que arreglen esas diferencias. Nuestra opinión es que debe sancionarse lo que viene acatándose *desde antes que nacieran* todos los que hoy son espadas, y que á semejanza de lo que pasa en las carreras universitarias, solo Madrid sea quien confiera el título de doctor en tauromaquia; que

venga colocado en último puesto; pero importa al mejor resultado de la fiesta, porque el ser contratado de primero ó segundo espada un diestro, en determinados puntos puede influir en la buena ó mala organización de las cuadrillas.

El acto de la alternativa se reduce á ceder el primer espada al nuevo el estoque y muleta para que mate en su lugar, y lo mismo hace algunas veces, no siempre, el segundo espada, si le hay. Ha ocurrido que un espada ha tomado la alternativa en plazas de segundo orden, y se le ha respetado; pero esto es un acto puramente voluntario, á que no todos están obligados. Ha habido también matadores que, después de tomar la alternativa, han vuelto á ser banderilleros, y de nuevo á



ALTERNATIVA DE «CURRITO» DADA POR SU PADRE. — ALAMINOS

en las universidades de provincia se obtiene la licenciatura pero no la borla del doctorado (1). ¿No quiere hacerse así? Pues allá, los señores matadores se las arreglen, que el público concederá como siempre sus favores á quien más valga, aunque

(1) El plan de estudios de 29 de Setiembre de 1874, que es el vigente, ordena que los estudios para el Doctorado se sigan solo en Madrid, y por consiguiente solo en Madrid se obtiene el grado. Si para cosa tan grande se observa ésto con rigor, ¿por qué, á semejanza, no ha de usarse en tauromaquia?

ser espadas; y más de uno y de dos han cedido su antigüedad á otro compañero más moderno. En este caso, debe tenerse entendido que, perdido el puesto para uno, se considera de igual modo para cuantos estén por delante de aquél, no para los que sean más noveles. También los picadores dan alternativa á los principiantes, aunque en esto se observa menos formalidad. A continuación damos la relación de la época en que los espadas del presente siglo, á quienes se puede llamar tales, tomaron su alternativa; trabajo en que hemos puesto esmerado cuidado para evitar en lo posible alguna equivocación.

| NOMBRES                      | Año<br>en que tomaron<br>alternativa | NOMBRES                        | Año<br>en que tomaron<br>alternativa |
|------------------------------|--------------------------------------|--------------------------------|--------------------------------------|
| Antonio de los Santos.....   | 1801                                 | Antonio Carmona.....           | 1863                                 |
| José Ulloa.....              | 1802                                 | Manuel Fuentes... ..           | 1864                                 |
| Agustín Aroca.....           | 1803                                 | Pedro Aixelá.....              | 1864                                 |
| Bartolomé Jiménez .....      | 1805                                 | Rafael Molina.....             | 1865                                 |
| Juan Núñez.....              | 1806                                 | Jacinto Machío.....            | 1865                                 |
| Antonio Ruiz.....            | 1809                                 | Francisco Arjona Reyes.....    | 1867                                 |
| Manuel Baden.....            | 1809                                 | Salvador Sánchez.....          | 1867                                 |
| Francisco González... ..     | 1815                                 | José Lara.....                 | 1869                                 |
| Juan Hidalgo.....            | 1815                                 | José Giráldez... ..            | 1869                                 |
| Francisco de los Santos..... | 1817                                 | José Machío.....               | 1870                                 |
| Antonio Baden.....           | 1817                                 | Angel Fernández.....           | 1872                                 |
| Juan Jiménez.....            | 1818                                 | Francisco Díaz.....            | 1872                                 |
| José Antonio Baden.....      | 1819                                 | Vicente García Villaverde..... | 1874                                 |
| Juan León.....               | 1820                                 | Manuel Hermosilla.....         | 1874                                 |
| Manuel Parra.....            | 1820                                 | José Cineo.....                | 1874                                 |
| José de los Santos.....      | 1825                                 | Gerardo Caballero.....         | 1874                                 |
| Pedro Sánchez.....           | 1825                                 | José Sánchez del Campo.. ..    | 1875                                 |
| Antonio Conde... ..          | 1826                                 | Felipe García.....             | 1876                                 |
| Roque Miranda.....           | 1828                                 | Angel Pastor.....              | 1876                                 |
| Manuel Lucas Blanco.....     | 1829                                 | José Martín.....               | 1878                                 |
| Francisco Montes .....       | 1831                                 | Juan Ruiz.....                 | 1879                                 |
| Rafael Pérez de Guzmán.....  | 1831                                 | Fernando Gómez.....            | 1880                                 |
| Juan Yust... ..              | 1832                                 | Manuel Molina.....             | 1880                                 |
| Mannel Romero... ..          | 1833                                 | Diego Prieto.....              | 1883                                 |
| Antonio Luque.....           | 1835                                 | Luis Mazzantini.....           | 1884                                 |
| Juan Pastor... ..            | 1839                                 | Valentín Martín.....           | 1885                                 |
| Francisco Arjona.....        | 1840                                 | Gabriel López.....             | 1885                                 |
| Isidro Santiago.....         | 1840                                 | Francisco Sánchez.....         | 1885                                 |
| Juan Martín.....             | 1840                                 | Antonio Ortega.....            | 1885                                 |
| José Redondo.....            | 1842                                 | Manuel García.....             | 1885                                 |
| Francisco Ezpeleta.....      | 1843                                 | Joaquín Sanz.....              | 1886                                 |
| Juan Lucas Blanco.....       | 1843                                 | José Centeno.....              | 1887                                 |
| Gaspar Díaz.....             | 1843                                 | Rafael Guerra... ..            | 1887                                 |
| Antonio del Río.....         | 1844                                 | Leandro Sánchez.....           | 1888                                 |
| Mannel Trigo.....            | 1845                                 | Julio Aparici.....             | 1889                                 |
| Julián Casas.....            | 1846                                 | Enrique Santos (2).....        | 1889                                 |
| Manuel Díaz.....             | 1847                                 | Carlos Borrego.....            | 1889                                 |
| Cayetano Sanz.....           | 1849                                 | Rafael Bejarano.....           | 1889                                 |
| Juan de Dios Domínguez.....  | 1850                                 | Ponciano Díaz.....             | 1889                                 |
| Manuel Jiménez.....          | 1851                                 | Antonio Moreno.....            | 1890                                 |
| Antonio Sánchez.....         | 1852                                 | Juan Jiménez.....              | 1890                                 |
| Manuel Domínguez (1).....    | 1852                                 | Antonio Arana.....             | 1890                                 |
| José Carmona.....            | 1853                                 | Francisco Bonal.....           | 1891                                 |
| Domingo Mendivil.....        | 1853                                 | José Rodríguez.....            | 1891                                 |
| Francisco Martín.....        | 1853                                 | Antonio Reverte.....           | 1891                                 |
| José Rodríguez.....          | 1853                                 | Enrique Vargas.....            | 1892                                 |
| Pedro Párraga.....           | 1854                                 | Antonio Fuentes.....           | 1893                                 |
| José Muñoz.....              | 1854                                 | Joaquín Navarro (3).....       | 1894                                 |
| Antonio Gil.....             | 1856                                 | Francisco González (4).....    | 1894                                 |
| José Ponce.....              | 1856                                 | Emilio Torres.....             | 1894                                 |
| Angel López.....             | 1858                                 | Miguel Báez.....               | 1894                                 |
| Gonzalo Mora.....            | 1860                                 | Juan Gómez de Lesaca.....      | 1895                                 |
| José Antonio Suárez... ..    | 1860                                 | José García.....               | 1895                                 |
| Manuel Carmona... ..         | 1861                                 | Nicanor Villa.....             | 1895                                 |

(1) Aunque este diestro, como algún otro de los aquí expresados, alternó con espadas de cartel muchos años antes de lo que va referido, le colocamos en este lugar porque los espadas que le anteceden han estoqueado delante de él. Igual regla observamos con todos.

(2) Este matador perdió voluntariamente su categoría, volviendo a ser novillero en 1896.

(3) Este diestro alternó con Rafael Bejarano, en Madrid el 3 de Marzo de 1894 en corrida extraordinaria, fuera de abono y sin formalidad de cesión de muleta y estoque.

(4) Idem, id., idem.

**Alvarado, N.**—Peruano, de piel tostada y crespo cabello, que torea allá en América con buena aceptación, y es contemporáneo y compañero de Angel Valdés, el negro matador que trabajó en España, presentándose en Madrid hace unos cuantos años.

**Alvarado, Alejandro.**—Cumple su cometido como banderillero y no se da mala maña corriendo toros. Necesita práctica, menos atolondramiento, más calma y más estudio. Es valiente de veras, pero se ha dedicado antes de tiempo á matar toros en novilladas, y aunque no carece de habilidad en el manejo del trapo, se nota en él la inexperiencia del principiante.

**Alvarez, Andrés.**—Principió á picar toros hace más de treinta años, adelantó poco, y eso que se agarraba bien con ellos. Pudo ser algo y no quiso; no tiene á quién culpar de que nadie haya vuelto á acordarse de él.

**Alvarez, Francisco.**—Natural de Sevilla. Trabajó como picador de tanda en el año de 1845 en la excelente cuadrilla de Francisco Montes. Nada podemos decir acerca de su mérito, porque le vimos pocas veces, pero cuando el gran maestro le llevaba consigo, algo vería en él.

**Alvarez, José.**—Agraciado y bien vestido, era un picador que adquirió simpatías en poco tiempo. Vino á trabajar con la cuadrilla de *Cúchares* á la Plaza de Madrid allá por los años cuarenta y tantos, en que resonaban los nombres de Trigo, Gallardo, Lerma (que es Ledesma), Romero y otros; y en honor de la verdad, no hizo mal papel al lado de ellos. En 1839 ya trabajaba en Andalucía al lado de Juan Gallardo.

**Alvarez, Manuel.**—Otro picador de regulares condiciones, que hace dos docenas de años parecía que iba á ser algo en su profesión, y después... desapareció de la escena sin dejar recuerdo alguno favorable, como tantos otros.

**Alvarez, Onofre.**—Picador basto que sabía castigar cuando quería y no siempre donde debía: duro para el trabajo, y de no escasa inteligencia en su arte. Era natural de Córdoba, donde vivía de ordinario, apreciado por los inteligentes de aquella ciudad, que no son pocos. Aunque era co-

nocido en España con el nombre antes mencionado, tenemos entendido que se llamaba Rafael Alvarez, y que era apodo el de Onofre. Siempre ha figurado en primera línea, y su jefe, el espada Antonio Carmona, le distinguía entre todos, á lo cual él correspondió no queriendo trabajar más que en su cuadrilla. Era de lo poco que quedaba y estaba ya retirado de su profesión, en la cual se dió á conocer en Madrid el día 24 de Junio de 1861. Ha fallecido en dicha ciudad de Córdoba el 2 de Septiembre de 1892.

**Alvarez Capra, D. Lorenzo.**—Joven y ya célebre arquitecto madrileño, que en unión del no menos entendido Rodríguez Ayuso, proyectaron, dirigieron y concluyeron en año y medio la magnífica y grandiosa Plaza de toros de Madrid, primera de España. Otras obras de distinta índole han colocado á este inteligente profesor á una altura á que pocos llegan; pero ciñéndonos al referido circo, puede asegurarse que en él han acreditado dichos señores buen gusto, gran conocimiento de su profesión, y un interés y celo poco comunes. Hasta cariño á su obra demostraron; tal es el entusiasmo con que Alvarez y Ayuso la concibieron y concluyeron con feliz éxito.

**Alvarez del Río, Joaquín.**—Si es que este chico continua toreando, debe ser ya un buen diestro, porque más de media docena de años para aprender á correr toros, bastan y sobran. Para banderillero ya es otra cosa, si ha de colocarse alto.

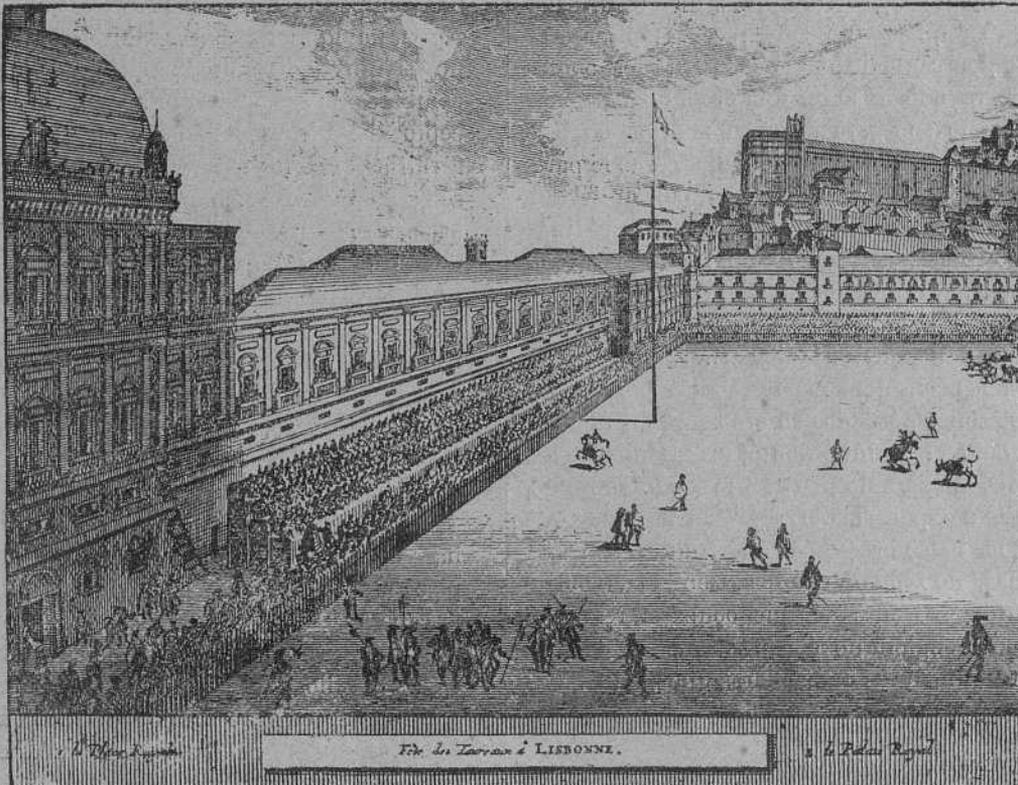
**Alvarez, Toribio (Potage).**—Sólo tenemos noticias de este picador de toros por un periódico de Madrid del 18 de Febrero de 1834, en que se anunció que estaba reunida la Comisión militar ejecutiva y permanente para ver y sentenciar la causa formada á dicho picador de toros, y á otros sujetos acusados de autores y encubridores de los desórdenes cometidos en la calle de la Cruz de Caravaca, la tarde del 27 de Octubre anterior, cuando el desarme de los batallones de voluntarios realistas. No sabemos, por consiguiente, nada acerca de su mérito y antecedentes.

**Alvarez Bueno, Juan (Chola).**—Se hizo buen ginete sirviendo en el ejército. Trocó después la lanza por la garrocha, y era un picador animoso y trabajador, que alguna vez formó parte de la cuadrilla del *Chiclanero*. Murió de un tiro en la frente en el año de 1856, cuando las jornadas de Julio

en la corte, hallándose cerca de la calle de Peligros, frente al café Suizo. Era natural de Manzanares, provincia de Ciudad Real, casado, y de treinta y siete años. Yacen sus restos en el cementerio de la sacramental de San Luis y San Ginés de Madrid, nicho número 9, galería sexta izquierda.

**Alvarez de Colmenar, D. Juan.**—En Amsterdam, imprenta de François l'Honoré et Fils, se dió á luz en el año de 1741 una obra, titulada *Annales de España y Portugal*, por D. Juan Alvarez de Colmenar, que no sabemos si con razón ó sin ella pone en muchas cosas como ropa de pascua á los españoles de entonces, en términos de que se duda si estará escrita efectivamente, como indica el nombre, por un español, ó si se adoptaría por algún extranjero como pseudónimo el que va expresado. Sea como quiera, y sabiendo que no hay más que en pocas bibliotecas algún ignorado ejemplar de dicha obra, que hubo un tiempo estuvo prohibida en España, hemos creído hacer un servicio á nuestros lectores dándoles á conocer cómo se celebraban las corridas de toros en el primer tercio del pasado siglo, ó al menos como las pinta dicho autor en el primer capítulo del tomo séptimo, que traducimos sin alterar el contexto.

Dice así:—«La fiesta de toros es la más grande y más magnífica diversión que hay en España. Todos los españoles la aman con locura, y no hay villa algo regular en todo el reino que no tenga una gran plaza pública destinada á esta clase de fiesta donde no se celebre una vez al año. Hasta los aldeanos corren toros á pie, lanza en mano, en los pueblos pequeños. Estas fiestas son de un gran aparato y de tan gran dispendio, que no se celebra ninguna en Madrid que cueste al Rey menos de cuarenta mil escudos. Voy á describir la forma en que se celebran en Madrid, y por ella se podrá juzgar de las que se verifican en las demás villas, porque no hay gran diferencia entre unas y otras. —Luego que el Rey ha resuelto ordenar la celebración de esta fiesta, se publica con dos ó tres días de anticipación. Se verifica en Madrid en la Plaza Mayor, y en Lisboa en la Plaza Real, ó en el Terreiro del Pazo, que está á un lado del palacio real, de tal modo que el rey de Portugal puede verla desde las ventanas de su palacio, y el rey de España se ve obligado á salir del suyo.—Hay un regocijo universal cuando esta fiesta se anuncia: todo es broma y algazara, y la víspera del día deseado, ó se pasea por la tarde en la plaza, ó se va á ver los preparativos de la función. Se oye por todas partes la música de diversos instrumentos, y aquel día está de tal suerte consagrado al júbi-



CORRIDA DE TOROS EN LA PLAZA REAL DE LISBOA

lo, que en él es permitido hacer chocarrerías y necedades que en otra ocasión acarrearían puñaladas.—Algunos días antes van á la Sierra de Andalucía, donde se hallan los toros salvajes más furiosos, y los cogen por estratagema. Hacen empalizadas á lo largo de los caminos, en una extensión de treinta á cuarenta leguas (1), y llevan las vacas adiestradas en esta faena, á las que llaman *mandarinas*, las meten entre los bueyes, los toros salvajes se les acercan, aquéllas les huyen, y éstos las persiguen, y de esta manera los atraen á las empalizadas preparadas y los conducen hasta Madrid. Algunas veces, al llegar, los toros que se ven burlados intentan retroceder por aquel camino y volverse á los bosques, para prevenir lo cual hombres bien montados y armados de medias picas los detienen y les obligan á seguir la ruta, no sin que alguna vez haya dejado de derramarse sangre.—Mientras se ocupan de esta caza, otros levantan una gran caballeriza, á que dan el nombre de toril, en medio de la plaza donde debe tener lugar el combate, haciéndola tan espaciosa, que sea capaz para treinta ó cuarenta toros.—Se les guía á esta caballeriza, muchas veces con trabajo, y se les hace entrar. Cuando ya han descansado, se les hace salir unos después de otros, y paisanos jóvenes, fuertes y robustos, llamados herradores, vienen, los cogen un par por los cuernos y otro por la cola, los marcan con un hierro hecho ascua y les cortan las orejas; todo lo que no se hace tan tranquilamente que alguna vez no cueste sangre (2).—Ya queda indicado que esta plaza está circuida por casas de cinco pisos, de los cuales cada uno va adornado de una clase de balcones, los cuales no son para sus propietarios en este día, sino que el rey dispone de ellos como le parece y los regala á quien quiere.—El balcón del rey está en el centro de uno de los costados; es más espacioso y más avanzado que los demás, todo dorado y con grandes cortinas, que cierra cuando no quiere ser visto, y cubierto con un dosel magnífico.—A la derecha del Rey están los balcones de todos los consejeros: se les conoce por sus armas ó blasones bordados en oro sobre los tapices. Al otro lado, el Ayuntamiento, los grandes de España y los magistrados, cada uno según su rango, colocados á expensas del rey y de la villa, que alquila los balcones.—Los embajadores de testas coronadas, de religión católica, tienen sus balcones frente por frente del que ocupa el rey; pero los de otra religión no tienen sitio señalado. El resto se alquila á los particulares que pagan hasta

veinte ó treinta doblones de oro.—Se enarena la plaza, se la cierra con altas barreras, y se levantan á los tres lados tablados á modo de anfiteatro, que llegan desde el nivel del suelo hasta el primer piso de balcones. Cada asiento de este tablado se alquila lo menos por un escudo: la villa cobra este producto para atender á los gastos de la fiesta.—Por la mañana se sueltan cinco ó seis toros á la plebe, que los corre á pie, lanza en mano, desde las diez hasta mediodía. Cerca de esta hora cada uno va á colocarse en su puesto, y todos los galanes españoles no dejan de ocupar hasta lo último su localidad, para hacer sitio cómodo á su dama, y presentarle algún obsequio comestible; y tal le habrá sin pan en su casa, que no tendrá reparo de empeñar todo su caudal por no faltar á su amor. Preciso es reconocer que esta fiesta es de la mayor magnificencia, y que es el más bello espectáculo que puede verse. Todos los cinco pisos de balcones, de todos los lados de la plaza, colgados de soberbios tapices, de terciopelos de diversos colores bordados de oro, ocupados por todo lo que hay de más bello, de más grande y de más consideración en España, y además los tablados cuajados de infinidad de gentes, presentan desde cualquier sitio un golpe de vista admirable. Las señoras en tal día se presentan al descubierto, ó sea sin los mantos con que de ordinario van tapadas; nada olvidan para ostentar el brillo de su belleza, y se adornan con lo mejor y más rico que poseen en oro y en pedrería.—Mas si la fiesta es bella y magnífica, hay que reconocer también que el asunto no es muy edificante, y que estos sangrientos combates no se conciertan muy bien con los preceptos del cristianismo. Por eso los Papas intentan abolirlas; pero los españoles, á quienes encantan, se oponen tan fuertemente, que nada les importa la prohibición; y se ha tomado el temperamento de reunir estos días las indulgencias de todas las iglesias, para aplicarlas por los que se exponen al peligro de ser muertos por los toros (1).—Los embajadores y personas de calidad, conducidos en soberbias carrozas, entran y dan la vuelta á la plaza antes de ir á ocupar sus balcones: muchos caballeros los acompañan, dan también vuelta, montando caballos ricamente enjaezados y saludando á las damas de distinción.—Luego que SS. MM. han entrado y tomado asiento, penetran en la plaza las tres compañías de guardias, llevando á la cabeza sus capitanes y tenientes, que son hombres de la primera nobleza, jinetes en los más preciosos caballos que pueden hallar, y mientras los guardias se colocan debajo del balcón del rey, aquéllos, con el bastón de mando en la mano, mar-

(1) Mucha empalizada nos parece.

(2) El autor incluyó en la fiesta de toros la de la *hierra*, como si ambas cosas, distintas entre sí, formasen un todo ó fuesen practicadas inmediatamente una de otra.

(1) ¿Será esto verdad?

chan al frente, y van de un lado á otro para comunicar las órdenes necesarias. Con ellos viene también el cuerpo de justicia, que, como los otros, da la vuelta, seguido de alguaciles ó sargentos, que son los encargados de prevenir cualquier desorden. Todos van á caballo, perfectamente montados.— Cuando concluyen estos preparativos, el rey hace señal con su pañuelo para que verifiquen lo que se llama el despejo de la plaza, es decir, echar de esta á la plebe que se baja al suelo y hacerla subir por las barreras. Una vez realizado, se riega la plaza por medio de una cincuentena de toneles de agua conducidos en carretas.— Los guardias se alinean muy unidos unos con otros, porque no hay barrera ni tablado en aquel lado, y cuando un toro viene á ellos, no les es permitido recular un paso; de modo que no tienen otro punto de apoyo ni más seguridad que la punta de sus alabardas enfiladas contra el furioso animal; y cuando matan alguno, es para beneficio de ellos.— Los toreadores ó caballeros que deben combatir con los toros, aparecen en seguida bien montados y seguidos de cuarenta á cincuenta espolistas, vestidos con su librea, portadores de los haces de rejonos, especie de lanza de madera muy frágil, de cuatro á cinco pies de longitud, con un largo hierro en la punta; saludan á SS. MM. y á toda la concurrencia, piden al rey permiso para combatir, y cuando le han recibido, se separan, cada uno va á saludar á las señoras de su amistad, y empieza entonces un ruido de trompetas, cuyos sonidos resuenan por todas partes.— Para tener el honor de combatir con los toros á caballo, es preciso ser caballero de sangre y conocido por tal. Los plebeyos pueden también combatir, pero es preciso que esto sea á pie. El rey da la llave del toril á su primer ministro, el cual la arroja á un alguacil que va á abrir la puerta por que ha de salir el toro á la plaza. Tras de la puerta hay una fuerte escala por la que sube hasta el techo el que la abre, con el fin de salvar su vida, porque si el animal se revuelve con su instinto y coge al hombre detrás de ella, puede matarle si le alcanza.— El alguacil se retira al galope; y como no le es permitido defenderse, todo su recurso es la ligereza del caballo, y todavía corre gran riesgo, porque el toro es tan ligero como el caballo y se le tiene por más firme. Se le ve corriendo y bramando por la plaza, despide por la nariz denso vapor, los peones le excitan con sus gritos y silbidos, y los hombres que han entrado para luchar á pie, acaban por rendirle arrojándole flechas y pequeños venablos puntiagudos guarnecidos de papel cortado (1).— Los caballeros no

combaten todos á la vez, y cuando el primero se acerca, los demás se retiran, pero sin traspasar la barrera, y no luchan hasta que el animal se viene á ellos. El que empeña el combate no debe servirse de otra cosa que de sus lanzas ó rejonos, sin permitírsele tomar la espada ó sable hasta que ha recibido de parte del toro algún daño, ó desventaja, que es lo que llaman *empeño*, como por ejemplo, cuando el toro ha herido al caballero ó al caballo, ó le ha hecho caer el sombrero ó la capa, que entonces tiene empeñado su honor en vengar esta afrenta y puede tirar de la espada.— La destreza en este combate consiste en saber guiar el rejón ó lanza tan derechamente sobre el toro, que el hierro quede clavado en su carne y el tronco en la mano del caballero. El modo de luchar con éxito es marchar al paso del caballo, y ya enfrente de aquél, plantarle el rejón en el cerviguillo, y en seguida de dar el golpe desviándole, salir picando incesante y doblemente para pasarse atrás del toro, á fin de que el animal no se vuelva á tiempo. Los que combaten con espada hacen alarde de su destreza colocándola de frente por entre los dos cuernos, lo cual es un golpe mortal, y la fiera cae al instante por tierra.— Luego que alguno ha hecho esta suerte, óyense por todas partes las aclamaciones de ¡Vitor! ¡Vitor! y el que la ha ejecutado gana el premio. Pero esto no sucede siempre sin que haya algún muerto ó herido, ó á lo menos sin pérdida de algún caballo.— Luego que el toro ha muerto, el populacho acude á darle golpes, y los alguaciles le hacen sacar fuera de las barreras, tirado por mulas lujosamente engalanadas, que son guiadas con ramales de seda.— La fiesta dura tres ó cuatro días, y en cada uno se corren de ordinario de quince á veinte toros. Cuando un toro resiste mucho tiempo, ó se le hace reemplazar por otro, ó se le hace luchar con alanos, que es un espectáculo muy divertido.— Estos perros son pequeños, pero fuertes, de tal modo encarnizados, que no sueltan jamás su presa; algunas veces los toros los enganchan con sus cuernos y les hacen volar por el aire, pero vuelven á la carga con más furia, y le acometen de todos modos, ya subiéndose sobre el lomo, ya despedazándole las orejas, ó principalmente agarrándosele al hocico.— De los combatientes á pie, unos tienen una especie de media pica, de madera muy fuerte y maciza, y el hierro ancho y largo á proporción: se colocan al encuentro del toro rodilla en tierra, y cuando el golpe le hiere, se tiran prontamente al suelo y le arrojan la capa, sombrero ó cosa semejante á la cabeza, á fin de entretenerle y de tener tiempo de esquivarle. Puede también hacerse sin eso, porque el animal cierra los ojos siempre que va á herir con los cuernos; pero se necesita mucha destreza y presencia de animo. Otros son demasiado atre-

(1) Banderillas ó rehiletos que llamamos ahora, y arpones entonces.

vidos para plantarle un puñal entre los dos cuernos al tiempo que pasa por su costado, y otros son tan listos que saltan sobre el espinazo, se sostienen á horcajadas, y le sujetan por los cuernos, á pesar de toda su furia. En fin, siempre sucede algo en esta clase de espectáculo que divierte al mundo, pero es casi imposible que termine sin la muerte de alguna persona. Sin embargo, los españoles están tan acostumbrados, que no encuentran bella la fiesta si no se ha derramado sangre.»—Aparte de las exageradas apreciaciones que el autor hace en el artículo que va copiado, respecto de nuestra fiesta nacional, le encontramos de suma utilidad para el objeto á que esta obra se dirige, y prueba clara y terminantemente que las suertes que hoy conocemos ya se practicaban hace ciento cincuenta años con mayor ó menor perfección, pero con la misma valentía y arrojo que siempre han demostrado los españoles.

**Alvarez, Antonio** (*El Comerciante*).—Novillero aprovechadito que, al frente de cuadrillas varias, recorre los pueblos matando toros de todas clases y edades. Se advierten en él aptitudes para el toreo y buenas condiciones físicas, que podría utilizar ingresando en cuadrillas de primer orden. Nació en Utrera hará unos veinticinco años, es hijo de José y de Rosario Ariza, estudió en su primera edad hasta hacer oposición para el ingreso en el cuerpo de Condestables, en el que no entró por haberse suspendido la convocatoria de Real orden. Entonces se dedicó al comercio en casas respetables de Jerez y Sevilla, y en 1886 al toreo, por el que siempre demostró gran inclinación, capeando por los pueblos andaluces y estoqueando por primera vez en Cazalla de la Sierra. Luego le admitió *Centeno* en su cuadrilla como banderillero y sobresaliente, y ha alternado en Sevilla con *Jarana* y *Quinito*, después de haberlo hecho con *Baez* (*El Libro*), sin haber tenido heridas de consideración, hasta el día 4 de Junio de 1896 en que sufrió una muy grave que puso en peligro su existencia en la Plaza de Madrid.

**Alvarez, Nicolás**.—Peón de lidia que antes de darse á conocer tuvo la desgracia de ser cogido y lanzado al aire por un toro en la plaza de Bagatelle en Avignón (Francia), el día 14 de Mayo de 1894. Tan grande fué el porrazo en la caída, que falleció á las tres horas de ser cogido y herido en el periné, con una gran cornada, por un toro de aquel país, corrido ya infinitas veces. El día 16 fué conducido el cadáver desde el Hospital á la parroquia del Carmen y de allí al cementerio, acompañado primero de la banda de música «La

Filarmónica,» luego el féretro á hombros de sus compañeros y cubierto con el capote de lujo y con muchas flores; y después su mujer y su hermana presidiendo á más de quinientas personas, cerrando la comitiva un carro fúnebre con muchas coronas de flores y cintas de los colores nacionales, franceses y españoles. *Circunstancia importantísima:* Alvarez tomó sus nombres referidos en España, donde vivió por espacio de dieciocho años, pero su nombre verdadero, el de pila, era el de NICOLÁS MALET, y había nacido en Marsella en 1870 de padres españoles.

**Alvarez, Enrique** (*Morenito*).—En las filas toreras han formado más *Morenos*, *Morenillos* y *Morenitos*, que Bejaranos en las cordobesas, que es cuanto puede decirse. Este banderillero pareo bien y no es cobarde, pero...

**Alvarez, Manuel**.—Picador en novilladas que dicen es muy voluntario.—¿Nada más? Pues algo más se necesita para llegar á adquirir honra y provecho.

**Alvarez, Leopoldo**.—Fué uno de los picadores que inauguraron la plaza nueva del puente de Vallecas, Madrid, el 29 de Septiembre de 1884. No sabemos que ha sido de él desde entonces. ¿Se habrá dedicado á otro oficio, ó habrá marchado al nuevo mundo?

**Alvarez, José** (*Guadalajara*).—No se da mala maña para correr toros por derecho, y ha toreado con buen éxito, poniendo banderillas y hasta matando reses por los pueblos. Ha podido ser más de lo que es, pero no se ha aplicado, y cuando quiere hacerlo, le cuesta más trabajo que si lo hubiera intentado desde que principió á trabajar.

**Amado, Francisco**.—Ha dejado un buen nombre en Portugal, como mozo de forcado valiente, y muy buen compañero en las *pegas*. Empezó en 1878.

**Amado, Miguel** (*Salao*).—Sevillano de nacimiento fué llevado á Lisboa á la edad de tres años. Por aquello de que está en la masa de la sangre española la afición á los toros, en cuanto le fué posible se dedicó al arte taurino, y en 1887 empezó como banderillero; es regularcito, y si continúa adelantando como hasta ahora, puede prometerse la afi-

ción portuguesa la posesión de un buen torero, según todos los indicios.

**Amago.**—El acto de arrancarse el banderillero ó espada á clavar sus armas, y en vez de colocarlas en el toro, dan en el aire ó sea en vago, por no medir las distancias, salirse de ellas, y sobre todo *por no ver* lo que hacen. Puede suceder también, y para este caso es más propia la palabra, que tanto el banderillero como el espada, amaguen y no claven por mala colocación, ó porque el toro les pise su terreno, en cuyo caso es de mérito el huir la cabezada.

**Amallo y Manget, D. Francisco.**—Entusiasta defensor de las corridas de toros; escritor público, que en fáciles y sonoros versos ha pintado con notable verdad las diferentes suertes de la lidia más en uso actualmente; colaborador en varios periódicos taurinos, y distinguido pintor de historia. Es decir, que ha puesto su inteligencia como artista y escritor al servicio de la fiesta nacional española, y por ello, como otros muchos, merece figurar su nombre honrando nuestro Diccionario. Nació en Madrid el 20 de Febrero de 1849; hizo su carrera en la escuela especial de pintura y escultura de la corte, siendo sus maestros en perspectiva D. Pablo Gonzalvo y en paisaje D. Carlos Häes, y figuró en diversos certámenes artísticos y Exposiciones de Bellas Artes, alcanzando más de una vez medalla de premio, accesit y menciones honoríficas. Son muchos los asuntos taurómacos que á su pincel se deben, y prolijo sería enumerarlos; pero de los que nosotros hemos visto, nos han parecido de un mérito especialísimo dos cogidas de *Lagartijo*, la de *Frasuelo* en 1877, y la de Manuel Lagares, y el grabado al agua fuerte del toro *Barbudo*, que causó la muerte á *Pepe Ilo*. Estos y otros muchos cuadros de este autor son de gran aprecio, porque, además del mérito que en sí tienen como obras de arte, reúnen la circunstancia de que, comprendidas las suertes del toreo por aficionado tan inteligente, ni cambia, como alguno, la colocación de los lidiadores, ni pinta las suertes más que como son y deben ser lo cual da á sus cuadros gran verdad. Es artista demasiado modesto, y los elogios que los grandes maestros de pintura y escultura han hecho de él en diferentes ocasiones, sólo han servido para animarle á continuar sus trabajos, pero no para exhibirse más, ó al menos sus obras, que pueden alternar dignamente en sitios de preferente orden.

**Amaré, Teodoro.**—Picador de toros, natural de Tortosa, que, llevado de su afición, picó por pri-

mera vez en la plaza de Sabadell, el día 4 de Septiembre de 1884, figurando después en casi todas las corridas que se han celebrado en Barcelona, de donde marchó á Venezuela en 1889 regresando al siguiente año. Es valiente, monta bien y castiga donde debe; pero se precipita damasiado al entrar en suerte, y este es un defecto que le desluce. Ha sido aplaudido en varias plazas de España y puede llegar á ser un buen diestro á caballo, si se fija bien en lo que hace y en lo que debe hacer: como hemos dicho, nació en Tortosa el 29 de Septiembre de 1863.

**Amaya, José.**—Picador de escaso nombre que antes de 1840 trabajaba en algunas plazas de Andalucía. Es posible que ya no exista en el mundo.

**Ambar, Francisco** (*El Negrillo*).—Uno de los principales lidiadores en mojiganga que tomaban parte en las fiestas de toros á fines del siglo pasado. Era un *Antoñeja* ó cosa parecida, pero muy bravo y arriesgado, y tanto le daba picar en burros, como banderillar en cestos.

**Amérigo y Morales, D. Ramón.**—Pintor de historia que nació en Alicante en los primeros años del siglo, y estudió la pintura en dicha población y Valencia, terminando su educación artística en Florencia y Génova.

Dibujó con singular maestría una cacería del toro que fué litografiada en la famosa colección que dirigió D. José Madrazo.

**Amicis, Edmundo de.**—Notable escritor italiano que publicó en Florencia, hace algunos años, un precioso libro titulado «España» en que describe con galanura y exactitud las costumbres de nuestro país. Le incluimos en nuestra obra porque, contra la manía de los extranjeros, juzga sin apasionamiento y con cierta imparcialidad nuestras corridas de toros, de las que hace una magnífica y entusiasta descripción. Nació en Oneglia en 21 de Octubre de 1846, fué militar en la guerra con Austria, y después de serlo cinco años, se dedicó con buen éxito al cultivo de las letras.

**Amisan, Antonio** (*Villanueva*).—Trabajó en Sevilla, como picador, el día 17 de Diciembre de 1820; no debió ser grande su fama cuando ha durado tan poco que nadie de los de aquellos tiempos se ha acordado de él.

**Amisas ó Misas, Juan.**—Notable picador de vara larga en fines del segundo tercio del pasado siglo. Se distinguía por su pericia como jinete; cualidad que poseía en tan alto grado, que dicen le igualaban poquíssimos de su época. Fué padre de

**Amisas ó Misas, Juan.**—Uno de los mejores picadores que tuvo en su cuadrilla el desgraciado *Pepe Illo*. A la muerte de éste trabajó en unión de Corchado y otros de fama, pertenecientes á las cuadrillas de Agustín Aroca y Juan Núñez (*Sentimientos*) hasta después del año 1808. Su residencia y naturaleza fué Sevilla, y trabajó en Madrid por primera vez el día 25 de Junio de 1804. Dicen que murió desnucado en la corrida de 1.º de Julio de 1811. No hemos encontrado comprobación de este particular.

**Amonte, Juan.**—Parcheador y banderillero muy buscado en las cuadrillas más principales que trabajaban en las mejores plazas á mediados del siglo pasado. Fué compañero del renombrado Apinani.

**Amoraga, Miguel** (*El Palmeño*).—Picador de vara larga en el último tercio del siglo anterior, que, como todos, según costumbre entonces, se ajustaba ó contrataba por sí, con independencia de las cuadrillas de á pié ó jefes de estas. Trabajó con los Romeros.

**Amosquilado.**—Cuando las reses fatigadas de las moscas, meten la cabeza entre las carrascas y retamas para defenderse de aquellas. Mas de un *pajazo* en los ojos debe su origen á lo antedicho, y ¡cuántos toros han quedado *reparados* de la vista ó tuertos por dicho motivo!

**Amusgar.**—Entre la gente de campo se dice con frecuencia que un toro se amusgó, cuando ha echado las orejas hacia atrás en ademán de querer embestir. Entonces los vaqueros se guardan de él y procuran cercarle con los cabestros, ó si pueden, apartarle de la piara.

**Amzalache, Juan.**—Probó en su país á ser banderillero en 1875, no sirvió para ello y se retiró; y retirado vive en Portugal donde nació. ¡Cuántos debieran hacer lo mismo á tiempo y se evitarían daños y disgustos!

**Anatomía.**—A nada conduciría dar en este libro una descripción anatómica del toro, pues que realmente las suertes de la lidia no dependen de la estructura ó conformación del animal. Sin embargo, parécenos que no estaría de más, antes bien pudiera servir de mucho á los toreros, conocer bien la forma exterior é interior del toro, no científicamente, pero sí de una manera práctica, que podrían ver en los mataderos, y con ello conseguirían saber si el estoque entraba en sitio que forzosamente había de producir muy pronto la muerte, ó si ésta sería más lenta y tardía, con otros mayores conocimientos que no pueden ponerse en duda. Hoy son pocos los espadas que saben dar, como último recurso, un golletazo que casi instantáneamente acabe con la res, y es porque ignoran que después de las siete vértebras cervicales, la última de las que se llama proeminente, empiezan las llamadas dorsales, que es el punto que forma la base de la *cruz* ó parte superior ó alta de las reses; y que dentro de esta parte, digámoslo así para mejor inteligencia, hay una cavidad que la ciencia llama *torácica*, formando una especie de cono truncado, anterior y posteriormente y aplanado por sus partes laterales, cuya dirección es oblicua de arriba á abajo y de adelante á atrás. Claro es que si una estocada penetra en lo alto de las primeras vértebras dorsales ó de las últimas cervicales, causará, si es honda y recta, la muerte inmediata del toro, porque dicha cavidad encierra los principales órganos de la respiración y circulación; pero también es evidente que si el estoque ha entrado en dicho sitio ladeado y cruzado, habrá solamente herido las partes laterales del torax, al paso que si ha penetrado por el costado del cuello, delante del omoplato y cerca de la depresión llamada *cuello* de la escápula en línea algo oblicua, pero no mucho, habrá cortado la respiración al animal, porque la sangre se le agolpará al aparato respiratorio y arrojándola á caño—no á golpes interrumpidos, entiéndase bien—concluirá su vida inmediatamente, como que habrá atravesado la parte posterior ó torácica del esófago, penetrando en el abdomen y tal vez en la escotadura del hígado, ó bien habrá cortado uno de los dos troncos de la arteria pulmonal, que desde el ventrículo derecho del corazón llegan hasta el origen de los bronquios. Parecerá pretenciosa la idea de explicar estos ligerísimos apuntes de veterinaria, que con el temor de equivocarnos, porque somos enteramente profanos á la dicha profesión, nos hemos atrevido á exponer, consultando alguna obra de texto; pero el deseo de completar este libro hasta donde alcance nuestra voluntad, ha sido el móvil que nos ha guiado, y más aun la convicción que abrigamos de la inmensa utilidad que á los diestros produ-

ciría el conocimiento práctico de la estructura de las reses.

**Anaya, Francisco** (*Cangao*).—Era un picador que no pasaba de regular. No era cobarde; pero tardó tanto en adelantar y distinguirse, que á pesar de haber empezado á picar en 1869, y de tomar alternativa en 14 de Septiembre de 1879, no conquistó un buen nombre. Víctima de una conmoción visceral, sufrida en la plaza de Madrid en el mes de Agosto de 1891, falleció en los primeros días de Septiembre siguiente en el Hospital provincial.

**Andera, José.**—Picador conocido en Madrid por el apodo de *Pepe el Serrador*. Era un mozo, hace muchos años, de gran poder y facultades. Trabajaba con voluntad, acompañada de poca inteligencia, y el cuerpo pagaba lo que la cabeza no precavía. Con tantos porrazos parece imposible que viviera tantos años.

**Andanada**—Llámase así en las plazas de toros el local destinado á los palcos por asientos. En la acepción castiza de la palabra significa una muy distinta, y sólo se dice andana al orden de lo que está puesto en línea, por ejemplo, á las filas de ventanas ó balcones de una casa. Debiera, pues, decirse andana, y no andanada, como el uso ha autorizado.

**Andrés, Baltasar** (*Saro*).—Dicen que mata toros en novilladas. No le hemos visto ni oído nada acerca de su mérito. Suena por ahí su nombre, aunque no tanto como él quisiera.

**Angel, Francisco.**—Picador de toros, que algunas veces trabajó con las cuadrillas del célebre Francisco Arjona Herrera (*Cúchares*). Era natural de Utrera, y su mérito no de lo más sobresaliente de la clase.

**Aniceto, Toribio.**—Picador novillero, que trabajaba en Madrid alguna vez por los años de 1824 al 28 en la cuadrilla de Manuel Parra. No echó raíces en el toreo.

**Anillo.**—Especie de circulo ó rodete que se marca en la parte inferior del cuerno del toro, y por el

cual se puede conocer la edad que tenga el mismo. (Véase la palabra *TORO*). Suelen algunos revisteros llamar anillo al redondel ó suelo de las plazas, sobre el cual se verifica la lidia, ó sea el que circunda la barrera.

**Antas, Fernando.**—Entre los nombres de los más aventajados lidiadores portugueses figura el de este torero, que, según dicen, sabe tanto teórica como prácticamente. No consta si la lidia á que se ha dedicado era á caballo ó á pie.

**Antolín, Manuel.**—¡Cuánto valdría este chico, como peón de lidia, si el mal ejemplo no le hubiese enseñado á recortar con el capote á los toros



constantemente! Sabe mucho de banderillero, y no hay que enseñarle qué debe hacer con las reses, porque las conoce. Parece modesto y poco pretencioso.

**Antolín, José.**—Hermano de Manuel y de Salvador. Según dicen es un banderillero que promete, aunque empieza ahora y poco puede decirse con fundamento acerca de lo que será.

**Antolín, Salvador.**—En el mismo caso se encuentra este chico, que parece de ánimo sereno y valeroso. Allá veremos.

**Antón, Mariano.**—Hijo de D. Ignacio Antón y de D.<sup>a</sup> Juana Núñez. Nació en el Real Sitio de San Ildefonso el día 5 de Octubre de 1828. Dedicado en sus primeros años de adolescente al oficio, muy común en aquel pueblo, de fabricación de vidrio y cristalería, vino á Madrid al cumplir diez y ocho años de edad, con motivo de la quinta. Reunióse con varios jóvenes aficionados al toreo, y un día de broma llevaronle á una corrida de becerros que se celebró en el inmediato pueblo de Carabanchel, y á la que asistían, con varios aficionados, el célebre José Redondo y otros toreros; y allí, él, que no había visto nunca toros, fué comprometido á tomar un capote y correr los bichos que debían estoquear *Tragabalas* y *Oliva*. Lo hizo tan bien, se dió tan buena maña, que todos



los concurrentes le aplaudieron y estimularon á que siguiese ejercitándose en el arte de *Pepe Illo*. Halagado por sus continuados ensayos, siguió resueltamente la senda que le había de proporcionar lauros muy señalados, y en 1855 entró á formar parte de la cuadrilla de Antonio Sánchez (*El Tato*), en la que siempre figuró hasta la desgracia de éste, y después en la de Rafael Molina, en que ocupó un preferente lugar. Pocos sabían correr toros por derecho como Mariano Antón; á pesar del mucho tiempo que llevó toreando, era incansable y entendido. Excelente padre de familia y fino en sus modales, le apreciaron cuantos le conocieron y sus parientes inmediatos ocupan distinguidos puestos en carreras científicas. Hace algunos años se retiró del toreo, no habiendo contribuido poco á que lo realizase, el fallecimiento de su hijo, distinguido médico de grandes esperanzas. Murió en Madrid el 27 de Octubre de 1894, siendo muy sentido su fallecimiento por cuantos

apreciaron en él una modestia y una honradez á toda prueba.

**Antón, Benito** (*El Largo*).—Prometía ser un buen banderillero, pero en 3 de Agosto de 1879, al prender un par al cuarteo, fué cogido sufriendo una profunda herida, y desde entonces no le hemos vuelto á ver torear en Madrid. En América tenía su campo de operaciones, hasta hace poco más de un año que regresó de allí, con la cuadrilla de Leandro Sánchez (*Cacheta*).

**Antonino, Bartolomé.**—Espada poco conocido que trabajaba como Dios le daba á entender en Plazas de segundo y tercer orden, sin pensar en lo que podía sucederle. No le hemos visto, y no tuvimos tampoco empeño en ello, por no presenciar catástrofes. Temiéndolo así, tuvo el buen acuerdo de retirarse de la vida pública hace ya tiempo.

**Antúnez, Ricardo.**—Poco podemos decir de este banderillero andaluz, á quien no hemos visto trabajar. Es natural de Sanlúcar de Barrameda, y sobre su mérito hemos tenido informes contradictorios. Nuestro juicio es el de que, llevando ya más de veinte años en el oficio, y no habiéndose distinguido hasta llamar la atención, corto será su mérito.

**Anzona, D. Pedro de.**—En presencia del Rey Felipe IV, en la plaza del Retiro de Madrid, y en el año de 1665, rejoneó toros con los Marqueses de la Guardia y de la Puebla. Las crónicas no hablan mal de él; bien es verdad que extremadamente malo debiera haber estado para que criticasen á señor tan principal.

**Aparejado.**—Suelen llamar así al toro que, siendo berrendo, tiene á lo largo una lista por el lomo de más anchura ó extensión que la de seis ó más pulgadas. Siendo más estrecha y no berrendo, se le llama listón.—No da esta voz la Academia en su *Diccionario*; porque, si bien la incluye, la define en otro sentido.

**Aparici, D. José.**—Buen aficionado valenciano, é inteligente de veras. Escribe galanamente y sabiendo lo que dice en materia de cuernos, bajo el pseudónimo de *Teorías*; discute con lógica y sin apasionamiento, pero sin ocultar la verdad, aun-

que sea dura. La buena escuela tiene en él un acertado intérprete y un defensor ilustrado.

**Aparici, Julio** (*Fabrilo*).—Hijo de D. Rafael y de doña Salvadora Pascual, nació en Ruzafa, provincia de Valencia, en 1866. Se presentó en dicha ciudad como matador, en la novillada que en aquella hermosa plaza se celebró el 3 de Octubre de 1885, agradando extraordinariamente á sus paisanos, y dos años después toreó en Madrid en novilladas, hasta que se anunció su alternativa en la corte para 23 de Setiembre de 1888, con *Currito* y *Lagartija*; pero suspendida la función, tomó alternativa del *Gordito* en Valencia, el 14 de Octubre del mismo año, siendo confirmada en Madrid por *Frasuelo* el 30 de Mayo de 1889. Es común opinión la de que dicha alternativa fué prematura y mal aconsejada, porque si bien no le faltan valor y serenidad, ignoraba todavía muchos



secretos del arte de torear. Sin embargo no va hacia atrás, y está haciéndose un matador de toros bravo y duro.

**Aparici, Salvador** (*Fabrilito*).—Era hermano de Julio, valiente y de mucha voluntad, pero cuando empezaba á entender algo de toreo y á parear regularmente, falleció en Valencia en Septiembre de 1891.

**Aparici, Francisco**.—Otro banderillero á quien creemos hermano de los anteriores. Pareo regularmente, pero sin excederse en sus adelantos.

**Aparicio, Salvador** (*El Albañil*).—Banderillero que aprovecha bien y sabe por donde anda. En sus primeros años fué albañil, y de ahí le viene el

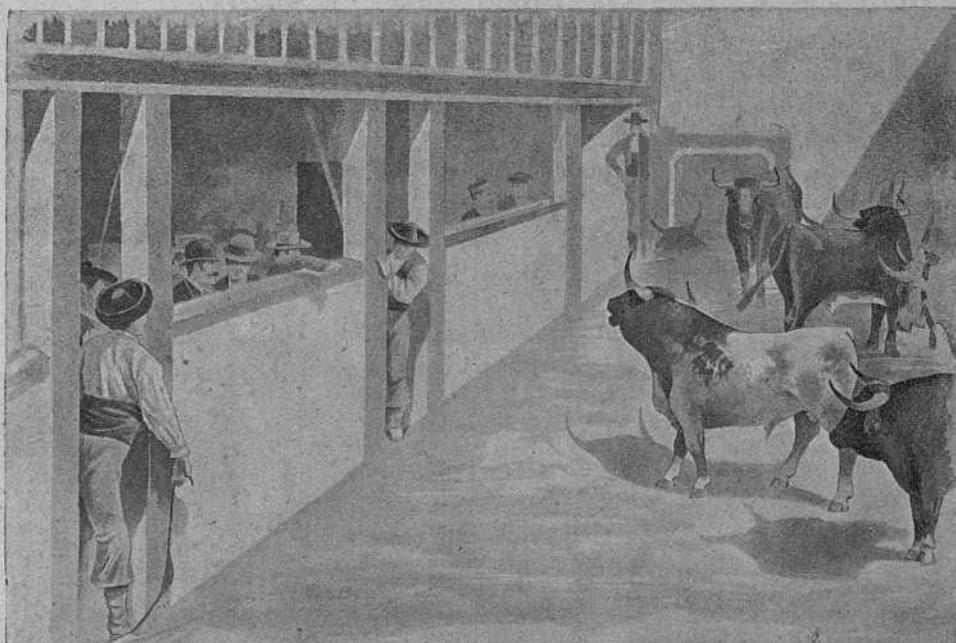


apodo, y empezó su vida torera corriendo novillos en Chinchón el 16 de Agosto de 1880, y luego en otros varios pueblos, hasta que en 12 de Febrero de 1882, banderilleó por primera vez en Madrid. Sin embargo, como peón de cartel no ingresó hasta 9 de Septiembre del 83, en que pareó en corrida de abono en la cual alternaron como espadas el *Gordito*, *Currito* y Felipe García, trabajando Aparicio desde entonces en las principales plazas de España y del extranjero. Nació el día 16 de Agosto de 1856 en la Puebla de Don Fadrique (Toledo), y es hijo de Angel y de Feliciano Díaz. Es valiente, pero quisiéramos que olvidase resabios de mala escuela con el capote, apartándose de las mojiganas que otros hacen fuera de arte aunque las vea aplaudidas.

**Apartado**.—Llámase así el acto de enchíquerar á los toros que han de lidiarse, conduciéndolos

desde los corrales en que quedaron la víspera de la función á los jaulones, y de estos á los chiqueros. Para sacarlos de los primeros, los mayores están á pié con castigaderas y hondas; para hacer que de los jaulones entren en los chiqueros sólo pueden usar desde los balconillos las castigaderas. El mayoral da la voz á los carpinteros de «Primera derecha», los cuales, desde arriba también, sujetan la cuerda atada al picaporte de la puerta del chiquero, abren aquéllos esta, entra el toro, y cierran en seguida por medio de otra cuerda; repitiendo la operación á la voz de «Segunda, tercera ó cuarta derecha; primera, segunda, etc., iz-

tales cuestiones. Interin llega esto, precisaremos con la debida claridad las bases que, en nuestro concepto, deben tenerse presentes para dar suelta á los toros en corridas ordinarias en que haya tres espadas alternando. Nada hay que decir cuando los toros son de una sola ganadería, ni cuando, siendo de dos, por mitad, han de estoquearlos dos ó tres matadores, porque á cada uno de éstos tocará matar igual número de toros de cada ganadería; pero puede darse el caso de que se corran seis toros de cuatro distintos dueños, es decir, dos de una torada, dos de otra, y uno y uno de otras. Entonces debe soltárseles del chiquero por orden de



APARTADO DE LOS TOROS. — MACÍAS

quierda», según el orden que se dé á las reses para correrlas. La operación es breve, á no ser que algún toro se resista á ser encerrado y, corriendo hacia los bultos, tarde más en ser conducido á su destino. Antiguamente en Madrid, los aficionados conocidos y abonados tenían derecho á ver gratis el apartado, como en provincias; ahora se les cobra cuatro ó seis reales, según la corrida sea ordinaria ó extraordinaria. Hay más importancia de la que á primera vista parece en el enchiqueramiento del ganado, y por eso han sido y continúan siendo muy frecuentes las dudas y controversias acerca de la forma ú orden de enchiquerar el ganado, y atribuciones que para ello competen á la autoridad, ganaderos, Empresas y lidiadores. Conveniente sería que en un reglamento, que tanta falta hace para esta y otras muchas cosas, se fijasen reglas que acabasen de una vez para siempre con

antigüedad de la ganadería, y cuando concluyan uno de cada una, empezar por orden inverso los restantes. El siguiente ejemplo dirá más claramente lo expresado:

- 1.º Veragua..... primer espada.
- 2.º Miura ..... segundo ídem.
- 3.º Navarro..... tercer ídem.
- 4.º Miraflores.. primer ídem.
- 5.º Miura . . . . . segundo ídem.
- 6.º Veragua..... tercer ídem.

De modo que al segundo espada toca matar dos toros de una misma ganadería, porque al soltarlos por orden inverso al de su antigüedad, una vez concluida esta por haberse corrido uno de cada ganadería, sirve para que cierre plaza el mismo que la abrió. Si son de dos ganaderías distintas

los seis toros, pero cuatro de una más antigua y dos de la más moderna, el orden deberá ser el siguiente:

- 1.º Veragua..... primer espada.
- 2.º Miura..... segundo ídem.
- 3.º Veragua..... tercer ídem.
- 4.º Miura..... primer ídem.
- 5.º Veragua..... segundo ídem.
- 6.º Idem..... tercer ídem.

O bien con arreglo á esta otra combinación:

- 1.º Veragua..... primer espada.
- 2.º Idem..... segundo ídem.
- 3.º Miura..... tercer ídem.
- 4.º Idem..... primer ídem.
- 5.º Veragua..... segundo ídem.
- 6.º Idem..... tercer ídem.

á la cual damos preferencia. Así se consigue que, mientras es posible, alternen las ganaderías y que sigan después su orden hasta concluir por la misma que empiece. Si, por el contrario, dos toros son de ganadería más antigua y cuatro de otra más moderna, se correrán aquéllos en primero y sexto lugar, colocando seguidamente y sin interrupción los cuatro modernos desde el segundo al quinto. Cuando haya cinco toros de antigua casta y uno sólo de otra moderna. éste se correrá en segundo término ó en penúltimo lugar. Debe advertirse que en ocasiones, habiendo corridas de seis toros ó más, suelen matar los cuatro ó seis primeros dos espadas alternando, y los dos últimos toros un medio espada; y en este caso ha de tenerse presente que estos postreros pueden ser de cualquier ganadería, independiente de aquéllos, y sin alternar, puesto que tampoco el espada alterna; de manera que cuando concluyen los matadores de *alternativa*, finaliza esta también para el ganado. Sin embargo, cuando esto ocurra, cuidarán las Empresas y la autoridad de poner para últimos toros los de ganadería más moderna. Hemos apuntado en la forma que nos ha parecido más clara y comprensible los diversos casos que pueden ocurrir sobre el particular: sabemos que no siempre las Empresas se ajustan á la costumbre, que es ley mientras otra cosa no haya, pues á veces dejan para último toro al que suponen vale menos de entre los que encierran, sin cuidarse de su origen ó antigüedad. Los ganaderos no deben consentirlo: son los únicos que tienen derecho á que se enchiqueren los toros suyos con la preferencia que quieran determinar, siempre que, después de que alternen con los demás por orden de antigüedad, se corran los últimos por orden inverso, á fin de concluir con toro de la misma ga-

nadería que empezó. Los matadores, por decoro propio, no deben intervenir nunca en estas operaciones, sino que han de matar en el lugar que les corresponda los toros que les pertenezcan, sin mirar ni atender á preocupaciones criticables. Si hay abusos á la autoridad toca remediarlos, y para esto y otras cosas asiste al apartado, no sólo, como se cree generalmente, á recoger certificación de sanidad del ganado. Es deber también de la autoridad, en el acto del apartado, exigir á los veterinarios que en dicha certificación expresen la edad y condiciones de los toros antes de enchiquerarlos, y si tienen defectos desecharlos, porque una vez admitidos como buenos comparte la responsabilidad con aquellos profesores, si el defecto está á la vista, que de esas tolerancias han nacido disturbios en las plazas.

**Apiñani, Juan.**—El más diestro, según oímos á nuestros abuelos, de todos los peones y banderilleros que hubo en el siglo pasado. Perteneció á la cuadrilla de Juan Romero y á la de Martín Barcáiztegui (*Martincho*), con quien trabajó en Madrid hasta 1785, en que éste dejó de ser matador. Antes trabajó también con Manuel Palomo.

**Apitonar.**—Es empezar á descubrir los pitones el becerro ó becerra: al menos así lo dicen los vaqueros y gente de campo.

**Aplomado.**—El tercer estado que tienen los toros durante la lidia, y en el cual, por lo regular, dan ya poco juego, y muchos se han hecho de sentido, sin acometer más que sobre corto y tomado inclinación á querencias casuales. Al toro que esté muy aplomado y sin piernas debe pasársele poco de muleta y por bajo, y no intentar recibirle, porque como le falta fuerza en las patas y está cansado, no acudirá, y si lo hace, se quedará en el centro de la suerte, lo cual es muy expuesto y deslucido. Sin embargo, no todos los toros, al llegar á este estado han perdido por completo sus facultades, ya porque se les ha castigado poco, ó ya también porque sean de rigor y poder.—Dice la Academia que aplomado es lo que tiene color de plomo, y no da más definición. Sin pensar nosotros ni remotamente en dar á nadie lecciones, creemos que podría adoptarse para la palabra de que nos ocupamos, y como definición taurina, la de «toro corrido y cansado, que en el último tercio de la lid se para, ganando en sentido lo que ha perdido en facultades», ú otra más conveniente. Por lo demás, nadie negará que la voz *aplomado* se usa para otras acepciones que las que da la

**Academia.** «Obró con gran aplomo, miente con aplomo», son voces que demuestran sensatez y juicio la primera, y serenidad descarada la segunda; y sin embargo, la Academia no las comprende en su *Diccionario*.

**Apurado.**—Se dice del toro á quien se ha corrido mucho y castigado tanto, que le han hecho perder facultades, ó sea poder y ligereza. Los recortes continuados con el capote á dos manos contribuyen mucho á apurar los toros.

**Aragó, Ramón** (*El Mona*).—Era uno de esos pobres maletas que andan de pueblo en pueblo, ganando para mal vivir, y tuvo la desgracia en la villa de Alboraya (Valencia) de que el día 24 de Septiembre de 1891, le alcanzase una vaca, de las que corrian en la plaza de la iglesia, y le hiriese tan gravemente en el pecho que le produjo la muerte á las pocas horas.

**Aragón Francisco de Paula.**—Uno de los principales banderilleros que en el último tercio del siglo anterior existían en España. Fué compañero del famoso Jerónimo José Cándido, antes de que este se hiciese matador de toros.

**Aragón, Manuel** (*Paquillo*).—Banderillero de los más aceptables que han figurado en la cuadrilla de Montes, y después en la del *Chiclanero*. Era más hombre de inteligencia teórica que práctica, y eso que no se quedaba atrás ejecutando, y pasaba por ser uno de los toreros más conocedores de la índole y condiciones de las reses. Tenía buen trato y de chispeante conversación que le captaba las simpatías de cuantos con él hablaban.

**Aragón, Francisco** (*Paquiro*).—Ni más ni menos que el que llevó con gloria ese mote. Si se le han dado, burla han hecho de él, y si él se le ha puesto, atrevimiento ha sido. Conque llegara á ser tan buen banderillero como fueron los dos anteriores, podría darse por contento. Es de moderna presentación en las plazas.

**Aragón, Felipe** (*Minuto*).—Buen banderillero, natural de Valencia, que en 1885 llevó Luis Mazzantini á Portugal, donde se quedó avecindado con gran contento de los aficionados lisbonenses. Trabaja allí mucho, dicen que se ha hecho el me-

jor peón de brega que hay en aquél país, y que es oportunísimo en los lances peligrosos.

**Aragonesa.**—El modo de ejecutar la suerte de capear llamada por algunos á *la aragonesa*, va explicado en la palabra FRENTE POR DETRÁS.

**Arana, Antonio** (*Jarana*).—Matador de toros, hecho y derecho, de alternativa y de circunstancias. Es alto, no mala figura, aunque con el poco garbo que, moviéndose, tienen casi todos los largos de piernas: viste bien y no torea mal: tiene voluntad y no desconoce el arte, pero le trata poco, y es preciso que intime más con él, si ha de su-



bir adonde van sus propósitos. Lleva dentro de su pecho, el germen de ese modo de torear movido, de cuarteo, de adornos y floreos que es el que hoy priva y que caerá en cuanto se presenten un par de toreros de verdad, á ejecutar las suertes como los verdaderos maestros las han hecho: Arana debe abandonar por completo ese sistema, y estudiar el de la formalidad que se adapta más á su figura y facultades. Valor tiene, agilidad le sobra, con que á estudiar, que hace falta gente buena y sobran matadores. Es hijo de Rafael Arana y Patrocinio Carmona: nació en Sevilla el 9 de Abril de 1868, cursó las primeras letras, y á los once años empezó el oficio de marmolista: su afición al toreo

le llevó á las capeas de los pueblos inmediatos, y una vez resuelto á ser torero, mató por primera vez dos toros en Bolullos de la Sierra el 26 de Julio de 1886, donde tuvo una cogida tan terrible que le hizo estar cincuenta días en cama. Luego figuró como banderillero de Manuel García (*El Espartero*), y más tarde en la del entendido Fernando Gómez (*El Gallo*), que le llevó á Méjico y á la Habana, donde estoqueó algunos toros, hasta que en 1890 se presentó como matador en las novilladas de Sevilla, trabajando también con matadores de alternativa en la plaza del Puerto de Santa María. Su maestro Fernando le dió en Sevilla la alternativa el 2 de Octubre del mismo año y el célebre *Frasuelo* se la confirmó en Madrid el 26 de dicho mes ó sea á los veinticuatro días. Más ó menos graves, pero siempre de importancia, lleva sufridas veintitrés cogidas, por confiarse demasiado y por dar á todos los toros el mismo juego, sin estudiar sus distintas condiciones. En eso nos fundamos para decirle que estudie.

**Arana, Rafael** (*Jaranita*). — Banderillero; hermano del que ya es matador de toros Antonio Arana. Veremos lo que da de sí, y qué resultado le da su aprendizaje en Méjico, donde ha empuñado ya el estoque. Hasta ahora...

**Aranda, Baldomero** (*Arandita*). — Muy compestito, con cierta gracia y no escaso valor, empieza á poner banderillas y correr toros. Es pronto para juzgarle.

**Aranha, Simón**. — Fué un regular mozo de forcado, que murió en Portugal, su país, hace bastante tiempo. Sin dejar de cumplir bien, no se excedió hasta el punto de que su mérito llamase la atención del público.

**Aransaez, Saturnino**. — Es un banderillero regular y valiente que se dedica ya á matar en novilladas, supliendo con cierta pericia práctica la falta de conocimientos. Es hijo de Julián y Petra Martínez, nacido en Santo Domingo de la Calzada, provincia de Logroño el día 11 de Febrero de 1865. Después de la primera enseñanza se dedicó al oficio de tapicero, que abandonó por su afición á torear en las capeas de los pueblos, consiguiendo llamar la atención por su valentía y desenvoltura, hasta que alcanzó un puesto en las cuadrillas de novilleros en la plaza de Madrid, y luego en

las de matadores de fama, como *El Gallo* y *Carancha*. Pasó á América, donde el año de 1892 hizo buena campaña, y de regreso á la Península tra-



baja con aceptación, conociéndose, sin embargo, que le falta mucho que aprender, aunque condiciones sobradas tiene para ello.

**Arbolario** — Toro de la ganadería de D. Carlos López Navarro, vecino de Colmenar Viejo, colorao, ojo de perdiz, y de gran trapío, que ocupaba el segundo lugar en una corrida celebrada en Victoria en 2 de Agosto de 1885. Saltó de la arena frente á la presidencia, salvando la barrera y el callejón de la misma, y quedando colgado por medio cuerpo, de la maroma, consiguiendo caer al tendido donde su presencia causó la natural confusión.

*Arbolario* subió y bajó las gradas del tendido; y estando abierta la puerta de salida de los toreros se encontró fuera de la plaza, donde fué muerto á balazos.

**Arcas, Mariano**. — Picador poco conocido. Trabajó en Madrid el año 1854, si no nos equivocamos. Después no sabemos que ha sido de él. Uno de tantos como figuran en el montón anónimo, del cual le hemos sacado para mencionarle aquí.

**Arce, Antonio** (*El Murciano*).—Pocas noticias han llegado á nosotros de este picador, natural de Beniajan, que tomó la alternativa en Madrid el 24 de Junio de 1821; parece, sin embargo, que era el mismo que se presentó otra vez como nuevo en la corte el 10 de Agosto de 1835.

**Arce, Antonio**.—Picador de gran fuerza. Su notable corpulencia le impedía la agilidad necesaria; pero esto no quita para que fuera su trabajo muy apreciado por los inteligentes. Era vecino de Madrid y querido por su buena conducta. En las funciones reales de 1878 ha figurado el tercero del orden de antigüedad; como que adquirió ésta alternando en tanda en la plaza de la corte el 14 de Noviembre de 1847. Después trabajó en casi todos los circos importantes de España con espadas de primera nota. Ha sostenido competencias con el renombrado Antonio Pinto y otros, y no quedó en mal lugar. En el día se halla retirado de todo servicio activo, y aun se nos ha dicho que ha muerto.

**Arce, Juan**.—En Sevilla trabajó como picador en 15 de Agosto de 1848. ¿Qué fué de él? Aficionados de aquella época no le recuerdan, y esto hace comprender cual sería su mérito.

**Arcos, Conde dos**.—La historia taurina del vecino reino de Portugal menciona un hecho de gran importancia referente al valiente adalid de dicho nombre. En el pasado siglo XVIII, y poco después de la elevación al trono del Rey D. José I, (1750) celebráronse fiestas reales de toros en Salvatierra, tomando parte como caballero en plaza el referido, que tuvo la desgracia de sufrir una terrible cornada que le dejó tendido en tierra. En la corte y altos magnates que presenciaban la fiesta visó aumentar el espanto que tal suceso produjo, al mirar que el anciano padre (ochenta años) del Conde, Marqués de Marialva se arrojó de pronto al redondel, sacó la espada, y con el capotillo ó ferreruelo en la mano izquierda, fuese al toro con gran resolución: enmudeció asombrada la concurrencia, cuyos gritos y lamentos habían sido atronadores, como si temiesen ver una segunda catástrofe; pero el denuesto del Marqués, auxiliado por la Providencia, consiguió dar á la fiera tan tremenda estocada, que á los pocos pasos, y cuando Marialva se arrodillaba á besar á su hijo exánime, caía aquella rodando para no levantarse más. Tomando pretexto de la desgraciada muerte del Conde dos Arcos, y por influencia del Marqués de Pombal, el Rey D. José I prohibió las corridas reales de toros.

**Arcón, Diego**.—Banderillero dócil á las insinuaciones de los matadores con quienes ha trabajado. No tiene pretensiones, y hace bien, y mejor haría en retirarse del toreo definitivamente, ya que la afición se le ha enfriado tanto, que casi no se le ve en plaza alguna.

**Ardura, Rafael**.—Banderillero de regulares condiciones, poco conocido, y por lo tanto, de quien poco puede decirse en cuanto á su mérito. Pareó en Madrid, de donde era natural, en 1877, tomando parte en las fiestas reales del 78; y el día 16 de Octubre de 1880 falleció en Tarazona á consecuencia de una cornada que le dió el toro llamado *Centinela*, en la corrida del día 12.

**Areces, Manuel** (*Platero*).—Novillero á quien tanto le da poner banderillas como estoquear. Es nuevo, pero si no cambia de rumbo se quedará en nada, que el que mucho abarca, poco aprieta, y para todo se necesita aprendizaje.

**Arejo, D. Luis**.—Caballero de la Orden de Santiago. Escribió y publicó en Madrid en el siglo anterior unas *Advertencias* para torear, de que hacen mención algunos autores, pero de que no se encuentran ejemplares. Al menos nuestras diligencias para hallarlos han sido infructuosas.

**Arena**.—Es lo mismo que circo, coso, redondel ó ruedo en que tiene lugar la lidia de toros ó novillos en plazas cerradas. En Francia es donde más se dice «Las Arenas» al suelo en que los toros son lidiados.

**Arestoy, Manuel**.—Matador de toros en novilladas y en plazas de segundo orden á principios de este siglo. Con este torero empezó á correr toros Manuel Parra antes de tener catorce años, en varios pueblos de Andalucía. Le suponían valiente aunque poco entendido.

**Arestoy, Fernando**.—Banderillero andaluz que dió á conocer *Cúchares*, y que no hizo en su carrera grandes progresos. No sabemos si sería de la misma familia que el anterior.

**Arévalo, Juan**.—Picador de la cuadrilla del célebre Pedro Romero en el siglo último. Gran brazo y mejor mano. Dicen que sólo le faltaba más estatura para abarcar bien el caballo.

**Argote de Molina, Gonzalo.**—Escribió en Sevilla, donde se imprimió por Andrea Pescioni en 1582, un libro de montería, en que, con grandes conocimientos y exquisita proligidad, da las reglas para correr toros en el coso y para darles la lanzada. Antes había escrito algunos de historia, entre ellos la de la nobleza de Andalucía. Fué natural de aquella ciudad y de familia muy distinguida. (Véase ALANCEAR.)

**Argüelles, Antonio.**—Banderillero que pareó por primera vez en la plaza de Madrid en el año 1812. Hemos oído á los que le vieron que era buen mozo, y no hacía más que cumplir sin distinguirse por bueno.

**Argüelles, Esteban** (*Armillas*).—Empezó á jugar con becerros en la plaza de los Campos Eliseos, y después en las novilladas de la plaza grande. Se aplicó mucho, y por sus buenas disposiciones fué considerado como uno de los mejores banderilleros, porque cuadraba como pocos en la misma cabeza, y porque se le veía que sabía por donde andaba. Tenía de compañero á *Pablito* (Pablo Herráiz), del que aprendió mucho. ¡Lástima que con



la capa en la mano valiera menos que con los palos! Era natural de Madrid, donde nació en 19 de Febrero de 1845, siendo hijo de Antonio Baldomero Argüelles y de María Pérez. Sus adelantos en el toreo se marcaron rápidamente desde que en 1867 entró á formar parte de la cuadrilla del

maestro Cayetano Sanz, habiendo continuado después en la de Salvador Sánchez, á que perteneció. Falleció en Madrid á consecuencia de una dolencia crónica el día 1.º de Septiembre de 1879, y su muerte fué sentida por todos los verdaderos aficionados. Su cadáver fué acompañado en la tarde de dicho día, desde la casa mortuoria, calle de la Gorguera, al cementerio de la Patriarcal, presidiendo el duelo el espada Gonzalo Mora, el banquero D. Andrés Villodas y el matador Felipe García, con varios toreros y aficionados. Fué enterrado en la sepultura núm. 22 del patio del Corazón de María.

**Archidona, Ramón.**—Quería ser banderillero cuando empezaban el oficio Angel Pastor, Felipe García, Pepe Feijóo y algún otro; pero no sirvió para ello. Por eso fué corta su vida torera, que el pobre chico no podía llegar, ni con mucho, siquiera adonde aquellos subieron.

**Arias, Manuel** (*Agujetillas*).—Lo que á éste le sobra, que es voluntad, á otros les falta; y en cambio, otros tienen de picadores de toros mucho más que él. Si hubiese aplicación y más práctica puede que el diminutivo de su mote se aumentase hasta llegar al superior, que con honra han llevado y llevan otros.

**Arión, Diego.**—En las veces que le hemos visto torear ha cumplido. Ha tiempo que empezó y aunque no se hacen los lidiadores en un par de años, ya era ocasión de conocer si había adelantado ó iba hacia atrás; que es lo cierto que de él nadie habla.

**Arisco.**—En 11 de Junio de 1831, un toro negro de la famosa vacada de Vázquez, hoy Veragua, saltó en Aranjuez al tendido salvando las maromas, pasó á la grada, volvió á bajar, y en el tendido número 4 le recibieron con bayonetas y sables los voluntarios realistas, hasta que llegó con estoque el matador Roque Miranda, y le mató junto al tendido núm. 5. No hubo desgracias de muerte.

**Arjona, Manuel** (*Costura*).—Padre del afamado Francisco Arjona Herrera (*Cúchares*). Fué un banderillero que cumplía regularmente, sin sobresalir en el primer tercio de este siglo, y luego un matador de toros menos que mediano. Como va dicho, tuvo la gloria de ser padre de

**Arjona Herrera, Francisco** (*Cúchares*).—Madrid y Sevilla se han disputado constantemente la gloria de contar entre sus hijos á este distinguido y muy notable matador de toros. Cada uno de dichos pueblos ha querido reivindicar para sí tan señalada gracia, y la verdad es que Arjona Herrera tanto podía ser considerado madrileño como sevillano; porque si bien es verdad que su nacimiento ocurrió en la corte, su vecindad y residencia constante han sido siempre en la primera de las capitales de Andalucía. Si *Cúchares* no hubiese sido una celebridad; si en vez de ser, como fué un gran torero, hubiera tenido la desgracia de quedarse, como muchos, en los primeros rudimentos de la carrera, nadie le querría para sí, ni aún se acordarían de él. ¡Cosas de mundo!

Francisco Arjona Herrera, á quien en Sevilla dieron el sobrenombre de *Cúchares*, no sabemos por qué causa, nació en Madrid el día 19 de Mayo de 1818, y no el día 20, como aseguran otros autores. La partida de su bautismo en los libros parroquiales de la de San Sebastián ofrece la particular circunstancia de que muy pocas páginas antes de la en que va escrita, se encuentra la de la célebre actriz doña Matilde Díez, que nació el día 6 de Marzo del mismo año. Son, pues, Arjona y Matilde hijos de una misma pila, como se dice vulgarmente, y cada uno de ellos recibió en el bautismo una gracia especial que con el tiempo les había de distinguir de los demás seres. Matilde, eminente en el arte dramático. Arjona, eminente en el arte taurómico. No queremos comparar, ni decir si para ejercer uno y otro arte son necesarios instinto, talento ó genio: queremos sólo hacer constar que para sobresalir en cualquier profesión, arte ú oficio del modo que han sobresalido Matilde y Arjona, se necesitan mucha voluntad y gran inteligencia cuando menos.

Dieron el ser á nuestro torero, Manuel Arjona (*Costuras*) y María Herrera, sobrina del famoso Francisco Herrera Rodríguez; y de consiguiente, no tuvo ni pudo tener más apellidos que los indicados. Sin embargo, durante mucho tiempo de su vida taurómica, en todos los carteles se le llamó Arjona Guillén, imitando en esto á su tío Herrera Rodríguez, que fué conocido por el *Curro Guillén*, no teniendo tampoco este apellido. Hacemos mención de estos detalles de genealogía, porque hubo un tiempo en que se suscitaron contiendas sobre ello.

Era, pues, *Curro Cúchares*, que así se le conoció siempre entre los aficionados, un madrileño que en los primeros años de su vida fué llevado á Sevilla, donde sus padres se establecieron. Hijo de torero, sobrino de celebridad taurómica, emparentado por todos cuatro costados con gente del arte, y viendo siempre torear, Arjona He-

rrera no podía ni debía ser otra cosa que torero.

Desde muy pequeño, desde niño, jugaba ya con becerras bravas en el matadero. A los doce años de edad entró como alumno en la escuela de tauromaquia de Sevilla, y su valor y destreza cautivaron muy pronto el ánimo de sus maestros y del inteligente Juan León, que le tomó, bajo su patrocinio y le hizo matar en público un becerro á la edad de quince años. A los diecisiete ya figuraba como bravo banderillero de la cuadrilla de León, y al año siguiente mató, por cesión de aquél, algunos toros de todas condiciones, con lo cual se iba perfeccionando cada vez más y ejercitaba su prodigiosa agilidad.

En el año de 1838 Juan León quiso que Arjona torease con el notable Yust, y le recomendó para que éste le llevase á Andalucía y á otras provincias de España, desde las que vinieron á resonar en Madrid los ecos de los aplausos que *Cúchares* recibiera en todas ellas. Hubo necesidad de juzgar al novel matador en la corte, pues los aficionados estaban impacientes por si la fama que le dieron en provincias era justa y merecida: hizo-sele, pues, venir á Madrid, y se presentó por primera vez en la arena de la puerta de Alcalá el año de 1840, alternando con Juan Pastor (*El Barbero*.)

Desde luego se vió en él un hombre desenvuelto como pocos alrededor de los toros, activo y eficaz en los *quites*. Mucho prometía ser en su difícil carrera; y aunque en la muerte de los toros dejó algo que desear, advirtiose en él inteligencia y un manejo especial de la muleta, que á muchos desagradó, pero que todos concedieron era de defensa. Desde entonces sus progresos fueron marcadísimos, y en cuantas plazas se presentó, con cuantos matadores de toros trabajó, en todas fué aplaudido, todos reconocieron su mérito.

Volvió á Madrid en 1845, alternando con su maestro Juan León y con el inolvidable José Redondo (*El Chiclanero*). *Curro Cúchares* estaba entonces en el apogeo de su fortuna y en la cúspide de su gloria. Trabajó con empeño y, sin embargo de los esfuerzos que hizo, no pudo vencer en la lidia al que llamaba un escritor sevillano «el Aquiles de su profesión y el antagonista más temible de cuantos han disputado el terreno al digno y singular sobrino de *Curro Guillén*.»

Los aficionados inteligentes, aquellos que saben lo que es el toreo verdad, se decidieron por el concienzudo *Chiclanero*, que no llevaba más de siete años de torero y ya era un maestro. El vulgo, la gente menos entendida, á quienes en las plazas les gusta ver á un torero hacer monadas con las reses, aplaudían indudablemente más á *Cúchares*, porque éste era juguetón, *mañoso* y divertido; pero no tenía el voto de los entusiastas por la buena escuela.

Y para que se vea que no es ésta una opinión particular ó apasionada, nos vamos á permitir copiar aquí el primer párrafo de la semblanza de este diestro que escribió en el mismo año de 1845 uno de los aficionados más inteligentes de España, de quien Montes decía que había aprendido algo. «Arjona (*Cúchares*).—Admirable y asombroso atronador, matador de tronío y torero atronado. Salta, brinca, corre, capea, banderillea, mata, descabella, adora, saluda y zapatillea á los toros. No se ha hecho ni puede hacerse más, malo ó bueno, porque unos aplauden y otros silban. A saber la razón dónde está. Si se hiciese todo á tiempo, también se aplaudiría á tiempo. Primero matar á estocadas. Mientras el toro se preste, ninguno debe irse sin probar el estoque, y luego el tronío ó descabellamiento; porque hacer lo contrario un matador de toros, es aspirar á la gloria del célebre cachetero *Galafre* y del incomparable *Mosquita*, su digno nieto, ganando treinta veces más un espada que un puntillero. Joven con facultades, no es desgarrado, ni con buen cuerpo, sobrado de voluntad y fortuna, y tan celoso de su reputación en la plaza, que por no sufrir que otro se luzca á su vera, hasta tirará el capote á la cabeza de la res, ó le dejará enredado en las astas.»

Este es el verdadero retrato de *Cúchares* en aquellos tiempos; á lo cual añadiremos que ni entonces, ni mucho menos después, ha podido nadie marcar escuela determinada á este diestro.

Es verdad que en algunos lances imitaba y aun seguía los principios de la *sevillana*, ó sea la de la lidia que llaman *movida*, y nosotros decimos de lances *libres de cacho*, valiéndonos del tecnicismo taurómico; pero la mayor parte de las veces hasta 1852, y luego, siempre la desfiguró por com-

pleto, apelando al sistema de matar de *trampita* ó *al revuelo*, como decían los medianamente entendidos. Esto era tanto más de extrañar, cuanto que *Curro Cúchares* era conocedor como el que más de los instintos y condiciones de las reses, y tenía una muleta, que manejaba tan diestramente para *consentir* á los toros y *taparse*, que muchos en algunos lances hubieran envidiado, aunque no fuese todo lo limpia y sujeta al arte que las reglas del mismo enseñan.

*Curro Cúchares*, pues, tenía un toreo especial, peculiar suyo, que como no se fundaba en ningún precepto y él no sabía explicar, era imposible transmitirle á nadie. Sabiendo siempre lo que hacía, han creído muchos que su celo porque en el redondel ningún lidia, dor se llevase más palmas que él, era envidia, y aducían como medio de prueba la conducta de poco compañerismo que había observado con matadores de nota especialmente, y su obcecación en no seguir consejos de nadie. No lo creemos así en absoluto. *Curro* era de poca inteligencia, pero honrado y bueno. Su carácter reservado y voluntarioso le inclinaba muchas veces á faltar, tal vez contra sus deseos, á sus mejores amigos: y se conocía que no era precisamente con intención determinada, sino porque de pronto y sin

pensarlo, y mucho menos reflexionarlo, decía ó ejecutaba lo que en el acto le parecía, en cualquier asunto, trance ó negocio que como torero y como particular se le presentara. Algunos perjuicios en sus intereses le originó esta conducta. Efecto de este mismo carácter, era indudablemente en muchas ocasiones muy predispuesto para no seguir consejos de nadie.

Hubo un tiempo que, si no en la plaza, al menos fuera de ella, atendió las indicaciones de Juan León y las de su apoderado en Madrid, el honra-



disimo comerciante y notable aficionado señor D. Antolín López, nuestro inolvidable amigo, que no dudamos en asegurar contribuyó, tanto ó más que el mismo *Cúchares*, á formar á éste una reputación en la corte tan popular y de simpatías tan generales cual pocos han alcanzado: pero luego, nada más que por seguir sus instintos, desoyó más de una vez las advertencias de León, y fué ingrato con su padrino, hasta el punto de no volver á hablarle, por cuestiones ajenas á la lidia y en que él no tenía razón. Pasaron años, y aprovechando cierta ocasión nosotros y otros amigos, contribuímos personalmente á que se estrechasen la mano ahijado y padrino, diciéndonos éste con lágrimas mal reprimidas que á *Curro* le quería como á un hijo.

Dejando esto á un lado, de lo cual solo hablamos para dar á conocer el carácter de *Curro* por lo que se relaciona con su profesión, no con su vida particular, volvamos á nuestra referencia. Continuó *Cúchares* recogiendo lauros en toda España, trabajó con gran aceptación en Francia y especialmente en Portugal, y á él se debe el haber dado á conocer á los españoles de la generación que acaba el toreo especial de los pegadores y caballeros portugueses, puesto que hizo viniera á Madrid y á otras plazas del Reino el famoso empresario lusitano Alegría con una buena cuadrilla. También él importó los toros portugueses.

En el año de 1851 ocurrió en Madrid un hecho que pudo tener fatales consecuencias. Estaba contratado de primer espada, con exclusión de otro, el célebre *Chiclanero*, y aprovechando la empresa la llegada á la corte de *Curro Cúchares*, de paso para otras plazas, le comprometió, con ruegos de muchos aficionados, á trabajar una corrida, lo cual anunció así al público el mismo día de la función. Antes de empezar ésta, Redondo subió á la Presidencia y manifestó al difunto duque de Veragua, que la desempeñaba, que él creía deber matar el primer toro, porque en su escritura constaba que en aquel año sería él el único primer espada, á lo cual asintió aquel señor; pero sabiendo esto *Cúchares*, subió también é hizo presente su antigüedad y sus derechos para no perderla, y aquella autoridad, cuya competencia para resolver la cuestión era notoria, no solo por el puesto que ocupaba, sino por su inteligencia como ganadero y aficionado, se contentó con decir á *Curro*: «Efectivamente, tú eres más antiguo, ¿quién lo duda?» Y al *Chiclanero*: «Nada, nada; el primer toro es del primer espada». Palabras vagas que á nada le comprometían, pero que pudieron comprometer la vida de los diestros. Estos tomaron muleta y estoque al oír la señal, saludaron á un tiempo y marcharon al toro, dándole Redondo dos *pases*, y al salir del segundo, *Cúchares* dió á la res, que se

la llevó con el capote el *Galleguito*, tan tremendo *golletazo*, que acabó con ella, causando esto terrible confusión de gritos y riñas entre los espectadores. Mucho respetamos la memoria del señor don Pedro Colón, difunto duque de Veragua; pero este respeto no es bastante á detener nuestra pluma: él tuvo la culpa del conflicto, y á él cabría la responsabilidad de lo que hubiera podido ocurrir. Como autoridad, como inteligente, como hombre á quien se le previno antes el suceso, debió impedirlo á todo trance. Pero no lo hizo, y francamente, creemos que faltó á su deber.

Siguió el año aquel toreando Redondo en Madrid, los aficionados aplaudiéndole, y los partidarios de *Curro* y de Redondo haciendo votos por ver torear juntos durante una temporada á los mejores toreros de la época. Efectivamente, al siguiente año fué contratado *Cúchares* con el *Chiclanero* en Madrid, y en honor de la verdad, debemos confesar que no hemos visto nunca seis corridas de toros tan bien lidiados como las primeras de la temporada, porque cada cuadrilla trabajaba sus toros con absoluta independencia de la otra, y todos se esforzaban por sobresalir. *Cúchares* no abusó de sus mañas, y trabajó lo mejor que pudo según su toreo especial; y Redondo, sin excederse en monadas, practicó en la muerte cuantas suertes menciona el arte escrito. Luego hicieron las paces, y en el resto del año ya no se esmeraron tanto, aunque hicieron cosas muy notables uno y otro.

*Cúchares* se resintió de una relajación en las rodillas, y esto fué causa de que sus malquerientes dijesen que temía el combate con Redondo; pero nosotros no lo creemos.

A la muerte de Redondo, nadie podía disputarle el puesto de primer torero; se durmió sobre sus laureles, haciendo poco por conservarlos frescos, y se le atrevieron casi todos los matadores posteriores, que, en verdad sea dicho, á la mayoría les faltaba mucho, muchísimo, para saber la mitad que aquél. Se limitó desde entonces á cumplir, á divertir la gente, y, como dice un escritor antes citado, por cierto no sospechoso, á torear de *ventaja*, á falsificar los trances tauromáquicos; lo cual, unido á la decadencia natural en el que llevaba lidiando treinta años continuos, hizo que el público aplaudiese más á los nuevos astros que aparecían, por más que, volvemos á repetirlo, valían mucho menos. Tal vez esta circunstancia, y la necesidad de aumentar su fortuna, que por no saber manejarla había ido á menos, según se dijo entonces, le decidieron á marchar con su cuadrilla á la Habana, y antes de poder torear, la víspera del día en que debió presentarse en aquella plaza, falleció en poco tiempo, acometido del vómito negro, en 4 de Diciembre de 1868.

Era *Cúchares* muy honrado, muy buen padre y muy amante de su familia; de ninguna instrucción, pero con buen instinto para hacerse querer; algo voluntarioso, como hemos dicho, é inclinado á hacer obras de caridad y filantrópicas. El pueblo de Madrid y España entera saben que *Cúchares* era el primero, en toda función para atender calamidades, que prestaba su concurso personal. Sabido es también que cuando el gran hombre de Estado D. Juan Alvarez Mendizábal, adquirió la enfermedad que le llevó á la muerte, le visitó, como mucha gente del pueblo, el famoso *Curro Cúchares*; y sabiendo éste que los recursos pecuniarios de aquél eran escasísimos, dijo con su natural franqueza: «Señor D. Juan, que aquí no se carezca de nada; que vengan cien médicos, que yo pago; y ahora no traigo más ¡caramba! pero ahí queda eso, y volveré.» Y enternecido, dejó bajo la almohada ocho mil reales, y hasta para el entierro de aquel político instó porque se le admitiese más dinero.

Podría decirse por algunos que tal vez aficciones personales ó ideas políticas le acercaron más á aquel hombre que á cualquier otro necesitado, y no es verdad. *Cúchares* era de corazón generoso, y nunca vió más que la precisión de socorrer, y socorría sin tasa; pero con el corazón en la mano, sin reserva de ningún género.

Cuando la guerra que sostuvo gloriosamente España contra el imperio de Marruecos, en 1860, presencié *Curro Cúchares* un día la marcha de los valientes soldados que iban á derramar su sangre por la patria. Todos los españoles, altos y bajos, niños y mujeres, vitoreaban á aquellos imberbes mozos, que tal vez no volverían á pisar el suelo natal, y les daban y ofrecían cuanto tenían á mano por obsequiarlos. *Cúchares* dió cigarros, pañuelos, dinero, y se quedó sin nada en las manos. —¡Mi general!—dijo, adelantándose resueltamente—no llevo nada encima, pero cuanto hay en mi casa es del ejército! Disponga usted, para alimentarle, de setecientas cabras, setenta cerdos y algunas vacas, que es cuanto ganado poseo, y luego de cuanto yo gane. Estos hechos dan idea de lo que *Cúchares* era como hombre particular.

Como director de lidia, hay que culparle de haberla desnaturalizado y olvidado, en términos de que hoy ya no se conoce. Nunca se hizo respetar de sus inferiores, que inferiores eran cuantos sus cuadrillas compusieron; ni siquiera, como decía Juan León, aprendió á disimular en el redondel cuándo le incomodaban los aplausos á otros, ni cuando los quería para sí.

Como torero, rayó á grande altura; capeando, nadie ha dado mejores *navarras*; y matando, si bien hay inteligentes que dicen «que para el que se precie de verdadero aficionado, el que no deje

consumada la primitiva suerte del toreo, que es recibir, no es torero completo», opinamos que fué un buen espada, especialmente en los *volapiés*, y más que nada en las estocadas á un tiempo, en que alcanzó justa celebridad.

Estaba de Dios, como vulgarmente se dice, que los restos de tan buen lidiador volviesen á su patria, y al distinguido aficionado D. Ricardo García, de quien hablaremos en el lugar correspondiente, le cupo la gloria de ser el iniciador de tan excelente pensamiento. Aprovechando la ocasión de hallarse en la Habana, y la circunstancia de ser presidente de la Sociedad artística «Unión recreativa», abrió una suscripción entre los socios para costear los gastos de exhumación del cadáver, los de caja, funerales, conducción á la Península y nuevo sepelio, y después de vencer las consiguientes dificultades, y de obtener de la viuda de *Cúchares*, doña Dolores Reyes, el poder necesario, que otorgó á favor del Sr. García, en Sevilla, á 27 de Septiembre de 1883, ante el notario don Antonio Abril, se verificó la exhumación en el cementerio de Espada (Habana) el día 23 de Diciembre de 1884, á las cinco de la madrugada, en presencia del cura, del médico forense D. Carlos Montemar, del concejal D. José Maseda, del oficial del ejército D. Enrique García Alcolea, del comerciante D. Javier Sánchez y de los toreros Machío y *Mestizo* y varios aficionados, según consta del acta levantada al efecto. El conocido matador de toros, Francisco Sánchez (*Frascueto* mayor) fué el que se hizo cargo en la Habana de los restos de *Cúchares*, y en Cádiz los recibió con la debida formalidad su hijo *Currito*, que hizo trasladarlos, desde el vapor que los trajo, á una balandra propia de D. Francisco Delgado, en la cual se encontraba con éste, el espada Manuel Hermosilla, los picadores José Trigo y Enrique Sánchez, el antiguo banderillero Francisco Ezpeleta y otros muchos aficionados. Dichos Trigo y Sánchez, tomaron la caja y la condujeron á la estación del ferrocarril para llevarla á Sevilla, á donde, efectivamente llegaron el domingo 11 de Enero de 1885, en unas andas forradas de terciopelo negro, siendo recogidos á las dos de la tarde por el clero parroquial de San Bernardo, para depositarlos en un elegante catafalco, construido al efecto en dicho templo, donde, cantadas que fueron unas solemnes vigiliat, quedaron expuestas hasta el lunes 12, en que, después de una gran misa de *Requiem*, se depositaron definitivamente en un nicho abierto al lado del Evangelio del altar de Jesús de la Salud, de cuya hermandad había sido *Cúchares* hermano mayor. Formaron el cortejo fúnebre los acogidos del asilo de Beneficencia; el clero con cruz alzada; los picadores Juan Pérez, Miguel Salguero, Manuel y Antonio Crespo, Ca

nales, Pepe Trigo y Enrique Sánchez, éstos dos últimos conduciendo por las asas la preciosa caja de ébano, guarnecida de plata, y con un grande medallón en el centro, que decía: ¡Cúchares! y llevando las cintas el ganadero D. Antonio Miura, el antiguo aficionado D. Carlos García Lecompte, el matador de toros José Sánchez del Campo y el íntimo amigo de *Currito*, D. José Calcaño (hijo), y formaron el due'lo con el espada José Martín (*La Santera*, hijo) cuanto Sevilla encierra en personas distinguidas entre banqueros, propietarios, comerciantes, letrados, militares, ganaderos, aristócratas, periodistas, jornaleros, industriales y aficionados al toreo, con los toreros Carmonas y demás allí residentes.

Tal demostración de afecto á la familia del finado, indica también cuál fué la celebridad de éste y su mérito; y el aprecio en que tienen su nombre los toreros, lo marca muy especialmente el comportamiento de Paco *Frasuelo* y *Mateito*, que en el precioso catafalco que se elevaba en el templo, ostentando cuatro coronas preciosas de laurel con crespón negro, colocaron á los pies otra corona de conchas entrelazadas con rosas y siemprevivas blancas, que servía de orla á un tarjetón, que en letras de oro decía: «Al célebre diestro Francisco Arjona y Herrera, los espadas Francisco Sánchez (*Frasuelo*) y Gabriel López (*Mateito*) é individuos de ambas cuadrillas en el día 2 de Noviembre de 1884. Habana». Y además pusieron en la parte inferior del túmulo la misma lápida que cubrió la primera sepultura, en que se leía: «Al espada Francisco Arjona y Herrera: falleció el 4 de Diciembre de 1868. ¡Su hijo!»

Honrando estos diestros la memoria de su antecesor, se han honrado á sí mismos. Procurando el Sr. D. Ricardo García la traslación de los restos del gran torero, se ha hecho acreedor al aprecio de todo buen aficionado y al de la familia de *Currito*, que en sentidas frases le dió gracias públicamente por medio de la prensa de Madrid y provincias.

**Arjona Herrera, Manuel.**—Hermano de *Cúchares*, á cuyo lado toreó bastante tiempo. Se hizo matador de toros. Fué valiente y atrevido, y aunque sin arte, ha dado tremendas estocadas con éxito seguro. Ha estado retirado de la lidia durante algún tiempo; pero luego se ha presentado en las corridas reales de 1878, donde suponemos habrá trabajado por última vez. También su hijo

**Arjona, Manuel.**—Intentó ser torero y se atrevió á matar en la plaza de Sevilla hace ya más de dieciséis años. Luego se presentó como banderille-

ro en las funciones reales de 1878, y desde entonces ó no ha vuelto á ejercitarse en la lidia, ó lo ha hecho tan pocas veces que su nombre es casi desconocido.

**Arjona Reyes, Francisco** (*Currito*).—No quiso conceder la Providencia á *Curro Cúchares* la dicha, que para él era grande, según los deseos que siempre mostró por ello, de ver en su familia un hombre de aventajada carrera, de *estudios*, como él decía, que con su inteligencia en los asuntos públicos y particulares, hubiera podido en su día estar al frente de su casa y hacienda, dirigirla y, cuidándola, aumentarla.

Conocía *Cúchares* que sabía ganar dinero como ninguno, pero comprendió también que no sabía administrarlo: no lo tiraba, no derrochaba, como otros de su profesión han hecho en bromas y franchelas, y, sin embargo, aunque no pobre, dejó pocos bienes á su fallecimiento, habiendo tenido muchos.

Hizo cuanto pudo para conseguir el fin que hemos indicado. Dedicó á los estudios á su hijo Felipe, después de la primera enseñanza, haciéndole ingresar para la segunda en un acreditado colegio que hubo en Carabanchel, cerca de Madrid, y costeándole con esplendidez más tarde una carrera literaria, en que el mozo, aprovechando su natural despejo, sobresalía con ventaja entre sus compañeros. Mucho esperábamos de él los que le conocimos, porque á su buen entendimiento había que agregar una desenvuelta elegancia y trato social impropios de sus cortos años; y más que nosotros aún, esperaba su buen padre, que, loco de contento, no sabía qué hacerse con el chico cada vez que en los exámenes obtenía favorables notas. Muy natural era todo esto, y también que en su imaginación pensase retirarse un día del toreo, y siguiendo los consejos de su hijo, consolidar su fortuna y acrecentarla; pero no quiso Dios concederle tal favor; Felipe enfermó antes de concluir su carrera, y murió en la flor de su juventud.

Cuando *Cúchares*, pasadas las primeras impresiones de dolor y pena, calculó que su otro hijo Francisco podía continuar una carrera y sustituir á Felipe para el plan que se había propuesto, ya era tarde. Estaba en el joven *Currito*, que así le llamaron desde muy pequeño, más arraigada de lo que su padre sabía la afición al arte en que tanto sobresalieron sus antepasados. Mientras el padre trabajaba en todas las plazas de España y Portugal, permaneciendo por esta razón ausente de su casa más de la mitad del año, el hijo, siendo niño aún, aprendía en el matadero, en Tablada y en pueblos donde había novilladas, cómo se debe andar al lado de los toros, y cómo burlarlos y cas-

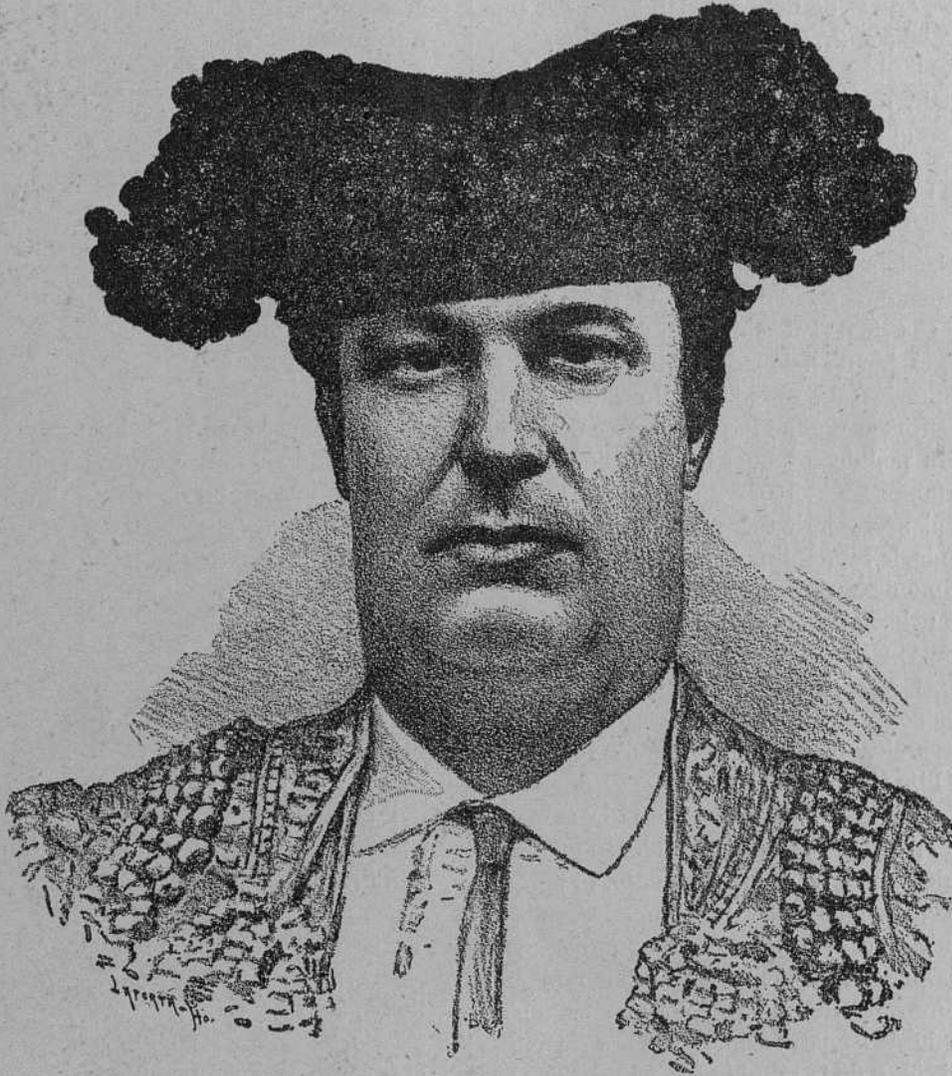
tigarlos. Llegó á hacer esto sin grave detrimento personal, y llegó también á matar toros con valor y arte antes de cumplir dieciocho años.

Su buena madre, María Dolores Reyes, no pudo conseguir que *Currito* abandonase ejercicio tan peligroso, y lo avisó á *Curro Cúchares*, para que tomase una determinación, como jefe de la familia; así fué que al volver este á su casa de Sevilla en 1864 y enterarse de que la afición de su hijo

senda, juzgó prudente, y en ello hizo bien, ayudarle y *empujarle* en su carrera antes de que le pudiese faltar el poderosísimo apoyo suyo.

Le incorporó á su cuadrilla, le llevó á muchas plazas, le hizo en ellas matar con frecuencia reses nobles primeramente, y de algún cuidado después, y por fin le dió la alternativa como espada en la plaza de Madrid el día 19 de Mayo de 1867.

En aquel día cumplía *Cúchares* cuarenta y nue-



había pasado de la teoría á la práctica, quiso ver si podría prometerse de la destreza y serenidad del mozo un éxito lo más seguro posible para librarse del riesgo que la lidia tiene en sí.

Presenció más de una vez cómo toreaba *Currito*, observó que tenía más calma de la que podía concederse á sus pocos años, y notó que no le eran completamente desconocidas las reglas del arte. Alguna vez hasta llegó á entusiasmarse viendo á su hijo matar un toro. De modo que, enteramente convencido de que no podría apartarle de aquella

ve años. El hijo recibía el grado de Doctor en el arte taurino en el mismo pueblo que á su padre y á él vió nacer y cuando escasamente tenía veintidós años, puesto que *Currito* nació en Madrid en 20 de Agosto de 1845. Mató un toro de la ganadería del marqués de Hontiveros. Era el bicho receloso y cobarde, á consecuencia de una cornada recibida en el costillar izquierdo, y se defendía en la muerte, que le fué dada de un buen *volapié* aprovechando.

Desde aquel momento *Currito* se captó las sim-

patías del público de Madrid, que constantemente se las ha demostrado. No tiene menos en Sevilla; le quieren allí como se merece, y los aficionados le distinguen con su aprecio y consideración.

A caballo, en la faena de campo acosando y derribando reses, su especialidad es reconocida por todos. En el redondel, como espada, dice el señor Velázquez, y es verdad: «Arjona Reyes, en su toreo, marca el tipo seco y bravo de Montes y Domínguez, separándose de la escuela de movimiento de *Cúchares* y el *Tato*».

Nosotros, en vez de usar la palabra *escuela*, hubiéramos dicho *estilo*.

No sabía tanto como su padre, pero en el redondel guardaba mayor formalidad y compostura; si de aquél no aprendió nada, no fué suya la culpa ciertamente; en primer lugar porque *Cúchares* tenía, como hemos dicho en otra parte, un juego especial con la muleta imposible de ser enseñado ni comunicado á nadie; y además porque *Currito* había adoptado un toreo más serio, un *toreo verdad*.

En éste es más difícil sobresalir; pero no le importó, que el buen aficionado, el inteligente verdadero, apreció este trabajo en lo mucho que valía. ¡Lástima es que no haya maestros de quienes hubiera podido aprender la perfección de las suertes supremas del toreo, y corregir sus defectos! Nosotros, al aconsejarle que no se apartase de la buena senda, le reprendimos duramente su flemática parsimonia en la mayor parte de los casos, pero en muchas ocasiones, ¡qué pases tan limpios y completos! ¡Qué estocadas tan por derecho! Y decíamos: si *Currito* estuviese siempre *queriendo*, pocos se le pondrían por delante; pero *no quiere*, y esto le perjudica: le falta la sangre de su padre, que en el hijo tiene más linfa.

Joven, simpático y garboso, pero de carácter negligente, no hizo de sus verdaderos amigos el caso que debiera; y no es por desatento, ni porque los despreciase, sino... por indolencia. Costábale trabajo salir de casa para visitar á un amigo, aun que éste le pudiese proporcionar un buen ajuste; y por no moverse de un sitio en que estuviera conversando con cuatro camaradas, era capaz de retrasar el cobro de la nómina ocho días.

Se le ha aconsejado que sacudiera esa pereza, demostrando actividad, que inteligencia no le falta ni facultades tampoco, y nada, lo que desde bien pequeño formó su modo de ser, ha seguido y seguirá siendo lo mismo. Y él lo conoce, ¡vaya si lo conoce! pero ya no puede remediarlo. Ha visto entronizarse el barullo y la mentira sin protestar á tiempo con hechos, y ha caído tarde en la cuenta de que el toreo-verdad le han obscurecido los lidiadores de ventaja. No ha mucho se quejaba de ello en la prensa por medio de una carta en que le sobraba razón para decir lo que dijo, pero

á nadie culpe si no á sí mismo de su postergación. Pudo, y por indolencia no quiso: aunque hoy quisiera, no podría.

Severísimos cargos puede hacerle la afición taurina, que sabe lo que vale, pero también sabe que por él y otros ha llegado el arte á la decadencia en que hoy se halla. Después de la muerte de Manuel García (*El Espartero*), ocurrida en Madrid el 27 de Mayo de 1894, Currito Arjona cediendo á las instancias de su familia, se retiró definitivamente del toreo, que perdió en él un torero tan gran conocedor del instinto de las reses, que bien puede decirse que especialmente con los toros marrajos y de sentido no ha habido nadie que se le pusiera por delante. Parecía que con éstos solamente gozaba en dominarlos y abatirlos, por lo mismo que eran más difíciles de lidiar. Tranquilo ya, vive en el barrio de San Bernardo de Sevilla, con su simpática y honrada esposa, hija del que fué espada Juan Martín (*La Santera*), gozando del bienestar concedido á los hombres de bien, decentes y caballeros.

---

**Arjona, Mariano.** — Picador de toros que en Madrid trabajó hace veintiocho años regularmente y nada más. Su mérito no ha de cantarle la posteridad: picó en las fiestas reales de 1878, y luego volvió á eclipsarse como ya lo estuvo anteriormente.

---

**Armarse.** — Así se dice cuando el espada lía la muleta y coloca el estoque alto, formando con el brazo una misma línea, en disposición de esperar al toro ó de arrancar á él. Puede decirse lo mismo del picador cuando cita al toro y se coloca en suerte con la garrocha; pero no es tan usual la palabra hablando de los jinetes.

---

**Armas.** — Las del toro son sus astas, y así se las llama; las del torero de á pie el capote y la muleta, ó sea el engaño; y las del de á caballo su fuerza en el brazo derecho y su inteligencia como jinete. Claro es que armas son la garrocha, los rehiletos y el estoque; pero sin aquéllas, de poco servirían éstas en la lidia.

---

**Armengol y Roca, D. Mariano.** — Si hay en Cataluña algún verdadero aficionado á nuestras fiestas de toros, lo es realmente el distinguido profesor de medicina de que nos ocupamos en este lugar. Nació en la misma plaza de toros de Barcelona, casa-administración, el 28 de Diciembre de 1843; ha escrito con inteligencia y talento,

y con los pseudónimos el *Barbián* y el *Acústico*, en varias publicaciones de Madrid y provincias: ha administrado y administra la plaza de aquella ciudad condal, con tal competencia y acierto, que



desde 1870, en que tomó ese cargo hasta el día, ha hecho cuadruplicar los productos de la finca: y por último, queriendo *hacer* afición en aquel país, cuando no ha habido empresario lo ha sido él, y siempre organizando en todos sus detalles las funciones. Así queremos nosotros los aficionados.

**Armengol y Castañé, D. Mariano.**—Hijo del anterior y no menos aficionado. Se le conoce en el mundo taurómico por el pseudónimo de



*Verdugillo*, con el cual ha escrito preciosos artículos en casi todos los periódicos taurinos de la

Península y Ultramar, adquiriendo un nombre distinguido. Es director propietario del *Toreo de Barcelona*, que fundó en Junio de 1889 con general aceptación por la competencia que demuestra en cuantas cuestiones trata, y la buena redacción de su parte literaria. Nació *Verdugillo* en la casa-administración de la plaza de toros de Barcelona el 22 de Marzo de 1871, tomó el grado de bachiller en 1890, y siguió la carrera de su buen padre, digno ejemplo que imitar. A tal extremo ha llegado la afición taurina en este joven, que no hace aún tres años se dedicó á la difícil tarea de enseñar el arte á media docena de muchachas, que luego en todas las plazas de España han dado muestras, lidiando becerros de dos años, de notables adelantos y de la diferencia que hay entre presentarse, como otras mocetonas, ante la fiera, sin más amparo que el de Dios, y acudir á todos los terrenos con inteligencia y sabiendo lo que va á hacerse. Lolita Pretel y Angela Pagés, especialmente, capean de todos modos, ponen banderillas en todos los terrenos, pasan bien de muleta y matan regularmente, con valor, sin precipitaciones y con conocimiento. No puede exigirse más, ni aun tanto, á criaturas que no llegan á la edad de veinte años, y el señor Armengol debe estar satisfecho del buen resultado de sus lecciones, que le han acreditado de maestro.

**Aroca, Agustín.**—En principios del presente siglo era un matador muy aceptable, que trabajaba por delante de Núñez (*Sentimientos*). En Madrid, un día de la segunda temporada de 1808, mató tres toros por la mañana y otros tres por la tarde de seis estocadas recibiendo, cuatro altas y dos bajas, y casi siempre que podía esperaba, y no se iba á los toros, lo cual era muy común entonces, porque al volapié arrancaban únicamente, cuando las reses no acudían por falta de facultades, que es el caso para que fué inventado, por el célebre *Costillares*.

**Arocha, Miguel.**—Fué uno de los más nombrados banderilleros, discípulo de *Costillares* y contemporáneo de José Delgado, en el último tercio del siglo anterior. No llegó á ser espada, ó al menos no le hemos visto figurar como tal en ningún cartel.

**Arquero, Antonio.**—Figuró como picader en los carteles de Madrid, donde trabajó por primera vez el día 9 de Agosto de 1819, y luego no ha pertenecido á cuadrillas de contrata constante, que sepamos, sin duda por no ser muy sobresaliente su trabajo.

**Arrancar.**— El acto en que, ya el diestro, ya el toro, parten y se dirigen uno al otro ó á cualquier punto ú objeto; y según á la distancia desde la que lo realizan, se dice arrancar por derecho, cuarteando, en corto, sobre largo, ó de lejos. — En el nuevo tecnicismo taurómico hay una suerte de matar que se llama *arrancando*, y se ejecuta del modo siguiente: cuando el toro se para en los tercios de la plaza, ó en otro sitio que no sea pegado á las tablas por aplomado; cuando después de haberle pasado de muleta convenientemente, se le deja colocado en suerte con los piés iguales y sin que la cabeza esté humillada; cuando el torero se coloque frente á frente, á una distancia un poco mayor que la que se exige para matar recibiendo ó á volapié: entonces, sabiendo que el toro conserva piés, y preparado en todo caso para que no le dé una colada, lía el diestro la muleta, se arma como para recibirle, y arranca de pronto sobre la res, haciendo en la cabeza un cuarteo disimulado, al tiempo que, ayudado por un quiebro de muleta muy marcado, clava la espada, y saliendo por piés hacia la cola del animal, se vuelve á esperar el resultado de la estocada.— Como siempre es feo y desairado arrancar de largo, y el verificarlo en corto, además de ser expuesto, no permite siempre hacer el cuarteo tan ceñido, hay diestros que, después de preparados con muleta y estoque, dan uno ó dos pasos atrás como tomando carrera, y con esto consiguen alargar la distancia más disimula-

damente. Podrá ser esto mejor para el diestro, pero tiene muchísimo menos mérito que arrancando en corto y por derecho, sea cualquiera el resultado de la estocada. Esta, no es más que una derivación de la estocada á paso de banderillas que describe Montes en su *Tauromaquia*, aunque más perfeccionada, pero no tanto como lo está el volapié, si bien en aquella y en éste, al llegar al centro de la suerte, tiene el diestro que acercar la muleta al hocico del toro para que humille. Actualmente, como más fáciles que las de recibir y volapiés, se usa mucho este modo de matar arrancando, que sentimos se haya generalizado, olvidando las grandes reglas de los buenos maestros. Puede hacerse con toda clase de toros.

**Arranque.**— El momento en que el toro parte ó se dirige al bulto. El acto en que el espada corre á pinchar al toro en cualquiera de las suertes de matar, menos en la de recibir y aguantar, que en éstas no corre, sino que espera. La acción del banderillero al correr á clavar los palos. El súbito acto en que el caballo del picador, por haber sido herido ó espoleado, emprende carrera poco menos que desbocado.

**Arrastrar.**— El acto en que las mulas sacan del circo á los caballos y toro muertos. Cada tiro de



LAS MULAS SACAN AL TORO.— L. FERRANT

mulas debe sacar solo un jaco, y nunca dos juntos, y ha de cuidarse de arrastrar antes á los caballos que al toro. En las principales plazas, se engalanan las mulas con ricas y vistosas mantillas y arreos, y las guían ramaleros y tronquistas vestidos á la calesera, en lo cual antes, mejor que ahora, tenían vanidad los interesados por sobresalir en riqueza y gusto sobre sus compañeros. Hasta los tiempos de Felipe IV no se usaron los tiros de mulas para el arrastre en la forma en que ahora se verifica.

**Arregui, Juan** (*El Guipuzcoano*).—Es tan nuevo en el arte de torear, que hasta verle anunciado como matador de toros en novilladas el año 1892, no teníamos noticia de su existencia. Nada hubiéramos perdido con no verle; le falta mucho para ser torero; sin embargo, con la práctica y los buenos deseos, todo puede conseguirse.

**Arremetida**.—El acto de echarse el toro sobre el bulto, llegando á él; diferenciándose en esto de la acometida, que no necesita para serlo tocar al objeto. Dice el *Diccionario* de la Academia que arremeter es acometer con ímpetu y furia; y como el toro siempre lo verifica de este modo, creemos que nuestra definición hará comprender á los taurómacos con más exactitud la diferencia entre ambas palabras.

**Arrollar**.—Se dice que el toro arrolla al diestro cuando no habiéndole éste dado bastante salida en cualquier suerte, se le echa encima, y sin tropezarle tiene que salir por pies sin consumarla; ó bien cuando, por revolverse aquél vivamente, ó por no dar tiempo á prepararse al torero lo bastante, queda sin ejecutar la suerte proyectada. Puede serlo también en la salida después de haberla hecho, y como la palabra la tomamos en el sentido de poner en derrota, un diestro puede ser arrollado sin «encunarle» ni «embrocarse». (Veánse estas palabras.)

**Arromerado**.—Por carteles de corridas celebradas en 1803, sabemos que entonces se usó este nombre para señalar la pinta de toros, malamente. Quisieron decir, ó al menos así lo decimos ahora, cárdeno claro.

**Arropar**—Se dice siempre que á los toros bravos, para conducirlos á punto determinado, en el campo, ó en las plazas para encerrarlos ó sacarlos

al corral se les rodea con los cabestros, tan de cerca que se tocan. Es admirable el instinto de los mansos, que, como si estuvieran persuadidos de su misión, estrechan de tal modo las reses bravas, que aconchándose á sus lados y colocándose delante y detrás, no las dejan ver siquiera el sitio por donde van.

**Arrue, Enrique** (*El Francés*).—Para ser torero empieza ahora el aprendizaje. ¡Se quedan tantos en él! Para él hará si todo lo confía al valor, olvidando, mejor dicho, no estudiando lo que son las reses y lo que es el arte de torear.

**Artaiz, D. Ignacio**—Caballero en plaza en las funciones reales celebradas en Madrid en el año de 1833 con motivo de la jura de la Princesa de Asturias, doña Isabel. Fué de los más afortunados rejoneando; mereció los honores de caballero y una pensión de la casa real. Le apadrinó el duque de Osuna; vistió traje á la antigua, color de botón de oro, ó sea amarillo fuerte, y ha fallecido en 28 de Septiembre de 1868, siendo oficial de Administración civil.

**Artau, Joaquín**—Catalán, joven y valiente creyó este mozo que nada más necesitaba para ser banderillero, y luego la experiencia le ha enseñado que hacen falta otras cosas para ser torero. Allá por México anda perfeccionándose.

**Arte**.—¿Debe llamarse así la tauromaquia, y de consiguiente *artista* al torero? Veámoslo. Llámase arte al conjunto de preceptos y reglas para hacer bien alguna cosa, al oficio que se ejerce para subvenir á las necesidades de la vida, y también se llama arte la producción de una obra cualquiera destinada á *cautivar la imaginación humana*. ¿En qué caso de estos se encuentra el de torear? Siempre ha sido esta cuestión acaloradamente sostenida, ya en pró, ya en contra, según los grados de afección ó antipatía que cada uno tiene á la fiesta nacional. Sus contrarios ni siquiera conceden sea arte, considerándole como oficio bajo y despreciable; y los entusiastas ó apasionados al toreo, no sólo le llaman arte, sino que le ensalzan más, mucho más que á alguno de los que por ejercitarse en teatros ó circos, confieren al que los practica el título de artistas. Dicen, y dicen bien en nuestro concepto: ¿ha de llamarse artista al bailarín, cuya ciencia está en sus pies, que realmente para ejercer su arte no necesita tener gran inteligencia, que le basta la habilidad adquirida en un oficio

que creemos completamente mecánico, y no ha de darse aquel nombre al que, siguiendo reglas fijas, inmutables, *estudia* las condiciones de la fiera, aplica rápidamente aquéllas para burlarla, pone en juego su inteligencia al par que su destreza para herirla y rendirla muerta á sus pies, *cautivando la imaginación humana* siempre que lo ejecuta? Para ejercer y desempeñar una industria ó un oficio no se exige otra cosa que más ó menos habilidad en las manos (á los danzantes en los piés), aunque, como en todos los oficios, haya sido preciso algún estudio para encontrar y establecer reglas por medio de las que pueda ejercerse convenientemente; pero aunque bajo este punto de vista pueda llamarse al oficio *arte*, no debe nunca apellidarse *artista* el que lo desempeña maquinalmente y por rutina. La Academia de la lengua llama artista al que ejerce algún arte, y artesano al que ejercita algún arte mecánico. El torero, ni ejerce arte mecánico, ni puede desempeñar su profesión maquinalmente, porque, ¡ay de su vida entonces! Necesita inteligencia, capacidad y gran valor para cumplir su cometido, y todo esto sólo pueden tenerlo hombres excepcionales. Si artista es el que posee un arte, á cuya perfección y mejor desempeño deben concurrir la *inteligencia* y la mano, dígasenos si con justicia no debe aplicarse ese calificativo al torero. Podrá hoy por hoy no comprendérsele entre *las bellas artes*; pero si *artes liberales* son «aquéllas en que tiene más parte el ingenio que la práctica y el ejercicio de la mano,» tendrá que llamarse liberal al *arte grandioso* que tiene tanto de magnífico como de inteligencia y valor se necesitan para ejercerle.

**Arteagabeitia, José** (*El Bilbaino*).—En el año de 1884 toreaba en clase de banderillero en la plaza de Regla, en la Habana, y aun creemos que llegó á matar algún toro. Dicen que manejaba con destreza el capote, que era valiente y bullidor; pero no podemos decir más de él, porque ni le hemos visto, ni desde entonces sabemos su paradero. Puede que América, en sus Repúblicas, haya sido el paradero de este compatriota.

**Arthur Ramos, José**.—Banderillero regular, que empieza á trabajar en Portugal, su país. No es cobarde, quiere, y ya es algo esto; pero hay que reflexionar un poco lo que va á hacerse y cómo va á ejecutarse, que es oficio de muchas quiebras y de fatales consecuencias el del toreo.

**Arus y Arderius, D. Rosendo**.—Poeta catalán, siempre aplaudido en cuantas obras ha dado al

teatro en aquel país; ha querido también ser celebrado allende los mares, y lo ha conseguido en Nueva-York con su precioso libro *Cartas á la dona*, que tanta boga y popularidad ha alcanzado. Periodista experimentado, es de aquellos que, apartándose de rodeos y sutilezas para atacar, va de frente, y con aguda frase y energía apostrofa, hierre y derriba razonando. Como escritor taurómico, después de haberse acreditado de inteligente en Madrid, Zaragoza y otros puntos, fundó en Barcelona el periódico *Pepe-Hillo*, de grandísima circulación y admirablemente escrito. Tal vez este periódico ha sido una de las palancas que más poderosamente han levantado en aquel país la afición á las corridas de toros, y proporcionado, por este medio indirecto, recursos á los pobres y beneficios al pueblo que le vió nacer.

**Asajarado**.—No teníamos la menor noticia de esta voz, hasta que nos la dió á conocer el ilustrado Sr. Carmena y Millán, ni la hemos hallado en los Diccionarios consultados al efecto. En nuestro concepto debe significar, en cuanto á la pinta del toro, un color rubio azafranado—ahora colorado claro—que es el que en muchas partes se llama «jaro», aplicándolo á algunos cuadrúpedos; y de jaro suponemos se formó la palabra *asajarado*, denotando la aproximación del color, como se usan las de aleonado, anteado y otras.

**Asensio, Bernardo**.—Banderillero notable en los últimos años del siglo anterior, perteneciente á la cuadrilla del célebre maestro Joaquín Rodríguez (*Costillares*). Dejó buen nombre, que es á cuanto puede aspirar el que para el público trabaja.

**Asín, Juan Alberto**.—Torero americano, que lo mismo trabaja á pie que á caballo; es decir, medianamente de aquel modo y bien jineando. Es de tez oscura, y su especialidad la del capeo á caballo, que practica con singular destreza.

**Aspeado**.—En tauromaquia, más aplicación que á los hombres, tiene esa voz cuando se trata de los toros ó bueyes que por virtud de haber recorrido grandes distancias se dice que están *aspeados*; es decir, maltratados de las patas y rendidos de cansancio.

**Aspiri, Luis**.—Hace lo menos veinte años que toreaba en novilladas, dándose buena maña para

banderillero. Desapareció de la escena muy pronto, tal vez por dedicarse á otro oficio.

**Asseca, Vizconde de.**—Ya no torea este apreciable caballero rejoneador portugués, cuyo trabajo, sin despertar entusiasmos, agradaba siempre al público, que veía en él un hombre dispuesto á complacer y cumplir con el deber á que se había obligado.

**Asta.**—Véanse CUERNO, ARMAS y PALA, en los respectivos lugares de este libro.

**Alenzano, José.**—Alguna vez, pocas, se ve el nombre de este banderillero en carteles é impresos que tratan de toros y son relativos á corridas de fines del pasado siglo; pero nada dicen acerca de su mérito y demás circunstancias.

**Astiblanco.**—El toro que tiene la mayor parte de la cuerna blanca, siendo la punta de la misma oscura. Pocas veces sale buen toro el astiblanco, aunque esto no puede decirse como regla general; pero es hijo de la observación en muchos años.

**Astifino.**—El toro que tiene las astas delgadas y finas; es decir, lo que pudiera llamarse pulimentadas; porque generalmente el cuerno que es grueso pocas veces es limpio ó brillante. Para esta calificación no hay que atender al modo con que estén colocados los cuernos, altos, bajos, bizcos, gachos, etc.

**Astillado.**—El toro que tiene uno ó los dos cuernos roto, formando en su final ó punta hebras ó astillas más ó menos grandes, hechas casi siempre por efecto de cornadas ó derrotes en los toriles, tapias ó cercas. No estorba dicha circunstancia para que se le considere toro de plaza, si no tiene otro defecto. La Academia no incluye esta palabra en su *Diccionario*.

**Atalaya, Conde de.**—A fines del siglo XVII, según dicen las crónicas portuguesas de aquel tiempo, era este Conde muy notable toreando á caballo. No hay pormenores de las fiestas en que tomara parte.

**Atalaya, Francisco.**—Picador de toros en la cuadrilla de José Redondo (*El Chiclanero*). Traba-

java siempre con grandes deseos de agradar, y fuerza es confesar que casi siempre lo conseguía. Era bravo, duro y sufrido. Retirado del arte, murió en 1875 en el Puerto de Santa María donde había nacido, recordándole aun los aficionados de Madrid con verdadero entusiasmo.

**Atienza, Manuel.**—Un banderillero en novilladas del montón de 1892. No puede juzgársele aun, y ya era hora, pero no siempre acompaña la fortuna á los buenos deseos.

**Atracarse de toro.**—Es lo mismo que *embraguetarse* el espada al dar la estocada. Sucede unas veces por no marcar bien con la muleta la salida del toro; por echarse éste encima al liar el matador; porque la res se acueste del lado derecho; y en pocas ocasiones, pero en algunas, por demasiada bravura del lidiador, que habiéndoselas con un toro codicioso y de sentido, sabe que es más cierto y seguro embraguetarse en corto que arancar de largo y saliéndose.

**Atravesar.**—El picador se atraviesa en la suerte suya cuando la rectitud del toro mira precisamente al costado ó estribo derecho, lo cual sobre ser muy deslucido, puede serle de fatales consecuencias. Vemos hoy, por desgracia, que muchas veces se atraviesan, porque parece que cuentan siempre con la seguridad de caer, y fían su salvación á las capas; pero antiguamente el toreo de á caballo fiaba más en su fuerza y destreza que en los auxilios que otros pudieran prestarle. Únicamente *Pepe Illo* consiente que se coloquen con el caballo atravesado en el raro y desusado caso de intentar picar en el terreno de afuera, para sacar de la querencia de las tablas al toro, y dá la razón de que éste no hará por el bulto, porque saldrá á buscar otra vez su querencia. Nosotros opinamos porque no se intente esta suerte.—El espada atraviesa al toro cuando le da una estocada alta ó baja, trasera ó delantera, que marca su final ó salida por el lado contrario, rasgando la piel, ó al menos señalándose en esta la salida, lo cual es censurable, porque de no haber hecho un extraño el toro, que se conozca por todos los espectadores, siempre creerán estos, que el matador cuarteó por salirse antes de tiempo, demostrando prudencia incompatible con su cargo.

**Atronar.**—El golpe dado con la puntilla en el nacimiento de la médula espinal de la res, ó sea en la cerviz, y con el cual el puntillero concluye

con la vida del toro; diferenciándose del descabello en que este se ejecuta por el matador con la espada antes de echarse el animal. Por lo demás, es igual el acto, si se exceptúa que el atronamiento es colocándose el torero detrás, y el descabello es situándose el espada de frente. También es atronar un caballo, cuando, además de tener vendados los ojos, se le meten estopas en las orejas, y se le atan para que ni vea ni oiga.

el arte de torear, para el que no tenía comprensión. Desde el año 1885 no hemos vuelto á saber de él. Creemos que pasó á América.

**Avecilla, D. Félix.**—Figura en esta forma, como sobresaliente de espada, en las célebres corridas Reales de 1789, cuando el advenimiento al trono



EL CACHETERO DA LA PUNTILLA — L. FERRANT

**Augusto, Cesáreo** (*O Gargalhadas*).—Hijo de Eleuterio José Severim y de Francisca Rita de la Concepción. Nació en Lisboa el 5 de Octubre de 1847. Es uno de los buenos pegadores que en el vecino reino han sido constantemente aplaudidos.

**Augusto, Antonio.**—Banderillero portugués que empezó á darse á conocer en 1868, y que no hizo grandes progresos en el oficio. Falleció en 1891, á consecuencia de un fuerte bolazo que le dió un toro en la plaza de Cintra, el día 29 de Junio del mismo año.

**Avalos, José** (*Arbelini*).—Fué gimnasta y después torero en novilladas; era hombre de facultades asombrosas, pero desconocía completamente

del Rey Carlos IV, y la competencia de Romero y Pepe Illo. Nada sabemos acerca de sus cualidades taurómacas.

**Avecilla, D. Félix.**—Caballero en Plaza que puso rejones en la función Real que se celebró en la Plaza Mayor de Madrid en 1803 con motivo de los desposorios del Principe de Asturias. ¿Será esté el mismo torero de que antes hemos hablado, ú otra persona de igual nombre?

**Aveiro, Duque de.**—En Portugal, en 1735 y cuando las fiestas Reales celebradas por el natalicio de la Princesa del Brasil, fué uno de los caballeros en plaza más distinguidos. Rejoneó como es costumbre antigua en España, no con *farpa* á la portuguesa.

**Avellar Troes, Victorino d'.**—Discípulo del Marqués de Castelo Melhor, empezó á rejonear á caballo á los 14 años de edad, vistas las buenas disposiciones que para lidiador presentó un año antes como pegador atrevido. El vasto herradero de Alfazeizao ha sido con preferencia el teatro de sus hazañas. Cuando por primera vez se presentó en Lisboa, precedido de gran fama, reveló ya conocimientos superiores que afirmó en Cintra en 1891, toreando un bicho difícilísimo. Como caballero, como pegador y como banderillero, ha demostrado siempre valor, inteligencia y gran observación, siendo también fundador en su dicha Quinta de Alfazeizao, de una escuela de tauromaquia á que asiste gran número de aficionados, y en donde se le ve ejecutar todas las suertes hasta la de matar que ha practicado alguna vez á estoque con gran precisión y serenidad. Es rico labrador, de buen carácter y muy espléndido.

**Averdugado.**—El color ó pinta del toro que se conoce por verdugo, pero poco marcada. No falta quien confunda ambos nombres en uno solo.

**Avila, Manuel** (*Paquíque*).—Banderillero que alguna vez figuró como sobresaliente de espada, toreando hace muchos años en Montevideo á las órdenes del matador Vicente García (*Villaverde*). Es posible que ya no exista en el mundo.

**Avilés, Francisco** (*Currito*).—Es un banderillero que mata novillos, y un matador de reses bravas en poblaciones de segundo orden que pone banderillas. Extremadamente bien no hace lo uno ni lo otro; pero trabaja muy regularmente, con mucha fe y grandes deseos; esperábamos conocerle con un nombre acreditado en el toreo, pero ya vamos perdiendo las esperanzas, porque ha dejado pasar sus mejores tiempos sin descollar, como había derecho á esperar de él. Mató por primera vez en una novillada celebrada en Madrid el 25 de Marzo de 1886.

**Avillez, D. José d'.**—Noble portugués, torero muy acreditado en todas las plazas de aquel reino, no solo por sus conocimientos en el arte, sino por su gran figura. Empezó en el año de 1868, y hace ya algún tiempo que se retiró con sus laureles á descansar en su casa y administrar sus intereses.

**Avizo, Vicente** (*El Navarro*).—Ha empezado á picar toros en novilladas hace pocos años, y no

es raro que todavía no le haya tomado el tino al arte. Con el tiempo todo se andará, y veremos qué camino toma: si «al vado ó á la puente».

**Ayala, D. Bernardino de.**—Caballero rejoneador muy nombrado en la corte en el siglo XVII. Casi todas las crónicas hablan de él con gran encomio.

**Ayuals de Izo, D. Wenceslao.**—Escritor de mediados del presente siglo que publicó diferentes periódicos, como *El Dómine Lucas*, *El Fandango*, *La Risa* y otros, insertando preciosas poesías alusivas á nuestra fiesta nacional, á la que era sumamente aficionado. Cuando en la Plaza vieja de Madrid lucían sus galas y hermosura bellezas como la duquesa de Medinaceli, la marquesa de Villaseca, la condesa de Toreno, las de Camarasa y otras ciento, la señora de Ayuals de Izo ostentaba su preciosa figura en la delantera de grada tercera, siempre vestida de maja y elegantemente prendida, llamando la atención por su hermosura y graciosa sonrisa. Fué el matrimonio «chiclanerista» decidido, y más de una vez, en las reuniones que frecuentemente celebraba en su casa, sostuvo con Martínez Villergas y Bernat Baldovi empeñadas contiendas acerca del mérito de los toreros y de la buena ejecución de las suertes.

Nació este popular novelista y también autor dramático en Castellón á 18 de Octubre de 1801 y falleció en Madrid á 17 de Enero de 1873. Profesó ideas liberales muy avanzadas y fué diputado á Cortes.

**Azabache.**—La pinta negra brillante que tienen muchos toros, y en especial los que se hallan bien criados y cuidados. En invierno es difícil que los toros tengan esta pinta, porque el pelo no es tan fino. Una de las ganaderías que tienen más toros de esta clase es la del Excmo. Sr. D. Eduardo de Ibarra, procedente de la de Muruve, de Sevilla, sin duda porque, además de cuidarlos bien, tiene la costumbre de no criar en su vacada toros que no sean de pinta negra exclusivamente; los que nacen con otra van al desecho de tiente y cerrado para novilladas ó al matadero: esta era hace pocos años la conducta de este ganadero ¿habrá variado de opinión? porque últimamente hemos visto toros de su vacada con pintas muy diferentes.

**Azagaya.**—Dardo pequeño arrojadizo que usábase en lo antiguo para molestar á los toros, en vez de los rehiletos, después inventados. En la famosa co-

lección de láminas taurinas de Goya se ven algunos moros usando de azagayas, las cuales, más que clavarlas llegando el hombre al cuerpo del toro, se las arrojaban desde corta distancia con una sola mano, amparándose de la capa ó alquicel que llevaban en la otra. Indudablemente ese fué el origen de las banderillas que siglos después adoptaron nuestros toreros dando así evidente muestra del progreso en el arte, al colocar á cuerpo descubierto dos banderillas á un tiempo, llevadas una en cada mano.

de la sacramental de San Justo y San Miguel de Madrid.

**Azararse.**—Aunque suele decirse de «cosa que se desgracia», según los Diccionarios de la lengua, en tauromaquia tiene distinta significación. Se aplica al torero que ante los toros hace, sin querer, manifestaciones de precipitado, preocupado ó huido, que demuestra poca tranquilidad de ánimo, ya en sentido de valor desesperado, ó de



ORIGEN DE LAS BANDERILLAS. — GOYA

**Azaña.**—No sabemos quién sería este diestro del siglo XVI ó XVII del que dice Villarroel «que no serán ilícitos los toros, por el caso particular de que muriese en las astas el famoso AZAÑA, toreador el más diestro que había en el mundo». En ninguna parte hemos encontrado dato alguno para comprobar quién era ese torero, hallándole únicamente citado en los escritos del Dr. Bravo de Lagunas, que se conservan en la Biblioteca nacional de Lima.

**Azaña, Bruno.**—Picador muy conocido, en Madrid especialmente, duro y de voluntad. Su falta de vista hacía que más de una vez marrase ó picase bajo, contra su intención, lo cual le incomodaba en extremo y procuraba enmendar su yerro. En su trato particular era alegre y decidor, de opiniones muy liberales, muy honrado y buen esposo. Ocupan sus restos un nicho de las galerías de la izquierda del patio grande del cementerio

miedo. Esto, que siempre es feo, únicamente puede tener disculpa, en el caso de haber sido arrollado antes el diestro ó visto la desgracia de algún compañero, aunque suceda que el valiente se azare precipitando su atrevimiento, y el preocupado ó huido procure escurrir el bulto.

**Azcútia, D. Manuel López.**—Exceleute poeta y distinguido jurisconsulto. Escribió diferentes obritas en prosa y verso acerca de las corridas de toros, por los años de 1846 á 1856, con singular gracejo y profundos conocimientos en tauromaquia. Después se dedicó á estudios más serios, llegando á desempeñar con especial aptitud el cargo de teniente fiscal del Tribunal Supremo. Era un cumplido caballero que falleció en Madrid el año de 1889 y había nacido en Carmona en 27 de Octubre de 1825. Fué el verdadero fundador en 1851 del periódico *El Enano*, que cedió después á don José Carmona.

**Azopardo, D. Rafael.** — Distinguido Director de *El Toreo de Valencia*, periódico escrito con gran conocimiento de cuanto se relaciona con el arte de Montes. No sabe bien el servicio que presta á la tauromaquia con su clarísima inteligencia y su excelente método de exposición.

**Azucena, Francisco (Cuco).** — Era un banderillero mediano, pero que agradaba por su graciosa figura. En 5 de Junio de 1840, al poner un par de banderillas á media vuelta en la plaza de Madrid, cerca del toril, volvió el toro, que era de la ganadería del duque de Veragua, divisa encarnada y blanca, por el lado de la salida, y enganchó á *Cuco*

con una tremenda cornada que, por haber sido en el costado, le causó la muerte. Fué enterrado en el cementerio de la Puerta de Toledo á los pocos días, acompañándole lo más florido de la afición torera de la Corte, y casi todos sus compañeros.

**Azulejo.** — Toro de la ganadería de Romero Balmaseda, antes de Barquero, berrendo en castaño, de buen trapío, que siendo lidiado en el Puerto de Santa María el día 24 de Junio de 1857 en séptimo lugar, tomó 23 varas, mató 9 caballos, y á petición del público no se le dió muerte y fué retirado, con grandes aclamaciones á su valentía.







**Baca, Francisco.**—Fué un buen picador de vara larga de la cuadrilla de Juan Romero, y después de la de *Costillares*. En Madrid trabajó constantemente por los años 1780 en adelante, cuya circunstancia es una prueba de su mérito, pues que de otro modo no le hubieran contratado por tanto tiempo.

**Baden, Antonio.**—En el primer tercio de este siglo tenía bastante aceptación como espada este compañero del predilecto discípulo de *Pepe Illo*, Antonio de los Santos. Dicese que más de un francés, en la época de la guerra de la independencia, sintió el peso de su atrevida mano y experimentó de cuánto arrojo y bravura fué capaz el hermano de

**Baden, Manuel.**—Matador de toros en tiempo del renombrado Juan Núñez (*Sentimientos*), con quien y con su hermano Antonio Baden alternó en diferentes Plazas de la Península. Parece que era muy altanero y que no podía oír con paciencia las muestras de desaprobación que alguna vez le manifestó el público, llegando el caso de irse al toro al salir del toril, porque durante la lidia del anterior había sido silbado, arrojar el capote al suelo, hacer un recorte, agarrarse al rabo del animal, colearle y derribarle, sentándose encima breves instantes. Esto denota su temeridad y su fuerza, porque si bien no es caso único el de haberse visto derribar á un toro coleándole cualquier diestro, es preciso para ello tener facultades físicas y conocimiento de las reses.



¡Á LOS TOROS! — MACÍAS,

**Baden, José Antonio.**—Émulo del distinguido matador de toros Juan Jiménez (*El Morenillo*, antes de 1830. Recibió lecciones del célebre *Curro Guillén* y del maestro Jerónimo José Cándido y se le vió adelantar rápidamente en su profesión. Dicen que valía menos que el *Morenillo*, pero que por su buena figura y airoso porte tenía más simpatías. Sin faltarle valor, era menos decidido que Antonio y Manuel Baden.

**Baden, Lorenzo.**—Como peón de lidia dicen que aventajaba á sus hermanos Antonio y Manuel; pero como matador, eran éstos mucho más seguros, especialmente el primero. No tomó alternativa en plazas de primer orden. Sin embargo, en Sevilla trabajó con el *Panchón* en 1818, en clase de espada. Los que entonces vivían en Madrid y fueron aficionados, nos dijeron que en la corte estoqueó alguna vez, solamente como sobresaliente ó media espada.

**Baden, Antonio** (*Moños*).—Es un banderillero de buenas condiciones. Tiene grandes deseos y fe en el arte; sale bien, entra mejor, cuadra regularmente y se retrasa más de lo que conviene. Hoy es esto; mañana veremos si demuestra que es descendiente de tan buenos toreros como los anteriores. Debe procurar á todo trance ingresar en una cuadrilla de primer orden para darse más á conocer, que otros que valen menos figuran ya en ellas y el tiempo pasa y no hay que desaprovecharle. Nació en Madrid el 11 de Junio de 1852.

**Baden, Francisco** (*Moños*).—Hermano del anterior, de menos inteligencia pero también muy valiente y pundonoroso.

**Baena, Ricardo** (*Baenita*).—Otro banderillero de los modernos, que hasta ahora no ha tenido tiempo de distinguirse. Llámánle algunos *El Barbi*, y tal vez otro apodo le pondrán en otras partes, pero si al menos con alguno se diera á conocer como bueno, el mote poco importaría.

**Baez, Miguel** (*El Mequi*).—Hubiera pasado el nombre de este torero, tan ignorado como sus hazañas, en Huelva y en todas partes, si no le hubiese hecho recordar su hijo

**Baez, Miguel** (*Litri*).—De los matadores de toros, de segundo orden, es de lo mejorcito. Valiente sin

alardes, no desprovisto de conocimientos en absoluto, va donde vaya otro de su categoría. Hiere en corto y por derecho; y por no dar suficiente salida con la muleta al entrar, ha sufrido ya más de un disgusto. Sin embargo, ha mejorado algo esa falta, atendiendo, sin duda, indicaciones de aficionados, porque es modesto y poco pretencioso. Nació en Huelva el 15 de Mayo de 1869, del matrimonio de Ana Quintero Rofa con Miguel Baez, (*El Mequi*), siendo bautizado en la parroquia de San Pedro de aquella ciudad. En un arranque de entusiasmo paternal *El Mequi* llevó á su hijo cierto



día al Matadero, y tomándole en sus brazos le presentó ante un toro bravo diciendo en voz alta: «Como yo lo soy, has de ser torero tú.» Vaticinio estrambótico que se ha cumplido siendo el hijo mejor torero que el padre. No se cuidó éste mucho de la educación del niño, que malamente aprendió primeras letras porque los corrales del Matadero le llamaban más la atención.

A los dieciseis años mató dos toros, uno de los cuales le volteó en la plaza de Trigueros; á los diecisiete, ó sea en 1886, despachó otros tres en la plaza de Aroche, saliendo herido en un muslo, pero cobrando por primera vez la recompensa de su trabajo, que consistió en seis duros y algunos regalos. También salió herido al año siguiente toreando en Bolullos del Condado y otro tanto le sucedió en 1888, matando un toro en Nerva. Figuró en Agosto de ese año, en el cartel de la plaza de Sevilla, alternando con los novilleros, *Currito Avilés* y *Fabrilo*, y luego, en la villa de Carmona,

mató, sustituyendo al *Ecijano* en 1889, cuatro toros, el último de los cuales le hirió. Después ha trabajado con aceptación en Madrid y en casi todas las plazas de España, sin seguir escuela fija ni otras lecciones que las que la práctica le aconseja, lo cual es de sentir, porque al lado de un buen maestro *Litri* podría llegar á donde no llegan todos.

Tomó la alternativa en Madrid en el año 1894, en 28 de Octubre.

**Baez, Lucas** (*Lucora*).—Natural de Huelva, como Miguel, empezó á torear en novilladas, allá en Andalucía, y se quedó atrás sin que su nombre haya vuelto á sonar desde hace ya media docena de años.

**Bajo**.—Se llama el puyazo que da el picador en el cuello del toro cerca de las paletillas; el par de rehiletes que pone el banderillero en igual sitio de la res; la estocada ó pinchazo que el matador da en la dicha parte, y que suele llamarse, si es muy baja, golletazo.

**Bajonazo**.—Véase ESTOCADA baja, y GOLLETE. Si es dado como recurso supremo, es tolerable, si no denota en el matador poca conciencia.

**Balaca y Canseco, D. Eduardo**.—Pintor de historia, natural de Madrid, donde nació en 1840, é hijo del notable miniaturista D. José, de quien es discípulo, y además alumno de la Real Academia de San Fernando. Sus cuadros vienen figurando en todas las Exposiciones desde el año 1858, habiendo obtenido por ellos diferentes recompensas; pero por el que la merece de todos los amantes del toreo es por un precioso cuadro «En la corrida,» que representa al matador de toros Angel Pastor saludando al público del tendido número 8 de la plaza de Madrid. No cabe mayor belleza ni verdad en el dibujo, ni más brillantez en el colorido. Balaca es profesor de la Escuela de Artes y Oficios, está condecorado, aunque no tanto como merece, y es un cumplido caballero.

**Balero, Antonio** (*El Papelero*).—Era un peón de lidia muy mediano, y también medianamente clavaba banderillas, en las pocas plazas donde trabajó, hasta que, en avanzada edad, se suicidó en Barcelona el 14 de Mayo de 1891. Su apellido aparece escrito en todos los impresos que hemos visto, como aquí va expresado.

**Baltar, Miguel**.—No servía para matar toros en novilladas, como él presumía. Lo entendió felizmente y se retiró: así debían hacer muchos. Fué su época la de mediados de este siglo, si es que época puede llamarse á un corto período de tiempo.

**Ballart, Miguel** (*El Catalán*).—Era un matador de toros en novilladas que vino á Madrid algunos años después que *Peroy*. Faltábale arte; era muy decidido y atropellado, y claro es, sin estudiar ni reflexionar sobre lo que ha de hacerse no es posible llegar á ninguna parte.

**Ballesteros, Alfonso**.—Picador de regulares condiciones en los toros de novilladas. No puede juzgársele aún, que es muy moderno; pero de primera intención diremos que sí parece buen jinete, es más frío que lo que conviene al picador que empieza y quiere llamar sobre sí la atención pública.

**Ballestilla**.—Así se llama uno de los modos de dar la puntilla á los toros en las plazas, y es la que más comunmente se ejecuta. Es cuando la res se ha echado, y viniendo el puntillero por detrás, da el golpe, arrojándola con fuerza en la cerviz. Acerca de los demás modos véase la palabra PUNTILLA.

**Banderilla**.—Es un palo de unos setenta centímetros de largo, aunque ahora llega ya á los setenta y ocho, con un hierro á la punta á manera de arpon, y adornado comunmente con papel picado. En las funciones de beneficio se visten las banderillas, ó sean los palos, con cintas y flores de colores; se forman en ellas faroles de papel ó tela, que, al romperse después de puestas, dan suelta á muchos pajariños, cuyo vuelo aumenta la algazara de la función; y se ponen en otras vistosas plumas cubiertas con una funda, que cae al colocarse aquéllas. Las hay también cortas, de unos veinticinco centímetros, que sólo se usan para determinadas ocasiones. Deben ser colocadas precisamente en lo alto del morrillo del toro, á poca distancia una de otra, lo cual consigue bien el diestro con la práctica, y teniendo cuidado al hincarlas de *juntar bien las manos y alzar los codos* lo más posible. Sobre las diferentes suertes de colocarlas hablamos extensamente en la palabra PAREAR. Sin embargo, fue

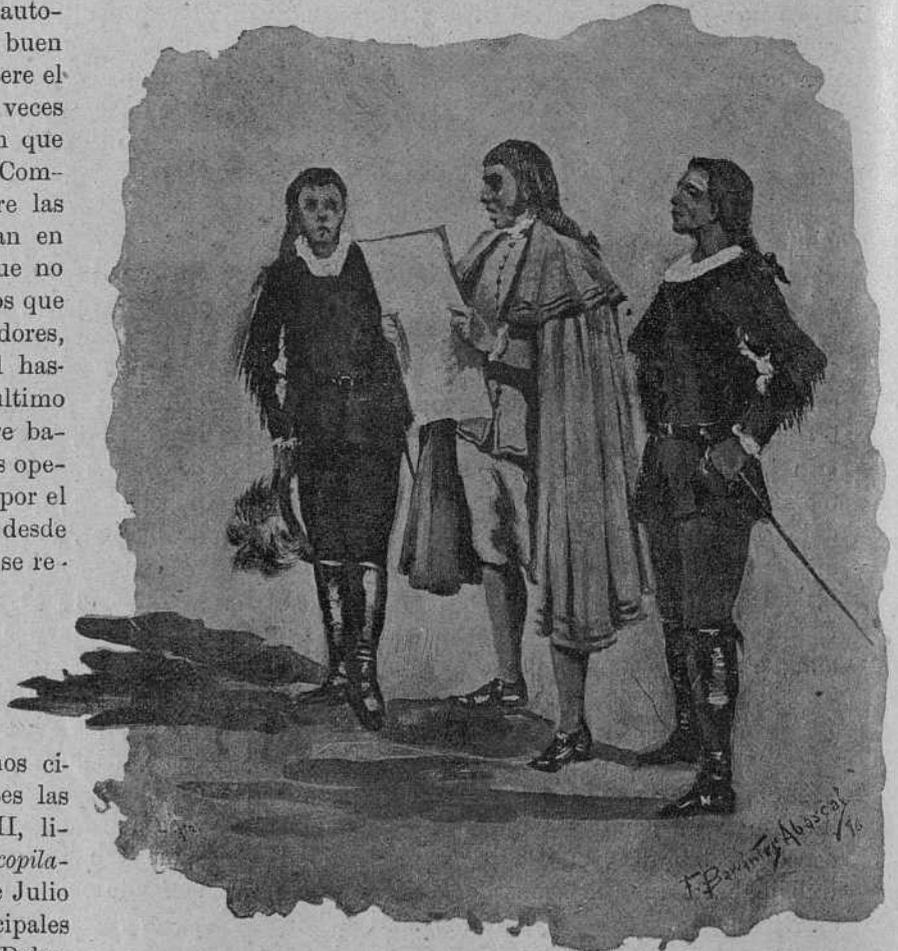


no será decir en este sitio que las banderillas que se clavan alargando los brazos y formando con ellas línea recta, son de poco mérito aunque pinchen en lo alto.

**Banderillero.**—El torero que pone banderillas. Generalmente los toreros de á pié empiezan su aprendizaje de banderilleros, que sabido es tienen la obligación de correr los toros con el capote, y cuando tienen ya suficiencia toman la alternativa como espadas, á no ser que prefieran ser buenos banderilleros mejor que malos espadas, lo cual suele acontecer, y es digno de ser alabado. Debieran todos los matadores haber aprendido á clavar banderillas antes de empuñar el estoque; pero hay muchos que desde luego se han dedicado á estoquear, y los ha habido de primera nota sin ser banderilleros. No es ciertamente requisito indispensable aquél para ser matadores; pero el que aspira á titularse *maestro* debe saber hacer todo lo concerniente al arte que profese, aunque sólo se distinga en una sola cosa.

**Bando.**—En casi todos los pueblos en que se celebran corridas de toros se acostumbra fijar un bando de la autoridad, dictando reglas de buen gobierno para que no se altere el orden, y regulando muchas veces el tiempo, forma y modo en que deben verificarse aquéllas. Comprende también casi siempre las prevenciones, que aun duran en los carteles de Madrid, de que no se arrojen á la plaza objetos que puedan perjudicar á los lidiadores, que nadie baje al redondel hasta que esté enganchado el último toro; que no se permita entre barreras más que á los precisos operarios, y otras advertencias por el estilo, bajo las penas que desde luego establece el bando, ó se reserva imponer la autoridad. Las facultades de ésta en los referidos casos vienen reconocidas desde muy antiguo, y entre las infinitas disposiciones que pudiéramos citar, son las más importantes las leyes 9 y 12, título XXXIII, libro VII de la *Novísima Recopilación*; el real decreto de 28 de Julio de 1852, y las leyes municipales dictadas con posterioridad. Debemos sin embargo advertir que los

alcaldes de los pueblos sólo pueden imponer multas que no excedan de cincuenta pesetas en las capitales de provincia, veinticinco en las de partido y pueblos de mil habitantes, y quince en los restantes, con el resarcimiento del daño que hayan causado, indemnización de gastos, y arresto de un día por duro en caso de insolvencia; y que contra esta imposición gubernativa puede el multado reclamar conforme determina la vigente ley municipal. Es muy conveniente que los alcaldes tengan presente ésta, y además el Código penal, para no extralimitarse, fijándose en el artículo que encomienda á los jueces municipales el conocimiento de los juicios contra los que den espectáculos públicos sin licencia, ó traspasando los límites de la que fuere concedida. Bueno es también saber que aunque la fuerza pública estará á las inmediatas órdenes del Presidente, si aquélla se ve acometida y tiene que repeler la fuerza con la fuerza, la responsabilidad de lo que suceda no será de aquél, sino del jefe que mande la guardia ó piquete destinado al dicho servicio. Por no lastimar el principio de autoridad, dejamos de apuntar bandos graciosísimos dados en diferentes épocas por distintas autoridades, que han dado lugar á chascarrillos y



EL BANDO. — BARRANTES

burlas de que no queremos hacernos eco; pero esto no impide para que nuestros lectores sepan que en el siglo pasado, ahora hace cien años próximamente, se prevenía al público que el sombrero apuntado sólo había de tenerse puesto durante la lidia con un pico atrás y otro delante, rectamente y sin bajar las alas, para no molestar á los espectadores colocados detrás, y sólo mientras se arrasaban los toros y caballos podían atravesarse el sombrero. Y nosotros tenemos cartel en que, además de otras prevenciones, se dice literalmente: «Mediante estar aprobado por el Gobierno que *cualquiera persona de uno y otro sexo* pueda mandar guardar los asientos que guste, así en los tendidos como en las gradas, sin usar del distintivo de pañuelos, capas ni otra cosa, se previene, para que llegue á noticia del público, que el que quisiere lograr esta *satisfacción*, deberá poner de su cuenta anticipadamente los criados ó sujetos de su confianza que se los custodien (no siendo muchachos desconocidos, para evitar los muchos perjuicios que de esto se han seguido), á quienes nadie podrá separar de ellos con pretexto alguno, sino los que los hubieren pagado, pues en su defecto se tomará perentoriamente con el infractor la correspondiente providencia, á fin de que se observen las acertadas del mismo Gobierno». Hasta el primer tercio del presente siglo era de rigor en Madrid salir á pié al redondel, despues de hecho el despejo, y entre dos alguaciles, el pregonero de la villa, que, previa la venia de la Autoridad presidente, leía el bando en voz alta, mientras los espectadores le apostrofaban y silbaban, repitiéndose los silbidos y gritos cuando se retiraba solo, porque los ministriles pasaban al sitio que hoy ocupan. Hace ya más de sesenta años que fué suprimida en Madrid esta inútil ceremonia.

**Bañuelos y de la Cerda, D. Luis.**—Escribió en 1605 un libro de la Gineta en que comprendió varios capítulos dando reglas sobre la manera de torear á pié y á caballo y explicando la forma en que se celebraban esas fiestas en Córdoba, de donde él era natural y vecino. Decía mucho de las lidias de toros; del modo de esperarlos cara á cara, sobre la forma de torear con el garrochón; cómo se había de dar cuchilladas á las reses en los empuños de á pié, y cómo se había de andar con ellos con las varillas ó cañas.

**Bañuls Aracil, D. José.**—Este buen escritor alicantino es un ejemplo vivo de lo que vale en el hombre la voluntad para ocupar en la sociedad un buen puesto, aunque su origen haya sido humilde. Sus padres, modestos pero honrados indus-

triales, le dedicaron, desde muy joven, á trabajos mecánicos, apenas iniciado en las primeras letras; aficionado á éstas, se dedicó con empeño á estudiarlas en la lectura de libros clásicos, y se atrevió á escribir para el público, alentado en estos principios literarios, y después, por el distinguido escritor D. Antonio Lozano Enriquez, que le guió y condujo eficazmente en sus primeros pasos. En la *Revista* que sucedió á la *Revista de espectáculos* y en esta también colabora con asiduidad, como redactor desde su creación, lo mismo que en todos



los políticos, literarios y taurinos de Alicante, entre los que se cuenta como redactor taurófilo del *Graduador* que es el decano de aquella prensa. Nos han asegurado que el elegante y castizo escritor Excmo. Sr. D. Rafael Alvarez Sereix tiene escrito un prólogo para un libro de poesías que piensa dar á luz *Bañuls* muy en breve, y que ha de justificar una vez más las dotes literarias que posee. Corresponsal de varios periódicos taurinos de provincias, la fiesta nacional es su pasión, la prensa su cariño y los caballos su encanto. Nació en Alicante el 2 de Agosto de 1854.

**Bañuls Aracil, D. Vicente.**—Este notable artista es un entusiasta aficionado y admirador de la fiesta nacional y ha colaborado en el famoso periódico taurino *La Lidia* con preciosos dibujos que han ilustrado muchos números. Interpretando maravillosamente el pensamiento de la espléndida Sociedad taurómaca *Specta Club* de Alicante préstala gran servicio dibujando todos los lujosos programas anunciadores de las corridas de toros que viene celebrando desde su creación. Nació en Alicante el 19 de Noviembre de 1865, dedicándose en sus primeros años á tallista, y después á trabajos de más importancia y á estudios que le han dado vastos conocimientos, hasta el punto de que puede afirmarse que es una verdadera enciclope-

dia. Suyos son, además de otras obras de pintura, el plafón, frontís y medallones del Teatro Principal de dicha ciudad, y en escultura algunos mausoleos y un hermoso busto del eminente actor Rafael Calvo. Premiado en varios certámenes artísticos, es hoy profesor de la clase de dibujo en la escuela de Artes y Oficios de su país, considerándole cuantos le conocen por sus obras, como pintor inspirado, escultor notable y disecador aventajado. Así también debió juzgársele cuando en la Exposición regional de 1894, le fué concedida me-



dalla de oro, y lo mismo pensó la Junta encargada de elevar en Alicante una estatua al distinguido hombre público D. Eleuterio Maissonave, al encomendarle ese trabajo, que honra á Bañuls en tal extremo, que bien puede decirse, sin exageración, al contemplarle en la plaza de San Francisco sobre magnífico pedestal, que ambas obras están pregonando á voces el gran talento del autor y demostrando que de las clases más humildes de la sociedad salen los grandes artistas, si hay hombres que les ayuden á vencer dificultades, como sucedió á éste con la poderosa protección de D. Luis Penalva.

**Baquero, Francisco** (*Baquerito*).—Clava con precipitación las banderillas en funciones de toros, no los corre mal y tiene gran voluntad. No se pue-

de pedir mucho más al que empieza, pero hay que ir mejorando y no estacionarse, que el tiempo pasa y no vuelve.

**Baptista da Cunha, Antonio**.—Claro es; quien poco vale, poco trabaja y por eso no llaman á este rejoneador á torear en su país, que es Portugal. Fáltale voluntad que es una de las cualidades más necesarias para trabajar en público, como que sin ella nunca se aprende.

**Baragaña, D. Eugenio García**.—Imprimió en Madrid el año de 1750 unas *Reglas* para torear á pié, más extensas que las que veinticuatro años antes había escrito Novelli. Son buenas, aunque demasiado lacónicas, y de ellas se hace mención en casi todos los libros de toreo escritos con posterioridad.

**Barahona, José**.—Ahora empieza á rejonear toros á caballo y en Portugal. A ver si se aplica que para él hará y su nombre lo ganará.

**Baratero**.—Toro de la ganadería de don Ramón Romero Balmaseda, procedente de la antigua de Cabrera, de Sevilla; divisa verde, blanca y encarnada; colorado, bragado, bien armado, grande y de buen trapío. Fué disecado en el año de 1866, después de ser lidiado en la plaza de Madrid con el nombre de *Colegial* en 21 de Octubre de dicho año, y enviado á la Exposición Universal de París. Para sacarle arrastrando de la plaza se tuvo la precaución de envolverle en una estera, á fin de evitar el roce de la piel con la arena. El distinguido fotógrafo don Pedro Marzo sacó varias fotografías de tan hermoso animal con la perfección que acostumbraba dicho artista.

**Barbales, José**.—Era uno de esos mozos atrevidos, que sin encomendarse á Dios ni al diablo, se lanzan á la arena con más valor que inteligencia. En 9 de Agosto de 1819 picó á caballo, y después banderilleó y mató al quinto toro de la tarde lidiado en Madrid. No le hemos visto en carteles después de aquella fecha, ni oído hablar de él más que en el sentido que dejamos mencionado.

**Barbar, Miguel** (*Catalán*).—¿Por qué matará toros este hombre? ¿No sería mejor para él y para el arte que, puesto que no es cobarde, aprendiese primero á torear?

Esto le decíamos hace dieciocho años; pero el hombre desoyó nuestros consejos y se retiró del toreo, no sabemos si por voluntad ó compelido por las circunstancias. Tal vez consideró superior á sus facultades y á su inteligencia el estudio del arte y tomó el buen acuerdo mencionado.

**Barbear.**—Dícese que el toro barbea las tablas del redondel ó las tapias del cercado, cuando alzando el hocico va rascando aquéllas con la parte inferior de sus quijadas. Puede admitirse como regla general que el toro salta sin gran trabajo tanta altura como aquella á que alcance con la barba. Toro que en plaza empieza á barbear da mala señal de bravo y evidente muestra de estar huido.

**Barbieri, D. Francisco Asenjo.**—¿Qué hemos de decir nosotros de tan eminente celebridad musical? ¿No sabe toda Europa quién es Barbieri? ¿No recuerda Madrid, y con Madrid España entera, la preciosísima música de la popular zarzuela *Pan y Toros*? Pues entonces inútil es que digamos el motivo de incluir su nombre en



nuestro Diccionario. Nadie con más razón puede ocupar en él un puesto, porque con solo la música de dicha zarzuela, y prescindiendo de otras

piezas que todos recuerdan con deleite, ha fomentado la afición á los toros, popularizando aires nacionales que, por ser encomiásticos de dichas fiestas, la protegen ensalzándola. ¡De qué buena gana nos extenderíamos enumerando sus méritos! Pero no permitiéndolo la indole de nuestro libro, nos limitamos á decir que este gran maestro nació en Madrid el 3 de Agosto de 1823, siendo bautizado el día 5 en la parroquia de San Sebastián, y que después de mil penalidades, afrontadas con enérgica constancia, llegó en su arte á donde pocos llegan, viéndose condecorado con dos grandes cruces y perteneciendo á las Reales Academias Española y de Bellas Artes de San Fernando. Justa recompensa al que, empezando á ganar tres reales diarios como clarinete de la banda de un batallón de la Milicia nacional, luego cuatro pesetas de corista en una compañía de ópera italiana, más tarde maestro de coros y director, crítico musical, escritor de nervio é implantador de la zarzuela en España, ha empleado toda su vida en el trabajo, honrando al pueblo que le vió nacer. Murió en Madrid el 19 de Febrero de 1894.

**Barbudo.**—Nombre del toro que mató al célebre José Delgado (*Ilo*) en la tarde del 11 de Mayo de 1801 en la plaza de Madrid, según los pormenores que expresamos en la reseña biográfica de dicho diestro en el lugar correspondiente. Era el animal negro, cobarde y de ganadería de Peñaranda de Bracamonte, y fué el séptimo de la corrida. Entre otras muchas láminas entonces publicadas, D. Atanasio Rodríguez dibujó y D. Roberto Prádez grabó una grande estampa con el retrato de este toro y los detalles de la catástrofe. Parece que el animal perteneció á la ganadería de D. José Rodríguez, según unos, y á la de la condesa de Peñafiel según otros, y que usó divisa escarolada, aunque noticias recibidas por nosotros directamente dicen que el dueño de la ganadería fué D. José de la Peña, y hoy la poseen D. Enrique Méndez y D. Pablo Prieto, que no la destinan á la lidia. No es cierto, como se ha dicho en otros impresos, que la cabeza de *Barbudo* haya estado en la Historia Natural, porque no fué diseccionada.

**Barcáiztegui, Martín** (*Martincho*).—Es común opinión entre muchos aficionados de valía, la de que casi siempre descuellan en el arte de torear los hombres que han permanecido mucho tiempo al lado de las reses en el campo; y fúndanse para ello, principalmente, en que por necesidad tienen que estudiar la índole é instintos de aquéllas des-

de que las ven nacer, y en que, por lo tanto, la importantísima parte de conocimiento del ganado que debe tener un buen torero la llevan aprendida, antes que las reglas de torear les sean conocidas con la debida precisión.

Lejos nosotros de negar este aserto, creemos firmemente que los hombres de campo tienen mucho adelantado para ser buenos toreros por la razón antedicha, y porque, al cabo del tiempo que entre toros andan, llegan, permítasenos la frase, á familiarizarse con ellos. Es decir, que de las tres condiciones esenciales que nosotros exigimos á los buenos lidiadores, la gente de campo trae lo menos la mitad, que es el valor, y además un conocimiento grande de los instintos del ganado. A veces, casi siempre, vienen también acompañados de la ligereza, sobre todo si se dedican á torear á pié; de modo que sólo les falta adquirir el conocimiento de las reglas del arte, como antes hemos indicado.

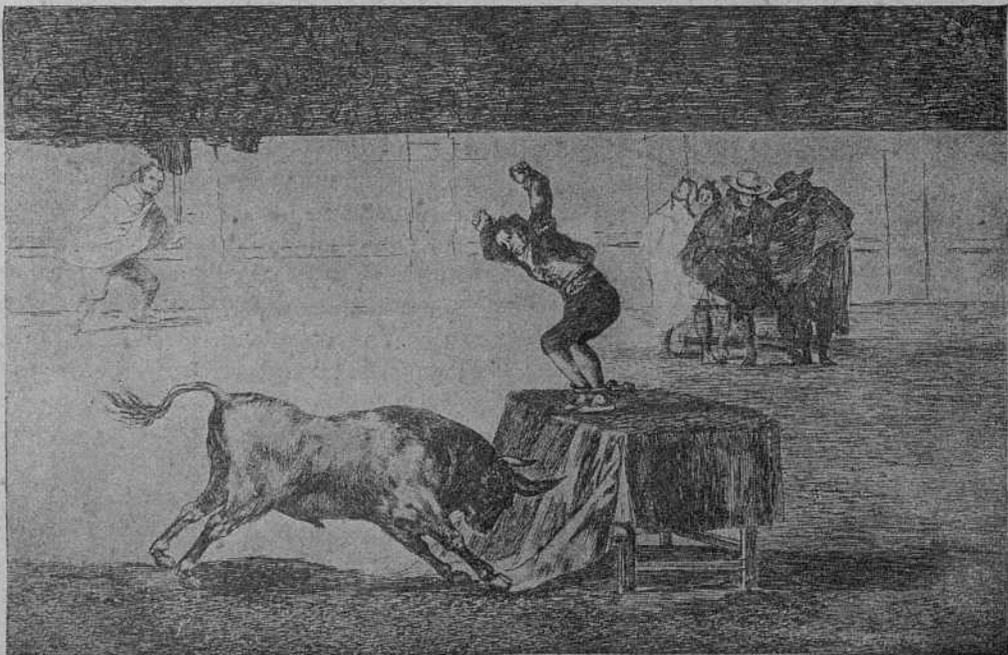
Con estas aventajadas condiciones se presentó á torear en las plazas de España, durante el último tercio del pasado siglo, Martín Barcáiztegui (*Martincho*), hombre cuyo temerario arrojo asombró entonces, y que hoy mismo, al referirse sus más notables hechos, admiran por lo increíbles y arriesgados.

Han supuesto algunos que Barcáiztegui era navarro, y en este concepto le han tenido, considerando paisano del pamplonés Leguregui, á quien acompañaba frecuentemente toreado; y aunque D. José de la Tixera dice que nació en la

villa de Haro, esto no debe ser exacto, si hemos de creer á los autores modernos que aseguran que Martín nació en la importante villa de Oyarzun, próxima á San Sebastián, en la provincia de Guipúzcoa, á mediados del precedente siglo. Fué pastor de los ganados pertenecientes al acaudalado D. Ambrosio de Mendiadua; y tal vez hubiese continuado siéndolo toda su vida si no hubiese visto torear casualmente al dicho Leguregui y otros que acompañaban á éste.

Parecióle á *Martincho* (este era el apodo con que desde pequeño se le conocía en el país) que no era cosa muy difícil lidiar toros, siempre que el lidiador tuviese valor para ponerse delante de ellos. Su hasta entonces limitada inteligencia comprendió que la vida del torero, en medio de los azares y peligros á que está expuesta, es alegre, variada y sobre todo independiente. Vió por un lado que su vida se deslizaba sosegada, tranquila, pero reducida, digámoslo así, á una perpetua servidumbre; y por otro, reparó que los toreros eran agasajados, aplaudidos y bien pagados en cuantas partes se presentaban, y que como hombres libres disfrutaban de las ventajas que la libertad ofrece.

Se hizo, pues, torero. Abandonó su pueblo, sus ganados mansos y bravos, y marchó con Leguregui y otros á torear en diferentes plazas de la Península. Desde el primer momento se advirtió en él más al hombre confiado, bravo y temerario, que al estudioso, inteligente y reflexivo. Pero su bravura, su afán de sobresalir por todos, no tenía



EL SALTO DE «MARTINCHO». — GOYA

límites, y nadie conseguía los aplausos que á él se le tributaban.

Es verdad que nadie se atrevía á hacer tanto como él. Su excesivo valor, que podríamos llamar bárbara temeridad, le hizo intentar y ejecutar suertes hasta entonces nunca vistas, como la de saltar con los piés atados desde lo alto de una mesa por encima de un toro, y sentarse delante de éste después de haberle rendido capeándole.

Hay quien le atribuye la invención y ejecución en las plazas del capeo llamado *á la navarra*. Nosotros no sabemos si realmente *Martincho* fué el inventor de los lances de capa á la navarra, aunque parece eran su favorita suerte. Consta, sin embargo, que antes que él hubo otros toreros navarros diestros en toda suerte de capeo; pero esto no quita fuerza al dicho referido.

Lo que *Martincho* hizo más de una vez, y nadie lo intentó siquiera entonces y mucho menos después fué la difícilísima y arriesgada suerte de matar toros sentado en una silla, sin muleta en la mano y con grillos á los piés. No se comprende tanto valor, tanto corazón. Y sin embargo, seguridad tenía al ejecutarlo, porque si no lo hubiera hecho con conocimiento de lo que intentaba, hubiera tenido graves cogidas desde el primer momento, y lo cierto es que nunca en dicha suerte fué enganchado.

Hoy nos admiramos, y con razón, de que un hombre se coloque sentado en una silla para poner banderillas á un toro, y que aquél salga ileso por medio de un rápido movimiento de cuerpo que llamamos *quiebro*. ¿Que diríamos si viésemos á otro, también sentado en una silla, pero con grillos en los piés, y por consiguiente sin poderse mover, sin más muleta en la mano izquierda para dar salida al toro que el castoreño de anchas alas y un desnudo estoque en la derecha, igual ó más corto que los que ahora se usan?

Hasta parece increíble que esto se haya ejecutado con repetición, y lo raro del caso haría que cuando menos se pusiese en duda, si no estuviese completamente probada la autenticidad del mismo. Además de que no hay historiador que deje de hablar de tan difícil suerte cuando nombra á *Martincho*, bastaría para nosotros el testimonio del célebre pintor D. Francisco Goya, que inmortalizó los rasgos de audacia de aquel matador de toros, incluyéndole en su original y magnífica colección de láminas titulada *La Tauromaquia* ejecutando dicha suerte.

Y ya que hablamos de Goya, diremos aquí, sin embargo de que ampliaremos detalles al hablar de este gran genio en el lugar correspondiente de este libro, que *Martincho* fué muy amigo suyo, hasta el punto de vivir juntos en muchas ocasiones.

Como pudieron hermanarse las voluntades de

dos seres tan enteramente distintos, no lo sabemos. Goya, todo inteligencia, todo inspiración. *Martincho*, todo voluntad, rústico atrevimiento. Tal vez aquél, cansado de las farsas y mentiras sociales, no encontró verdad más que en el hombre, que le obedecía ciegamente en cuanto le pedía ó mandaba.

En *Martincho* no había ficción de ningún género; ofreció de buena voluntad á Goya cuanto él podía y valía, y este aceptó con sinceridad la oferta. Vivieron juntos, viajaron juntos, y unidos torearon más de una vez.

Pero esto no pertenece á la biografía de Martín Barcáiztegui, por más que con su vida tenga tanto enlace. Cuando nos ocupemos de Goya, haremos ver lo que respecto del toreo fué este inimitable artista. Alma grande y de atrevidas concepciones, simpatizó con el gran corazón y temeraria audacia del torero; porque ni la inteligencia del uno podía asociarse con lo que no fuera extraordinario, ni el bárbaro atrevimiento del otro sujetarse más que á un genio privilegiado.

*Martincho*, después de torear un buen número de años, se retiró á su país, y allí murió el 13 de Febrero de 1800 de una enfermedad que en pocos días acabó su existencia. Fué enterrado en Deva, que es el punto en que falleció, según asegura un historiador, aunque no hemos logrado comprobarlo.

El toreo perdió con él un valiente, que no debía á nadie su enseñanza, y que con sólo su valor y práctica se abrió paso entre la multitud para señalarse como uno de los que más llamaron la atención en su época. Le apodaron el *inimitable* porque en efecto lo era en los quiebros ó ceñidos recortes que hacía á los toros con el cuerpo, y con las banderillas al tiempo de plantarlas. Con la espada se desempeñó con mucho aplauso, dice un autor ya citado, y en lugar de muleta usaba por lo común de un broquel ó rodela. Ha sido considerado como el más sobresaliente lidiador de su país.

**Barciela, Manuel.**—Banderillero moderno y por lo mismo de poco nombre. Donde más se le conoce es en Andalucía, y de allí pasó á México en 1892. ¿Se habrá quedado por allá?

**Barco, Miguel.**—Picador de vara larga, del que han quedado pocas noticias. Se sabe que en Sevilla trabajó por primera vez el 9 de Mayo de 1802, pero ningún dato hemos recogido para comprobar si toreó ó no en Madrid.

**Barea, D. Enrique.**—Notable escritor y aficionado excelente. Fué el alma del batallador y bien

escrito periódico titulado *La Verdad Taurina*, que tanto renombre alcanzó en las contiendas que sostuvo en defensa de determinado diestro con casi todos los periódicos taurinos de España. Ya hemos dicho que era apasionado; pues bien, aquel apasionamiento hizo morir al periódico, y el señor Barea desde entonces no ha escrito más que las revistas de toros en un diario político que hubo en Sevilla, titulado *La Avalancha*. Después se dedicó de lleno á los trabajos políticos y ha dejado los taurinos. Es lástima, porque eran notables sus escritos, tanto por sus formas correctas, cuanto por sus conocimientos del arte. Reside en dicha ciudad andaluza y aun creemos que es natural de la misma.

**Barnabas, D. Francisco.**—Caballero portugués, gran jinete, que rejoneó toros en la Plaza Mayor de Madrid el día 21 de Agosto de 1623, representando á D. Duarte de Portugal, de la familia real lusitana, cuyo reino pertenecía entonces á España. Vistió traje leonado con pasamanería de plata.

**Baro, Nicolás.**—Podrá haber habido banderillero que supiese más que este, pero no que haya alegrado más la plaza ni se haya llevado más palmas. Era cuñado de José Redondo, en cuya cuadrilla figuró dignamente; y á consecuencia de haberse inutilizado en un vuelco de diligencia, dejó de trabajar en 1874. Ha sido un guapo mozo, dócil, complaciente y agradecido, pero tenía un defecto que suele ser más general de lo que debiera: el de parrear sólo por un lado y esto, como fácilmente se comprende, limita mucho el mérito del lidiador. Con el capote no pasó de regular.

**Barrabás.**—Toro de la ganadería de D. Joaquín de la Concha y Sierra; blando, receloso, barroso oscuro, bien armado; divisa celeste y rosa. Fué el que en 1.º de Junio de 1857 dió una terrible cornada al espada Manuel Domínguez en la plaza del Puerto de Santa María, causándole en la cara tan tremenda lesión, que le sacó de su órbita el ojo derecho. El suceso ocurrió del siguiente modo: Pásole Domínguez de muleta dos veces, y el toro se fué á las tablas del lado opuesto. Allí le paró, y armándose, le dió un volapié muy trasero, en cuyo momento la fiera enganchó al matador por debajo del brazo derecho, y al sacudirle en el derrote, lo enganchó de nuevo por debajo de la mandíbula derecha, internando la punta del cuerno hasta clavarse en el cielo de la boca; y al volverle á sacudir contra el suelo, le salió el ojo derecho de la

órbita. A pesar de tan terrible lance, Domínguez, al levantarse por sí sólo, miró su ojo, suspendiéndole con su mano; y apoyado en la barrera, estuvo desangrándose siete minutos, porque la puerta que conducía á la enfermería estaba ocupada por el toro. Á los cincuenta y tres días de tan tremenda cogida toreaba en Málaga toros hermanos del *Barrabás*.

**Barranco, Juan.**—Natural de Coria del Río. Fué un notabilísimo picador de vara larga en el segundo tercio del precedente siglo. Por salvarle á él de una cogida segura en la plaza del Puerto de Santa María el 23 de Junio de 1771, fué mortalmente herido José Cándido, que, llevándose al toro con el capote, se escurrió, cayó y fué atravesado por los riñones y herido en un muslo por el toro sexto de la tarde. El salvar á Barranco de la muerte, costó la vida al desgraciado Cándido, pero su acción heroica ha pasado á la posteridad como muestra de los nobles sentimientos que á los toreros animan en las plazas por salvarse unos á otros.

**Barragán Cantalapedra, D. Gregorio.**—Este distinguido poeta y veterano periodista, cuyo nombre figura ya en el Diccionario biográfico de escritores y artistas del siglo XIX, de los señores Frontaura y Ossorio y Bernard, nació en Valladolid el 24 de Diciembre de 1848. Ha sido director de *El Periodiquillo* y de *El Tío Leña*, y redactor y colaborador de varios otros periódicos y revistas, distinguiéndose en todos sus trabajos literarios por la brillantez y corrección de su estilo. Grande y entusiasta aficionado al arte de Montes y *Pepe Illo*, al comenzar su publicación *La Izquierda Dinástica*, hace quince años, se le encomendaron por ello las revistas de toros, que firma desde entonces acá con el pseudónimo de *Banderilla*. El carácter especial de sus crónicas taurinas, es la gracia é intención de las oportunas alusiones políticas con que las adereza, y le han conquistado merecido renombre entre los más autorizados é imparciales escritores de este ramo especial del periodismo contemporáneo.

**Barrera.**—La valla de madera colocada alrededor de la plaza, que sirve de guarida á los diestros cuando vienen perseguidos por los toros, y tras de la cual, además de los carpinteros y otros dependientes, se colocan los alguaciles á las órdenes de la Presidencia para comunicarlas á los lidiadores y demás personas que es necesario. Debe tener la altura de 1,60 metros, poco más ó menos,

por la parte de fuera, y 1,30 por la de dentro, ó sea el callejón que forman la barrera y contrabarrera. Es muy conveniente que de trecho en trecho por la parte interior, estén colocados algunos bur-laderos.—También se llama en Madrid barrera el asiento más inmediato al callejón de ella, que es el primer escalón del tendido, y que en algunas provincias dicen delantera, talanquera, etc. Covarrubias en su *Tesoro* define así esta palabra: «BARRERA: la cerradura del coso donde lidian los toros, por estar cuajada de maderos atravesados unos con otros, que llamamos barras, ó porque cercan el campo». Aunque está mandado que en el callejón que forma el interior de la barrera no se coloquen más que los precisos operarios, la invaden tantos que no lo son, sin que las autoridades se cuiden de tal abuso, que más de una vez se han originado desgracias si ha saltado algún toro de improviso.

**Barrera Trigo, José.**—Buen picador. Sobrino del célebre José Trigo, heredó de éste el valor y la fuerza, pero no la gracia de atraerse las gentes. Era notable y concienzudo; poco alegre: si hubiese sido más complaciente, nadie se hubiera llevado más palmas, porque yalía y sabía. Empezó en 1849 y después de retirado del toreo, falleció en su casa del barrio de San Bernardo, de Sevilla, el día 24 de Marzo de 1881.

**Barrera Soto, José.**—Va para banderillero, como dicen sus amigos, pero nosotros, que solo una vez le vimos en Madrid en 1892, no pudimos averiguar á dónde iba. Tanto debe haber corrido que no le hemos vuelto á ver, ni á saber su paradero.

**Barrenar.**—Cuando un espada ha introducido parte del estoque en el morrillo del toro, á paso de banderilla ó arrancando, y viéndose «libre de cacho» forcejea por introducirla más para ahondar, lo cual es vituperable y desluce mucho á cualquier diestro.

**Barrio, D. Evaristo.**—Pintor de historia, que, á juzgar por las muestras de los cuadros que hemos visto representando suertes de toreo, en que hay mucha verdad, promete ser muy notable. Es natural de Burgos é individuo corresponsal de la Academia de San Fernando desde 1874.

**Barrios, Manuel.**—Torero cordobés, que á fines del último siglo era jefe de cuadrilla de á pié. Su

nombre como lidiador es poco conocido, lo cual nos induce á creer que su mérito sería poco relevante.

**Barrios, Pedro.**—Hermano de Manuel y banderillero como éste. Natural de Córdoba. Trabajó á fines del precedente siglo. No ha llegado su fama á eternizarse ni mucho menos.

**Barros Lima, Jorge.**—Cuando Portugal obsequió al Rey D. Alfonso XII, en 1885, con corridas de toros, se presentó de mozo de forcado por primera vez, y ha adelantado desde entonces notablemente, en términos de que hoy se le tiene por uno de los mejores pegadores.

**Barros Lima do Rego Barreto, José de.**—Es tenido en Portugal como uno de los mejores mozos de forcado por su inteligencia y valor. Pocos han tomado parte en tantas corridas como él desde 1876, lo cual demuestra la grande aceptación que tiene entre sus paisanos.

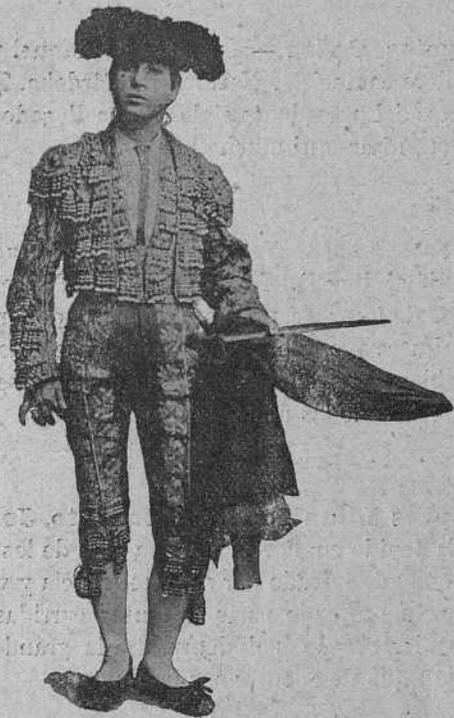
**Barroso.**—El toro cuya piel tiene un color amarillento sucio, ó mejor dicho, «jabonero puerco», que tira á cenizo oscuro y negruzco.—Según la Academia, esta voz se aplica al buey de color de tierra ó barro que tira á rojo.—Ni á vaqueros, ni á conocedores de ganado bravo, ni á ganaderos, toreros, ni aficionados, hemos oído nunca que el toro barroso tire á rojo.

**Barroso, José (El Albañil).**—Dejó la llana y la alcotana por la garrocha, pensando, sin duda, que no es lo mismo caer de un andamio que de un caballo: pero, ¿y los cuernos del toro? No ha demostrado, hasta ahora, gran inteligencia, ni mucha voluntad.

**Bartes, Eugenia (La Belgicana).**—Otra desgraciada, que no sabemos quién la habrá engañado para que sea torera. Es brava y atrevida y se va á los toros con ánimo resuelto y relativa tranquilidad; los pasa de muleta, si no con arte, con valentía, y los da estocadas como puede, procurando librar el cuerpo, aunque no lo consiga siempre. Excusado es decir que no pasan de dos años los becerros que lidia.

Como su apodo indica no es nacida en España. Vino al mundo en Bruselas el 14 de Marzo

de 1876; sus padres la llevaron á Montevideo á los dos años, y antes de los quince, allá en el Brasil, Habana, Veracruz, en algunas plazas de Por-



tiene dadas excelentes pruebas, públicas y privadas, que le hacen acreedor á los mayores elogios. En Mayo de 1889, ingresó en el Hospital de dementes de Sevilla.

**Batacazo.**—El golpe fuerte y con estrépito que da el picador al ser arrojado del caballo, y aunque no le abandone ó con él caiga.

**Batalha, Francisco Carlos.**—Notable farpeador portugués, que se tiene á caballo tan fijo y firme como si su cuerpo y el del animal fueran uno solo. Sin ser mal torero, es mejor jinete.

**Batalha, Juan Cipriano.**—Antiguo redactor del renombrado periódico taurino portugués *O Toureiro* y últimamente del no menos acreditado *Sol é Sombra*, que ha sido una revista inteligente como pocas. Escribe Batalha con gran corrección, gran conocimiento de la lidia y con un lenguaje tan gallardo que cautiva.

**Bayard y Cortés, José (Badila).**—Picador de toros animoso que tomó en Madrid la alternativa en

tugal y luego en varias de España, ha lucido sus habilidades, sus revolcones, sus glorias y sus fatigas.

**Bartolesi, Emilio.**—Picador de toros muy conocido, que tiene voluntad y valor, pero que no se une bien al caballo. Nosotros, al verle en Madrid, le hemos considerado como uno de tantos picadores que hoy están en tanda, porque no es la época de los Miguez, Corchados y Ortiz; y eso que tiene facultades superiores á las de muchos. Hace algún tiempo que no se habla de él, ignoramos por qué causa.

**Basauri, José.**—Mata toros allá en las repúblicas americanas, con varia fortuna, según dicen. Es español poco conocido y creemos que en Madrid nunca ha trabajado.

**Bastón, Manuel.**—Picador de toros bastante voluntarioso, que figuró en los cuadrillas de Manuel Fuentes, de Manuel Carmona y de José Sánchez del Campo. Por grave enfermedad se ha retirado del toreo que empezó á ejercer en Sevilla en 31 de Marzo de 1872.

Ha sido un buen artista en hierro y bronce, premiado como dibujante oficial incrustador de la fábrica Urquiza de Sevilla, y como hombre honrado



1.º de Junio de 1879. Nació en Tortosa el 19 de Marzo de 1858, siendo hijo de Eugenio Bayard, de

nación francés, y de Bárbara Cortés, natural de Madrid, la cual, por haber fallecido aquél, dedicó á su hijo, á los once años de edad, al oficio de tapicero. El matador de toros Gonzalo Mora se llevó á Santander á picar en dos corridas de becerros el año de 1870 á José Bayard, y cuando éste vió que había ganado doce duros, creyó volverse loco de alegría al contemplar tantas pesetas que como suyas podía ofrecer á su buena madre. Siguió trabajando en cuadrillas de toreritos bajo la dirección de Victoriano Alcón, de Vicente García Villaverde y de Vicente Ortega, y después de los entonces principiantes Felipe García, *Joseito* y *Mateito*, hasta que en fines de 1876 tuvo la suerte de entrar de criado del notable matador de toros Salvador Sánchez (*Frascuero*), que en premio de su buen comportamiento durante la curación de las enormes heridas que en 15 de Abril de 1877 tuvo en la plaza de Madrid, le llevó á trabajar como reserva en dos corridas de Barcelona, que le valieron mil reales. El 17 de Marzo de 1879 contrajo matrimonio con doña María García, hermana de la elegante actriz doña Mercedes, que los apadrinó en aquel acto, en unión del acaudalado señor don Ernesto Zulueta. Bayard no oculta que todo cuanto es se lo debe á *Frascuero*, y muy especialmente demuestra su agradecimiento al mismo porque, habiéndole tocado la suerte de soldado en la quinta de 1878, le libró del servicio militar, redimiéndole á metálico. Noble rasgo de generosidad, más común entre los toreros que en otras clases sociales.

Este distinguido picador ha sido el primero en España que ha puesto banderillas á caballo, sin preparación de ninguna clase, el día memorable en que se retiró del toreo el célebre Salvador Sánchez (*Frascuero*); es muy aficionado á la música y declama y canta con buen gusto y afinación. De todos los picadores de su tiempo es tal vez el que viste con más lujo y propiedad.

Ha figurado en todas las principales cuadrillas y figurará donde quiera en primer término, porque vale mucho, es voluntario y caballista de primer orden.

Como dato curioso diremos que cuando siendo muy joven empezó á trabajar á las órdenes de Gonzalo Mora, titúlaronle *Brazo de Hierro*, porque efectivamente tiene gran fuerza en la mano, pero viéndole dicho jefe de cuadrilla tan sericito y tan compuesto, le dijo en cierta ocasión: «parece, hombre que te has tragado el rabo de la badila.» Esto bastó para que desde entonces fuese sustituido con este apodo el primeramente usado.

**Bayen, D. Francisco.**—Pintor de historia, de ingenio poco común, contemporáneo del célebre

Goya, de quien era cuñado, y, como él, aficionado en extremo á las corridas de toros. Dejó algunos bocetos y algun cuadro alusivos á nuestra fiesta nacional, y en frescos fué uno de los pintores más conocidos entre los modernos. Nació en Zaragoza en Marzo de 1734, y murió en Madrid el 4 de Agosto de 1795. Sus hermanos D. Ramón y fray Manuel, Cartujo de Fuente Aragón, fueron también notables en pintura aunque no tanto como D. Francisco, y no hicieron trabajo alguno de tauromaquia.

**Baza, Francisco.**—Era picador de buena aceptación á fines del siglo pasado. En Madrid trabajó con las cuadrillas de *Costillares* y *Pepe Illo* bastantes veces según acreditan papeles de aquella época.

**Becerro.**—Así se llama al toro desde que nace hasta que llega á cumplir cuatro años, por más que cuando tiene uno se le diga añojo, si dos eral, y utrero si cumple tres. Los cuatreños, especialmente si son adelantados en su cria, se corren ya como toros en muchas ocasiones: no dan, sin embargo, en la mayoría de los casos el juego que más tarde, porque, como es natural, aunque puedan tener la misma ó mas voluntad, no tienen igual poder que los de cinco ó seis años.—Tratándose de mansos, llámase becerro al que apenas cuenta un año; luego, son novillos.

**Bedia, Juan José** (*El Guantero*).—Este picador no pasó nunca de la categoría de los de segunda fila. Era servicial y complaciente con el público; pero poco puede hacer el que poco sabe y poco puede. Su época pasó hace ya treinta años, y él de esta vida á la otra hace más de quince, según informes que tenemos por fidedignos.

**Bedoya, D. Francisco G.**—Autor de una obra titulada *Historia del Toreo*, que comprende biografías de toreros, y tuvo general aceptación á mediados de este siglo, aunque, como es inherente á esta clase de publicaciones, contenga varias inexactitudes, y muchas deficiencias.

**Bejarano, Antonio.**—Notable matador cordobés, que lució sus especiales dotes para *esperar* los toros á fines del siglo pasado y aun á principios del presente. Aunque en los toreros que ha habido en Córdoba ha sonado mucho siempre el apellido Bejarano, como se verá á continuación por

el número de los que en esta obra incluimos, no podemos afirmar que todos hayan pertenecido á una misma familia; pero Antonio parece que fué hermano de

**Bejarano, Manuel.**—Torero cordobés, contemporáneo de Jerónimo José Candido, con quien trabajaba, siendo ambos banderilleros á fines del siglo anterior.

llecido, permaneciendo en dicha cuadrilla, hasta que tomó la alternativa de manos de *Lagartijo* el 29 de Septiembre de 1889.—Fué prematuro este doctorado porque le faltaban conocimientos indispensables, que luego ha procurado adquirir, para ser matador de toros. Ni el estoquear es clavar banderillas, ni el pasar de muleta capear á dos manos, ni en esa suerte se rehuye la cabezada yéndose al costado de las reses sino esperándolas, ó arrancando á ellas en línea recta, fiando al trapo



**Bejarano, Rafael** (*Torerito*).—Natural de Córdoba, donde nació en 15 de Diciembre de 1860. Á los diez años formaba parte de la cuadrilla de niños cordobeses que trabajó con éxito en la Plaza de los campos Eliseos de Madrid. Ha figurado en las cuadrillas de Manuel Díaz (*Lavi*), de *Bocanegra*, de quien era sobrino, del *Gordito*, *Frascuero*, *Hermosilla* y Manuel Molina, hasta que el 12 de Septiembre de 1884 entró en la de Rafael Molina á sustituir á José Gómez (*El Gallo*), que había fa-

la inclinación del toro. Es buen muchacho, valiente y muy práctico andando al lado de las reses, y esas condiciones tal vez influyan para que adelante en su carrera, como se le está viendo de día en día.

**Bejarano, Rafael.**—Hermano de Manuel y de Antonio, y, como ellos, natural de Córdoba. Era banderillero en el último tercio del precedente

siglo, sin que acerca de su mérito haya noticias exactas.

**Bejarano, Juan.**—Fué un banderillero notable en el primer tercio del presente siglo. Era natural de Córdoba, y le distinguía mucho por su bravura Francisco González (*El Panchón*), espada acreditado. Tal vez fuese hijo de alguno de los tres antes citados.

**Bejarano, José** (*El Secujo*).—Torero cordobés de gran mérito en capear, con cuya sola suerte se formó una reputación. Fué padre de

**Bejarano, Rafael.**—También natural de Córdoba, que fué muerto por un toro cordobés de la ganadería de D. Rafael José Barbero en la plaza de toros de Almagro el año de 1849. Era un banderillero bastante regular.

**Bejarano, Francisco.**—Este matador, de escasos conocimientos, fué natural de Córdoba, como casi todos los de su apellido, y trabajó en plazas andaluzas á mediados del presente siglo. En Madrid no llegó á trabajar alternando.

**Bejarano, Rafael** (*El Cano*).—Natural de Córdoba, donde nació el año de 1833. Fué un regular banderillero, que primeramente trabajó con la cuadrilla de *Cúchares*, y luego se dedicó tambien á ser puntillero. En la corrida que se verificó en la ciudad de Jerez de la Frontera el día de San Juan, 24 de Junio de 1873, un toro, segundo de la tarde, de la ganadería de D. Rafael Laffitte, procedente de la de Barbero, de Córdoba, causó una herida á Bejarano en la pierna izquierda, entrándole el asta por la parte media posterior, y atravesando las partes blandas, salió por la parte media anterior. Esto fue originado porque, habiendo en un burladero mucha gente, no pudo penetrar en él, y quedándose en el boquete, allí fué enganchado y, como hemos dicho, herido tan gravemente, que de las resultas falleció el viernes 4 de Julio del mismo año de 1873 en aquella ciudad de Jerez de la Frontera, á las tres de la tarde.

**Bejarano, Mariano** (*Picardías*).—Banderillero cordobés, cuyo nombre, como torero, no ha salido de entre la «turbamulta» sin duda por no ser muy sobresaliente en el arte. Trabajaba por los años 1850, en adelante.

**Bejarano, Antonio** (*La Pasera*).—Banderillero cordobés, que tuvo la desgracia de ser alcanzado por un toro, dentro del callejón de la barrera, en la plaza de Barcelona, el día 6 de Mayo de 1883, y á consecuencia de la grave herida que recibió, falleció en el Hospital de aquella ciudad, habiéndose sido inútiles todos los esfuerzos de la ciencia para curarle. No valía mucho, pero era modesto y trabajador.

**Bejarano, Antonio** (*Pegote*).—Hermano del *Torerito* y sobrino del infortunado *Bocanegra*, empezó este picador á serlo en esas cuadrillas de niños toreros, que corren las principales plazas de España, haciendo su aprendizaje, hasta que tomó en



Madrid la alternativa en 3 de Agosto de 1887, ingresando en la cuadrilla del renombrado *Guerrita*. Buen caballista, voluntario para el trabajo, alto, de gran brazo y buena escuela, ha adquirido exce-

lente reputación porque descuella entre sus compañeros como de lo mejorcito.

**Bejarano, Manuel.**—Banderillero cordobés, de los más nuevos en el arte. No le conocemos: únicamente hemos visto en Madrid tomar la alternativa de picador de toros en el año de 1891 á uno de ese nombre que por ser hermano de Antonio, trae de este el mote de *Pegote chico*. No se da mala maña y parece buen jinete.

**Bejarano José (Fila).**—Con decir su apellido basta para saber que es natural de Córdoba. Es atrevido, para regularmente, y creemos sea pariente cercano del anterior, lo mismo que

**Bejarano, Antonio.**—Banderillero novel, sin historia, que no hay que decir de dónde viene en cuanto suena su apellido. No muestra, para aprender, mala disposición.

**Bejarano Cabral, D. Manuel.**—Distinguido pintor sevillano, cuyos cuadros de toros llamaban la atención, y hoy día son muy buscados. Fué discípulo de las escuelas de Pintura y Bellas Artes de aquella capital. En 1825 se encargó de la plaza de ayudante, en la escuela de Bellas Artes de Sevilla, de la enseñanza de perspectiva en la clase de arquitectura; luego fué conservador del Museo Provincial y en 7 de Agosto de 1836 obtuvo el título de individuo de mérito de la Real Academia de San Fernando.

**Bela.**—En muchos papeles é historias en que se habla de toros suena este apellido escrito como está, y sin hacer mención del nombre del que le llevó á mediados del siglo pasado, como perteneciente á un torero de alguna distinción entre sus contemporáneos. D. José de la Tijera dice que, para solo picar, fué un torero completísimo.

**Belado, Ramón (El Carbonero).**—Cuando empezaba á correr toros el *Pechuga*, era compañero suyo y de mayor categoría puesto que estoqueaba novillos. Del último, mal ó bien, sigue hablándose, de aquel no; sin duda ya no torea.

**Belda, Joaquín.**—Otro que mata toros en novilladas, no sabemos de qué manera; y no muestran nuestros lectores deseo de saberlo, porque las referencias no le favorecen.

**Bellas Artes.**—Hemos dicho en esta obra, que sin el poderoso auxilio que los hombres eminentes en artes, letras y armas, han prestado á la tauromaquia en diferentes épocas y de diversos modos, ni el toreo hubiera llegado al grado de perfección en que le hemos conocido, ni el espectáculo habría tomado el gran incremento que ha llegado á tener, interesando en su prosperidad á todas las clases y condiciones de la sociedad española, y aun á varias personalidades extranjeras. Mucho hicieron los caballeros que con denodado corazón tomaron parte en las lidias, dándoles esplendor y carácter. Todavía los hombres de letras, los notabilísimos ingenios españoles, ensalzaron más las hazañas de aquellos valientes cantando en diversidad de metros y aun en correcta y castiza prosa los múltiples accidentes de la lidia, emocionando el espíritu de cuantos han tenido la fortuna de leer tan magníficas descripciones. Pero las bellas artes han ido tan adelante como las armas y las letras para realzar y dar á conocer nuestro inimitable espectáculo. Si la poesía y la música han hecho llegar al corazón del hombre por medio del *segundo* de los sentidos el conocimiento de las grandes proezas del lidiador, la pintura y la escultura se le han comunicado por el *primero* de aquéllos, dejando á la posteridad pruebas tangibles del genio de célebres artistas que para trasladar al lienzo sus impresiones ó esculpir en mármoles sus soberbias concepciones significaron patentemente haber recibido de la Divinidad destellos emanados de la misma, que no todos alcanzan. Ya que en el lugar correspondiente hablamos de los caballeros, de los literatos, de los músicos y de los escultores que más se han distinguido lidiando, escribiendo ó modelando asuntos relacionados con nuestras corridas de toros, haremos en este sitio una corta enumeración de las obras de grabado y pintura de que tenemos noticias.—Antes de que las corridas de toros fuesen, como hoy, funciones públicas reglamentadas, ya hubo artistas que se dedicaron á pintar cuadros y á hacer dibujos, por los que se han dado á conocer cómo se lidiaba en aquella época. En una estampa grabada en el siglo XVI, rara y notabilísima, como que es la más antigua que conocen los inteligentes, se ven muchas suertes interesantes que demuestran adónde había llegado el arte de torear, y la manera que tenían para lidiar toros á caballo y con lanza, y á pie con una especie de banderilla, que consistía en un palo corto, con cuerdas ó correas cortas y sueltas. Pero lo que más llama nuestra atención en la lámina de que nos ocupamos, es el ver un hombre que para matar al toro llevaba en la mano derecha espada, y por muleta para su defensa un tonel grande vacío, al que hacía rodar delante del toro, buscando el hombre y encon-

trando la defensa detrás de tan extraño aparato. Hemos dicho en diferentes lugares de la presente obra, que en el siglo XVII, y en los muchos Tratados de equitación ó de la jineta que se escribieron y hay ilustrados, se dieron reglas para alancear, tan precisas, que con ellas, y viendo las ilustraciones que contienen, se aprende claramente el modo de practicar cada una de las suertes que minuciosamente explican. Pues bien, de esta época conservaba un aficionado un cuadro al óleo que representaba el *acoso* dado á algunos toros en *La Tela*; sitio bien conocido en Madrid en las afueras del Portillo de la Vega, entre el Campo del Moro y el Puente de Segovia, que hoy ocupan frondosos jardines. En dicho cuadro se veían multitud de lances de los toros con los acosadores, con los perros, y otros incidentes á cual más curiosos y entretenidos. Ya en el siglo XVIII, que es cuando empezó á popularizarse la fiesta nacional, los artistas de entonces principiaron á ocuparse de ella viendo la grande afición que, particularmente en la corte, se desarrollaba en todas las clases de la sociedad. El distinguido pintor de cámara D. Antonio Carnicero publicó en Madrid á últimos del siglo una colección de doce láminas, grabadas al agua fuerte, de que se hicieron muchísimas copias en diversos tamaños, hasta en aleluyas; y en aquella misma época salió á luz una estampa grande que representaba la vista interior de la plaza en un día de corrida (1). Veíanse en ella, perfectamente dibujados, los diversos trajes de las mujeres y los hombres que ocupaban los tendidos; y tanta fué su aceptación, que algunos años después la copiaron en Francia, y por cierto no muy bien. Pero el talento de los más notables artistas no se limitó á pintar suertes de toros, dibujarlas y grabarlas, sino que, siguiendo la corriente general, acometidos del mismo frenesí que las demás clases de la sociedad, profesando la misma afición á cuanto se relacionaba con tan magnífica fiesta y sus héroes, empezó á retratar á éstos con verdadero entusiasmo. El diestro pincel del célebre Mengs, el primer pintor de toda Europa en aquella época, dió á luz el retrato más antiguo que conocemos del famoso *Costillares*, pintado en lienzo al óleo, de medio cuerpo, tamaño natural, de mérito sobresaliente, representando el diestro unos veinticuatro años de edad y vestido con riqueza y buen gusto. Poco después, el muy notable grabador

Cruz, hermano del famoso D. Ramón de la Cruz y Olmedilla, comenzó la publicación en Madrid de los trajes de todas las provincias de España y América, mezclada con retratos de cómicas y cómicos (como entonces se decía) y de los toreros de más nombre y reputación, encontrándose entre aquéllos los de *La Caramba*, Garrido y Alcolea, y de los toreros Pedro Romero y Joaquín Rodríguez (*Costillares*). Muy parecido es éste al de Mengs, aunque se le ve de más edad. Del presente siglo los grabados más antiguos que existen son las treinta y una láminas que se hicieron en 1804 para ilustrar *La Tauromaquia* de *Pepe Illo*, notables por la verdad con que están representadas todas las suertes; las que se publicaron cuando la desgraciada muerte de dicho lidiador, de que conocemos hasta diez distintas; la función real de toros en la Plaza Mayor de Madrid, cuando la jura del Príncipe de Asturias; y otras representando cogidas de diestros en plazas de diferentes puntos de España. Vinieron después las treinta y tres láminas que tanto nombre dieron entre los aficionados al toreo al ya célebre pintor de cámara D. Francisco Goya, y otras seis que el mismo eminente artista dejó hechas sin publicar, y que, habiendo sido vendidas en París, se han puesto á la venta hace poco tiempo. De estas seis, las más notables son las que representan la muerte de *Pepe Illo*, y un toro acometiendo á las mulas de un coche; acontecimiento que ocurrió en su tiempo y dió mucho que hablar. Goya, que en afición al toreo no dejaba á nadie el primer puesto, pintó además varios cuadros representando suertes y escenas de tauromaquia, y la Academia de San Fernando posee uno, que es una corrida en el pueblo de Majadahonda. Cartones hay que dibujó para la Real Fábrica de Tapices de Madrid, en que se ve á varios toreros; y del celebre espada Pedro Romero pintó



CORRIDA EN MAJADAHONDA. — GOYA

(1) Véase en la pág. 40.

dos magníficos retratos, que no ha mucho poseían el ingeniero y exministro de Hacienda Sr. Ardanaz y el señor Duque de Veragua. No sabemos quién poseerá actualmente un precioso retrato, hecho por el mismo Goya, del matador José Romero que tuvo en su poder el infante D. Sebastián, y en cuyo lienzo, por el revés, había un letrero que decía: «Este retrato es de José Romero, el cual acabó de matar el toro que cogió á *Pepe Illo*. El vestido que tiene puesto se lo regaló la duquesa de Alba.» Pero cuando hubo furor por láminas, pinturas, etc., representando escenas taurómacas, fué cuando apareció el gran Francisco Montes. Tanto despertó la afición este célebre torero, que ya no sólo se hacían cuadros, estampas de toda clase, y colecciones de éstas, sino que se pintaban techos, paredes, tableros de coches de colleras, tra-

con todas las suertes de toros, que litografió el grabador, Castilla, así como otros cuadros que poseía la casa del señor Aceval y Arratia. Leonardo Aleza pintó y dibujó muchas escenas de toros, que le pagaron bien en Inglaterra. D. José Madrazo publicó, cuando se juró princesa de Asturias á Doña Isabel II, una colección de láminas representando aquellas fiestas reales. D. Francisco Lameyer, D. Luis Ferrant, D. Francisco de Paula Vanhálen, D. José Vallejo, los señores Perea, y otros muchos artistas de primer orden, han pintado, dibujado y publicado colecciones enteras; y no hacemos mención de láminas sueltas que por toda España circulan, porque sería trabajo prolijo que á nuestros lectores cansaría. No podemos, sin embargo, prescindir de hacer especial mención del magnífico cuadro de gran tamaño que el no-



PATIO DE CABAÑERIZAS DE LA PLAZA VIEJA DE MADRID. — CASTELLANO

seras de calesines, aguaduchos del Prado, pande-retas, abanicos, pañuelos, aleluyas, etc., etc.; y desde entonces hasta hoy, en que continúa haciéndose lo mismo, aumentado si cabe, los artistas de más mérito han dado siempre el ejemplo. El aventajado D. José Elbo pintó un retrato de Montes, de perfecto parecido. Otro del mismo diestro, en tamaño natural y cuerpo entero, hizo D. Antonio Cavanna, del que se hicieron muchas litografías, que se reprodujeron en París. D. Rafael Tegeo pintó y litografió el de Roque Miranda, retrato de mucho mérito. Amérigo hizo el del picador Francisco Sevilla. El dicho Elbo dibujó con el retrato de Montes al frente, una lámina orlada

table pintor D. Manuel Castellano hizo en el año de 1852, y que, habiendo merecido la honra de ser adquirido por el Estado, figura hoy en nuestro Museo Nacional del Prado. Es tan animado el asunto que representa, hay tal vida, tanta verdad, tan excelente dibujo, tan brillante colorido en el cuadro, que bien se conoce por él que su autor á semejanza de Goya, tanto entendía de toreo como de manejar el pincel; porque sin entender los secretos del arte de torear, no es posible dar verdad á muchos detalles que para el que no lo sabe pasan sin hacer de ellos aprecio. Representa el cuadro «el patio de la cuadra de caballos antes de una corrida de toros». Todas las figuras son retratos

de aficionados notables y de los toreros de más reputación, por lo que, accediendo á los deseos manifestados por muchos aficionados, vamos á señalar el sitio que ocupan en el lienzo, ya que tuvimos la dicha de conocer á cuántos en él figuran. Tomando la vista del cuadro de izquierda á derecha del espectador, aparece después del mozo de cuadra colocado en el ángulo, como primera figura la de D. Antolín López, rico comerciante apoderado de *Cúchares*, y á su lado mirándole, este matador con la capa terciada; más adelante, en primer término, el elegante picador Pepe Muñoz ostenta un precioso traje de calle con marsellés al brazo, y detrás á caballo en graciosa postura el valiente Juan Alvarez (*Chola*). Entre D. Antolín y *Curro Cúchares* asoman dos aficionados, uno de los cuales es D. José Leoncio Pérez, célebre tallista, y el otro retrata á un querido amigo del autor de esta obra, que aun vive y á quien no olvidará mientras dure su existencia. Sigue luego en el centro del cuadro, el picador Pepe Trigo á caballo precedido del banderillero Rico (*Culebra*) en traje de paisano, y hablando con dicho picador el inimitable *Regatero*, Angel López, siguiéndole un poco más detrás, el gran maestro Francisco Montes, que tiene enfrente á Barrutía, hombre de mundo y de buena sociedad, á D. Fausto Gálvez, distinguido aficionado, y á su apoderado D. Alejandro Latorre, muy entendido en tauromaquia, y detrás de éste el matador Julián Casas. Ya en el ángulo derecho aparece en saladísima postura, José Redondo (*Chiclanero*) y entre éste y Cayetano Sanz que es el último del mismo ángulo, se ve al conocidísimo D. Joaquín Marraci; en segundo término aparecen los aficionados Aymerich, Trives y Cuesta y en tercero, con un mozo de caballos á la grupa, el picador Bruno Azaña, y delante de éste asoma el busto del banderillero Matías Muñoz, seguido de otros aficionados, entre los cuales se cuenta, embozado en la capa, el luego buen lidiador Mariano Antón y en último término, vestido de paisano, el picador Cortés (*El Naranjero*). No tienen menos mérito otros cuadros de este renombrado pintor, que formaban parte del museo de D. José Carmona, citado en el lugar correspondiente de este tomo; pero nos abstenemos de enumerarlos, en obsequio a la brevedad. ¡Podríamos extendernos tanto en asunto tan vital para el fomento de nuestra fiesta!... Continuaremos, á pesar de todo, añadiendo á los nombres de los artistas referidos, los de otros muy notables que han producido obras en que de toros y toreros se ocupan, á fin de que se vea claramente que todos ellos son de lo más distinguido en el arte de la pintura, y la garantía que ofrecen de ser sus obras de verdadero mérito. Bécquer, Bejarano, Romero, Rodríguez de Guzmán, Benlliure, Villegas, Jiménez Aranda, Lizcano Fer-

nández, Valdivia, Ferrant, Amallo, Juliá y otros varios, son gloria del arte actualmente, y sus cuadros de tauromaquia han de ser muy buscados y apreciados cada día más. Los grandes talentos han ensalzado con el pincel y el lápiz nuestra fiesta nacional, y es inútil que sus detractores clamen contra ella. Hasta los extranjeros de más nota en la pintura, durante el presente siglo, se han ocupado de nuestras corridas de toros. El pintor Dehoden hizo en Madrid un excelente cuadro de una «corrida de toros en el Escorial de Abajo», que adorna actualmente una de las paredes del Museo del Luxemburgo en París; y los célebres Blanchart, Victor Adam, Gustavo Doré, y algún otro, han consagrado su talento en representar nuestra fiesta nacional. ¡Poderosa influencia de lo magnífico y grande que en sí tiene! Concluimos. La fotografía, ese notable invento, poderoso auxiliar de la pintura, ha reproducido con profusión láminas, cuadros y retratos de cuanto se relaciona con la tauromaquia. Laurent en Madrid, cuya colección es numerosísima, y Adrian Torija en Barcelona, que da á sus trabajos una suavidad de tintas admirable, son los fotógrafos que más se han dedicado á enaltecer con su propaganda el arte taurino, y después de esos, casi todos los fotógrafos que algo valen, en España, han continuado la obra inundando al mundo entero de preciosos trabajos artísticos, que hoy se ven grandemente reproducidos por medio del fotograbado, ganando mucho en dulzura de líneas y perfección.

---

**Bellas, Marqués de.**—Murió en 1890 éste famoso caballero rejoneador portugués, cuyo trabajo era admirado siempre, desde que se presentó en la arena en 1865. No hubo nadie en su tiempo que pudiera disputarle los aplausos y fué considerado como un maestro. Era sobrino del Conde de Vizmoso.

---

**Bello y Rodríguez, José.**—Banderillero sevillano, de regulares condiciones, que últimamente trabajó en la Habana á las órdenes del espada Centeno, y del que no se dan noticias hace unos cuantos años. ¿Pasaría á ejercer su oficio en las Repúblicas Americanas?

---

**Bello y Shanahan, D. Rafael.**—Escultor nacido en Canarias que perfeccionó sus estudios en Roma, y obtuvo en la exposición de Cádiz de 1879 medalla de plata por el busto de «Un Torero» obra notable según los inteligentes.

**Bellver, Carlos.**—Este guapo chico tenía afición al toreo. Empezó siendo asistente de picadores en el redondel, picó en novilladas, (y por cierto que en Madrid puso varas al último toro lidiado en la plaza vieja), y pasó después casi ignorado. Abandonó el oficio hace ya bastantes años.

**Bellón, Manuel** (*El Africano*).—Después de los famosos Félix, Pedro y Juan Palomo, notabilísimos espadas que ejercieron su profesión á mediados del pasado siglo XVIII, siendo la admiración de sus contemporáneos, se presentó en Andalucía, llamando la atención como torero á caballo y á pié, un hombre de especiales circunstancias. Debían ser éstas muy notables para captarse las simpatías de los altos aficionados á la tauromaquia, porque viviendo todavía los Palomos, Juan Romero, el pamplones Leguregui y el valenciano Esteller, de quienes hablaremos en el sitio correspondiente de esta obra, era expuesto entrar á hacerles competencia, persona desconocida. Cada uno de dichos lidiadores tenía formada su reputación como buenos espadas y excelentes banderilleros; y las plazas de España donde se lidiaban toros no conocían más toreros principales que los referidos, y algunos de segundo orden que á aquellos acompañaban.

Pero cuando nadie les disputaba sus laureles legítimamente adquiridos, llegó á Sevilla, donde se estableció, un hombre alto, bien formado, forzudo, moreno aunque no con exceso, pelo negro, anchas patillas y de grave continente. Este hombre se llamaba Manuel Bellón, había nacido en Sevilla hacía más de treinta años, y de allí desapareció doce años antes de su regreso lo menos. Cual fué el motivo de su ausencia, no se sabe á punto fijo. Dijose entonces, y ésta es la causa de su expatriación que tiene más fundamento, que Manuel tenía amores con una sevillana, de aquellas morenas de rojos labios y ojos de fuego que allí se crían, y á la que no halló ningún defecto físico que poderle echar en cara. Pero sus cualidades morales no estaban en armonía con las físicas. Turbó la paz de aquellos amores otro mozo que quiso sustituir á Bellón; y éste, que desde sus más tiernos años había demostrado ser valiente y atrevido, quitó de enmedio á su contrario, al menos por un poco tiempo. Necesariamente, para sustraerse á la acción de la justicia, tuvo que apelar á la fuga y refugiarse en Africa. De aquí le viene el sobrenombre de *El Africano*. Pasaron años, las cosas se olvidaron, y como no hay nada más triste que vivir lejos del suelo en que se nació, Manuel Bellón se resolvió á volver á Sevilla. Tanteó el terreno antes de su regreso; parece que alguna influencia superior le ofreció protección, y se decidió á volver. En

qué empleó el tiempo, á qué se dedicó en aquella región africana mientras permaneció en ella, no lo sabemos. Únicamente observaron los que antes le habian conocido, que volvía más serio y reservado de carácter y más fornido de cuerpo, y atezado el rostro. Extremadamente atento y hasta cumplido con toda clase de personas, pronto adquirió simpatías, y mucho más cuando vieron que andaba entre los toros con una calma y una sangre fría desconocidas.

En más de una ocasión se creyó que aquel hombre despreciaba su vida porque el recuerdo de su primera desgracia amargaba su existencia. Algo podría haber de esto: sin embargo, estamos convencidos, á juzgar por su historia, que no era la pena la que le haría aparecer bravo y sereno.

Era la seguridad que tenía en sus facultades y en sus conocimientos del arte. Tales eran éstos, que el notable biógrafo señor Velázquez, afirma, con referencia á una carta del señor marqués de la Motilla, escrita entonces y en que se hablaba de Manuel Bellón, que éste era «en la jineta una maravilla, tenía fuerza y maña cual pocos nacidos, y en toreo de reses hacía cosas que sólo viéndolas se creían».

Su fama se extendía por todas partes, y se le solicitaba por gente muy principal para faenas de campo, donde á caballo era atrevido como nadie, gallardo como pocos y entendido como el que más. No había potro cerril que se le resistiera, ni toro que no enlazara, ni jinete, en fin, que por ningún concepto aventajara á Manuel Bellón.

No era, pues, un hombre vulgar; y como al establecerse de nuevo en Sevilla, vino bien acomodado de intereses, no andaba como otros recorriendo villas y plazas para trabajar, sino que adonde acudía lo hacía generalmente por compromiso y recomendación. Su época de mayor auge en el toreo fué por los años de 1760 á 1770, y se aplaudía y alababa mucho su arrojo, valentía y *trazas de arte* en derredor de toda clase de toros, á los que mataba con el capote enrollado por rodela en la mano izquierda, y *aguardando* ó yéndose á ellos.

Dice un autor que la suerte de matar con estoque la aprendió de los Palomos, y nosotros, respetando su aserto, que no sabemos en qué le funda, nos inclinamos á creer que Bellón mató con estoque porque en su época, y desde cuarenta años antes, así mataban todos, absolutamente todos los que de toreros se preciaban. Teniendo en cuenta el largo tiempo que dicen permaneció en Africa, debió aprender sólo de verlo á cualquiera, que pudo muy bien ser Francisco Romero, Esteller ú otro más antiguo que los Palomos, antes de su emigración; ó después de su vuelta, de Juan Romero, de Leguregui ó de otros que no fueran aquellos, puesto que, confrontando fechas ó épocas, la

en que debió residir Bellón en Africa es precisamente la misma en que brillaron en España los Palomos.

Como se ve, éstas no son más que deducciones, que no tratamos de defender hasta el punto de querer se nos dé la razón, quitándosela á otro escritor más antiguo, á quien respetamos. Sea de ello lo que quiera, lo cierto es que Manuel Bellón (*El Africano*) inició una época en el toreo de temerario arrojo, pues desde la fecha en que apareció en la arena, además de demostrarse que, lejos

pecialidad derribando reses agarradas á brazo por la cola. No sabemos si, como hay quien lo asegura, fué el inventor de este modo de derribar, que *Pepe Ilo* considera fácil; pero no hemos leído en libro alguno que antes de su época se derribasen reses de dicha manera, en España, aunque era y es tal procedimiento muy conocido de antemano en toda América.

Manuel Bellón, como hombre de mundo conocedor de lo que éste da de sí, y teniendo una fortuna regular, se retiró á tiempo del toreo. Venían



de decaer el arte, se hacían en él progresos, se empezaron á ejecutar suertes tan arriesgadas como las de matar toros teniendo el lidiador sujetos los piés con grillos, y poco más tarde la del salto de testuz, suerte que se comprende tan perfectamente como pocas, y que á pesar de esto, no hay quien la haga por lo difícil y expuesta.

A caballo practicaba con especial tino diferentes suertes de campo, entre las que merece citarse la de *enlazar* montado; si bien parece era más es-

á éste, como astros nuevos eclipsando los antiguos, *Martincho* con su bárbara agilidad, *Cándido* con su eléctrica ligereza, y *Costillares* con su genio taurómico, y no era cosa de sostener competencias un hombre de cerca de sesenta años con jóvenes de veinticinco. Puede que como inteligente se hubiese llevado la palma, pero ejecutando actos de arrojo y temeridad le hubieran faltado aquellos vigorosos remos que en su juventud tuvo como pocos.

El nombre de Bellón (*El Africano*) sonará siem-

pre con justicia como el de uno de los más afamados diestros en el arte de torear, tanto á pié como á caballo.

**Belmonte, Conde de.**—Allá por los años de 1849 y 50 trabajó en Portugal como banderillero, adquirió buen nombre y al poco tiempo se retiró. Bastóle á su afición dejar demostrado que cuando hay voluntad é inteligencia puede hacerse todo sobrando el valor.

**Benegas, Julián** (*Berrinches*).—Es un matador novillero, de quien hacen muchos elogios algunos aficionados. Pocas veces le hemos visto trabajar; no nos ha entusiasmado, á pesar de que en él vemos grandes deseos, valor y agilidad, porque le faltan aplomo y conocimiento del arte. Es natural de Madrid: no dudamos de que pueda llegar á tener buen puesto, pero hoy por hoy no es más que lo que va dicho.

**Benitero, Francisco** (*Panadero*).—Este matador era del Puerto de Santa María. Toreó después de 1835 y gustó poco á sus paisanos. En Madrid nunca lidió; creemos que no tomó alternativa de espada y que fué empleado en el Matadero público.

**Benítez, Antonio** (*El Grapo*).—Un picador como otros, que trabajó con buen deseo, si no con acierto. Tuvo un percance en Málaga, donde fué preso por creérsele autor de un homicidio cometido cinco años antes, y dicen que su verdadero nombre es el de Manuel Saenz. Frescura se necesita, si es cierto, para torear en público en plazas donde todos le conocían como autor de aquel delito. Desde que fué reducido á prisión, hace ya unos veinte años, nada se ha vuelto á hablar de tal persona.

**Benítez, Juan.**—Joven picador nacido en Utrera hace veinticinco años, recibió algunas lecciones del veterano Antonio Pinto, y desde 1887 figuró en la cuadrilla del matador Manuel Nieto (*Gorete*). Toreando en Málaga el día del Corpus, 1.º de Junio de 1893, el cuarto toro de la ganadería de Orozco, le dió tan tremenda caída que le causó una conmoción cerebral, de la cual falleció al ser conducido al hospital Provincial.

**Benlliure y Gil, D. Mariano.**—Joven, muy joven, era ya un verdadero y notable artista, cu-

yas obras llevan en sí el sello del genio y del estudio. Sus preciosos grupos «La caída del picador,» «La cogida de *Frasuelo* en 1877» y «El pase de pecho,» bastan por sí solos para crear una reputación; y no nos equivocamos cuando dijimos, hace dieciocho años, que este precoz artista había de figurar entre los mejores escultores de la época. Nació en Valencia en 1866 y es hermano de los distinguidos pintores de historia don José y D. Juan. Hoy la fama del escultor Benlliure es universal.

**Bento d'Aranjo, José.**—Rejoneador portugués muy conocido en España y Francia por su destreza y elegancia á caballo. Es valiente y pundonoroso, por lo cual cuenta en Madrid con grandes simpatías, muy merecidas ciertamente.

**Bento de Souza, D. Manuel.**—¿Quién había de pensar que aquel banderillero tan aventajado y con tanta afición había de ser hoy una de las notabilidades médicas de Portugal? Así es en efecto: y si consideración pública tuvo siendo aventajado diestro, mayor la ha conseguido como hombre de ciencia. El talento y la prudente voluntad de todos modos se manifiestan.

**Berdute, Ricardo** (*Primito*).—Es un banderillero regular, de pocas facultades y de mucha práctica. Aprovecha, evita lances arriesgados, y si no maneja el capote como quisiéramos y él debiera saber ya, no hace mal papel en plaza alguna. Ha figurado en la cuadrilla de *Guerrita* y otras importantes, y es útil por su buena voluntad.

**Bergua, Rodrigo María.**—Hace un par de años era alcalde de las Caldas Da Rainha: antes fué un notable mozo de forcado, que en Portugal tuvo grande aceptación.

**Bericoechea, N.**—Mujer alayesa, «verdadera notabilidad en la equitación y en el toreo á caballo, premiada con medallas y cruces por varios Gobiernos de Europa,» que trabajó en la plaza de Madrid el 10 de Enero de 1869, rejoneó un novillo embolado, picó otro con vara larga y le mató con la chispa fulminante. Menos han hecho otras con más pretensiones; pero esta alabanza no quiere decir que nos guste ver en el redondel toreado á ninguna mujer por entendida y varonil que fuere.

**Berló, Ceferino.**—Fué banderillero de Manuel Trigo, y después de Domínguez. No recordamos haberle visto torear, á pesar de que dichos espadas trabajaron en Madrid en varias temporadas.

**Bermejo.**—Voz anticuada en el toreo, que significa lo mismo que «Colorado, encendido.» Véase Gijón.

**Bermejo, Juana** (*La Guerrita*).—Una de esas muchachas que en todas épocas han existido para ser despreciadas en vez de compadecidas. Valiente hasta un punto más de lo que una mujer puede serlo, mata becerros á cambio de porrazos, y así vive desde hace pocos años. Con esa vida no vivirá muchos. Teniendo en cuenta su sexo, no maneja mal el capote, y con la muleta da algunos pases completos, arrójase á herir con temeridad, y hace, en fin, más de lo que puede pedirse.

**Bernal, Francisco** (*Bernalillo*).—Mata toros en novilladas, con valor, y no está desprovisto de in-



teligencia. Tiene gran afición y procura aprender y adelantar. Entra bien á matar, pero se sale an-

tes de tiempo, defecto fácil de corregir si tiene decisión para ello. Nació en Zaragoza el día 13 de Febrero de 1868, y desde sus primeros años se dedicó á ser torero.

**Bernabé, Alejandro** (*El Escabechero*).—Este chico mata toros en novilladas de pueblo, sin más educación torera que la adquirida á la puerta del café Imperial y en la calle de Sevilla de Madrid, de donde creemos es natural, ó al menos reside frecuentemente. Tiene valor, y sería de sentir que, antes de aprender, un morucho le «escabechase» en cualquier pueblo.

**Berner, Juan** (*Bernete*).—Pone banderillas demasiado bien para ser tan nuevo. Debe aplicarse, á fin de darse á conocer y adquirir práctica, sin confiarlo todo á los pies, que de mucho más sirven las manos.

**Bernet, Adan ó Adan Bernet, D. Joaquín.**

—Fué un buen escritor y distinguido periodista, que más de una vez empleó su elegante pluma en escribir sobre asuntos de toros con especial competencia, gracia y talento. Falleció joven en Barcelona en Marzo de 1895; era un distinguido caballero sumamente simpático y mostró siempre una gran afición á nuestra fiesta nacional.

**Berrendo.**—En negro, se llama el toro cuya pinta ó color es blanco y negro, siendo *las manchas lo menos de una cuarta de extensión*; en colorado, al que tiene dichas manchas sobre fondo colorado ó retinto, ya sea claro ú oscuro; en jaborero ó en barroso, al que siendo de estos colores tiene aquellas manchas blancas (de esta pinta se ven muy pocos toros), y en cárdeno, al que las tiene sobre este color. Limitase la Academia á aplicarlo á «lo que es manchado de dos colores por naturaleza ó por arte.» Luego á un toro cárdeno, colorado ó negro, que sea careto ó bragado, porque tiene dos colores, ¿le llamará berrendo? ¿Y á la bandera nacional española se la dirá también berrenda?

**Berriozabal, Manuel.**—En las plazas de toros de América es conocido como un buen picador. Nos parece que en España no ha trabajado nunca, tal vez sea natural de aquel país y de él no haya salido.

**Besar.**—Se dice esto cuando el toro, tenga ó no la puya clavada, gana terreno empujando hasta me-

terse á tocar ó tropezar al caballo. Es propio de los pegajosos; pero sucede esto tantas veces por poco brazo de los picadores, ó por no sacar el caballo á tiempo!

**Bertendona, D. Antonio de.**—En una corrida de funciones reales, celebrada en Sevilla en Enero de 1730, rejoneó con general aceptación este caballero, y fué recompensado con el nombramiento de caballero de campo del rey D. Felipe V. Bien hizo en nacer hace ya siglo y medio, que entonces se premiaba con largueza cualquier muestra de adhesión y valentía, y ahora se paga un acto de arrojo y entusiasmo con ligeras frases y pueriles sonrisas.

**Bicho.**—Nombre que los revisteros humorísticos, y ya también aficionados y toreros, dan á la fiera, sea de las condiciones de edad, pelo, cuerna y pinta que tenga, pues que á esto no se atiende. En una palabra, es la equivalente á toro, y como ha dicho muy bien un distinguido escritor, antiguamente se decía por burla, hoy con exactitud, y tal vez mañana se les llame insectos, dado el rebajamiento de talla, cuerna y edad, que va poniéndose en uso.

**Billetes.**—En tiempos antiguos, era costumbre pagar en las puertas de entrada á las localidades de la plaza de toros el importe del precio fijado á

en la gran concurrencia que al mismo tiempo se agolpaba, para comprender cuán molesto era ese procedimiento para el que quería ser espectador, y cuán dado también á disputas y contiendas y sobre todo á irregularidades en la recaudación. Comprendiéndolo así en 1840, poco antes, los empresarios D. Pedro Antón, D. Julián Javier, D. Eusebio Caramanzana y D. José Cuadros, idearon establecer la entrada por medio de billetes, abriendo un despacho en una tienda de la calle de Carretas, próximamente en el sitio que hoy ocupa la casa número 3, más tarde en la calle de Alcalá cerca de lo que ahora es café Universal, y que luego otras empresas han fijado en distintos puntos, cercanos todos á la Puerta del Sol. En un principio los billetes eran sencillísimos: Un pequeño impreso del tamaño de cinco centímetros de ancho por menos de cuatro de alto, pegado á un cartón que al dorso tenía para contraseña una, dos, y aun diez florecitas, estrellas, lises ú otra figurita tipográfica, según las veces para que había servido; siendo de notar que ni aún para las funciones reales se hicieron mucho mejores, puesto que aparte de no ser encartonados en poco se diferenciaron de los ya referidos. Ya en tiempo de D. Justo Hernández (1850) los billetes de cartón fueron sustituidos por otros, sencillos en cuanto á la impresión, pero entalonados de modo que al presentarle en las puertas exteriores, quedase, dentro de un cajón construido al efecto, la parte talonaria que los recibidores cortaban; y desde entonces, aunque muy poco á poco, fué mejorando la confección de billetes, hasta que Regino Velasco, el inteligente tipógrafo

madrileño demostró su exquisito gusto para ello, y excelentes condiciones. La tipografía llevada al mayor grado de perfección, la cromotipia, la litografía y el fotograbado, los ha aplicado con tan feliz armonía que parece imposible pueda irse más allá, ni siquiera que mayores combinaciones se consigan para dar variedad á tan patente muestra de



cada una de ellas en los carteles que anunciaban la corrida. No hay que fijarse más que en la dificultad de contar el dinero que entregaba cada uno al querer penetrar en el tendido ó en la grada, y

habilidad é inteligencia.

Á su iniciativa se debe que muchas empresas de plazas de provincias, hayan adoptado luego la costumbre de hacer lujosos billetes para las funcio-

nes que anualmente en ellas se celebran, demostrando palpablemente que los adelantos en las artes son señal evidente del progreso de nuestro siglo.—Hasta en los Estados Unidos de América se han hecho billetes para corridas de toros en

aparezca recta ó vuelta y torcida, puesto que aun siendo cornipaso ó cornivuelto puede ser bizco.



España, si no de tanto gusto como los aquí confeccionados, de irreprochable grabado y estampación.

**Bittencourt, Diego Henrique.** — Gracias al Conde Vizmoso, de quien recibió lecciones bien aprovechadas, fué este portugués un gran torero á caballo desde el año 1846 hasta 1867 en que falleció.

**Bittencourt, José Elías.** — Fué en Portugal un buen criador de toros que formó ganadería renombrada. Murió en 1865, y como aficionado trabajó á caballo, picando á la española en muchas corridas, en cuyo ejercicio demostró ser valiente y arriesgado.

**Bittencourt, Diego.** — Si este caballero rejoneador continúa adelantando tanto como lleva aprendido desde que en 1889 se dedicó por afición á torear, puede esperarse mucho de él. Con que ánimo y á estudiar para no perder el buen nombre adquirido, que los años pasan y no en balde.

**Bizco.** — El toro que tiene una de las astas más baja que la otra. Se dice bizco del derecho ó del izquierdo, según sea éste ó aquél el cuerno que alce más ó sea más crecido, ya su prolongación

**Blanco, Manuel (Blanquito).** — Este chico empezó

llamando la atención por sus monadas y por su limpieza pareando, pero luego no ha dado de sí lo que su atrevimiento prometía. Aun es tiempo; debe alistarse en buena cuadrilla para trabajar frecuentemente, que no ejercitando el arte se olvida con facilidad. No le falta valor y sabe algo, luego debe procurar saber más, porque la tauromaquia exige muchos requisitos para practicarla

bien; mucha formalidad y poco jugueteo. Maestro bueno tiene dentro de casa, con que á ser dócil y aplicado. Es yerno de Fernando Gómez (*El Gallo*)



que está consirado como un buen maestro por todos los inteligentes, y sus lecciones son producto de una buena escuela.

**Blanco, Avelino** (*Chico*).—Torero en pueblos y aldeas, capea, pone banderillas y hasta se atreve á matar toros. Uno de esos chicos que, bien dirigidos, tal vez fueran algo, y así cuesta trabajo saber que existen.

**Blanco, Juan** (*Esparterito*).—Más que en España ha toreado en América. Dicen que se dedica á matar novillos, no sabemos dónde, porque no se habla de él hace ya tiempo.

**Blando**.—Es el toro á quien hacen huir los puyazos y se siente mucho de ellos.—Tomar los blandos se dice cuando el espada coloca el estoque en el sitio debido sin tropezar en hueso alguno; y por el contrario, cuando el picador se va á los blandos, denota que corre la vara por el cuello hacia las paletillas, lo cual es censurable. Obsérvese bien, por lo tanto, según lo que va dicho, cuán grande es la diferencia que se nota en la palabra aplicándose al espada ó al picador.

**Blaya, Antonio**.—Há muchos años vimos trabajar en Madrid como banderillero á un joven de dicho nombre que, aunque su apellido no variaba más que en una letra el apodo de Blas Méliz (*Blaye*), sus condiciones eran tan distintas como pueden serlo las de uno de gran inteligencia, comparadas con las del que poco sabe. La época de Blaya fué muy corta, allá por el año de 1860 próximamente.

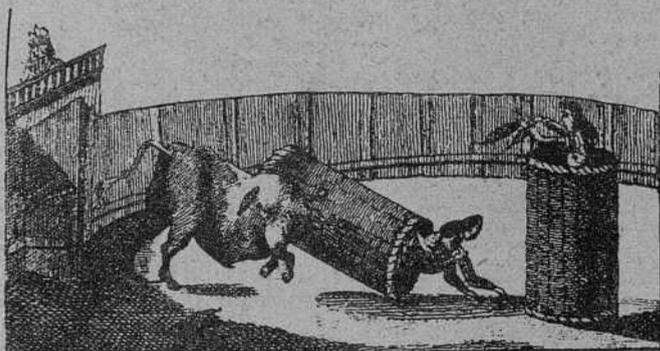
**Blázquez, Frutos** (*El Estudiante*).—Hijo de buena familia de la provincia de Avila, estudiaba en Madrid al lado de su hermano D. Paulino, abogado distinguido, llevando muy adelantada su carrera, que abandonó en 1887 por tomar el estoque y la muleta. No se dió mala maña, pero tantas fueron las instancias de su familia y los consejos de su hermano, que se cortó la coleta y fuese á continuar sus estudios á Valladolid, donde es posible haya obtenido ya el título de Licenciado en Medicina.

**Boavista, Vizconde de**.—Está retirado ya del toreo este caballero lusitano, que empezó á torear con muchos bríos en 1876.

**Bocinero ó Jocinero**.—Se llama al toro que tiene el hocico negro, diferenciándose esta circuns-

tancia del resto de su piel, que, al menos en la cabeza, ha de tener precisamente otro color. Para que se vea la diferencia que hay entre esta voz técnica y puramente convencional entre los taurómacos con la que admite la Academia, diremos que ésta la define expresando: «BocINERO: el que toca la bocina.»

**Boj, Antonio**.—No conocemos á este banderillero, que alguna vez ha trabajado en cuadrilla organizada por *Cúchares*, según hemos oído. Al menos en plazas de provincias hizo que en los carteles sonase dicho nombre, inclinándonos á creer que dicho sujeto es *Antoñeja*, cuyo apellido es Box. Este



BANDERILLAS EN CESTOS. — Lámina de 1790

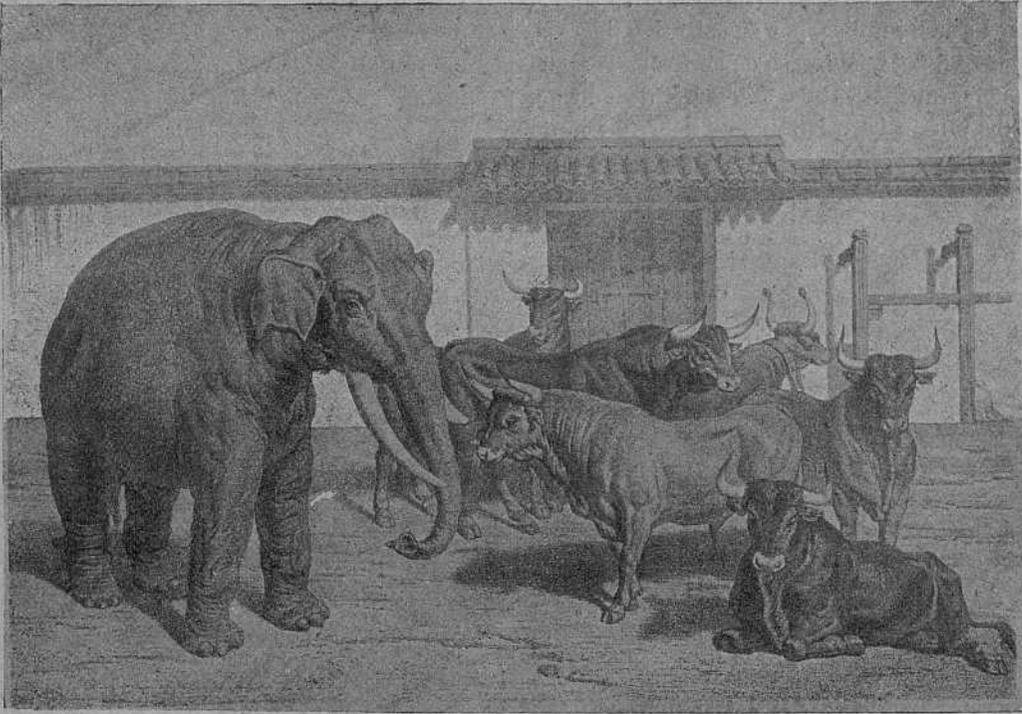
*Antoñeja* es el que dirigía las mojigangas de los novillos que se daban en la plaza vieja de Madrid, preparando los burros para los picadores, los cestos para los banderilleros ó banderilleras y dirigiendo como podía, la desordenada lidia que se daba á los moruchos.

**Bolero**.—Toro perteneciente á la ganadería del Marqués del Saltillo que, en los corrales de la plaza de Valencia, dió un salto de 14 palmos de altura, á pié parado, el día 24 de Julio de 1878, saliendo al redondel muy sobresaliente. Los carpinteros de aquella plaza fijaron en el sitio del suceso una lápida que perpetúa el acontecimiento.

**Bolero**.—Toro de la ganadería de doña Gala Ortiz, viuda de D. Saturnino Ginés, de San Agustín de Alcobendas, provincia de Madrid, divisa amarilla y morada, retinto, ojalao, corniabierto, bizco de la derecha y ligero. En 23 de Marzo de 1865 luchó en la plaza vieja de esta corte con el elefante *Pizarro*, acometiéndole diferentes veces, aunque sin poder herirle mas que en la trompa, á causa de la dureza de la piel. Lidiado después en la tarde del 15 de Octubre del mismo año, ocasionó una cogida

à *Lagartijo* sin consecuencias, aunque le volteó. El litógrafo Castilla hizo en Madrid una lámina en que retrató, con bastante exactitud, las figuras del elefante y de los toros que con él habían de luchar; mejor hubiera sido presentar el acto de la lucha para dar fija idea de lo que ocurrió; sólo podemos decir que al toro Bolero le colocó frente al

firma los artículos que publica con el seudónimo *Posturas*. Grande es su afición al toreo, comprobada por la exposición brillante de lo que ve y lee con detenimiento y reflexión. No todos hacen lo mismo. Nació en Zaragoza el 13 de Mayo de 1872; posee los títulos de bachiller y de perito mercantil, y desde los dieciocho años de edad ha escrito de



EL ELEFANTE «PIZARRO» Y EL TORO «BOLERO». — CASTILLA

elefante, de pié y mirándole. Los demás toros también salieron á la Plaza, pero ninguno acometió como el Bolero.

toros en varios periódicos, y es director de dicho *Chiquero* con imprenta propia. De familia aco-

**Boletos.**—En algunas plazas de América, una de ellas la de Lima, hay costumbre de obsequiar á los toreros aplaudidos, con dinero que los espectadores arrojan al circo; pero otros y también los empresarios, lo depositan en poder del Presidente, que de la bandeja que al efecto le entregan, tira al ruedo desde su asiento, cuando el público grita ¡*Boletos!*, todos los soles—moneda equivalente al peso duro—que contiene. Hermsilla tuvo ocasiones de recoger quinientos duros al grito de «*Boletos*» y aunque ahora ya se depositan muchas veces en vez de soles, pesetas, todavía hay diestros que recogen buenas sumas.



**Boli, Emilio.**—Erudito escritor taurino, muy entendido en los detalles del arte de Montes, según ha demostrado frecuentemente en un acreditado periódico zaragozano llamado [*El Chiquero* donde

modada, no vive de lo que escribe y sí del producto de su profesión.

**Bonabar, José.**—Fué un picador gaditano de poco nombre, que á fines del primer tercio del presente siglo, figuraba en la cuadrilla del matador Benitez (*El Panadero.*)

**Bonal, Francisco** (*Bonarillo*).—Desde que hace pocos años se presentó en Madrid este joven á matar toros de puntas en las novilladas, llevó tras sí las simpatías del público, por su soltura y ligereza, no menos que por sus deseos de agradar. Toreaba en corto; era valiente; traía ese toreo de adorno, que estaba tan en boga entonces y todavía agrada

de Mazzantini el día 27 de Agosto de 1891, toreando después otras dos ó tres veces con menos fortuna que como novillero. Condiciones tiene para ser algo y ocupar un buen puesto; pero si no toma otro camino que el de los recortes, vueltas y saltos, no llegará á donde puede y debe: por eso le aconsejamos, como á todos, que olvide resabios de provincia, que prescinda de efimeros aplausos y se busque reputación seria, formal, teniendo presente que para que los toros *respeten* á los toreros es indispensable que éstos *respeten* las buenas reglas del toreo, como las escribieron y practicaron los grandes maestros. Siempre la falta de



á la muchedumbre, y demostraba, en fin, que no le eran completamente desconocidas las reglas del arte. Creyeron muchos ver en él un futuro competidor del *Guerrita*, y el deseo de verle y aplaudirle fué en aumento, hasta el punto de que lidiando en Aranjuez el famoso *Lagartijo* el día 30 de Mayo de 1891 seis toros de Veragua, pidió Bonal permiso para matar el último, que de buen grado le cedió aquel diestro, aunque el bicho no tenía condiciones para principiantes. A los primeros pases fué cogido por ceñirse demasiado, y sufrió una gravísima herida en el bajo vientre que puso en peligro su vida; sanó después de algún tiempo, y al aparecer de nuevo en la arena, viósele tan bravo como antes y con las mismas facultades. Engreído por los aplausos quiso ser matador de alternativa, y la obtuvo en Madrid de manos

observancia de las misma ha costado cara, y de grandes contrariedades se han librado los que las han tenido presentes en todos los momentos de la lidia.

Nació en Sevilla en 1871. Es hijo de Narciso Bonal y Duro y de Josefa Casado Catalán. Figuró desde pequeño en la cuadrilla de niños sevillanos y marchó con Fernando Lobo á Méjico, alternando con él como matador, hasta que, de regreso, se dió á conocer en Madrid en varias novilladas ventajosamente como al principio va dicho.

**Boniface, Mr.**—Uno de los toreadores franceses más adelantados y valientes, que está haciendo las delicias de sus compatriotas en las plazas de aquella nación. Llévale de segundo en su cuadri-

lla el célebre Mr. Robert, suponiendo nosotros que su toreo ha de ser á la francesa, como el de los *ecarteurs*, y no á la española.

**Bonifaz, D. Gaspar de.**—Caballero del hábito de Santiago y caballero del rey D. Felipe IV. Escribió y publicó por los años de 1650 á 55 unas *Reglas para rejonear y alancear toros* desde el caballo, á cuya diversión era muy aficionado aquel rey, dedicándoselas al Conde Duque de Olivares, según se ve en la portada de las cuatro hojas de que aquéllas constan.

**Bonilla, Julio.**—Gran aficionado mexicano, entusiasta por las corridas de toros, y dueño-director del excelente periódico taurino que en la capital de aquella república da á luz con el título del *Arte de la lidia*. Es jefe de graduación en aquel ejército y de buenas prendas personales, nació en Jalapa, pueblo del Estado de Veracruz, en la república mexicana, el 31 de Marzo de 1855. A Madrid vino cuando Ponciano Díaz quiso tomar en España la alternativa de matador.

**Bonrostro, José.**—Picador de toros en novilladas, valiente según dicen, voluntario según afirman y buen jinete si hemos de creer á lo que hemos leído. Por cuenta ajena va esta calificación.

**Bornos, Conde de.**—Escribió en Tembleque, en el año de 1600, unas reglas para torear, tanto á pie como á caballo, en nombre, dice la cubierta, de un religioso de dicho pueblo, que es hoy de la provincia de Toledo. La portada es notable por el desenfado con que está escrita; dice así: «Reglas para los casos ordinarios que suceden en la Plaza de la corte de Su Majestad (que Dios guarde) á los cavalleros que torear á la brida con barrilla y espada, y á la gineta con garrochon y espada á caualllo y á pié socorros de otros caualleros y peones, los cuales son de tan poca importancia que al autor no le han importunado para que escriba ni costádole años de estudio ni desbelos: tales cuales son las dedica á los bien intencionados y si no los ay á naide, etc., etc., etc.»

**Borrego, Carlos (Zocato).**—Buena estatura, buena planta y buenas facultades para matador de toros; pero frío y poco airoso. No ignora lo que es el arte de torear, fáltale mucho para manejar la muleta con desahogo, y aunque hiere por derecho y en corto, se sale del centro de la suerte antes de

consumarla, defecto que tal vez haya olvidado en América, donde no deja de tener sus partidarios. Nos parece que ni ha llegado ni llegará adonde se propuso al empezar su carrera, que una ocasión tuvo en Madrid para subir muy alto y la desperdició. Fué en la tarde del 27 de Mayo de 1894 en que á nuestro hombre se le encogió el corazón viendo morir á su desgraciado compañero Manuel García.

**Borrell, Juan (Murulla).**—Banderillero de buenas facultades y de más voluntad que conocimientos, lleva algunos años de práctica y avanza poco. Se quedará en lo que es.

**Borrell, D. Félix.**—Si todos los que ven toros; los vieran con los ojos de inteligencia con que los aprecia este notable escritor, conocido por *E. Churras*, otra cosa sería la afición taurina, otra los toreadores y otra los pocos revisteros de corridas, que algunas veces las detallan enteramente distintas á lo que fueron en realidad. Tiene un defecto: es intransigente con todo lo que no se ajusta estrictamente á los preceptos del arte; y es tan rigorista, que no admite, en contra de ellos, modificación que los adultere. Carácter entero de que hay pocos ejemplares.

**Borroy, Manuel (Aragonés).**—Quiere ser buen banderillero y lo será si se empeña, que los de esa tierra son tercios. No tiene más, sino que el oficio es de los que tienen muchas quiebras que suelen imposibilitar á los atrevidos á que lleguen donde otros. Vaya con calma y por sus pasos contados que no se ganó Zamora en una hora.

**Bosa, Mateo.**—Era uno de los buenos picadores que figuraron en la cuadrilla de *Costillares*, y luego en la de *Pepe Illo*. Muerto éste, no volvió á sonar su nombre, por lo cual suponemos se retiraría del toreo.

**Bosch, Ramón.**—¿Qué se habrá hecho de este banderillero catalán, que trabajaba hace poco más de media docena de años con bastante aceptación?

**Bosque, Cipriano (El Serrano).**—Poco puede decirse de este joven que ha principiado á correr y poner banderillas á toros de novilladas; sin embargo, pudiera de él hablarse, si trabajase con

más frecuencia, porque su nombre va oscureciéndose, y de seguir así, aquellas buenas disposiciones que mostró en un principio se desvanecerán como el humo.

**Botas, Manuel.**—Es un renombrado banderillero portugués que pone muchos pares en brevisimo tiempo, lo mismo á media vuelta, que al sesgo, que de cualquier otro modo. Aprovecha siempre, y esto le da un mérito superior en determinadas ocasiones. Ha de haberse ya retirado de ejercer el arte, que el tiempo lo vence todo.

**Botella, Bernardo.**—En algún cartel de los de la plaza de Madrid, correspondiente al año de 1834, se lee el nombre de este picador, de quien no hay más noticias que las de haber trabajado en Sevilla en 17 de Mayo de 1830.

**Botelho Gouveia, Carlos.**—Es un buen mozo de forcado, valiente y de inteligencia, á quien el público de Lisboa estima en cuanto merece. Su afición es grande y su deseo de sobresalir por todos le ha granjeado con justicia muchas simpatías.

**Botija, Francisco.**—Banderillero gaditano que en 1836 formó parte de la cuadrilla que á las órdenes de Manuel Domínguez pasó á Montevideo. Creemos que por allá quedó, muerto ó vivo, porque no se volvió á hablar de él, al menos como torero, ni aun después de volver Domínguez.

**Botinero.**—El toro que siendo de pinta, berrendo, ensabanado, albahío, jabonero ó barroso, tiene las cuatro patas de un solo color oscuro que se separe algún tanto del resto de la pinta, es decir, que por efecto de la división de alguna raya ó mancha clara en la parte superior de las patas, aparezcan éstas como abotinadas ó calzadas hasta la pezuña.

**Boto, Antonio** (*Regaterín*).—No tiene nada que ver este matador en novilladas con los que llevan el apellido «Recatero». Sabe poco, muy poco, pero quiere mucho. Es precipitado y se atolondra pronto, si no le da por crecerse y poner en planta el adagio *audaces fortuna...* etc.

**Boudín, Augusto** (*El Pouly*).—Es uno de los más celebrados *toreadores* franceses que parchea,

capea y banderillea á gusto de sus paisanos y según le parece, pero con cierta tranquilidad. No salta como Daverat y otros *ecarteurs* de las Landas, y tiene tal entusiasmo por la fiesta española, que pocos le igualan en su ardor apasionado.

**Bourgoing, J. Fr.**—Autor francés que en una obra impresa en 1797 con el título de *Cuadro de la España moderna*, en que critica nuestras corridas de toros, no puede menos de decir «que el circo presenta un golpe de vista imponente; que la pasión de los españoles á estas fiestas nada influye en lo moral, ni altera la dulzura de sus costumbres, y que el riesgo de los toreros es mucho menos de lo que se exagera; que durante nueve años en que asistió á la fiesta de toros, sólo había visto un *toreador* muerto de resultas de sus heridas, y que había conocido algunos extranjeros de instrucción y finura, á quienes al principio acongojaba este espectáculo, encontrar después en él un atractivo irresistible.» Esto mismo indudablemente le sucedió á nuestro buen francés; porque si, como él dice, asistió á las corridas nueve años seguidos, afición, y hasta cariño, las tendría, que no pueden verse media docena de veces sin hacerse frenético partidario de ellas el espectador nacido en cualquier parte del mundo.

**Box, Antonio** (*Antoñeja*).—Antiguo chulo de la plaza de Madrid, muy conocido en las mojigan-gas de las funciones de novillos, que preparaba y dirigía al frente de los jóvenes inexpertos que forman las comparsas, haciéndolos poner banderillas metidos en cestos de mimbres, y ejecutar otros juegos que expresaremos en la voz NOVILLOS. Tenemos entendido que falleció hace unos cuantos años. (Véase FOJ, ANTONIO).

**Boyante.**—El toro bravo que por sus condiciones de nobleza y sencillez es el más á propósito para la lidia, porque, obedeciendo siempre al engaño y siguiéndole hasta que el diestro le despide de él, pueden rematarse con perfección y lucimiento toda clase de suertes. Al toro de estas condiciones se le llama también franco, claro y sencillo. La Academia dice que se llama así al toro que da fácil y poco empeñado juego.

**Braamcamp Freire, Manuel.**—No es de los peores mozos de forcado que hay en Portugal, y más podría ser si quisiera, que sabe y puede, pero hace falta en él más voluntad.

**Bragado.**—Se dice del toro cuyo vientre es blanco, al menos de la mitad á atrás ó en su mayor parte, siempre que el resto de su pinta sea de un solo color obscuro, ó bien cárdeno ó salinero. No se le llama así cuando la bragadura es obscura, aunque sea más claro el resto de la pinta, y en ésta, como en otras voces, nos apartamos de la Academia. Si el toro es blanco manchado de negro y la bragada negra, le llamaremos berrendo, por ejemplo, pero no bragado.

**Braganza, D. José de** (*Lafoes*).—No basta ser primo del Rey D. Carlos I de Portugal para ser banderillero, y conociéndolo así, dejó de practicar el toreo á que siempre fué muy aficionado.

**Braganza, D. Segismundo** (*Lafoes*).—En iguales condiciones que el anterior en todo y por todo, se encuentra este caballero portugués. No es lo mismo querer que poder, aunque haya quien afirme lo contrario.

**Braganza, D. Cayetano** (*Lafoes*).—Empezó á torear en Portugal como caballero amador, en 1879 y mostró desde luego, mucha inteligencia y valor. Es dueño de una gran vacada que hace pastar en Torrebella, sitio el mejor y más á propósito de los



de aquel país, y ha cruzado sus reses, originarias de la casa del Duque de Lafoes, que es la de sus padres, con vacas de Juan Ignacio de Vallada y de Juan de Sousa Falcao, y toros del Marqués de Vagos y de Emilio Infante de Cámara.

Es primo, en cuarto grado, del Rey de Portugal D. Carlos I, atiende con especial cuidado á sus reses, gusta mucho de hacer con ellas en su cerrado faenas del campo, y su trato es sencillo y sumamente afable.

**Bracho, D. Valeriano.**—Fué siempre más distinguido como aficionado inteligente, que como escritor, aunque redactó en el *El Imparcial Taurino*, *El Toreo Sevillano* y *La Revista* y dirigió durante su publicación *El Telegrama de loterías y toros*. Representó en Sevilla como apoderado de los espadas *Marinero* y *Fabrilo* y falleció en 14 de Octubre de 1891.

**Brama.**—Es la época del *celo* en el ganado vacuno. Cuando un toro está picado de él, es más intrépido y atrevido que de ordinario, su mugido es más prolongado y á veces tembloroso, y tanto él como la vaca dan á menudo fuertes resoplidos. En los meses de Abril á Junio es cuando se manifiesta con más ardor la *brama* que también experimentan otros cuadrúpedos.

**Bramar.**—Sabido es que la voz que forman los toros, bravos ó mansos, generalmente cuando son castigados y á veces sin serlo, se llama bramido. La gente de campo conoce cuando éste indica ira, sorpresa, amor á la hembra, dolor y energía, según sea profundo, breve, prolongado, lúgubre ó triste, fuerte y rápido.

**Bravo de Lagunas y Castilla, D. Pedro.**—Escribió en Lima en 1757 un precioso discurso con motivo de la fundación del Hospital de San Lázaro, á cuya construcción se dedicaron los productos de unas corridas de toros, defendiendo esta fiesta contra la opinión de gentes extranjeras, y apoyándose en textos profanos y sagrados la calificó de moral y lícita. Es notable ese trabajo por lo erudito; y se halla inserto en el capítulo VI de los discursos del sabio Doctor Ministro de Indias, Oidor de Audiencia y Catedrático de prima de leyes de aquella Universidad de San Marcos, y el único ejemplar existe en la Biblioteca de la capital peruana.

**Bravo.**—Aplicada esta palabra al diestro, significa valiente, atrevido, intrépido; aplicada al toro, quiere decir feroz, indómito, fiero. Son los mejores para ser lidiados.

**Bravo, Joaquín** (*Punteret*).—Anda por ahí matando toros en novilladas de pueblos, y se arriesga y sale bien, hasta ahora, porque la Divina Providencia quiere. ¡Ojala no tenga el fin del desgraciado que primeramente llevó ese mote!

**Bravo, Antonio** (*Barquero*).—Banderillero de poco nombre, porque es muy reciente su presentación en las plazas. Nada puede decirse aún de lo que será, si es que trabaja más á menudo que hasta hoy.—Por de pronto alterna con los de primera fila en su clase y si no llega á ser algo no puede atribuirse á que le falten medios para ello, ni á falta de voluntad.

**Bravucón**.—El toro que manifiesta poca ferocidad y bravura, y que por consiguiente es tardo y perezoso al embestir. Así le califica *Pepe Illo*; pero Montes, comprendiéndole entre los abantos, dice que son los menos medrosos de todos ellos, que parten ó arrancan muy poco, y alguna vez, al tomar el engaño, rebrincan, y otras se quedan en el centro sin formar suerte. Nosotros los llamamos *cobardes*, y á toros así, para poderlos lidiar medianamente, hay que consentirlos mucho y buscarlos en todos los sitios posibles. Dice la Academia que bravucón es «esforzado sólo en la apariencia». La cónica está.

**Brazuelo**.—La parte del toro que se encuentra ó está junto á la paleta ó juego de las manos. Nunca debe herirse en el brazuelo, ni por los picadores, ni por la gente de á pié; y es una mala intención digna del mayor castigo, clavar la puya en ese sitio, que necesariamente hace que el toro se retraiga de las suertes y aún que cojee en ocasiones, haciendo difícil y penosa su lidia.

**Brega**.—Es el trabajo del lidiador en general, luchando con los riesgos y dificultades para vencerlos, y buscándolos para demostrar su inteligencia y valor. Un torero puede estar bien bregando toda una tarde y hacer una mala faena al matar, ó al poner banderillas.

**Breña, Juana**.—Fué en su país, Perú, á principios de este siglo una toreadora á caballo, cuyo nombresuena aún con entusiasmo en Lima y otras ciudades. En una célebre corrida verificada en 1816, dice un autor que «entró Juanita Breña, en un zaino manchado, raza de Chile, y le dió tres suertes, (suponemos que al toro,) sentando el caballo en la última para esperar nueva embestida.

**Brey, Pascual**.—Aventajado picador de vara larga á fines del siglo pasado, compañero de Juan Misas, de quien no desdecía. Trabajaba ya en 1760 y tantos, con las cuadrillas de los Palomos.

**Brindis**.—Es el saludo que, brindando por la presidencia siempre, y algunas veces por determinadas personas, hace el matador en voz alta y montera en mano frente á aquellas y dirigiéndoles la palabra antes de ir á dar muerte al toro. Lo verifica en cada corrida únicamente la vez primera que



le toca matar, es decir, que aunque mate dos ó más toros, sólo brinda en el primero; y esto lo realiza cada uno de los espadas; á no ser que como hemos dicho, dirija el brindis segundo á quien no sea autoridad. Los banderilleros y picadores suelen alguna vez brindar á personas determinadas, nunca á la presidencia.

**Bringas, José**.—Hace más de cuarenta años se presentó en Madrid un torero andaluz de este nombre, que trabajó como espada en una corrida benéfica. En ella no se distinguió. Después no le hemos vuelto á ver, ni nos han dado razón de su paradero; ignoramos si, como otros, ha ido á América y no ha vuelto, ó si ha dejado el oficio, que parece empezó en Sevilla en 1839 con Gaspar Díaz, el hermano del *Lavi*.

**Briones, Francisco**.—Picador basto, pero duro y de poder, que perteneció á la cuadrilla de Montes. Ha trabajado lo menos cuarenta años en su

profesión, y ha dejado excelentes recuerdos entre los aficionados que le vieron en sus buenos tiempos. Hombre concienzudo y poco amigo de hacer ostentación de sus facultades, trabajaba sin demostrar esfuerzos, y la mayor parte de las veces con voluntad. De ser más fino y de mejor figura hubiera adquirido mayor celebridad.

**Briones, Patricio** (*El Negri*).—No debe confundirse en nada este picador con el de su mismo apellido llamado Francisco, de que hacemos mención en el lugar anterior. El *Negri* fué más moderno, y falleció el 17 de Diciembre de 1879 á consecuencia de un fuerte golpe que le dió un becerro en la tiente verificada días antes en la ganadería de D. Antonio Hernández, vecino de Madrid.

**Brito, Antonio**.—Uno de los más renombrados caballeros rejoneadores que ha habido en el vecino reino de Portugal, donde nació. Su arrojo y valentía fueron siempre celebrados desde que en 1838 se presentó en la arena. Creemos que fué en 1852 cuando acaeció su fallecimiento, causado por enfermedad común.

**Brocho**.—Se llama así por su armadura al toro cuyas astas, sin ser enteramente gachas, son algo caídas y al mismo tiempo apretadas, es decir, más juntas que de ordinario las tienen todos, puesto que en los bien armados, en su parte inferior, ó sea en la primera mitad próxima al nacimiento, vienen á formar una media luna.

**Buceta, Fernando**.—Fué banderillero de José Ponce, y no tenemos de él noticias posteriores á las de la época de dicho espada. En Madrid trabajó hace más de treinta años, y no se distinguió gran cosa.

**Buelna, Conde de**.—Gran jinete y famoso diestro, tanto á pié como á caballo, que no contento con haberse lucido en fiestas y cañas en Castilla y Francia, lidió toros en Sevilla cuando la visitó el rey Enrique III (1395), «así á pié como á caballo, esperándolos, poniéndose á gran peligro con ellos, e haciendo golpes de espada tales, que todos eran maravillados.» Así lo dice la crónica.

**Buendía, Isidro**.—Banderillero de regulares condiciones, que solía suplir en ausencias y enfermedades á otros compañeros. Era mejor puntillero

que peón de rehiletos. Fué su época al principio de la segunda mitad del presente siglo y el teatro más frecuente de sus operaciones la plaza de Madrid.

**Bueno, Juan**.—Banderillero andaluz, cuyo mérito era muy reconocido á mediados del siglo pasado, especialmente parcheando. Fué hermano de

**Bueno, Vicente**.—Banderillero de la cuadrilla de José Cándido, cuya muerte presencié en 1771. Parece que era capote muy oportuno en los peligros; no sabemos si sería hermano ó padre de

**Bueno, Manuel**.—Pertenece como banderillero á la cuadrilla del célebre *Costillares* en el último tercio del precedente siglo. Nos inclinamos á lo primero, teniendo en cuenta la época de dicho matador.

**Bulo, Antonio** (*El Malagueño*).—Torero redondito, garboso y con mucho *aque!*. Parecía bastante bien á derecha y no á izquierda, por cuyo lado tenía menos seguridad. Era con el capote muy útil porque corría bien los toros, y cuando iba marcando en el arte notables adelantos le sorprendió la muerte en Cádiz el día 7 de Abril de 1884.

**Bulto**.—El objeto que, á diferencia del engaño, se presenta ante el toro, como el hombre, el caballo, etc. Dicese *hacer por el bulto*, del toro que despreciando el engaño ó sea el capote y la muleta, busca directa y fijamente al diestro, como lo verifican muchas veces los de sentido; y *huir el bulto*, cuando el torero, en los lances de banderillas y muerte, cuarteá demasiado, deja pasar la cabeza, etc. Haciendo esto último el diestro denota falta de confianza y puede únicamente autorizarse, si el toro es de sentido.

**Burguet, Miguel** (*Pajalarga*).—Sin que pueda decirse que este banderillero valenciano es una notabilidad, cubre muy bien su puesto y tiene buenos deseos. Cuida de no quedarse sólo con estos, que es lo que nos tememos.

**Burladeros**.—Son unas vallas de madera de igual forma y altura que la barrera que circunda el redondel y que se colocan en éste junto á aquella en algunas plazas, para guarecerse el lidiador cuando

es perseguido por el toro. Han de estar separadas de la barrera ó de la pared un tercio de metro, poco más ó menos, á fin de que el torero entre aunque sea de costado, que es como generalmente acontece, y el toro no pueda verificarlo; y su longitud varia de tres á cinco metros. En los corrales, y aun en los jaulones donde está el ganado antes de enchiquerarle, son de mampostería los burladeros, ó al menos deben serlo. En el callejón de la barrera hay también burladeros para que en ellos estén los precisos operarios, alguaciles y celadores etcétera, pero abusando ó no, suelen estar ocupados por quienes no tienen derecho ni autorización ninguna. Más de una desgracia ha sucedido por no poder entrar en los burladeros hombres perseguidos por los toros.

**Burnay, Conde de.**—Realmente no es un torero de profesión, pero llevado de su afición al arte ha trabajado en Portugal, y en clase de banderillero, en muchas ocasiones y con brillante éxito. Arrastra este espectáculo hasta á las personas de más alta posición social.

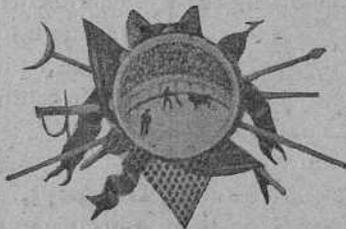
**Burriciegos.**—De este nombre hay tres clases de toros; unos que ven mucho de cerca y poco ó nada de lejos, lo cual se conoce en que cuando tienen cerca cualquier objeto parten á él con gran codicia y en cuanto se les separa no le siguen ó toman distinto viaje; otros que ven poco de cerca y mu-

cho de lejos, cuya circunstancia se advierte porque con gran ligereza y en línea recta parten de largo sobre el bulto más grande que les llama la atención, sin parar hasta alcanzarle; y otros, finalmente, que no ven bien ni de lejos ni de cerca, por lo cual son pesados y casi siempre se aploman en la lidia. En el lugar correspondiente va explicada la forma en que con esta clase de toros deben hacerse todas las suertes conocidas en el toreo. No es voz que comprende en su *Diccionario* la Academia.

**Bustamante, Manuel (Pulga).**—Como banderillero no ha sido notable y, conociéndolo él sin duda alguna, se dedicó á puntillero, sin perjuicio de tapar su boquete en plazas donde hiciesen falta rehileteros. Perteneció constantemente á la cuadrilla de *Cúchares* y ha figurado en segundo lugar de antigüedad entre los puntilleros en las funciones reales de toros de 1878.

Después de una larga y penosa enfermedad falleció en Sevilla el Domingo 24 de Julio de 1881.

**Bustelo, Antonio.**—Picador de toros, á quien no se le puede pedir más de lo que hace. Sin embargo, si quiere agradar, aplíquese y ganará lo que le falta, que es arte y conocimiento de las reses. No sirve ser buen jinete ni tener fuerza y valor si no les acompaña la inteligencia.





**Caamaño, D. Angel.**—Defensor de la rigurosa aplicación de las buenas reglas de la tauromaquia, escribe con facilidad suma y sin temores ni cobardías. Llama las cosas por su nombre, entiende de toros tanto como el primero, y es de esos aficionados á quienes puede llamárseles teórico-prácticos. Sus revistas, firmadas con el pseudónimo *El Barquero*, son buscadas con ahínco, porque, aparte de su excelente redacción, contienen siempre verdades indiscutibles. Ha colaborado en muchos periódicos, y dirigió *El Toreo Cómico* con notable acierto, lo mismo que *La Carcajada* y *El Enano*. También el teatro ha visto sus producciones aplaudidas; y para todo eso, para manejar como maneja, con facilidad y talento, la pluma, no han precedido más estudios que los que él se ha facilitado en casa, privadamente, sin matricula de institutos y univer-



sidades, y robando el tiempo al sueño y al oficio de encuadernador á que le dedicaron sus honrados padres desde la edad de nueve años. Pasados algunos, le dió la manía, como á otros muchos españoles, de ser torero; danzó por los pueblos con el *Manchao*, *Mateito*, *Valladolid*, Galindo y otros, estoqué algunos moruchos, y, como dice él mismo con mucha gracia, «reconoció su miedo insuperable y se retiró del servicio activo», en el cual nunca llevó coleta, ni vistió de corto, ni hizo corro en



el célebre *muelle* de la Puerta del Sol. Encajando mejor en sus condiciones, desempeñó un cargo burocrático en oficina de importancia de empresa particular, y, siempre que puede, estudia y lee con aprovechamiento, porque su inteligencia se ha acostumbrado ya á digerir perfectamente los manjares literarios de cualquier clase. Tiene un defecto grande: es demasiado modesto, porque él mismo no sabe lo que vale realmente, y tan malo como ensoberbecerse es el encogerse, y acaso peor hoy en día.

**Caballero, Manuel.**—Espada que trabaja bastante en las repúblicas de América y tiene buena aceptación. No recordamos haberle visto torear en España hasta que en Madrid se presentó en una novillada del mes de Julio de 1893, y, francamente, no dió gusto á la concurrencia.

**Caballero, Gabriel.**—Uno de los mejores puntilleros que ha habido, y hombre de excelentes condiciones como particular. Ha matado alguna vez

en corridas de novillos, pero sin pretensiones. En las funciones reales de 1878 ha figurado como decano á la cabeza de los puntilleros. Falleció en Madrid, de donde era natural, hace ya más de diez años.

**Caballero, Gerardo.**—Era un espada regular, buen mozo, bien puesto y nada más. Trajo á Madrid desde Sevilla muy buen nombre, como otros muchos, y no gustó su trabajo, por lo cual, después de haber tomado la alternativa en Madrid el día 6 de Septiembre de 1874, marchó á América en 1882, donde fué asesinado en Septiembre del mismo año.

**Caballero, Rafael (Matacán).**—Picador bravo y duro que no siempre pone la puya donde debe. Monta bien, es ligero y tiene voluntad: fáltale arte, porque á los toros hay que tomarlos en el terreno debido, sin terciarse ni acosarlos, y no todos se presentan lo mismo. Tomó la alternativa en Madrid en 8 de Octubre de 1882. Es natural de Córdoba, y cuando vino á la Corte llevaba trabajando más de seis años en otras plazas. Hace tiempo que no sabemos de él, ni suena su nombre.

**Caballero, Jacinto (El Alfarero).**—Este desgraciado matador de novillos asistía como espectador el 13 de Septiembre de 1891 á una corrida que se celebraba en Alcalá de Guadaíra, y queriendo ayudar al matador encargado de despachar al último toro, llamado *Pajarito* y perteneciente á la ganadería de López Conde, bajó al redondel, y á muy poco fué arrollado contra la pared, pues allí no hay barrera, y resultó de aquel gran porrazo con la espina dorsal rota por dos partes, y, por consecuencia, falleció á los dos días en la referida población.

**Caballero, Pedro (Periquín).**—Capea en los pueblos que puede y como puede, y va salvando la pelleja. Harto hace, pero continuando así, nadie llega á ser torero.

**Caballeros.**—El principal distintivo de las funciones reales de toros es el de la presentación en el coso de los caballeros en plaza, en términos de que no hay noticia de que se hayan celebrado aquéllas sin la asistencia de éstos. Tanto es así, que en lo antiguo los caballeros y gente principal no tenían más sitio para presenciar la fiesta que el coso ó redondel, donde permanecían á caballo, tomando

ó no parte en la lidia, pero sin ocupar los andamios y balcones, que sólo quedaban para mujeres y gente inútil. Luego que los caballeros concluían de alancear los toros, y en tiempos más modernos de rejonearlos, desocupaban el circo y en él quedaba la plebe para desjarretar otras reses. Ya en el año 1725 los grandes y señores de la corte del rey D. Felipe ocuparon estrados, y sólo se presentaron en la arena hidalgos y caballeros que, apa-

bien luego no se han exigido pergaminos para acreditar el linaje, porque los tiempos y las instituciones liberales han hecho inútiles semejantes distinciones, siempre se han elegido de entre los que por su posición en la sociedad, por haber seguido la carrera de las armas ó por haber prestado servicios al Estado en empleos públicos, se les ha considerado dignos de representar á los grandes de España. También muchas veces la Municipali-



CABALLERO EN PLAZA, CON SU PAJE. — De fotografía

drinados y protegidos por la grandeza y real persona, quebraron rejones en honor de ésta, que les nombró sus caballerizos efectivos con sueldo; y lo mismo sucedió en 1765 con los caballeros que con un acompañamiento numeroso y gran boato pisaron la arena y rejonearon en Madrid cuando las bodas de los reyes Carlos IV y María Luisa; entonces obtuvieron grandes regalos y muestras de munificencia de toda la nobleza, y en especial de sus padrinos. Después siempre se ha tenido cuidado de que en tales fiestas los caballeros merezcan el nombre de tales. Antiguamente era requisito indispensable ser hidalgo, cuando menos, de nobleza reconocida, y de ahí el nombre de caballeros; y si

dad de la Corte ha apadrinado caballeros en plaza que han sido presentados en el circo por un individuo de su seno elegido al efecto, y las dádivas han correspondido siempre al honor de corporación tan ilustre y de padrino generoso. Por lo demás, en el redondel no se le considera como un lidiador, sino como *caballero*: el espada es su padrino de campo, los banderilleros sus pajes: nadie, mientras él pisa la arena, puede lidiar: los toreros se limitan á colocarle, llevarle ó traerle el toro, á librar á su señor de un peligro, y, en una palabra, á servirle en todo y por todo. En el lugar correspondiente á sus apellidos, hacemos mención de los caballeros en plaza más notables de que se tiene noticia.

**Caballo.**—Aunque todos saben que así se llama el animal que monta el picador, no nos parece ocioso advertir que algunos revisteros de buen humor



PRUEBA DEL CABALLO. — MACÍAS

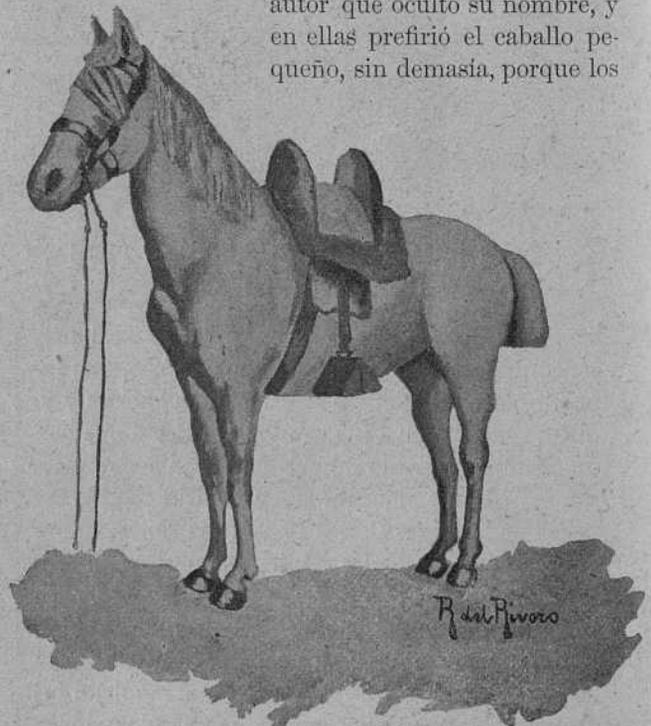
dan á dicho cuadrúpedo el nombre de *penco*, *rocicante*, *alehuya*, *lagartija*, *sabandija*, etc.; pero debe advertirse que estos son nombres burlescos que no se admiten formalmente.—El caballo para lidia ha de estar probado por el picador con anticipación, y debe preferirse el que, siendo de más fuerza en los cuartos traseros, tenga mejor boca y menos resabios. Las demás condiciones sabe apreciarlas el buen jinete. Exigen el vulgo y mucha gente de alguna ilustración, pero incompetente en materias taurinas, que el caballo, para picar en él con vara larga, ha de ser vivo, ligero y de muchos bríos; y precisamente esas buenas condiciones para otro servicio son las menos necesarias al objeto. Un caballo de mucha viveza, fogoso y joven, ó por añadidura inquieto y juguetón, sufre impaciente la venda que le tapa la vista, y si se siente herido, sale, por lo general, dando botes, desobedeciendo al giro del bocado y en carrera demasiado rápida, que muchas veces compromete la vida del jinete de muy diversas maneras: si es demasiado ligero de piernas, si tiene

mucha sangre, al sentirse espoleado arrancará atropellándolo todo, á echarse, tal vez, encima de su enemigo, y cuando no, dificultará toda suerte.

Del mismo modo que el picador se sirve, fundado en la experiencia, de garrocha de madera de aya, porque las de pino y el aliso son quebradizas y poco resistentes, las de encina y nogal harto pesadas, y el fresno y sus análogos se doblan y arquean á poco impulso, de igual manera el ensayo de muchos años ha venido á demostrar que las mejores condiciones que debe tener el caballo de plaza para la suerte de picar con vara de detener, son las siguientes: de marca elevada, pesado, de buena boca, fuerte de remos y viejo mejor que joven, aunque no de tanta edad ni de tan retrasados movimientos que el aplomo que debe tener se traduzca en torpeza, puesto que la obediencia á la mano izquierda del torero es el requisito más importante para el buen resultado de la preciosa suerte de vara.

No es de ahora esta opinión, que constantemente hemos oído á famosos picadores y que hemos robustecido con nuestras observaciones por espacio de muchos años; que ya en 1582 escribió el insigne Argote de Molina en su famoso libro de montería dedicado al rey Felipe II, que el caballero ha de salir «en caballo crecido, fuerte de lomos, levantado por delante, flemático, que no acuda aprieta á los piés», y aunque el dean de la Santa Iglesia de la ciudad de Burgos D. Antonio Teran hizo publicar en Valladolid á 8 de Agosto de 1652 unas *Reglas para torear* que habia pedido

el día 4 desde Burgos á un autor que ocultó su nombre, y en ellas prefirió el caballo pequeño, sin demasia, porque los



CABALLO PARA PICAR

grandes no son mañosos, convino con cuantos escribieron del particular en que los caballos tengan honduras y sean resistentes.

Todos están conformes en que es preferible al poder fogoso, el de la fuerza en los cuartos traseros, que es el de resistencia en los lomos, y esto se comprenderá fácilmente por cuantos entiendan lo que es y cómo debe hacerse la suerte de picar con garrocha. Ya venga el toro levantado, ya parado, cuando el torero se ve en disposición de clavar la puya, el caballo, obedeciendo la mano izquierda de su jinete, gira, siempre que la suerte está bien ejecutada, sobre sus patas, sin ayuda nunca de sus manos, que levanta más ó menos, según la energía ó fuerza del lidiador y la mayor ó menor blandura de su boca. Aun en el caso, que no debiera ocurrir nunca, pero que acontece con frecuencia, de no acordarse el picador de guiar la salida, el caballo, herido á causa de la torpeza del jinete, abre las manos y en sus ancas se apoya con más firmeza cada vez, para salir del peligro. Rodrigo Noveli indica en su *Cartilla* de 1726 que sean de casta conocida, y si fuesen grandes y mañosos serán mejor: prefiere los de color obscuro, buenos brazos y mejores piernas, que salgan pronto, buena boca y arrendados, para que obedezcan repelando y trocándose sobre la mano derecha. «Caballo, dice que al tender el garrochón al toro se trueca, entrando las caderas al lado derecho, es herido sin dificultad y muy mal visto á los mirones, y se debe huir de que suceda esto».

¿Qué diría el señor Noveli si contemplara lo que ahora acontece, atravesando frecuentemente la suerte los malos picadores? Estos deben probar con la debida anticipación los caballos para conocerlos bien y fatigarlos, algún tanto, el día en que hayan de servirse de ellos, para que estén más aplomados y obedientes al freno.

**Cabanes, Valentín** (*El Ches*).—Era un banderillero que solía matar toros. Si se hubiese dedicado á una sola cosa de las dos, puede que hubiera sido buen torero. Murió en 21 de Septiembre de 1876, en Madrid, á consecuencia de una pulmonía y á la edad de veintisiete años.

**Cabañas, D. Nicolás**.—Fué uno de los caballeros en plaza apadrinados por la grandeza que rejonearon toros en la de Madrid cuando las fiestas reales celebradas en el año 1846 por las bodas de la reina Isabel II y su hermana. Fué jefe de Administración civil de apreciables circunstancias.

**Cabedo, Jorge**.—Este noble portugués fué un notable mozo de forcado, de gran afición y entendido. Está retirado del arte.

**Cabestros**.—Así llaman á los bueyes viejos que, cuanto más lo son, mejores servicios prestan en las vacadas. Son utilísimos para *arropar* el ganado bravo, ó lo que es lo mismo, para rodearle ó sea colocársele en medio de ellos, y evitar de este modo que algún toro salga de la piara y se desmande, huya y acometa en el campo, corral ó camino, causando desgracias. Sin su ayuda, sin su eficaz cooperación, sería difícil, casi diríamos imposible, conducir el ganado bravo de un lado á otro, y mucho menos separar, cuando conviene hacerlo, á los hijos de las madres, á las reses picadas de las que no lo están, y á un grupo de la torrada de determinado sitio.

El cabestro hace que el vaquero marche tranquilo á caballo por un camino, llevando tras sí diez, quince ó veinte toros bravos, porque en las ancas del jaco forma el cabestro punta, siguiéndole otros bueyes detrás á sus costados, y entre ellos el ganado tranquilo, sin desmandarse, ya sea despacio ó corriendo. Sucede alguna vez que un toro, por haber marchado más á la zaga de los otros, porque yendo á un costado de la piara le ha llamado la atención cualquier objeto, ó por otra causa parecida, se salga del grupo y rompa su marcha en distinta dirección. Entonces el mayoral pára el ganado en el acto con sólo parar los cabestros, que obedecen como corderos; saca de entre ellos tres ó cuatro de los más maestros, que así se dice á los más prácticos y de mejor instinto, y con un par de zagales á pié y otro hombre á caballo marcha rápidamente adonde está la res perdida. Antes de divisarla, ya huelen el rastro que ha seguido, y tan luego como la distinguen, al mismo tiempo que los jinetes tratan de cortarla el paso distraiéndola, los cabestros la cercan, la *arropán*, la envuelven, digámoslo así, entre ellos, y lentamente empiezan á volverse al punto de partida á reunirse con los demás toros.

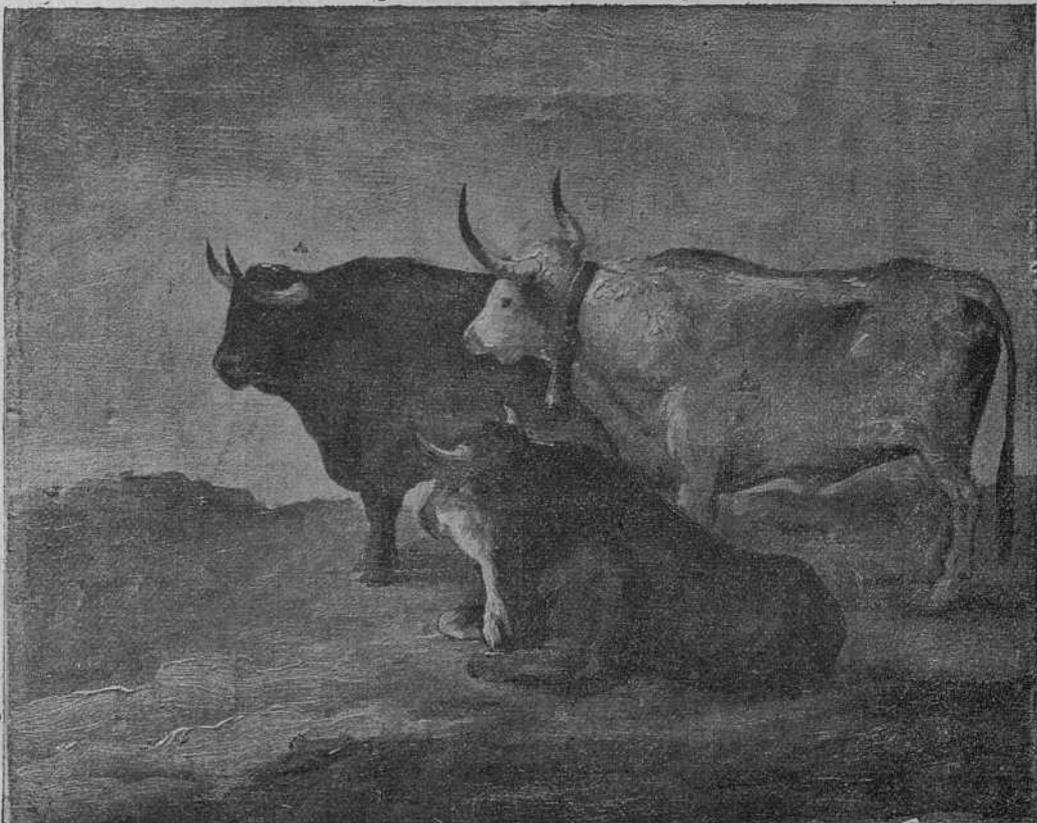
Cuesta á veces trabajo arrancar al toro huido de un sitio determinado á que ha tomado querencia, ya por ser más fresco aquel punto, por dominar una gran extensión, ó por otra causa. Entonces es de ver cómo van y vienen, dan vueltas y se juntan al toro los cabestros; cómo le incitan á marchar en dirección al punto que quieren; cómo le estorban el paso si toma ruta contraria, y en una palabra, cómo le obligan á seguirlos, aun cuando en su furia el toro haya herido alguno de ellos.

El cabestro es sagaz y obediente. Se ha hecho con los años, y á fuerza de repetir siempre una misma faena, su instinto le guía casi siempre con acierto. Más que temor al castigo que puedan darle los mayores y pastores, les tiene verdadero cariño, y los obedece y sigue como un borrego. Atiende por su nombre, conoce perfecta y distintamente la voz de sus amos, y hasta entiende lo

que le dicen, sin más demostración que la palabra, la mayor parte de las veces. «¡Derecha! ¡Izquierda!»—grita en una marcha ó en una parada el mayoral,—y por allí emprende la ruta el cabestro de punta, sin titubear, sin equivocarse. «¡Alto!»—dice aquél,—y en el momento pára la piara y se arremolinan todos los mansos alrededor de los bravos. Cabestro ha habido que se ha arrodillado y se ha echado, obedeciendo la voz del mayoral.

enganchado, sin que por esta explicación se entienda que haya necesidad de que el animal coja para dar la cabezada. En una palabra, es el *golpe* que da con la cara ó testuz, aunque no enganche ni derribe.

**Cabra, Conde de.**—Cuando en 1680 se verificó en Madrid el casamiento del rey D. Carlos II, tomó



«VINAGRE» CABESTRO QUE VIVIÓ 31 AÑOS EN LA GANADERÍA DE D. J. HERNÁNDEZ.—VANHALEN

Calcúlese, pues, con estos detalles cuán importante, útil y necesario es en toda ganadería un buen cabestraje, bien dirigido y bien enseñado por inteligente conocedor.

**Cabezas, Antonio** (*El Pajareiro*).—Picador de toros que, aunque alegre y voluntario, no ha conseguido obtener un buen puesto entre los de su clase, habiendo otros que valen menos. Sin embargo, no es una notabilidad.

**Cabezada.**—El encontrón que da el toro en su arremetida después de humillar y antes de derrotar, es decir, en el momento de llegar á la mitad de la acción de levantar el bulto que pueda haber

parte dicho conde en las corridas de toros, lidiando á caballo, según costumbre de entonces; por cierto que otro de los caballeros, el almirante de Castilla, hirió al conde en una pierna casualmente con el rejoncillo.

**Cabral d'Aquino Mascaranhas, Francisco María** (*Morgado Cabral*).—No puede decirse de este señor que «apenas se llama Pedro,» ni que desde 1853, toreando como caballero rejoneador, haya dejado de recibir aplausos por su valor y por su maestría. Se retiró hace muchos años.

**Cabrera Estúñiga, Juan.**—Torero que en el siglo XVII hizo en Sevilla lucidas suertes de capa

en las fiestas celebradas por el nacimiento de un príncipe, según resulta de cierto memorial dirigido al Municipio de aquella ciudad por dicho sujeto pidiendo ayuda de costa para él y su gente.

**Cabrera, Mateo** (*Veltas*).—Bullidor, saltarín y atrevidillo fué este banderillero hace más de treinta años; pero sus buenos deseos no le han hecho llegar á ser un regular torero; sin duda por eso y por la edad se habrá retirado de la profesión.

**Cadaval, Duque de**.—En las fiestas reales celebradas en Portugal cuando el nacimiento de la princesa del Brasil, en 1735, trabajó con gran lucimiento á caballo, adquiriendo fama de gran picador de toros.

**Cadena, Pedro**.—Banderillero, que en las plazas mejicanas tiene bastante aceptación, más que poniendo pares bregando con el capote, que dicen maneja con soltura y habilidad.

**Cadete, Manuel**.—Famoso banderillero portugués, apartado ya de la arena y de la lidia activa, pero cuyos consejos oyen con aprovechamiento los nuevos toreros de aquel país. Le creemos pariente cercano de

**Cadete, José de Sousa**.—Uno de los más renombrados banderilleros de la época actual que en las plazas del vecino reino lusitano ha conseguido gran cosecha de aplausos. Atrevido, inteligente y bravo, se ha conquistado siempre las mayores simpatías de los asistentes á la plaza del Campo de Santa Ana, en Lisboa, lo mismo que de los públicos de las demás de Portugal, donde toreó siempre con lucimiento.

**Cadete, Jorge**.—Hermano de Manuel, cuya escuela debe seguir si quiere formarse una reputación. Trabaja actualmente, como banderillero, en Lisboa, y, á pesar de no tener más de veinticuatro años, ha lidiado ya en casi todas las plazas de aquel país. Con tanta práctica, y no desmayando en su aplicación, puede llegar á ser notabilidad.

**Caetano, José**.—Empezó en 1869 á probar fortuna rejoneando toros á caballo; pero no consiguió adquirir un buen nombre, ni en Portugal ni en

otro punto. Es posible que se haya retirado del toreo.

**Cachero, José**.—Se ha hablado muy poco de este picador, que apareció en las plazas de Andalucía en el año 1877 y desapareció á poco tiempo. No ha sido posible averiguar su paradero.

**Cachete**.—El acto en que, una vez el toro en tierra por efecto de la estocada que ha recibido, se acerca el puntillero á él, por detrás comunmente, y con la puntilla en la mano le da el cachete, clavándosela en la nuca, ó sea en el nacimiento de la médula, y acabando con su vida instantáneamente. (Véase PUNTILLA.)

**Cachetero**.—El torero que remata al toro con el cachete ó puntilla, luego que, por efecto de la estocada que el matador le ha dado, dobla las manos y se echa. El cachetero ó puntillero es el torero último de la cuadrilla, y de su mayor ó menor acierto depende muchas veces el lucimiento del espada, porque suelen levantar los toros y tardar éstos en volverse á echar. Por eso, sin duda, tiene ahora cada matador su cachetero; hace menos de cincuenta años, uno solo servía para todas las cuadrillas. Desde el momento en que el toro dobla y entra en funciones el cachetero, es dueño éste de hacer con él lo que sepa y pueda para cumplir cuanto antes su cometido. Puede y debe, por lo tanto, ahondar los estoques si le estorban, ó lo considera necesario, sacarlos ó tirarlos, porque siendo su obligación concluir cuanto antes con la res, despenándola, todos los medios que no sean repugnantes son lícitos, y la vocinglería que algunos ignorantes arman cuando ven ahondar la espada, es, á todas luces, imprudente. ¿Qué juego puede dar ya un toro que se ha acostado en tierra? ¿Qué gusto puede sacar el espectador al ver prolongar la agonía de un animal moribundo?

**Caída**.—Para encubrir más el defecto, han dado, hace pocos años, algunos revisteros en llamar caídas á las estocadas que, no siendo tan bajas que produzcan el degüello, lo son bastante para comprender su mala colocación. Caída se dice con más propiedad á la que da el picador desde el caballo al suelo, á impulso de la embestida del toro.

**Caimán**.—Toro retinto, albardado, de la ganadería de Pérez Laborda (Navarra), divisa blanca, que el

10 de Agosto de 1862 dió muerte en la plaza de Huesca al picador Juan Martín (*El Pelón*), hijo.

**Caise, Antonio.**—Picador de toros hace unos veinte años escasos. También él se quedó muy escaso para el arte, y por esa razón nadie se acuerda de él.

**Cajapaico, Casimiro.**—A principios de siglo se hizo notar en las repúblicas americanas por su destreza, capeando reses á caballo, en cuyo ejercicio llegó á ser verdadera notabilidad. Entre los naturales de aquel país aún suena su nombre con encomio.

**Calabaza, Juan de la Cruz.**—Dice el eminente escritor taurino de Portugal D. Salvador Marques, que el torero que nos ocupa tiene cualidades tan apreciables en el arte como el que más. No le hemos visto trabajar; pero asegurando el señor Marques que Joao da Cruz es buen torero, hay que creerlo, que entiende mucho del arte tan distinguido escritor. Aunque á Calabaza se le ha visto trabajar en la mayor parte de las plazas portuguesas, el principal teatro de sus hazañas ha sido Lisboa.

**Calabaza, Silvestre.**—No pasa de ser un banderillero regular, y desde 1889 en que empezó el toreo en Portugal ya podría haber adelantado más. Es decir, que cubre su puesto cumpliendo bien, pero sin sobresalir.

**Calabaza, Francisco.**—En vez de salir torero salió lo que su apellido dice; que también en Portugal se dan nulidades, como en todos los puntos del globo.

**Calasanz, José.**—Tal vez sea éste el mejor mozo de forcado que hay actualmente en el vecino Reino. Desde que empezó á torear, en 1886, ha sido un buen caballero rejoneador, un excelente banderillero, sin desatender por eso su gran labranza de que es propietario. La especialidad de este hombre es la de colear los toros que han de ser ó son *pegados*, cuya operación ejecuta con frecuencia, no sólo en los cerrados y en las plazas públicas, sino también en el campo, consiguiendo siempre parar

y aplomar al toro, gracias á su destreza y especialísima fuerza. Cumplido caballero, es querido de



todo el pueblo portugués por su gran corazón y excelentes condiciones de carácter.

**Calcetero.**—El toro que, lo mismo que el llamado botinero, tiene iguales condiciones en su pinta, pero que el botín que resulta del color de sus patas se distingue del de aquél en que el del calcetero es abierto, ó mejor dicho, figura que lo es, por una raya vertical del color más claro que tenga el toro. Parece que éstos debieran ser los botineros, y aquéllos los calceteros; pero la costumbre ha hecho que se les designe como hemos dicho. También se llama calcetero, y con más propiedad que á los ya explicados, al toro que siendo su pinta en general obscura tiene las patas blancas ó de color mucho más claro que el resto de su piel. No es muy común esta pinta.

**Caldeira, Julio.**—No sabemos si este torero portugués era pariente de otro llamado Antonio Vélez Caldeira, que pasó como muy conocedor del ganado bravo en aquel país. De Julio no tenemos noticias acerca de su mérito.

**Caldeira Pinto Geraldés, Juan José.**—Es de los buenos pegadores que hay en Portugal.

Reune, á su valor, mucha inteligencia, sagacidad y fuerza: sabe aprovechar momentos oportunos.

**Calderi, José.**—No ha trabajado en Madrid. Parece que es un picador de quien creyó sacar partido Antonio Carmona (*El Gordito*). Ignoramos qué resultado le daría la prueba; ello es que su nombre ha sonado poco, y le olvidaron ya los que le conocieron.

**Calderón, Melchor.**—Torero notable á mediados del siglo XVIII, de quien dice un distinguido escritor de principios del presente, que vulgarmente le llamaban el monstruo andaluz, por haberlo sido en realidad, tanto en el manejo de la capa como en el de la espada, pues hasta su tiempo no se vió otro igual. En poner banderillas excedió de los límites que habían tocado los demás diestros navarros: porque las partía por medio y después las clavaba á machetes ó puñetazos. Fué natural de Medina Sidonia.

**Calderón, José Antonio** (*Capita*).—Excelente banderillero é inteligentísimo peón. Era un maestro como tal vez no haya habido otro de escuela tan fina, tan perfecta y tan clásica como la suya. Ha sacado discípulos tan aventajados como Cayetano Sanz, Muñiz y el *Regatero*; seguía sus indicaciones el inolvidable José Redondo, y hasta el mismo Francisco Montes no se desdenaba de escuchar sus advertencias. No era bullidor en el redondel, pero nunca estaba mal colocado; lejos de estorbar, como otros, en todas partes era útil. Pocos maestros han manejado la capa como él, y pocos, muy pocos, alcanzaban á ver con dos ojos lo que él veía pronto con solo uno (era tuerto). En su trato afable se distinguía su sangre azul, pues era hijo de una noble y acomodada familia de Sevilla, que no pudo persuadirle abandonase, ó mejor dicho, no se dedicase á un arte á que tanta vocación mostró desde sus primeros años. Nació en la ciudad de Carmona el 6 de Abril de 1798; toreó en Madrid por primera vez á los veinte años, y ha muerto el 21 de Febrero de 1868 en el hospital llamado de Cigarreras, de esta corte.

**Calderón, Gregorio.**—Sobrino del maestro *Capita*. Tomó lecciones de éste, y se dedicó á matar toros. Era fino, bien puesto, se paraba perfectamente ante la res, cuadraba, despedía bien y con calma, y nada más. Si hubiese tenido más bravura hubiera sido algo, tal vez mucho; pero hay cosas que no se adquieren si no las da la Naturaleza.

Su vida torera fué muy corta por esa causa, como que la primera condición para ser torero es la de ser valiente, y cuanto más mejor.

**Calderón, Antonio.**—Aunque lució menos que su hermano *Curro* fué buen picador como él; pero tenía más años y menos alegría por consiguiente. Podía más, sin embargo, que aquél con el brazo derecho. Entendía mucho en el arte, era también



inteligentísimo en ganado, y sabía lo que debe saber un buen picador. Por eso, la opinión unánime de los aficionados entendidos le colocó en uno de los más preferentes puestos de su clase. Era natural de Alcalá de Guadaíra, pueblo de unas ocho mil almas, en el partido de Utrera, provincia de Sevilla. Dejó de existir en el año de 1889 el 18 de Enero, y en dicha villa, á la edad de sesenta y ocho años, después de haberse retirado del toreo, hacía más de diez.

**Calderón, Francisco.**—Uno de los mejores picadores que se distinguió más por su mano izquierda que por la fuerza de la derecha, á pesar de que ésta no le faltaba. Si alguna vez se colocaba mal no salía por derecho, sacaba mucho palo ó se iba atrás, no era porque no sabía sino porque no quería, que su reputación la tenía hecha. Era hermano del anterior y de la misma naturaleza y vecindad, así como los dos siguientes, y falleció en Alcalá de Guadaíra, retirado de una profesión en que tantos aplausos le fueron prodigados.

**Calderón, José** (*Dientes*).—Era un buen picador que no esquivaba el trabajo y que procuraba imi-

tar la buena escuela de sus hermanos Antonio y Curro. El garbo y compostura que á éste le sobraban hacíanle falta á José. Desde el 17 de Septiembre de 1865 en que por primera vez le vimos trabajar en Madrid, hasta el día en que se retiró, lejos de desmerecer, ganó mucho en inteligencia y voluntad, y el público le aplaudía sin cesar en todas ocasiones premiando su buen trabajo. Ha fallecido en Alcalá de Guadaíra, de donde era natural, en Mayo de 1896, y aquella población dió muestra de la estimación en que le tenía, acompañando su féretro al cementerio.

**Calderón, Manuel.**—Era el picador más moderno y más joven de los hermanos Curro, Antonio y José, naturales y vecinos de Alcalá de Guadaíra.



Se había hecho un buen torero á caballo y perteneció últimamente á la cuadrilla de Rafael Molina (*Lagartijo*). El 30 de Mayo de 1891, en la plaza de Aranjuez, tuvo la desgracia de sufrir una tremenda caída que le causó un toro de Veragua llamado *Lumbrero*, y de cuyas resultas falleció á las pocas horas. Al día siguiente, 31, fué enterrado en el cementerio de aquel Real sitio, habiendo sido acompañado su cadáver por un gentío inmenso, que presidió con personas notables el espada *Lagartijo*. Había nacido en 2 de Octubre de 1840, y

alternó en Madrid por primera vez el 11 de Septiembre de 1870.

**Calderón, Antonio.**—Hijo del célebre picador del mismo nombre; buen jinete, bravo y atrevido. Es moderno, y si no se echa atrás, honrará la casta. Procure trabajar mucho y con frecuencia, que todos los oficios se olvidan si no se practican.

**Calderón, José (*El Mudo*).**—No le va en zaga al anterior, su hermano José, que pica donde se debe, aunque su colocación no es de lo más perfecto. El tiempo corrige las faltas, si hay buena voluntad para conseguirlo.

**Calderón, Juana (*La Frascuela*).**

—Otra torera matadora de novillos en estos últimos tiempos, muy valiente y muy... presumida. Mejor hubiera estado en su casa lavando ó cosiendo, como han debido hacer todas las holgazanas que se han presentado en las plazas, por excesiva tolerancia de quienes no debieran tenerla.

**Calderón, Antonio (*Currito*).**—

Novillero principiante, más conocido en Andalucía que en Castilla. Dicen que es valiente, pero hasta verle no puede juzgarsele.

**Calderón de la Barca, Rafael.**—

Banderillero de la cuadrilla de Ponciano Díaz, ha recorrido con él diferentes plazas de Méjico, y según de allí nos dicen, es valiente y trabajador.

**Calderón, Juan (*Sansón*).**—Picador de toros en novilladas; dejó el chuzo de sereno por la garrocha, que parece no lleva mal. ¡Si llevase lo mismo el caballo!

**Caldo, Pedro (*Pito*).**—Nuevo banderillero, de cuya suficiencia no ha llegado á nosotros más que el nombre. Una sola vez le hemos visto y nada hizo digno de aplauso.

**Calhamar Pinto de Silva, Antonio** (*Pintaúll-go*).—Fué caballero farpeador en 1860, luego empresario de plazas de provincias portuguesas. Ni en un concepto ni en otro merece alabanzas.

**Calleja, Manuel** (*Colorín*).—Matador de toros cuatreños, al frente de cuadrillas de jóvenes, llamados niños sevillanos, promete ser un torerito que ande con desenvoltura cerca de los toros y sepa correrlos por derecho. Como todos los que empiezan siendo muy jóvenes, tiene la inquietud por alimentó en su vida taurina, y el cuarteo es en él circunstancia marcadísima; porque, claro es, la poca estatura les enseña á esquivar con el cuerpo lo que debieran aprender con el engaño. Por eso, lejos de ser un bien, es un mal que al toreo se dediquen los que no tengan talla suficiente.

**Callejón**.—El sitio que existe entre la valla ó barrera que circunda la plaza y la contrabarrera, que es la tabla ó muro que rodea el tendido donde se colocan los espectadores. No debe tener menos ancho que el de dos varas, ni mucho más que el de dos metros. Es conveniente que en él haya algunos burladeros cerca de la contrabarrera ó tendido, y que no se permita en el callejón gente alguna que no sea absolutamente precisa para el servicio de la plaza.

**Calleya, Ernesto**.—Nació en Lisboa el día 9 de Febrero de 1851, siendo hijo de los excelentísimos señores Juan Augusto Aldosser Calleya y Doña Adelaida Cruz. A los veinte años empezó su carrera de torero portugués, y á los veintiuno ya estaba acreditado como mozo de forcado (pegador), demostrando con su especial modo de verificar las pegas que éstas pueden ser ejecutadas con arte y no por la fuerza bruta. Tiene buena figura; y como trofeos en su artística carrera, cuenta con preciosas moñas regaladas á él en diversas ocasiones por altas damas portuguesas, entre ellas la vizcondesa d'Asseca, la señora Relvas, señoritas del duque de Loulé y otras no menos distinguidas. Su trato, fuera del redondel y en todas ocasiones, es finísimo y denota en él una persona bien educada y un caballero apreciable. Es verdad que en Portugal, pueblo que en muchas de sus costumbres sociales nos lleva gran ventaja, son en gran número los nobles y fidalgos que lidian á pie y á caballo en las plazas públicas, sin desdoro para sus blasones ni para sus personas.

**Calzadilla, Antonio** (*Colilla*).—Fué banderillero de Juan León; no era torpe y tampoco manejaba

mal el trapo. Se hizo espada y dedicóse á matar en plazas de segundo orden con una mediana cuadrilla, y tuvo la desgracia de que el 25 de Agosto del año 1845 lo matase un toro en la plaza de San Genis (?), dejándole cadáver en el acto. Era discípulo de la Escuela de tauromaquia de Sevilla. En esta ciudad mató por primera vez el 4 de Noviembre de 1824.

**Calzonero**.—Toro de la ganadería de D. Rafael José Barbero, lidiado en Córdoba el 2 de Junio de 1857. Tomó 23 varas, mató siete caballos é hirió á otro, y le despachó *Cúchares*, después de tres y medio pares de banderillas, de dos estocadas. Era grande, retinto y de seis años.

**Camacho, Francisco**.—Sólo se sabe de este diestro que era sevillano y que pertenecía, como banderillero, á la cuadrilla de *Perucho*.

**Camaleño, Leopoldo**.—Banderillero que figuró como sobresaliente de espada en la corrida dada en la plaza de Colón, de México, á beneficio de los pueblos inundados en España, en 1891. Es muy valiente y pasa en su país como entendido. Sigue allí matando toros con bastante aceptación.

**Cámara, D. Vasco da** (*Belmonte*).—Para las faenas con los toros no bastan la afición ni los buenos deseos, y para poner banderillas mucho menos.

**Cámara Berquo, Domingo da**.—Mozo de forcado, valiente, que se retiró hace ya tiempo y reside en Lisboa.

**Camacho, Simón**.—Poeta y diplomático venezolano, de singular gracejo y facilidad para hablar y escribir. Fué muchos años el obligado cronista de las corridas de toros en la capital del Perú. Con los pseudónimos *El Vejete* y *El Nazareno* firmaba sus artículos literarios y satíricos.

**Camarasa, Marqués de**.—Grande de España que tomó parte á caballo en la lidia de toros celebrada en 1678, cuando casó Doña María de Borbón con Carlos II. Era muy diestro jineteando, y dicen que usaba del acicate con tanta maestría como de la mano izquierda con los caballos.

**Cambio**.—Los cambios con la muleta ó capote son muy difíciles, si han de hacerse bien. Los toros

más á propósito para ello son los revoltosos, y aun los que se ciñen; pero con los demás no debe intentarse, y sólo ejecutarse cuando el diestro se vea obligado á ello porque el animal no haya acudido al engaño y si dirigiéndose al bulto, en cuyo caso no

descomponerse. También se llama cambio al que da el torero puesto de rodillas, usando para verificarlo el mismo procedimiento que antes va indicado cuando se realiza de pie. Fácil es conocer que, puesto de rodillas el diestro, la suerte es más difícil y expuesta que con los pies libres. Acerca de los cambios de cuerpo véase la palabra QUIEBRO.



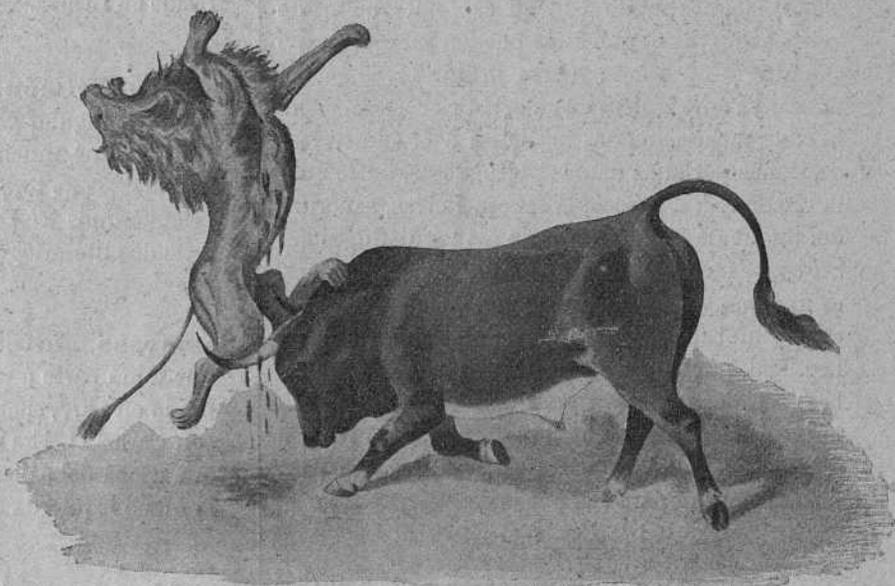
CAMBIO DADO DE RODILLAS. — MACÍAS

hay más remedio que empaparle de nuevo en él dándole otra salida y ganando él terreno de espaldas, ó sea sin volver la cara. El modo de hacer el cambio con la capa es poniéndose el diestro á llamar al toro en corto; luego que llegue á jurisdicción y humille, se le tiende y carga la suerte hacia el terreno de dentro, y antes de que llegue á dicho centro cargársela de nuevo empapándole mucho, y darle salida por el terreno de fuera; de manera que el centro de la suerte es delante del pecho del torero, y el animal en su ruta hace una especie de Z según Montes; y según nosotros, marca, cuando se practica, un ángulo igual al de un siete al revés, en esta forma  $\angle$ . Esto demuestra su gran mérito y lo muy apreciada que es por los inteligentes. Pocas veces la hemos visto hacer con la capa; pero muchas con la muleta, y es, sin duda, porque el diestro gana más terreno con ésta que con aquélla, y es menos expuesto á arrollarse y liarse con la muleta, que se saca por encima de la cabeza como en los pases de pecho. Además de ser un torero de conocimiento el que esto haga, ha de tener mucha fuerza de piernas, porque como no puede avanzar ni ladearse, sólo en casos extremos ha de irse atrás pisando de talón y sin

**Camilo, Manuel.**— Gracias á la protección y lecciones del famoso Juan León, fué banderillero distinguido y torero entendido y bravo. Faltábale figura y garbo.

**Caminero.**— Toro de cuatro años, colorado obscuro, listón, bocinero, algo cornialto,

desechado en la tienta, que luchó, dentro de una jaula de unos cincuenta metros de circunferencia, en la plaza de Madrid con el león *Regardé* en la tarde del 9 Diciembre de 1894. Pertenecía á la vacada de D. Esteban Hernández, vecino de Madrid, divisa blanca y morada; acometió al león doce veces, le volteó siete por alto y huido por las heridas y trastazos fué retirado el león, que murió de resultas al día siguiente, según entonces se aseguró, aunque luego dijeron que sanó de sus heridas. Demostrado plenamente que no hay otra fiera que, en iguales condiciones, pueda vencer al toro, ¿por qué se autoriza tal espectáculo que á nada conduce y en el que no hay arte ni valor?



LUCHA DEL LEÓN «REGARDÉ» Y EL TORO «CAMINERO». — MACÍAS

**Campello, Salvador.**—Dicen que mata toros en novilladas, y así lo anuncian los carteles. Ignórase de qué manera: en Madrid no ha ejecutado su arte, si le tiene.

**Campillo, Emilio** *El (Herradito)*.—«Es un banderillero de regulares condiciones, cumple bien y aprovecha; pero no adelantará más de lo que hoy es. Ojalá nos equivoquemos.» Así dijimos hace dieciocho años, y efectivamente, el chico no pasó de lo que entonces era.

**Campillo, Fernando.**—Picador de toros en novilladas, con poco arte y mucha voluntad. Debe á su aplicación el haber tomado alternativa en corridas formales, en la plaza de Madrid el año de 1891, y desde entonces llena su puesto cumplidamente.

**Campino.**—Nombre que tienen en Portugal los que cuidan el ganado bravo en las dehesas y cerrados. Desempeñan iguales funciones que en España los vaqueros, y de su traje especial ya hemos dado muestra en las páginas anteriores.

**Campo, Domingo del** (*Dominguín*).—El mismo origen que el de casi todos los toreros y los mis-

Sebastiana, honrados artesanos, que le dedicaron al oficio de cerrajero, y que Domingo dejó por las capeas de pueblo y novilladas en plazas. Se presentó por primera vez en la de esta corte en el año 1893, y sin llamar grandemente la atención se vió en él abundante valor y excesivas demostraciones de voluntad para complacer al público: hoy se le ve adelantar palmo á palmo, no capea mal, aunque no tan bien que nos satisfaga, clava buenos pares de banderillas con serenidad y arte, trastea regularmente nada más, y mata hiriendo bien y por derecho casi siempre, pero... se queda dormida su mano derecha al soltar el estoque y él parado cerca de la cabeza de las reses, y esto y el abuso de esas monadas, que han dado en llamar adornos—y no son más que posturas de circo acrobático—pueden costarle serios disgustos. Hay que estudiar y no poco, y dejarse de pamplinas, si se ha de alcanzar un buen nombre.

**Campóo, Juan Manuel.**—Matador de novillos, ó mejor dicho, de toros en novilladas, que alguna vez ejerce de banderillero en cuadrillas de más categoría. Es jerezano y ha estado en América.

**Campos, Antonio.**—Fue un banderillero de primera nota que toreó en Madrid á fines del pasado siglo con los célebres Romeros. También mató algunos toros. Desde antes de 1766 pertenecía á la cuadrilla de Manuel Palomo.

**Campos, Juan.** (*Majarón*).—Banderillero que en diferentes plazas de España ha trabajado con el afamado Juan León. No recordamos haberle visto. Dicen que cumplía bien y era muy subordinado, lo cual no nos sorprende, teniendo en cuenta lo que eran los toreros entonces, y muy particularmente Juan León. Aunque sin alternativa, según creemos, trabajó como espada en la plaza de Sevilla el 26 de Agosto de 1838.

**Campos, Pedro** (*Capón*).—Matador de segundo orden, valiente; porque valiente y mucho necesita ser el que se encierra en una plaza mal acondicionada, sin gente entendida que acompañe, con una res que Dios sabe cuáles son sus condiciones, y además son muy escasos los conocimientos que posee en el arte. No torea hace bastante tiempo, y aun no sabemos si vive.

**Campos, Rosa.**—Esta mujer picaba á caballo y ponía á pie banderillas á los toros embolados y



mos principios y circunstancias. Nació en Madrid el 12 de Junio de 1873; es hijo de Angel y de

novillos que mataba como Dios quería la desdichada Martina. Creemos que era valenciana; no tenía arte de ninguna clase, y probablemente habrá muerto miserable en algún hospital de caridad. Trabajaba hace treinta años.

**Canal, D. Bernardino.**—Famoso hidalgo de la villa de Pinto, en la provincia de Madrid, de quien dice Novelli que fué muy celebrado y aplaudido cuando rejoneó delante del rey D. Felipe V en el año de 1725 en la Plaza Mayor de Madrid, con motivo de las funciones reales celebradas por el nuevo advenimiento al trono de dicho rey en 25 de Noviembre del referido año á la muerte de don Luis I.

**Canales y Arcas, Miguel.**—«Es un picador andaluz aplicadito, de quien podrá decirse algo dentro de algunos años, que no se hacen los hombres de á caballo en un día. Sentiríamos equivocarnos.» A pesar de ese sentimiento manifestado hace dieciocho años hemos de confesar que el chico se quedó en agraz, y hoy nadie da razón de él.

**Cándido, José.**—Gran torero y matador de toros, que murió desgraciadamente en la plaza del Puerto de Santa María el 23 de Junio de 1771. No existen de este aventajado lidiador datos suficien-

tes para afirmar cuáles y cómo fueron las inclinaciones que tuviera en los primeros años de su vida. De consiguiente, si aprendió algún oficio, desempeñó algún cargo, ó sus padres le hicieron estudiar ó no, es cosa completamente ignorada. Sólo se sabe que nació en Chiclana, edén encantado, de hermoso cielo azul, apacible río, risueña alameda, cuna del inolvidable José Redondo, de glorioso recuerdo.

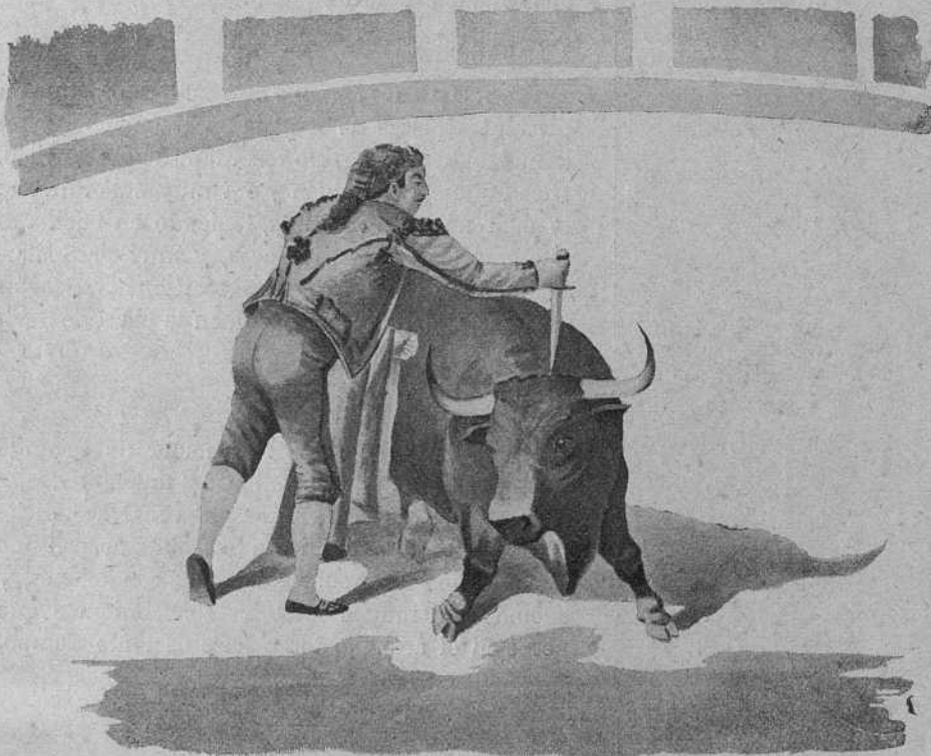
El famoso estoqueador sevillano Lorenzo Manuel fué su maestro. A muy poco tiempo de aprendizaje, el discípulo hacía cosas en el toreo que causaban la admiración de cuantos las presenciaban, y dejaban muy atrás á lidiadores de primer orden. Su gran serenidad, su excesiva ligereza y el valor que siempre tuvo, le hicieron no tener por entonces rival que le sobrepusase en determinadas suertes.

Y eso que era la época de los primeros Romeos, la de los primeros Palomos, Esteller y *Martincho*, en la que él apareció. Época peligrosa y difícil para los principiantes, porque durante ella, casi agradaba más al público de las plazas el bárbaro atrevimiento del valiente que la fina destreza del entendido.

Pero el genio de Cándido supo rebasar la línea que separaba al torero de valor del lidiador con arte, y juntando ambas cualidades, llamó sobre sí la atención de los aficionados al gran espectáculo, fomentándole y engrandeciéndole. Para esto era preciso, además de practicar bien las suertes más en uso, inventar otras que, cuanto más difíciles fueran, más tocasen por lo mismo á los sentidos del espectador. Sólo á un hombre de grandes dotes le era dado hacer esto. Y Cándido lo hizo.

Con solo el capote ó su ancho sombrero en una mano y un afilado puñal en la otra mataba á los toros, esperándolos á pié firme, dándoles salida con la izquierda, como ahora se hace con la muleta, y descargando el golpe con la derecha en el sitio del descabello. Suerte lindísima, asombrosa, que aunque no siempre saliera bien, sólo intentarla acredita á un diestro.

¿Y saben nuestros lectores cómo dice el nota-



JOSÉ CÁNDIDO MATANDO UN TORO CON PUÑAL. — MACÍAS.

ble aficionado y entendido escritor D. José de la Tijera que Cándido aprendió esa suerte? Pues del siguiente modo: «Hace más de treinta años, dice, que un limeño se presentó en la plaza de Cádiz á efectuar la referida suerte, y habiéndole cogido y estropeado el toro al hacerla, tomó inmediatamente Joseph Cándido el puñal, y á la segunda salida dió muerte á la fiera, sin embargo de que hasta entonces no tuvo aun noticia de la explicada suerte. ¡Tal era, pues, la habilidad de este famoso lidiador!»

¿Era esto poco? ¿Había otros que lo ejecutaban? Pues Cándido quiso hacer lo que nadie había hecho. Inventó el salto de testuz, que algunos atribuyen á Lorenzo Manuel, y el asombro de los que le vieron no reconoció límites.

Parece mentira que un hombre escotero en medio del redondel se colocase frente á un potente animal á distancia de veinte ó treinta varas, partiese en recta dirección al mismo, y que cuando el animal creyese coger el bulto, pasase por encima de él, de frente á cola, apoyando ligeramente su pie derecho en la enastada frente de la fiera, y cayendo en graciosa postura, como si acabase de saltar un tranquilo y sosegado arroyuelo.

Mérito tiene indudablemente salvar de un salto al toro de frente á cola, ó al *trascuerno*, sin tocarle; pero es mayor cuando se apoya el pié en el testuz. En el primer caso, además de buena musculatura, bástale al torero tener serenidad para ver llegar al bicho; pero en el segundo, es preciso saber dónde se pone el pié, y hacerlo de tal modo y con tal rapidez que pueda evitarse una caída por efecto del choque de fuerzas encontradas y desiguales. Así es que pocos toreros han repetido la suerte, hoy olvidada por completo.

El modo de *cuartejar*, *recortar* y *quebrar* de Cándido era especialísimo también. Solo, completamente solo, sin capa ni muleta, auxiliado, cuando más, de su castoreño, burlaba las reses, las rendía, y cuando las tenía jadeantes, sentábase en el suelo delante de ellas á una vara de distancia.

Era natural, por lo tanto, que todas las plazas se disputasen el placer de ver á torero tan distinguido; y para conseguirlo, le pagaban y hacían con él buenos ajustes, con cuyo producto reunió, dada la época, un decente capital. Pero la fortuna es inconstante y se cansa pronto de seguir por un mismo camino.

Desde que hay en España corridas de toros, la ciudad del Puerto de Santa María ha celebrado todos los años tres ó más fiestas de dicha clase el día de San Juan é inmediatos al 24 de Junio. La afluencia de forasteros que de Cádiz y otros pueblos llegan por mar y tierra, y el entusiasmo que en aquel pueblo despierta tan magnífico espectáculo, han hecho que siempre se haya procurado

darle allí en esos días la mayor brillantez posible. Y llamando entonces la atención en España José Cándido, claro es que había de ajustarse á cualquier precio.

El 23 de Junio de 1771 se celebró la primera corrida. El ganado fué bravísimo. Mató con gran destreza Cándido los cuatro primeros toros con muleta y estoque, y salió al redondel, ligero como un gamo, el quinto bicho. Antes se presentó en la arena un *carro triunfante* conduciendo á un hombre y una mujer, acompañados de pajes, lacayos y señores, éstos para escoltar y auxiliar á los del carro, y la pareja que en él iba para clavar rejoncillos. Salir el animal al redondel, embestir al carro, derribarle, atravesar de una cornada la pierna de la mujer,—dice una relación que conservamos y de que no hay ejemplares,— y poner en dispersión á toda la comparsa, todo fué obra de un momento. Pidió el público que toda aquella gente se retirara y salieran caballos, es decir, picadores, y se diera á tan terrible fiera la lidia ordinaria: dispuesto así por quien podía ordenarlo, se vieron los toreros en graves apuros, especialmente el picador Diego Sánchez, á quien en una caída salvó milagrosamente el capote de Vicente Bueno, arrojado desde las barreras. José Cándido intentó varias veces parar al toro, pero inútilmente, porque el animal, sumamente *abanto*, no se paraba con nada, y corría y saltaba con ligereza increíble. Tanto fué así, que no sólo saltó la barrera, sino que llegó á los andamios en una de las veces que saltó; y gracias que allí quedó enganchado entre los tableros, donde sin dejarle bajar le *mataron*, que si no, hubiera habido que lamentar muchas desgracias.

Bajo la impresión que este toro dejó en el ánimo de todos, salió el sexto, grande, *cárdeno* y de gran cornamenta. Fué bravo y seco con los picadores, y en una de las veces en que persiguió á Juan Barranco, viendo Cándido que iba ya á los alcances de él, se interpuso, y llevóse tras sí al toro: no había entonces en las plazas el cuidado y limpieza que ahora, y debido á esto, el infeliz Cándido resbaló en la sangre de un caballo, y dió tan tremendo golpe, que quedó en el suelo sin sentido. Saltó por encima la fiera, é inmediatamente se revolvió. Entonces el toro, enganchándole por los riñones, que le atravesó, le levantó en alto, se le pasó de una á otra asta, y le tuvo colgado de un muslo, en que le dió otra cornada, hasta que le arrojó á gran distancia sin sentido.

Nadie pudo evitar la catástrofe. El pueblo, aterrado, se marchó; los toreros no pensaron ya más que en recoger aquel hombre y retirarse, y así lo hicieron. Buscose un médico, y no se encontró en todo el pueblo. Melchor Conde despachó enseguida un bote á Cádiz para que viniesen cuantos se

encontrasen de más fama, y entre tanto, le sacramentaron é hizo testamento, que en resumen contenía las cláusulas siguientes:

«Que se repartiese á los pobres la ropa, alhajas y dinero que llevaba aquel día sobre sí. Que por su alma se dijese mil misas, y á cada una de sus hermanas se le diese un lote de tres mil trescientos reales. Y para su mujer é hijo, sus casas, viñas, posesiones, ganado vacuno, yeguas y cabras, cinco mil y pico doblones en dinero, alhajas y cuanto le pertenecía.»

Murió á la vista de los doctores que de Cádiz vinieron, á la una de la noche del día 24, ó sea siete horas después de su desgraciada cogida.

Hay algunos autores que dicen era hijo de otro José Cándido y de María Hernández, muerto aquél en Chiclana en 1752, dejando una regular fortuna, adquirida toreando. Como no vemos que su dicho se apoye en algún fundamento, suponemos que le equivocan y quieren decir que Jerónimo José Cándido fué hijo de José, que es el que comprendemos en esta biografía; pero en este caso cambian las fechas lastimosamente, y le hacen morir diez y nueve años antes del en que realmente falleció, siendo imposible, por lo tanto, que fuese padre de Jerónimo, puesto que éste nació en 1760. No negamos en absoluto que haya habido otro José Cándido anterior al aquí citado; antes al contrario, posible es que su padre así se llamara; pero ponemos muy en duda que fuera torero, y mucho menos de nombre suficiente para adquirir fortuna.

José Cándido, gloria del toreo, murió sentido de cuantos le conocieron, y especialmente de los toreros que con él trabajaron. No conoció la envidia. Era su deseo únicamente agradar al público, y llamando la atención con su trabajo, adquirir para su hijo una fortuna. Ambas cosas consiguió; pero cuando hablemos de Jerónimo José Cándido se verá que es muy cierto aquel refrán que dice: «El hombre propone y Dios dispone.»

**Cándido, Jerónimo José.**—Notable y acreditado matador de toros, hijo del anterior. La celebridad de este nombre es debida, como en otras muchas ocasiones, si no á pura casualidad, al menos á la precisión de adquirir el hombre el sustento necesario. Ha hecho héroes la necesidad, y en varios artes, y aun en ciencias, el hambre ha obligado á estudiar á quienes nada hubieran aprendido si les sobrasen rentas ó bienes con qué vivir. Un ejemplo bien vivo de esto es el torero cuyo nombre va á la cabeza de este artículo. Nació, como su padre José, en la villa de Chiclana, provincia de Cádiz, pueblo entonces de menos de cuatro mil almas y que hoy pasa de nueve mil, y en el que, lo mismo

en hombres que en mujeres, rebosan la gracia y la sal hasta derramarse. Vino al mundo el día 8 de Enero de 1770. Llamáronse sus padres José, como va dicho, y María Hernández, naturales de Priego y vecinos de Chiclana, donde se casaron, en 1759. Fácil es comprender que un muchacho joven, con regular fortuna y sin freno que le sujetase, había de gastar en bromas y diversiones más de lo que debiera; y así es que con otros compañeros y vecinos se ejercitaba frecuentemente en faenas de campo con ganado bravo, llegando á adquirir nombre como excelente aficionado é inteligente práctico. Y como no hay mal que por bien no venga, cuando le faltó el caudal que en bromas y francachelas había derrochado, se encontró con otro caudal de conocimientos útiles para torear. Y pensó en ser torero. Su padre lo había sido; llevaba en sus venas sangre torera; afición le sobraba y recursos para vivir le faltaban. ¿Por qué no serlo? Comunicó su pensamiento á importantes personas; y con el apoyo de las mismas, y muy especialmente con el del rico é inteligente aficionado D. José de la Tijera, ingresó Cándido en la cuadrilla del ya muy notable matador de toros Pedro Romero. Le tomó éste bajo su protección, con sus lecciones le hizo perfeccionarse en el arte que le había de dar envidiado renombre, y cuando el maestro se retiró dejó al discípulo ocupando su puesto dignamente.

Con suma rapidez se vió adelantar á Jerónimo José Cándido, sobresaliendo entre todos los banderilleros de la época. Muy poco tiempo ocupó también el puesto de media espada; porque sus adelantos y la aceptación que en todas las plazas tenía, aconsejaron á Romero darle, como le dió el mismo, la alternativa. No era, como su maestro, pausado en el modo de torear. *Paraba* cuando era debido, es decir, en las suertes de capa que lo requieren, en los *pases* de muleta, y, sobre todo, en la admirable suerte de *recibir*, que aprendió perfectamente de Romero. Pero valido de su portentosa agilidad, queriendo emular á sus antecesores *Costillares* y *Pepe Illo*, en cuyo toreo veía más movimiento y actividad, no quiso quedarse atrás, y cuantos juegos con los toros intentaron los demás, Cándido los ejecutaba con gran aplauso y serenidad. En los *galleos*, y sobre todo en los *recortes*, fué, como en otras muchas cosas, una notabilidad.

Generoso y espléndido, como lo es generalmente el que se cría en la abundancia, ni había á su lado pobres, ni pagaba nadie lo que en cualquier francachela se gastaba. Recorrió muchas plazas en España con gran aceptación, llegando á reunir una excelente cuadrilla de picadores y banderilleros, que le reconocieron como jefe. Al frente de ella trabajó en todas partes como matador de primera, aplaudiéndosele con entusiasmo en Sevilla, en la corrida del 25 de Octubre de 1802; y aun que en

una notable obra taurómaca se dice que en Madrid se le vió alternar por *primera vez* con el *Bolero* y el *Castellano*, es lo cierto que mucho antes mató y dirigió las cuadrillas en la corte como primer espada, y en 10 de Octubre de 1808 trabajó por mañana y tarde, siendo segundo espada el famoso *Curro Guillén*.

Retirado en 1812 por consecuencia de un padecimiento reumático, y habiendo consumido la mayor parte de sus ahorros en diversiones, obtuvo un empleo público en 10 de Junio de 1824, y fué á desempeñarlo á Sanlúcar de Barrameda.

Antes de esto, y luego cuando en 1820 murió en Ronda el inolvidable *Curro Guillén*, Cándido vió que el arte iba en decadencia, volvió á él, animó á los que más descollaban, y reuniéndolos, formó cuadrilla, á cuyo frente se puso. Consiguió algo en favor del toreo, aunque no todo lo que él se prometía. Los aficionados agradecieron aquel esfuerzo, porque mantenía viva la afición al arte; pero éste entonces no adquirió muchos prosélitos. Las pasiones políticas por espacio de tres años absorbieron la atención por completo, y hubiera sido preciso, para despertarle presentar en el redondel grandes colosos en tauromaquia, que no había entonces desgraciadamente. Brillaban, es verdad, algunos que, perfeccionándose más tarde, fueron luego notabilidades; pero entonces no lo eran todavía.

Retirado á Sanlúcar de Barrameda, como hemos dicho, cumplía los deberes de su cargo, cuando en 1830 le llegó el nombramiento de director de la Escuela de tauromaquia de Sevilla. Antes de tomar posesión de este empleo, se dictó, á instancia de Pedro Romero y de sus admiradores, una real orden por el ministerio de Hacienda, que designó á Jerónimo José Cándido para ocupar el segundo lugar en aquel nuevo establecimiento, confiriendo el puesto de director al gran Romero. No se crea por esto que Cándido se ofendió al ver que aquél iba á desempeñar un cargo con el que para sí contaba. Reconoció desde luego en Romero mayor antigüedad, y sobre todo á su maestro, y se congratuló de tenerle otra vez á su lado oyendo teóricamente preceptos que él había aprendido practicándolos. Por su parte, Romero tuvo una singular complacencia al volver á ver, para tratar del arte que tanta gloria le había dado, al discípulo que más quiso. He aquí la real orden:

«Al Intendente de Sevilla digo con esta fecha lo que sigue: He dado cuenta al Rey Nuestro Señor del oficio de V. E. de 2 del corriente, en que da parte de haber nombrado á D. Jerónimo José Cándido para la plaza de maestro de tauromaquia, mandada establecer en esa ciudad por real orden de 28 de Mayo último, y á Antonio Ruiz para ayudante de la misma escuela; y S. M. se ha servido

observar que, habiendo llegado á establecerse una escuela de tauromaquia en vida del célebre D. Pedro Romero, cuyo nombre suena en España, por su notoria é indisputable habilidad y nombradía, hace cerca de medio siglo, y probablemente durará por largo tiempo, sería un contrasentido hollarla, sin esta preeminente plaza de honor y de comodidad, especialmente solicitándola como la solicita, hallándose pobre en su vejez, aunque robusto. Por tanto, y penetrado S. M. de que el no haber tenido V. E. presente á D. Pedro Romero había procedido de olvido involuntario, é igualmente de que el mismo D. Jerónimo José Cándido se hará asimismo un honor en reconocer esta debida preeminencia de Romero, se ha servido nombrar á éste para dicho cargo; y para ayudante, con opción á la plaza de Maestro, sin necesidad de nuevo nombramiento por el fallecimiento de éste, con el sueldo de ocho mil reales anuales, á D. Jerónimo José Cándido, á quien, con el fin de no causarle perjuicio, S. M. se ha dignado señalar, por vía de pensión y por cuenta de la Real Hacienda, la cantidad que falta hasta cubrir el sueldo de doce mil reales señalado á la plaza de maestro, mientras no la tiene en propiedad por fallecimiento del referido Romero, en lugar del sueldo que como cesante jubilado ó en activo servicio habrá de disfrutar. Al mismo tiempo ha tenido á bien S. M. mandar le diga á V. E. que, por lo que toca á Antonio Ruiz, no le faltará tiempo para ver premiada su habilidad. De real orden lo traslado á V. E. para su noticia y para que informe, así sobre el estado actual que tiene este negocio, como en lo sucesivo, sobre todo lo que concierna á la Escuela de tauromaquia establecida en Sevilla.—Dios, etc.—Madrid 21 de Junio de 1830.—BALLESTEROS.—Señor Conde de la Estrella.»

Del contenido de esta real orden se desprende que no es cierto, como ha habido quien lo afirme, que se le reservase su empleo anterior, constando únicamente que cuando la escuela fué suprimida, Fernando VII le señaló una pensión, que vino disfrutando hasta la muerte de dicho rey.

Jerónimo José Cándido no estuvo casado en segundas nupcias con una hermana de su maestro Romero, como se ha asegurado, sino con Inés Pinzón, y viudo de ésta, volvió á contraer matrimonio en Chiclana con Juana Josefa Guerrero y Delgado, hija de Fernando y de Josefa, en 22 de Marzo de 1816. Cuando ya se quedó sin empleo ni pensión, fijó su residencia en Madrid, donde falleció el día 1.º de Abril de 1839, viviendo en la calle de Santa Brígida, número 25, y siendo enterrado en el cementerio general de la puerta de Fuencarral.

Fué siempre hombre franco, dadivoso y muy apreciable en su trato; y como torero, gran conoedor de la indole é inclinaciones de los toros,

muy concienzudo para dar á cada uno la clase de lidia que requería, y especialísimo para arreglarles la cabeza y colocarlos á la muerte. No era bravo ni arrojado hasta la temeridad; pero sí sereno y oportuno, y en él se vió siempre más al hombre entendido en su arte que al atrevido torero que, por satisfacer su amor propio, ó por conseguir aplausos, se expone sin necesidad á ser víctima de su imprudencia.

**Cándido, Francisco.**—Banderillero portugués, de medianas facultades y menos conocimientos, que trabajó en aquel país desde 1850 á 1881, en que falleció.

**Cándido, Francisco de Paula.**—Fué banderillero de *Pepe Illo* á fines del siglo anterior. Nos inclinamos á creer que perteneció á la familia de José y Jerónimo.

**Cándido, José.**—¿Quién sería uno de este nombre que consta como discípulo propietario de la Escuela de tauromaquia de Sevilla? Sólo allí sonó su nombre; se conoce que salió convencido de que no servía para torero.

**Canet y Lozano, Mariano** (*El Yusio*).—Natural de Valencia, donde nació el año de 1845. Era un banderillero de regulares condiciones. Ha sido el primero que ha muerto en la nueva plaza de toros de Madrid, y su desgracia se realizó en la tarde del 23 de Mayo de 1875 al poner banderillas al sexto toro de la ganadería de D. Antonio Miura, llamado *Chocero*, el cual le volteó al salirse y le arrojó al suelo. Canet intentó levantarse, y antes de concluir de hacerlo le acometió de nuevo el toro y le infirió una herida de cuatro centímetros de longitud en el lado derecho del cuello, interesándole la yugular externa y falleciendo en la enfermería á los diez minutos. Está enterrado en la sacramental de San Luis y San Ginés, sepultura octava, galería sexta, derecha.

**Cano, D. José.**—Fué uno de los fundadores de *El Loro*, en 1884, y más tarde su único propietario. Usó el pseudónimo *Pepe*.

Su trabajo en materias taurinas se ha reducido á escribir las revistas y artículos para el periódico que bajo su dirección se hizo popular en aquella tierra en las polémicas que sostuvo á favor de un renombrado matador sevillano. Duro en la forma, y apasionado de más; murió en Sevilla el 13 de Marzo de 1895.

**Cano, José** (*El Cano*).—Picador de vara larga, más de lo que es menester. Aspira á crearse un nombre; quiera Dios que lo consiga, pero para ello es preciso que varíe de rumbo.

**Cantarero.**—Toro de la ganadería de D. Vicente Romero y García, de Jerez de la Frontera, divisa celeste y blanca, colorado, ojo de perdiz, bravo, seco y de poder, que tomó treinta y dos varas, mató nueve caballos é hirió á once en la plaza del Puerto de Santa María el 26 de Julio de 1871, y que á petición del público no fué matado en el coso, sino retirado á los corrales.

**Cantillana, Marqués de.**—Dice de él Quevedo que era su brazo tan fuerte y su puntería tan certera, que más de una vez mató un toro de un solo golpe de rejón.

**Cantoral, Antonio** (*Mimini*).—Hace unos cuantos años dirigía como espada, allá en Panamá, una cuadrilla de jóvenes aficionados de aquel país, y, según las referencias que de él tenemos, no le faltaba valor.

**Cañete, Manuel.**—Allá por fines del siglo anterior y en tiempos de Pedro Romero, sonaba mucho el nombre de este picador de vara larga, lo cual hace creer que debía tener grande aceptación. El escritor cordobés, Sr. Pérez de Guzmán, dice que en 1789 ganó Cañete tres mil seiscientos reales por trabajar en tres corridas por la tarde; precio exorbitante entonces, que hace formar idea de cuál sería su mérito.

**Caños, Isabelo** (*El Cartagenero*).—Poco puede decirse de este muchacho que empieza ahora corriendo toros y poniéndoles banderillas. Quiere, no tiene malas facultades, pero necesita aprender desde las primeras letras.

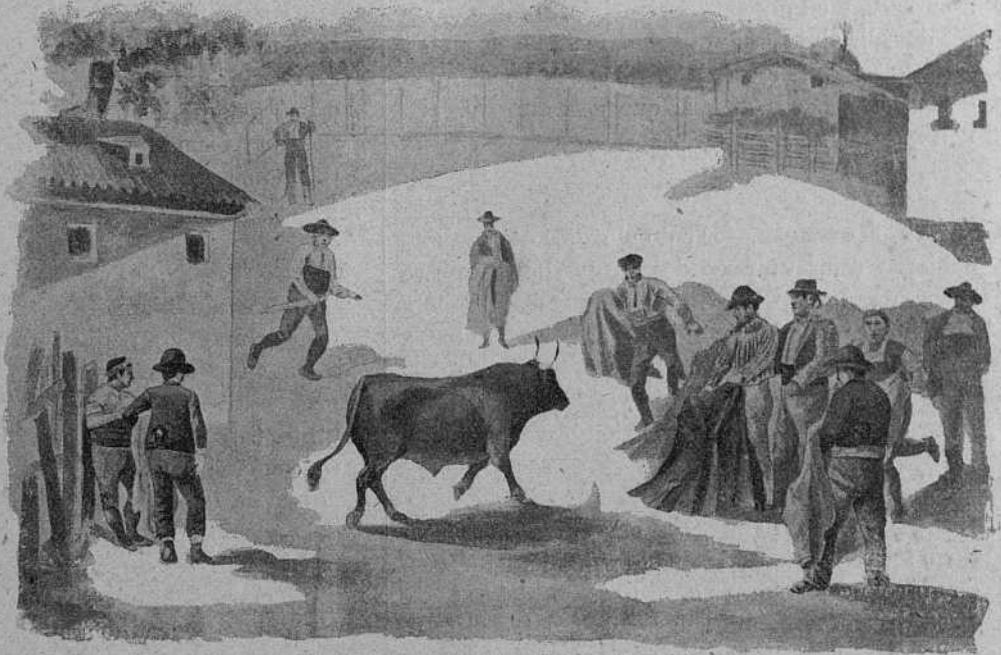
**Capa.**—La que usa el diestro como engaño para llamar la atención del toro, burlarle, y, recortándole, fatigarle y hacerle perder piernas. Sobre los diversos modos de servirse de ella hablaremos en lugar correspondiente. Comunmente es de tela fuerte de algodón ó seda cruda, de un color por un lado, y de otro por el revés, y tiene la misma forma y hechura que la capa española. También se llama capote, y tienen los toreros algunos de gran lujo, que son los que siempre usan para el paseo antes

de empezar la corrida.—Alguien llama capa á la piel del toro. La Academia dice que *sacar la capa* es «en las corridas de toros llamar al toro con la capa hacia un lado, y libertar el cuerpo por el otro, pasándola por encima del mismo toro sin que pueda cogerla.» ¿Qué suerte será ésta que conoce la Academia y no la saben los toreros ni los aficionados?

**Capacho.**— Llamán así en muchos puntos al toro que tiene la cornamenta algo caída y abierta, pero no tanto que se le pueda llamar cornigacho.

**Capear.**— Siempre que se trata de correr un toro ó de ejecutar con él alguna suerte de capa, usando ésta, se dice capear; pero, propiamente dicho, sólo se usa esta palabra, no al correr ni sacar los toros de los tableros ni de las varas, sino cuando se ejecuta alguna suerte de las que citamos en la palabra TRASTEAR, á que remitimos á nuestros lectores. Sin embargo, llámase capeas á las que, corriendo be-

cerros ó novillos en los pueblos, se ejecutan sin arte por cuantos se atreven á bajar á la arena con un trapo en las manos.



CAPEA EN UN PUEBLO. — MACÍAS

En América hay hombres prácticos, y alguna mujer, que capean á caballo, suerte que agrada por la destreza que ha de tener el jinete, y que pintó el Sr. Buxó en los siguientes términos: «El toro arremete como un venablo: el hermoso bruto (el caballo) le deja venir, y cuando le tiene cerca se cuarteá, y cuando el toro derrota se encoge, y describiendo círculos como si los hiciera á compás, y llevando casi pegados á la elegante sobre-cincha, los pitones del enemigo, se revuelve como potro en zambra, se alarga y escurre como sanguijuela que

prende: mientras el soberbio jinete sacude airosamente el capotillo, y va quebrando con él las intenciones del burlado toro, y sale, por fin, por la tangente de aquellos círculos, cada vez más apretados, salvando la piel de su cabalgadura casi tan diestra como su *patrón*.» Parece inútil advertir que asisten al jinete toreros á pie, en previsión de un percance. Resulta más vistosa esta suerte practicada por mujeres.



CHARRITA MEJICANA CAPEANDO Á CABALLO. — MACÍAS

**Capilla.**—En todas las plazas de toros hay ó debe haber una habitación convenientemente preparada para que en ella estén depositados los óleos sagrados por si desgraciadamente fuese necesario aplicarlos, y en muchas provincias los toreros, antes de salir al redondel, suelen rezar, ó al menos saludar arrodillándose, á la imagen de la Virgen de la Soledad, que es á la que generalmente tienen más devoción.

**Capilla, Manuela.**—En donde dice esé apellido debieran estar un poco de tiempo, hasta que se las pasase el susto, las mujeres que sirven de mofa al público, picando novillos en las plazas de toros, montadas á caballo ó á pie como los hombres. Esta se presentó en Madrid vestida de gallega á picar en la tarde del 30 de Diciembre de 1832.

**Capirote.**—El toro que, sea cualquiera su pinta, tiene toda la cabeza, desde el principio del cuello, de un solo color cuando el resto de su piel lo es de otros distintos, ó, aunque siendo igual, está mezclado con otro. Propiamente no pueden ser capirotos más que los toros berrendos, ensabanados, albahíos, jaboneros, barrocos, sardos, y aun los salineros y cárdenos muy claros.

**Capmani, D. Antonio.**—Notable y erudito escritor, contemporáneo de Moratín, que defendió las corridas de toros con entusiasmo. Escribió artículos y folletos sosteniendo las ventajas del espectáculo y comparándole con otros extranjeros, á los que deja muy mal parados. Fué Diputado en las Cortes de Cádiz; después de ser militar fundó una colonia en Sierra Morena, y le designaron para Secretario perpetuo de la Real Academia de la Historia. Son leídas con gran aprecio sus diferentes obras literarias. Nació en Barcelona en 24 de Noviembre de 1742 y murió en Cádiz en 14 de Noviembre de 1813.

**Capón, Anastasio.**—Fué un picador, contemporáneo de Marchante y de Sevilla, que tenía buenos deseos, pero pocas facultades. Era, sin embargo, buen jinete. Nació en Madrid en 22 de Enero de 1792 y ha fallecido hace ya treinta ó treinta y cinco años.

**Capón, Pedro.**—Buen mozo, fornido, valiente, aunque no muy entendido, tenía este muchacho buenas condiciones para ser matador de toros. Se quedó sin poderlo ser, porque era completamente

sordo, y este defecto le imposibilitaba mucho atender á todos los lances de la lidia.

**Capote.**—Es la capa de lujo que usa el diestro para presentarse en plaza antes de principiar la lidia. Son casi siempre de seda fuerte y costosa, bordados ó galoneados de oro y plata, con ricos adornos, que forman un precioso juego con el traje que aquél viste. También se llama así á la capa de faena.

**Capuchino.**—Llaman así al toro cuya pinta es toda de un color, pero que tiene la cabeza de otro solamente; por ejemplo: ensabanado con cabeza negra, barroco con colorada, etc. Es muy rara esta pinta, pero la hay. No debe confundirse capuchino con capirote, porque en este último puede ser la piel de dos ó más colores, y en el capuchino debe ser de uno solo. Además, y ésta es condición precisa, ha de concluir muy marcada en punta sobre el cerviguillo la capucha que parece tener la res echada de delante á atrás, ó sea de frente á cerviz. En muchos puntos de Andalucía llaman capuchinos solamente á los toros colorados con toda la cabeza blanca: pocos habrá de esta pinta.

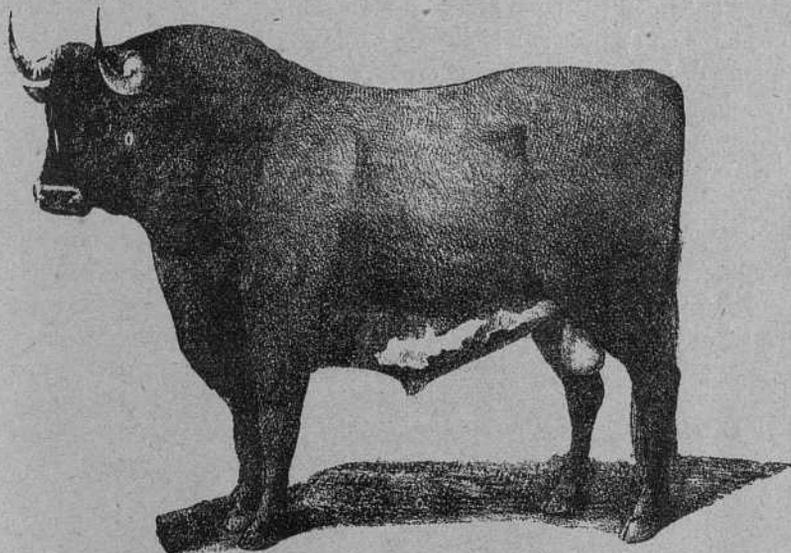
**Caraballo, Alonso.**—Fué en fines del siglo anterior banderillero de buen nombre en la cuadrilla de Joaquín Rodríguez (*Costillares*).

**Carabino.**—Precioso toro de la ganadería de don Vicente Martínez, de Colmenar Viejo, sardo, de regulares condiciones, y último que estoqueó en Alicante el célebre espada Salvador Sánchez (*Frasuelo*) el 30 de Junio de 1889. Se hicieron de él varias fotografías.

**Caracuel, D. Manuel.**—Buen aficionado, que escribió alguna composición poética retratando tipos de toreros con excelente pureza de dición. Fué natural de Córdoba, y murió en Madrid hace unos veinte años.

**Caramelo.**—Toro de la ganadería de D. Manuel Suárez Jiménez, vecino de Coria del Río, con divisa morada y blanca, que el 15 de Agosto de 1848 venció en la plaza de Madrid á un león y á un tigre que, primero separados, ó sea uno tras otro, y después juntos, lucharon con aquél y les hizo huir cobardemente con algunas cornadas. El espíritu de especulación, el deseo de algunos de hacer

confesar á los españoles que hay en otras partes animales feroces que vencen al toro, y el mal éxito que para ellos tuvo la lucha del tigre real de Bengala con el toro *Señorito*, de Benjumea, incitó á una Empresa á buscar de nuevo fieras que lucharan con otros toros. Salieron comisionados al extranjero, trajeron de la Argelia un magnífico león y un soberbio tigre; anuncióse con gran estrépito el combate, vendiéndose caras las localidades, y por fin llegó el día señalado para la lucha. Presentose en la gran jaula el león, sacudiendo su



«CAMELO» VENCEDOR DE UN LEÓN Y UN TIGRE.—CASTILLA

melena, y abierta la puerta del chiquero, que por medio de un callejón provisional llegaba á la misma jaula, *Caramelo* entró en ella, vió al león, que se puso erguido y erizada la melena, se llegó á éste paso á paso, y cuando quiso el rey de las fieras echarle la garra, ya le había el toro engachado por medio cuerpo y le había volteado, haciéndole huir cobardemente. Dos ó tres veces volvió á acometerle y engancharle, y viendo que no quería luchar, se intentó sacar al león, lo cual no pudo conseguirse, y, por lo tanto, se acordó entrarse el tigre de refuerzo. Así se hizo. Esta fiera, al ver al toro, dió vuelta al redondel, agachándose y procurando tomar la espalda al toro; pero éste no le perdió de vista, y cuando aquél se le puso de frente, le acometió, le hirió, le arrojó al aire y se volvió contra el león, que se había incorporado. Desde aquel momento no hubo medio de que los animales se acometieran, ni aun de que salieran del jaulón; se echaron perros de presa dentro de éste, se pinchó desde el exterior á las fieras, y hasta el valiente torero Angel López (*Regatero*) entró en la jaula sin más armas que su capa y su corazón, consiguiendo llevarse al corral al más noble de aquellos tres animales, al vencedor *Caramelo*. Era éste

colorado, bragado, de muchas libras y buen trapío. Fué después lidiado el 9 de Septiembre inmediato; tomó doce varas, mató tres caballos, y á petición del público le fué perdonada la vida. Al año siguiente varios aficionados entusiastas concibieron la idea de preparar una ovación al toro español, vencedor de las fieras africanas, y al efecto, fué presentado en plaza lujosamente adornado con guirnaldas de flores, y, entre los aplausos del público, capeado por los espadas y retirado después al corral. Más tarde fué lidiado y muerto en la plaza de Bilbao, según creemos.

**Carbonell, Vicente** (*El Santero*).—«Quiere ser torero, quiere parrear, quiere saltar con la garrocha, y como quiere, todo lo hace; pero... si siguié así, es posible que á él le haga pedazos un toro.» Teniendo, sin duda, en cuenta esa advertencia que le hicimos lealmente ha más de diecisiete años, se ha retirado del servicio activo, según nos han referido.

**Carbonero, Joaquín** (*Quini*).

—Banderillero regular que, con bastante aceptación, ha trabajado en muchas plazas, especialmente de Andalucía. ¿Qué fué de él? Hace doce ó más años que no sueña su nombre?

**Cárdenas, D. Pedro Jacinto**.—A fines del siglo XVII publicó este caballero cordobés un librito titulado *Advertencias ó preceptos de torear, tanto á pie como á caballo*.

Rejoneó en fiestas reales celebradas en tiempo del rey Felipe IV.

**Cárdenas, D. Diego**.—Caballero particular que rejoneó toros en 1663 en la plaza mayor de Madrid, con el Almirante de Castilla, el de Aragón y otros magnates de la corte.

**Cárdenas, D. Juan**.—En uno de los viajes de recreo que el rey D. Felipe IV hizo con el conde duque de Olivares, dice la crónica que en Andalucía fué agasajado espléndidamente por el duque de Medinasidonia, en tales términos, que asombran los detalles de las fiestas, regalos y gastos de toda

clase que allí se hicieron. «Es increíble—dice—lo que se gastó de los guardamangeles para S. M. y los que le seguían; pues concurriendo en aquel sitio, de la gente que venía con la corte y los que se habían juntado de diferentes partes á ver aquellas grandezas más de doce mil personas, todos alcanzaron abundamiento de todo género de regalos, siendo en este desorden mayores los desperdicios.» Y más adelante, después de mencionar las dádivas y obsequios que hizo á toda la comitiva, inserta el siguiente párrafo, que es lo que importa al objeto de este libro: «El día siguiente, sábado, como á las ocho de la mañana, dió á entender S. M. que gustaría de ver lidiar unos toros en el patio de dichas casa ó palacio, y en menos de hora y media se hizo el toril y se encerraron doce muy valientes: los nueve de ellos que se lidiaron hicieron muy buenas suertes sin desgracia. Toreó á caballo *Don Cárdenas*, un truhán del duque, de excelente humor, con tanta destreza y bizarría, que al toro más furioso dió una buena lanzada, entreteniéndolo de manera á S. M. en esta ocasión y en todas las demás, que se lo llevó consigo á Madrid. Mató S. M. tres toros... con el arcabuz, y el duque tuvo prevenidos los mejores concedores de Andalucía, que á caballo torearon en el patio, haciendo muy buenos lances, y después derribaron en el campo algunos toros á vista de S. M.»

Del relato anterior se deducen varias consideraciones: que el duque debía ser rico, muy rico, extremadamente rico, para hacer los gastos que hizo; que en sus posesiones tenía toros, que pudo traer y encerrar en hora y media; que había (como hay hoy) en Andalucía buenos *concedores* de reses bravas, y que el *truhán* de D. Juan de Cárdenas lo mismo servía para distraer con su palabra que para torear á caballo.

**Cárdenas, José.**—Picador de regulares condiciones, que mejoró mucho al lado de Pinto, Marchena y el *Pelón*, en fines del primer tercio del presente siglo. Sin embargo, no pasará su nombre á la posteridad como un portento.

**Cárdeno.**—El toro cuya piel es negra y está mezclada con pelo blanco, sin formar mancha alguna, ni pequeña ni grande. La idea más aproximada que puede formarse de la pinta expresada es figurándose que es canosa, y según sea más ó menos pronunciada la mezcla, se dice cárdeno claro ú obscuro.

**Carderera y Ponzoa, D. Mariano.**—Autor con D. Manuel Pardo de los magníficos planos

de la preciosa plaza de toros en la ciudad del Puerto de Santa María, y que fueron aprobados y escogidos entre cuantos se presentaron á oposición. Nació en Huesca el día 6 de Diciembre de 1848, y antes de cumplir dieciséis años de edad, ó sea en el de 1864, ingresó en la Escuela de Caminos, donde siguió con gran aprovechamiento sus estudios, hasta que en 1870 ingresó en el Cuerpo como ingeniero de Caminos, Canales y Puertos. No contento con pertenecer á un Cuerpo tan distinguido, quiso ser arquitecto; y como para el genio y el talento no hay vallas, principió la carrera de arquitectura en el año 1869, cuando aun no había concluido la de ingeniero, y la terminó en 1874. Habiéndose destruido por un incendio la vieja plaza del Puerto de Santa María, en el año de 1877, se convocaron opositores para la presentación de planos, con arreglo á los cuales debía construirse una nueva en el mismo sitio que ocupó la anterior; y Carderera, con su compañero Pardo, idearon unos planos tan artísticos, tan perfectamente detallados y explicados en la Memoria que los acompañaba, que desde el primer momento cautivaron y fueron adoptados como los más aceptables. Dadas las condiciones de localidad y del presupuesto á que habían de atenerse, no era posible hacer otra cosa mejor ni de mayor gusto.

**Cardoso da Cunha, Hdefonso.**—Hizo bien al dejar las banderillas y retirarse del toreo, porque en él hizo poco á gusto de sus paisanos los portugueses.

**Cardozo, Manuel Pedro.**—Podría valer más como rejoneador este caballero portugués, si le acompañasen la voluntad y otras dotes.

**Carecas.**—Este es el nombre que en Portugal dan á los dependientes de las plazas que están encargados de abrir la puerta de los toriles, para dar salida á los toros que están destinados á la lidia.

**Careto.**—El toro que, de cualquier color en su pinta, tiene la cara, ó sea la parte de la frente, enteramente blanca, siendo el resto de la cabeza obscuro. Puede ser careto también si su pinta, en general, es de color claro y el frente obscuro; pero no es tan común.

**Cargar (la suerte).**—Es, en todas ellas, consentir al toro en el bulto ó engaño y marcarla mucho en el centro de la misma y muy en corto, ó sea antes

de que salga de jurisdicción. Para marcarla bien, como va dicho, es indispensable hacer, sin parar, una pausa que, aunque sea brevísima, se vea señalada.

**Caribello.**—Dícese al toro que teniendo la cabeza de color oscuro lleva el frente nevado; distinguiéndose por consiguiente del careto en que, como hemos dicho, la frente de éste ha de ser toda de un color, y el que hablamos ha de tener sólo manchas pequeñas.

**Caridad, Juan.**—Fue todo un mozo como banderillero de la cuadrilla de León, y no le gustaba quedarse atrás. ¡Lástima que de hombres como éste haya quedado tan poca historia!

**Cárlas V.**—Emperador de Alemania y rey de España, primero de su nombre. Tenía una afición decidida á la montería de toros, y prestó grande apoyo á la celebración de éstas fiestas, autorizándolas con su presencia, y aun tomando parte en ellas, como sucedió en la plaza de Valladolid cuando se hicieron los festejos reales por el nacimiento de su hijo D. Felipe, donde mató por sí mismo un toro de una lanzada. Dicen que era también muy diestro en rejonear, y de tal manera infiltró la afición á las fiestas de toros entre la nobleza española, que ésta, reinando ya Felipe II, el Prudente, consiguió que á petición del mismo rey levantase Gregorio XIII la excomunión que había desde Pío V contra los que permitiesen, las viesen ó tomaran parte en ellas, si bien dicha gracia lo fué sólo para los seglares y caballeros de Ordenes militares. Sobre este punto hemos hablado en la *Introducción* á esta obra.

**Carmena y Millán, D. Luis.**—Con decir que es el ilustrado autor de la *Bibliografía de la Tauromaquia*, importante libro, único en su clase que se ha publicado sobre la materia, está dicho mucho más de lo que pudiera añadirse para justificar su puesto en esta obra, aunque se prescindiera de otros escritos suyos en que constantemente ha usado un lenguaje sencillo á la par que severo. Aquella obra, que no fué más que un precioso ensayo para otro de la misma índole, si bien de más altos vuelos, en que viene trabajando há muchos años, acredita su vasta erudición y demuestra que no ha habido quien llegue á él en esa parte bibliográfica taurina, siempre costosa, siempre molesta, que requiere una rara inteligencia y especialísima

aptitud para adquirirla y ordenarla. Como aficionado á las corridas de toros, podrá no rayar á tanta altura como otros, en cuanto á la explicación de las suertes y modo de ejecutarlas, olvidando tal vez el arte por el impresionable efecto mo-



mentáneo; pero tratándose de lo que él ha hecho santuario histórico de la fiesta española, no hay nadie que pueda ni remotamente ponerse al lado.

Carmena es también autor de la *Historia del Teatro Real de Madrid*, libro que los inteligentes han hecho la justicia de recibir con aplauso: es dueño de una buena biblioteca y sirve al Estado con gran inteligencia en su empleo de comisario de Guerra en el Cuerpo de Administración militar.

Nació en Madrid en 1845.

**Carmo, Jerónimo Pedro de.**—Es uno de los mejores pegadores portugueses que se han conocido. Hijo de Francisco y de Ana de la Concepción, nació en Abrantes, y llevó trabajando sin interrupción en su penosa y expuestísima faena más de quince años, lo cual demuestra que *sabe* perfectamente su oficio; porque el que no tiene conocimiento bastante para ver llegar al toro y aprovechar el momento en que humille para *echarse* antes de que el animal derrote, por fuerza ha de ser arrojado por la fiera y á pocos golpes inutilizado. Suponémosle ya retirado del toreo, donde tantos laureles adquirió.

**Carmo Faria, Antonio.**—Por el año de 1840 se presentó á torear en las plazas de Portugal como banderillero, sin llamar la atención por su trabajo; pero á fuerza de mañas llegó á ser especialidad clavando pares á toros de sentido, á que nadie se acercaba. Solían ser á media vuelta y de sobaquillo, pero los ponía, y otros mejores que él, no. Ha muerto en 1879.

**Carmona, Bartolomé.**—El nombre de este gran picador va unido en la historia al del célebre maestro Pedro Romero. En 23 de Mayo de 1785, el quinto toro de la corrida de la mañana, que era muy duro y empujaba, derribó á Carmona del caballo, dejándole tendido debajo de éste; pero en su codicia levantó al jaco enganchado en las astas, de las cuales se desprendió á consecuencia de un capote metido á tiempo por Romero. Levantose Carmona y se encontró solo, lejos de las tablas, frente al toro y con el capote del matador á sus espaldas. En tan crítico momento, cambió Romero el capote de mano, llevándosele á la izquierda, empujó fuertemente con la derecha al picador hasta arrojarle al suelo de boca, y cuando el toro acometió, se encontró empapado en el trapo del espada, que se llevó al toro donde quiso, entre los vítores y aplausos de la concurrencia y el agradecimiento de Carmona, que en público abrazó al maestro con lágrimas en los ojos.

Estaba de Dios, sin embargo, que este infeliz había de fallecer en la plaza.

En la quinta corrida del año 1793, celebrada el 9 de Julio, un toro castellano, cuarto de la tarde, que no tomó más que una vara y seis banderillas de fuego, fué muerto por Pedro Romero de una estocada bien puesta, pero poco profunda, y entonces el animal acometió al caballo en que estaba Bartolomé Carmona (que no huyó á carrera, como hubiera podido), y cogiéndole de manera que no solo hirió al jaco de muerte, sino que en la caída que dió el picador recibió éste tan fuerte golpe en la nuca que falleció á poco rato.

**Carmona, Teresa.**—Picaba novillos en la plaza de Madrid antes del año de 1840, á caballo y con valentía. Alguna composición poética hay que no solo la elogia por valiente, sino también por su belleza. Mejor hubiera estado la tal moza en cualquier parte que en la plaza.

**Carmona y Jiménez, D. José.** Constante defensor en la prensa de las buenas prácticas del toreo y escritor público, director del antiguo *Enano*,

que después se ha llamado *Boletín de loterías y toros*, y llevaba muchos años de existencia. Poseía un magnífico museo de objetos taurómacos de gran valor, reunido á fuerza de constancia y grandes dispendios. Allí, al lado del retrato del gran Yust, estaban el de *Costillares*, *Pepe Illo* y otros;



pieles de toros célebres, como el *Jocinero* y *Gindaletto*; prendas de Montes, estoques de *Cúchares* y Redondo, chaleco de *Pepete* el día de su desgracia, ropas del *Tato*, moñas, rejones y muchos más objetos difíciles de retener en la memoria. Era natural de Almuñécar, en la provincia de Granada, abogado y propietario, de excelentes condiciones de carácter y entendido en tauromaquia. A su fallecimiento se deshizo aquella bonita colección de objetos taurinos, cuyos restos ignoramos dónde se hallan. Para aclarar hechos que en la historia pudieran un día aparecer equivocados, nos parece conveniente hacer constar aquí, siquiera sea ligeramente, la historia del periódico que dió nombre á este distinguido aficionado. No fué nuestro inolvidable amigo Carmona el fundador del periódico taurino *El Enano*, como se ha dicho después de su fallecimiento. Para probarlo, vamos á relatar sucintamente la historia de esa publicación, que nació cuando el aficionado D. Joaquín Simán dejó de dar á luz *El Clarín* en 1851. Unido dicho señor al distinguido literato D. Manuel López Azcutia, crearon el primitivo *Enano*, que tuvo entonces, y luego después, general aceptación: retirado de la empresa Simán, se asoció á ella D. José Carmona, y éste adquirió la propiedad del periódico en 1854, dándole gran impulso y variándole el tí-

tulo en 1855 por el de *Boletín de loterías y de toros*, continuación de *El Enano*, que es como se le conoció durante mucho tiempo y en el que colaboraron asiduamente D. Isidro Aguado y Mora, D. Francisco Javier Manrique y el autor de esta obra, y más tarde el conocido aficionado y buen escritor D. Ernesto Jiménez Pastor. A estos dos últimos y á su hermano D. Eduardo cedió Carmona la propiedad y explotación del *Suplemento al Enano*, que publicaron media hora después de la celebración de las corridas, en los años de 1875 y siguientes. Falleció Carmona en 1885 y sus herederos publicaron el periódico con el título de «*El Enano*, fundador D. José Carmona,» aserto inexacto que nadie se cuidó de rectificar, pero que ocasionó al *Suplemento*, que ya disfrutaba sólo D. Ernesto Jiménez, adoptase el título de *El Enano de Madrid*, que dejó de publicarse dos años después. Ahora sale á luz un excelente periódico con el título de *El Enano*, que nada tiene que ver con el primitivo. Está mejor redactado y editado el nuevo.

**Carmona, María Rosa.**—Cuando los pegadores portugueses vinieron á Madrid por tercera ó cuarta vez trajeron en su compañía á esta mujer esforzada, que con ellos y como ellos sujetó á un novillo embolado, encunándose de espalda. Dicen que estaba casada con uno de aquéllos.

**Carmona, José.**—Hermano del célebre *Gordito*. Hijo de José y de Gertrudis Luque, panadero en el barrio de San Bernardo de Sevilla, nació en esta ciudad en 20 de Marzo de 1825. En sus primeros años de torero trabajó en cuadrillas andaluzas acreditadas, y recibió lecciones del inolvidable *Chiclanero*, que le llevó á algunas plazas de media espada. En Madrid trabajó en una corrida en 1856 (3 de Agosto) con Casas, Ponce y Domínguez, y quedó bien, trasteando y recibiendo un toro, y luego en 1857 fué contratado por seis corridas, siéndolo en otras muchas plazas y en años sucesivos con sus hermanos Manuel y Antonio, hasta que en 1863 se retiró del toreo, y bien acomodado en Sevilla, sostenía decorosamente á su familia. Cuando empezó á matar se veía en él arte y gran disposición; luego no le quedó mucho arte, pero creció en valor. Nosotros queremos más aquél que éste, aunque siempre se ha dicho que de un valiente puede sacarse algo, y nada de un cobarde. Murió en Sevilla á consecuencia de una apoplejía fulminante el día 12 de Agosto de 1881, dejando una buena fortuna en fincas y colocado á su hijo como jefe de la oficina del Giro Mutuo en aquella ciudad.

**Carmona, Manuel.**—Este matador es hermano de los espadas José (*El Panadero*) y Antonio (*El Gordito*). Nacido en Sevilla en 1832, puede decirse que empezó á lidiar, ó al menos á figurar como banderillero á los veinte años de edad, por más que antes hubiese corrido vacas bravas, becerros y novillos en los mataderos y pueblos de Andalucía. Estoqueó por primera vez como matador, alternando en Madrid, en 1861, y por espacio de ocho ó diez años toreó constantemente con sus hermanos, que, unidos, tuvieron muchos y muy buenos ajustes, especialmente desde que el menor de ellos, el *Gordito*, inventó el famoso cambio ó suerte de banderillas al quiebro. Era bien puesto, sereno, no pasaba mal de muleta; pero al tirarse, en lo general, cuarteaba mucho. No paraba los pies y no daba á cada res la lidia que requería. Retirado ya del servicio activo, pero entusiasta cada vez más por el arte que ha sido la base de su fortuna, ha fundado y construido en Sevilla una bien acondicionada escuela de tauromaquia con el beneplácito de ganaderos y aficionados, donde se adiestraban desde 1.º de Julio de 1893 unos cincuenta jóvenes que aspiran á ser toreros, turnando en las lecciones que diariamente les daba Manuel Carmona, á quien aplaudimos semejante determinación. Estaba la escuela situada al lado del Matadero público, camino del barrio de San Bernardo, con todas las dependencias necesarias, como son secretaría, enfermería, desolladero, etc., y era capaz para 900 personas, ostentando en su portada el título de *Escuela taurina*. Había además de los socios activos otros pasivos y algunos honorarios, y con el producto de una corta retribución que satisfacían se daban funciones prácticas, en que los alumnos ponían de manifiesto sus adelantos y conocimientos adquiridos en las lecciones teóricas. Como sucede siempre que de empresas particulares se trata, esta escuela duró poco tiempo, los socios se dispersaron, y los resultados para el arte han sido casi nulos.

**Carmona, Antonio** (*El Gordito*).—Todo es susceptible de mejora en el mundo, y si así no lo fuera la ley del progreso no sería verdad.

Por muchos que sean los adelantos que se hayan hecho en una ciencia ó en un arte, aun pueden hacerse más; y cuando se cree haber llegado á la perfección, se descubre ó inventa un nuevo procedimiento, que denota lo que hemos dicho: que puede progresarse. Y tras de un adelanto viene otro, y luego otro, que van enaltecendo el arte, si de arte se trata; pero que no puede decirse le perfeccionen, dando á esta palabra toda la extensión que en sí tiene.

Nada hay perfecto en lo humano, y en el arte

de torear mucho menos, por más que se haya llegado á donde parece imposible acercarse. Por una continuada serie de invenciones de suertes en el toreo, ha ido éste mejorando hasta el punto en que le conocemos actualmente. A la lanza sucedió el rejón y á éste la garrocha; al arpon las banderillas, desterrando la pica corta ó chuzo, y á la espada de mandoble ó de ancha y pesada hoja, el estoque que hoy se usa.



Infinitas las suertes que á caballo y á pie, en el campo y en el coso se han inventado y ejecutado, ofrecen ó dan lugar á una observación, que nó debe ser desatendida. Ninguno de los inventores de las suertes del toreo ha muerto ejecutando la que inventó, por difícil que pareciera realizarla. *Juanijon* picando á caballo sobre otro hombre, *Costillares* matando á *volapié*, *Cándido* dando el salto de testuz, *Montes* parando en firme y el *Gor-*

*dito* poniendo banderillas al *quiebro*, son una prueba palpable de nuestro aserto. Podrá cualquier invención de las referidas, y de otras que no hay para qué citar, ser más ó menos útil, tener mejor ó peor aplicación; pero hasta la más insignificante demuestra un adelanto. Prueba evidentemente de cuántos modos, de qué diversas maneras el destello divino que llamamos inteligencia reside sólo en el hombre. Con la inteligencia bien dirigida puede llegarse hasta lo desconocido, pero siempre con limitación; porque si no, ¿á dónde iría el hombre con su soberbia? Haciendo uso de la inteligencia, el hombre vence al bruto, le burla, le doma, le extingue, si quiere. Y para conseguir esto, y al mismo tiempo proporcionarse grato solaz, son las corridas de toros, por los españoles inventadas, fomentadas y perfeccionadas hasta donde es posible. Cada uno de los que en ellas han tomado parte ha procurado ejecutar las suertes á imitación de lo que en sus maestros han visto; otros las han mejorado y algunos han inventado otras nuevas que han enriquecido el arte. Entre estos últimos se halla el acreditado torero Antonio *Carmona*. Describiremos como mejor podamos los principales rasgos de su notable vida torera, cumpliendo la obligación que nos hemos impuesto. En Sevilla, el 19 de Abril de 1838, nació Antonio *Carmona* y *Luque*, hijo de José y de *Gertrudis*. Por afición del muchacho, por falta de recursos de los padres para darle otra carrera ó inclinarle á otra

profesión, ó por causas que no conocemos ni de que saben darse cuenta á veces los individuos, Antonio, desde muy niño, quiso dedicarse á torear. En corrales, en plazas, en el campo, en cuantas partes podía, se mezclaba con otros toreros y se atrevía con las reses hasta llamar la atención. En poco tiempo hizo que los aficionados inteligentes se fijaran en él, empezando por figurar con ventaja, por su especial disposición para el arte, entre todos los muchachos de su época. Como cosa especial, y como medio de prueba para saber hasta dónde podía llegar ante el público, se le soltó un becerro

en 1854, si mal no recordamos, en la plaza de Sevilla, al que lidió y mató con notable gracia y desenvoltura. Tenía entonces dieciséis años, y ya era torero. Su afición le haría avanzar y mejorar sus defectos.

Conociendo sus hermanos José y Manuel que tan brillantes disposiciones, bien atendidas y guiadas, podían conducir á Antonio á un puesto elevado en el toreo, le incorporaron á su cuadrilla, don-

de realmente empezó á aprender el arte. Manejaba regularmente la capa y pareaba con gracia. Como banderillero, se presentó agregado á la cuadrilla de su hermano José el año 1857 en la plaza de Madrid, distinguiéndose, más que por su brega, por su fino modo de parear. Al año siguiente, 1858, practicó en Sevilla públicamente la suerte por él inventada de poner banderillas al *quebro* ó cambio, que por lo sorprendente y por lo que tiene de arrojada y serena entusiasmó hasta el delirio á los que la presenciaron.

Desde entonces Carmona contó por triunfos sus presentaciones en los circos, las empresas se le disputaron y en aquellos primeros años ganó más dinero siendo banderillero que los mejores espadas matando. Porque era efectivamente asombroso ver á un hombre en el centro del redondel, atadas las manos unas veces, otras con los grillos en los pies, ó dentro éstos de un pequeño aro ó

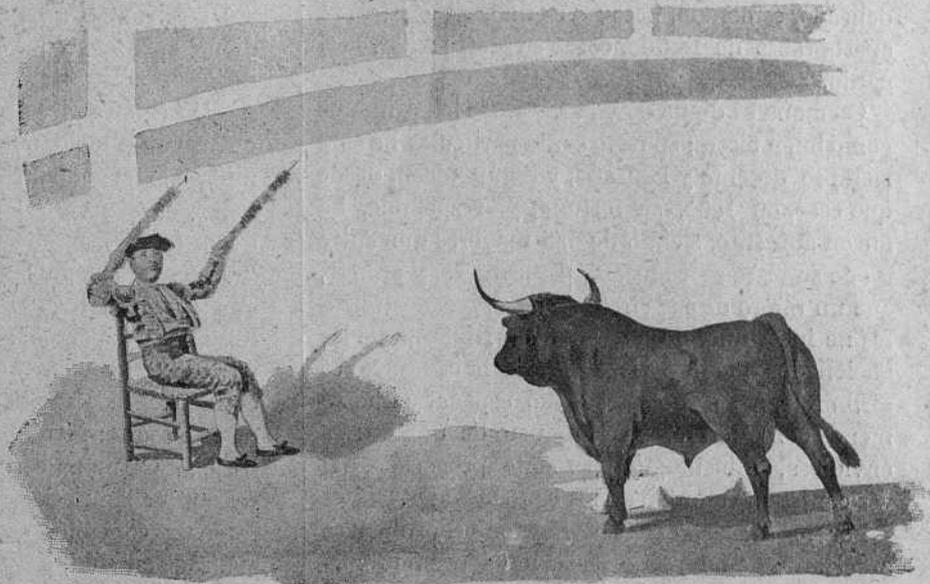
del hueco de un pañuelo, llamar á un toro, verle llegar, inclinarse á un lado, y sin mover nada, absolutamente nada los pies, darle salida por un lado, clavándole los palos y quedándose de brazos cruzados, esperando tranquilo el aplauso que todo el público, sin excepción, tenía que tributarle.

Si á lo dicho se agrega ver á ese hombre sentado en una silla, ó con otro hombre tendido á sus pies, esperar del mismo modo á la fiera, sin capa alguna en sus brazos, sin más que unas banderillas, muchas veces de á cuarta, el entusiasmo y la admiración tienen que subir de punto hasta el extremo, y todo el mundo tiene que conceder al inventor grandes cualidades de torero, puesto que sin valor, serenidad y perfecto conocimiento del arte, no es posible ejecutar bien, y sin exponerse á una desgracia, suerte tan difícil y lucida.

Algunas parcialidades afectas á otros toreros negaron entonces que pudiese considerarse como suerte del toreo la de que nos ocupamos, puesto que ni estaba escrita ni se había conocido quien la ejecutase; pero pasado tiempo tuvieron que reconocer que es una suerte tan buena y tan practicable como otras, si bien más expuesta que la del salto al trascuerno ó con la garrocha, ó la del cambio en la cabeza que ejecuta el matador que, sabiendo,

tiene para ello facultades. Siempre se han aplaudido, y con justicia, dichas suertes, y quiso criticarse la del *quebro*, sin reflexionar que la de aquellos saltos consiste en la sorpresa y la del cambio se ejecuta con muleta, baluarte y defensa que no tiene el *quebro*, hecho á pie quieto y á cuerpo descubierta.

Como sucede siempre, los mismos que en un principio criticaron dicha suerte, intentaron ha-



BANDERILLAS QUEBRANDO EN SILLA. — MACÍAS

erla para demostrar su poco valor ó importancia; y el resultado, como no podía menos, les fué fatal, sufriendo cogidas necesariamente previstas por los que sabían que era indispensable estudiar el modo de hacer la suerte, que, como todas las del arte, tienen sus reglas fijas, y no atreverse á ejecutarla sin ensayarla más de una vez, como lo han hecho después con excelente éxito *Lagartijo*, *Frasuelo*, *Chicorro*, *Cara-ancha* y algunos otros, aunque muy pocos.

El *Gordito*, no sólo en dicha suerte de su invención, sino en todas las de banderillas, ha llegado á una altura á que pocos se han acercado, clavando pares de todos modos, siempre bien y con arte; y como peón de lidia, como torero, en fin, hay hoy muy pocos, poquitos, y no decimos otra cosa por no herir susceptibilidades, que se le puedan poner delante. Si alguno sabe más, ó siquiera tanto, la falta de facultades le impediría andar al lado de los toros como aquél andaba.

Pero en cambio, y á fuer de imparciales, tiene graves defectos como espada, que hemos de censurarle. El toreo movido, que en un banderillero es disculpable, no le admitimos, no le queremos nunca en el matador, á quien exigimos siempre los piés parados. Nos importa poco que Carmona

manaje bien generalmente la muleta, si al dar las salidas se sale él también, ó al marcar un cambio fía más en la fuerza de piernas que en la seguridad de la ejecución de la suerte con el brazo. No le perdonamos nunca que desde el año de 1862, en que tomó la alternativa, hayan sido muy pocas las veces que se le haya visto irse por derecho á los toros, y menos las en que ha intentado traérselos. Su muleta es de defensa ciertamente, pero de *mareo*, si se nos permite la frase: su toreo es delicado, esmerado, pero no es fino, ni clásico: se aparta tanto de Ronda, como se acerca á San Bernardo.

Carmona es digno de figurar entre los primeros como buen torero; su trato como particular ha sido siempre decente y honrado; y según dicen, desde que casó, en 1864, su fortuna, ya respetable, ha ido en aumento, siendo de las mayores que entre las de su clase se conocen. ¡Lástima es, y grande, que un torero de sus circunstancias y conocimientos no fuese querido en Madrid! Ninguno de los aficionados que hoy viven ignora la causa. No es atribuible á sus defectos como espada, y mucho menos como torero. Fué producto de una intriga envidiosa, injusta y torpemente provocada, tal vez contra la voluntad de los contrincantes.

Por lo demás, en toda España y Portugal se apreciaron de tal modo las condiciones taurómicas del *Gordito*, que de él se hablaba en todas partes con entusiasmo, reconociéndole mérito superior. En Madrid mismo, centro de la inteligencia taurómica, se le tiene en mucho por los aficionados que le conocieron como buen torero.

Antes de concluir no debemos pasar en silencio un rasgo noble y elevado de Antonio Carmona, que ligeramente va referido en otro lugar de este libro.

Valencia le presencié hace pocos años, y no le olvidará nunca. Como que salvó á aquel pueblo de muchas desgracias. Iban á celebrarse las corridas de toros que con tanta esplendidez prepara todos los años la ilustrada Junta de Beneficencia de aquella ciudad. Dos días antes de la primera corrida llegó el *Gordito*, que estaba contratado para todas, y al día siguiente esperábase al ganado, que en cajones era conducido desde Madrid por el ferro carril del Mediodía. Llegó en efecto; pero antes de sacar de los vagones los cajones en que las reses venían encerradas, una de éstas, de la ganadería de D. Antonio Hernández, de Madrid, rompió su celda y se salió, acometiendo cuanto á su paso encontró. La estación del ferro carril en Valencia está muy próxima á la ciudad. Si allí penetraba el toro, quién sabe el número de desgracias que podían haber ocurrido. Por otro lado, ¿quién le detenía, quién iba á traer los cabestros, sacándolos de su encierro? El conflicto era gran-

disimo. Pero Antonio Carmona, exponiendo su vida, le conjuró.

Mandó que trajeran los cabestros mientras él entretenía á la fiera. Así fué; se quitó la prenda de vestir que le cubría los hombros, y colocándola en el bastón, dió con ella tantos *pases* al toro y de tantas maneras, que le paró. Cuando el animal intentaba alejarse, se colocaba delante con su improvisada muleta y repetía la arriesgada operación, hasta que dió lugar á la venida del cabestraje.

Dijose entonces que se había instruido expediente para conceder á Carmona la Cruz de Beneficencia. ¿Para qué? ¿Equivaldría ésta á la satisfacción de su amor propio, cuando se vió vitoreado por un pueblo que con lágrimas de agradecimiento le acompañó emocionado? Ni cruces, ni honores valen tanto como la explosión de amor de un corazón agradecido.

Antes de concluir y para que no se suponga que nosotros incurrimos en equivocaciones voluntarias, debemos advertir que en América, ya en 1834, se conocía el quiebro para banderillar, y en la palabra ESCAMILLA se verá la comprobación de este aserto; pero nosotros reconocemos, sin embargo, á Carmona como autor de la suerte, primero: porque sin noticia de que existiese la ejecutó como la concibió; segundo: porque nadie la ha realizado en silla, y tercero porque mucho menos se ha visto con un hombre tendido en el suelo entre sus piés, y con la confianza que él tenía para verificarla. Una misma idea puede surgir en dos ó más cerebros, sin que puedan disputarse la paternidad de ella, el uno con preferencia al otro.

**Carmona, Jesús.**—Picador de toros americano, bastante aceptado en las plazas de la república de Méjico, en que trabaja con varias cuadrillas. Es sereno, valiente y monta, como todos los de aquel país, de una manera admirable.

**Carmona, Cándido** (*El Cartujano*).—No era pariente de la familia del célebre *Gordito* este banderillero, aunque también era sevillano, nacido en el barrio de Triana en 1869. Fué operario de la gran fábrica de loza *La Cartuja*, establecida en la capital de Andalucía. En la plaza de Madrid, y en la tarde del 29 de Julio de 1894, un toro llamado *Piamonte*, de la ganadería de Udaeta, le cogió en la forma siguiente: Al ponerle banderillas, después de una salida en falso, le clavó medio par, y al intentar poner otro al relance de la salida de su compañero, perdió la oportunidad y salió por delante, por lo cual creyéndose cogido, se arrojó al suelo con más anticipación de la necesaria para que pudiera rebrincar el toro, el cual, fijándose en

el bulto, hizo por él, le recogió y suspendió, volteándole. Retirado con una grave herida penetrante en el hipocondrio izquierdo posterior, y otras contusiones, fué cuidadosamente asistido en la casa de huéspedes de la calle de León núm. 17, donde falleció á los veintinueve días, y el martes 28 de Agosto siguiente, fué conducido su cadáver, con gran pompa, al cementerio de la Almudena, donde fué sepultado en la del núm. 110 de la calle de San Mateo.

**Carmona, Joaquín** (*El Artillero*).—Empieza ahora á poner banderillas en novilladas y poco puede decirse de él, ni para formar juicio es tiempo.

**Carnerero, D. José María**.—Erudito escritor público que en el primer tercio del presente siglo escribió varios artículos defendiendo las corridas de toros en los periódicos *Cartas españolas* y *Correo literario y mercantil* (1828 y siguientes.) Es autor de varias obras literarias.

**Carnero, Francisco**.—Banderillero nacido en la Isla de San Fernando, que sirvió en la cuadrilla de Manuel Domínguez cuando este espada marchó en 1836 á torear en Montevideo.

No le hemos visto antes ni después de dicha fecha.

**Carnicero, D. Antonio**.—Notable grabador que en el año 1791 dió á la estampa preciosas láminas que representaban corridas de toros. Nació en Salamanca en 1748 y logró el segundo premio de primera clase de la Real Academia de San Fernando en 1769.

**Caro, Juan Román**.—Valiente picador de la cuadrilla de *El Espartero*, en la que ingresó en 1884. Natural de Dos Hermanas (Sevilla), donde nació en 1856, demostró desde muy corta edad gran afición á las faenas del campo con reses bravas, y cuando abrazó el oficio acreditó su pericia y valentía. En 17 de Noviembre de 1888, cuando su nombre sonaba ya entre los buenos picadores, acudió al tentadero de las reses del marqués del Saltillo, en la Isla Menor (Sevilla), llamado para encargarse de tal operación, que verificó el día anterior con gran satisfacción de numerosa concurrencia, y al presentarse el primer becerro sacado del rodeo, llamado *Dudoso*, núm. 24, de dos años, cárdeno obscuro, cornicorto y bien puesto, después de tomar tres varas dió un fuerte derrote en el estribo derecho que hizo salir á Caro de la silla y

caer de espaldas en el suelo, por el lado izquierdo. Reparó el bicho en el bulto, fuese á él y le causó una tremenda cornada en la parte inferior derecha del vientre, con salida de los intestinos, sin que nadie pudiera evitarlo. Transportado con gran cuidado á la casa del marqués, en Sevilla, fueron inútiles los esfuerzos hechos por los médicos para salvarlo, y el infeliz falleció el día 1.º de Diciembre siguiente, á las cinco de la tarde, dejando huérfanos de padre y madre á dos niños de cinco y seis años.

**Caro, José**.—Hermano del desgraciado Juan Román; se ha dedicado, como él, á picar toros. Aprieta bien; pero se cuida poco de la cabalgadura, precisamente cuando es lo que más falta hace.

**Caro, Manuel** (*Guerrilla*).—Si no te aplicas más, poca guerra has de dar. La verdad es que tienes mucho tiempo por delante, que eres joven y con facultades; pero no te abandones.

**Caro, Javier**.—Excelente banderillero que perteneció á la cuadrilla de José Redondo (*El Chiclanero*), y cuyo capote siempre era útil en el redondel. El defecto físico de tener el cuello torcido, para nada le estorbó en la lidia.

**Caro, Manuel** (*El Hurón*).—Es muy conocido en Madrid; pero no todos saben las peripecias de su vida, que son las siguientes, referidas con brevedad: Nació en Valdepeñas, provincia de Ciudad Real, el 1.º de Enero de 1823; sus padres, Esteban Caro y Manuela Merlo, vinieron con él á Madrid á los tres años, y cuando tuvo edad le pusieron al oficio de carpintero. Como amigo de Antonio del Río y de Isidro Santiago, asistió con ellos varias veces al matadero, tomando afición al toreo, y á los dieciséis años fué á Sevilla al cuidado de un tío suyo, que le colocó de vaquero en una ganadería. De allí pasó al bajo Aragón, donde ejerció la industria de cantinero, teniendo que emigrar á Francia con Cabrera en el año 1840, perdiendo un capitalito que había logrado reunir. Sentó plaza en la legión extranjera que fué á Argel, tomó su licencia absoluta en 1843 y á los dos años se vino á España, haciéndose torero y banderilleando por primera vez en el pueblo El Molar con Matías Muñiz, en la cuadrilla del maestro Cayetano Sanz, y luego en otras muchas plazas del reino, no contentándose con sólo poner banderillas, sino matando algunas veces con valor y atrevimiento. Esto hizo que en Alaejos tuviera una gran cogida que le puso á las puertas de la muerte, y una vez resta-

blecido, fué con Julián Casas á Palencia; en las Navas del Marqués cedió él un toro á *Lagartijo*, que era banderillero, para que le matase; y en Robledo de Chavela presentó á Salvador Sánchez (*Frasuelo*) (que era la primera vez que se vestía de torero) para que banderillease tres toros, que él mató. Después... los otros subieron y él bajó, cualquiera comprende por qué.

**Carreira da Fonseca, Antonio.**—Vale poco este caballero rejoneador en el vecino Reino de Portugal, pero tiene buenos deseos de complacer al público.

**Carrera, Manuel.**—Buen picador, que toreó por primera vez en Madrid en el año 1839, formando parte de la cuadrilla de Juan León, después de haber estado por Andalucía con la de Montes. Hay quien dice que se estrenó en Sevilla el 12 de Junio de 1836.

**Carrera.**—La que dan el diestro ó el toro dentro del coso, sea ó no en seguimiento uno del otro.— Hay un medio de matar toros que se llama á *la carrera*, y es del siguiente modo: Viniendo el toro corriendo de lejos, sólo, ó siguiendo á algún capote que puede haberse echado con este fin, el matador, que debe haber procurado ser visto á tiempo, ó sea desde una distancia suficiente á que el animal no desparrame la vista y se fije en él, lia la muleta, espera, aguanta el encontronazo, y al humillar la fiera, clava la espada en el mejor sitio posible, porque, como se comprende bien, no es fácil, por la violencia que trae en su viaje el toro y por lo levantado que viene, señalar precisamente en la cruz, aunque esto debe siempre procurarlo para no deslucirse. No exige esta suerte precisamente que el diestro pare tanto los pies como para *recibir*, porque ha de enmendarla moviéndose de un

lado ú otro más ó menos, según la inclinación recta ó torcida que traiga el toro, y según éste sea de más ó menos sentido, bravo, tuerto, etc., en cada uno de cuyos casos ha de tener presente las reglas generales que para la lidia están escritas. Montes llama esta suerte á *toro levantado*. No debe ejecutarse más que cuando no pueda hacerse otra de las principales sobre corto, porque ésta es una de las suertes de recurso, especialmente para toros burriciegos, ó huidos en demasía.

**Carretero, D Manuel.**—Malagueño que, con el entusiasmo propio de la juventud, pone gran cuidado en aprender los secretos de la tauromaquia,



frecuando las corridas, estudiando libros, leyendo opiniones y formando juicios, que más de una vez ha trasladado á la imprenta en artículos gra-



SUERTE DE MATAR ESPERANDO AL TORO EN SU CARRERA. — MACÍAS

ciosos, publicados en periódicos de provincias. Con tanta afición puede llegarse á todas partes.

**Carreto, Fernando.**—Conocido banderillero en el primer tercio del presente siglo y contemporáneo de celebridades como Jordán, Capita y el Fraile. No podemos recordar el nombre de un espada de alternativa que llevaba ese apellido y trabajó en Madrid por los años treinta y tantos de este siglo, ni si era ese Fernando que incluimos en esta voz.

**Carriles, José.**—Picador de toros, bastante regular. Tiene buen brazo, pero montando no se reúne al caballo con firmeza, y ese vicio debe corregirle. Sea por su carácter retraído, ó por escasa fortuna, no trabaja tanto como fuera de desear para que aprendiera lo que ignora.

**Carrillo y Ordóñez, Francisco.**—Hijo de Manuel y Dolores, nació en Sevilla el 2 de Diciembre de 1868, y en 1880 le pusieron sus padres, que eran panaderos, al oficio de cerrajero, en que hizo



pocos progresos, pues más que las limas, llamaban su atención las reses vacunas. Dedicado desde los

catorce años de edad, á pesar del castigo y reprobaciones de sus padres, á capear toros y novillos, burlando la vigilancia de aquéllos y la de un tío que se encargó en vano de refrenar sus aficiones, á los quince años capitaneaba el chico una cuadrilla, que toreó por espacio de un lustro en Andalucía y Extremadura. En 1889 marchó á la Habana con intención de volver con dinero para redimir á su hermano de la suerte de soldado; allí alternó con Machío, por cierto que en una corrida tuvo que matar seis toros, por haber sido herido dicho espada por el primero que se lidiaba: fué también á Caracas y otras provincias ultramarinas, y regresó á España con aplausos y dinero, satisfaciendo con él sus deseos respecto de su hermano. Ha trabajado en muchas plazas, tiene buenos deseos, y se aplica. ¿Será algo en el toreo este muchacho, ó se quedará como otros?

**Carrión, Manuel** (*El Coracero*).—Espada andaluz de segundo orden, desde el año de 1867 no se ha dado á conocer favorablemente en el resto de la Península. Siendo soldado, aprovechaba siempre la ocasión de lidiar cuando entre sus compañeros se corrían becerros ó daban novilladas, matando con gran valor. Supuso que no necesitaba aprender más para ser torero, adoptó el oficio con empeño, y á pesar de esto, se quedó más atrás de lo que él quisiera; como que con mal principio no puede haber buen fin. En la América del Sur gustó mucho su trabajo, su valor y sus buenos deseos; falleció en 13 de Febrero de 1883, haciendo la travesía de Buenos Aires á España, á bordo del buque *La Santísima Trinidad*.

**Cartón, Manuel.**—Fué un picador bastante aceptable que trabajó en Madrid con el espada Carreto por los años de 1833 ó 34, y después en varias ocasiones. Poco brazo tenía, pero buena voluntad; antes de aquellos años trabajó también en Madrid por recomendación del célebre Pedro Romero.

**Carteles.**—Prescindiendo de otros medios de comunicar al público la celebración de fiestas de toros que indudablemente serían empleados en lo antiguo, tales como los pregones públicos, los tamboriles y gaitas y acaso el uso de cohetes, las maestranzas convocaban á dicho fin, por medio de sus timbales y clarines, con toda solemnidad y con dos ó tres días de antelación al día en que debía verificarse la corrida; pero sin excluir este último medio, desde la segunda mitad del siglo pasado empleáronse también carteles anunciadores que, fijos en sitios principales, daban cuenta al vecin-



que se matasen los toros en 1818. Así consta en una *Nota* puesta al pié de un cartel que lleva la fecha de 11 de Octubre del citado año é impreso en Málaga, donde se efectuó la corrida con ocho reses emboladas, á las que se picó y banderilleó solamente. ¿Cómo fué eso, si en esa época estaban autorizadas las corridas de toros de muerte?

En poder del notable escritor y aficionado taurómico D. Aurelio Ramírez Bernal, existe un cartel, fecha 4 de Julio de 1824, de una corrida que se

los diez toros, tres del Marqués de Tablantes, tres de D. Joaquin Virués y los demás de D. Francisco de Resinas, serían picados con caballos blancos, siendo los diez toros negros, y la rara circunstancia de que los espadas *Pepe Illo* y Francisco Guillén picaron, banderillearon y mataron dos toros, además de los ocho en cuya muerte alternaron.

Esto no es nuevo para los aficionados que saben la historia del toreo. No es raro ver en carteles antiguos y modernos que en funciones extraordina-

**PLAZA DE TOROS**  
EN LA TARDE  
del  
**MARTES 24 DE JUNIO DE 1856,**  
se verificará (si el tiempo no lo impide),  
**UNA MEDIA CORRIDA DE TOROS EXTRAORDINARIA.**  
PRESIDIRÁ LA PLAZA EL EXCMO. SR. GOBERNADOR DE LA PROVINCIA.

**LIDIADORES.**

PICAADORES: Pedro Romero, el Halaquero, y José Barrero Tripe, en otros tres de reserva, da que en el caso de inutilizarse los citados se usen los que siguen á continuación.

ESPADAS: Manuel Bonaguera y Antonio Gil, á cuyo cargo estará los correspondientes cuadrillas de banderilleros.

GOBIERNANTE DE ESPAÑA: Agapí Lopez Barrantes, sin perjuicio de banderillear los toros que le correspondan.

LA PLAZA DE LA CAJERÍA: En el momento de la salida de los toros se dará un grito de guerra, y se repartirá el premio de la plaza de la cajería.

LA CORRIDA EMPEZARÁ A LAS CINCO Y MEDIA.

efectuó en dicha Plaza de Málaga, anunciando que de los ocho toros que debían ser lidiados, cinco pertenecían á la ganadería de D. Mateo Javalera, entonces de su viuda doña María de los Dolores Olmo, todos negros y con divisa encarnada, rompiendo plaza el llamado *Corcito*, nieto de otro de aquel pelo y nombre que asombró en Madrid matando ¡veintidós caballos!! Como contera á este exordio y como profecía casi, añade el cartel: «si iguala á su abuelo, pobre asentista». Lástima que no hayamos conseguido un extracto del resultado de la corrida, para apreciar si el *bombo* fué confirmado por hechos posteriores.

Otro cartel de corrida verificada en Cádiz el año de 1778, ofrece la particularidad de anunciar que

rias y de beneficios, los espadas más notables, como Francisco Montes, Roque Miranda y otros, así como algunos que aun viven retirados, y otros más que funcionan actualmente, se hacían anunciar como picadores; y excelentes jinetes cambiaron el calzón de ante y la garrocha por la media de seda y el estoque, para atraer, por la novedad, al público, que es siempre afecto á esas combinaciones que le ofrecen más distracción y entretenimiento, aunque el arte se oculte algún tanto de su vista, ó se ponga de manifiesto la aptitud especial que han tenido varios diestros para lidiar, tanto á pie como á caballo.

Y muchos más carteles raros podríamos citar si no temiéramos ser prolijos.

# PLAZA DE TOROS

## ARANJUEZ

**GRAN  
CORRIDA**

EL SABADO 30 DE MAYO DE 1896

**VERAGUA**

ESPADAS  
**Rafael Guerra**  
**Emilio Torres**

**GUERRITA**  
**BOMBITA**

La corrida empezará a las **CUATRO**

3' de 180 pesos  
PARA MAY SUAVES Y UN PRODIGAL






**Carvajal, D. Sancho.**—Fué pariente del corregidor y justicia mayor de la provincia de Colefugo, en el Perú, y en este punto rejoneó toros en fiestas reales verificadas en 1632.

**Carvajal, Francisco** (*El Pollo*).—«Es un banderillero que principia ahora, fresco y sereno. Cuida mucho de no acalorarse, ffjese en las suertes, estúdielas, y será algo. Si no sigue nuestro consejo, peor para él.» Esto dijimos hace veinte años, y á pesar de los transecurridos, el chico se aplicó tan poco que ya no es conocido como notabilidad, sino como uno de tantos. Ha intentado ser matorador, probó y se volvió con sus banderillas á Málaga, su país natal.

**Carvajal, Juan Miguel.**—En 9 de Julio de 1876 picó en la plaza de Sevilla, y luego... nada más hemos sabido de él.

**Carvalho, Ecequiel.**—Buen pegador portugués en su época. Sintieron mucho sus compatriotas que se retirase del toreo, pero sus amigos alegrábase de verle apartado de peligros.

**Carvalho, José Antonio de.**—Está retirado del toreo, después de haber acreditado en Portugal que era un valiente mozo de forcado.

**Carvalho, Vasco.**—Trabaja muy poco, y no es de sentir que trabaje aun menos este portugués caballero rejoneador. ¿Consiste en él ó en su poca fortuna?

**Casa-Palma, Conde de.**—Caballero rejoneador de toros que se presentó en la Plaza Mayor de Madrid en la gran corrida celebrada el 7 de Enero de 1680. No dice la crónica cómo se portó.

**Casado, Fernando.**—Hace pocos años mataba toros en plazas de provincias, con bastante aceptación, pero se ha eclipsado há ya algún tiempo y nadie da razón de él.

**Casanave, José** (*El Morenito de Valencia*).—Es más conocido en América que en España. Mata toros como puede y tiene voluntad, según nos manifiestan de aquellas lejanas tierras. Suponemos, fundados en su apodo, que es natural de la región valenciana.

**Casas, Julián** (*El Salamanquino*).—Influye de tal manera en la suerte de las criaturas la variación de la fortuna, y más que todo la falta de jefe en una familia, que por lo general cambia completamente el modo de ser de ésta, su vida y los destinos futuros á que se ven compelidos los que de ella forman parte.

Es tan cierto lo que decimos, que si no fuese demasiado sabido y considerado así por todas las clases de la sociedad, el ejemplo de la familia de Julián Casas lo demostraría palpablemente. Si su padre no le hubiera faltado cuando más necesario le era, es muy posible que Julián no hubiese sido torero; pero quedó huérfano siendo niño, y aunque su señora madre trató siempre de disuadir á su hijo y apartarle de tan peligroso ejercicio, como lo es el de torear, sabido es cuán escasos son los medios que una madre tiene para torcer la voluntad decidida de un hijo mozo que, apasionándose por una idea en la cual cifra toda su felicidad, no piensa más que en realizarla. Y no es porque la buena señora dejase de apelar á cuantos medios le aconsejaban su prudencia y discreción. Halagos, promesas, amenazas, influencias de personas distinguidas y amigas, nada sirvió para apartar á Casas de su decidido empeño de ser torero. Hasta consiguió su madre de las autoridades encerrarle en una casa de corrección, de donde no salió sino para matricularse en la facultad de cirugía. Porque, no lo hemos dicho, Julián Casas tenía entonces todos los estudios de latinidad y filosofía, que previamente se exigían para abrazar aquella carrera; lo cual prueba que su madre no descuidó un momento la educación que á su clase correspondía. Habiale dejado su esposo, militar retirado, una regular fortuna, y creyó era su deber hacer de su hijo un hombre útil á la sociedad, capaz en su día de administrar aquella con inteligencia, y de servirla de apoyo en su vejez. Parecíole, y era lo regular, que con los estudios, y siguiendo una carrera, su hijo había de conseguir el fin apetecido; pero Julián acreditó después que por distintos caminos puede llegarse al mismo término.

Hízose torero decididamente en cuanto murió, en 1835, su madre, teniendo él diez y siete años de edad, puesto que nació en Béjar, provincia de Salamanca, el día 16 de Febrero de 1818, y recorrió toreando muchas plazas de Castilla, hasta el año de 1840. Si la suerte no le era siempre favorable, si en lugar de aplausos sufría revolcones, esto no entibiaba su fe; al contrario, le servía de lección para estudiar más el modo de esquivar el peligro y observar mejor las reglas del arte. Iba adquiriendo nombre por aquellos pueblos, y cuando en 1840 trabajó en Salamanca como banderillero en la cuadrilla de José de los Santos, hizo

furor entre sus paisanos. Allí no se quería entonces, ni mucho tiempo después, cuadrilla de que Julián no formase parte, y los ganaderos del país y gente principal aficionada distinguían al joven lidiador con su sincera amistad.

Pocos años después de ser conocido en Castilla, fué apadrinado eficazísimamente por D. Joaquín Mazpule y D. Antonio Palacios, empresario que fué este último algunos años de la plaza de Madrid. Este señor consiguió que Julián trabajase en esta corte, y que como banderillero se formase una buena reputación, por su destreza y agilidad clavando rehiletes, hasta que en 1845 y 46 le hicieron cesión de algunos toros para la muerte los espadas contratados por la empresa de dicho señor Palacios, y consiguió figurar como matador en las funciones reales celebradas en 1846.

El juicio que entonces formó de este novel matador un distinguidísimo aficionado es el que sigue: «CASAS (*El Salamanquino*).—Ligero y con piés, como los toros de su tierra. Se ladea del izquierdo en las salidas. Brega sin fatigas y las hace pasar muy negras á los picadores que, caídos, imploran amparo, siempre que se entromete á dárselo. Banderillea y aspira á matador y mata toros, sin que de allí pase ni aquí llegue, porque no supe Salamanca lo que no da la Naturaleza.»

En el siguiente año, 1847, le dió la alternativa como matador Manuel Díaz (*Lavi*), y desde entonces no faltaron plazas de todos los puntos de España á Casas, que procuró siempre con empeño quedar bien y adquirir amigos y simpatías. En 1852 trabajó en Sevilla, y según dice el señor Velázquez y Sánchez, el juicio que de aquél se hizo en la mejor de las capitales andaluzas fué que «su juego de muleta es corto hasta pecar de insuficiente en los bichos maliciosos y resabiados; prefiere irse á los toros á traerlos á sí, aunque se lo persuada la indole de los brutos; no ciñe á los

*volapies*, y *cuarteo* demasiado entrando al testuz; adolece de predilección hacia un *tranquillo* de recurso, como el paso de banderillas, que es peculiar á casos extremos y de justa defensa en los matadores, y revela con el capote y los rehiletes que se ha formado en el arte sin el auxilio de una pródiga enseñanza que, al desenvolver sus prendas, las purgara de imperfecciones y de inconveniencias.»

Sin que nosotros estemos en un todo conformes con dicha apreciación, convenimos desde luego en que, con referencia á aquella época, es justa y exacta. Luego el *Salamanquino* ha querido pararse más, ha estudiado, y las teorías ha querido ponerlas en práctica; si no lo ha conseguido siempre, no habra sido por falta de voluntad, sino porque veinte años de resabios no se borran en uno, y mucho más cuando los hombres no quieren escuchar á personas imparciales que nada les llevan por sus consejos, y creen á interesados amigos, que sirven según se les paga.

Julian Casas ha sido un buen mozo, fuerte y ligero, valiente y pundo-



noroso y bastante conocedor de las reses; y con estas condiciones, fácil es convencerse de que ha podido trabajar bien, y que hubiera sido notabilidad en el arte, si hubiese tenido un buen maestro que le dirigiera, y á quien él obedeciera, que esto último era ya más difícil, dado el carácter de Casas. Hay también que tener presente que se necesitaba ser un gigante para luchar con los espadas de aquellos tiempos, *Cúchares* y el *Chiclanero* y no hay que olvidar que por su organización especial, porque el suelo salamanquino lo da, ó porque su sangre es y ha sido muy ardiente, á Julián le fué imposible pararse ni tener quietud ni calma.

Casi siempre hacía alarde de su ligereza y fuerza de piernas, hasta el extremo de saltar muchas

veces la barrera desde la plaza adentro sin tocarla con piés ni manos; y esto hará comprender á cualquiera que para él eran más familiares las suertes de banderillas, por ejemplo, que la de matar *parando*. Intentaba todo, porque sus deseos de complacer fueron siempre grandes. Capeó muy regularmente, sobresaliendo en las *navarras* y en los lances *á lo chatre*; lo cual comprueba nuestra apreciación, puesto que en las *verónicas* y en las de frente por detrás era mucho más desigual. A tener más calma, más espíritu de imitación, Casas hubiera sido un gran matador de toros, pero no quería imitar, quería crear, y esto sólo les es dado á los genios. No quiso pararse, estudiando á Montes y Redondo, como lo hicieron Sanz y Jiménez (*El Cano*), y claro es, no adelantó lo que debiera. Malos amigos, de esos que se pasan la vida adulando á los toreros y que comen con ellos, le llenaron la cabeza de humo, y esto le perjudicó mucho. Graves lances tuvo en su vida pública que pudieron costarle caros.

Nos hemos extendido mucho más de lo que hubiéramos debido en la crítica de las cualidades que Julián Casas tenía como torero, y especialmente como matador de toros: de intento lo hemos hecho. No nos perdonaremos nunca el haber abrigado la idea de que Julián Casas había de ser uno de los mejores matadores de toros, contra la opinión de más entendidos aficionados. Veámos en él á un hombre jóven, guapo, robusto, valiente, ligero y con grandes deseos. ¿Qué extraño es que todas estas cualidades nos sedujeran? Guardamos entonces, sin embargo, nuestra opinión entre dos ó tres amigos, y en guardarla hicimos bien; no porque en absoluto el *Salamanquino* fuera mal torero, de ningún modo. Había ocasiones en que demostraba inteligencia y valor como pocos, y practicaba algunas suertes casi á la perfección y esta era razón de más para exigir nosotros que las practicara siempre, ó al menos con más frecuencia.

Muchas plazas de España que no son tan exigentes como la de Madrid, han querido y apreciado con razón al simpático Julián; y lo cierto es que hubo un tiempo en que pocos espadas toreaban tanto como él, ganando mucho dinero y muchos aplausos. No fueron menos ni en cantidad ni en calidad los que consiguió en la América en 1868 al 69 toreando en Lima como jefe de cuadrilla, en que tuvo de segundos á Gonzalo Mora y á Manuel Hermosilla. De las plazas de toros que hay en aquel apartado continente, es una de las más principales la que hemos indicado, y los limeños son de los aficionados más entendidos que allí existen. Pues bien, en pocas plazas como en aquella dejó Julián tan gratos recuerdos, y eso que tenía que sufrir la comparación con otros muchos diestros que habían

pisado aquella arena con general aplauso. El pundonor y la vergüenza son prendas que no abandonaron nunca al *Salamanquino*, y en aquella ocasión le ayudó además el amor propio y legítima emulación con sus camaradas. En veinte funciones que dió quedó á gran altura, como hemos dicho; trajo de allí muchos laureles, y no quiso en España marchitarlos.

Compró ganadería y aumentó sus bienes, cultivándolos y atendiendo á todo con esmerada inteligencia, y pensó no torear más, y pasar tranquilo el resto de sus días en el país en que nació. Sin embargo, un acontecimiento extraordinario le sacó de sus casillas, como vulgarmente se dice.

Debían celebrarse en Enero de 1878 funciones reales de toros en Madrid, y según costumbre en semejantes casos, fueron invitados para tomar parte en ellas cuantos matadores de fama se conocían. Julián Casas recordó con entusiasmo que en las de 1846 figuró como el más moderno de los espadas, y perteneciéndole en las de ahora el primer puesto como más antiguo, no debía renunciar á tal distinción. Concurrió, pues, y los antiguos aficionados tuvieron un singular placer en estrechar su mano.

Alcanzó la gran época del toreo, y por eso no ocupó en él un primer puesto; á pesar de sus defectos, se le recordará con envidia. Falleció en su casa de Béjar el día 14 de Agosto de 1882.

---

**Casas, Manuel de las** (*El Manquito*).—Mediano banderillero en las plazas de Andalucía, donde alguna vez trabajó en la cuadrilla de *Cúchares*. Después ha sido matador de toros por allá, no sabemos si alternando ó no, aunque nos inclinamos á lo último, porque ni hemos visto carteles en que como tal figure, ni nos han dado razón de ello personas que podían saberlo. Suponemos que esté retirado del toreo desde hace algunos años, si es que vive.

---

**Casso, Francisco Javier**.—Como espada, actuó en la plaza de Sevilla por primera vez el día 26 de Septiembre de 1841.

¿Sería Caro el banderillero? Porque aquel apellido no volvió á sonar en los ecos de la tauromaquia, y el que decimos llamábase Javier como el otro.

---

**Casola, Joaquín**.—En fines del siglo pasado trabajaba en cuadrillas de buenos espadas, como banderillero al lado de Nonilla, el *Pocho* y otros acreditados.

**Castaño.**—Claro ú obscuro, según sea más ó menos fuerte el punto de color, se llama al toro que, por igual, y sin mezcla alguna de otro, tiene piel menos encendida que el gijón ó colorado; más achocolatada si es obscuro, y no tanto si es claro.

**Castaño, Andrés** (*Cigarrón*).—Si quiere este picador de toros elevarse sobre los demás, bien puede hacerlo, pues condiciones le sobran. Hasta ahora no ha intentado nada que haya dejado de



hacer con valor y soltura; pero necesita un ejercicio constante para perfeccionarse, observar los mejores modelos y no engreirse, que la soberbia ha perdido á muchos.

**Castaño, Bartolomé.**—Fué un banderillero natural de Ronda, cuyo nombre aparece en carteles del año 1822.

**Castaños, Juan Mateo.**—Picador de toros, de quien no tenemos otras noticias que la de que falleció en 1838, á consecuencia de una cogida en la plaza del Puerto de Santa María, de donde parece era natural. Ya no debía ser joven en dicha fecha, porque se le conocía en Sevilla en 1814 bajando al lado de Francisco Ortíz.

**Castaño, José** (*Salaito*).—Matador en novilladas, al cual le convendría mucho aprender antes á correr bien los toros y á clavar banderillas. Es muy moderno, y anda despacio.

**Castejón, Valentín.**—Matador de toros sin alternativa, natural de Murcia, valiente y trabajador, á quien no hemos visto ni tenido de él más

noticias que las referidas, y la de que en dicha ciudad ha fallecido en Mayo de 1892, después de larga y penosa enfermedad.

**Castelbranco, Manuel.**—Hace pocos años, en 1890, le llevó su afición á presentarse como mozo de forcado, y cumplió bien, y está cumpliendo, por su valentía y conocimiento.

Pertenece á la nobleza portuguesa.

**Castellano, D. Manuel R.**—Uno de los más notables pintores que en el presente siglo han trasladado al lienzo cuadros ó escenas de asuntos tauromáquicos. En la voz BELLAS ARTES hemos hecho especial mención del precioso cuadro *Patio de caballerizas* que hoy figura en el Museo Nacional; y si hubiéramos de ir enumerando cuantos han salido de su privilegiado pincel, necesitaríamos gran espacio y conocimientos especiales para señalar las muchas bellezas que contienen. Nos limitaremos á decir que en todas las Exposiciones oficiales en que se ha presentado ha obtenido premios y que nació en Madrid el día 3 de Febrero de 1828. Viena y Filadelfia concedieron también al afamado pintor medallas de primera clase, y entre los muchos cuadros de su invención, se admiran algunos en Londres de escenas tauromáquicas que embajadores ingleses pagaron á buen precio. Empezó sus estudios siendo pensionado de mérito por la pintura de historia, en la Academia Española de Bellas Artes, con plaza que ganó por concurso. Distinguióle mucho su maestro D. Juan Antonio Rivera, y ayudó á pintar el techo del salón del Congreso de Diputados á D. Carlos Luis de Rivera, con el acierto que á primera vista se advierte en tan notable y artística obra.

Falleció en Madrid el 3 de Abril de 1880, y su cadáver fué acompañado al cementerio por gran número de artistas, escritores, autores y actores, entre los que era muy querido. Dos años antes empezó á enfermar y le sorprendió la muerte al regresar de Roma, á donde había ido buscando alivio á sus dolencias. A la Biblioteca Nacional han ido á parar multitud de dibujos debidos á su privilegiado lápiz.

**Castello Branco, D. Fernando** (*Pombeiro*).—Puso banderillas con valor, y ya no quiere ocuparse en esa diversión. Es hermano del Marqués de Bellas, de Portugal.

**Castello Melhor, Marqués de.**—Empezaremos los apuntes biográficos de este distinguido magnate del vecino reino, diciendo con su paisa-

no Gervasio Lovato: «Cuando en Lisboa se habla del marqués, sábese desde luego qué marqués es.» Efectivamente, no hay otro jinete que monte mejores caballos, no hay hombre más elegante ni de mejor figura en la corte de Portugal, y con todas estas sobresalientes cualidades no hay caballero en el coso que demuestre reunir en sí la temeridad con la sangre fría que en él se necesita, ni el arrojo y desprecio de la vida que en más de una ocasión ha puesto de manifiesto. Preciso es y nada extraño que á un hombre de estas condiciones le conozcan todos sus vecinos, mayormente si con todos, sin excepción, es afable, cariñoso y atento, y sus hazañas en la lidia se han divulgado al mismo tiempo que sus rasgos generosos y levantados. El marqués de Castello Melhor, quinto de este título, á que nos referimos, llámase Juan de Vasconcellos e Sousa Cámara Caminha Faro e Veiga; fué nombrado par del reino en 1874, cuyo cargo no aceptó porque sus aficiones no le llevan al laberinto político, y á él se debe la fundación de una sociedad tauromáquica permanente, que ha reportado al arte en Portugal muchos beneficios. En 1865 se presentó por primera vez á torear, y lo hizo con tal soltura, tal conocimiento de las suertes y con tal valor, que desde aquel momento quedó cimentada su reputación de hábil rejoneador. Trabajó en 1866 en la casa de D. Pedro de Portugal en Torre-bella, y en la quinta de los Varandas en las Caldas; en 1867 en la plaza del Campo de Santa Ana, y 1868 en la de Cascaes, retirándose después á sus posesiones de Capua. Pero llegó el año de 1874, la guerra civil mermaba considerablemente la Península española, y nuestros hermanos los portugueses quisieron socorrer nuestra desgracia aliviando la suerte de los heridos. Para recaudar fondos, proyectaron dar una corrida de toros á beneficio de los heridos españoles; se invitó al marqués á tomar parte en ella, y como se negara por manifestar que ya había decidido permanecer alejado de la arena, estuvo á punto de fracasar tan laudable pensamiento. «Eso no,—dijo el marqués,—si en mí consiste precisamente el aliviar la desgracia, al peligro voy con mi vida, con mis influencias y con mi riqueza.» Y se dió la corrida, que á él le proporcionó grande y merecida ovación, y á los pobres heridos españoles un alivio á su desgracia. Nunca olvidará España tan filantrópico acto. El marqués de Castello Melhor es habilísimo en todas las suertes á caballo, y luce especialmente en las de rejonear de frente y al estribo, siempre parado, esperando al cite ó arrancando paso á paso; y su nombre, como al principio dijimos, es querido y respetado por todos, y especialmente por los que han tenido el gusto de tratarle de cerca. Le creemos retirado hoy de la práctica del arte.

**Castells, Ramona.**—Valenciana, natural de San Felipe de Játiva, formó parte, como banderillera, de la cuadrilla de Francisca Coloma en el año de 1839. ¡Qué poca aprensión!

**Castigadera.**—Vara larga que con un corto pincho á la punta usan los vaqueros en los corrales y toriles de las plazas para guiar al ganado, y separar de los cabestros ó bueyes el que ha de ser enchiquerado. No se la debe confundir con la garrocha, á la que en nada se parece; alguna mayor semejanza tiene la castigadera española con la que usan los portugueses (campinos) en el campo para sus faenas.

**Castilla, D. Gabriel.**—Fué un caballero que rejoneó en el año 1632 en el Perú y en unas fiestas reales. De él hacen referencia las crónicas sin dar más pormenores.

**Castilla, D. Juan de.**—A este corregidor de Madrid se debe la costumbre de engalanar las mulas que verifican el arrastre de caballos y toros en todas las corridas. En las fiestas de Santa Ana, celebradas en 1636, hizo las pusieran «gualdrapas de tela de plata con armas reales, grandes montes de penachos y pretales con mucha cascabela.»

**Castillo José.**—Banderillero regular y nada más, que trabajó algunas veces con la cuadrilla de Antonio Sánchez (*El Tato*) por el año 1856.

**Castillo, Sebastián.**—Tomó la alternativa de picador de toros en Sevilla el 6 de Febrero de 1859 y nada sabemos acerca de su mérito, si es que lo tuvo.

**Castoreño.**—El sombrero que usa el picador de toros en las corridas. Es de castor fuerte y duro, de color gris, ala muy ancha, como de ocho ó diez centímetros, y copa baja y redonda. Va adornado en el lado izquierdo con un vistoso lazo ó moño de cintas de seda é hilillo de plata ú oro.

**Castro, Juana** (*La Bombita*).—Madrileña, guapa, blanca, rubia, valiente y arrojada, se ha atrevido á matar bcceros á los diez y siete años de edad, empezando en una novillada en el pueblo de Fuencarral, el 14 de Octubre de 1894. Otra loca, dejada de la mano de Dios.

**Castro, Balbino** (*El Barberillo*).—Puso banderillas en algunas corridas de Valladolid y Santander, y hasta llegó á figurar como sobresaliente de espada en la Habana, no hace muchos años. No tenemos referencias ni de su mérito ni de su paradero.

**Castro, Manuel** (*Mane*).—Alternó como picador en Sevilla el 28 de Septiembre de 1881 y á pesar de los años transcurridos desde entonces, su fama se ha eclipsado.

**Castro, Manuel**.—Picador de novillos, durante el segundo tercio del presente siglo. Era buen jinete y rejoneó algún toro en Madrid en 1843, según carteles de la época.

**Castro, José**.—Banderillero, que figuró entre los primeros en las corridas reales celebradas en Madrid el año 1789, cuando subió al trono el rey D. Carlos IV.

**Castro, José de**.—En la plaza del Espinho y en otras de Portugal ha clavado farpas con bastante aceptación desde el caballo, este excelente jinete y entendido lidiador, que no sabemos qué grado de parentesco tiene con

**Castro, D. Gaspar**.—Otro de los buenos farpeadores y toreros que, á caballo también, ha hecho las delicias de los aficionados á la tauromaquia lusitana.

**Cavia, D. Mariano**.—¿Hay algún aficionado verdadero á las corridas de toros para quien sea desconocida la firma de *Sobaquillo*? ¿Hay alguien que ignore el entusiasmo, el cariño, el fraternal amor de este distinguido literato á los califas de Córdoba? ¿Hay persona medianamente instruida que no haya tenido en sus manos su brillantísima defensa de las corridas de toros, con la cual dejó *mudos* por mucho tiempo á los detractores de nuestra incomparable fiesta?

D. Mariano Cavia, sin haber tenido en sus primeros tiempos afición á las lides taurinas, porque estudios más profundos absorbiéronle siempre la atención, formó empeño, en circunstancias especiales que en cierto modo le obligaron, en redactar las revistas de toros para un periódico de gran importancia y circulación en España, y como al talento nada le hay vedado, llamó con ellas la

atención del público de tal manera, que se buscan con interés y se admiran con encanto. Maneja la sátira como pocos; su estilo es culto, vigoroso y valiente; piensa *hondo*, y su erudición es de las más vastas que hemos conocido. Supera al céle-



bre Larra en sus intencionadas críticas. Es aragonés, y ya en 1880 dirigía en Zaragoza el *Diario Democrático*.

**Cayuela, Francisco** (*El Rolo*).—Novillero, matador de toros, que dicen es bravo y entendido, y guapo, y... y... no le hemos visto más que una vez, que no es bastante para juzgar á un hombre. Nació en Triana (Sevilla) en 19 de Marzo de 1870, del matrimonio de Diego y de Dolores Ruiz. Fué soldado en el regimiento de la Princesa antes de dedicarse al toreo.

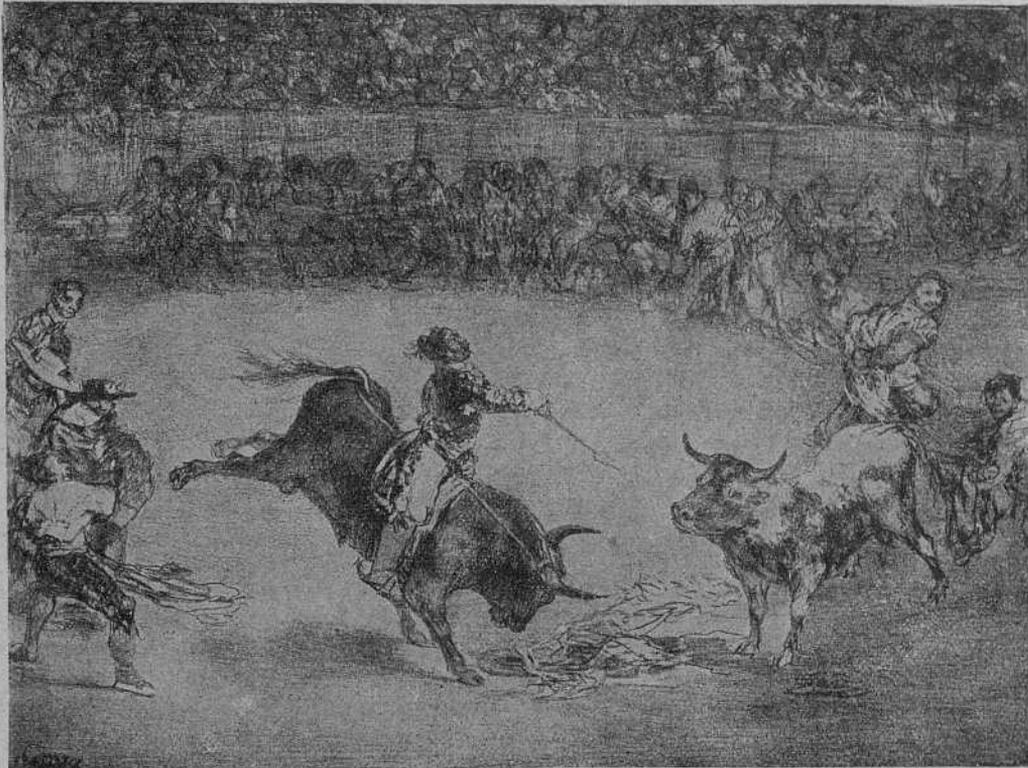
**Cazalla, Juan**.—Fué un enano tan pequeño, que cuando montaba lo hacia clavando los estribos á la silla del caballo, pero teniendo una gran fuerza y mucho corazón; rivalizó con los más famosos rejoneadores, derrotándolos casi siempre. Se presentó en Sevilla por primera vez en 1616 y mató un toro de una lanzada, metiéndola un palmo además del hierro. Más tarde se presentó en Madrid, lidiando en unión de los caballeros de la corte en muchas fiestas de toros. Protegíale el Duque de Medina-Sidonia.

**Cazalla José** (*El Catto*).—Ni aun con la protección del espada Antonio Carmona (*El Gordito*) ha conseguido este picador adquirir un gran nombre en el arte. Parece que en Cádiz, pueblo que le vió nacer, recibió una herida, de la cual murió, ocasionada por un toro de la ganadería de Castillón en 30 de Mayo de 1869.

**Cazusa, D. José**.—Noble antiguo del vecino reino de Portugal, fallecido en 1872. Fué un buen rejoneador á caballo, pero mejor banderillero y peón de lidia, en la que se distinguía con el capo-

repetido en el presente siglo por diferentes picadores. Parece imposible que, á no ser pinchando, atravesado y corriendo, en cualquier parte del cuerpo de la fiera, pueda acercarse un hombre á caballo hasta emparejarse con ella; y sin embargo, según el inmortal Goya, la espada quedaba clavada en lo alto, el caballo no caía y el hombre salía salvo. Pedro Romero (*El Habanero*), picador de fama á mediados de este siglo, ejecutó alguna vez esa llamada suerte con varia fortuna; pero escogiendo siempre caballo á su gusto.

En la que era también muy diestro el tal Cebalera en la de rejonear los toros montado sobre otro,



MARIANO CEBALLOS REJONEANDO UN TORO — GOYA.

te y la muleta, que jugaba con gran destreza. Empezó en 1848 y continuó siempre toreando por pura afición.

**Cea**.—Uno de los caballeros más famosos en alancear y rejonear toros, cuyo nombre ni época no hemos podido averiguar. Hablan de él muchos escritores, y ninguno fija fecha ni da detalles.

**Ceballos, Mariano**.—Famoso indio que en los tiempos de *Costillares* se daba gran maña para estoquear los toros desde el caballo, acto que no nos atrevemos á llamar suerte, aunque sí se ha

á estilo de América, y teniéndose en equilibrio con gran firmeza.

**Ceballos, Juan**.—Este picador de los tiempos modernos ha trabajado con aceptación en varias plazas y con distintas cuadrillas andaluzas. En Sevilla, en cuya plaza trabajó por primera vez el 30 de Mayo de 1842, era muy apreciado, y en Madrid también tuvo buen éxito.

**Ceballos, Manuel**.—Era un picador que cumplía bien por los años de 1845 al 50. En Madrid trabajó regularmente, y no sabemos qué fué de él desde entonces.

**Ceballos, José.**—Hace cuarenta años era un picador bastante regular, atrevido, y en algunas ocasiones alegre y duro. Montaba bien, y su mano izquierda la envidiaban muchos.

**Ceballos, Francisco.**—Excelente picador, voluntario para el trabajo y buscando las suertes en regla, que trabajó antes de 1860, formando parte de las principales cuadrillas. Ignoramos si entre éste y los anteriores existía algún parentesco.

**Centeno y Laboise, José.**—Nació en Sevilla el día 8 de Mayo de 1861. Hasta la edad de diecinueve años ejerció el oficio de curtidor de pieles, y á ese tiempo marchó á Portugal, donde se aplicó á otro oficio: al de taponero. Allí se atrevió á salir á la plaza de Zahara, en Agosto de 1881, á correr en una capea, y esto le alentó á matar en Fregenal de la Sierra (Badajoz), al año siguiente, un toro con el que no se atrevió el espada contratado. Hizose desde entonces torero, corrió por los pueblos unos cuantos años y en 1886 pasó á Mon-



**Celoso.**—Algunos llaman así á los toros revoltosos y codiciosos; pero muchos los equivocan con los pegajosos, que tienen cualidades muy distintas. Aquellos, es decir, los que califican como los primeros, van más acertados, que bien puede seguir un toro con codicia al bulto y no ser pegajoso, sino que en seguida que dé el hachazo huya, rebrinque ó no haga por él.

**Centella.**—Toro de la ganadería de D. José María Torres, de Arahal (Sevilla), divisa blanca y grana, que en la plaza de Cádiz el año 1851 tomó cincuenta y tres puyazos sin volver la cara, mató nueve caballos é hirió otros cuatro, y á petición del público fué indultado de la muerte y vuelto á la dehesa.

tevideo, nada menos, y de regreso al año siguiente, tomó en Madrid la alternativa el 22 de Mayo, toreando con *Lagartijo* y *Frascuelo*. Es buen mozo y valiente; pero adviértese en su modo de torear falta de arte y cierta frialdad, como si fuese el resultado de una práctica ejercida sin nociones preliminares.

**Centro.**—El centro de los terrenos, que es el de todas las suertes, es el sitio en que se encuentran el toro y el lidiador, y habiendo humillado aquél y salídose éste evitando el hachazo, marcha cada uno por su terreno saliendo del centro del mismo, que el buen torero ha medido con la vista anticipadamente.

**Ceñirse.**—Los toros que se ceñen son aquellos que, sin meterse totalmente en el terreno del diestro, se le acercan todo cuanto permite el engaño, si está tendido, y si no lo está, cuanto lo permita la ligereza del torero; como que, según *Pepe Illo*, son «aquellos que embisten con gran deseo de ceñirse en el objeto». El diestro se ceñe también cuando en los pases de muleta ó en cualquier otra suerte torea muy en corto, es decir, muy cerca de la cabeza de la res, lo cual no debe hacerse con todas, sino con las sencillas ó claras, y eso teniendo en cuenta el estado de ligereza ó de aplomo en que se hallen.

**Cepeda, Licenciado Francisco de.**—Aunque este escritor no se ocupó detenidamente de las fiestas de toros, es el primero que hizo constar en su *Resumta historia de España* que en el año 1100 se corrieron toros en fiestas públicas, añadiendo ser este espectáculo sólo de España. Ya lo dejamos dicho: muchos años antes se corrieron toros en plaza cerrada; pero tiene razón al decir que sólo nuestra patria tuvo, tiene y tendrá tan soberbio espectáculo.

**Cercén.**—A cercén, y de una sola cuchillada—dice D. Nicolás Fernández Moratín en su célebre carta escrita al príncipe Pignatelli en 1777—que hubo quien cortó el pescuezo á un toro, y cita los nombres de D. Manrique de Lara y D. Juan Chacón. Nosotros hemos leído en un libro italiano que el célebre Diego García de Paredes hizo otro tanto con un toro en Nápoles, usando la espada llamada mandoble, con la cual antes había sostenido su empuje pinchándole en el testuz. También el gran literato Fr. Tirso de Molina dice en una de sus comedias que cierto hidalgo, protagonista en ella, mató á un toro cortándole la cabeza cercén á cercén. Tantas citas nos hacen aproximarnos á la idea de quererlo creer, pero parece tan... fuerte la cosa, que sólo reflexionando lo forzados y grandes que debieron ser nuestros antepasados, puede llegarse á comprender.

**Cereceda, D. Guillermo.**—Distinguido músico, autor de la tan conocida y popular zarzuela *Pepe Illo*, en que dió muestra de su inteligencia, así como en otras varias. Nació en Toledo el 10 de Febrero de 1844.

**Cerezo, Manuel.**—Uno de los mejores toreros de á caballo que hubo á mediados del siglo anterior, si hemos de creer la tradicional fama que hasta nosotros ha llegado.

**Cernerse.**—Cuando el toro sacude y menea la cabeza varias veces y con presteza de un lado á otro, ya sea teniendo cerca engaño ó bulto, ó ya viéndole á alguna distancia. Suele suceder esto generalmente con los toros abantos, y para ellos es preciso que en varas, banderillas y con la muleta, sobre todo, se procure *ahormarle* la cabeza.

**Ceronis, Francisco.**—Este picador de toros, fué muerto alevosamente en Sevilla en el año de 1877. No le conocimos.

**Cerrar.**—El aproximar al toro á las tablas con inclinación de su cabeza adentro, ó sea la barrera, es lo que se llama cerrar un toro; y estando así, no puede con él ejecutarse suerte alguna, siendo preciso abrirle con las capas, ó sea cambiarle de postura en sentido contrario al que ocupaba.

**Cervantes Saavedra, Miguel de.**—No queremos pasar en silencio que el príncipe de los ingenios españoles en ninguna de sus obras critica las corridas de toros, antes bien, en su inmortal *Quijote*, parte segunda, capítulo XVII, dice: «Bien pa-



rece un gallardo caballero á los ojos de su rey y en la mitad de una gran plaza, dar una lanzada

con felice suceso á un bravo toro». Lo cual, procediendo de un talento superior, hace que supongamos laudatorio párrafo tan notable.

Aparte de eso, y como razón más principal para incluirle en nuestro libro, debemos decir que según la autorizadísima opinión de los sabios filólogos, Pellicer, Navarrete, Hartzenbusch, Alberto de la Barrera, Sancho Rayón y Zarco del Valle; el gran Cervantes describió en una *Relación* de 48 hojas, tamaño 4.º, las fiestas celebradas en Valladolid en el año de 1605 con motivo del nacimiento del príncipe, luego rey Felipe IV, ocupándose en los folios 30 al 35 de las corridas de toros. ¡Hasta el príncipe de los ingenios ha escrito acerca de fiesta tan soberbia!

**Cervato.**—Toro de la ganadería de D. Manuel Bañuelos y Rodríguez, vecino de Colmenar Viejo, que el 18 de Abril de 1868 se escapó de entre los bueyes cuando se le traía á Madrid para encerrarle, mató á un estudiante, hirió á otras dos personas, deshizo una mula y causó mil fechorías. Así lo dice un autor moderno.

**Cervera, Enrique** (*Valencia chico*).—Nuevo matador de toros, que parece ven con gusto en Andalucía, en las novilladas de aquellas plazas, los habitantes de la tierra de María Santísima. Cuando le veamos podremos juzgarle.

**Cervera, Juan Antonio.**—Matador de toros en novilladas, valiente, de grandes facultades y estatura, la cual le impide la indispensable ligereza.



Trabaja con fé y con deseos de complacer; es algo inteligente, aunque le queda mucho que aprender

del arte, y es posible que ya no adquiriera los necesarios conocimientos, porque ha dejado pasar bastante tiempo sin lograrlos. Parece que nació en Montoro, provincia de Córdoba. Para funciones de segundo orden es de los que mejor cumplen.

**Cerviz.**—El cuello del toro en su parte superior, que generalmente se llama cerviguillo, y en lenguaje taurómico el morrillo. En la cerviz es donde el buen picador debe clavar la garrocha, empujando con inclinación á su izquierda para echarse al toro por delante; y en la cerviz, lo más cerca posible de la cruz, se ponen los buenos pares de banderillas.

**Cezar Calza Mascaranhas, Julio.**—Ya no trabaja este banderillero portugués, que tuvo voluntad muy grande en sus principios, hacia el año 1863, y no desprovista de fundamento, pues no se daba mala maña para torear.

**Cezar Neumayer, Augusto.**—Mozo de forcado portugués, bravo, valiente y entendido. Así empezó y así sigue, por afición, desde 1886.

**Cezar Neumayer, Luis.**—No va en zaga al anterior en ninguna de sus cualidades, este portugués mozo de forcado, que trabaja siempre con aplauso.

**Ciclán.**—Toro que no tiene más que uno de los dos signos característicos esenciales al sexo masculino. Es de lidia si su defecto es sólo ese.

**Cid Rodrigo Díaz de Vivar** (llamado el *Cid Campeador* por sus hazañas).—Según todos los historiadores fué el primero que alanceó toros en España, haciendo constar alguno que lo hizo en carcería y no como fiesta pública, lo cual dudamos y aun negamos resueltamente, contra la opinión de los que dicen que en el año de 1100 se celebró la primera corrida de toros, porque muchos años antes se celebraban, y el mismo Cid fué ensalzado por D. Leandro Fernández de Moratín en su magnífica composición poética titulada *Fiesta antigua de toros en Madrid*. Además, todos saben que el Cid fué armado caballero por D. Fernando II de Castilla, y que éste murió el año 1065. De consiguiente, antes de aquella época había ya corridas de toros. El Cid murió el año de 1098.

**Cid Rey, Manuel.**—Picador de corta duración en el toreo que trabajó por primera vez en Sevilla el 22 Agosto de 1836.

**Cifka Fernando, Augusto.**—Es un buen pegador portugués, si le consideramos como aficionado. Desde 1869 en que se presentó en las plazas ante el público, ha demostrado siempre gran valentía.

**Cineo, José (Cirineo).**—Ha sido un banderillero andaluz que ha tenido buen nombre y reputación de entendido. En Madrid le dió á conocer el *Gordito*, con desgracia para ambos, porque fué la causa ostensible de la ruptura del pueblo afecto al *Tato* con aquel matador, de lo cual hablamos al ocuparnos de dichos espadas. Cineo, á quien por apodo llaman *Cirineo*, tomó la alternativa como estoqueador en el año 1868, sin haberse distinguido en España ni en América, donde ha trabajado. Alternó en Madrid en 1874 y nació en Sevilla en 1843, toreando allí como matador por primera vez el 11 de Agosto de 1867.

**Cintero.**—El lazo con que se sujeta á los toros al enlazarlos, tanto á pie como á caballo. En algunos puntos de España lo llaman *guindaleta*, y en México *peal*, que es de poco más de una pulgada de ancho, y su grueso el de la piel de un toro que es de la que se sacan, quitándole los extremos menos fuertes, y cortándola después toda en círculo hasta llegar al centro del lomo: de consiguiente, es de una pieza que por lo común tiene sobre 40 varas de largo, sumamente flexible y de increíble resistencia y duración. En Lima y Buenos Aires es de dichas pieles, pero trenzadas como un cordón de 3 cabos, y así como el *peal*, lleva una argolla en la punta que corresponde para que por ella corra el lazo. Estiman los americanos para los cinteros, ó lazos referidos las pieles castañas ú oscuras, por ser menos porosas que las claras, y que los toros de que se extraigan hayan sido muertos en el menguante de luna.

**Circo.**—(Véase PLAZA). Realmente, y dado el modo de torear de muchos diestros en la actualidad, la voz CIRCO, con que se conocen los en que se dan funciones acrobáticas para poner de manifiesto la fuerza y la agilidad, es la mejor apropiada al objeto que están destinadas hoy, por desgracia para el arte, nuestras hermosas plazas de toros, en que brillan sólo los buenos toreros.

**Cironi, Francisco.**—En sus últimos años ha figurado en la cuadrilla de Antonio Carmona (*El Gordito*) este picador de toros, cuya habilidad no hemos presenciado. Fué también picador con el espada Lara (*Chicorro*), y murió asesinado en Sevilla en Mayo de 1877.

**Cisneros, Juan.**—Ha sido un puntillero de los más notables que se han presentado en las plazas de Madrid y de provincias. Por los años de 1854 y siguientes trabajó con precisión y seguridad.

**Citar.**—Propiamente no se aplica bien esta palabra más que cuando el espada, después de trastear al toro con la muleta, lia ésta y *cita* para recibir; porque aunque se llaman citas ó cites los que hace el picador ó el banderillero para ejecutar algunas veces sus respectivas suertes, más bien se denominan llamadas. La cita para recibir debe hacerse acercando de pronto la muleta (*liada*) al hocico del toro, para luego bajarla con inclinación á la parte de afuera del muslo derecho del espada. Puede acompañar á la cita el avance del pie izquierdo, medio paso, y aun la voz del matador; pero esto no es indispensable para realizar la suerte, que á veces no sale bien consumada por ese movimiento, que estorba en ocasiones volver á juntar los pies como es debido para la perfecta ejecución.

**Claro, Francisco.**—Banderillero que á fines del último siglo figuraba en la cuadrilla de *Costillares*. Era notable pareando, según dice el revistero de aquella época, Sr. Salanova.

**Claro.**—El toro que, aunque sea voluntario, demuestra nobleza en la acometida, sin denotar intención de codicia, por lo cual sale de las suertes sencillamente y sin repararse ni recargar en ellas.

**Claros, Juan José.**—Era un banderillero de cierto nombre á fines del pasado siglo. Perteneció á la cuadrilla del célebre José Delgado (*Illo*).

**Clemades, Antonio (Tiriti).**—Banderillero principiante que no demuestra muchos bríos. Debe haber más calor cuando se empieza, arrimarse á quien más sepa y *conocerse*.

**Cobano, Tomás.**—Hace más de cuarenta años era un regular banderillero que mataba toros en pla-

zas de segundo orden. Había en él atolondramiento más que valor y arte.

**Cobano, Rodrigo.**—Tampoco dejó gran nombre en el toreo este lidiador, que picó con Diego Luna y otros de fama por los años de 1824 en adelante.

**Codes, Francisco** (*El Melones*).—Este *Melones* no es Paco Gutiérrez, á quien primeramente apodaron así. Aunque de distinta tierra y origen, allá se van uno y otro; pero sabía mucho más el antiguo que el moderno Codes.

**Codicioso.**—El toro voluntario que busca el bulto con afán y remata en él, aunque no recargue. Es condición muy común en los boyantes y nobles, siendo bravos.

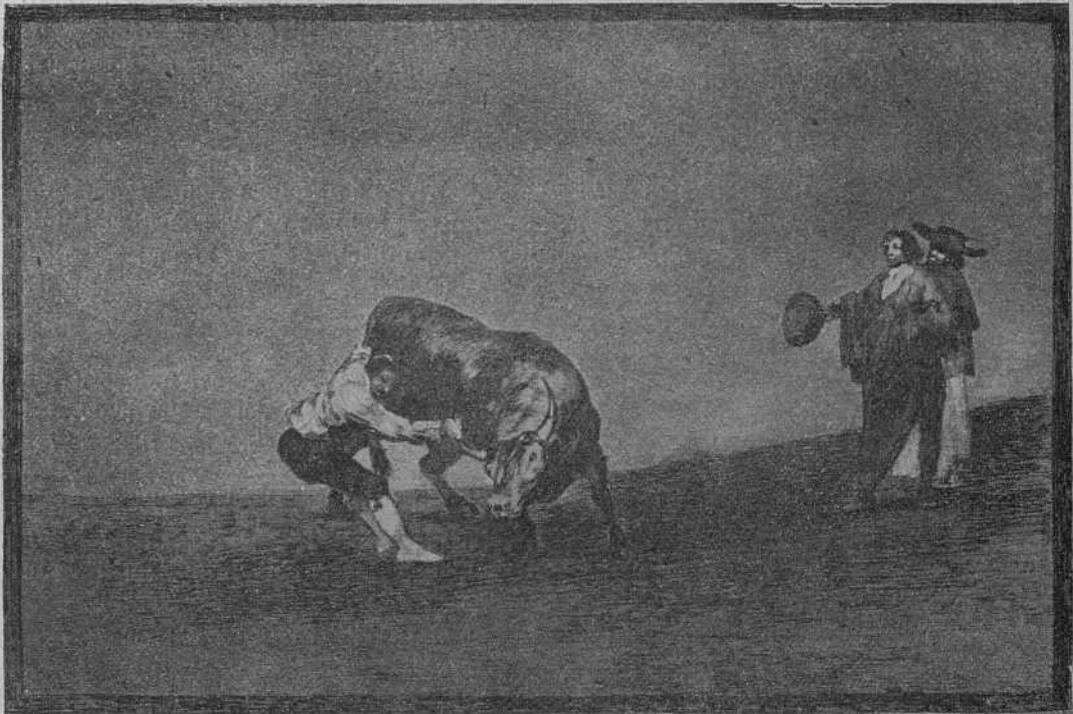
**Codillo.**—En el toro, lo mismo que en todos los cuadrúpedos, se entiende por codillo la parte del brazo, desde lo alto del nacimiento hasta la coyuntura ó rodilla. Nunca debe herirse de ninguna manera á la res en tal sitio.

**Cola.**—La extremidad que en la parte posterior tienen los toros como continuación de su médula

espinal, y que al concluir forma, por la mayor abundancia de pelo y su mayor extensión, una especie de escobilla ó plumero que casi llega al suelo. La gente del campo llama rabo á la cola del toro, y hace se entiendan por rabicano, rabilargo, rabón, etc., á los toros de estas condiciones. Llámemosla, pues, rabo.

**Colada.**—De este modo se llama la acción de entrar el toro en el terreno del diestro, ganándole ó pisándole su jurisdicción y persiguiendo el bulto. El torero no tiene más remedio para librarse de una cogida que cambiar rápidamente los terrenos, sea quebrando, dando salida cambiada con la muleta ó capote, ó si no le da tiempo para otra cosa, evitar el hachazo arrojándose al suelo muy en corto para que la res pase por encima. Los toros de sentido son los más terribles en este lance, y también los que á fuerza de capotazos y malos pases de muleta aprenden lo que no sabían.

**Colear.**—El acto de agarrarse el torero á la cola de la res, lo cual debe verificar inclinando y uniendo lo más posible su cuerpo á uno de los costados ó ancas del animal, y haciendo fuerza con las manos hacia abajo, á no ser que con una tome la cola y con otra un asta. No debe ejecutarse más que en grave peligro de un compañero, sólo por el tiempo necesario para librarle, porque el toro



COLEANDO AL TORO. — GOYA

sufre mucho con el destronque y pierde facultades para la lidia.

Los mejicanos también ejecutan la suerte de colear con bueyes huidos ó salvajes, á quienes persiguen hasta casi emparejarse con ellos, y entonces, echando mano á la cola del novillo, lo más cerca posible del nacimiento de la misma, agárranla y tiran fuertemente sin parar la carrera, derribándole con bastante facilidad, si el anca va levantada, que si no, suelen rodearse la cola al muslo para mejor asegurarla, cambiando de dirección y atravesándose rápidamente. Para ejecutar esta suerte necesitase buen brazo, buen caballo y ser jinete consumado.—(Véase MANGAÑO.)

**Coleccionistas.**—La afición al espectáculo nacional por una parte y por otra el afán de instruirse y estudiar detenidamente cuanto con él se relaciona han hecho que diferentes personas de reconocida ilustración y buen gusto coleccionen, á costa de perseverancia y no pocos sacrificios, documentos antiguos y modernos, láminas, libros, carteles, periódicos y hojas sueltas; pieles y cabezas de toros; ropas y prendas de toreros, divisas y útiles de torear, que representan recuerdos de hechos notables, ó de diestros que ya fueron. Entre los mejores coleccionistas que se conocen actualmente figuran los notables aficionados Sres. Armengol, de Barcelona, y Moliner de la misma ciudad; D. Luis Carmona, D. Pedro Núñez, D. Juan de Uhagón, D. Leopoldo Vázquez, D. Ernesto Jimenez, D. Enrique Ralero, D. José Bayard y D. Alejandro Latorre, de Madrid; don Iñigo Ruiz, de Jerez de la Frontera; D. Manuel Martínez Reyna, de Sevilla, que posee tal vez el mejor y más completo museo de esta clase, don José Jiménez, D. Manuel Ruiz Jiménez y D. José Barrado, también de Sevilla; D. José Aparici, de Valencia, y otros.

Con tantos documentos preciosos como conservan dichos señores podría formarse, una vez reunidos, la base para escribir una minuciosa y acertada historia de las vicisitudes porque ha pasado nuestra fiesta nacional, y con las demás prendas y artículos componer un rico y especial museo taurómico, que seguramente llamaría la atención de los curiosos. ¿Por qué, al menos, no se celebra una Exposición nacional del arte taurino bien organizada, ya que se verifican de otros objetos y asuntos de poquísima importancia?

**Coleta.**—La trenza de pelo que el torero se deja crecer próxima á lo que llaman en lo alto de la cabeza por la parte de atrás la coronilla, y donde coloca un lazo ó moña de seda negra cuando vis-

te el traje de su profesión. Dicese en sentido figurado que *se corta la coleta* el que abandona la afición al toreo, porque el lidiador que definitivamente se retira del oficio, hace desaparecer de su cabeza aquel signo, que tanta prisa se dan á lucir los principiantes. El lazo ó moña que la sujeta no se usaba en lo antiguo: sustituyó á las cofias que hasta primeros del siglo presente servían de adorno á la cabeza.

**Coletero.**—En algunas provincias llaman así al toro albardado en pinta muy clara, pero no blanca; queriendo otros que la mancha les cubra el pecho. No es voz muy admitida, y quieren decir con ella que lleva la res marcado en su piel un colete.

**Coletó.**—Los antiguos toreros, los que primeramente ejercitaron el toreo de á pié en el siglo pasado, vestían una especie de peto y espaldar, ó coraza de piel de ante, que les cubría el pecho y espalda, dejando libres los brazos. De la cintura abajo, por donde ceñían este coletó con ancha correa de cuero, descendían unas cortas aldetas.—(Véase INDUMENTARIA.)

**Colmillo, A.**—Se estrenó en Madrid como picador en el año de 1792, y no debió ser malo su trabajo cuando figuró en carteles de años posteriores. Entre los que hemos visto no se dice el nombre; usan sólo la inicial antedicha.

**Colocación.**—El modo de colocarse el diestro al ejecutar las diferentes suertes del toreo, es una de las cosas más importantes para que salgan bien consumadas, y también para evitar un percance. No todos se fijan en ello, ni lo estudian, y el resultado es que nunca adelantan en su arte y tienen frecuentes cogidas. A fin de evitarlas, y siguiendo las reglas marcadas por *Pepe Ilo*, Montes y otros autores y aficionados inteligentes, fijaremos las que deben seguir los diestros, tanto á pié como á caballo, empezando por éstos. El picador debe colocarse á la distancia de diez á veinte pasos de la puerta del toril, á la izquierda de éste, y separado de la barrera dos ó tres pasos, para esperar la salida del toro. El segundo picador en la misma disposición, á unos veinte pasos de distancia del primero, y lo mismo el tercero, si lo hubiese. Cuando después de la primera carrera el toro se repara ó se fija y necesita el picador salir de los tableros, lo debe verificar rectamente á la cabeza del toro y á paso lento, hasta colocarse á

una distancia de dos varas lo más cerca, retirándose si ve que el toro escarba y se humilla, porque entonces, si arranca, lo tomará por delante, sin permitirle clavar la garrocha ni sacar el caballo. Si un toro viniese suelto, lamiendo las tablas, y el picador no pudiese rehuir la suerte, esperará con el caballo terciado, procurando dejar al toro cuanta salida le sea posible, y dará el pu-yazo, no precisamente para detener la res, sino para echársela por delante y darle su salida natural.—Los lidiadores de á pie, durante la suerte

pre atentos á todos los lances de la lidia y acudir á ellos oportunamente, han de colocarse donde no estorben la buena ejecución de las suertes, llamando la atención de la res.

Un capote puede prestar gran favor á un banderillero situándose bien, y al efecto debe colocarse á gran distancia del punto en que va á ejecutarse la suerte, observar ésta y procurar hallarse en la rectitud del viaje que traiga el banderillero, según su salida, para que si, revolviéndose el toro le persigue, pueda él salir extendiendo el



PREPARACIÓN. EN SEGUNDAS VARAS. — GOYA

de varas, deben tener una colocación, que por desgracia hace mucho tiempo no se observa, dando lugar á que se convierta la plaza en un herradero. Lejos de ocupar cada uno su puesto, acostumbran á formarse en ala cuatro ó seis de ellos, en línea con el caballo, y de este modo hacen que el toro, desparramando la vista, se haga receloso y no embista muchas veces, y en otras sea incierto. Así, pues, el picador no necesita más que un capote, que á distancia de tres varas se coloque al lado y al nivel del estribo izquierdo del caballo, para que si el toro es echado por delante con la garrocha, se le lleve con largas el diestro de á pie, ó le corra por derecho, para que pueda ir á tomar otra vara de otro picador. Además, á la misma distancia de tres varas por lo menos, debe haber detrás del caballo otro ú otros dos capotes, que en caso de haber caído el picador, puedan acudir prontamente en su auxilio; pero los demás toreros de á pie, si bien deben estar siem-

capote y evitar le alcance; y si, por el contrario al meter los brazos tiene una cogida, podrá el capote acudir con presteza, puesto que sabido es que el camino más corto es la recta. Cuando se pongan banderillas al sesgo, estando el toro aculado á las tablas, conviene que un capote se encuentre, ya dentro ó ya fuera de éstas, llamándole la atención, y otro en los tercios observando la salida. El banderillero debe colocarse, siempre que sea posible, en los medios ó en los tercios de la plaza, dejando al toro el terreno de adentro, ó sea el más inmediato á los tableros, y estando allí, procurar que el toro le vea, alegrarle y salir á encontrarse en el centro de la suerte, en la cual se cambian los terrenos, viniendo el diestro á las tablas. Cuando ponga las banderillas á media vuelta debe estar colocado á muy corta distancia para llamar al toro por derecha ó izquierda; y cuando las coloque al sesgo ó quebrando, la distancia ha de ser proporcionada al sitio en que el toro se halle,

á los pies que tenga y á las facultades del torero.

El matador, para pasar los toros de muleta, debe colocarse de los modos siguientes: para los pases regulares ó naturales se coloca delante de la cuna del toro, enfrente del centro de la misma, á la distancia de unas dos varas, cuadrada la muleta y perfilada enteramente con la cadera izquierda, á la que estará tocando el codo del brazo izquierdo, continuando la misma colocación en cuantos pases diere de esta clase, si bien se comprende que habrá ocasiones en que por ceñirse el toro demasiado tenga el diestro que colocarse á más distancia, ó al menos inclinarse más á la derecha suya, oblicuando un poco la muleta, que en vez de estar horizontal, estará entonces formando un ángulo abierto, cuyo vértice será la mano izquierda del matador. Para los pases de pecho cuidará de colocarse más en corto y más en el centro de la suerte, porque así irá el toro con más codicia al bulto, y el pase, favorecido con un paso ó dos atrás que dé el diestro, resultará más perfecto. Para los cambios, que muchos confunden con los pases de pecho, porque la salida de la suerte la hace lo mismo el toro, debe colocarse el diestro á más distancia, que será lo menos como para el pase natural; y si ve que la res, por ser de las que se ciñen mucho y conservan piernas, en vez de acudir rectamente al engaño se dirige al bulto, fijo en su puesto, guiará la muleta hacia la derecha, y cuando el toro dé el derrote, pasa el diestro con un paso ó dos al terreno que aquél ocupó. Para los pases cambiados, debe darlos muy en corto, porque son más seguros. El espada, para herir, debe situarse siempre perfectamente enfilado con el testuz del toro á la menor y más corta distancia posible, que nunca debe exceder de dos varas (salvo en la estocada á la carrera), procurando, cuando no reciba, arrancar muy por derecho y cuartear tan poco, que el público se entere de ello raras veces. Para descabellar, claro es que tiene que acercarse, y mucho, y debe colocarse de frente, bajando al suelo la muleta para que el toro humille y se descubra, haciendo más fácil la suerte. Si el toro es de sentido, conviene que á la izquierda del espada, si tiene la muleta en dicha mano, ó á la derecha en otro caso, se coloque un torero inteligente á tres pasos más atrás que aquél, y cuando en los pases salga la res de ellos, la recoja el peón, sin darla lugar á volverse sobre el espada, al que también podrá colocar el toro, por medio de una vuelta en redondo, dada muy en corto y por orden, ó al menos con beneplácito del matador.

Esa debe ser en los referidos casos *la colocación de los diestros* al ejecutar las suertes. En el lugar correspondiente á cada una de ellas diremos acerca de las mismas nuestra opinión.

**Coloma, Francisca.**—Era hace más de cincuenta años una torera que lo mismo trabajaba á pie que montada, aunque de este modo se la vió más en Madrid. Era alicantina, mocetona, brava y de mucho valor; puso banderillas en una corrida y y en otra picó de vara larga, sobre un jaco, espalda con espalda, con otro mozo tan desdichado como ella llamado *Mangasverdes*.

**Colomina, José.**—Torero de segundo orden á primeros de este siglo. En 1818 dió en la plaza de Madrid y desde una mesa el salto que ha dado en llamarse de *Martincho*, con grillos en los pies y sobre un toro embolado.

**Colorado.**—El toro cuya pinta ó color de pelo es parecido al castaño de los caballos, y según es más ó menos encendido, se dice colorado claro ú oscuro. También llaman jijones á los toros de esta pinta encendida, al menos en Madrid, sin duda porque los famosos de D. José Jijón eran todos de ese color.

**Colubí, Mariano.**—Espada y banderillero andaluz, que dicen tenía buenos deseos, y nada más. El desgraciado fué asesinado en la calle de los Alcázares, de Sevilla, á las once de la mañana del domingo 3 de Junio de 1877.

**Collera.**—La pareja de derribadores que componen dos hombres á caballo con garrochas, encargados en las tientas de acosar al ganado y derribarle, separando á la res de la piara para que los conocedores la tienten, ó para ellos derribarla, en campo abierto. A esto último hay grande afición en Andalucía y en Madrid, donde hacen gala de grandes jinetes muchos y buenos aficionados.

**Comas, Mariano.**—Es un puntillero nuevo, pero bueno. Su práctica en los mataderos le ha hecho aprender y lucir bastante en la plaza de Madrid y otras.

**Combarro, Marcos.**—Estoqueador de toros que en el año de 1737 trabajó en Madrid con el célebre Lorenzo Manuel y otros cinco toreros más en una fiesta que se concedió á la archicofradía de San Isidro. Recibieron para los siete, y por matar todos los toros que se corrieron por mañana y tarde, la cantidad de tres mil reales vellón. ¿Cómo repartirían? De seguro ganó el que más un par de

onzas por matar media docena de toros. ¡También ahora!

**Comeche, Manuel** (*El Espartero*).—Este *espartero* es de otro taller distinto al que dió fama el desgraciado Manuel García. Mata toros en novilladas, ha trabajado en América y dicen que es valenciano.

**Comisario**.—Toro de la ganadería de Ripamilán, colorado, buen mozo, ojo de perdiz y bien armado, lidiado en la plaza de Barcelona en la tarde del 14 de Abril de 1895 por las cuadrillas de *Gallo* y *Fuentes* y la de los franceses *Félix Robert* y *Compañía*. Después de darle estos *ecarteurs* quiebros y saltos á discreción tomó carrera y de un brinco traspuso barrera y contrabarrera, yendo á parar á la quinta fila del tendido y causando los atropellos consiguientes y algunas desgracias. Fué muerto de un balazo por un cabo de la Guardia civil, por cierto que la bala después de atravesar al bicho fué derecha al pecho de un dependiente de la plaza llamado *Juan Recasens*, que estuvo muchos días en peligro de muerte.

**Conde, Melchor**.—Con decir que este banderillero de gran fama es uno de los que mejor nombre han legado á la posteridad está hecho su elogio. Fué de los que se llaman *de punta*, en tiempo de los *Romeros*; presenció la muerte de *José Cándido* en el Puerto de Santa María el 23 de Junio del año 1771, y el que por no encontrar médico en dicha ciudad, despachó un bote á Cádiz, que volvió, aunque tarde, con algunos facultativos y recursos.

**Conde, Juan**.—Matador en fines del siglo pasado y posteriormente, que algunas veces alternó con *Pepe Illo*. Dicen que era hombre muy serio y cumplía secamente con su obligación. Ignoramos si era ó no pariente del anterior.

**Conde, D. José Antonio**.—Distinguido orientalista é historiador. Escribió á principios de este siglo acerca del origen de las fiestas de toros, y las defendió contra la idea de suprimirlas, que se atribuye á *Godoy*. Dice *Moratin* que en sus últimos años este literato estuvo fugitivo, expatriado, perdidos sus empleos, destituido por sus compañeros de la silla académica, y concluye diciendo: «Si el mérito de Conde puede envanecernos, su suerte nos avergüenza». Nació en *Peraleja*, Cuenca,

en 1765, fué académico y bibliotecario de *El Escorial* y murió en 12 de Junio de 1820, con la satisfacción de verse reintegrado en todos sus puestos honoríficos.

**Conde, José**.—Mató en Sevilla el 9 de Diciembre de 1782, según carteles de la época. Dicen unos que era hermano de *Juan*, y otros que éste y aquél eran una misma persona llamada *Juan José*. Somos de la primera opinión.

**Conde, Antonio**.—Fué un espada regular y nada más; pero su nombre va asociado al de *Manuel Domínguez*, porque cuando éste volvió de América, después de diez y ocho años, fué presentado en la arena de Sevilla por Conde el año de 1852. El tenía en aquella plaza la antigüedad de 9 de Junio de 1844.

**Conde, Domingo**.—Actuó como espada en Sevilla en una corrida celebrada en 9 de Febrero de 1829. Ha sido poco conocido.

**Conde, Valentín**.—Buenos toreros hubo de ese apellido á principios de siglo: bueno le hay de ese nombre bien conocido; con que reuniendo este muchacho ambos títulos y aprendiendo y teniendo valor y adquiriendo voluntad y todo cuanto le falta, será banderillero, y aun espada, puesto que ya mata becerros crecidos. Así sea.

**Conde, Lorenzo** (*El Árabe*).—Picador de regulares condiciones, que antes de adquirir un buen nombre en su arte murió en la plaza de *Medina de Rioseco* el día 24 de Junio de 1892, á consecuencia de una conmoción visceral que le produjo el tercer toro de la corrida al derribarle, pues cayó debajo del caballo, y la perilla de la silla se le entró materialmente en el cuerpo á impulso de la fuerza que sobre ella hizo el cuerpo del jaco.

**Concedor**.—Es de suma importancia, especialmente en una ganadería de primer orden, un *concedor* de suficiente inteligencia que esté al frente de la misma, observe los adelantos, inclinaciones y vicios de las reses, ayude á aquéllos y evite los últimos. A los ganaderos ricos que entienden poco de la cria de toros, ó que por sus circunstancias especiales tienen que vivir lejos de su torada, les es absolutamente indispensable, y en las operaciones de la tiente y castración no puede prescindir-

se del parecer y presencia de un buen conocedor. A veces, respecto de un becerro que ha tomado tres, cuatro y más varas, que ha matado algún caballo, y que por lo mismo ha parecido á los concurrentes de sobresaliente bravura, suele el *conocedor* desecharle, porque en él ve algún naciente defecto que dentro de un par de años le hará inútil para la lidia, ya en su cornamenta, ya en la vista ó en cualquiera otra de sus circunstancias. Ha habido notables conocedores, y aun hoy mismo existen bastantes, sonando entre la gente aficionada y entendida, con gran ventaja, los nombres de Muñoz, Alonso, Cruz, el *Mellizo*, Soledad, Marchante, y otros que murieron; y los Rodríguez (*Rata*), González (*El Galleguito*), Molina, Félix (*El Zurdo*), Campano, Pérez y Sánchez, que hace pocos años vivían al frente de las toradas andaluzas y castellanas de primera nombradía.

**Conocimiento.**—Es la principal cualidad de las tres que debe tener el torero. El que sin perfecto conocimiento de su profesión se dedique á torear, será muy pronto víctima de una desgracia, aunque le acompañen las otras condiciones de valor y ligereza; porque si es valiente tan sólo, tendrá todo el ánimo que se quiera, se irá con arrogancia á los toros, pero ignorando las reglas del arte, ni comprenderá las condiciones de la res, ni sabrá esquivar un contratiempo, aunque le acompañe la ligereza. Si en todas las profesiones, carreras ó posiciones sociales se ha dicho que no hay hombre sin hombre, en ninguna puede decirse con más razón que en ésta, porque es peligrosa, y porque es indispensable aprender y estudiar práctica y teóricamente las reglas del arte, lo cual no pueden proporcionarle por sí solas ni la lectura de un libro, ni la asistencia á los mataderos. Es indispensable que oiga con aprovechamiento los consejos y lecciones de un buen diestro que, si es posible, lleve larga práctica; que en el redondel no se ofenda porque un reputado torero, ó aquél de quien reciba lecciones, le diga en un momento determinado que se retire y deje de ejecutar alguna suerte, ó se la quite él interponiéndose: que al célebre Montes hemos oído agradecer muchos consejos de Calderón (*Capita*), y al inolvidable *Chiclanero* le hemos visto retirarse al callejón de la barrera toda una tarde por orden de Montes, nada más que por hacer una salida falsa en la suerte de banderillas, después de prevenirle que saliera por el lado que no fué. Para adquirir, pues, el conocimiento necesario para torear, hay que estudiar, ser dócil y observador, y tener presente que, como dice Montes, «los toros no dan tiempo para consultar libros ni pareceres, y menos para meditar.» De manera que es indispensable conocer de antemano y compren-

der las condiciones del toro, su ligereza, resabios, querencias y demás, y también qué suertes pueden hacerse con el mismo más fácilmente, con menos exposición y más lucimiento. De todos modos debe empezarse por la lidia de becerros ó novillos que no pasen de tres años, embolados ó mognes, y dirigirse las corridas por un torero experto que indique y haga notar al principiante los defectos ó condiciones de las reses y suertes á que se prestan.

**Consentirse.**—El toro se consiente cuando, no habiendo sufrido castigo en su primera acometida á un objeto, acomete muchas veces, aunque no recargue la suerte, ni sea pegajoso, lo cual sucede frecuentemente con los nobles ó boyantes. Uno de los más necesarios requisitos que los espadas deben procurar para obtener buen resultado al preparar los toros á la muerte es *consentirlos*, y esto se consigue poniéndoles muy de cerca la muleta y cargando mucho los pases, sin desviarla demasiado del testuz, ni tardando gran tiempo de uno á otro.

**Continho, D. Manuel.**—Hace ya cincuenta años, por el de 1842, se distinguió mucho como banderillero aficionado, en términos de que si se hubiera dedicado de lleno á esa profesión hubiese sido muy notable. Pertenecía á la nobleza de Portugal, y falleció en 1885.

**Contrabarrera.**—Es un asiento para el público que en las plazas de toros está situado inmediatamente detrás de la barrera, que está en la primera fila inferior de todas las del tendido y es la más cercana al callejón. No se confunda esta barrera con la que más propiamente así se titula y que circunda el redondel.

**Contrarrotura.**—Lesión que sufre el toro en las ganaderías, ya por cornadas, ya por grandes golpes, ya por otras causas que le origina la formación de un bulto más menos grande en el sitio lesionado y suele entorpecer sus movimientos para la lidia, especialmente si le tiene en patas ó manos. Pueden lidiarse en novilladas y en plazas de segundo orden las reses que tengan contrarroturas, si se hallan completamente curadas.

**Contratas.**—El servicio de caballos, mulas, banderillas y otros análogos son generalmente objeto de contratas particulares que hacen los empresa-

rios de las plazas por un tanto alzado cada función ó cada toro; es decir, que suele también ajustarse por un precio determinado el servicio de caballos en cada toro que se lidie. Respecto de las contrataciones de toreros, véase la palabra AJUSTES.

**Contreras Pamo, D. Diego.**—Escribió unas advertencias para torear, muy minuciosas, que dedicó al duque de Terranova. Conservamos un ejemplar, en cuya portada se lee: *Advertencias para torear al Excmo. Sr. Duque de Terranova*, por D. Diego de Contreras Pamo. No tiene fecha ni pie de imprenta; pero se cree que su antigüedad ha de ser del siglo XVII.

**Contreras, Manuel.**—Desde 28 de Julio de 1878, en que trabajó en Sevilla, nada hemos averiguado acerca de este picador de toros.

**Córcoles, N.**—Banderillero que trabajó en Madrid con el espada Manuel Parra, y de quien dicen que valía más con el capote que con los palos. Ignoramos su nombre.

**Corchado, Luis.**—Entre las cuadrillas á que perteneció este famoso picador de toros, podemos citar las de Cándido, *Curro Guillén* y *Sentimientos*. Dicen que era una especialidad en la suerte á caballo levantado, y en una ocasión sostuvo una apuesta, que ganó, de veinte mil reales, por picar con un sólo caballo una corrida de ocho toros jijones. Cuando la guerra de la independencia fué nombrado por la Diputación del reino de Sevilla correo conductor del ejército de Andalucía, donde prestó grandes servicios; y necesitándose en Madrid picadores de fama para las corridas que se celebraron en 1808, segunda temporada, el marqués de las Hormazas, á nombre de la Junta de Hospitales, ofició el 16 de Septiembre al general en jefe D. Javier Castaños, pidiéndole licencia para que Corchado pudiese trabajar. El general contestó al día siguiente que había pasado la comunicación al señor Miñano, diputado del reino de Sevilla, á quien correspondía determinar, y éste debió acceder desde luego á la petición, porque el 19 del mismo mes trabajó dicho picador con Velázquez y Amisas en la corrida de por la tarde, distinguiéndose mucho, especialmente en el cuarto toro, berrendo en negro, bravo y duro, de la ganadería del conde de Valparaíso, divisa azul, poniendo una vara de las que no se olvidan, sosteniéndose y deteniendo al toro más de un minuto y sacando libre el caballo. ¿Por qué no vemos hoy esto?

**Cordente, Santiago (Baulero).**—Novillero de poco nombre: le falta arte, pero le sobra valor, y con él, y al lado de otros maestros que los que ha tenido, tal vez hubiera sido un torerito aceptable. Mucho ha de correr para llegar á tiempo.

**Cordero, José.**—Picador que estuvo en boga en los últimos años del pasado siglo.

Consta en algún cartel, pero con el nombre de Juan, un picador de ese apellido que trabajó en Sevilla en 1782 el 26 de Octubre.

**Cordero, Alberto.**—A este picador le distinguía mucho Pedro Romero, sin duda porque su trabajo era sobresaliente.

**Cordero, José (El Sordo).**—Ya aprenderá á poner banderillas, que correr toros sabe y clavar algunos pares también; pero sin la seguridad necesaria. Es nuevo y parece valiente.

**Cordero, Fernando (Sevillita).**—¡Bello país debe ser el de América!... De allí ha vuelto á la madre patria este matador de toros, que, como tantos otros, se ha hecho un nombre en aquella parte del mundo. Cuando le veamos le juzgaremos, si es que tal deseo se nos logra, porque aparece muy de tarde en tarde en las plazas de España.

**Cordeiro, Antonio.**—Fué en sus tiempos un banderillero portugués muy aceptable. Murió en el 1844, después de veinticuatro años de profesión pública.

**Corianito.**—Toro de la acreditada ganadería de don Joaquín José Barrero, vecino de Jerez, divisa blanca y encarnada, que en la tarde del 5 de Abril de 1873 hirió mortalmente en la plaza de Sevilla al picador José Fuentes y Rodríguez (*El Pipi*), hallándose éste á caballo y fuera de suerte. Era de tantos pies, que al dar la cornada rebasó la altura del caballo que aquel infeliz montaba. En las revistas y cartas que se escribieron entonces se llamó al toro *Corianito*; en la ganadería, *Sobretodos*.

**Cornada.**—La que da el toro á cualquier objeto, siempre que clave el asta poco ó mucho; diferenciándose en esto del varetazo. (Véase PUNTAZO.)

**Cornalón.**—El toro que tiene demasiado largas y grandes las astas, pero en su dirección natural. Aunque en estos últimos tiempos hay matadores que se resisten á lidiar toros de gran cornamenta, siempre han sido de lidia, y á gala tenían los antiguos diestros lucirse con ellos.

**Cornialto.**—Lo mismo que CORNIVELETO.

**Corniancho ó abierto.**—El toro que aunque sus astas en su nacimiento estén bien situadas, son abiertas en demasía, formando la distancia de un pitón á otro una cuna excesivamente ancha.

**Corniapretado.**—El toro cuyas astas, especialmente en sus pitones, están demasiado juntas, ó sea poco separadas una de otra, formando una cuna estrecha.

**Corniarqueado.**—Aunque no es voz corriente entre los inteligentes aficionados la hemos visto usar hace años en papeles antiguos. Creemos signifique lo que CORNIAPRETADO.

**Corniavacado.**—El toro que á diferencia del cornidelantero tiene muy atrás del testuz el nacimiento de las astas, y su inclinación es más abierta ó separada que cerrada.

**Corniblanco.**—El toro que siendo cualquiera su pinta tiene blancos los cuernos, ya sean altos, largos, cortos ó caídos. No importa que las puntas ó pitones sean oscuros ó negros.

**Cornicorto.**—Dícese, como la palabra indica, del toro cuyas astas son cortas, pero no rotas, despuntadas ni romas.

**Cornidelantero.**—El toro que tiene el nacimiento de las astas colocado muy marcadamente en la parte delantera del testuz ó sitio donde le apuntan de ordinario, siguiendo además la rectitud de ellos hacia delante.

**Cornigacho.**—El toro que, naciéndole las astas en la parte más baja del punto ó sitio en que de ordinario apuntan, las tiene también agachadas, ó sea bajas, pero sin abrir mucho ni cerrar dema-

siado. Suelen ser los toros cornigachos muy ciertos al herir.

**Cornilargo.**—(Véase CORNALÓN.)

**Cornillano.**—Esta voz usada en lo antiguo, y aun en algunas provincias, se aplica á los toros que llamamos bien armados, que son los de cuernos regulares, bien colocados y sin deterioro.

**Cornipaso.**—El toro cuyos pitones ó puntas de los cuernos se hallan vueltos hacia los lados rectamente; hieren con dificultad por esa mala colocación de sus armas.

**Corniveleto.**—El toro que tiene muy derechos, altos é iguales los cuernos, sin la vuelta natural que generalmente tienen todos, ó al menos poco marcada su curva. Ofrece su vista aspecto desagradable.

**Cornivicioso.**—Es tan general la acepción en que puede tomarse esta palabra, que lo mismo puede con ella calificarse al toro CORNIVACADO que al CORNIPASO, CORNIVUELTO y otros mal armados.

**Cornivuelto.**—El toro que tiene vueltos hacia atrás los pitones ó puntas de las astas. Son de lidia, pero deben guardarse para novilladas ó plazas de segundo orden.

**Cortejano.**—Difícil nos ha sido hallar el significado de esta voz anticuada en el toreo. Consultando datos y tomando informes de personas competentes hemos llegado á entender que quiere decir que es toro redondito, bien puesto, bonito, pero no grande ni buen mozo.

**Cornúpeta.**—Dícese del animal que acomete con los cuernos, según el *Diccionario* de la Academia, que viene á confirmar la definición de *Covarrubias* de «buey mal domado que hiere con los cuernos.» Muchos revisteros y autores de artículos taurinos usan con frecuencia la palabra cornúpeta para designar al toro, alterando la verdadera terminación de la voz, que trae su origen de las latinas *cornu* (cuerno), y *petere* (acometer), y forman un adjetivo que también se usa como sustantivo con el mismo

final en *a*. De no guardarse esta regla gramatical ¿por qué ha de observarse en las voces cometa, planeta, centinela, corneta y otras? Debe, pues, decirse: *el cornúpeta* cuando se hable del toro.

**Corzal, Domingo del** (*El Rojo*).—Trabajó por primera vez en Madrid en las corridas reales de 1803, y debió agradar su trabajo porque se le ve en carteles de años sucesivos.

**Corral**.—Sitio que ocupan los toros con los cabestros después de verificarse su encierro, que generalmente se realiza la víspera de la función. Debe haber en él una ó más pilas con agua limpia y algunas pesebreras con forraje ó hierba. Comunmente está al descubierto; pero en las plazas bien construídas existe contiguo otro corral cubierto para librar de la intemperie al ganado cuando es conveniente. Ha de estar dividido en dos compartimientos, para que si hay toros de diversas ganaderías, ó alguno picado, no estén juntos, y tener colocados alrededor algunos burladeros para defensa de los vaqueros.

**Corrales Mateos, D. Juan**.—Folletínista revisor de toros antes del año 1856, en que escribió un libro titulado *Los toros españoles*, recopilando y



extractando el *Arte de torear*, de Pepe Illo y la *Tauromaquia*, de Montes, añadiendo algunas suertes y otras cosas curiosas.

**Correa, José**.—Banderillero sevillano que figuraba en carteles del año 1798, como perteneciente á la cuadrilla del malogrado espada *Perucho*.

**Correa, Manuel**.—En fines del siglo pasado y á principios del presente era un buen banderillero, y luego un regular matador de toros, que en algunas plazas alternó con el célebre *Curro Guillén*.

**Correias Gómez, Luis Patricio**.—Ganadero portugués, que cria sus toros en los campos de Coruche, con bastante esmero, desde que hace ya mucho tiempo se retiró del toreo. Fué un gran mozo de forcado, valiente y entendido.

**Correr**.—El correr los toros no es cosa tan sencilla como á algunos les parece. Debe el torero tender la capa por bajo del hocico de la res y lo más cerca posible de ésta, y salir por derecho con tanta ligereza comparativamente como la que lleve el animal, á fin de que éste vaya empapado en el engaño y no se distraiga y encamine á otro lado, si aquél lleva mucha delantera. El torero debe cuidar de ver si el toro le sigue y á qué distancia, pues si va corriendo y no es perseguido, queda completamente en ridículo y desairado. Cuidará también de dar á la res los menos recortes posibles, para evitar que la misma pierda vigor y que tal vez se resienta de los remos, cayendo por girar muy en corto. Si el toro tiene muchos pies, echará la capa sobre largo, no corriendo en la misma dirección del cuerpo y cabeza del animal, sino sesgándose algo, y á ser posible, cambiando de mano en el viaje la capa, que deberá ir flameando sin precipitación. Si el toro es tuerto, se le llama por el lado que ve y se sale por el contrario, y si es burriciego, tendrá presentes las observaciones que al principio apuntamos, procurando siempre empapar á la res lo más posible en el trapo, á excepción de los de segunda clase, que como sólo ven de lejos, hay que guardar con ellos mayor distancia. Si el toro está querenciado, ha de empapársele mucho, muy en corto, y consentirle en que coge; por lo tanto, ha de abrirse lo más posible la capa, ha de salir el torero muy aprisa, y creo conveniente, aunque nada dicen las Tauromaquias escritas, que haya otro torero con capa en la salida, para evitar cualquier cogida fácil si el toro conserva piernas ó es de sentido. Cuidando mucho el torero de que la res no tenga estorbo para volver á su querencia, ó lo que es lo mismo, dejándole libre esta inclinación y apartándose aquél de ella, puede, con seguridad, correrla desde cualquier punto en que se encuentre; pero es muy expuesto ejecutar lo contrario. Son fáciles de correr con estas reglas todos los toros, sean abantos, boyantes, revoltosos ó de cualquier otra clase; siendo además conveniente y necesario en muchos casos que haya pocos bultos

que distraigan al toro, y que el torero sea fresco y ligero.

**Cortar terreno.**—Se dice del toro cuando, observando el viaje ó carrera que lleva el torero, se dirige más rectamente que éste al punto donde él mismo ha de ir á parar; de manera que si no tiene más pies el lidiador, ó no se cambia á tiempo, lo cual es mejor, puede sufrir una cogida en el centro de la reunión, no en el de la suerte intentada. Los continuos capotazos y las muchas salidas falsas de los banderilleros, suelen hacer que los toros aprendan á cortar terreno, y á que, por lo tanto, los espadas se vean luego en peligro.

**Cortés, Mariano** (*El Naranjero*).—Buen mozo y con facultades; llenaba la plaza, alégrandola. Tenía el defecto de terciarse demasiado en las suertes. Hace años dejó de torear, dedicándose honradamente al comercio de vinos en Madrid, donde falleció.

**Cortés, Gregorio.**—Picador de toros que no se ha creado nombradía, y es posible que no la adquiriera, por más que sea un jinete bastante regular. Estamos en la creencia de que es hijo de Mariano y nacido en Madrid.

**Cortés, Mariano** (*El Naranjero*).—Nieto del renombrado picador de los mismos nombres y apodo; es también varilarguero; pero hay gran diferencia en el trabajo de uno y otro, aunque se tenga en cuenta que éste empieza ahora: es valiente y muestra buenos deseos.

**Cortés, José.**—Es un banderillero atrevido, con deseos de agrandar y á quien no falta inteligencia, por más que al practicar las suertes no se ajuste todo lo que debiera á las reglas del arte. Si tuviera más calma y reflexionase más, él ganaría y también el toreo; pero por las causas antedichas, ó por otras, no ha llegado, ni llegará, á donde otros de su tiempo han subido.

**Cortés León, José.**—Torerito que al empezar ya intentaba matar toros, sin acordarse de que su abuelo materno, el notable diestro Juan León, estuvo muchos años siendo banderillero, estudiando y aprendiendo con cuidado lo que su maestro *Curro Guillén* y otros hacían en el terreno. Así le ha resultado el ensayo, y eso que empezó con buen pie en Sevilla el día 11 de Noviembre de 1877.

**Cortijo, Pedro** (*Valladolid*).—Banderillero que trabajó en Madrid en 1870, sin distinguirse con los palos ni con el capote. Desde entonces nadie da razón de él.

**Coruxo, Esteban.**—En Diciembre de 1806 mataba toros en la ciudad de Lima, en unión de Vicente Tirado, expresando los carteles que eran ambos europeos. Todavía en 1816 trabajó en las fiestas reales que allí se hicieron en honor del virey don Joaquín de la Pezuela.

**Corvella, José.**—Dicen que es un novillero que mataba toros no ha muchos años; hemos visto su nombre en más de un periódico, pero no sabemos quién es. Poco ha corrido su fama.

**Coso.** Así se llamaba la plaza ó sitio cerrado en que antiguamente se corrían ó mataban toros, y aun hoy mismo muchos dan este nombre al redondel de las plazas en que las lidias se verifican.

**Costa Freire, Joaquín Pedro da.**—Allá por el año de 1858, se presentó en las plazas de Portugal un elegante rejoneador de toros, de figura muy distinguida, que en breve tiempo llegó á ser uno de los mejores que ha habido, por su valentía é inteligencia. Retirado ya, tuvo una ganadería de reses bravas; pero hoy está dedicado á las labores del campo, en que posee buenas fincas y se le considera, por su riqueza, un gran labrador.

**Costa Guerra, Antonio da.**—Pocos hombres merecen como éste un puesto distinguido en los anales de la tauromaquia portuguesa. Antiguo aficionado, entusiasta acérrimo de las corridas de toros, ha trabajado en su país por la propagación y sostenimiento de las mismas con gran decisión y empeño en todas ocasiones, logrando por su influencia é intervención llevar á Lisboa con ventajosas contratas á muchos toreros españoles, sin más interés que el de fomentar la afición al arte. En 1883, las corridas de toros en Portugal tuvieron un momento muy crítico, amenazando su extinción por marcada decadencia, y entonces Costa Guerra, que nunca había intentado ser empresario de plazas, animado de buenos deseos, formó parte de la Sociedad que tomó á su cargo la plaza del Campo de Santa Ana (Lisboa) é hizo revivir la afición durante cuatro años, presentando magníficas funciones y elevando el espectáculo á una altura que nunca fué mejor. Por eso la prensa lusitana

los toreros y el público, le han tributado grandes elogios y le distinguen muy particularmente, convencidos todos de que nadie como él ama con más frenesí el arte de torear ni es más espléndido y ge-



neroso. Díganlo los pobres desvalidos á quienes ha socorrido organizando funciones de beneficio en su favor, y dígallo también Lisboa entero, que le reconoce al mismo tiempo como el más entendido taurófilo.

**Costa, José María da.**—Buen banderillero portugués, atrevido, que prometía ser de los primeros y á quien sorprendió la muerte en 1890, momentos antes de tomar parte en una corrida que se daba en la plaza de Porto.

**Costa, D. Bernardo (Souze).**—En 1858 entró por primera vez en el ruedo, siendo mozo de forcado, y en todas las corridas en que se presentó alcanzó grandes ovaciones por su valentía y coraje. Murió en 1878.

**Costa, Antonio da.**—Si este banderillo portugués continúa adelantando como desde el año 1891 en que empezó, es muy probable que sea uno de los que adquieren celebridad.

**Costa, Segismundo.**—Es uno de los nuevos críticos taurinos que en Portugal goza de merecida fama, y más promete en favor del prestigio y engrandecimiento de las corridas de toros.

Aficionado entusiasta tiene adquirido en la lectura de libros y revistas taurinas y con la frecuente asistencia á las corridas de toros, gran conoci-

miento del toreo, que han hecho de él un crítico de gran autoridad.

Ha escrito revistas y artículos taurinos en los periódicos *O Economista*, *O Jarae*, *O Tempo* y últimamente en *Sol é Sombra*, en que dejó con el seudónimo de «Tío Justo» artículos y críticas que le han puesto en brillante evidencia entre los aficionados inteligentes.

Joven, de carácter serio, y rindiendo verdadero culto al arte taurino, sus revistas y críticas son y han sido siempre escritas con independencia, y sus indicaciones valiosas y concienzudas.



Posee una biblioteca taurina de gran valor y acaso la mejor que existe en el vecino reino, pues consta de 200 volúmenes, entre los que se encuentran obras de rarísimo mérito.

**Couceiro, Arthur.**—Regular mozo de forcado portugués; empezó en 1880; ya no trabaja.

**Coyto, Joaquín (Charpa).**—Distinguido picador que *Cúchares* trajo á Madrid, donde gustó mucho por su arrojo é inteligencia. Hace algunos años le faltó ésta para saberse regir y gobernar, y nadie ha perdido más que él. ¡Lástima es, y grande, que un hombre del valor, pujanza, conocimientos, arte y condiciones especiales como jinete que tenía *Charpa*, se perdiese para el toreo sin dejar muchos imitadores! Fué su época desde 26 de Septiembre de 1841, en que trabajó por primera vez en Sevilla, hasta 1850 y tantos.

**Crecerse.**—Se dice del toro que, blando ó sentido al hierro en un principio, se hace duro y remata en la suerte, demostrando más bravura en el resto de la lid, y sobre todo más voluntad.

**Crespo Fuentes, Antonio** (*El Niño de Triana*).

—Picador, de quien solo sabemos que se estrenó en Sevilla el 1.º de Julio de 1877. Parece que el niño no se hizo hombre.

**Crespo, Antonio.**—Aspira á ser picador de toros. Trabaja con fé y es obediente á las insinuaciones de los que saben más que él. Veremos lo que da de sí, aunque ya vamos desconfiando, que van muchos años desde que empezó y estamos como estábamos.

**Crespo del Castillo, Mannel.**—Es un picador valiente y mejor caballista. Nació en Triana, barrio de Sevilla, el 18 de Enero de 1861, siendo sus padres Juan y Salud, y se estrenó como picador en una becerrada de cuatreños que en el año de 1875 trabajaron en dicha ciudad los espadas Carrión y *Paco de Oro*. Marchó después á Montevideo el año de 1880, formando parte de la cuadrilla de Juan Ruiz (*Lagartija*), y desde entonces ha toreado en unión de casi todos los actuales matadores. Le faltan un poco más de arte y un mucho más de fortuna.

**Cren, José** (*Cuño*).—Lleva buen camino este muchacho de llegar á ser un banderillero que honre



el mote de celebridad de Francisco Ortega. Figura en buenas cuadrillas y adelanta, pero que se dé prisa que vienen otros empujando.—Ya que puede con holgura hacer lo que otro haga, no se eche atrás como le ha sucedido alguna vez, que si se apodera de él la indolencia le va á ser difícil despertar del letargo que le produzca.

**Criado, D. Deusdedit.**—Escritor notable en asuntos taurinos y en otros literarios, en que suele emplear graciosísimos chistes, no rebuscados y sí espontáneos. Ha publicado en 1893 unos *Apuntes taurinos* originalísimos.

**Crianza de los toros.**—Influye tanto en la bondad de una res su origen, que es imposible conseguir un buen resultado cuando no ha habido el debido esmero para elegir sus padres. Si esto sucede en todas las castas de animales y en todas las razas de la naturaleza, con mayor motivo acontece en los toros que han de ser destinados á la lidia, porque no basta que sean de padres grandes, de buena lámina ó trapío, sino que son necesarias muchas más circunstancias.

Cierto es que un toro padre, fino de pelo, buena pinta, corto de cuello, ancho de pecho, delgado de cola, pezuña pequeña y de buenas armas lleva mucho adelantado, si la vaca es de análogas condiciones, para que sus crías se les parezcan; pero si en los padres no hay bravura acreditada en toda su historia desde que nacieron, si no llevan en sí sangre de casta conocida como de buen origen, forzosamente las crías serán lo mismo, ó todavía más flojas y mansas que aquéllos.

Es preciso que el toro padre, además de tener buen trapío, sea y esté acreditado en la ganadería como bravo y valiente en primer grado. Bueno será que la madre tenga iguales condiciones, y entonces no hay duda que, según la razón aconseja y los resultados hasta ahora obtenidos lo han demostrado, la cría saldrá brava y bien puesta.

Sin embargo, hay ganaderos que se contentan con saber la bravura y buenas condiciones del toro, y constándoles bien, prescinden hasta cierto punto de saber las de las vacas destinadas á madres. No sabemos en qué pueden fundarse para ello. La mitad de las probabilidades concernientes al resultado en las crías están en contra suya; y si bien es verdad que alguna vez un toro de ganadería en que las vacas no se tientan, no se escogen ni se crían para madres, ha sido notable por su bravura en plaza, lo cual reconocemos, no nos negarán que esto ha sucedido pocas veces, y en cambio, muchas son las en que ha ocurrido lo contrario. La naturaleza lo enseña y la razón lo dicta.

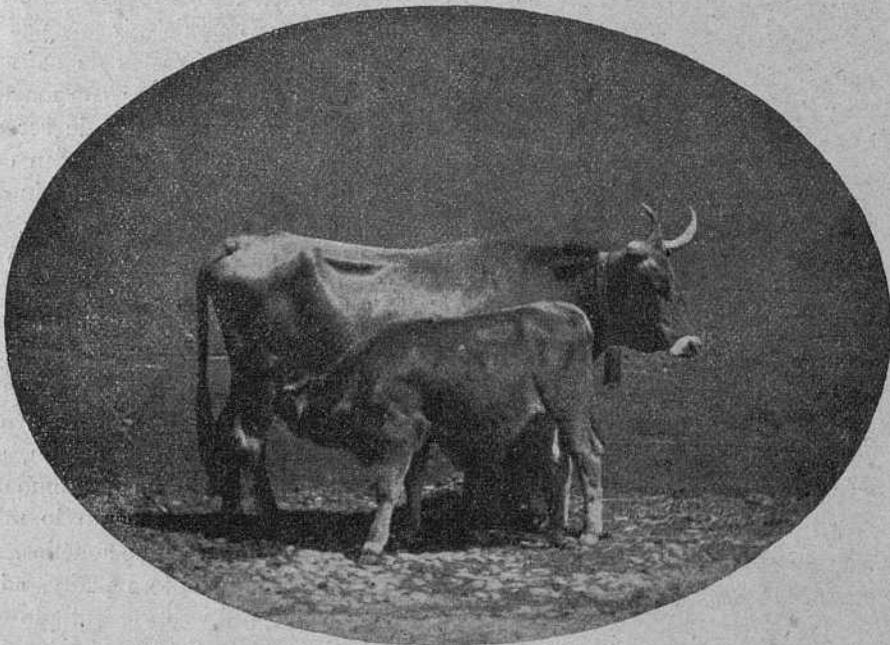
Además de lo expuesto, hay que estudiar mucho, y esto lo saben con matemática exactitud los mayores y vaqueros, cuál es la época más adecuada para la cubrición de las vacas, de qué modo han de prepararse, en qué terrenos, en qué número, y otras muchas circunstancias, que varían según el clima de la provincia en que se encuentran, la feracidad del suelo, la abundancia de pastos y aguas, y atraso ó adelanto de las reses.

Si los animales que han de padrear son demasiado jóvenes, es lo probable que la cría sea endeble de cuerpo, y, aunque sea brava y voluntaria, le falte poder. Si son viejos, á cualquiera le ocurre calcular que forzosamente han de ser los becerros de poca sangre. Es útil y conveniente, por lo tanto, que con corta diferencia sean de una edad la vaca y el toro, prefiriendo siempre que el toro tenga más edad que aquélla, pero que nunca pase de

ría con otra, por muy acreditada que esté, lo piense bien y lo consulte con más de uno y más de dos ganaderos, conocedores y mayores de acreditada suficiencia y práctica.

Ganadería ha habido en España, célebre en el primer tercio de este siglo por su bravura, que por diferentes causas, y una de ellas la de intentar el cruzamiento de casta, ha ido perdiendo sucesivamente tanto, tanto, que en el día se halla completamente extinguida. Otras ganaderías han perdido, por lo mismo, su envidiable renombre; y gracias que sus dueños han acudido á tiempo á remediar el mal, ó las han vendido á personas que, gastando mucho dinero, han podido volverles su primitiva fama.

Téngase en cuenta que un toro andaluz, de acreditada vacada, y aun escogido, podrá tal vez no dar el apetecido resultado con vacas navarras,



LA VACA Y EL CHOTO. — De fotografía

siete años; es preciso que estén picados, pero que se les echen las vacas á tiempo oportuno para ellas; conviene también que el número sea proporcionado entre unos y otros, que el campo sea de la suficiente extensión para que no se arremoline el ganado, se hiera ú ofenda uno con otro, y en fin, que se tengan presentes las buenas prácticas que una larga experiencia ha hecho ejecutar en todo lo concerniente á las reses bravas los conocedores y mayores.

Los dueños de ganaderías harán bien siempre atendiendo las indicaciones que aquéllos les hagan observar; que cada uno en su oficio es maestro, y la experiencia es madre de la ciencia.

Bueno será, á pesar de todo, que antes de decidirse, por ejemplo, á cruzar la casta de su ganade-

ya porque éstas son en lo general mucho más pequeñas, y también porque pasar de los calores del Mediodía á los fríos del Norte, ha de hacerle gran sensación.

Lo mismo acontecería en el caso contrario de ser llevadas vacas de Norte á Sur: y si bien este inconveniente se subsana haciendo la traslación en época del año á propósito, con las debidas precauciones y estancias en los caminos, y con la anticipación necesaria para que antes de padrear los animales se repongan y se aclimaten, no siempre suele conseguirse esto, y á veces sólo se logra que lo que ganan en corpulencia lo pierdan en bravura y voluntad.

Ahora vamos á ver qué educación ha de dárseles, que también al toro, aunque fiera, se le educa.

Sepárase en esto, como en otras muchas cosas, de las demás fieras. A éstas, si se las coge, es para domesticarlas, para dominarlas por cuantos medios son posibles, en una palabra: para amansarlas. Al toro, por el contrario, ha de educársele para que aumente su bravura; se le han de buscar pastos que, lejos de debilitarle, han de darle poder y fuerza, y se ha de tener con él tanto cuidado como el que ya llevamos apuntado.

Poco hay que decir del toro hasta después que es añojo: ha pasado sus primeros meses al lado de las vacas, alguna vez se ha visto perseguido por algún eral ó utrero, el pastor ó el zagal le han hecho huir, asombrándole con la honda ó castigadera, y ha sido tal vez acosado por algún señorito á caba-

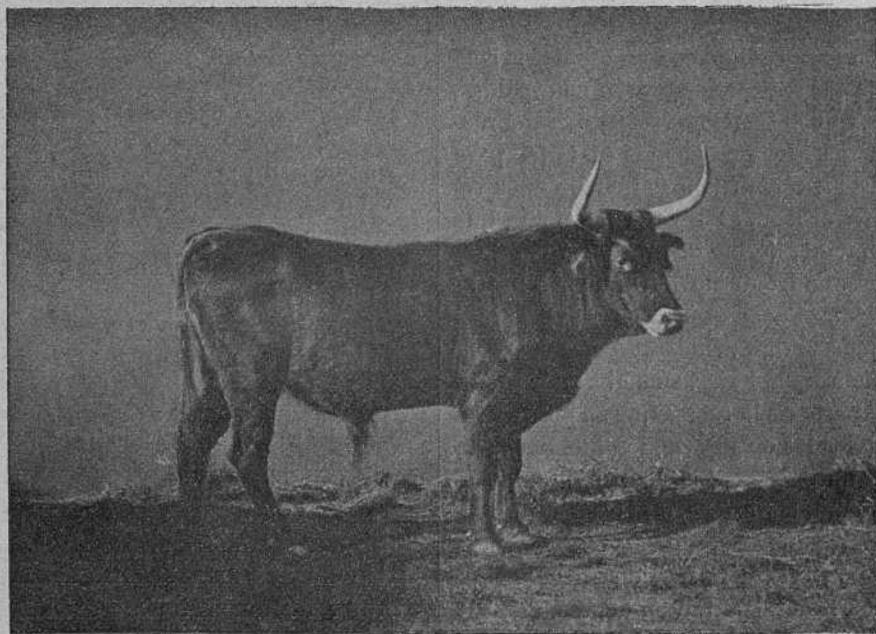
tro se anotan sus especiales circunstancias, condiciones que ha demostrado, y hasta los lances particulares á que en la tienta haya dado lugar.

Y cuidado que lances hay muchos; porque, como saben cuantos aficionados hay en España, una tienta y un herradero son las diversiones que más se prestan á bromas.

Como que es fiesta

en que no domina el oro  
ni potentado ninguno,  
y si hay privilegio alguno  
lo lleva en el asta el toro.

.....  
Desde la edad de tres años, el toro, bien atendi-



TORO PADRE, DE OCHO AÑOS — De fotografía

llo en el campo, ó lidiado en corral por otros caballeros que no se han atrevido con bichos de más edad.

Al llegar á los dos años el becerro y á los tres la becerra, en Andalucía y otros puntos, y aun antes de que lleguen á dicha edad unos y otras en Castilla, es cuando se verifica con ellos la tienta, y, por consiguiente, cuando se decide su suerte... Si en dicha operación se les califica de cobardes, ó mueren en un matadero como las reses mansas, ó cuando más, quedan para bueyes en la ganadería. Si toman varas, si dan la cara, si se paran, si arrancan de largo, si recargan, si son pegajosos, si en sus movimientos demuestran bravura y coraje, ya pasan á la categoría de toros de plaza; como á tales se les empieza á cuidar; y si son hembras es igual el esmero con que se las atiende. En el libro-regis-

tro, sigue creciendo y robusteciéndose notablemente.

Si su fuerza en la primera edad es siempre grande, en términos de que hemos visto becerro añojo arrastrando cuatro hombres á un tiempo sin que le pudieran sujetar, cuando ya es realmente toro de plaza es incalculable su poder. La fuerza que manda en sus derrotos es á veces mayor que la de una bala de fusil. Rompe una tela en el aire, lleva gran trecho en la *cuna* caballo y jinete sin rendirse y sin acortar su carrera, y nosotros hemos visto en la plaza vieja de Madrid arrancar de quicio las puertas de arrastradero y echárselas al lomo, rompiendo los hierros que la engastaban en los marmolillos ó postes de piedra. Parécenos que no hay otro animal de más poder en la tierra. Sólo el elefante dicen que le aventaja. No lo sabemos;

pero concediéndolo así, llamaremos únicamente la atención acerca de la distinta corpulencia del uno y del otro. Además, el golpe del toro es seco, rápido é instantáneo. El del elefante muchas veces coge, abraza, digámoslo así, el objeto contra quien dirige su ira, y después de templar su fuerza es cuando le estruja ó arroja.

De las demás fieras, ninguna en fuerza se iguala al toro. Hemos visto á uno de estos, que no había cumplido cinco yerbas, luchar con un gran león que hizo presa con las garras en el cuarto trasero, mejor dicho, en los ijares del toro, y con la boca en la cola. La posición del cornúpeto no podía ser más desfavorable. Sus armas defensivas y ofensivas las tiene en la frente, y no siendo cara á cara nada puede hacer. Pero el león no le derribaba. El toro se mantenía firme, se revolvió y coceaba, á fin de desasirse de tan fuertes tenazas: no lo conseguía, mas él no caía en tierra.

De pronto el león rompió con los dientes la cola del toro por la parte superior y cayó de espaldas, dando lugar á que el bicho se volviera. En el momento, en menos tiempo del que se tarda para pensarlo, todos los concurrentes al circo vimos volar por los aires al león, al rey de las fieras, que huyó cobardemente, herido de gravedad.

Lo repetimos: de frente no hay quien venza al toro.

Los toros que se crían dentro de cercados, y no en prados ó dehesas abiertas, suelen saltar prodigiosamente. Aparte de la fuerza que su poder y robustez da á todos los de su raza, los que decimos, sea porque desde pequeños se acostumbren á saltar frecuentemente las cercas, ó porque el terreno de bosque ó sierra tenga alguna especial circunstancia que les favorezca más el desarrollo de los músculos que á los que pastan en dehesa ó campo abierto, brincan y traspasan alturas que sólo viéndolo pueden ser apreciadas. Ha habido toro de esta clase al que hemos visto salvar una altura de más de dos metros y una anchura de lo menos cuatro, repitiendo los saltos más de seis ú ocho veces en el intervalo de un cuarto de hora.

Pasada la edad de los siete años, y esto no siempre, al toro no debe dedicársele á la lidia. Su fuerza no ha decaído, pero su instinto malicioso ha ido en aumento, y ha perdido en gallardía, en trapío y en nobleza lo que ha adquirido de sentido. Si se ha observado que tiene todas las condiciones de bravura, buen trapío y demás que hemos expresado anteriormente, échesele á padrear y dará buen resultado durante un par de años.—(Véase Toro).

**Cruz, Andrés de la.**—Uno de tantos matadores de toros que por poco dinero estoqueaban allá por

los años de 1770. Es verdad que entonces no era tan caro como ahora el personal en las corridas.

**Cruz, Pablo de la.**—Gran jinete y acreditado picador, á quien nadie se le ponía delante para picar á caballo levantado. Era natural de Sanlúcar de Barrameda, y murió á consecuencia de un disparo de arma de fuego que un malvado le hizo en el camino de dicha villa. Fué su época por los años anteriores á 1830.

**Cruz.**—La que forma en los encuentros ó parte superior del toro la línea recta prolongada desde los brazuelos con la médula espinal que horizontalmente corre desde la cabeza á la cola. El punto en que juntan ó cruzan ambas líneas se llama *cruz, rubios, péndolas*, etc.

**Cruz Cano y Olmedilla, D. Juan de la.**—

Distinguido grabador, discípulo de la Real Academia de San Fernando. El rey Fernando VI le envió á Paris pensionado, y allí se perfeccionó en el grabado de arquitectura, adorno y cartas geográficas, siendo después, en 1764, nombrado académico de mérito de la dicha de San Fernando. En el sitio correspondiente á BELLAS ARTES hemos hecho mención de los preciosos grabados taurinos de este notable artista (hermano del famoso D. Ramón de la Cruz), que ignórase dónde nació y en qué fecha, pero se sabe que murió en Madrid el 15 de Febrero de 1790.

**Cruz Cano y Olmedilla, D. Ramón de la.**—

Autor de muchísimas comedias y piezas que le han dado envidiable renombre en la escena española, sobre todo por sus inimitables sainetes, en que retrató, fotografiándola, la sociedad alta y baja de Madrid. Era uno de los más decididos amigos y apasionados del célebre *Pepe Illo*, como lo fueron Goya y Bayeu, artistas de genio é inspiración, que á pesar de las preocupaciones de su época no se desdenaban de alternar con los toreros. Dícese que con sus consejos y observaciones contribuyó á redactar la *Tauromaquia* de *Pepe Illo*, que se publicó antes de 1801; pero no hemos podido comprobar este aserto, á pesar de haberlo procurado con empeño. Nació en Madrid el 20 de Marzo de 1731, y murió en 4 de Noviembre de 1795.

**Cuadrado, Manuel** (*El Gordito*).—Banderillero conocido en las plazas de la República mejicana, más que en las españolas. Lleva poco tiempo de práctica.

**Cuadrar.**—En el banderillero, es el momento en que se para en el centro de la suerte á colocar los rehiletes, tomando dicha colocación de pies y saliendo luego con el paso cambiado, ó sea diferente al que en su primer viaje traía. En el espada, cuadrar la muleta es presentarla al toro para los pases, perfectamente perfilada con la cadera izquierda, ó sea de frente. En el toro es ponerse con las cuatro patas juntas y en completa rectitud, sin alzar la cabeza ni humillar. En esta postura debe hallarse cuando el espada *se arránque* á matar, que si ha de practicar la suerte de recibir, puede prescindir del perfecto cuadrado de pies de la res, puesto que de acudir al cite ha de venir á él corriendo.

**Cuarteo.**—El que hace el diestro lo más cerca posible de la cabeza del toro, especialmente en la suerte de banderillas así denominada. Para comprenderle bien, figúrese el lector al banderillero citando de frente al toro á más ó menos distancia, ya viniendo la res levantada, ya estando quieta: arrancando al bulto en este último caso y haciendo por él en ambos, llegarán á encontrarse en el centro de la suerte, formando entonces el diestro un medio círculo igual al de los recortes, cuyo remate será el centro mismo del *cuarteo*, en cuyo acto, como que está cuadrado con el toro, mete los brazos, clava los palos y sigue por su terreno. Si antes de cuadrarse, y hallándose el diestro embrocado, clava las banderillas anticipándose al hachazo que da el toro, y con presteza sale de la cabeza, que debe estar humillada, tomando su terreno á favor de un cuarteo rápido, serán también llamadas banderillas cuarteando; pero el torero debe aprovechar y ver bien el momento de la humillación, sin cargarse sobre los palos, por ser muy fácil caer en la cuna. Los mejores toros para ejecutar con ellos esta suerte son los boyantes ó sencillos, los que se ciñen, y aun los que son revoltosos; cuidando, especialmente con éstos, no hacer salidas falsas y arrancar ligero de la suerte, porque de otro modo podrá la res ganarle terreno. Según escribió D. Eugenio García Baragaña en 1750, «siempre que el carcañal de cualquiera pie se pone enfrente de la sangría del contrario, se llama cuarta planta»; y como así se sigue llamando, no sólo en lenguaje tauromáquico, sino en el de otras profesiones, creemos que la palabra *cuarteo* toma su origen de *cuarta planta*, porque realmente esta es la postura que toma el diestro al practicar aquella suerte. La Academia de la Lengua en su *Diccionario* dice que *cuarteo* es: «Esquince ó rápido movimiento del cuerpo, ya hacia un lado, ya hacia otro, para evitar algún golpe ó ser atropellado. Tiene uso frecuente en el arte del toreo». No peca,

con perdón sea dicho de tan respetable Corporación, de extensa ni de clara definición de lo que es cuarteo. ¿Con que si se ve cualquiera, por ejemplo, que de un balcón le tiran un tiesto, al huir el cuerpo se dirá que ha cuarteado?... Y al quiebro, ¿ha de llamársele cuarteo, porque se mueve el cuerpo rápidamente aunque no los pies?...

En la suerte de matar el cuarteo es censurable en la mayor parte de los casos, porque demuestra que el lidiador no ha guiado al toro con la muleta, como debe, si no que apelando á los pies aprovecha la ventaja que le ofrece su mala colocación.

**Cuatreño.**—Se llama así al toro que tiene ya ó se aproxima á la edad de cuatro años. (Véase TORO.)

**Cuberos Galardón, D. José.**—Escultor de Málaga, consagrado á la ejecución de figuritas de barro, que tanta aceptación han tenido en España y fuera de España. Dos de ellas, un majo sevillano y el retrato de Montes, figuraron en la Exposición Universal de París de 1878.

**Cubeto.**—Llámase toro cubeto en las ganaderías al que tiene los cuernos caídos en demasía, casi juntos por los pitones, y por lo tanto imposible que con ellos hiera. No son, pues, toros de plaza los de dicha condición, y sólo podrán lidiarse en algunas de segundo orden, sustituyendo á novillos embolados.

**Cubrirse.**—En el picador es cubrirse cuando al caer pone entre él y el toro el cuerpo del caballo, lo cual debe procurar siempre; teniendo entendido que una de las principales cosas que debe estudiar el picador es «saber caer y cubrirse». (Véase TAPARSE.)

**Cuerno.**—Excrecencia prolongada y curva que tiene el toro en la cabeza, como la mayor parte de los animales rumiantes. Sirve en la industria para varios fines, y lo mismo que cuerno se dice astas, armas del toro, etc., las cuales, desde su primitivo desarrollo hasta su total acrecentamiento, presentan las siguientes fases. A las tres semanas ó un mes; si hay robustez en la madre y en la cría, se notan dos puntos callosos en el sitio que deben ocupar los cuernos, y pasados algunos meses se van elevando los pitones, hasta quedar formada el asta. Parece inútil decir cómo va formándose ésta, de qué capas de tejidos sobrepuestos se componen y cuáles son sus prolongaciones;

pero bueno será expresar que constan de dos partes distintas: una interior, formada por dos prolongaciones huesosas que salen de las partes laterales superiores del frontal, que sirven de sostén ó soporte á la otra que ocupa el exterior, y es lo que llamamos cuernos. Como antes va referido, antes del mes de haber nacido el toro, ya le apuntan los pintones; á los diez ó doce meses se le marca un redondel ó círculo en el nacimiento del asta; antes de los dos años, otro, que es cuando empieza á contornearse y torcerse el cuerno; á los tres años, cuando la inclinación es mayor y visible, aparece otro círculo mucho más marcado que los anteriores, y que por desaparecer éstos poco á poco queda como el primero de los que cada año, hasta los nueve ó los diez, van señalándose en sus armas; de modo que para conocer la edad de un toro, no hay más que contar el número de círculos que rodeen sus cuernos, teniendo presente que el más inmediato á la punta es el primero que salió á los tres años. Más claro: dos rodetes ó círculos denotan cuatro años; tres rodetes, cinco; cuatro, seis años; cinco círculos siete años, y así sucesivamente.

**Cueto, Casimiro.**—Según dice un cartel, que conservamos, el día 7 de Julio de 1839 se celebró en San Luis de Potosí una gran función de toros, dedicada al señor general de brigada y comandante de armas del departamento, y en que se lidiaron cinco hermosos toros de la acreditada raza del Rancho de Bocas. En dicha fiesta debió dar Casimiro Cueto el salto mortal vendados los ojos. ¿Le daría?

**Cueto, Carlos.**—Desarrolló su afición, siendo banderillero, en la plaza de la escogida sociedad taurómaca del Jardinillo de Madrid, y como otros, se hizo luego torero. Trabajó alguna corrida en Sevilla y varias en Madrid, y desde hace mucho tiempo se retiró del redondel, donde pudo haber adquirido muchas palmas, y vive decentemente en esta capital.

**Cuevas y Otero, D. Federico.**—Nació en Sevilla el 30 de Agosto de 1849, y falleció en la misma ciudad el 5 de Septiembre de 1890. Inteligente aficionado que gozaba en la capital andaluza de muchas simpatías, siendo muy respetados sus juicios y apreciaciones en cuantos asuntos taurinos se le consultaban. Fué redactor revistero de *El Toreo Sevillano* cuando se fundó, en 1881, y el cual le fué cedido en 1883 por su director propietario, señor Gómez Quintana; colaboró antes en diferentes periódicos y cartas taurinas, y fué apoderado de

los diestros Antonio Carmona (*El Gordito*), José Cineo y Antonio Escobar, y su muerte fué muy sentida en Sevilla.



Sus escritos, aunque exentos de galanura y otras dotes satíricas, eran muy apreciados por los serios é imparciales.

**Culebro.**—Célebre toro de la ganadería que fué de D. Cipriano Ferrer, de Pina de Ebro, y que domesticó en los corrales de la plaza de Barcelona el joven aficionado catalán Serafin Greco (*Salerito*), el cual le dominó de tal manera, que á los dos meses le limpiaba con cepillo y se montaba en él. Al ser lidiado en aquella plaza el domingo 1.º de Septiembre de 1889, se mostró bravo y codicioso, rematando en las tablas, aguantando ocho puyazos y matando dos caballos; sin embargo de lo cual, *Culebro* fué indultado, porque *Salerito* saltó al redondel, y después de procurar que el toro le conociera, acercóse á él y en mitad del ruedo le tocó y acarició con la misma serenidad que en los corrales, á donde retiró al toro por sí solo.

**Cuna.**—Se llama así al espacio que queda entre las astas de los toros de punta á punta; de modo que, el que perseguido ó alcanzado por una res llegue á verse colocado frente al testuz y sin poder inclinarse á un lado ú otro por temor á una cornada, se dice que está ó va encunado.

**Cunero.**—Se llama al toro que no procede de casta conocida, ó mejor dicho, que no se sabe á qué ganadería pertenece. No deben admitirse los de esta clase para lidiarlos en plazas de alguna importancia.

**Cunha Silva, Antonio da.**—En 1873 trabajó en Portugal por primera vez, siendo mozo de forcado, y pocos años después se retiró de la arena.

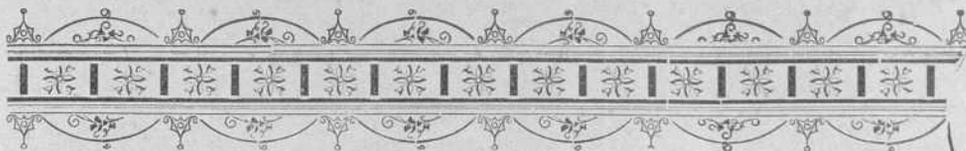
**Cunha, Menezes, D. Luis.**—Juzgándole como mozo de forcado no retribuido, no podemos ser con él duros. Harto hace.

**Cunha Menezes, D. José Manuel da** (*Lumiares*).—Pertenece á la nobleza antigua de Portugal, empezó á torear á caballo en 1888, y se ha retirado precisamente cuando todos cifraban sus esperanzas en que pronto sería una de las glorias portuguesas en tauromaquia. Tuvo ganadería propia y está reputado como uno de los mejores maestros de equitación.

**Curro, Mozo de.**—En Portugal son los hombres que con las varas, como en España con ellas y con ondas, salen al ruedo con los cabestros para recoger al toro que ha de volver á los corrales, después de lidiado: á no ser en corridas de aficionados ó de hidalgos, quienes salen á cumplir esa misión son los vaqueros del ganadero á que pertenecen los toros lidiados.







**Chacón, D. Juan.** — Caballero español, diestro en el arte de lidiar toros á caballo. Hablan de él casi todos los escritores que de toros se han ocupado, y le menciona especialmente Moratín, suponiéndole de una fuerza hercúlea.



**Chacón, D. Francisco.**—A fines del siglo pasado celebráronse en Antequera fiestas reales por la jura del Príncipe de Asturias, y en ellas se portó bizarramente este caballero, rejoneando cinco toros con tanto valor como inteligencia y maestría. Le apadrinó D. Ignacio Fernández Santisteban y Pacheco de Padilla.

**Chacón, D. Francisco.**—Entusiasta del toreo este malagueño, ya no existe, y al hablar de él, siempre se recordará la desgracia acaecida en Granada en 1868, cuando involuntariamente fué causante de la muerte de su compañero de estudios el malogrado joven Pellón. Estaba aquél trasteando un becerro en la hoy destruida plaza de la Maestranza, y Pellón quiso dar una vuelta tan inoportuna que al terminarla se clavó el estoque que, descansando sobre la muleta en la mano izquierda tenía el Sr. Chacón. El herido corrió hacia la barrera, sacándose él mismo el estoque, que le había perforado importantes órganos del vientre, y murió á poco, produciendo gran consternación entre todos los concurrentes.

Chacón, absuelto por los Tribunales, no volvió jamás á torear.

**Chacón, Pedro (Canalita).**—Es un chico valiente, que pica donde debe á los toros de puntas en novilladas. Puede ser algo si se aplica y atiende al caballo tanto como á las reses, porque en dicho punto es algo descuidado.

**Chamorro, D.**—Fué un picador notable en la cuadrilla de Pedro Romero, á fines del siglo último, figurando casi siempre en primer lugar. Hay otro

**Chamorro, Joaquín.**—Que no figura en primer lugar ni mucho menos, y eso que desde 1877, en que trabajó en la plaza de Sevilla, era ya tiempo de haberle conquistado.

**Chatobroco.**—Cabeza pequeña y redonda en su parte anterior: hocico recogido hacia el pecho; escasos cuernos y por ellos brocho, son las cualidades que diferencian de los demás al toro que los vaqueros y gente de campo dan este nombre. Rara vez se usa este hoy en día, como no sea en alguna provincia de segundo orden.

**Chatre (Suerte de capear á lo).**—(Véase TIRERA.)

**Chavarino, D. N.**—Rejoneador, como caballero en plaza, en las fiestas reales celebradas en Madrid en el año de 1833 por la jura de la Princesa de Asturias doña Isabel, luego reina de España. Fué apadrinado por la grandeza.

**Chaves, D. Angel R.**—Madrileño puro, que vive, piensa y escribe como han vivido y pensado los hijos de la capital de España; es decir, con el corazón, con franqueza, con galanura y con un patriotismo á toda prueba. Realmente, quien lea sus escritos, sin conocerle, los supondrá hijos de la imaginación de un literato de la época de Mesonero Romanos, Zorrilla, Duque de Rivas y Abenamar, porque describe escenas de antaño como el primero, caballerescas como los segundos y



taurinas como lo hizo el tercero, si bien con más ampliación de detalles que él, por efecto del mayor estudio que ha hecho del arte de torear. Hará próximamente cuarenta años que en la plaza vieja, adonde le llevaba de la mano su buen padre y excelente aficionado D. Manuel Rodríguez, le examinábamos de toreo y de cuanto al mismo se refiere, y el núcleo de aficionados que componían lo mejor de la afición entonces, quedaba contentísimo y celebrando la agudeza de ingenio del niño, que apenas sabía hablar. Desde aquella época no ha dejado de asistir á todas las corridas de toros celebradas en Madrid, ni á cuantas de provincias ha podido presenciar, con una atención siempre, que parece ensimismado reflexionando sobre la ejecución de las suertes, condiciones de las reses, etcétera, y esa observancia fija, constante y pertinaz por espacio de tantos años, ha hecho que hoy sea Rodríguez Chaves uno de los mejores revisteros y escritores taurinos. Su estilo es grave, serio y de

lógica convincente cuando el asunto lo requiere; ligero, sencillo y sin amaneramientos en muchos casos, y siempre imparcial y justo cuando le toca juzgar: esto es hablando de toros, que si de literatura se trata, es fluído, galano, de levantados pensamientos y correcto en la dicción. Aunque no le incluimos en este libro más que en el concepto de escritor taurino en diferentes periódicos de los que ha sido y es director, queremos advertir que sus producciones literarias son muy estimadas, y que en las varias que ha destinado al teatro ha conseguido verlas *todas* aplaudidas, prueba evidente de su talento y buen gusto. Cumplido caballero, es de finísimo trato y demasiado modesto para lo que en estos tiempos se acostumbra.

**Chaves, D. José** —Son bellísimas las pocas acuarrelas que hemos visto de este pintor representando tipos toreros. Creemos que es natural de Sevilla, donde reside, y ha dado gallarda muestra de su privilegiado lápiz en preciosos dibujos que ha publicado en el excelente periódico taurino *La Lidia*, de Madrid. Por lo demás, en obras al óleo se ha distinguido muchísimo, obteniendo premios en diferentes exposiciones celebradas en dicha capital andaluza. Es discípulo de aquella escuela de Bellas Artes.

**Chaves, D. Manuel.**—Revistero desde hace mucho tiempo en *El Mercantil Sevillano*, ha adquirido con la experiencia muchos conocimientos taurinos que, unidos á la seriedad é imparcialidad que imprime á sus revistas, hacen de él uno de los más inteligentes aficionados. Usa el pseudónimo de *Manolín*.

**Chavo, Bernardo.**— Aunque se hace mención de este capeador de toros en un libro de toreo como diestro en su ejercicio por los años de 1760 en adelante, nada hemos podido comprobar acerca de su mérito, que parece era notable. Consta en carteles de 1766, como perteneciente á la cuadrilla del matador Manuel Palomo.

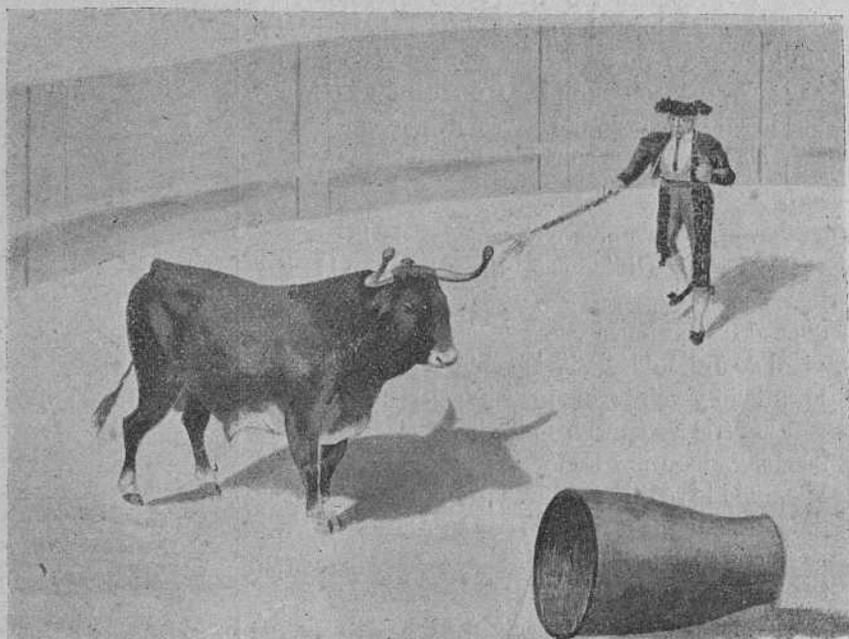
**Chico, Joaquín.**— Era un picador bastante regular. Nació en Madrid el 15 de Abril de 1843; fué esteroero, y abandonando el oficio, se hizo torero y

picó por primera vez en 1866, marchando á la Habana en 1873, con el matador de toros Angel Fernández (*Valdemoro*). Parece que á su regreso falleció en esta corte de grave enfermedad.

**Chiquero.**—Pequeño lugar ó sitio en que queda encerrado el toro antes de ser lidiado. Es el que tiene comunicación inmediata con la plaza, y recibe luz por el techo, por cuyo punto se coloca la divisa. Comunica primero con los toriles ó jaulones, y suelen los chiqueros estar colocados uno tras otro, sin que su número deba exceder de cuatro, divididos por puertas que se cierran por medio de cuerdas desde lo alto. Algunos llaman también toril al chiquero. Debe ser de reducido espacio, para que el toro no se revuelva con facilidad y se lastime, y en él se le tiene encerrado durante cuatro horas próximamente antes de darle suelta para la lidia.

**Chirivella, Pedro** (*Nerón*).—Matador de novillos con más ánimo que arte, y más desgracia que fortuna. Si ésta no le ayuda más que hasta ahora, valiérale más abandonar el oficio.

**Chispa fulminante.**—En novilladas suele darse muerte á alguna de las reses por medio de la chispa fulminante. Esta consiste en una especie de pelota ó bola, llena de una fuerte materia explosiva, que colocan bien asegurada al novillo entre las dos astas, sobre la nuca ó sitio de su descabello, impregnando aquella exteriormente de pólvora; de manera que al acercarse el lidiador ó persona en-



MUERTE CON LA CHISPA FULMINANTE. — MACÍAS

cargada de aplicarle fuego, lo verifica con un ce- bete á más de tres varas de distancia, y entonces, al inflamarse el exterior del petardo, estalla como una bomba y la res cae instantáneamente al suelo atontada ó muerta, necesitando siempre se la re- mate con la puntilla. Muchas veces hemos visto que por no tener suficiente fuerza la chispa fulmi- nante, estar mal colocada ó tener el novillo dema- siada resistencia, no ha surtido aquélla el efecto deseado, y á muy poco momento de caer el bicho al suelo ha vuelto á levantarse, siendo preciso ma- tarle con estoque.

**Choca.**—Así llaman, ó *cabresto*, en el vecino reino de Portugal, al buey manso, que como en España conduce y «arropa» á los toros para guiarlos á si- tío determinado.

**Chocero.**—Toro de la ganadería de D. Antonio Miura, vecino de Sevilla, con divisa verde y negra, que corriéndose en sexto lugar mató en Madrid al banderillero Mariano Canet (*El Yusio*) el día 23 de Mayo de 1875. Era el animal retinto, listón, ojo de perdiz, astillado del izquierdo, de pocas libras, pero de poder; tomó siete varas, mató dos caballos, le pusieron tres pares de banderillas, y lo mató regu- larmente y nada más José Sánchez del Campo (*Cara-ancha*).

**Chorreado.**—El toro que, sea cualquiera el color del fondo de su piel, tiene sobre él líneas vertica- les del mismo color aunque más obscuro, en lo cual se diferencia del averdugado, que puede tener las rayas de distinto color de su piel, pero solo negras en colorado, ó viceversa, y ser también transversales, lo cual no sucede en el chorreado. Un toro negro no puede ser chorreado porque no hay color más obscuro; pero un cárdeno obscuro puede ser chorreado por rayas negras, y un colo- rado claro por otras coloradas oscuras.

**Chorrero.**—Toro negro, chorreado, de la gana- dería de Lesaca y lidiado en primer lugar en la mag- nífica corrida que, para festejar á los Srmos. Du- ques de Montpensier, se efectuó en Málaga el día 6 de Julio de 1849. Recibió seis varas á toro levantado y veinte en rectitud; despachó seis ja- cos, luciéndose entre los picadores el famoso Gal- lardo, y el sin par Redondo lo brindó á SS. AA., hincando la rodilla derecha y pronunciando las si- guientes palabras: «Brindo por su Alteza Real, por su augusto esposo, por la infantita, mi señora, por toa la gente de Málaga y los forasteros.» La faena fué magistral: fuese derecho á la cabeza, cuadró con gracia la muleta, y con DOS PASES NADA MÁS, natural y de pecho, citó á recibir, dejándoselo á los

pies de una inmejorable estocada. Así debió morir tan bravo toro, duro y pegajoso en varas y boyan- te siempre. Redondo fué obsequiado con un bolso de seda que contenía dos onzas de oro, y á más con la ovación delirante que le hizo el público.

**Chulos.**—Los mozos de plaza que con traje de to- reró abren la puerta del toril, alargan banderillas y sirven á los toreros de á pie. Hay otros mozos sin aquel traje que están más directamente al ser- vicio de los picadores y cuidado de los caballos, guadarnés, etc., y á los cuales ha dado en llamár- seles «monos sabios.» En otro lugar de este libro va explicado el origen de este apodo último: antes vistieron uniformemente traje de pana, compuesto de pantalón y chaqueta iguales, faja y sombrero calañés: hoy visten pan- talón de paño azul, faja amarilla y blusa encarna- da con gorra del mismo color; pero los llamados propiamente *chulos* son los que visten el traje de toreros para dar las banderillas y para abrir el chi-



CHULO ARENERO



CARLOS ALBARRÁN (EL BUÑOLERO)

quero, de los cuales recuerdan los aficionados madrileños á *Lechuga* y *Medrano*, y á *Ramón* y *Albarán*, que lleva cerca de cuarenta años, sin más percance que la rotura de un brazo que le causó entre barreras un toro que le cogió el año de 1865 delante del tendido número 1.

Los dependientes de la gente de á pie fuera del ruedo son propiamente dicho, criados suyos, que los llevan los estoques y los capotes envueltos en un gran envoltorio: sólo en Valencia acostumbran para dicho fin usar una gran cesta ó capacho. Estos criados quédanse entre barreras durante la función, y estorban generalmente en dicho sitio, por no estar

metidos en los burladeros como debieran.



PORTA ESTOQUES VALENCIANO

**Churro.**—Toro de la ganadería de D. Vicente Martínez, de Colmenar Viejo, que en la noche del Jueves Santo, 29 de Marzo de 1877, entró en Madrid por la calle de Segovia y recorrió por espacio de una hora las principales de la parte O. de esta corte, atropellando á quienes encontró á su paso é hiriendo gravemente hasta seis personas, y á muchas más de menos gravedad. Era conducido en un jaulón, ó mejor dicho cajón de los destinados á este fin, desde la estación del ferrocarril del Norte á la del Mediodía, para enviarle á Zaragoza, donde debía lidiarse el día 1.º de Abril. Hallándose en la primera de dichas estaciones, rompió su prisión, despitorrándose el izquierdo, y murió á tiros en la calle de Bailén. Fué de buen trapío, de libras, bien armado, astiblanco del derecho, negro lombardo y joven. Cuando llegó á la calle de Bailén, después de atravesar la Plaza de Oriente, fué muerto á balazos desde una ventana y tras de una reja por un portero del ministerio de Marina llamado D. Francisco Flaquer y Sala, á quien un año y medio después se propuso por este hecho para su ingreso en la Orden civil de Beneficencia, concediéndosele al fin la cruz de tercera clase en el mes de Septiembre del año 1879.

Padrinos habrá tenido este señor, porque mucho premio nos parece para tan corta hazaña.







**Dabó, Antonio.**—Es madrileño, pundonoroso y honrado; pero no ha sido, es, ni será torero. Porque jugó a torear en la plaza de los Campos Eliseos, cuando Mazzantini ensayaba sus facultades, quiso nada menos que estoquear toros; probó en algunas novilladas y lo hizo mal y con retraimiento de la persona.

Suponemos habrá vuelto a su oficio de carpintero-ebanista, en que se distinguirá más que toreando.

MARIO F. Caballero

**Damas, Antonio.**—A fuerza de tiempo, pues empezó a clavar banderillas en 1837, consiguió un buen nombre en el toreo, este hijo de Portugal que murió en 1863.

**Damas, Francisco.**—Buen banderillero y excelente peón de brega portugués, que apareció en 1834, y después de trabajar con éxito en todas las plazas de su país falleció en 1878.

**Daverat, Paul.**—En 1878 se presentó este francés, vecindado en las Landas, á dar un prodigioso salto sobre los toros en la nueva plaza de San Sebastián. Colocose frente al toro á una regular distancia, le llamó, y partiendo en línea recta el uno contra el otro, llegaron el hombre cerca de la cabeza de la res, y cuando ésta iba á humillar, saltó aquél en la misma rectitud y cayó pasada la cola del animal, que siguió su viaje sin enterarse del punto adonde había ido á parar aquél; bien es verdad que cuando nosotros le hemos visto, una capa oportunamente colocada hizo seguir al toro su carrera. El salto es difícil, no sólo por la gran fuerza muscular que ha de tener el que le intente, sino que es indispensable medir bien el tiempo y los terrenos y ver llegar. No es suerte de tauromaquia escrita, aunque se ha ejecutado varias veces en España, y limitada la habilidad del hombre referido á lo que va dicho, es más bien una prueba de gimnasia que otra cosa. Llamáronle el más famoso *écarteur* de las Landas, y parece que dedicado constantemente á separar ó apartar el ganado vacuno que allí pasta, había adquirido, como otros de su país, la costumbre de esquivar las cabezadas de las reses salvándolas de un salto. Murió en Irún el 16 de Enero de 1890. Ya hace muchos años aparecieron en Navarra otros franceses, también de las Landas, ejecutando iguales saltos; pero no trabajando con toreros españoles conocedores del instinto de los toros, quedó reducida aquella cuadrilla francesa, compuesta de siete hombres, á sólo tres en muy poco tiempo, por haberlos inutilizado los toros navarros, más pequeños, pero de más sangre que los de su país. De entonces acá, la afición al toreo ha aumentado mucho entre los franceses, y celebran con frecuencia, especialmente en las plazas del Mediodía, como Cauderán, Mont de Marsan, Dax, Nimes, Cauterets y otros muchos puntos inmediatos á Bordeaux, Marsella, Bayona, Lyon, etc., grandes corridas en las que lidian á su modo, saltando y haciendo regates con bastante desenvoltura y martirizándolos también, como en la introducción de esta obra va descrito. Ahora tienen ya lidiadores *de oficio*, formando cuadrillas y contratándose, ni más ni menos que en España.

**Dávila y Heredia, D. Andrés.**—Caballero español de la época del reinado de Felipe IV, que dicen varios escritores era muy diestro en rejonear

toros. Es autor de un libro titulado *Estilo de torear y jugar cañas*, en el que, como en todos los de entonces, sólo se habla del toreo á caballo.

**Daza, D. José.**—Distinguido aficionado que en fines del siglo anterior era notable en picar toros con vara larga desde el caballo. Escribió mucho sobre equitación, y en especial aplicando al arte de torear diferentes reglas: pero no hemos hallado su publicación en parte alguna, debido sin duda á la escasez de ejemplares que de su obra existen. Sin embargo, afirma el Sr. Espinosa y Quesada, que parece es poseedor de un manuscrito que con el título de *El arte del toreo* hizo D. José Daza, que éste fué natural y vecino de la villa de Manzanilla, en el reino de Sevilla, según reza la portada de la obra, que lleva la fecha de 1778. Raro es que el Sr. Espinosa, residiendo en dicho pueblo de Manzanilla, no haya averiguado por medio de los libros parroquiales ó de otro modo las fechas del nacimiento de D. José de Daza, sobrino de un don Bernabé Morales de Daza, y tío á su vez de Rosalía Morales que toreó con la mantilla, en medio de la calle, á las reses que traían al encierro. Afirma esto el Sr. Espinosa y que la obra de Daza es un voluminoso manuscrito en folio, de buena y clara letra de la época, de varias manos, y dividido en dos tomos, y añade que contiene además noticias muy curiosas. Una obra de tal importancia debía ser publicada.

**Decollomb fils, Emery.**—Elegante caballero francés, que tiene especial aptitud para clavar rejones y banderillas en las plazas de su país. Así lo hemos leído.

**Defenderse.**—Se dice que un toro se defiende cuando mostrándose receloso desparrama su vista atendiendo á todos los bultos, pero sin acudir á ninguno, impidiendo que se le acerquen y tapándose. Casi siempre se ampara de las tablas aculándose á ellas para su defensa, y en esa colocación ha de considerársele de cuidado para cualquier suerte que se intente, y meterle en la cara el capote ó la muleta para que se consienta con el objeto y se fije en él solamente.

**Delantero.**—En las banderillas, el par colocado más cerca de la cabeza que de la cruz del toro, pero alto, es decir, en la línea de la médula espinal. En las estocadas, lo mismo; y en uno y otro caso suele acontecer que el motivo de estar así puestas aquéllas y éstas, consiste en no haberse metido bien el diestro en su terreno, ó en haberse

quedado el toro sin hacer nada por el hombre. En los puyazos no importa tanto que sean delanteros si son altos, porque si bien no son de mucho castigo tampoco estropean la res y sale ésta más fácilmente de la suerte.

**Delduque, Ignacio.**—Caballero rejoneador, natural de Setubal (Portugal), único punto en que le aceptan, porque en las demás plazas antójasele al público que no trabaja bien.

**Delgado y Guerra, José (Illo).**—Ningún torero en ninguna época ha tenido, como éste tuvo en su tiempo, tanta aceptación, tanta popularidad ni tanto prestigio entre todas las clases de la sociedad, que le atendían consideraban, y obedecían sólo por tenerle contento y oírle y cambiar con él sus palabras.

Su gracia personal, su lujo en el vestir, su excelente modo de proceder con todos, sus chistes con la gente encopetada, su generosidad con los desvalidos, su esplendidez con sus compañeros, y más que nada, su valor y destreza en la lid, hicieron de él, como ahora se dice, el niño mimado de su época.

No había mejor recomendación para la duquesa B..., para la condesa de P..., para el ministro D..., ó para el favorito G..., que la de *Pepe Illo*, á quien nada se negaba.

No permite la índole de este libro referir anécdotas, chistes ni chascarrillos en que, según la crónica, tuvo *Illo* tanta parte, y por eso hacemos punto y hablaremos solo de aquello á que estamos obligados.

Pero por eso no hemos de ocultar que, según pública voz y común opinión de entonces y ahora, más de una vez riñeron fuertemente, dando escándalo en la corte, encopetadas señoras de alta alcurnia, por lograr el cariño del jacarandoso torero sevillano.

Las manolas, que así se llamaban entonces las mozas de rumbo en Madrid, no desdeñaban tampoco los obsequios de *Pepe Illo*, y á todas, todas, agradaban su atención y su gracia, al menos toreando. Si él correspondía ó no á los deseos de las damas, cosa es no comprobada. De cierto no se sabe más que Delgado fué buen esposo y muy amante de su mujer, á quien consideró mucho. Lo demás... Dios lo sabe.

Han sido tantas y tan varias las versiones que hasta ahora se han dado acerca del verdadero punto de nacimiento de este célebre torero, que para fijarla claramente, desterrando toda duda, creemos conveniente insertar á continuación copia literal de la partida de su bautismo, tomada del libro 29,

folio 164 de la parroquia del Salvador, de Sevilla. Dice así: «En 17 de Marzo de 1754 años, yo, don Juan Martínez Romero, cura de esta colegial de Nuestro Señor San Salvador, de Sevilla, bapticé á Josef Matilde, que nació el día 14 de dicho mes á las seis de la mañana, hijo de Juan Antonio Delgado y de Agustina Guerra, su mujer; fué su padrino José de Missas y Juana Rodríguez, su mujer, vecinos de esta collacion, á quienes avisé las obligaciones que contraieron, y lo firmé fecha ut supra.—D. Juan Martínez Romero.»

*Pepe Illo*, pues, fué sevillano, y con ese documento quedan destruidas todas las afirmaciones hechas antes de ahora por distintos escritores, y por nosotros mismos, en la primera edición. Tradicionalmente se sabe que en sus años de juventud asistía con frecuencia al matadero, donde aprendió á sortear las reses bravas, hasta que, con la protección y lecciones del célebre *Costillares*, se dedicó por completo al arte de torear, ingresando en la cuadrilla de dicho su maestro, que tanto le distinguió siempre.

Su padrino, José de Missas, ¿sería el padre de los famosos Juan de Amisas ó Missas, picadores contemporáneos de *Pepe Illo*? No lo sabemos, ni la noticia es de tal importancia que merezca grandes investigaciones.

De tal manera aprendió *Pepe Illo* á ejecutar con facilidad las suertes, recortes, capeos y otros jugueteos, á que tanto se presta la escuela del *movido* é inquieto torero sevillano que heredó de su maestro, cautivando desde luego la atención del público alto y bajo, especialmente de aquel á quien no distraía tanto el reposado y sereno modo de torear de Pedro Romero, que cuantas ocasiones se le presentaban de lucirse las aprovechaba, sin reparar en las consecuencias que pudiera acarrearle una impremeditación; cuantas suertes hacía otro las repetía él, aunque no las hubiese estudiado: hasta llegó á recibir en muchas ocasiones toros que había citado tres y cuatro veces, sólo porque el toro anterior había sido *recibido* por otro espada. Así que, exaltado siempre su amor propio, aventurábase como nadie, y por eso fueron infinitas las cogidas que tuvo, y más de dos docenas las cornadas que recibió.

Su competencia con Pedro Romero le llevó muchas veces á donde no hubiera debido ir. Es verdad que el público, entonces como ahora y siempre, aclama y ensalza á aquel en quien ve buenos deseos de cumplir; pero cuando, lejos de fijarse en sí aquello que se intenta hacer por complacerle es practicable sin riesgo, prescinde de si éste existe y alienta al torero á que lo verifique, sean las que quieran las consecuencias, las excitaciones que aquel hace al lidiador son hasta criminales. Si esto no hubiera sucedido, *Pepe Illo* tal vez no se hu-

biese determinado en más de una ocasión á hacer suertes en que brillaba mucho más que él Pedro Romero; del mismo modo que la grave prudencia de éste le hacía no intentar nunca lances que pudieran salir mal consumados, y, por lo tanto, perjudicar su reputación.

De estas mal llamadas competencias tiene la culpa, según hemos dicho, el público, que siempre hace degenerar una plausible y noble emulación en detestable y ruin envidia.

Empezose entonces por separar el cariño que en el ruedo deben tenerse recíprocamente los toreros. Dijose que los de Ronda no habían hecho

suerte; pero los dos no la practican del mismo modo.

En este arte, como en todos, hay instintos, genios y talentos privilegiados que van delante de los demás, sin que nadie pueda remediarlo ni oponerse á ello. No intente ninguno hacer lo que no haya estudiado bien.

Como el modo de torear de *Pepe Illo*, lo mismo que el de su maestro *Costillares*, ó sea el de la que llaman *escuela sevillana*, es, si no viene acompañada del de la llamada *rondeña* (cosa difícil, aunque no imposible, de poseer por igual), menos seguro con toros revoltosos y de algún *sentido* que con los sen-



*De la galería del Excmo. Sr. Duque de Veragua (copia por Moreno Rodríguez)*

más que perfeccionar las suertes que eran, propiamente dicho, patrimonio de los Romeros. Y se pensó y efectuó la división entre éstos y los sevillanos, que toreaban haciendo más uso de los pies y de los *quiebros* que los rondeños.

Dióse, pues, el nombre de escuelas distintas á las que realmente eran una sola, y sola seguirá siendo, porque los preceptos, las reglas de la una, no los anula, ni siquiera los excluye, la otra. Que un lidiador, según sus facultades, su inteligencia ó su valor, intente y ejecute suertes que otro no se atreve á hacer, no significa que el arte sea distinto para el uno que para el otro. Lo que para este puede ser fácil y sencillo, para aquel parecerá difícil de ejecutar. Ambos saben cómo se hace la

cillos ó *boyantes*, ambos diestros pidieron en las corridas celebradas en 1789, cuando la jura del rey Carlos IV, que no se corrieran toros de Castilla por lo resabiados que estaban... Pero como Romero se comprometió á matar cuantos de aquella clase se presentasen, la superioridad quedó desde entonces en él, que en su vida taurómaca probó «que, con serenidad, y no saliéndose de las reglas del arte, se matan todos los toros de cuantas condiciones se presenten.»

Tan cierta fué esa superioridad, que, habiendo otorgado *Pepe Illo*, en Sevilla, el 12 de Enero de 1784, una escritura ante el escribano don Antonio Manuel de León, por la cual aceptó el nombramiento de *primer* matador de espada que le ha-

bía dispensado la Real Maestranza de Caballería de dicha ciudad, obligándose él á trabajar en todas las funciones de toros que en la plaza se celebrasen, con preferencia á cualquiera otra, y por precio de 9.500 reales vellón al año, que había de cobrar concluidas que fuesen las ocho fiestas de cuatro días de costumbre, sin pedir más salario, aunque se celebrasen más funciones; y otra escritura en 9 de Marzo de 1793, ante el notario don José de Robles y Quixada, declarando en esta que asistiría y mataría, «con otro compañero que se ponga de igual mérito al suyo», los toros que se lidiasen en la plaza de Cádiz durante el plazo de cuatro años, y que «por cada corrida se le había de pagar la misma cantidad que percibiese el matador Pedro Romero, vecino de Ronda, cuando concurra en su compañía», reconoció indudablemente la superioridad que decimos, cuando en la misma última fecha citada de 9 de Marzo de 1793 otorgó ante el mismo notario Robles otra escritura, diciendo que, aun cuando en aquel mismo día había estipulado con el asentista de la plaza de Cádiz que había de percibir por cada corrida la misma suma que se abonase á Pedro Romero, se conformaba con que le dieran noventa y cinco pesos de á quince reales vellón, que es el mismo que ha tomado en las anteriores funciones de Cádiz, comprendiendo en dicha cantidad el gasto de ida y vuelta á Sevilla, y que *aun cuando Pedro Romero cobre mayor suma, no ha de tener derecho para pedir el exceso.*

No puede presentarse prueba más concluyente de la competencia entre ambas espadas y de la primacía de Romero.

Aquellas Funciones Reales trajeron cola.

Desde entonces aumentó la emulación que con Romero tenían *Costillares* y *Pepe Illo*; pero es una coincidencia rara que éste tuviese tal aversión á matar toros castellanos, y que uno de éstos fuese el que con él acabase doce años más tarde del en que pidió su proscripción.

El suceso trágico, aunque descrito en elegías, romances y sonetos de aquella época, no lo ha sido en ninguna parte tan minuciosa y claramente como en una carta escrita entonces por un célebre aficionado, de la que nos permitimos copiar algunos trozos, seguros de que lo han de agradecer nuestros lectores.

«Siempre que se han corrido toros de dicha clase ha presenciado el público idénticas contingencias, como nos lo recuerda la triste memoria de los muchos que han sido víctimas de ellos, y sobre todo, la que acabamos de experimentar. Únicamente me propondré por ahora hablar del mencionado séptimo toro, que fué el que causó el terrible sacrificio de que se hará la más comprensible demostración. Sólo recibió tres ó cuatro varas, á las que entró siempre huyendo de los caballos,

por ser para éstos demasiado cobarde. Después, con mucha maestría, le puso un par de banderillas el aplaudido Antonio de los Santos, y seguidamente le clavaron otros tres pares Joaquín Díaz y Manuel Jaramillo. Luego se presentó á matarle José Delgado; le dió tres pases de muleta, los dos por el orden común (ó despidiéndole por su izquierda), y el restante, de los que llaman *al pecho*, con lo cual se libertó del apuro contra los tableros, en que le encerró la mucha prontitud con que se revolvió el toro, algo atravesado de resultas de haberle dado el segundo pase no hallándose puesto aquél en la mejor situación. Estando ya en la fatal de la derecha del toril, á corta distancia de él, y la cabeza algo terciada á las barreras, se armó el matador para estoquearle, le tanteó citándole, ó llamándole la atención á la muleta (deteniéndose ó sesgándose algo más de lo regular), se arrojó á darle la estocada á toro parado, y le introdujo superficialmente como media espada por el lado contrario ó izquierdo. En este propio acto le enganchó con el pitón derecho por el cañon izquierdo de los calzones y le tiró por encima de la espaldilla al suelo, cayendo boca arriba. Bien porque el golpe le hizo perder el sentido, ó por el mucho con que pudo estar para conocer que en aquel lance debió de estar sin movimiento, es lo cierto que, careciendo de él, se mantuvo en dicha forma interin le recargó el toro con la mayor velocidad, y ensartándole con el cuerno izquierdo por la boca del estómago, le suspendió en el aire, y campaneándole en distintas posiciones, le tuvo mucho más de un minuto, destrozándole en menudas partes cuantas contiene la cavidad del vientre y pecho (á más de diez costillas fracturadas), hasta que le soltó en tierra, inmóvil y con sólo algunos espíritus de vida. Esta la perdió enteramente en poco más de un cuarto de hora, en cuyo intermedio se le suministraron todos los socorros espirituales que son posibles á la piedad más religiosa. Aunque sorprendidos los compañeros del desgraciado á presencia de una tan pavorosa catástrofe, y conociendo ser realmente poco menos que inevitable el riesgo de perecer á que se exponían para quitar la fiera de la intermediación á él, ya casi cadáver (en un paraje tan sin recurso en aquel caso como es el de la puerta del toril), superó á esta previsión de su evidente precipicio el ardor con que se metieron en él, mudando con las capas la situación del toro. También lo emprendió, en cuanto le fué dable, el celo de Juan López, procurando ponerle una vara *á caballo levantado.*»

Y luego añado dicha carta en otro párrafo:

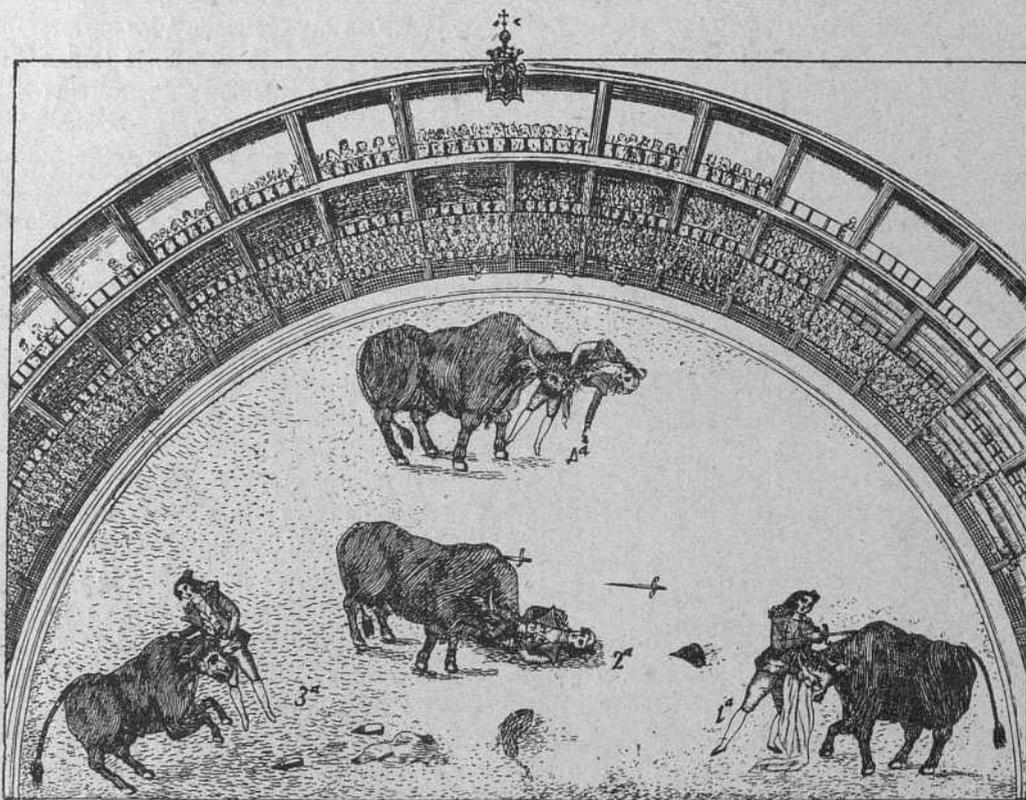
«Muchos son los lances que pudieran individualizarse, en que constantemente dió pruebas nada equívocas de su sin ejemplar valor el héroe de esta trágica memoria, con singularidad después de ha-

ber sido gravemente herido con veinticinco cornadas en todo el cuerpo, (en otras tantas azarosas suertes) que, repetidas en todo el cuerpo, recibió en el discurso de su vida; pero en ninguna comprobó más su gran presencia de ánimo que en la última, en que, con admiración, le vimos forcejear sobre los brazos, apoyadas las manos al pitón que le tenía atravesado, para desprenderse de él, hasta que ya quedó con la cabeza y demás miembros descoyuntados, caídos y hecho un objeto de la mayor compasión. Esta se renovó en la mañana de hoy, por las innumerables gentes que ocupaban las dilatadas plazas y calles que hay desde el Hospi-

titulado *La Tauromaquia* ó *Arte de torear*, que es el mejor y más extenso de los hasta entonces publicados.

Hemos dicho que le dictó, porque Delgado no sabía escribir, y sólomente trazaba su mano firmas mal hechas que dicen: «Josep Illo», y que son las que ponía en sus contratos; así que es casi seguro que bajo su inspiración se escribió, pero también lo es que él no lo hizo.

Un conocido novelista ha asegurado que la mujer de José Delgado se llamaba María del Popolo. Puede ser, aunque la firma que puso en la nómina en que consta el pago de su haber á aquel in-



MUERTE DE «PEPE ILLO». — Lámina de 1801

tal general, en que estaba depositado el cadáver, hasta la parroquia de San Ginés, en que fué sepultado y conducido con una laudable y edificante profusión, dispuesta por la gratitud de su amado discípulo é inseparable compañero Antonio de los Santos.»

Pocos detalles podemos añadir nosotros á los mencionados en esta carta. Diremos, sin embargo, que el lugar del enterramiento de *Pepe Illo* lo fué en el patio ó atrio que da entrada á la iglesia de San Ginés por la calle del Arenal, y que vivía en la calle del Carmen, esquina á la de la Salud, paralela á la de la iglesia, y que hoy, edificada de nuevo, está señalada con el número 14 moderno.

En el año de 1796, cinco antes de su desastrosa muerte, dictó y publicó con su nombre un libro

afortunado por la corrida en que murió, sólo dice «María Salado,» y en la partida del matrimonio que celebraron en 2 de Junio de 1774 en la colegial de San Salvador, de Sevilla, sólo se dice María Salado, natural de esta misma ciudad, hija de Juan Salado y de María Domínguez. De esta unión conyugal hubo dos hijos llamados José y Antonio, el primero casado al tiempo del fallecimiento de *Pepe Illo*, y ambos menores de veinticinco años en aquella fecha. En el testamento que con poder de su marido otorgó María Salado en 12 de Junio de 1801 ante D. Antonio Hermoso Mínguez, y en la partición de bienes que en su consecuencia se practicó en 17 de Enero de 1803, se distribuyeron los bienes que en liquido, después de pagadas deudas, importaron 185,399 reales,

entre la viuda que percibió la mitad como bienes gananciales, y la otra mitad entre dichos dos hijos.

Sabrà tal vez alguno de nuestros lectores que el primero de los hijos de *Pepe Illo* lleva en los documentos posteriores al fallecimiento de éste, y aun en el poder para testar que otorgaron ambos cónyuges en 7 de Abril de 1800, el antenombre de «Don», lo cual no sucede con su hermano. Pues bien, eso es debido, según afirma algún autor, á que el hijo referido obtuvo del Príncipe de la Paz, por influjo de su padre, una charretera en el ejército y que por haberse distinguido en la guerra que España sostuvo con los franceses á fines del siglo anterior, fué ascendido á capitán.

Apuntaremos para concluir una rara coincidencia. Próximamente en el mismo sitio en que murió *Pepe Illo*, distante del toril de la plaza vieja de Madrid en la puerta de Alcalá, como á unos seis metros, frente al tendido número, 6, otro toro inutilizaba para la lidia, sesenta y ocho años después, á otro simpático diestro, muy querido del público madrileño, llamado Antonio Sánchez (*El Tato*). De ambas cogidas tuvo la culpa la impremeditación.

¡Lástima que un temerario arrojo privase tan pronto á las lidias taurinas de tan esforzado campeón como fué José Delgado!

**Delgado, Antonio Javier.**—Fué un buen pegador portugués hasta que para ello le faltaron fuerzas: entonces se dedicó á poner banderillas, en cuya suerte se distinguió bien poco. Tuvo el pobre la desgracia de entrar de mozo de forcado en una cuadrilla que trabajó en la plaza de Alde-

gallega el día 5 de Junio de 1892, y al *pegar* un toro, llevó tan fuerte golpe que, conducido á la enfermería, murió en ella á las pocas horas.

**Derramar la vista.**—Se dice del toro cuando la esparce mirando sucesivamente á varios bultos y después la fija en uno solo. En este caso, dice *Pepe Illo*, es muy importante que los toreros no se opongan á su intención, antes bien le dejen libre la salida; pues es cierto que donde el toro fija la vista se dirige á acometer. No vemos nosotros, sin embargo, tanto peligro en esperarle, si hay el valor y la serenidad suficientes para verle llegar.

**Derrengar.**—Lastimar demasiado el espinazo de las reses, á fuerza de recortes, capotazos ó pases en redondo. Si es conveniente quitar pies al toro con verónicas ó navarras, y en la muerte con pases en redondo, cuando se revuelve con mucha ligereza y hay en él pujanza y poder, también es perjudicial que por abusar del trapo llegue la res á la muerte, derrengada; porque con ella no hay lidia lucida.

**Derribar.**—*A la falseta.* Acosada que sea una res, fuera ya de la piara, marcha el jinete tras de aquélla á una distancia proporcionada, ó sea de veinte á treinta varas, poco más ó menos, sesgándose hacia el costado ó anca derecha del animal. Cuando el jinete lo considera oportuno, ya porque el terreno en que se encuentre sea más á propósito para el caso, ya porque la res vaya muy acosada y se observe que no vuelve la cara, mete espuelas al caba-



SUERTE DE DERRIBAR EN CAMPO ABIERTO. — MACÍAS

llo fuertemente, describe en su carrera un arco de modo que al concluirle se encuentra cerca de los cuartos traseros de la res, y entonces, enristrando la vara ó garrocha, que deberá coger todo lo más larga posible, mete la puya en el nacimiento de la cola, y haciendo fuerza, para lo cual le ayudará mucho unirse bien al caballo y seguir el impulso de éste, derriba al suelo á la res. Teniendo un caballo fuerte y ligero, y manejándole bien, la suerte es sencilla, porque el único inconveniente que hay que evitar es el de encontrarse con que la fiera, á mitad de carrera ó más en corto, vuelva la cara y ocasione un encontronazo, que siempre debe evitarse.—*A la mano.* Este modo de derribar es lo mismo que el anterior, pero tomando el jinete la izquierda de la res; de manera que es menos usado y más difícil de ejecutar, á no ser que el jinete sea zurdo ó ambidextro.—*De violín.* Si difícil es derribar á la mano, lo es mucho más de esta suerte, que se ejecuta lo mismo que las precedentes, pero puesta la garrocha por encima del cuello del caballo. En aquéllas, si la fiera se vuelve y acomete, puede el jinete espararla y ponerle en el morrillo un puyazo más alto ó más bajo; pero en ésta pocas veces le dará tiempo para cambiar la garrocha y tomarla bien, puesto que ésta y las riendas van contrapuestas, y entonces es inevitable el atropello y caída.—También se derriban las reses de menos pujanza igualando el caballo con las mismas, cogiéndolas el jinete por la cola, y apretando aquél, que es una forma muy adoptada por los gauchos en América. Como se hace perder terreno á la fiera, cae prontamente al suelo. Pero aunque esta suerte es fácil y lucida, sólo debe hacerse con reses de poco poder, con un caballo de fuerza y por un jinete de buen brazo. La garrocha que para derribar se usa es más ligera, más delgada y algunas veces más larga que la de detener. Nosotros, oído el parecer de personas competentes, aconsejamos que al pinchar á la res se cuide de observar si ésta va en aquel instante con el anca levantada, porque es la mejor ocasión para derribarla. Es bonita diversión y muy animada.

**Derrote.**— Véase HACHAZO; pero obsérvese que, aun cuando lo mismo en el derrote que en el hachazo se entiende que el toro le da al levantar la cabeza, la palabra derrote se usa con frecuencia para significar que es muy alta la cabezada, y casi siempre la da el animal para taparse en las suertes é impedir le coloquen palos ó estoque. No comprende esta voz el *Diccionario* de la Academia.

**Desacorralar.**—Entre toreadores sacar el toro á campo raso ó en medio de la plaza, haciéndole de-

jar el sitio donde se resguardaba. Esto dice la Academia: nosotros á dicho acto le llamamos simplemente «soltar el toro» ó echarle de los corrales.

**Desafiar.**—Se dice que el toro desafía, cuando, parado y fijándose en los bultos, escarba la arena, cabecea, se encampana y luego se humilla, tapándose y juntando el hocico con el suelo. En tal estado nunca debe intentarse suerte alguna, mas que llevarse al toro con los capotes á otro lado.—También se usa cuando el espada, en la suerte de recibir, cita á la res con la muleta, desafiándola á que entre ó acometa.

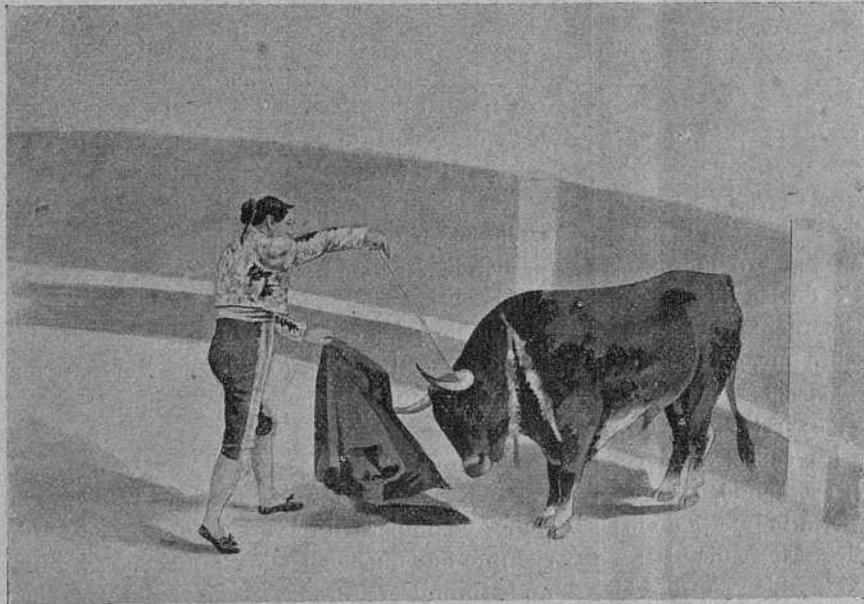
**Desahijar.**—Apartar en el ganado las crías de las madres, lo cual se verifica por lo regular cuando aquéllas cumplen cinco ó seis meses, ó menos tiempo, según el adelanto en que se hallen.

**Desarmar.**—Se llama así cuando, al entrar el toro al picador en la suerte de vara, se encampana, se tapa ó se cierne, y derrotando antes de llegar, evita el puyazo, haciendo que el torero marre. Lo mismo se dice cuando por enganchar con los pitones la muleta, se la quita al espada, y también al arrancarse éste á herir, si el animal se tapa derrotando.

**Desbecerrar.**—Quitar á las vacas sus becerros, destetándolos. Debe cuidarse de que la época y la ocasión sean oportunas, y hacer con las ubres de las madres las operaciones convenientes para que no padezcan por la abundancia de la leche.

**Descabellar.**—Esta suerte es muy sencilla y fácil si el toro está humillado y completamente incapaz para embestir, en cuyo caso el matador coloca la punta del estoque entre las dos astas, en medio del nacimiento de los anillos que forman la médula espinal, poniendo la muleta bastante baja y próxima á la cara del toro. Si éste no humilla, puede pincharle un poco en el hocico; pero no tantas veces que le haga desangrarse, y también echarle un capote por debajo del mismo, á fin de conseguirlo, y entonces ha de aprovechar el momento oportuno; en inteligencia de que si el animal no baja la cabeza, permaneciendo tapado ó cubierto, es inútil, y aun expuesto, intentar el descabello; porque, como dice muy bien *Pepe Illo*, aunque el toro se halle peleando con la muerte, viéndose próximamente molestado de un objeto, le acomete con increíble energía. Debe advertirse

que nunca ha de intentarse descabellar sino cuando el toro se halle herido de muerte, y por no haberle tocado la espada ninguna de aquellas partes que terminan su vida más pronto, permanece en pie en completo estado de extenuación. Por lo demás, es suerte muy lucida.



SUERTE DE DESCABELLAR. — MACÍAS

**Descepase.**—Expresa el acto de romperse el toro un asta por la raíz ó nacimiento de ella precisamente, porque si se le rompe por el tercio superior ó por la mitad, quedará mogón, pero no descepado. Si el toro á quien esto suceda, por efecto de un gran golpe, sigue acometiendo y prestándose á la lidia, debe continuar ésta; pero si se echa, debe rematársele con la puntilla para ser arrastrado. Pasa turno para el espada únicamente cuando ha habido lidia, poca ó mucha, con la res. Equivale esta voz á la de DESCORNARSE.

**Descompuesto.**—Aunque la Academia no da más definiciones que las de inmodesto, atrevido y descortés, en lenguaje taurómico quiere decir inquieto, sin aplomo, sin serenidad, atolondrado.

**Descordar.**—Se llama descordar, y el toro queda descordado, cuando el matador le clava el estoque precisamente en la especie de anillos que forman juntos el cordón ó médula espinal, y por cortar ésta cae la res sin poderse levantar. Prueba esto que el espada apuntaba bien y merece aplauso; pero no debe equivocarse, ni con descabellar, que es en el nacimiento de la médula y causa instantáneamente la muerte, ni con atronar, que es lo

mismo, pero con puntilla. La Academia usa en muy distinto sentido esta voz.

**Descornar.**—El acto es muy común en que un toro, hiriendo fuertemente un objeto duro, se rompa un asta de raíz. Excusado es decir que en el caso de que por dicha circunstancia quede inútil para la lidia, porque desangrándose caiga á poco rato, debe morir con la puntilla; pero bueno es advertir que no ha de ser retirado por los mansos, sino concluir la lidia, como á ella se preste. Salvo el caso de imposibilidad de matarlos á estoque, los toros que *salen* del chiquero á la plaza no deben *salir* de ésta más que arrastrados por las mulas.

**Descubrirse.**— Cuando el toro baja la cabeza para acometer. Cuando el to-

rero de á pie no da buena dirección al capote ó la muleta para señalar al toro la salida, y queda, por lo tanto, á cuerpo descubierto. Cuando el picador, por no unirse bien al caballo, cae delante del toro y no detrás del jaco.

El primer momento debe aprovecharle el lidador para herir antes de que cese la humillación; en el segundo caso, ya que no ha tenido habilidad para empapar al toro, acuda á hacer con su cuerpo lo que no supo con el trapo, y en el último, tenga presente que un buen jinete ha de ir siempre unido al caballo, y que no atravesándose en la suerte es muy difícil quedar en el suelo en primer término.

**Desgarrar.**—Se dice que á un toro se le desgarrar, cuando efectivamente el picador rasga la piel del animal con la garrocha en más ó menos extensión. Suele esto suceder por venir el toro suelto y de pronto; algunas veces por estar vaciadas y cortantes las puyas, y en muchas ocasiones por culpa del picador, al no coger bien la garrocha y pinchar sin conciencia.

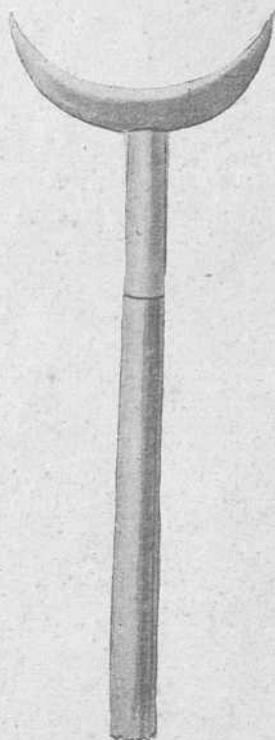
**Desigual.**—El toro que cambia sus condiciones varias veces durante los tres naturales estados que

tiene en la lidia. El diestro que, por cuidarse poco del esmero que siempre debe tener en cumplir bien su cometido, hace en ocasiones suertes brillantemente ejecutadas, y otras con tal torpeza ó abandono que forman singular contraste. El par de banderillas que ha sido colocado con demasiada distancia entre uno y otro palo.

**Desjarretar.**—Es el acto de cortar los tendones de las piernas á los toros que los matadores ó espadas no han podido matar con estoque. Por lo repugnante y desagradable que es verla ejecutar, ha sido suprimida hace bastantes años en la plaza de Madrid, y creemos que en todas ó la mayor

parte de las de España. Ultimamente era costumbre que, si el diestro no conseguía matar al toro, se retiraba á éste por los cabestros al corral, asomando, sin embargo, á la puerta de los toriles la media luna (acto también suprimido después), que así se llama el arma con que ahora y antes se ha hecho la operación de desjarretar. Dicho instrumento consiste en un palo como el de la garrocha ó vara de detener, que en su lugar describimos, y en uno de sus extremos colocado como una media luna de acero cortante en su borde cóncavo; pero antiguamente, ó sea por los siglos XV

y XVI, la que usaban los cazadores de toros llamados cimarrones en las Indias Occidentales, eran «garrochas largas de veinte palmos que en la punta tienen una arma de fierro, de hechura de media luna, de agudísimos filos, que llaman *desjarretadera*, con la cual (dichos cimarrones) acometen á las reses al tiempo que van huyendo, é hiriéndolas en las corvas de los pies, á los primeros botes las desjarretan». Así la describe un autor del siglo XVI, y D. José de la Tijera afirma que, para las grandes matanzas de millones de toros que hacen en Buenos Aires, con el único objeto de aprovechar sus cueros, se valen del arbitrio de acosarlos ó correrlos, y en este precipitado acto desjarretarles desde el caballo el pie izquierdo con una guadaña ó media luna.



**Despedir (al toro).**—Con la garrocha, es el momento en que el toro, empujado por la fuerza del picador, ó por ser blando al hierro, sale de suerte. Con la capa y con la muleta, es cuando el diestro da la salida al animal por derecha ó izquierda, pero sin recogerle en los vuelos, es decir, dándole salida larga y desviada.

**Despejo.**—El acto en que, antes de empezar la corrida, salen los alguaciles á caballo, unas veces solos y otras delante de tropa ó fuerza pública á hacer salir del ruedo al público, á quien se permitió entrar en él. En Madrid antiguamente, y hoy todavía en algunas plazas, los concurrentes salían, y salen efectivamente, de puertas afuera; ahora queda el despejo reducido á la fórmula de enviar, digámoslo así, á cada individuo á ocupar su localidad respectiva, puesto que no penetran en el ruedo más que los que la tienen adquirida.

**Despitorrado.**—El toro que tiene roto, pero no roto, cualquiera de los dos cuernos, ó ambos, siempre que quede en ellos punta. Este defecto no le impide ser toro de cartel. La Academia no comprende esta voz en su *Diccionario*. Los inteligentes en ganado, usándola, dan á conocer la diferencia que hay entre astillado y despitorrado, diciendo que aquél es cuando el cuerno forma astillas, y el último cuando algunas de éstas se han caído, y queda sin revestir el pitón.

**Destronque.**—El que sufre el toro al ser coleado, ó sea el daño que recibe por efecto de la retorcadura de la cola, que sin duda alguna se le comunica á toda la médula espinal. Ya decimos en la palabra correspondiente que se quita mucha pujanza al toro coleándole, y que no debe esto hacerse sino en graves casos. Explica la Academia esta palabra, diciendo que destroncar es cortar ó desconjuntar el cuerpo ó parte de él; y, en nuestro concepto, no perderíamos nada con que se ampliase la definición en el sentido en que la explicamos. También se dice que queda destroncado el toro cuando, por efecto de capearle ó pasarle de muleta muy ceñido y en redondo, se le quita fuerza en las patas y se le rinde; rara vez debe permitirse que con el capote se destronque al toro recortándole, digan lo que quieran los toreros modernos, que tanto abusan del capote á dos manos, y los ignorantes que los aplauden.

**Díaz, Juan.**—Varilarguero acreditadísimo á mediados del siglo precedente, que con sólo anunciar

su nombre formábanse esperanzas de ver grandes corridas, ó al menos cosas notables en el arte de torear á caballo.

**Díaz, Cristóbal.**—Era un jefe de cuadrilla que trabajaba á fines del siglo pasado en plazas de segundo orden. El año de 1792 se presentó en Madrid en una novillada, y todavía en 1814 figuraba en nómina de la plaza de esta corte. En este año ganaba 15 duros por toda la corrida de mañana y tarde, como último banderillero.

**Díaz, Cristóbal.**—Notable banderillero de la cuadrilla del desgraciado *Pepe Illo* en fines del siglo anterior. No es el mismo que toreó por su cuenta en novilladas en 1792, de que ya hemos hablado. A este le llamaban *El Manchego*.

**Díaz, José.**—Uno de los banderilleros que en la plaza de Madrid presenció el trágico fin de su maestro *Pepe Illo*, en el año 1801. No hemos podido comprobar exactamente si se llamaba como va dicho, ó Joaquín, como está escrito en otros documentos. Sólo nos consta que uno de este último nombre actuó de espada en la plaza de Sevilla el 1.º de Mayo de 1813. Tal vez sean dos sujetos distintos.

**Díaz, Manuel.**—Picador de toros en los últimos años del pasado siglo. Este torero era en su época de lo más notable y aventajado en su arte, en términos de que la Real Maestranza de Sevilla, por su buen comportamiento en la corrida de 27 de Octubre de 1782, le regaló *media onza*, como propina, además del salario y traje convenidos de antemano.

**Díaz, Julián.**—Gran caballista fué este picador, allá por los años del 15 al 25 de este siglo, según nos tienen referido aficionados que le conocieron.

**Díaz, José (El Mosca).**—Si como banderillero no se distinguió en la cuadrilla de Montes, fué en cambio una notabilidad como puntillero. Es el que mejor ha rematado los toros, tirándoles por detrás la puntilla.

**Díaz, José (Mosquita).**—Hubo un puntillero de este nombre, notable en su profesión; y un espada de igual nombre, apellido y mote murió en la

Habana el año de 1845 de resultas de una herida que recibió en la corrida celebrada allí el 28 de Junio. Suponemos fuesen dos distintos sujetos tal vez parientes.

**Díaz, Juan Manuel.**—Desde muy pequeño tuvo afición á los toros, en términos de que, siendo menor de ocho años, se distinguió dando el salto de la garrocha en las corridas de becerros que hará unos cincuenta años celebraba en Madrid nuestra aristocracia en la posesión del Sr. D. Joaquín Fagoaga. Después fué banderillero en la Sociedad del Jardinillo, y excitado por los aplausos, dejó su oficio de tapicero, y protegido por *Cúchares* llegó hasta sobresaliente de espada, retirándose á poco de darse á conocer. Tenía simpatías y buen arte, era hijo de Madrid, nacido en la calle de Toledo, guapo y de buena educación. A ruegos de su familia dejó el toro y volvió á ejercer su oficio de tapicero, en que era muy aprovechado. En la lidia fué sereno, fino y concienzudo, pero frío para ser tan joven: había en él afición, pero no entusiasmo.

**Díaz, Gaspar.**—Hermano mayor de Manuel Díaz (*Lavi*) y de menos agilidad y recursos que éste. Esperaba de tal modo á las reses, ó se iba á ellas de largo, que sus estocadas eran certeras en lo general, y sobre todo tremendas, es decir, hasta el puño. No rayó á gran altura por su inteligencia. Era valiente, bravo y temerario con unos toros, retraído, y á veces receloso, con otros, si bien eran los menos. Tenía gran fuerza, poca actividad para los quites á los picadores, sin duda por efecto de su pesada corpulencia ó porque no se creyese suficientemente capaz para ello; buena voluntad para la lidia en general, y era muy sufrido y prudente con el público cuando le apostrofaba. Fué natural de Cádiz, y trabajó en Sevilla por primera vez como espada el día 1.º de Septiembre de 1839.

**Díaz, Manuel (Lavi).**—Es más difícil de lo que á primera vista parece calificar acertadamente el mérito que pudo tener este celebrado matador de toros; porque *Lavi* fué el payaso del toreo, y en este caso no merecía figurar al lado de los grandes maestros y de los matadores que hoy están más en boga; pero también hizo cosas toreando que muchos envidiarían.

Fué, pues, una nombradía la suya que aun dura y durará por algún tiempo; no fué un notable matador de toros, considerado y juzgado con arreglo al arte; pero tampoco su nombre ha pasado tan ignorado en la historia taurómaca que no

suene aun en los oídos de los aficionados. Todos recuerdan su nombre y ninguno le desprecia.

Sér inconsciente que por instinto, costumbre ó rutina, hacía á veces cosas de buen torero, y otras de menos valer las rehuía y esquivaba hasta con miedo. Hombre incomprensible que en la arena tanto tenía de malo como de bueno, y que lo mismo recibía con alegría infantil los aplausos de los espectadores que con lágrimas y cara compungi-

éste era negro. Preocupación de raza, que mil veces le hemos oído decir no podía desechar, ni de ella prescindir. Había soñado, ó le había pronosticado alguna gitana, al decirle sin duda la buenaventura, que un toro negro le causaría la muerte, y cuando le tocaba estoquear á alguno de dicha pinta, se azaraba y atropellaba como el matador más novel y menos experimentado, y en cambio se presentaba fresco y guapo con las de-



da las más ruidosas y ostensibles muestras de desagrado.

Un gitano, nacido en Cádiz en el año de 1812, y, como todos los de su clase, sumamente impresionable. Predominaba en él siempre el deseo de complacer al público, ejecutando cuanto este le pidiese, supiese ó no, y tuviese ó no facultades para ello. Alguna vez, sin embargo, no podía ser complaciente, y lo decía en voz alta; porque *Lavi* era, como ninguno, comunicativo con el público. Si entonces le llamaban cobarde, que es la palabra que más le ofendía, lo sentía extremadamente, pero continuaba siéndolo, hasta que otro toro reemplazaba al que tenía delante, sobre todo si

más reses, y hacía con ellas payasadas, que unos reían y otros criticaban, pero que al mismo tiempo que ridículas denotaban valor y confianza.

A esta mezcla inverosímil de valor y cobardía, de arte y de ignorancia, de extravagantes gestos y estrambóticas palabras, atribuimos nosotros su renombre. Entre sus compañeros fué en ocasiones objeto de sus burlas y chacotas, pero en lo general, bien querido y apreciado por todos; porque *Lavi* era dócil, buen compañero y sencillote: seguía el rumbo que le marcaban, y su aire bonachón prevenía á favor suyo. Hubo entonces, sin embargo, quien dijo que no era oro todo lo que relucía, y que á *Lavi* le sobraba de tosca malicia

cuanto de entendimiento le faltaba. No lo sabemos. Si hubiéramos de apreciar esto con justicia, de necesidad era que hubiéramos tratado íntima y frecuentemente á *Lavi* en sus tiempos, y nosotros de este modo no hemos tenido el gusto de tratar á ningún torero. Y aun así y todo, ¿tan fácil es conocer el corazón humano? Lleva uno toda su vida conociendo y considerando como amigo al que cree que lo es en realidad, y suele un amargo desengaño matar en un minuto las ilusiones de siempre: ¡conque cómo hemos de juzgar por apariencias!

Es verdad que alguna vez sus palabras y aun su conducta indicaban que tenía, según se dice en Madrid, mucha gramática parda; pero lo primero podía ser casual, y lo segundo seguir el derrotero que sus amigos le marcaran. De todos modos, esto importa poco para su vida de torero: es un accidente digno de tenerse en cuenta, y nada más.

Para probar que como nosotros pensaban muchos, he aquí el juicio que mereció á un antiguo aficionado de Madrid su trabajo en esta plaza. —«*LAVI*.—Como acreditado clown grotesco, sabe este diestro lo suficiente para agradar al público, y lo que no le presta la inteligencia, se lo da su dureza y bravura. Salta y brinca, saluda y *recorta*, capea y descabella á los toros, si no con gracia, con afición y fortuna; y todo esto y sus brindis le han granjeado muchas simpatías, que él sabe sostener y aumentar como nadie. En la hora de la muerte no es tan mal diestro como algunos le suponen: sabe pararse en jurisdicción, mejorar el terreno, dar los *pases* en corto, cambiarse en la cabeza, y otras cosas que algunos que la echan de maestros no hacen aunque las comprendan. Sin creerse superior á nadie, le es sin disputa en muchos lances; pero se confía tanto y es tan torpe para las huidas, que las más veces se salva, aun en las continuas cogidas que sufre, casi milagrosamente. Mejor que aparecer cobarde, quiere ser temerario, aun á riesgo de su vida; y aun cuando nunca le diremos que se eche para atrás, le insinuaremos, por si lo entiende, que en un buen medio está la virtud.» A este juicio sólo tenemos que decir que su autor juzgó á *Lavi* antes de verle matar toros negros. Si le hubiera visto una vez frente á uno de éstos, le hubiera desconocido.

También se hubiese reído, y no poco, escuchando la conversación que con las fieras sostenía. —No zeas ladrón,—decía muchas veces á un toro;—aplómate y déjate matar, que tengo cinco hijos. Otras veces:—¡Ah, tunante!—decía.—¿Te cuelas para coger? *Pus* mira, te voy á *diñar* mulé antes de que lo huelas y lo cuentes á tu *mare*.—Y un día que mataba un toro del cura Lamorena se le oyó decir al citarle para recibirle «entra, presbítero.»

Si fuéramos á referir los brindis, saludos y con-

versaciones que sostenía con los concurrentes, autoridades, toreros y toros, que él suponía le entendían, sería el cuento de nunca acabar. Porque, sobre ser muchísimos sus extravagantes dichos, causaban más risa por su estupenda ignorancia que los ingeniosos del célebre Manolito Gázquez.

No podía servir para director de plaza porque no era respetado; y en su profesión, más de una vez cedió su antigüedad y puesto de alternativa á espadas más modernos. En las funciones reales celebradas en Madrid el año de 1846 trabajó como espada delante de Juan Lucas Blanco; por cierto que al primer toro que rompió plaza le arrancó en seguida *Lavi* del morrillo la preciosa moña que ostentaba, y la ofreció á la reina Doña Isabel II, diciéndola: «Zañora, ézta ez la primera moña que V. M. tiene la honra de recibir de mi mano.»

Después trabajó en casi todas las plazas de España con general aceptación, y en la de la Habana, donde tuvo un buen ajuste. De la Isla de Cuba pasó á Méjico, cuyos naturales le hicieron tantas demostraciones de simpatías y agrado, que el hombre, entusiasmado al referirlo á sus amigos de Sevilla tan luego como regresó, dijo:—Si *gielvo* allá, *estrono* de *siguro* al rey de aquella tierra.

No volvió precisamente á Méjico (sin duda por evitar revoluciones), pero marchó á Lima, donde murió de grave enfermedad el año de 1858, á los diez días de su llegada. Era de regular estatura, grueso, pero ágil, moreno, sin expresión alguna en su rostro más que cuando le animaban los aplausos. Fué padre de numerosa familia.

**Díaz, Manuel** (*Lavi*).—Sirvele de recomendación el nombre de su padre. Se atreve á matar toros, y hace sus correrías por pueblos, ciudades y capitales, ganando lo que puede. Pára, hijo, pára, y nos agradecerás el consejo, que tu toreo es fino, buena tu mano izquierda y te arrojas por derecho. Si tuvieras más estatura podrías atreverte á matar toros con más confianza, que inteligencia no te falta, pero no harás prodigios.

**Díaz Jiménez, Juan**.—Gaditano como todos los diestros de su apellido, nieto del *Lavi* y hermano de Manuel Díaz Jiménez, conocido allí por *El Habanero* y por Manolito el *Lavi*. En la cuadrilla denominada de *Niños gaditanos* hacía de segundo espada en 1872, demostrando ser más valiente que su hermano, pero no tan fino ni tan inteligente. Después fué á América y su nombre parece ya olvidado en absoluto.

**Díaz, Gaspar.**—Banderillero y matador de cuatreños y novillos. A todo hace, según se le gobierna. No le falta valor, es juguetón con los toros, y si aprendiera al lado de buenos maestros, sería algo, porque es joven y tiene voluntad. Es de la familia de los *Lavis*; pero no sabemos si es hijo de Gaspar ó de Manuel. Se ha eclipsado hace algunos años y no hemos vuelto á oír hablar de él, de manera que cuanto al principio decimos no le ha servido para nada.

**Díaz, Juan.**—Natural de Coria del Río. Trabajó en algunas plazas como picador por los años de 1848 en adelante. Cuando nosotros le vimos trabajar encontramos en él un hombre inteligente y duro, valiente sin temeridad y bien puesto. Tardaba en salirse, pero castigaba. Parece se estrenó en la plaza de Sevilla el día 30 de Julio de 1848 con muy bien éxito.

**Díaz Santa Ana, Joaquín** (*Timiri*).—En 1872 falleció este banderillero portugués, que sin haber sido notabilidad en el arte logró adquirir, para sí, universales simpatías.

**Díaz, Francisco** (*Paco de Oro*).—Es un matador alto y buen mozo. En su país llámáronle de Oro; en el resto de España no sabemos de qué metal será. Se presenta bien ante la fiera para matar, á los pocos pases se descompone, demuestra inseguridad al liar y se tira saliéndose de las reglas del arte. Tiene pundonor, sin embargo, y si el público muestra desagrado procura corregirse. No es tan malo, que en ciertas plazas y dentro de su categoría deje de ser muy aceptable; pero no le quieren, han salido muchachos nuevos valientes y temerarios y han obscurecido á los demás. Empezó en Sevilla el 10 de Junio de 1877.

maba los palos como el estoque, y que, sin ser malo completamente, puede decirse que ni pinchaba ni cortaba. No era el arte lo que más le acompañaba, pero sí el valor. Por sobra de éste, falleció el desgraciado en San Martín de Valdeiglesias, villa de la provincia de Madrid, el día 11 de Septiembre de 1881, á las ocho de la mañana, á consecuencia de la herida en un muslo que le causó el día anterior el tercer toro que se lidió en dicho pueblo al saltar del callejón de la barrera al redondel. Tenía treinta y dos años, era casado y con hijos, y antes de dedicarse al toreo fué dependiente de la acreditada farmacia del Sr. Bañares, sita en la calle de San Bernardo, de Madrid, de lo cual le viene el apodo antedicho. Lo mismo en España que en Montevideo, donde lidió con buena fortuna algún tiempo, confeccionaba por sí mismo sus trajes, prueba evidente de su habilidad y economía.

**Díaz, Ponciano.**—Hijo de D. Guadalupe Díaz y doña María Jesús Salinas, natural de Atenco (Mé-



**Díaz, Mariano** (*Boticario*).—Era un torero que andaba de pueblo en pueblo, que tan pronto to-

jico). La circunstancia de producirse en este punto ganado de nombradía, fué aliciente para que

Ponciano dedicase su afición á la lidia de reses bravas, formando más tarde en la cuadrilla de Bernardo Gaviño como banderillero durante seis meses, presentándose á esta fecha como matador ó jefe de cuadrilla, el 15 de Abril de 1859, en la plaza de Puebla, á la edad de veintiún años.

Sus cogidas han sido: una en Durango (América), pareando á caballo en Mayo del año 1883; otra en Santiago Isanguistengo, y otra en Méjico.

Regular estatura, negro pelo, tez morena, ojos expresivos y cargado un tanto de hombros, hé aquí el retrato de Ponciano.

Tomó la alternativa de manos de *Frasuelo* el 17 de Octubre de 1889, y demostró valentía, arrojo y más conocimiento de la índole de las reses que la que le habíamos supuesto, pero advirtiéndose en él el modo de torear en Méjico; frío unas veces y audaz en otras. En lo que se distingue especialmente es en el mánaneo y pealeo, acoso y derribo de reses y banderilleo á caballo, es decir, en todo el jaripeo de su país, no en el toreo español.

**Díaz, Enrique.**—Banderillero de mediados del presente siglo, de poco nombre aunque de muchas facultades.

**Díaz, Julio.**—Empezó su carrera como picador en Sevilla en 1866, alternando con Manuel Gallardo, y despues ha sido corta su vida torera, para lo mucho que prometía ser, especialmente como jinete.

**Díaz, Gabriel.**—Puntillero muy moderno que trabaja en las novilladas de Madrid, de donde dicen es natural.

**Díaz Francisco.**—En 12 de Octubre de 1856 trabajó este picador por primera vez en la plaza de Sevilla, sin llamar la atención por malo ni por bueno. Hace más de treinta años que no hemos oído hablar de él.

**Díaz, Eduardo.**—Va para picador de toros: ya trabaja en novilladas y se colocá bien en el caballo, no á la suerte; pero con el tiempo... ¿quién sabe?

**Díaz, Manuel** (*Aqualimpia*).—Uno de tantos principiantes que se dedican al toreo con varia fortuna. Mata algunos toros en novilladas, con fe, sin conocimientos, con sobra de audacia y sin temor de lo que pueda ocurrir en la lidia.

**Díaz, Casto.**—Torero aragonés, de bastante destreza y valentía. Tanto le daba poner banderillas como matar toros, á todo se acomodaba; pero en nada demostró conocimiento de las reglas del toreo. Ha muerto hace pocos años.

**Díaz Calderón, Antonio.**—Picador moderno, que habiendo adquirido fama en América quiere darse á conocer en España como entendido. De buena casta viene, que es sobrino de los famosos Calderones; pero esto no basta, hay que apretar y buscar trabajo más continuo, que toreando media docena de corridas al año no se hacen verdaderos diestros.

**Díaz, Antonio** (*Valeriano*).—Es un novel picador de toros en novilladas, que quiere pero no sabe. Tal vez le confundamos con otro «Eduardo» de igual apellido, porque se dan casos de poner en los carteles distintos nombres á unos mismos individuos.

**Díaz, José** (*Niño de Morón*).—En su tierra dicen que mata toros en novilladas. Estudie mucho no sea que se quede como el gallo de su pueblo.

**Díaz, Frutos** (*Fortuna*).—Que Dios te dé la que necesitas. Mira que para picar toros es preciso saber más de lo que parece, y que no basta la voluntad.

**Díaz, Fernando** (*Manchequito*).—Pone banderillas, sin que se le pueda llamar torero. Es muy moderno en las novilladas.

**Díaz, Eduardo.**—Uno de tantos como se presentan á picar toros fiados en su valor y en la Providencia. Una vez le hemos visto y no advertimos en él nada que nos hiciera concebir esperanzas favorables.

**Díaz, Juan.**—Picador, que hizo su presentación por primera vez en Sevilla el 9 de Septiembre el año de 1877. ¿Cuál fué su suerte?

**Diego, Francisco de** (*Covito*).—Banderillero de mucha voluntad y buenos deseos. Es sereno y ligero, y sólo le falta la inteligencia que se adquiere con la práctica continuada al lado de maestros. Cubre su puesto en cualquier cuadrilla; pero te-

nemos de él formada la idea de que no ha de ser más de lo que ya es.

**Diestro.**—Véase TORERO; pero entiéndase que nosotros sólo llamamos así al que es aventajado en la profesión. Moratín y otros de aquellos tiempos llamaban profesores á los toreros, luego se les llamó más comunmente lidiadores, y ahora se abusa mucho del nombre de diestros. De estos hay pocos, lidiadores muchos y de los primeros suma escasez.

**Dieu, Ciprian de.**—Es un francés, peón de lidia, que trabaja con cuadrillas españolas en las plazas de la vecina República. Tiene gran entusiasmo por nuestra fiesta nacional y es valiente; corre los toros por derecho; pero en lo demás... hay que ir con calma y precaución.

**Díez, D. Joaquín.**—Pintor de historia, cuyos preciosos cuadros del apartado de toros en la Muñoza, un tentadero de becerros en Tablada y otros varios han llamado la atención de los aficionados. Fué natural de Sevilla, donde murió en Octubre de 1879.

**Dios, Antonio de (Conejito).**—Tu apellido te ampare y te ilumine para que aprendas á ser buen matador, ya que parece te llama por ese camino;



y cuando sepas andar con soltura al lado de las reses y hayas cobrado fama de buen torero, entonces podrás estoquear con mejor éxito que el

que has obtenido hasta ahora donde como matador te has presentado. Los valientes llegan, si estudian, y tú lo eres, manejas bastante bien el trapo y parece tienes voluntad; pero hacerse matador sin saber pinchar por derecho, nada más que por ejercer mucho los desplantes y adornitos, eso es un estilo que, aunque se *estile* en Córdoba, debe olvidar todo buen torero. De quien en tu tierra ha descollado y te apadrina puedes aprender mucho, y de otros que no son de allí observar cómo entran á matar para imitarlos.

**Dios, Antonio (Zurdo).**—Puntillero novel que no se da mala maña para el oficio.

**Dios, Antonio de (Come-arroz).**—Picador de toros en novilladas, muy nuevo y que aparenta tener regulares condiciones, según dicen. ¿Serán hermanos estos tres últimos lidiadores? Parece que, si esto fuera, no los habrían puesto el mismo nombre; es muy posible que en carteles y revistas hayan cambiado sus nombres y apellidos. No hemos visto trabajar más que al matador de toros *Conejito*; á los otros dos, no.

**Dirección.**—La de la lidia corresponde al primer espada, que debe poner en ella sumo cuidado, si el conjunto de la fiesta ha de dar buen éxito en las diferentes suertes de que consta. Toda la gente de á pie y de á caballo debe estar subordinada al jefe de las cuadrillas. Llámase así también la marcha ó viaje que toma el toro ó el diestro en cualquier lance, y aun la colocación que tiene el estoque ya clavado en la res, calificándola de recta, ida, atravesada, etc.

**Divisa.**—Son las cintas de uno ó más colores sujetas á un pequeño arpón que se clava al toro en el cerviguillo momentos antes de darle suelta de los chiqueros al redondel. Deben ser las cintas de menos de setenta centímetros de largo, y se les coloca desde la claraboya abierta en el techo de dichos chiqueros, uniendo para ello á un palo largo las cintas arrolladas á su alrededor, y dejando descubierto el pincho ó arpón, que un mayoral clava desde arriba con poco esfuerzo. El objeto de la divisa se comprende fácilmente que es distinguir unas ganaderías de otras; y aunque muchos aficionados conocen á la simple vista la casta de los toros por su trapío, equivocándose pocas veces, no puede po-



nerse en duda la conveniencia del uso de aquella señal. Es lástima que los ganaderos no hayan conservado, como debieran, el color que desde un principio usaron los que formaron primitivamente cada una de las castas, y de este modo se hubiera evitado la confusión que hoy existe, nacida de la alteración repetida, no una, sino muchas veces, que han sufrido los colores de las divisas. Comprendemos que cuando las vacas bravas y toros padres proceden de distintas ganaderías y se cruzan las castas, los becerros y toros que forman nueva torada lleven también nueva divisa, porque realmente empieza en ellos otra ganadería; pero que por el solo hecho de cambiar de dueño haya de cambiar también de colores, no nos lo explicamos. Discúlpalo algunos, diciendo que en ocasiones suele echarse á las vacas algún toro de otra ganadería acreditada para ver de mejorar las castas, y al toro que de este cruce procede se le cambia la divisa, y no á los demás de la piara; mas prescindiendo de lo acertado ó no que pueda ser este procedimiento, no encontramos razón bastante para aquella alteración, puesto que, en realidad, la ganadería no ha cambiado. Tampoco hay fundamento para cambiar las divisas porque una ganadería se parta ó divida entre dos ó más interesados, toda vez que, pertenezca á quien quiera, la ganadería y su origen son los mismos. Es más de sentir la referida alteración en castas acreditadas y de fama que en las de poco nombre y de desiguales condiciones, pues al fin éstas poco pierden, y aquéllas, por el contrario, cada vez que cambian de color en las divisas tienen que ir adquiriendo nuevo renombre. Lo que dejamos ex-

puesto basta para que nuestros lectores comprendan la gran dificultad que existe en reunir los datos y antecedentes necesarios á designar los colores de cada una de las ganaderías; pero á fuerza de mucha paciencia y consulta de antiguos datos, y sin perjuicio de relacionar éstas en el lugar correspondiente, hemos podido hacer la designación de los colores que en las divisas han usado desde el pasado siglo las principales castas de España, sin que pretendamos por eso que sea completo nuestro trabajo, puesto que la índole del mismo y las muchas dificultades que para formarle hemos tenido que vencer las apreciarán en su buen juicio nuestros lectores. En la voz *Moña* explicamos lo que son las divisas que suelen usarse en la mayor parte de las plazas de España cuando se dan corridas cuyos productos son para beneficencia ó en grandes solemnidades; y lo hemos dejado para aquel sitio, porque consideramos la divisa de aquellas condiciones más como un objeto de adorno y de lujo que de distintivo de castas, aunque se atemperen en el uso de los colores á los designados por los ganaderos. Mas de uno hemos conocido estableciendo en los contratos de venta de sus reses la cláusula de que no se les pongan moñas de lujo, porque su gran volumen hace que los toros se resabien y atiendan á lo que llevan encima mejor que á lo que se les pone de frente. El estado que sigue es el más extenso que se ha publicado hasta el día, como que comprende divisas usadas desde que principiaron las corridas de toros por lidiadores de profesión, con los nombres y vecindad de cada uno de los dueños de las vacadas, en las siguientes provincias de España:

| PUEBLOS | NOMBRES DE LOS GANADEROS | COLOR DE LAS DIVISAS |
|---------|--------------------------|----------------------|
|---------|--------------------------|----------------------|



Albacete

|                        |                          |                            |
|------------------------|--------------------------|----------------------------|
| CAPITAL .....          | Conde de Valparaíso..... | Azul.                      |
| <i>Alcaraz</i> .....   | José Vicente Baillo..... | Encarnada, verde y blanca. |
| <i>Peñascosa</i> ..... | Higinio Flores.....      | Encarnada, celeste y caña. |
|                        | Sabino Flores.....       | Blanca y encarnada.        |
|                        | Agustín Flores.....      | Blanca, azul y encarnada.  |

| PUEBLOS                               | NOMBRES DE LOS GANADEROS | COLOR DE LAS DIVISAS |
|---------------------------------------|--------------------------|----------------------|
| <i>Vianos</i> .....                   | Gil de Flores.....       | Naranja y blanca.    |
|                                       | Fructuoso Flores.....    | Naranja y blanca.    |
|                                       | El mismo.....            | Naranja.             |
|                                       | Martín Magín Moreno..... | Verde.               |
|                                       | Dolores Flores.....      | Naranja.             |
| <i>Villanueva del Arzobispo</i> ..... | Tomás Marín y Marín..... | Verde y naranja.     |
| <i>Villapalacios</i> .....            | Ezequiel Martínez.....   | Naranja y blanca.    |

### Alicante

*Orihuela*..... | Francisco Valdemoro..... | Celeste.

### Ávila

|                                |   |                                   |                 |
|--------------------------------|---|-----------------------------------|-----------------|
| CAPITAL.....                   | { | José Bello.....                   | Blanca.         |
|                                |   | Benjamín Arrabal.....             | Verde y blanca. |
| <i>Navas del Marqués</i> ..... |   | Marcelino Bernaldo de Quirós..... | Blanca.         |
| <i>Tiemblo</i> .....           |   | José Maqueda.....                 | Blanca.         |

### Burgos

*Pancorbo*..... | Galo Quintana..... | Encarnada y azul.



### Cáceres

|                          |  |                              |                       |
|--------------------------|--|------------------------------|-----------------------|
| <i>Alcántara</i> .....   |  | Marqués de Coto-Real.....    | Azul.                 |
| <i>Baños</i> .....       |  | Manuel José Caridad.....     | Dorada y verde.       |
| <i>Berrocalejo</i> ..... |  | Juan Gutiérrez.....          | Escarolada.           |
| <i>Coria</i> .....       |  | Viuda de González.....       | Grana.                |
|                          |  | Juan Manuel Fernández.....   | Encarnada y verde.    |
| <i>Trujillo</i> .....    |  | Jacinto Trespalacios.....    | Verde y encarnada.    |
|                          |  | Santiago Martínez.....       | Encarnada y amarilla. |
|                          |  | Francisco Arjona.....        | Encarnada y amarilla. |
|                          |  | Marqués de la Conquista..... | Encarnada y verde.    |
|                          |  | Agustín Solís.....           | Encarnada.            |
|                          |  | Juan Quesada.....            | Verde.                |

| PUEBLOS | NOMBRES DE LOS GANADEROS | COLOR DE LAS DIVISAS |
|---------|--------------------------|----------------------|
|---------|--------------------------|----------------------|



|                           |                                       |                                |                 |
|---------------------------|---------------------------------------|--------------------------------|-----------------|
| CAPITAL.....              | Jerónimo Alszua.....                  | Encarnada.                     |                 |
|                           | Baltasar Hidalgo.....                 | Encarnada.                     |                 |
|                           | Juan Aguilar.....                     | Blanca.                        |                 |
|                           | Juan Francisco Rivera.....            | Amarilla y celeste.            |                 |
|                           | Juan José Zapata.....                 | Celeste y blanca.              |                 |
|                           | Francisco de Paula Cansino.....       | Lila y caña.                   |                 |
|                           | Pedro Zapata.....                     | Morada y negra.                |                 |
|                           | Ildefonso Núñez de Prado.....         | Pajiza y blanca.               |                 |
|                           | Alfonso Carrero.....                  | Morada y negra.                |                 |
|                           | Alonso de Prados.....                 | Azul.                          |                 |
| Arcos de la Frontera..... | Pedro Moreno Rodríguez.....           | Celeste, amarilla y encarnada. |                 |
|                           | María Antonia Espinosa.....           | Blanca.                        |                 |
|                           | Juan Moreno.....                      | Amarilla, blanca y verde.      |                 |
|                           | Juan José Zapata.....                 | Celeste y blanca.              |                 |
|                           | El mismo.....                         | Encarnada y celeste.           |                 |
| Benaocaz.....             | Francisco Pacheco Núñez de Prado..... | Pajiza y blanca.               |                 |
|                           | Juan Tavares Cabrera.....             | Verde.                         |                 |
|                           | Cantillana.....                       | Antonio Pueyo.....             | Verde y blanca. |
|                           |                                       | Jerónimo Angulo.....           | Lila y plata.   |
|                           | José Hormigo.....                     | Verde y caña.                  |                 |
|                           | Duque de San Lorenzo.....             | Celeste y blanca.              |                 |
|                           | Joaquín Barrero.....                  | Encarnada, blanca y caña.      |                 |
|                           | Vicente Romero.....                   | Encarnada y celeste.           |                 |
|                           | Bartolomé Morales.....                | Caña y rosa.                   |                 |
|                           | Cayetano Rivero.....                  | Blanca y negra.                |                 |
| El mismo.....             | Encarnada.                            |                                |                 |
| Jerez de la Frontera..... | Marqués de Villamarta.....            | Verde botella y oro viejo.     |                 |
|                           | Condesa Viuda de Montegín.....        | Negra.                         |                 |
|                           | Viuda de D. Francisco Amaya.....      | Negra.                         |                 |
|                           | Joaquín Virués.....                   | Encarnada.                     |                 |
|                           | PP. de la Cartuja.....                | Verde.                         |                 |
|                           | PP. de Santo Domingo.....             | Blanca y negra.                |                 |
|                           | Francisco La Riva.....                | Celeste y blanca.              |                 |
|                           | Francisco Romano.....                 | Amarilla.                      |                 |
|                           | Francisco Aranda.....                 | Celeste y negra.               |                 |
|                           | Pedro de Torres.....                  | Negra.                         |                 |
| La Presilla.....          | Balbino Martín.....                   | Verde y negra.                 |                 |

| PUEBLOS                           | NOMBRES DE LOS GANADEROS       | COLOR DE LAS DIVISAS       |
|-----------------------------------|--------------------------------|----------------------------|
| <i>Medina Sidonia</i> .....       | Domingo Varela.....            | Verde y blanca.            |
|                                   | Jerónimo Martínez Enrile.....  | Blanca y caña.             |
|                                   | Francisco Mota.....            | Blanca y caña.             |
|                                   | Francisca Velázquez.....       | Amarilla y encarnada.      |
|                                   | Bartolomé Muñoz.....           | Amarilla y encarnada.      |
| <i>Puebla</i> .....               | Eustaquio de la Carrera.....   | Morada y verde.            |
|                                   | José María Albareda.....       | Dorada y blanca.           |
|                                   | Pedro Echeverrigaray.....      | Dorada y blanca.           |
|                                   | José María Herrera.....        | Encarnada.                 |
|                                   | Antonio Sánchez.....           | Dorada y blanca.           |
| <i>Puerto de Santa María</i> ...  | Mercedes Espinosa.....         | Blanca.                    |
|                                   | Francisco Ortega.....          | Negra.                     |
|                                   | Francisco Gallardo.....        | Encarnada y verde.         |
|                                   | El mismo.....                  | Dorada y blanca.           |
|                                   | Viuda de Larraz.....           | Blanca y oro.              |
| <i>Rota</i> .....                 | Miguel Martínez..              | Encarnada y celeste.       |
|                                   | Gaspar Montero.....            | Dorada y blanca.           |
|                                   | Domingo Crespo.....            | Negra y caña.              |
|                                   | Francisco Trapero.....         | Morada.                    |
|                                   | José de Vargas.....            | Celeste.                   |
| <i>Tarifa</i> .....               | Antonio Villalba.....          | Verde y amarilla.          |
|                                   | Dolores Gutiérrez.....         | Verde y encarnada.         |
|                                   | Beatriz Horta.....             | Dorada y encarnada.        |
|                                   | José Prado.....                | Celeste y encarnada.       |
|                                   | José María de Prados.....      | Encarnada.                 |
| <i>Vejer de la Frontera</i> ..... | Juan de Pareja.....            | Blanca y encarnada.        |
|                                   | Antonio Machorro y Toledo..... | Azul.                      |
|                                   | Francisco Bernar.....          | Lila.                      |
|                                   | Juan Castrillón.....           | Encarnada y amarilla.      |
|                                   | Eduardo Shelly.....            | Celeste y encarnada.       |
| <i>Zahara</i> .....               | Antonio de Mera.....           | Azul y encarnada.          |
|                                   | El mismo.....                  | Celeste.                   |
|                                   | Joaquín Castrillón.....        | Azul y encarnada.          |
| <i>Zahara</i> .....               | Rafael Surga.....              | Celeste y encarnada.       |
|                                   | Basilio Peñalver.....          | Encarnada, blanca y verde. |



|              |                              |            |
|--------------|------------------------------|------------|
| CAPITAL..... | { Alvaro Muñoz y Teruel..... | Encarnada. |
|              | { El mismo.....              | Verde.     |
|              | { Diego Muñoz y Pereiro..... | Verde.     |

| PUEBLOS                                          | NOMBRES DE LOS GANADEROS        | COLOR DE LAS DIVISAS    |
|--------------------------------------------------|---------------------------------|-------------------------|
| CAPITAL.....                                     | Gaspar Muñoz.....               | Verde.                  |
|                                                  | Alonso Pedro Maldonado.....     | Blanca y rosa.          |
|                                                  | Juan Maldonado.....             | Blanca y rosa.          |
|                                                  | José Maldonado.....             | Blanca y rosa.          |
|                                                  | José Ceballos y Linares.....    | Celeste y carmesí.      |
| <i>Alcázar de San Juan</i> ....                  | Francisco Marañón.....          | Encarnada y blanca.     |
|                                                  | Conde de las Cabezuelas.....    | Encarnada y blanca.     |
|                                                  | Diego Antonio Guerrero.....     | Azul y blanca.          |
| <i>Almodóvar del Campo</i> ....                  | José Salido.....                | Celeste y turquí.       |
|                                                  | Juan Pablo Gutiérrez.....       | Amarilla y verde.       |
|                                                  | Juan Julián Gutiérrez.....      | Amarilla y verde.       |
| <i>Calzada de Calatrava</i> ....                 | Ramón Antonio Sierra.....       | Escarolada y verde.     |
|                                                  | José López Torrubia.....        | Encarnada y azul.       |
| <i>Granátula</i> .....                           | Benito López Torrubia.....      | Celeste y rosa.         |
|                                                  | Francisco de P. Gutiérrez.....  | Celeste y rosa.         |
| <i>Loyos (?)</i> .....                           | Francisco España.....           | Azul.                   |
| <i>Moral de Calatrava</i> ....                   | Juan José Solance.....          | Blanca.                 |
|                                                  | Agustín Salido.....             | Verde.                  |
| <i>Piedrabuena</i> .....                         | Nicolás Gómez.....              | Escarolada.             |
| <i>Puerto Lápiche</i> .....                      | Bernardo Gómez Calcerrada.....  | Celeste y rosa.         |
| <i>Torrenueva</i> .....                          | Francisco Ignacio de Yepes..... | Blanca.                 |
| <i>Valdepeñas</i> .....                          | Andrés Tercero.....             | Encarnada y escarolada. |
|                                                  | Marqués de Navasequilla.....    | Blanca.                 |
| <i>Villamejor de San Martín</i> ..               | Vicente Olmedo.....             | Blanca.                 |
|                                                  | Diego Martínez.....             | Verde y rosa.           |
| <i>Villarrubia de los Ojos de Guadiana</i> ..... | Bernabé Aguila.....             | Encarnada.              |
|                                                  | Condesa de Salvatierra.....     | Encarnada y amarilla.   |
|                                                  | Leandro Celanova.....           | Celeste y amarilla.     |
|                                                  | Manuela Dehesa Angulo.....      | Encarnada.              |
|                                                  | Juan Díaz.....                  | Encarnada.              |
|                                                  | Julián Díaz.....                | Encarnada.              |
|                                                  | Hermenegildo Díaz Hidalgo.....  | Encarnada.              |



|              |                           |                        |
|--------------|---------------------------|------------------------|
| CAPITAL..... | Viuda de Barrionuevo..... | Turquí, blanca y rosa. |
|              | Rafael Barrionuevo.....   | Turquí, blanca y rosa. |
|              | Rafael Molina.....        | Verde y encarnada.     |
|              | Juan Baldío.....          | Blanca.                |
|              | Manuel Fernández.....     | Azul y verde.          |

| PUEBLOS         | NOMBRES DE LOS GANADEROS   | COLOR DE LAS DIV SAS          |                    |
|-----------------|----------------------------|-------------------------------|--------------------|
| CAPITAL.....    | Rafael José Barbero.....   | Encarnada, blanca y amarilla. |                    |
|                 | Rafael Romero.....         | Turquí, blanca y rosa.        |                    |
|                 | Antonia Breñosa.....       | Turquí, blanca y grosella.    |                    |
|                 | Antonio Campos López.....  | Turquí, blanca y grosella.    |                    |
|                 | Cabra.....                 | José María Linares.....       | Celeste y carmesi. |
|                 |                            | Francisco de Paula Ulloa..... | Escarolada.        |
| Carcabuey.....  | Nicolás Lozano Madrid..... | Morada y blanca.              |                    |
| Montemayor..... | Julián Plasencia.....      | Blanca.                       |                    |

### Granada

|                |                     |                    |
|----------------|---------------------|--------------------|
| Guadix.....    | Mateo Javalera..... | Encarnada.         |
| Purullena..... | Claudio López.....  | Azul y escarolada. |

### Guadalajara

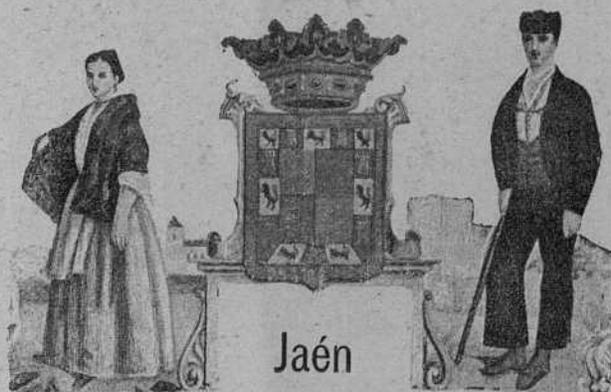
|              |                          |                   |
|--------------|--------------------------|-------------------|
| CAPITAL..... | Sr. Morencos Checa.....  | Verde.            |
|              | Gregorio Medrano.....    | Encarnada y caña. |
| Molina.....  | José López Pelegrín..... | Naranja.          |

### Guipúzcoa

|                    |                       |                   |
|--------------------|-----------------------|-------------------|
| San Sebastián..... | Carlos Izaguirre..... | Naranja y blanca. |
|--------------------|-----------------------|-------------------|

### Huelva

|                |                        |                           |
|----------------|------------------------|---------------------------|
| Aracena.....   | Manuel Valladares..... | Azul, blanca y encarnada. |
| Trigueros..... | José Clemente.....     | Azul.                     |
| Zafra.....     | Manuel Ordoñez.....    | Encarnada.                |



|              |                            |                   |
|--------------|----------------------------|-------------------|
| Andújar..... | Marqués de la Merced.....  | Azul y encarnada. |
|              | Marqués de Villamazán..... | Dorada y celeste. |
| Baeza.....   | Andrés Fontecilla.....     | Azul celeste.     |

| PUEBLOS                             | NOMBRES DE LOS GANADEROS  | COLOR DE LAS DIVISAS |
|-------------------------------------|---------------------------|----------------------|
| <i>Cazorla</i> .....                | Rodrigo Godoyo.....       | Morada.              |
|                                     | Manuel Jurado.....        | Pajiza.              |
|                                     | Jacinto Castril.....      | Encarnada.           |
| <i>Martos</i> .....                 | Pedro José Moreno.....    | Azul y blanca.       |
| <i>Navas de San Juan</i> .....      | Tomás Ruiz Tauste.....    | Azul y oro.          |
| <i>Santisteban del Puerto</i> ..... | José Gallego.....         | Blanca.              |
|                                     | Juan de Dios Sanjuán..... | Azul y blanca.       |
| <i>Ubeda</i> .....                  | Juan Antonio López.....   | Blanca.              |
| <i>Valle</i> .....                  | Marqués de Cullar.....    | Amarilla y negra.    |
|                                     | Francisco Tena.....       | Verde.               |

### León

|                                    |                                |                     |
|------------------------------------|--------------------------------|---------------------|
| <i>Pajares de los Oteros</i> ..... | Marqués de Castrojanillos..... | Morada y encarnada. |
|                                    | El mismo.....                  | Azul y blanca.      |

### Logroño

|                        |                               |                    |
|------------------------|-------------------------------|--------------------|
| <i>Alfaro</i> .....    | Evaristo Echagüe.....         | Encarnada y negra. |
|                        | Clemente Zapata.....          | Azul y blanca.     |
| <i>Arnedo</i> .....    | Longinos Ibar.....            | Pajiza y morada.   |
|                        | Antonio Ibar.....             | Pajiza y morada.   |
| <i>Calahorra</i> ..... | Vicente Martínez Argañiz..... | Escarolada.        |
|                        | Eustaquio Segura.....         | Arul.              |



|                       |                                             |                      |
|-----------------------|---------------------------------------------|----------------------|
| CAPITAL.....          | Gaspar Barrón.....                          | Dorada.              |
|                       | José Gijón.....                             | Encarnada.           |
|                       | Miguel Gijón.....                           | Encarnada.           |
|                       | Marqueses de Gaviria y Buena Esperanza..... | Encarnada.           |
|                       | Manuel Gaviria.....                         | Encarnada.           |
|                       | El mismo.....                               | Verde.               |
|                       | Arratia y Sobrinos.....                     | Encarnada y celeste. |
| Duque de Veragua..... | Encarnada y blanca.                         |                      |

| PUEBLOS             | NOMBRES DE LOS GANADEROS          | COLOR DE LAS DIVISAS      |
|---------------------|-----------------------------------|---------------------------|
|                     | Justo Hernández.....              | Encarnada y amarilla.     |
|                     | El mismo.....                     | Morada y blanca.          |
|                     | Antonio Hernández.....            | Morada y blanca.          |
|                     | Hontiveros, hermanos.....         | Encarnada y amarilla.     |
|                     | Evaristo Yagüe.....               | Verde.                    |
|                     | Joaquín Mazpule.....              | Blanca.                   |
|                     | Juan Antonio Mazpule.....         | Blanca.                   |
|                     | Antonio Palacios.....             | Verde y rosa.             |
|                     | Ventura Peña.....                 | Verde.                    |
|                     | Pablo Quintero.....               | Blanca.                   |
|                     | Pedro Rivero.....                 | Blanca.                   |
|                     | Mauricio Rosendo.....             | Encarnada y amarilla.     |
|                     | Francisco Sanfiz.....             | Turquí y amarilla.        |
|                     | Manuel de la Torre y Rauri.....   | Encarnada y escarolada.   |
|                     | Juan Torres.....                  | Blanca.                   |
|                     | Alejandro Torres.....             | Blanca y caña.            |
|                     | Pedro Varela.....                 | Morada y amarilla.        |
|                     | El mismo.....                     | Encarnada y amarilla.     |
| CAPITAL.....        | Marqués de Villaseca.....         | Rosa.                     |
|                     | Conde de Vistahermosa.....        | Celeste y blanca.         |
|                     | Manuel Angulo Cano.....           | Amarilla y blanca.        |
|                     | Marqués de Salas.....             | Encarnada.                |
|                     | Isidoro Recio Ipola.....          | Encarnada y morada.       |
|                     | Antonio Fernández Heredia.....    | Amarilla.                 |
|                     | Enrique Gutiérrez Salamanca.....  | Blanca.                   |
|                     | Teodoro Ortiz de Taranco.....     | Rosa.                     |
|                     | Luis Mazzantini.....              | Amarilla.                 |
|                     | Juan Francisco Rivera.....        | Amarilla y celeste.       |
|                     | Faustino Udaeta.....              | Morada y blanca.          |
|                     | Lorenzo Abizanda.....             | Granate y blanca.         |
|                     | Esteban Hernández.....            | Blanca.                   |
|                     | El mismo.....                     | Azul y verde.             |
|                     | El mismo.....                     | Azul, encarnada y blanca. |
|                     | Marqués de los Castellones.....   | Amarilla y azul.          |
|                     | García Gómez y Oñoro.....         | Celeste y blanca.         |
|                     | Pedro Sanz.....                   | Encarnada.                |
| Alcobendas.....     | Manuel Gaviria (menor).....       | Encarnada y verde.        |
|                     | Diego López.....                  | Escarolada.               |
| Braojos.....        | M. Josefa Fernández Manrique..... | Blanca.                   |
| Cenicientos.....    | Melchor Jiménez.....              | Escarolada.               |
|                     | Salvador Martín.....              | Blanca y azul.            |
| Cerceda.....        | El mismo.....                     | Morada.                   |
|                     | Antonio Sellés.....               | Morada y blanca.          |
| Cercedilla.....     | Raimundo Díaz.....                | Encarnada y amarilla.     |
|                     | Ventura Díaz.....                 | Encarnada y amarilla.     |
|                     | Manuel Aleas.....                 | Encarnada y blanca.       |
|                     | Manuel Bañuelos.....              | Azul turquí.              |
|                     | El mismo.....                     | Encarnada y verde.        |
| Colmenar Viejo..... | El mismo.....                     | Turquí y blanca.          |
|                     | Julián Bañuelos.....              | Turquí y rosa.            |
|                     | El mismo.....                     | Turquí y encarnada.       |
|                     | Juan Bertólez.....                | Turquí y encarnada.       |

| PUEBLOS             | NOMBRES DE LOS GANADEROS         | COLOR DE LAS DIVISAS        |
|---------------------|----------------------------------|-----------------------------|
|                     | José Criado...                   | Encarnada y caña.           |
|                     | Alejo Gabino...                  | Encarnada y blanca.         |
|                     | Mariano García...                | Turquí y rosa.              |
|                     | Justo García Rubio...            | Dorada y verde.             |
|                     | Alejo García Puente...           | Azul.                       |
|                     | Manuel García Puente López...    | Encarnada y caña.           |
|                     | Hijas de García Puente...        | Encarnada y caña.           |
|                     | Eliás Gómez...                   | Turquí y blanca.            |
|                     | Félix Gómez...                   | Turquí y blanca.            |
|                     | Testamentaria del mismo...       | Turquí y blanca.            |
|                     | José Gutiérrez...                | Turquí y blanca.            |
|                     | Agustín González...              | Azul.                       |
|                     | Juan Antonio Hernán...           | Azul.                       |
|                     | Mariano Hernán...                | Azul.                       |
|                     | Viuda de Hernán...               | Azul turquí y azul celeste. |
|                     | Antonio Hernán...                | Morada.                     |
|                     | Máximo Hernán...                 | Celeste.                    |
|                     | Manuel Hoyo...                   | Pajiza.                     |
|                     | El mismo...                      | Azul.                       |
|                     | El mismo...                      | Celeste y morada.           |
|                     | Ramón Zapater...                 | Azul.                       |
|                     | Ignacio Valdés...                | Blanca.                     |
|                     | Leandro Rozalem...               | Blanca.                     |
|                     | Manuel Ros...                    | Azul y caña.                |
|                     | José Pinto López...              | Azul y caña.                |
| Colmenar Viejo..... | Manuel Salcedo...                | Azul turquí.                |
|                     | Alfonso Berrocal...              | Azul y encarnada.           |
|                     | Herederos de Francisca Benito... | Naranja, carmesi y caña.    |
|                     | Casiano Olmos...                 | Verde.                      |
|                     | Eugenio Ariza...                 | Blanca.                     |
|                     | Miguel Torres...                 | Azul y grana.               |
|                     | Calixto Esteban...               | Blanca y rosa.              |
|                     | Eugenio Colmenarejo...           | Azul.                       |
|                     | Ramón Bañuelos...                | Blanca.                     |
|                     | Cristobal Gascón...              | Encarnada y oro.            |
|                     | Antonio Chavetas...              | Blanca.                     |
|                     | Mateo Olalla...                  | Azul.                       |
|                     | Pedro Laso Rodríguez...          | Blanca.                     |
|                     | Manuel Gayón...                  | Blanca y negra.             |
|                     | Isidro Esteban...                | Morada y verde.             |
|                     | Antonio Segura...                | Azul.                       |
|                     | Mariano Téllez...                | Turquí y blanca.            |
|                     | Ildefonso Rozalem...             | Amarilla y rosa.            |
|                     | Vicente Martínez...              | Morada.                     |
|                     | Herederos del mismo...           | Morada.                     |
|                     | Nicolás Paredes...               | Morada.                     |
|                     | Eugenio Paredes...               | Morada.                     |
|                     | Antero López...                  | Turquí y verde.             |
|                     | Cárlos López Navarro...          | Amarilla y encarnada.       |
|                     | Carmen López...                  | Amarilla y encarnada.       |
|                     | José López Briceño...            | Celeste.                    |
|                     | Miguel Morena...                 | Encarnada, dorada y blanca. |

| PUEBLOS                             | NOMBRES DE LOS GANADEROS           | COLOR DE LAS DIVISAS        |
|-------------------------------------|------------------------------------|-----------------------------|
| <i>Colmenar Viejo</i> ....          | Pedro de la Morena.....            | Encarnada, dorada y blanca. |
|                                     | Miguel Paredes.....                | Dorada y blanca.            |
|                                     | Francisco Paredes.....             | Dorada y blanca.            |
|                                     | Eulogio Narbón.....                | Turquí y blanca.            |
|                                     | Mariano Hernández.....             | Amarilla.                   |
|                                     | Manuela Salcedo y Ezquerro.....    | Turquí y rosa.              |
| <i>Chozas de la Sierra</i> .....    | Vicente Bertólez.....              | Encarnada y caña.           |
|                                     | Antero Martín.....                 | Amarilla y blanca.          |
|                                     | Andrés Martín.....                 | Azul.                       |
| <i>Fuente el Saz</i> .....          | Donato Palomino.....               | Amarilla.                   |
|                                     | Juan Sandoval.....                 | Turquí y rosa.              |
|                                     | José Gómez.....                    | Encarnada y caña.           |
|                                     | Mariano Peña.....                  | Verde y blanca.             |
| <i>Guadalix</i> .....               | Francisco Ramírez y B. Anguas..... | Azul turquí y blanca.       |
|                                     | Juan Bertólez.....                 | Azul y blanca.              |
|                                     | Atanasio Rodríguez.....            | Encarnada y rosa.           |
|                                     | El mismo.....                      | Pajiza.                     |
|                                     | Juan A. González Carrasco.....     | Lila y blanca               |
| <i>Guadarrama</i> .....             | Vicente Cortés.....                | Encarnada y pajiza          |
|                                     | Manuel Barreno.....                | Azul turquí.                |
|                                     | Isidro Esteban.....                | Amarilla.                   |
|                                     | Dámaso González.....               | Blanca.                     |
|                                     | Alejandro Arroyo.....              | Blanca.                     |
|                                     | Tiburcio Arroyo.....               | Encarnada y caña.           |
|                                     | Juan González.....                 | Blanca.                     |
| <i>Miraftores</i> .....             | Manuel Paz.....                    | Morada y verde.             |
|                                     | José Ramírez.....                  | Turquí y blanca.            |
|                                     | Agustín Segundo.....               | Verde.                      |
|                                     | Juan Antonio Carrasco.....         | Blanca y caña.              |
|                                     | Cándido Altozano.....              | Rosa.                       |
|                                     | El mismo.....                      | Verde y caña.               |
|                                     | Enrique Altozano.....              | Caña y blanca.              |
|                                     | Julián Fuentes.....                | Azul.                       |
|                                     | Juan José Fuentes.....             | Morada y blanca.            |
|                                     | El mismo.....                      | Morada.                     |
| <i>Moralzarzal</i> .....            | Antonio Balamdín.....              | Azul.                       |
|                                     | Simón Rivas.....                   | Celeste.                    |
| <i>Molinos</i> .....                | Eusebio Yagüe.....                 | Blanca.                     |
| <i>Navas</i> .....                  | Alfonso Pérez.....                 | Blanca y azul.              |
|                                     | Vicente Perdiguero.....            | Encarnada y verde.          |
| <i>Robledo de Chavela</i> ....      | Saturnino Ginés.....               | Morada y amarilla.          |
|                                     | Gala Ortiz.....                    | Morada y amarilla.          |
|                                     | Manuel de la Granja.....           | Naranja, carmesí y caña.    |
|                                     | Isidoro y Patricio Sanz.....       | Naranja, carmesí y caña.    |
|                                     | Juan Manuel Martín.....            | Naranja, carmesí y caña.    |
|                                     | Julián Berrendero.....             | Azul.                       |
|                                     | El mismo.....                      | Blanca.                     |
|                                     | Pablo Casel.....                   | Negra y rosa.               |
| <i>San Agustín</i> .....            | Fermín Benito.....                 | Morada, amarilla y blanca.  |
|                                     | Manuel Montes.....                 | Encarnada, dorada y blanca  |
| <i>San Martín de la Vega</i> ...    | Manuel López.....                  | Blanca.                     |
| <i>San Sebastián de los Reyes</i> . |                                    |                             |
| <i>Torrejón de Ardoz</i> .....      |                                    |                             |

| PUEBLOS | NOMBRES DE LOS GANADEROS | COLOR DE LAS DIVISAS |
|---------|--------------------------|----------------------|
|---------|--------------------------|----------------------|

## Málaga

|                         |                          |                     |
|-------------------------|--------------------------|---------------------|
| CAPITAL.....            | Estéban Mellado.....     | Encarnada y verde.  |
|                         | Santaella, hermanos..... | Encarnada y blanca. |
| <i>Churriana</i> .....  | Juan Salazar.....        | Azul.               |
| <i>El Valle</i> .....   | Francisco Tena.....      | Verde.              |
| <i>Fuengirola</i> ..... | Alejandro Aguado.....    | Celeste y blanca.   |
| <i>Mijas</i> .....      | Lorenzo de Luna.....     | Encarnada y azul.   |
| <i>Ronda</i> .....      | Joaquín Lobo.....        | Encarnada.          |

## Murcia

|                  |                   |            |
|------------------|-------------------|------------|
| <i>Sag</i> ..... | José Beltrán..... | Encarnada. |
|------------------|-------------------|------------|



|                        |                                  |                            |
|------------------------|----------------------------------|----------------------------|
| CAPITAL.....           | Conde de Espoz y Mina.....       | Escarolada.                |
| <i>Argueta</i> .....   | Gabriel Gómez.....               | Amarilla y verde.          |
|                        | Fausto Joaquín Zaldueño.....     | Encarnada y azul.          |
| <i>Caparroso</i> ..... | Cecilia Montoya.....             | Amarilla y blanca.         |
| <i>Cascante</i> .....  | Manuel Jiménez.....              | Verde.                     |
| <i>Corella</i> .....   | Miguel Poyales.....              | Encarnada y caña.          |
|                        | Raimundo Díaz.....               | Amarilla y blanca.         |
| <i>Funes</i> .....     | El mismo.....                    | Pajiza y encarnada.        |
|                        | Concepción Jiménez.....          | Encarnada y verde.         |
|                        | Pablo Matías Elorz.....          | Amarilla y verde.          |
| <i>Peralta</i> .....   | El mismo.....                    | Amarilla.                  |
|                        | Nazario Carriquiri.....          | Encarnada y verde.         |
|                        | Francisco Javier Guendulain..... | Escarolada.                |
|                        | Tadeo Guendulain.....            | Escarolada.                |
|                        | Antonio Lizaso.....              | Amarilla y encarnada.      |
|                        | Luis Lizaso.....                 | Amarilla y encarnada.      |
| <i>Tudela</i> .....    | Lizaso, hermanos.....            | Verde y blanca.            |
|                        | Felipe Pérez Laborda.....        | Verde y blanca.            |
|                        | Viuda de Laborda.....            | Verde y blanca.            |
|                        | Cosme de la Escalera.....        | Azul y encarnada.          |
|                        | Roque Alaiza.....                | Encarnada, verde y blanca. |
|                        | Camilo Beriain.....              | Verde.                     |

| PUEBLOS | NOMBRES DE LOS GANADEROS | COLOR DE LAS DIVISAS |
|---------|--------------------------|----------------------|
|---------|--------------------------|----------------------|



|                            |                                               |                      |
|----------------------------|-----------------------------------------------|----------------------|
|                            | Fernando Tabernero.....                       | Azul y blanca.       |
|                            | Leopoldo Maldonado.....                       | Azul y blanca.       |
|                            | Domingo Tabernero.....                        | Blanca y amarilla.   |
|                            | Juan Sánchez Tabernero.....                   | Blanca y amarilla.   |
| CAPITAL.....               | Juan M. Sánchez .....                         | Celeste y encarnada. |
|                            | Manuel Santos.....                            | Azul y blanca.       |
|                            | Antonio Rascón Cornejo.....                   | Blanca.              |
|                            | María Vela España.....                        | Encarnada.           |
|                            | José García.....                              | Blanca.              |
|                            | José Garín.....                               | Verde y amarilla.    |
|                            | Alba de Tormes.....                           | Blanca.              |
|                            | Vizconde de Garci-Grande.....                 | Verdegay.            |
| Bileña.....                | Joaquín Iñigo.....                            | Escarolada y blanca. |
|                            | Herederos de Iñigo.....                       | Blanca.              |
| Carreros.....              | Juan Manuel Sánchez.....                      | Negra y blanca.      |
| Ciudad Rodrigo.....        | José Prieto Ramajo.....                       | Blanca y encarnada.  |
| Continos.....              | Joaquín Coll.....                             | Azul y blanca.       |
| Hien.....                  | Manuel Tabernero.....                         | Blanca y rosa.       |
| Huerta.....                | Julián Casas.....                             | Blanca.              |
| Ituero de Azaba.....       | José Campos.....                              | Encarnada.           |
| Ledesma.....               | Diego Rodríguez.....                          | Blanca.              |
|                            | José Antero.....                              | Naranja.             |
| Palacios Rubios.....       | El mismo.....                                 | Blanca.              |
|                            | Vicente Bello .....                           | Morada.              |
|                            | Toribio Valdés.....                           | Blanca y escarolada. |
|                            | Victoriano Sanz.....                          | Blanca.              |
| Pedraja del Portillo.....  | Pablo Valdés.....                             | Blanca.              |
|                            | El mismo.....                                 | Encarnada.           |
|                            | Manuel Muñoz.....                             | Blanca.              |
|                            | Petronila Sanz.....                           | Verde.               |
|                            | José Rodríguez.....                           | Azul y blanca.       |
| Peñaranda.....             | Luis Rodríguez.....                           | Escarolada.          |
|                            | Sivestre Hernández.....                       | Blanca.              |
|                            | Manuel Moreno.....                            | Blanca.              |
|                            | Viuda de Vicente Bello.....                   | Amarilla.            |
| Pericalvos.....            | José Manuel Tabernero.....                    | Morada.              |
| Sanchitello.....           | Juan Martín.....                              | Blanca y naranja.    |
| Santiago de la Puebla..... | Francisco Andrés Montalvo (hoy Patricio)..... | Azul y blanca.       |

| PUEBLOS                            | NOMBRES DE LOS GANADEROS       | COLOR DE LAS DIVISAS  |
|------------------------------------|--------------------------------|-----------------------|
| <i>Segura de la Sierra</i> .....   | José Antonio Ruiz Moscoso..... | Verdegay.             |
| <i>Tejadillos</i> .....            | Amador García.....             | Blanca.               |
| <i>Terrones</i> .....              | Carlota Sánchez.....           | Blanca.               |
| <i>Villar de los Alamos</i> .....  | Fernando Pérez Tabernero.....  | Celeste, rosa y caña. |
| <i>Zorita de la Frontera</i> ..... | Antonio Rodero.....            | Blanca.               |

## Segovia

|                            |                                |                  |
|----------------------------|--------------------------------|------------------|
| <i>Beleño</i> .....        | Joaquín Iñigo.....             | Blanca.          |
| <i>Bernardos</i> .....     | Mateo Escorial.....            | Morada.          |
| <i>Blasco Millán</i> ..... | Juan Aguilar.....              | Blanca.          |
| <i>Cardeñosa</i> .....     | Laureano Ortiz de Paz.....     | Blanca.          |
|                            | José García Puente.....        | Blanca.          |
|                            | Antonio Blas Becerril.....     | Verde.           |
| <i>Espinar</i> .....       | Francisco Luengo Alderete..... | Azul.            |
|                            | Bartolomé Alvarez.....         | Morada y blanca. |
|                            | Manuel García.....             | Blanca.          |



|                   |                                 |                     |
|-------------------|---------------------------------|---------------------|
| CAPITAL.....      | Marqués de Ruchena.....         | Anteada.            |
|                   | Marqués de Vallehermoso.....    | Azul.               |
|                   | Francisco del Río y Riscos..... | Blanca.             |
|                   | Ramón F. García.....            | Celeste y negra.    |
|                   | Manuel Malaver.....             | Encarnada.          |
|                   | Bernabé Acebes.....             | Rosa y morada.      |
|                   | Francisco Taviel Andrade.....   | Encarnada y rosa.   |
|                   | Plácido Comesaña.....           | Encarnada y negra.  |
|                   | Francisco María Martínez.....   | Encarnada y negra.  |
|                   | El mismo.....                   | Encarnada y blanca. |
|                   | Ramón Liberal.....              | Encarnada y blanca. |
|                   | Juan Antonio Méndez.....        | Encarnada y verde.  |
|                   | Antonio Muruve.....             | Encarnada y negra.  |
|                   | Dolores Monge.....              | Encarnada y negra.  |
|                   | Joaquín Muruve.....             | Encarnada y negra.  |
| Pedro Nautet..... | Encarnada y celeste.            |                     |
| El mismo.....     | Verde y encarnada.              |                     |
| El mismo.....     | Morada y celeste.               |                     |

| PUEBLOS      | NOMBRES DE LOS GANADEROS          | COLOR DE LAS DIVISAS        |
|--------------|-----------------------------------|-----------------------------|
|              | Juan Ballesteros.....             | Caña.                       |
|              | Tomás Rivas.....                  | Encarnada.                  |
|              | Conde de Vistahermosa.....        | Encarnada.                  |
|              | Manuel González.....              | Pajiza y morada.            |
|              | Luis Ibarburu.....                | Encarnada, aztl y blanca.   |
|              | Marqués de Medina.....            | Azul y anteada.             |
|              | Conde del Aguila.....             | Azul y blanca.              |
|              | Fernando Ossorno.....             | Verde y blanca.             |
|              | Francisco Esquivel.....           | Azul y encarnada.           |
|              | Diego Barquero.....               | Blanca y negra.             |
|              | José María Benjumea.....          | Negra.                      |
|              | Pablo y Diego Benjumea.....       | Negra.                      |
|              | Los mismos.....                   | Azul y oro.                 |
|              | José Bermúdez Reina.....          | Blanca y oro.               |
|              | José Rafael Cabrera.....          | Verde y blanca.             |
|              | El mismo.....                     | Encarnada.                  |
|              | Fernando Carreto.....             | Verde y blanca.             |
|              | Blas Mauriño.....                 | Verde y amarilla.           |
|              | Juan Miura.....                   | Encarnada y verde.          |
|              | Antonio Miura.....                | Verde y negra.              |
|              | El mismo.....                     | Verde y encarnada.          |
|              | Eduardo Miura.....                | Verde y encarnada.          |
|              | José Pereira.....                 | Verde y negra.              |
|              | Agustín Cuevas.....               | Anteada.                    |
|              | Alfonso Carrero.....              | Azul y blanca.              |
|              | Marqués del Gandul.....           | Pajiza y blanca.            |
| CAPITAL..... | El mismo.....                     | Carmesí y blanca.           |
|              | Luis Gil.....                     | Blanca.                     |
|              | Marqués de Tablantes.....         | Azul.                       |
|              | José María Góngora.....           | Azul y blanca.              |
|              | Antonio Mera.....                 | Azul y encarnada.           |
|              | José Ortega.....                  | Azul y caña.                |
|              | Marqués de Tous.....              | Azul y rosa.                |
|              | Antonio Rodríguez.....            | Azul y rosa.                |
|              | Eduardo Valvidares.....           | Azul y dorada.              |
|              | Jerónimo Gutiérrez.....           | Encarnada, blanca y pajiza. |
|              | Pedro Lesaca.....                 | Celeste y blanca.           |
|              | Basilio Caminos.....              | Blanca.                     |
|              | Sebastián Fina.....               | Encarnada y negra.          |
|              | Anastasio Martín.....             | Celeste y rosa.             |
|              | El mismo.....                     | Verde y encarnada.          |
|              | Joaquín Concha Sierra.....        | Celeste y rosa.             |
|              | Joaquín Pérez de la Concha.....   | Celeste y rosa.             |
|              | Fernando de la Concha Sierra..... | Blanca negra, y plomo.      |
|              | Marqués del Saltillo.....         | Celeste y blanca.           |
|              | Marquesa del Saltillo.....        | Celeste y blanca.           |
|              | Manuel Seguri.....                | Celeste y negra.            |
|              | Manuel Sierra Durán.....          | Celeste y amarilla.         |
|              | Pedro Vera Delgado.....           | Celeste y blanca.           |
|              | El mismo.....                     | Turquí.                     |
|              | El mismo.....                     | Negra.                      |
|              | Gregorio Vázquez.....             | Negra y blanca.             |

| PUEBLOS             | NOMBRES DE LOS GANADEROS                      | COLOR DE LAS DIVISAS          |
|---------------------|-----------------------------------------------|-------------------------------|
|                     | Vicente José Vázquez.....                     | Encarnada y blanca.           |
|                     | José Clemente Rivera.....                     | Morada, amarilla y blanca.    |
|                     | Jerónima Núñez de Prado. ....                 | Negra.                        |
|                     | La misma.....                                 | Verde y blanca.               |
|                     | Ildefonso Núñez de Prado.....                 | Verde y blanca.               |
|                     | Ignacio Martín.....                           | Encarnada y plomo.            |
|                     | Ramón Romero Balmaseda.....                   | Verde, blanca y encarnada.    |
|                     | Rafael Laffitte y Castro.....                 | Encarnada y blanca.           |
|                     | El mismo.....                                 | Celeste y blanca.             |
|                     | El mismo.....                                 | Encarnada, blanca y amarilla. |
|                     | El mismo.....                                 | Encarnada y blanca.           |
|                     | Rafael Laffitte y Laffite.....                | Blanca y negra.               |
|                     | José Velasco.....                             | Negra y blanca.               |
|                     | El mismo.....                                 | Celeste.                      |
|                     | El mismo.....                                 | Verde y encarnada.            |
|                     | Jacinto Martínez.....                         | Pajiza.                       |
|                     | José María de la Cámara.....                  | Blanca y negra.               |
|                     | José de Celis.....                            | Azul.                         |
|                     | Bartolomé Muñoz.....                          | Encarnada y rosa.             |
|                     | El mismo.....                                 | Amarilla y encarnada.         |
|                     | Eduardo Ibarra.....                           | Turquí y caña.                |
|                     | José Ruiz Cabal.....                          | Encarnada y blanca.           |
| CAPITAL.....        | Juan y Pedro Zapata.....                      | Celeste y blanca.             |
|                     | José Maestre.....                             | Verde.                        |
|                     | Antonio Maestre.....                          | Blanca.                       |
|                     | Francisco Resinas.....                        | Encarnada.                    |
|                     | Juan Beque.....                               | Blanca.                       |
|                     | Carlos Conradi.....                           | Amarilla y encarnada.         |
|                     | Joaquín de Goyeneche.....                     | Verde.                        |
|                     | Antonio Melgarejo.....                        | Encarnada y blanca.           |
|                     | El mismo.....                                 | Morada.                       |
|                     | Vicente José Vázquez.....                     | Azul.                         |
|                     | José María Villegas.....                      | Verde.                        |
|                     | Francisco Fernández.....                      | Blanca.                       |
|                     | Antonio Villaciervos.....                     | Verde.                        |
|                     | José Orozco.....                              | Encarnada, blanca y caña.     |
|                     | N. Otaolauruchi.....                          | Encarnada y blanca.           |
|                     | Celsa Fontfrede (Viuda de Concha Sierra)..... | Blanca, negra y plomo.        |
|                     | Francisco Gallardo y Castro.....              | Blanca y grana.               |
|                     | José Torres Díez de la Cortina.....           | Celeste y blanca.             |
|                     | Joaquín Castrillón.....                       | Azul y encarnada.             |
|                     | Angel González Nandin.....                    | Amarilla y encarnada.         |
|                     | Felipe Pablo Romero.....                      | Pajiza y blanca.              |
|                     | Valentín Collantes.....                       | Azul y negra.                 |
|                     | El mismo.....                                 | Blanca y amarilla.            |
|                     | José Moreno Santamaría.....                   | Encarnada.                    |
|                     | Manuel Freyre.....                            | Morada y rosa.                |
|                     | Fernando Freyre.....                          | Morada y blanca.              |
| Alcalá del Río..... | El mismo.....                                 | Pajiza y blanca.              |
|                     | Josefa García Montes de Oca.....              | Pajiza y encarnada.           |
|                     | Felipa Rus.....                               | Morada y blanca.              |
|                     | Ramón Zambrano.....                           | Lila y pajiza.                |

| PUEBLOS                            | NOMBRES DE LOS GANADEROS               | COLOR DE LAS DIVISAS      |
|------------------------------------|----------------------------------------|---------------------------|
| <i>Arahal</i> .....                | José Torres Ramírez.....               | Blanca y grana.           |
|                                    | José María Torres.....                 | Blanca y grana.           |
| <i>Aznalcollar</i> .....           | Manuel María Moreno.....               | Blanca.                   |
| <i>Brenes</i> .....                | Manuel Osuna.....                      | Rosa.                     |
| <i>Cabezas de San Juan</i> .....   | Agustín Barranco.....                  | Rosa y pajiza.            |
|                                    | El mismo.....                          | Blanca y rosa.            |
| <i>Carmona</i> .....               | Pedro Domínguez.....                   | Negra.                    |
|                                    | Antonio Quintanilla.....               | Pajiza y blanca.          |
| <i>Coria del Río</i> .....         | Juan Suárez.....                       | Encarnada y negra.        |
|                                    | Manuel Suárez.....                     | Lila y blanca.            |
| <i>Doña Mencía</i> .....           | Fernando Reinosa.....                  | Azul.                     |
| <i>Dos Hermanas</i> .....          | Agustín Varela.....                    | Encarnada y negra.        |
|                                    | Josefa Vázquez.....                    | Encarnada y negra.        |
| <i>Gelves</i> .....                | Gutiérrez y Blanco.....                | Blanca.                   |
| <i>Ginés</i> .....                 | Manuel Romero.....                     | Encarnada y blanca.       |
| <i>Guillena</i> .....              | Antonio López Plata.....               | Celeste y blanca.         |
|                                    | Arribas hermanos. (Testamentaria)..... | Encarnada y negra.        |
| <i>Huevar</i> .....                | Marcelino Jimenez.....                 | Encarnada y amarilla.     |
|                                    | Marqués de Villavelviestre.....        | Blanca.                   |
| <i>La Rinconada</i> .....          | Antonio Gil y Herrera.....             | Azul y morada.            |
|                                    | Luis Gil.....                          | Morada.                   |
| <i>Lebrija</i> .....               | Diego Tejero.....                      | Punzón y amarilla.        |
| <i>Lora</i> .....                  | Antonio é Isidro Villamazares.....     | Azul.                     |
| <i>Marchena</i> .....              | Francisco Domínguez.....               | Celeste.                  |
|                                    | Juan Manuel Montal.....                | Carmesí.                  |
| <i>Puebla junto á Coria</i> .....  | José Antonio Adalid.....               | Blanca, paja y encarnada. |
| <i>Sanlúcar de Barrameda</i> ..... | Pedro Manjón.....                      | Encarnada, verde y caña.  |
| <i>Triana</i> .....                | José Vidal.....                        | Encarnada, azul y blanc.  |
|                                    | José Cabrera.....                      | Encarnada.                |
|                                    | Francisco de P. Giralde.....           | Encarnada y negra.        |
|                                    | Juan Prieto.....                       | Azul.                     |
|                                    | José Arias Saavedra.....               | Pajiza y blanca.          |
|                                    | El mismo.....                          | Celeste y blanca.         |
|                                    | Luis María Durán.....                  | Verde y negra.            |
|                                    | Antonio Franco.....                    | Blanca.                   |
|                                    | José María Amor.....                   | Encarnada.                |
|                                    | Juan Vázquez.....                      | Morada.                   |
| <i>Utrera</i> .....                | Benito Ulloa.....                      | Escarolada.               |
|                                    | Marqués de Ulloa.....                  | Verde y amarilla.         |
|                                    | Pedro Quevedo.....                     | Verde.                    |
|                                    | Marqués de Carrión.....                | Azul.                     |
|                                    | Juan Domínguez Ortiz.....              | Amarilla y blanca.        |
|                                    | El mismo.....                          | Celeste y pajiza.         |
| <i>Villanueva del Río</i> .....    | José María Durán.....                  | Plateada.                 |

## Soria

|              |                      |                       |
|--------------|----------------------|-----------------------|
| CAPITAL..... | Antonio Calleja..... | Blanca.               |
|              | Andrés García.....   | Amarilla y encarnada. |

| PUEBLOS | NOMBRES DE LOS GANADEROS | COLOR DE LAS DIVISAS |
|---------|--------------------------|----------------------|
|---------|--------------------------|----------------------|

## Tarragona

*Tortosa*.....| Juan Panions.....| Morada y verde.

## Teruel

*Griegos*.....| Juan José Santa Cruz.....| Azul y encarnada.  
*Orihuela del Tremedal*...| Francisco Valdemoro.....| Celeste.

## Toledo

*La Sagra*.....| José Pinto.....| Blanca.  
*Menasalbas*.....| Cosme Escalera.....| Celeste y negra.  
                           | El mismo.....| Azul y encarnada.  
*Puebla de Montalbán*...| José Manzanilla.....| Verde y celeste.  
                           | Juan Hoyos.....| Amarilla.  
*Talavera de la Reina*...| Antonio Alarcón.....| Encarnada.  
*Urda*.....| Alonso Martínez Valderas.....| Blanca y negra.  
                           | José Balsa.....| Blanca.  
*Ventas con Peña Aguilera* | Mariano Arroyo.....| Blanca.  
                           | Andrés Fontecillas.....| Azul.  
*Yébenes*.....| Magín Martín Moreno.....| Azul y blanca.

## Valencia

CAPITAL.....| Marqués de Fuente el Sol.....| Amarilla y azul.

## Valladolid

*Montemayor*.....| Francisco Bocos.....| Blanca.  
                           | Millán Presencio.....| Blanca.  
*Rioseco*.....| Manuel Garrido de la Mata.....| Encarnada y celeste.  
                           | Vicente Cuadrillero.....| Azul turquí y oro.  
*Villanueva de los Infantes* | Conde de Colomer.....| Verde.

## Zamora

*Benavente*.....| Fernando Nuño.....| Celeste y encarnada.  
                           | Fernando Gutiérrez.....| Azul.  
                           | Juan Núñez.....| Morada y blanca.  
                           | El mismo.....| Blanca.  
                           | Conde de Patilla.....| Encarnada, celeste y blanca.

| PUEBLOS                      | NOMBRES DE LOS GANADEROS | COLOR DE LAS DIVISAS |
|------------------------------|--------------------------|----------------------|
| <i>Coquilla</i> .....        | Manuel Sánchez.....      | Encarnada y negra.   |
| <i>Fuente de Ropel</i> ..... | Pedro Represa.....       | Encarnada y negra.   |
| <i>Fuente Sauco</i> .....    | Antonio Calleja.....     | Azul.                |
| <i>Los Palacios</i> .....    | Marcos Barrera.....      | Azul.                |
|                              | Antonio Melgarejo.....   | Celeste y blanca.    |
| <i>Toro</i> .....            | Rosa Pérez.....          | Blanca.              |



|                                     |                                       |                           |
|-------------------------------------|---------------------------------------|---------------------------|
| CAPITAL .....                       | Baltasar Palomar.....                 | Naranja y caña.           |
|                                     | Manuel del Val (hoy Ramona Sáez)..... | Carmesí y blanca.         |
|                                     | El mismo.....                         | Caña.                     |
| <i>Egea de los Caballeros</i> ..... | Cándido López.....                    | Celeste.                  |
|                                     | Severo Murillo.....                   | Encarnada.                |
|                                     | Celestino Miguel.....                 | Encarnada, azul y blanca. |
|                                     | Mariano Salvatierra.....              | Azul y amarilla.          |
|                                     | Alonso López.....                     | Encarnada.                |
|                                     | Gregorio Ripamilán.....               | Encarnada.                |
| <i>Pina</i> .....                   | Victoriano Ripamilán.....             | Encarnada.                |
|                                     | Luis Ferrer.....                      | Encarnada y amarilla.     |
|                                     | Cipriano Ferrer.....                  | Encarnada y amarilla.     |

NOMBRES DE LOS GANADEROS

COLOR DE LAS DIVISAS

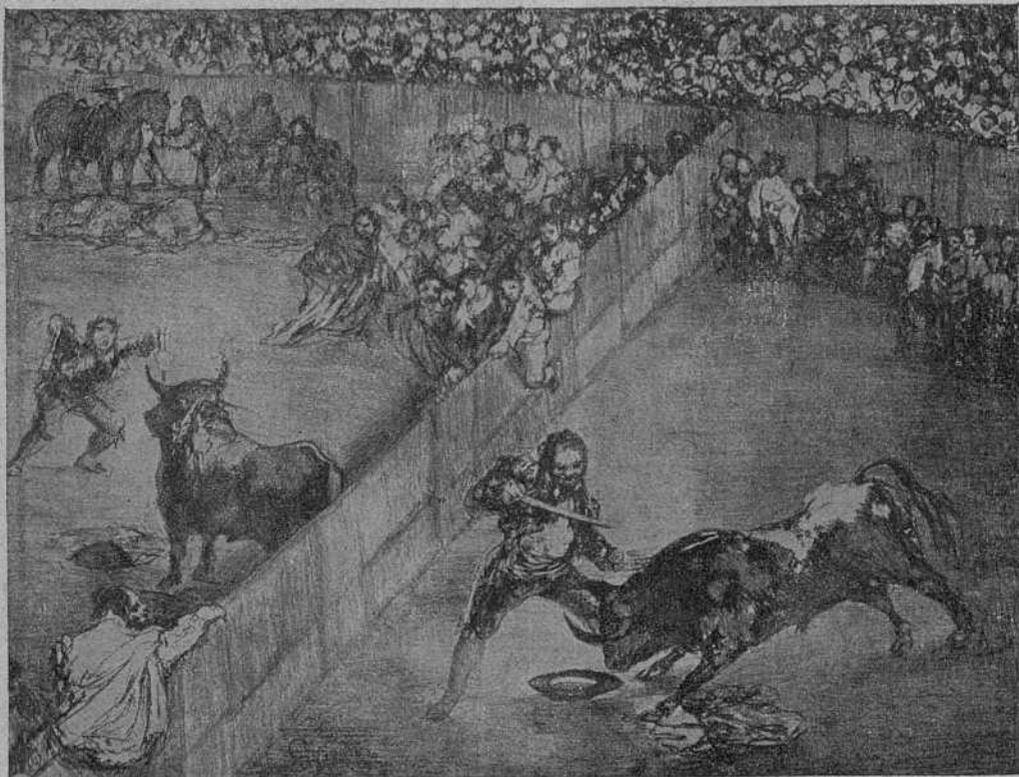
## Portugal

|                                   |                                 |
|-----------------------------------|---------------------------------|
| Vizconde d'os Olivaes.....        | Escarlata.                      |
| F. Tavares Bonacho.....           | Azul y blanca.                  |
| José Ferreira Roquete.....        | Verde.                          |
| Esteban Antonio de Oliveira.....  | Blanca y escarlata.             |
| José Pereira Palha Blanco.....    | Azul y blanca.                  |
| José Ferreira da Costa.....       | Blanca.                         |
| Domingo Francisco de Asís.....    | Amarilla.                       |
| Francisco de Noronha.....         | Verde y amarilla.               |
| Araujo y hermano.....             | Escarlata y amarilla.           |
| F. Rodríguez Duarte Monteiro..... | Verde y blanca.                 |
| Filiberto Mira.....               | Azul, blanca, grana y amarilla. |
| Ignacio Roquete.....              | Azul turquí.                    |

Existen y han existido, además de las antedichas, las divisas anaranjada para los toros de Diego Rodríguez, y grana y blanca para los de Indalecio García, aquél de Trabuntia y éste de Fuenreal, pueblos que, lo mismo que otros de los expresados, no hemos conseguido encontrar en los libros de Estadística que hemos consultado al efecto. En la palabra **TORADA** damos noticia de varios toros que han sido lidiados en plazas de primer orden, pero cuya divisa nos ha sido imposible saber, por más que lo hemos procurado.

**División de plaza.**—En tiempo de feria y en algunas novilladas se ha acostumbrado en Madrid dividir por mitad la plaza con tableros de

las reses cuando están demasiado trabajadas ó todavía muy enteras; y por esto, y porque la lidia no es buena, no gustan estas funciones á los inteligentes. El ganado no es de lo más escogido tampoco, y lo mismo los banderilleros que los espadas van á ver quién despacha antes. Aunque el primer espada, cuando hay tres, no estoquea en división de plaza, está al cuidado de las cuadrillas, tan pronto en una media plaza como en otra, según el sitio en que cree más necesaria su presencia. Previamente á la colocación de los tableros divisorios, rapidísima operación que los carpinteros practican en menos de cuatro minutos, con gran aplauso siempre del público, se corren dos, tres y á veces cuatro toros en plaza entera, que mata el primer espada solo, ó bien al-



DIVISIÓN DE PLAZA. — GOYA

igual color y altura que la barrera, y lidiar en ambos lados, ó sean medias plazas, dos toros á un mismo tiempo, separándose también por ello las cuadrillas, que quedaba al lado de la sombra la más antigua y al lado del sol la más moderna. Pero cuando un toro salta, y por consiguiente cambia de plaza y no se le puede hacer volver á la en que se había presentado al salir del toril ó chiquero, cambianse también las cuadrillas, que al toro siguiente vuelven á sus sitios. Como los toros no dan el mismo juego unos que otros, sucede que se mandan banderillas ó dar muerte á

ternando con otro de igual categoría. La lidia en división de plaza no es costumbre moderna, viene desde mediados del pasado siglo, y tal vez de antes.

**Doblado, Mateo.**—Cuando se presentó en Madrid á trabajar con los Romeros, en clase de picador, se anunció como discípulo de Padilla, y esto sólo es una recomendación que acredita el concepto que á fines del siglo último tenía este diestro.

**Doblado, José.**—En el año de 1808 y siguientes trabajó en Madrid este picador con las cuadrillas de Agustín Aroca y Juan Núñez (*Sentimientos*). Su trabajo, según las crónicas, era concienzudo, y sostenía dignamente la competencia con el renombrado *Amisas*.

**Dolorosa.**—Así llaman los aficionados á las estocadas bajas y cruzadas que dan los matadores algunas veces á los toros, y que efectivamente son lastimosas, no sólo por ser como son, sino porque ninguna de las que así resultan están dadas con conciencia, ni conocimiento del arte; y si hay conocimiento y á sabiendas se huye el cuerpo, es señal evidente de miedo y poca aprensión.

**Domingo de la Peña, D. Mariano.**—Distinguido aficionado que nació en Madrid el día 7 de Diciembre de 1825, y que desde muy joven se distinguía en la suerte de picar, acosar y derribar, tanto en la plaza de toretes del Jardín como en las dehesas de Andalucía. Casó en Sevilla el año de 1870 con doña Josefa Trigo, hija del célebre picador Pepe Trigo; y ha sido apoderado de muchos diestros que, como cuantos le conocen, le han distinguido con su aprecio. Algo ha escrito de toros, resplandeciendo en sus juicios una exposición tan clara de los buenos principios y verdaderas reglas del arte, que el clásico más intransigente no podría rechazarlas. ¡Qué pocos quedan ya de estos aficionados!

**Domingos Pinto Martínez, Antonio.**—Uno de los más aplaudidos y estimados en Portugal, mozo de forcado hace ya quince ó más años. Su valor rayaba en temeridad.

**Domínguez, Antonio.**—Trabajó por primera vez en Madrid este picador en 1793, dándole la alternativa Manuel Cañete. Figuró también en la cuadrilla del valiente matador de toros malagueño Francisco García (*Perucho*).

**Domínguez, Juan de Dios.**—Natural de Sevilla. Fué primero picador y luego matador de toros, sin que ni en lo uno ni en lo otro sobresaliese gran cosa. Era simpático por su trato, y entonaba unas *playeras* y *soledades* en cualquier jolgorio con tanta gracia como el que más. Preguntábase un día á Montes un antiguo y entendido aficionado de Madrid: «¿Qué tal torero la parece á usted Juan de Dios?» Y contestó el maestro: «¡Si oyera

usted qué bien canta!» Laconismo elocuente que dice más de lo que nosotros pudiéramos explicar. Tuvo su época de muy buena aceptación, especialmente en Andalucía, en cuya plaza de Sevilla trabajó por primera vez como picador el día 9 de Abril de 1837, y como matador el 10 de Junio de 1838. Conociéronle muchos por el apodo del *Isleño*.

**Domínguez y Campos, Manuel.**—Vamos á ocuparnos de un matador de toros, acerca de cuyo mérito se suscitaban en sus buenos tiempos contiendas y disputas, casi siempre apasionadas, porque sabido es que no pueden ó no quieren los partidarios de toreros determinados conceder que haya otros tan buenos ó mejores que los suyos; á la manera de los hombres políticos, que nada aceptan más que lo dispuesto por sus amigos, y vituperan siempre á los contrarios en cualquier cosa que determinen, por beneficiosa que sea. Este es achaque del que se ven libres poquisimas personas. Debilidades humanas que se apoderan del hombre, tal vez contra su voluntad, y que no puede ahuyentar de sí cuando ya le han dominado.

Nació Manuel Domínguez y Campos en Gélves, provincia de Sevilla, el 27 de Febrero de 1816, y fué bautizado el mismo día en la iglesia parroquial de Nuestra Señora de Gracia, con los nombres de Manuel María Antonio, siendo hijo legítimo de Cristóbal Domínguez y Rosalía de Campos. Su padre falleció á los tres años, y por consecuencia de esta desgracia, su madre y él tuvieron que estar atendidos á la bondad cariñosa de un hermano de aquélla, capellán de un convento, que hizo estudiar á su sobrino latinidad y filosofía.

El Padre Campos, que así le llamaban, murió cuando más falta hacía al joven Domínguez, y dejó á éste y á su madre en desesperada situación, y en esa edad en que el hombre quiere ser algo, aspira á mucho y todo le parece poco. Edad de las ilusiones, que por largo tiempo que dure parecemos breve como un relámpago.

Por pura precisión tomó Domínguez el oficio de sombrerero; gustábase más el de torero que la sujeción y mecanismo de aquél, y aprovechaba los días de fiesta para hacer sus ensayos en el arte á que tanta afición ha habido siempre en Sevilla. Así continuó tres ó cuatro años, hasta que un acontecimiento favorable le hizo cambiar con gran alegría la modesta profesión que estaba ejerciendo por aquella que, andando el tiempo, le había de proporcionar lauros y dinero, disgustos y desgracias; que en este mundo siempre va mezclado lo bueno con lo malo, las alegrías con los pesares, la dicha con la pena.

Sabido es que en 1830 se fundó en Sevilla la Escuela de tauromaquia, bajo la dirección de los célebres maestros Romero y Cándido. Aspiró á una plaza de alumno en la misma Manuel Domínguez, con gran fe en su porvenir; pero á pesar de sus buenas facultades, y hasta cierto punto de su celebridad como aficionado práctico, no pudo conseguir más que la de supernumerario.

No importaba: Domínguez lo que deseaba era aprender, oír á los maestros del arte, practicar á su vista lo que sabía; y tanto adelantó en poco tiempo, lo mismo con la capa y con los palos que con la muleta y el estoque, que era la admiración de sus compañeros y una de las más legítimas esperanzas del toreo.

Para demostrar que nuestro relato no es apasionado, nos bastará decir que en cierta ocasión el gran maestro Pedro Romero, que pocas veces se equivocaba en sus juicios, exclamó entusiasmado: «Este muchacho no tiene desperdicio». La escuela se cerró al poco tiempo, y Domínguez se ajustó primeramente de banderillero y luego de media espada en la cuadrilla de Juan León. Riñó fuertemente con éste, no sabemos por qué causa. Eran los dos de carácter altivo y vehemente y no podían estar juntos. León, según dicen, juró á Domínguez para siempre una hostilidad decidida, y éste, resuelto á ganarse un nombre ventajoso en la lidia, acompañó desde entonces á diferentes plazas á Luis Rodríguez (*El Sombrero*). Era esto en 1835, año durante el cual toreó de nuevo alguna vez con León, lo cual sirvió sólo para aumentar sus rencillas y concluir definitivamente hasta de saludarse.

Domínguez no estaba contento con ser un torero

como otros muchos: quería salir de la esfera de lo común, y con su buen criterio comprendió la imposibilidad de lograrlo tan pronto como lo pedía su impaciencia. No era entonces la época más á propósito para conseguirlo. La destreza y la inteligencia del ya célebre Francisco Montes se habían apoderado de tal modo de las simpatías de todos los espectadores y aficionados á las corridas de toros, que tenían oscurecida la fama de los más acreditados diestros. Imposible era, por lo tanto, luchar con tal coloso, y Domínguez, que sabía muy bien lo que Montes valía, no lo intentó siquiera. Hay que hacerle justicia en este particular y aplaudir su determinación.



Dirigióse, pues, en 1836, á la América, con rumbo á Montevideo, ajustado con dos picadores y tres banderilleros, cuyo trabajo tuvo unánime aceptación. Si no como él había pensado, al menos en parte vió coronados sus esfuerzos y aplicación. Era ya jefe de cuadrilla, no tenía á nadie por delante, ni allí reconocía rival, y esto satisfacía su amor propio; pero la fortuna no quería protegerle.

A la mitad del tiempo que debía durar su contrata estalló en aquel apartado territorio la guerra civil con todos sus horrores, y Domínguez tomó las armas en defensa de Orive, que fué derrotado como

saben nuestros lectores. Pasó allí más amarguras y sinsabores que los que pueden imaginarse: perseguido, sin recursos y en país remoto y extranjero, hubiera perecido si su grandeza de ánimo no le hubiese ayudado á soportar tan amargas penalidades.

Por suerte suya, que no siempre los bienes ni los males son tan duraderos que deban desesperar al hombre, se celebraron fiestas en Río Janeiro el año de 1840, con motivo de la coronación de

D. Pedro II. Con mil trabajos, y como Dios le dió á entender, allá se dirigió Domínguez, y en presencia de aquella corte mató en cuatro corridas de toros, con una aceptación y tan gran éxito, que mereció justísimas ovaciones y notable recompensa; y ya con dinero para emprender nuevos viajes, se dirigió á la República Argentina con el fin de dar corridas de toros, ganar su subsistencia y propagar la afición á ellas.

Desembarcó en Buenos Aires, donde no le permitieron ejercer su arte, contra lo que él esperaba. País completamente revuelto y entregado á la más espantosa anarquía, no era el más á propósito para permanecer en él un extranjero sin recursos, sin relaciones y sin industria á qué dedicarse; y si á esto se añade el odio con que la gente baja de aquellas Repúblicas mira á los españoles, á quienes apellida *godos* con aire de desprecio, porque sacudieron la dominación que allí tuvimos, podrá formarse idea de lo que nuestro hombre sufriría y de los insultos que se le dirigían.

Pero un español en ninguna parte aguanta malos tratamientos. Domínguez se acordó de que lo era y se hizo *guajiro*. Su bravura y valentía, demostradas en mil lances funestos para otros y gloriosos para él, le dieron entre aquella mala gente el nombre de *el bravo señor Manuel*, y desde que así se le conoció en todas partes se le respetaba. Por otro lado, su atención para con las personas bien educadas y su buen proceder con las de marcada honradez, le crearon simpatías entre determinadas clases, y su posición, por lo tanto, fué menos violenta.

Vivió algún tiempo del producto que le proporcionaba el arriesgado ejercicio de la caza de reses salvajes que con lazo y á caballo verificaba unas veces, y con estoque y á pie realizaba otras, asombrando á los que presenciaban su arrojo, y más tarde se le dió el cargo de mayoral en los ingenios y posesiones campestres, que desempeñó con gran energía y á satisfacción de los dueños.

Todavía su sino le hizo tomar de nuevo las armas para abatir el atrevimiento de feroces indios, y al frente de una partida armada dió pruebas de que, si aventajado era cazando toros en el campo y lidiándolos en las plazas, no lo era menos con el sable á la cintura y el trabuco en el brazo. Dedicose por fin al tráfico de diferentes artículos en el país antedicho, ganando buenas cantidades; y aburrido y cansado de su larga residencia en clima tan lejano, pensó en su patria y en su regreso á la misma. Todos los que habitan en país extraño ansian volver al que les vió nacer, y los españoles más. ¡Es tan hermoso el sol de España!

Domínguez, pues, desde el año de 1836 hasta el de 1852, ó sea el intervalo de dieciseis años, fué *militar* defensor de Orive en la república de Mon-

tevideo, *torero* en Río-Janeiro, *guajiro* en Buenos Aires, *bravo* con los bravos matones de aquella tierra, *mayoral* de negrada, *cabecilla* de gente de campo contra indios feroces, é *industrial* traficante. Y todo esto en país extraño. ¡Si sería la naturaleza de Domínguez fuerte y privilegiada, cuando no se resintió por tantos azares y tantos sobresaltos como frecuentemente le atormentarian!

Volvió á su patria, y tan luego como llegó á la ciudad de Sevilla, trató de ponerse de acuerdo con sus compañeros de profesión para trabajar en el lugar correspondiente. Visitó á Francisco Arjona Herrera (*Cúchares*), y éste le recibió mal, ó por lo menos con poquisimo agrado, tal vez impresionado por la divergencia de opinión que hacía años tuvo Domínguez con *Leoncillo*, maestro de *Cúchares*, ó por otras causas que no se explicaron. Ya hemos dicho que Domínguez era demasiado altivo. El, que no bajó nunca la cabeza en tierra extraña, se vió hasta cierto punto despreciado en la suya, y desde aquel momento resolvió no impetrar de nadie protección ni ayuda, y darse á conocer como bueno ó malo, según lo que valiese, por sí solo, y ganando con su mérito lo que la falta de apoyo le negase.

Una circunstancia le favorecía indudablemente en aquella época, y es que por entonces no había ningún torero andaluz, ni llegarían á dos en toda España, que practicando la excelente escuela de Ronda, torease *parando*, aplomado y *recibiendo*; y conociéndolo así Domínguez, cuyas condiciones eran las más á propósito para imponerse, se dió á conocer en Sevilla en 1852 y 53, y los aficionados no pudieron menos de confesar que su toreo era clásico, pausado y exento de embrollos y tranquilas que disimulan el miedo en otros diestros. Nosotros le vimos poco después en Madrid y en Aranjuez, y admiramos en él al valiente matador que, hecho un autómatá, á pie quieto, citaba y *recibía* á los toros tan en corto, que por esto mismo se libraba en nuestro concepto de seguras cogidas, si un paso más hubiese habido de distancia de sus pies á los del toro.

Le criticamos entonces, como criticamos hoy á los modernos espadas, esos que llaman *pases* cambiados, y que no son más que un detestable remedo de los de *pecho*, sin ceñir y *fuera de cacho*, pero que en aquél podían disimularse algo porque su falta de ligereza y pesada corpulencia le impedían revolverse con prontitud. Notamos en él, sin duda también por falta de piernas, que no era eficaz en los *quites*, y que en las demás suertes que no fuesen la de *recibir*, no pasaba de ser una cosa regular, creyendo que el exagerado *tronío* que á Castilla trajo desde la tierra de María Santísima, le perjudicó más que le favoreció, porque Madrid no vió en Domínguez al torero que esperaba, sino á un

estoqueador de primera fuerza en determinada suerte, que por lo mismo que es la suprema del toreo, y había y hay cada vez menos que la ejecuten, se veía con más gusto.

Sea de ello lo que quiera, Domínguez, con justicia, formó entre los matadores de primera línea, sustituyendo para ciertas gentes, y en cuanto era posible, al inolvidable *Chiclanero*. Su fama creció, y los deseos por verle en todas las plazas menudearon, hasta que en 1857, en el Puerto de Santa María, un toro llamado *Barrabás* le hirió tan gravemente, que le arrancó ó le echó fuera de su órbita el ojo derecho, peligrando su vida con tan tremenda cornada. Esta desgracia alarmó al mundo taurómico. Sevilla y Madrid, especialmente, mostraron gran sentimiento por tan terrible suceso, hasta el punto de que, para calmar la ansiedad de los aficionados, se fijaron dos veces al día en el café de la Iberia de esta corte los telegramas que daban parte del estado del enfermo.

No le hizo esta desgracia perder valor, pero sí facultades, sin que sus alardes de arrojo supliesen ya su mermado poder, siendo esto causa de que sufriese continuamente desde entonces frecuentes cogidas, de que podría tener también culpa una enfermedad que le entorpecía el movimiento de las piernas, y que tuvo necesidad de curarse.

Domínguez era persona de excelente y fino trato, cortés con los aficionados, y altivo y preponderante con sus compañeros.

Siempre que de él se hable, ha de señalársele como un tipo de valiente, como uno de los mejores matadores de su época, y como persona de no escasa inteligencia en su arte y en las demás acciones de la vida social. En todas partes donde ha trabajado, en cuantos círculos se le ha visto, se ha granjeado las simpatías de los aficionados, que han reconocido en él mayor educación de la que en general tienen algunos de su clase.

Entre los más admirables actos de valor y abnegación que se han visto entre toreros, hay uno en la vida de Domínguez que merece especialísima mención. Es muy parecido al que hizo Juan León cuando murió su maestro. En 25 de Septiembre de 1853, dirigiendo la plaza de Sevilla, sucedió que el cuarto toro, de la famosa ganadería de Saavedra, derribó del caballo é hirió al picador Ledesma (*El Coriano*); en el primer momento del quite perdió la capa Domínguez, y conociendo que el toro acudía al sitio en que aquél estaba en tierra, se interpuso á cuerpo descubierto, se *encunó* voluntariamente, se abrazó á la cabeza de la res, y resistió las cabezadas á modo de pegador portugués, hasta que vió lejos al picador camino de la enfermería. Ha trabajado en Portugal, en Francia, y puede decirse que en todos los países en que hay corridas de toros, siendo muy ob-

sequiado y hasta premiado por su arrojo y conocimientos. Alhajas conservaba de gran valor que los últimos emperadores franceses y la familia real de España le regalaron en distintas ocasiones.

Falleció en Sevilla á la edad de setenta y cinco años el día 6 de Abril de 1886, lo cual hace creer que, como tantos otros, se *quitaba* algunos años. Fué muy sentida su muerte y conducido su cadáver al cementerio en hombros de tres individuos de una comparsa conocida por el nombre de «Las viejas ricas de Cádiz, y de un aficionado llamado *Paco el de los Pesos*; llevando las cintas del féretro los espadas José Lara (*Chicorro*), José Sánchez del Campo (*Cara-ancha*), Mariano Ortega (*El Marinero*) y Manuel García (*El Espartero*), y el paño Hipólito y Julián Sánchez, Manuel Campos, *Centeno*, el *Barbi*, *Currinche*, Fuentes y Gallangos. El gran acompañamiento que le tributó la última muestra de consideración y aprecio fué presidido por los renombrados matadores de toros Antonio Carmona, Antonio Sánchez (*El Tato*) y Francisco Arjona Reyes.

**Domínguez, Teresa.**—Banderillera alcarreña, natural de un pueblo cuyo nombre es consonante á *sin vergüenza*, y que lucía sus... habilidades en la plaza de Madrid hará unos cincuenta años.

**Domínguez, José Salvador.**—No adquirió mucho nombre como buen picador; se sabe que trabajó en Sevilla por primera vez el día 7 de Diciembre de 1873.

**Domínguez, Gregorio.**—Picador de toros, cuyas proezas no hemos visto, pero que han sido muy del agrado de los aficionados de la Habana hace pocos años.

**Domínguez, Juan** (*Pulguita*).—También este matador novillero es de los que recogen palmas en las plazas donde torea. Le califican de valiente y no desprovisto de arte, de modo que, si se atiende á que es moderno en él, puede prometerse un buen puesto en el caso de no sufrir un escarmiento, que hay castigo para los atrevidos que no estudian.

**Dorado.**—Algunos llamaron así antiguamente al toro albahío muy marcado. No es voz admitida por los inteligentes.

**Do Rego da Fonseca Magalhaes, D. Luis.**  
—No sólo en Portugal sino en España y en París

ha sido conocido y justamente apreciado el mérito de este valiente y diestro caballero rejoneador, que ha figurado en primera fila desde 1880, en que se dedicó á tan bonito arte, por pura afición y sin necesidad, puusto que posee una buena fortuna; es nieto del célebre ministro portugués de su mismo nombre é hijo de la condesa de Geras de Lima, desde cuyo fallecimiento se retiró del toreo, en 1890.

**Duardo, Patricio.**—Criollo americano, que se distinguió estoqueando toros en las repúblicas americanas antes del año de 1837. Debió darse para ello buena maña cuando de él se ocupó en sus famosas *toraidas* el poeta Acuña Figueroa, tan entendido en tauromaquia.

**Duarte da Cruz Pinto, Antonio.**—Fué un caballero rejoneador de los mejores aficionados al toreo, y ahora es un distinguido profesor de música verdaderamente apasionado. No sólo en Portugal hay ese ejemplo, que también en España; el *Toledano*, Gregorio Alonso, dejó el estoque por el pentágono.

**Duarte Egos Pinto Coelho.**—Si todos los aficionados al toreo fuesen tan entendidos y entusiastas como lo es el Sr. Duarte, que tan buen



nombre ha adquirido *practicando* en Lisboa, mejor andaría el arte y habría menos ignorantes que

le causaran los daños que por no atenerse á los buenos preceptos escritos le vienen originando hace ya tiempo, lo mismo en España que en Portugal y otros puntos. Es joven y valiente.

**Duarte, Maximiano.**—Tuvo en Portugal su época de mozo de forcado muy distinguido; pero todo pasa en este mundo, y hasta se olvida fácilmente.

**Durán, Pedro.**—Picador de toros mejicano, natural de Guanajuato, que en la plaza del paseo de Méjico, el día 23 de Octubre de 1887, lidiando á los órdenes del *Habanero* y *Rebugina*, sufrió una cornada en la pierna derecha, con fractura del hueso, de cuyas resultas falleció á los cuatro días.

**Durán, Juan José (Pipa).**—Este muchacho aspira á ser un matador de toros. No se da mala maña en las novilladas, tiene afición y padrinos, y después de haber ensayado sus facultades en



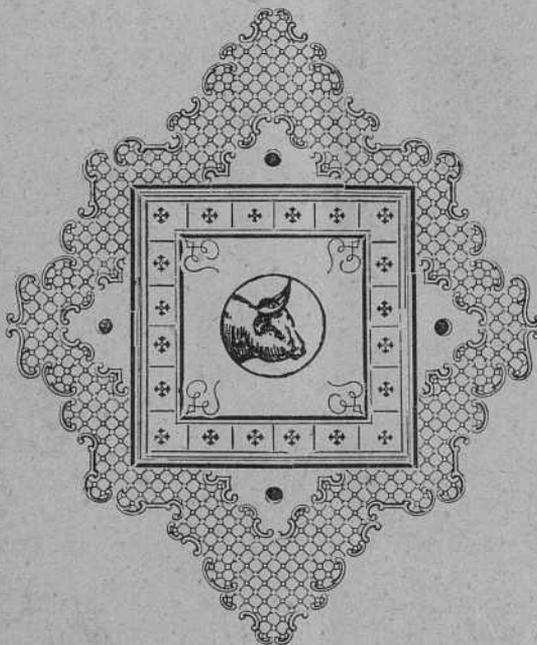
Andalucía parece que marchó á las Republicas americanas, para ejercitarse más en el arte. Nació en Cádiz el 6 de Agosto de 1873; es hijo de Manuel y de Francisca Díaz, hermana de *Paco de Oro* y sobrina de Gaspar Díaz (*Lavi*); formó parte de la cuadrilla de niños sevillanos, estuvo en la Habana en 1890 y es pequeño de estatura. Valiente sin temeridad, promete ser algo pero no llegará más que á cubrir su puesto sin desdoro.

**Durán, Antonio.**—Banderillero que, al decir de los periódicos americanos, es valiente y entendido. Sin verle no debemos aventurar juicios.

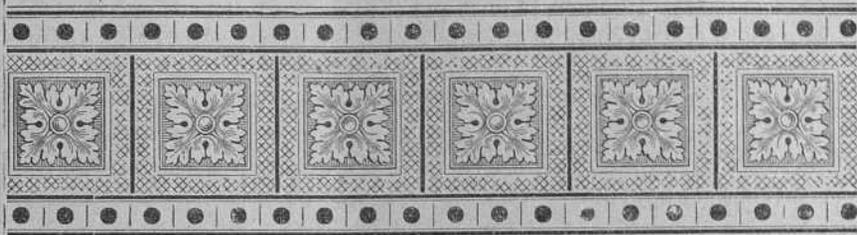
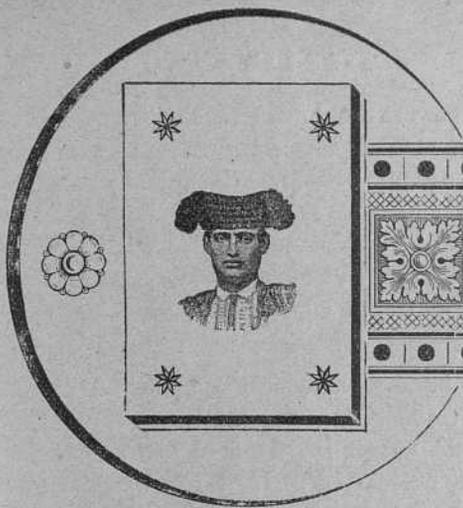
bién se dice que un picador es duro cuando resiste golpes y caídas con gran sufrimiento, sin amenguar su valor y voluntad.

**Duro.**—El toro que acomete con fiereza al picador siempre que éste se le coloca delante, aunque ya esté muy castigado, sin sentirse al hierro. Tam-

**Duro, Mariana.**—Valenciana, picadora de novillos á caballo por la cantidad de 60 pesetas; trabajó en Madrid con *otra tal* Magdalena García, que incluiremos en el lugar correspondiente.



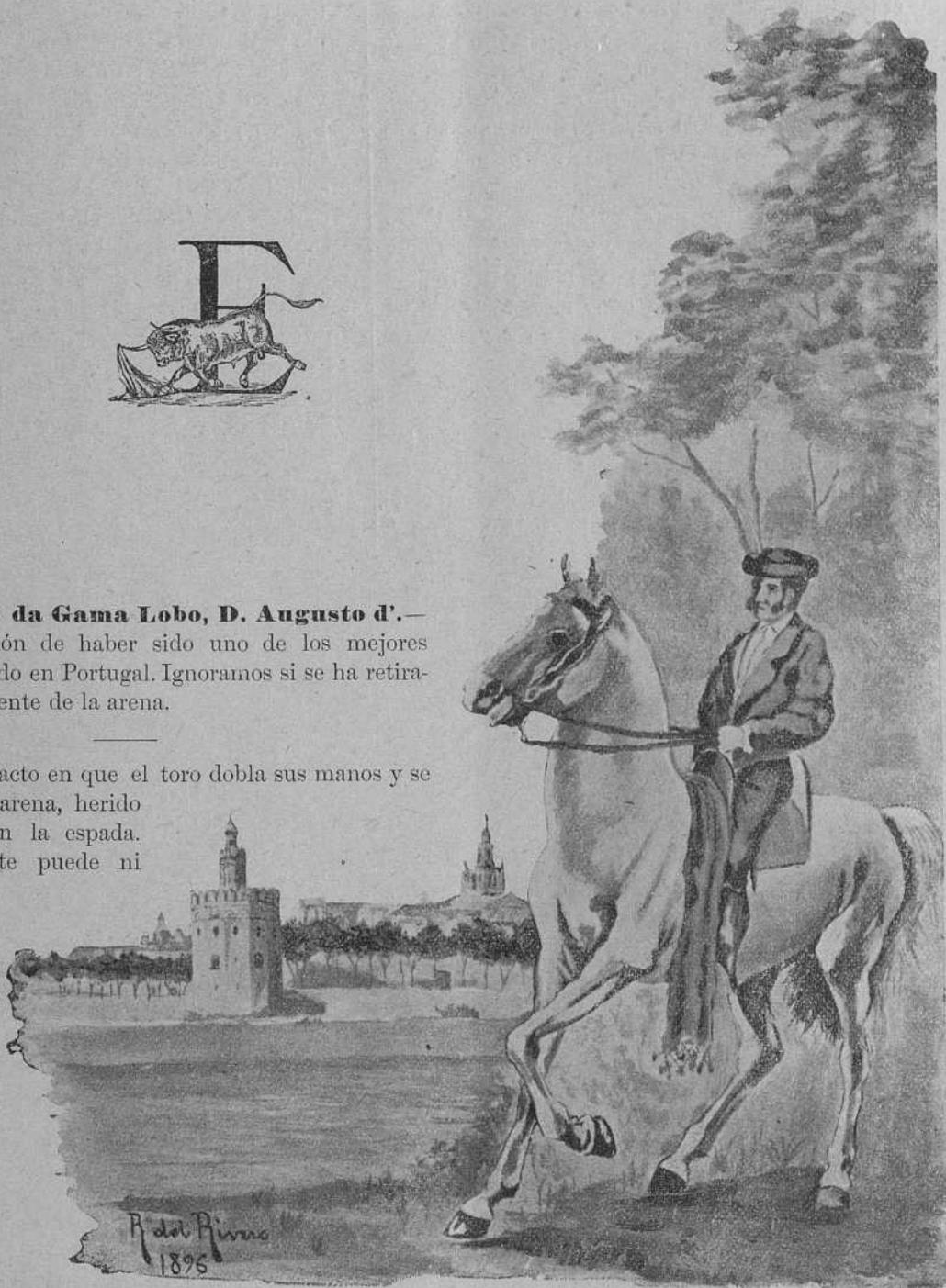




**Eça Figueiro da Gama Lobo, D. Augusto d'.**—

Tiene reputación de haber sido uno de los mejores mozos de forcado en Portugal. Ignoramos si se ha retirado definitivamente de la arena.

**Echarse.**— El acto en que el toro dobla sus manos y se acuesta en la arena, herido de muerte con la espada. Ninguna suerte puede ni debe hacerse con él en este caso más que la de atronarle con la puntilla. Veces hay en que un toro flojo, castigado mucho y mal, se echa en el redondel en el primero ó segundo tercio



de la lidia; pero se levanta tan luego como de cerca se le llama. También se dice que el picador se echa sobre el palo cuando carga la suerte de vara con fuerza en los toros pegajosos que han llegado á besar el caballo. Y cuando el espada, embraguetándose mucho, mete hasta el puño el estoque en el volapié ó arrancando sobre corto, se dice que se echa sobre el morrillo.

**Edad.**—«El toro de cinco y el torero de veinticinco,» dice un adagio común entre los aficionados. Esta regla no es tan general que no tenga, como todas, sus excepciones, siendo lo más común que el torero á dicha edad no posea por completo más que valor y ligereza, pero no conocimiento exacto ó perfecto del arte.

Pueden ser lidiados, y lo son frecuentemente, toros de cuatro y seis años, resultando, como es natural, más nobles y sencillos los primeros que los últimos.

La edad del toro para padrear debe escogerse alrededor de los tres años, más bien más que menos, y cesar á los seis poco más: y por grande que sea su robustez no debe abastecer más de cuarenta vacas, si ha de quererse en las crías, vigor, bravura y buen trapío.

**Egaña, Manuel.**—Torero alavés que mataba toros en novilladas y fiestas, por los pueblos vascos especialmente, formando cuadrillas con muchachos del país y con algunos riojanos. No era muy

diestro, pero se dió buena maña para agradar á sus paisanos. Con este espada empezó á ser banderillero Antonio Pérez (*Ostión*). La carencia absoluta de noticias de este torero nos hace creer que haya fallecido, ó al menos que se haya retirado de su profesión; en Francia toreó con los *écarteurs* hace más de treinta años.

**Elbo, D. José.**—Notable pintor. Nació en Úbeda (Jaen) en 1804. Fué discípulo de D. José Aparicio, creado académico de la de San Fernando en 1832, y falleció en 1844. Entre los preciosos cuadros debidos á su pincel hay «un encierro de toros» y «una torada en la Muñoza» de tan notable verdad, que es muy difícil ir más adelante. La conocida familia de Arratia los posee, con otros varios del mismo autor. Su mejor obra fué la Plaza de toros de Madrid en un día de corrida. Cuéntase que preguntándole en cierta ocasión un entusiasta de las bellas artes, por qué prefería las escenas populares para los asuntos de sus cuadros, contestó: «Soy español y no encuentro más compatriotas que las manolas y los toreros: los extranjeros no tienen corridas de toros, porque entre ellos no se encuentra un solo hombre que valga lo que el más cobarde cachetero. Que comparen la cabeza de Montes con la de Murat.» Bien puede decirse de este insigne pintor que era uno de los más entusiastas defensores de nuestra fiesta nacional.

**Embarbar.**—Es uno de los modos de mancornar

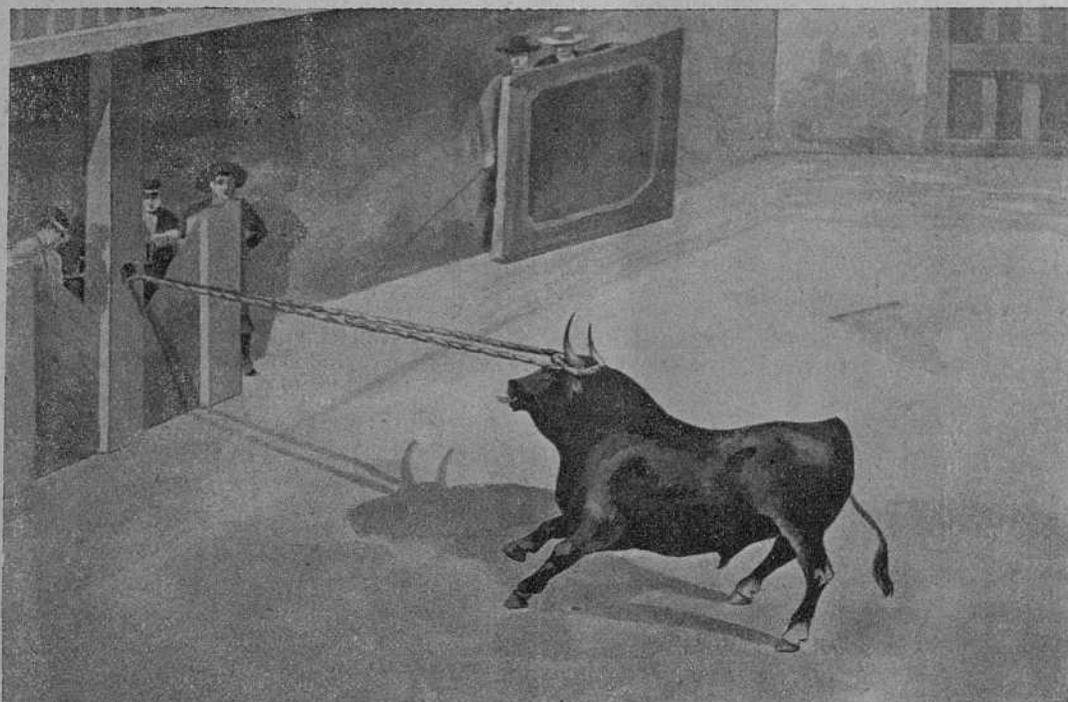


MANERA DE EMBARBAR. — MACÍAS

ó sujetar á un toro por las astas, lo cual se practica del siguiente: Se espera al toro, y al llegar, cuarteá el diestro, colocándose pegado al brazuelo del animal, y echando mano con la derecha al cuerno derecho y con la izquierda al otro, mete el hombro por debajo del hocico de la res, hace hincapié torciéndole la cabeza, y cae aquélla. Algunos dicen que hay quien la espera de rodillas y ejecuta del mismo modo la suerte. Es difícilísima, requiere gran conocimiento de las reses, y no se practica en las plazas, pareciéndonos que al hacerla en el campo los vaqueros la intentan poquísimas veces y con toros jóvenes. Donde más se ve

altas se le enlazan las astas, y el extremo de la maroma con que se le ha atado se pasa por el taladro que tiene en su centro el *mueco*, y enganándola en un torno, se da vueltas á éste, consiguiendo atraer por fuerza á la res, que sujeta al *mueco* por el testuz, deja libres los cuernos en los lados de aquél para que los carpinteros puedan aserrar los pitones y colocar las bolas. Lo mismo se hace cuando en vez de éstas se colocan mangas de cuero que cubren las astas atadas por sus extremos más anchos al centro del testuz.

Es una operación que lastima de gran modo las fuerzas de los novillos, en términos de que no



SUJETANDO PARA EMBOLAR. — MACÍAS

ejecutar es en las tientas y herraderos, y mucho más en Castilla la Vieja, especialmente en Salamanca que en ningún otro punto. No ha dado la Academia entrada en su *Diccionario* á esta voz, que tan bien define y explica un acto conocido, usual y corriente. (Véase MANCORNAR).

**Embostir.**—El acto de acudir de cerca el toro al objeto, ó sea haciendo ya la humillación para tirar la cabezada ó el derrote.

**Embolar.**—Es poner bolas en los pitones de los toros ó novillos. Para verificarlo, se hace pasar á uno solo del corral al toril ó jaulón destinado al efecto; desde un burladero ó desde las barandillas

debe dársele suelta para lidiarlos hasta que pasen siquiera tres ó cuatro días, pues obligados violentamente á acercarse al *mueco* resistense cuanto pueden, empleando para ello todo su vigor y todas sus energías. Generalmente solían embolar antes veinte ó treinta novillos de una vez, es decir, en un solo día; ahora que ya no se matan los embolados y que no siempre se corren, la operación es más limitada respecto al número.

**Embraguetarse.**—Es ceñirse mucho en la suerte de matar, en términos de que el toro bien humillado ha de pasar muy próximo al muslo derecho del espada. La suerte es indudable que ha de quedar mejor ejecutada que saliéndose ó vaciando demasiado á la res; pero bien se comprende que

la exposición es grande, con sólo decir que á veces ni una pulgada de distancia media desde el pitón derecho al muslo ó cuerpo del matador. La Academia, que admite la voz «Bragueta,» no estima admisible la de «Embraguetarse.» Sus razones tendrá.

**Embroke.**—El momento de ganar el toro el terreno del diestro metiéndose en su jurisdicción y teniéndole por único objeto al tiempo de dar la cabezada; de modo que sin arrojar el lidiador al suelo para que el toro rebrinque por encima; sin salir, si es en corto, por medio de un quiebro, ó sin la ayuda de otro compañero que tienda el engaño para distraer al toro, es segura una cogida, á no ser que en viaje largo tenga más pies que la fiera y gane más pronto el olivo. La Academia dice que es coger el toro al lidiador entre las astas. Nosotros afirmamos que puede ser embrocado y no cogido, ni encunado, que esto ya es más de cerca.

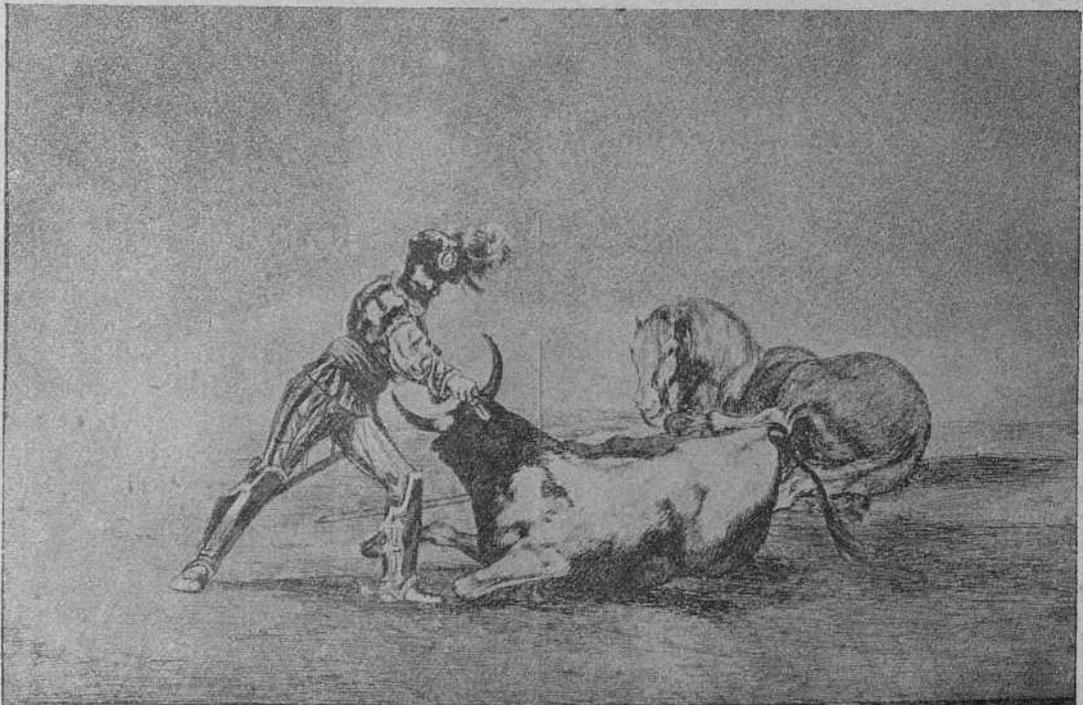
**Emigdio, Joaquín.**—Las únicas noticias que tenemos de este banderillero portugués son las de que empezó en 1818, que no pasó de ser una medianía y que falleció en 1840.

**Empapar.**—Es acercar mucho al toro la muleta ó capa sin separarla del testuz, con el fin de que, cebándose en ella, no pueda fijar su vista en el

diestro ó en otro bulto que esté más distante. Da mucha seguridad al torero, y esto prueba que le será más fácil burlar á la fiera en corto que de largo, siguiendo siempre unido, digámoslo así, el engaño á la vista del toro para que no la desparrame y se consienta con coger otro bulto ó se dirija á otro objeto.

**Empego.**—Hasta hace pocos años, para separar á la vaca del ternero que amamantaba, ha sido costumbre en varias ganaderías—y puede que todavía lo sea en alguna—sujetar á la madre, atar á sus pezones un cordón ó cinta, y colocar sobre toda la teta un lienzo empapado en pez líquida, es decir, muy caliente. A esta operación bárbara llaman *empego*, y ocioso es decir que el animal salía escupiendo y rebrincando sin permitir que nadie se le acercase.

**Empeño de á pie.**—Cuando un caballero quebraba rejones, lanceaba ó picaba con garrochones á los toros, y por virtud de la fiera de alguno de éstos sacaba herido el caballo ó perdía el rejón, la lanza, el estribo, guante, sombrero ó cualquier otra prenda, le era indispensable apearse del caballo, quedarse á pie, y con la espada dar muerte al toro, solo y en la forma que mejor podía. A este acto le dieron el nombre referido de *empeño de á pie*.—Gutiérrez y Alonso Gallo opinan en sus escritos del modo que dejamos dicho, y otros auto-



EMPEÑO DE Á PIÉ. — GOYA

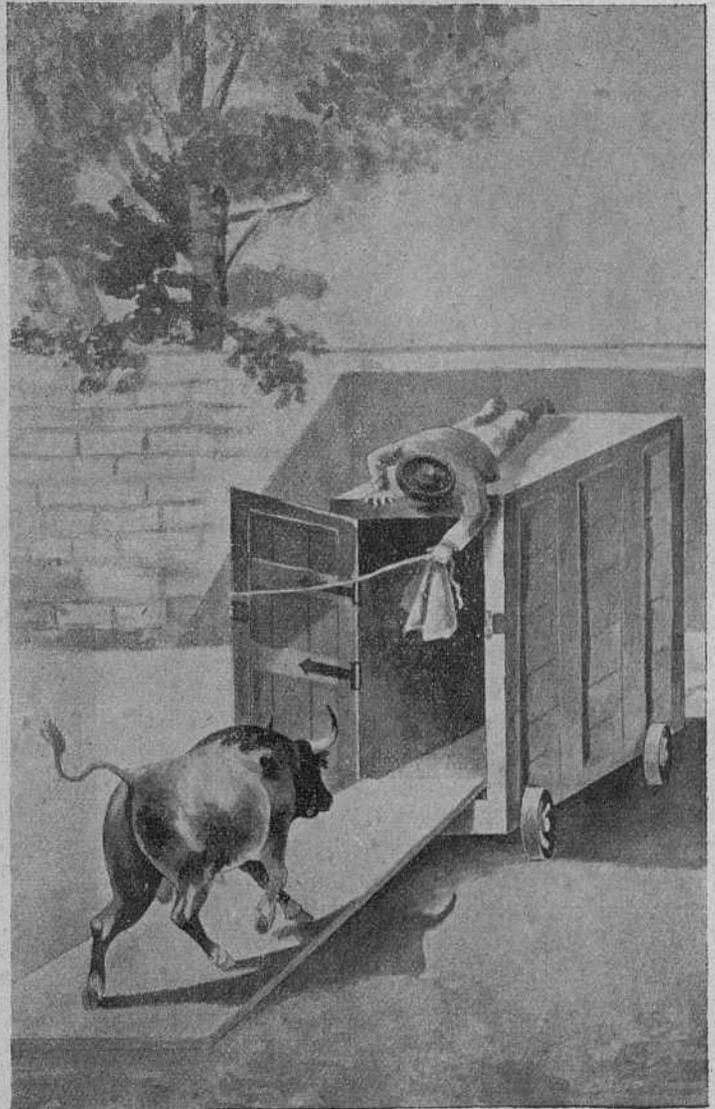
res de nota, entre ellos D. Pedro de Cárdenas, creían que el caballero, por tener herido su caballo solamente, no tenía obligación de satisfacerse, esto es, de acudir al empeño de á pie, «porque el toro no tenía la culpa del descuido de uno.» No se crea por esto que el caballero iba á matar al toro en los términos acostumbrados hoy, ni mucho menos: dirigíase al animal con la espada desenvainada; al llegar cerca echábale la capa ó ferriuelo sobre el testuz, y le acuchillaba y pinchaba hasta hacerle huir ó matarle. En el primer caso, y á una señal de los clarines, la gente de á pie salía con garrochones á desjarretar al animal, que luego cedía al número é intrepidez de sus muchos individuos. Resta sólo decir que la espada usada para estos casos por los caballeros no era la que ordinariamente ceñían, sino muy parecida al machete moderno, aunque más largo, ó lo que es lo mismo, ancha de cerca de tres pulgadas, con un solo corte afiladísimo, gran punta, de peso, y como de un metro de larga. El rey Felipe V prohibió la ejecución de estos empeños á pie, que continuaron los caballeros desde el caballo y con espada.

**Emplazarse.**— Esto se dice del toro que se coloca en los medios del redondel, y aunque derrama la vista sobre muchos objetos, no quiere acudir á los capotes. Para sacarle de este estado debe empapársele mucho en el trapo y hacerlo continuamente y sin interrupción tres ó más peones. Hemos visto usar con buen éxito las verónicas; pero es preferible, si se puede, emplear las largas. Por lo demás, á excepción de la suerte de varas, y ésta si voluntariamente va á ella el picador con solo uno ó dos peones, porque de ir mayor número puede repararse el toro, recelarse y aun huirse, todas las demás pueden y deben intentarse y hacerse con gran lucimiento, porque generalmente el *emplazarse* no es más que tomar una querencia accidental, ó señal de cobardía en la res. Cuidese, sin embargo, de no enseñar á los toros que se emplazan con salidas falsas y pases de largo y al descubier-to, que suelen aprender y volverse de sentido. Obsérvese también que es frecuente en los toros emplazados que no acuden á los capotazos continuados que, buscándoles el frente se les arrojan, que suelen acudir con presteza al que de improviso se les echa por detrás, y esto debe intentarse siempre que convenga llevar al toro á otro lado.

**Empuje.**— Se llama así, no á la acometida del toro, sino al recargue en ella que tienen los pegajosos y de cabeza. En los picadores significa el esfuerzo que hacen para echar el toro por delante, salvando el caballo.

**Encabestrar.**—Hacer que las reses bravas sigan á los bueyes mansos, que llaman cabestros, para conducir las á donde se quiere. Los mayores que enseñen bien el cabestraje, eligiendo un buen manso de punta, tienen mucho adelantado para sin exposición y cómodamente, en cuanto lo permiten faenas tan arriesgadas, conseguir el fin apetecido.

**Encajonar.**—Desde que en España se establecieron los ferrocarriles ha sido fácil transportar con brevedad y cómodamente de un punto á otro,



ENCAJONANDO AL TORO. — MACÍAS

atravesando grandes distancias, ganado bravo, que á muy poco tiempo de llegar al sitio de su partida final, ha podido presentarse en plaza y ser lidiado sin inconveniente alguno. Se ha notado, sin embargo, que los toros conducidos así pierden algo de su natural fiereza por el atolondramiento que les produce el movimiento del tren y por el enervamiento de fuerzas que sufren con la inmovilidad casi completa en que están durante muchas horas. Así que lo más conveniente, y lo que la experiencia aconseja como más útil, es que después del viaje descanse el ganado al menos ocho días, en terreno á propósito y con buenos pastos, antes de ser lidiado. De este modo se reponen, y si no ganan, porque para esto necesitan mejorar mucho en condiciones de alimentación y clima, al menos pierden poco de su primitiva bravura. Para que los lectores que no saben cuáles son las operaciones que se hacen con el ganado de lidia para encajonarle tengan al menos idea, siquiera sea imperfecta, del modo que aquéllas se practican, vamos á exponerlas sucintamente. Enciérranse primeramente los toros en un corral acondicionado al efecto, ó en los de las plazas de los pueblos más inmediatos al sitio en que pasta la torada, después de haber sido conducidos ó guiados con el cabestraje necesario. Se les encierra separados, y cerca de la puerta exterior del chiquero se coloca el cajón ó jaula á donde ha de pasar la res, cuidando no quede más distancia que la puramente indispensable para formar del chiquero á la jaula un corto callejón que ocupe la puerta del primero después de abierta. El cajón, que ha de ser de fuerte madera, convenientemente abarrotado de trecho en trecho, de 2 metros de alto, 1'40 de ancho y 2'50 de largo, poco más ó menos, tiene una puerta con fuertes visagras y picaporte de golpe, como los de los chiqueros de las plazas bien construídas, ó también de corredera de abajo arriba que, al verla alzada, el animal crea continuación del callejón antedicho; penetra sin temor, y tan luego como lo verifica cae la trampa, que va sujeta con fuertes pestillos y cerrojos para evitar un perance. Sobre la jaula se coloca un hombre, práctico en esta faena, que cierra á tiempo la puerta y cuida de ver, por una pequeña y fuerte reja que contiene el techo, si la res se halla bien colocada cuando lo verifica. A veces los toros no quieren entrar en la jaula, porque suelen colocarla mal en muchos puntos en que no hay gran costumbre de ejecutar la operación; esto sucede porque, teniendo aquélla cuatro pequeñas ruedas que naturalmente hacen elevar su piso lo menos quince centímetros, hay este desnivel en el suelo del chiquero; por cuya razón debe igualarse de antemano, y en lo posible, por medio de una rampa que apoye en el cajón su cabecera y su pie en el fondo de aquél.

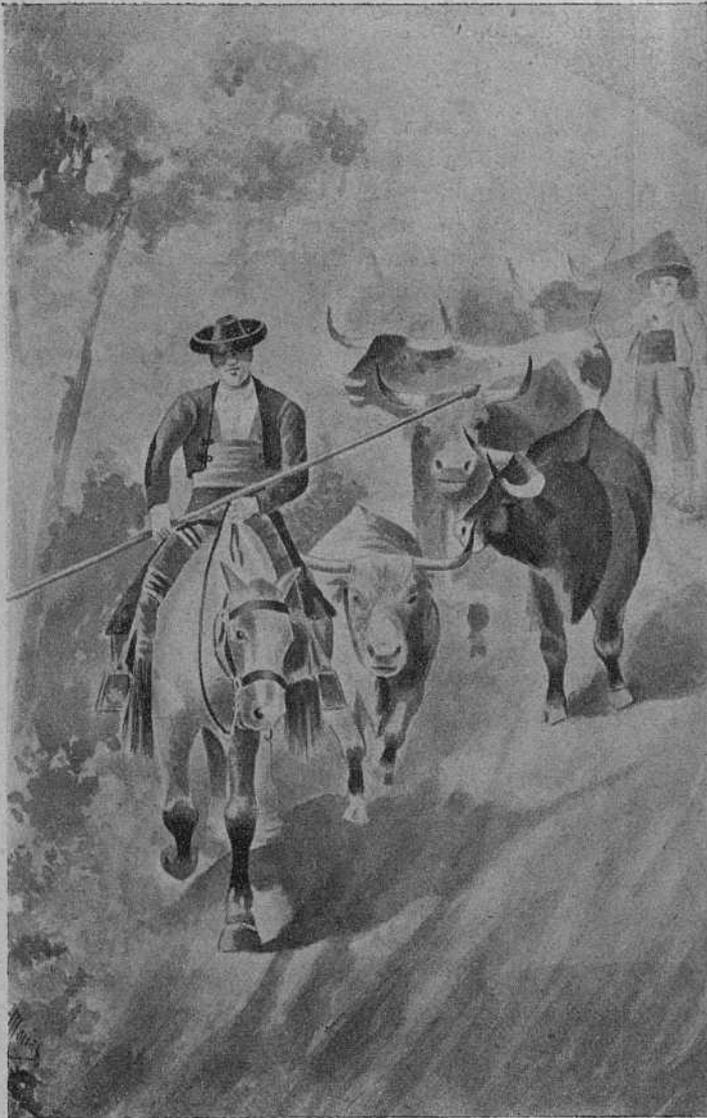
Como se comprende bien, la faena para sacarlos de la jaula es mucho más fácil: basta colocarla en un corral, abrir desde el techo la puerta, y es seguro que inmediatamente saldrá de su prisión el toro, dirigiéndose ante todo á buscar alimento con ávidez. Inútil es decir que si el ganado así conducido ha de esperar algunos días á ser lidiado, es indispensable acompañarle con mansos amaestrados para que le arropen cuando sea preciso.

**Encallejonar.**—Se dice que un toro se encallejona, cuando salta la barrera y no quiere salir del callejón aunque las puertas se le abran. Para sacarle, si los capotes no bastan, porque á ellos no obedece, puede usarse la garrocha ó una banderilla para pincharle en las ancas, cuando esté cerca de las puertas, y no en otro sitio.

**Encampanarse.**—Se dice del toro que, estando quieto y sin atender á objeto alguno, se fija de pronto, levanta la cabeza y se ostenta gallardo y desafiando al que le ha alegrado ó llamado la atención. En este momento el toro es tal vez el animal más hermoso de la creación. La Academia dice que es ensancharse ó ponerse hueco, haciendo alarde de guapo ó valentón.

**Encierro.**—El acto de traer los toros desde el campo á las plazas para encerrarlos en los corrales, no en los toriles, como dice la Academia, que esto se llama enchiquerar. Asiste de ordinario mucha gente á presenciario, especialmente á caballo, y algunos aficionados con garrochas de derribar vienen formando séquito lucidísimo hasta las mismas puertas de los corrales. Cerca de estos, ó en su camino, aprovechando la ventaja de una pequeña altura ó ribazo, se colocan muchas gentes aficionadas, deseosas de presenciar el rápido paso del ganado, al que siempre guía delante un mayoral muy práctico á caballo, sin temor á ser atropellado, porque el cabestro de punta cubre casi las ancas del jaco con sus descomunales cuernos, y á este siguen fácilmente todas las reses, cuidadas por otros mayores que van detrás á caballo y algunos vaqueros á pie. Era en lo antiguo una diversión grande para los madrileños ir á ver el encierro, que desde Caño Gordo ó el arroyo Abroñigal venía á la plaza vieja antes de anochecer, y en los terrenos inmediatos á ésta había meriendas al aire libre entre toda clase de gente. No sólo concurrían allí los muchachos jóvenes, sino mujeres, soldados y hasta frailes; pero poco á poco desapareció esa costumbre, porque el ganado era ya conducido de noche y porque desde que fué derriba-

da la Plaza vieja en 1874 la distancia desde la población se ha aumentado considerablemente; de manera que hoy al encierro no van más que garrochistas y aficionados que tienen caballo.



EL ENCIERRO. — MACÍAS

**Encornado.**—Se usa con los adverbios bien ó mal, calificando la encornadura de las reses; pero en el tecnicismo taurómico se dice con preferencia bien ó mal armado.

**Encuentro.**—El nombre de la estocada al *encuentro*, ó encontrándose, es moderno. No le conocieron los antiguos toreros, y entre los diestros actuales y buenos aficionados es opinión común de que sólo se realiza cuando los toros conservan piernas y el matador se coloca un poco largo, ó sea á mayor distancia de la que se necesita para la suerte de recibir. Entonces, y cuando el dies-

tro ve que el toro viene ganando terreno, de lo cual puede resultarle una cogida si lo espera, sale con prontitud á su encuentro, mejorando dicho terreno, y formando el centro de la suerte en el mismo de las primitivas distancias, clava el estoque, vaciando siempre al toro con la muleta y saliendo por la derecha del animal á colocarse en el terreno que éste ocupó, ó saliendo por piés si se revuelve aquél y le persigue. Es suerte difícil, que sólo pueden ejecutar los toreros de gran fuerza y agilidad, si la han de hacer bien.

**Encunarse.**—Es el momento en que el torero, por falta de piés ó por otra circunstancia, queda colocado entre las dos astas del toro, siendo inevitable el encontrón, del cual sólo puede salvarse arrojándose al suelo, ó porque parándose la res, cosa improbable, no dé la cabezada. Se distingue del embroque en que éste, aunque también corto, es á mayor distancia de la cuna; como que da tiempo en aquél á salirse por quiebro, recorte, etc., y en éste no.

**Enfermería.**—En toda plaza de toros es indispensable que haya en sitio conveniente, muy cerca del redondel, una dependencia dedicada exclusivamente á enfermería. En ella, además del suficiente número de camas, que lo menos deben ser cuatro, han de custodiarse los aparatos, instrumentos quirúrgicos, botiquines, trapos, hilas, vendajes, etc., que sean necesarios para, si es oportuno, hacer en el acto por los médicos cualquier operación á los heridos. De las condiciones especiales del local destinado á enfermería, nadie puede informar mejor que los profesores de medicina, y por lo tanto bue-

no será consultarles en toda ocasión, así como deben ellos saber que tienen obligación de revisar todos los útiles que les son precisos para cerciorarse de que nada falta y de que todo se encuentra en estado de servir en el acto. Inmediata á la enfermería suele haber en muchas plazas una capillita, donde se conservan durante la corrida los Santos Oleos. En Madrid asisten los profesores de medicina y farmacia del Hospital Provincial, y los nombres de los Sres. Arce, Guerrero, Alcaide, Pérez Obón, Capdevila, Aguinaga, Gómez Pamo, Morales, Martínez, Saenz, Isla, Campesino, Biforcós, Dueñas, Girón y otros que tanto se han distinguido por el esmero é inteli-

gencia con que echando mano en el acto de los recursos de la ciencia han curado á los toreros heridos, no se han de olvidar en mucho tiempo ni de ellos ni de sus familias y amigos. Son conocidos también como distinguidos facultativos de plazas de toros los Sres. Marchal en Córdoba, Vázquez en Sevilla, Lechón y Teruel en Valencia, Armengol en Barcelona y otros más modernos en varios puntos.

**Enfrontilarse.**—Es colocarse el torero frente á frente del toro de modo que si este acomete y aquél no se mueve, ó lo hace atrás ó adelante, pero no á un lado, necesariamente ha de ser encunado y arrollado, aunque no sea herido, á no ser que teniendo capote ó muleta en la mano guíe con ella al toro y haga que éste se mueva inclinándose al costado que se le lleve. Así debe hacerse en la suerte de matar.

minados, lidiarle ó hacer con él alguna de las suertes de la tauromaquia.

**Engatillado.**—Significa, con relación al toro, que éste tiene el cuello grueso, redondo, levantado y arqueado, formando buen morrillo.

**Enhilarse.**—Voz usada por toreros y aficionados, que significa lo mismo que «Enfilarse,» y así la define también la Academia. El que no se coloque bien *enhilado* para partir rectamente al morrillo del toro con el estoque no es buen espada. Remitimos al lector á la palabra COLOCACIÓN.

**Enlazar.**—Para enlazar las reses desde el caballo, se prepara una cuerda larga como de veinticinco á treinta metros; fuerte, pero no muy gruesa, que



1804. — MODO DE ENLAZAR Á LA ESPAÑOLA

**Engaitado.**—Lo mismo que ENGATILLADO, de cuya palabra tenemos aquella por corrupción.

**Enganchar.**—Cuando el toro coge al lidiador, caballo ú otro objeto con uno ó ambos pitones y le saca por alto del sitio que ocupe, sirviéndole las astas de gancho con que agarra el bulto.

**Engaño.**—Es propiamente llamado así todo instrumento ó cosa con que se burla al toro, como capa, muleta, etc., para apartarle de sitios deter-

se ata á la cola del caballo por uno de sus extremos; el otro, formando un lazo, se coloca en una vara corta que el jinete lleva en la mano derecha, y el resto de la cuerda se arrolla y pone en la grupa del caballo sujeto con un hilo bramante capaz de romperse al dar un tirón de él. Armado así el jinete, ha de cansar á la res corriéndola y aun acosándola, y cuando llega á emparejarse con ella, le echa el lazo á los cuernos fácilmente, y metiendo espuelas al caballo, se adelanta y marcha, llevándola enlazada; pero debe cuidar de seguir la carrera en línea recta, sin atravesarse, porque si esto hace, puede muy bien pararse el toro en la ca-

rera, y volcar al caballo y jinete con poco que tire. De todos modos, aconsejamos que el jinete lleve una navaja ó instrumento cortante para en un momento dado cortar la cuerda, pues que es muy fácil que ésta se enganche en una mata, tronco ó piedra y ocasione un peligro que debe evitarse.—Para enlazar á pie, se prepara la cuerda de la misma manera y en una vara igual á la que hemos dicho, y cuando haya varias reses juntas se echa el lazo á la que se quiere, ya desde atrás, ya desde cualquiera de los costados; pero nos parece que, además de no ser vistoso este modo de enlazar, ha de practicarse pocas veces con ganado bravo, por lo expuesto que consideramos ejecutarle. Sobre el enlace de la forma expresada y con bolas en América, véase lo que decimos en la voz **HERRADERO**. El lazo con que se sujeta á los toros, ó sea el que se hace á un extremo de la cuerda, se llama *cintero*.—Manuel Domínguez era una especialidad para enlazar reses á caballo; Manuel Hermosilla era también diestro en esta faena, y en general lo practican bien los toreros que han permanecido algún tiempo en América. Cuando en América *lazan* á un toro, ya sea por *manganeo* ó *pealeo*, pasan una cuerda alrededor del cuerpo, por la parte delantera del vientre, algo cerca de los brazuelos y bastante apretada, y saltando el hombre encima de la res, le sirve la cuerda de pretal y de seguridad para afirmarse, montando en la cruz del toro, no más atrás, y dejándose llevar á voluntad; es muy vistosa esta suerte, cuando el toro rebrinca, porque pone de manifiesto la habilidad del jinete, el cual no debe apearse hasta que el toro se pare.

**Enmendar.**—Dícese que un diestro enmienda la suerte, cuando, intentada de un modo, le ha sido preciso ejecutarla de otro, ya por haber cambiado el toro su viaje ó cortado terreno, ya porque el torero haya visto cualquier dificultad para hacer bien lo concebido. Como se comprende desde luego, no es enmendar la suerte dejar de hacerla, sino corregir sobre el terreno y en el momento la proyectada y empezada á realizar y consumarla. Para esto es preciso ver llegar bien los toros y tener los conocimientos y circunstancias que exige la profesión.

**Enriquez de Salamanca, D. Emilio.**—A este joven escritor, que firma con el seudónimo «Revueles», se deben las bonitas revistas de toros que publica el periódico de Ciudad Real llamado *El Labriego*. Es decidido partidario de nuestra fiesta nacional.

**Ensabanado.**—El toro cuya piel es completamente blanca, no sucia, y sin mezcla de pelo de ningún otro color. El ensabanado puede, sin embargo, ser capirote ó capuchino; pero si además es botinero ó tiene manchas de igual color al de la cabeza ya se le llama berrendo.

**Entablerarse.**—Se dice del toro que toma querencia á los tableros ó barrera y cuesta trabajo sacarle de ellos, imposibilitando, ó dificultando cuando menos, la ejecución de las suertes. Según la Academia, es «aquerenciarse el toro á los tableros del redondel, aconchándose sobre ellos.» Como desde luego se comprende, esto puede ser de costado ó de espalda ó anca. Por eso nosotros, aunque sea menos culta la frase, decimos cuando sucede lo último «acularse,» porque nos parece más gráfica y es más conocida en el toreo. Estando así el toro, es imposible hacer con él suerte alguna, á no ser clavarle palos al sesgo, y por lo mismo, si los capotes no bastan para ello, suele ponerse una banderilla sobre el nacimiento de la cola para que, sentido al castigo, salga de allí. Estando entablado ó aconchado á las tablas con el lado izquierdo, puede el espada arrancar sobre corto á dar la estocada, lo cual no puede ejecutarse en colocación contraria, á no ser que el matador sea ambidextro; cosa rarísima, pero no imposible.

**Entero.**—Se dice que un toro está entero cuando se halla con las mismas fuerzas, ligereza y facultades que tenía al salir de los toriles. Para quitarle en parte unas y otras son las suertes de vara y banderillas, y para quitarle ligereza ó piernas son el capote y la muleta. Aunque el toro no debe ir á la muerte entero, conviene también que no vaya tan apurado que por rendido ó falta de fuerza en las patas, se quede en la suerte ó se recueste en los tableros. Un buen torero sabe lo que debe hacerse según los casos.

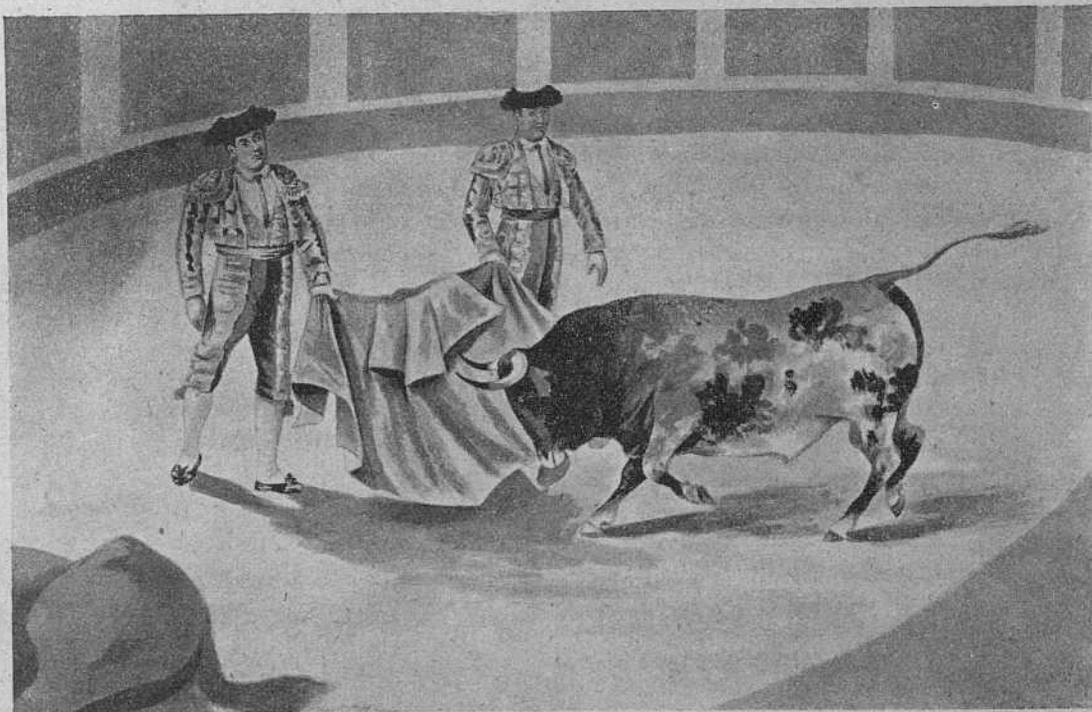
**Entrar (á la suerte).**—Es cuando el toro pisa ya el terreno ó jurisdicción del lidiador de á pie ó de á caballo, aunque no llegue al bulto. También puede decirse del torero cuando va á ejecutar una suerte, estando el toro completamente aplomado, y del picador cuando avanza obligando á las reses «paradas.»

**Entre dos (ó al alimón, como algunos dicen).**—Es un modo de capear antiguo que, como el título expresa, se ejecuta por dos toreros. Cada uno de ellos toma una punta de la capa y se la presentan

por el centro al toro, acomete éste, y entonces la levantan para que pase por debajo; hecho lo cual, cambian de frente y vuelven á colocarse para repetir la suerte. No debe hacerse con toros tuertos, y menos con los que se van al bulto, porque aunque hay defensa en cuanto uno de los diestros tire con fuerza del capote, en cuyo caso su compañero debe soltarle y aun llamar la atención de la res, es muy deslucido no consumir la suerte intentada. Nosotros la hemos visto hacer á dos espadas y un tercero esperar detrás al toro á unos seis metros, y con una verónica ó un galleo volverle á dar la cara al capote extendido y repetir la suerte

zar entre cuero y carne, causándole poco daño relativamente, aunque suele hacerle huído y receloso. Para herir de tan mala manera preciso es que el toro ó el torero, ó los dos á la vez, se hayan salido del centro de la suerte.

**Erades, Francisco** (*Cangrena*).—Ponia banderillas y mataba toros en los pueblos y novilladas como sus pocas facultades le permitían, porque no sabía tanto como debiera, atendido al tiempo que llevó toreando.



CAPEAR ENTRE DOS Ó AL ALIMÓN. — MACÍAS

hasta cansarle. El animal no sufre con este capeo un gran destronque; pero no debe abusarse. Divierte mucho á los ignorantes, á pesar de ser tal suerte de ningún mérito.

**Entrepelado.**—En muy pocos puntos de España llaman así los verdaderos aficionados al toro que tiene mezclado el pelo de un color con el de otro, porque generalmente se les distingue con los nombres de cárdeno, salinero, etc.

**Envainar.**—Se dice cuando el matador da una estocada que, entrando el hierro por el tejido que hay debajo de la piel del toro, sigue sin profundi-

**Eral.**—Llámase así al becerro que no tiene más de dos años.—(Véase Toro).

**Escacena, José.**—Ha matado toros en varias plazas de segundo orden de la isla de Cuba, y era aplaudido no há muchos años. ¿Qué ha sido de él? ¿Dejó el oficio ó se le hicieron dejar los toros?

**Escalante, Enrique** (*El Torerito*).—Para diferenciarle en el apodo llaman á este chico el de Madrid, y á Bejarano el de Córdoba. Vale, hasta ahora, mucho más éste que el madrileño, que empieza su oficio con valor matando toros en novilladas. Eramos pocos... Hay otro *Torerito* llamado

Pérez, que ocupa el sitio correspondiente en este libro.

**Escalante, Pedro** (*Periquet*).—Es conocido muy poco, hasta ahora, como matador en novilladas. Creemos que es valenciano.

**Escamilla, Antonio**.—Antes que el *Gordito* y antes que Peroy se ponían banderillas á pie quieto, ejecutando de mejor ó peor modo el quiebro, con arte ó sin él. En el año 1839, el día 7 de Julio, en el Perú y en San Luis de Potosí, puso banderillas á un toro de aquel país Antonio Escamilla, con los pies engrillados y en el centro de la plaza, y claro es que no de otro modo que *quebrando* pudo clavarlas. No quita esto para que consideremos al *Gordito* como autor de esa suerte, porque lo mismo la de Peroy que la de Escamilla, si bien eran quiebros de cintura no se reducían en ley más que á eso, porque los palos eran clavados en cualquier parte del toro, sin arte ni regla fija, y porque Carmona no había visto á ninguno ejecutarla cuando él la inventó. Sin embargo, hay que conceder á todos su mérito respectivo.

**Escamilla, Nicolasa** (*La Pajolera*).—Natural de Valdemoro. Salió á torear en Madrid antes del año de 1776, según afirma un libro manuscrito por D. José Daza, que posee el Sr. Espinosa, vecino de Sevilla. En todas las épocas ha habido payasos, bufones y botargas, que han servido de hazme reir á sus semejantes. Sin embargo, el célebre Goya la incluyó en su magnífica colección de láminas taurinas grabadas al agua fuerte.

**Escantillón ó Descantillón**.—Según la Academia es regla pequeña con un rebajo para señalar la línea por donde se ha de cortar ó labrar con igualdad la madera, piedra, etc. Efectivamente, es una pequeña regla con la cual se miden las puyas de las garrochas antes de usarlas en las corridas para que no tengan más pica ó pincho que el autorizado. En verano es la medida de más milímetros que en el invierno, y en Madrid menor que en Andalucía. En nuestro concepto debe ser de veintidós milímetros (once líneas) desde 1.º de Abril á 30 de Junio, y de veintitres milímetros (una pulgada) desde esta fecha á 30 de Octubre.

**Escape**.—La fuga apresurada con que alguno se libra de recibir el daño que le amenaza. Así lo de-

fine la Academia, cuyo perdón solicitamos por decir que el que huya, por muy á escape que lo haga puede ser alcanzado por quien más corra y no librarse del daño temido; y que también es posible que haya ocasión en que un jinete, por ejemplo, salga á escape, sin que haya nadie que le amenace ni persiga. Si dijera «con que alguno intenta librarse» ya era otra cosa.

**Escobar, Juan de**.—Así, con su *de* y todo figura en carteles del pasado siglo como picador de toros, cuando eran espadas Manuel Palomo, Juan Miquel y Antonio Albano. En las fiestas de Málaga, en 1763, mató á caballo los toros que le correspondieron con un garrochón, que debería tener una puya muy larga y afilada sin duda alguna, y en las funciones de Pascua y feria celebradas en Sevilla el mismo año alternó con Cristóbal Ravisco y Francisco Gil. Su hijo

**Escobar, Juan**.—Alternaba en 1802 con Juan Hurtado y Bartolomé Manzano. No sabemos nada acerca de su mérito, ni hemos podido comprobar si fué éste ó el anterior el que de dichos nombre y apellido fué natural y vecino del pueblo de Manzanilla, reino de Andalucía, que actuó como nuevo en la plaza de Madrid en la mañana del 18 de Junio de 1787 en unión de Bartolomé Carmona.

**Escobar, José**.—Picador de los de la época de los Amisas, que alternó en Madrid en 1788. Ignoramos su mérito.

**Escobar, Pedro**.—Trabajaba en varias plazas de Andalucía á mediados del presente siglo, sin hacerse notar por ningún concepto.

**Escobar, Diego**.—Banderillero de poco nombre que trabajó por primera vez en Madrid, lo mismo que Luis (*El Tiñoso*), en el año de 1827. No se distinguió gran cosa en su profesión.

**Escobar, Francisco**.—Banderillero de segundo orden que trajo á Madrid Francisco Arjona (*Cúchares*) el año 1857, y toreó muy pocas veces. ¡Valía tan poco!

**Escobar, Antonio** (*El Boto*).—Pequeño de cuerpo para matador de toros, nos gustó más su arte,

cuando empezó hará unos ocho años que ahora, porque entonces se iba más derecho y entraba mejor á herir. Es posible que este defecto adquirido últimamente le corrija, y debe procurarlo si ha de salir de matar solo en novilladas; aténgase en primer término á usar aquella muleta corta con que empezó; á hacer humillar al toro presentándose en el hocico y no más arriba, que es lo que hacía con buen resultado, y á torear parando y puesto en jurisdicción, y nos agradecerá el consejo.

**Escobillado.**—El toro cuyas astas se abren formando hebras en su extremo agudo, por efecto de cornear contra cuerpos duros.—Casi es lo mismo que «astillado,» pero se dice de este modo cuando las hebras son más anchas, y «escobillado» cuando más estrechas ó delgadas.

**Escribano.**—Toro de la ganadería de D. Faustino Udaeta, antes Hernández, de Madrid, divisa morada y blanca. Negro girón, calcetero, cornidelantero y bravo, fué corrido en la corte en sexto lugar en la tarde del 31 de Mayo de 1891, y al salir en persecución de un capote, remató en las tablas y se rompió el cuerno derecho por la mitad, cayendo al suelo. A pesar de eso, tomó ocho varas empujando, mató cuatro caballos, fué capeado para pararle, le pusieron tres pares de banderillas, y murió de una sola estocada, siendo noble en todos los tercios. Al arrastrarle fué aplaudido.

**Escuela.**—La necesidad de una escuela de tauromaquia que contribuyese á difundir entre los aficionados y los que se dedican á tan difícil arte los conocimientos necesarios para ejercerle con gloria y provecho y con el menor peligro posible, ha sido y continúa siendo objeto de acaloradas controversias y disputas, siempre apasionadas en uno y otro concepto, según que el sostenedor de la idea sea más ó menos entusiasta por el espectáculo. No es este el sitio oportuno para tratar tan debatida cuestión, que ya dejamos explanada en esta obra; así que sólo nos ceñiremos á indicar las vicisitudes por que ha pasado la enseñanza de la tauromaquia en nuestro país. Parece indudable que las primeras reglas que se dieron para sortear los toros fueron la de lidiarlos á caballo, y que éstas, más que como objeto de espectáculo ó fiesta pública, lo fueron para acosarlos, cazarlos y matarlos en el campo, lo cual se comprueba con decir que para ello no se escribieron preceptos fijos más que en los libros de montería; y aunque aseguran que hasta el siglo pasado nada se escribió que sirviera para estudiar el modo de lidiar toros, nosotros en

el curso de esta obra dejamos probado que en el siglo XVI ya había libros que daban reglas claras, precisas y minuciosas que debían observarse para alancear y lidiar toros á caballo. Para lidiarlos á pie se tardó mucho tiempo, desde que empezó así la lidia después de la venida de Felipe V, hasta que se escribieron algunas reglas que, fundadas en la experiencia, sirvieran de algo á los que se dedicaron al toreo. En el año de 1726 se imprimió por D. Nicolás Rodrigo Novelli su *Cartilla de torear*; luego escribió unas *Reglas* en 1750 D. Eugenio García Baragaña; y cuando *Pepe Illo* escribió y dió á luz su *Tauromaquia*, ya el arte de torear había llegado á una altura á que realmente parecía imposible llegase. Y todo esto sin escuela alguna, sin más preceptos que los que verbal y prácticamente se transmitían unos toreros á otros en el acto, en el momento de la lucha y sin preparación alguna. En nuestro concepto, la gente de á caballo, ó sean los picadores, aprendían á conocer las reses y sus inclinaciones en el campo, cerca de las ganaderías, como hoy sucede; así que hemos visto excelentes picadores cuyos primeros rudimentos los han tenido siendo pastores ó mayores de toradas. La gente de á pie no podía ni puede ahora aprender prácticamente en ninguna otra parte más que en los mataderos públicos ó en las funciones de novillos; pero convendría que en ambos sitios tuvieran á su lado maestros que los dirigiesen y enseñasen, porque en realidad sus primeros pasos son guiados por el instinto del novel aprendiz, que sin guía alguna se presenta en el palenque á ser silbado y escarnecido, en vez de alentado para que en adelante pueda llegar á ser algo. No sabemos si por popularizarse más Fernando VII, ó porque él y sus consejeros tuviesen afición á las fiestas de toros, ó porque es muy difícil ir contra el torrente de la opinión pública, ordenó la creación de una escuela de tauromaquia en Sevilla en 28 de Mayo de 1830, según consta del decreto que como documento curioso insertamos en este lugar, y dice así: «Intendencia de la provincia de Madrid.—El excelentísimo señor Secretario de Estado y del Despacho de Hacienda me comunica con fecha 28 de Mayo próximo pasado la Real orden siguiente:—Circular.—Al Intendente de Sevilla digo con esta fecha lo que sigue:—He dado cuenta al Rey nuestro Señor de la Memoria presentada por el conde de la Estrella, sobre establecer una escuela de tauromaquia en esa ciudad, y de lo informado por V. E. acerca de este pensamiento, y conformándose S. M. con lo prevenido por V. E. en el citado informe, se ha servido resolver: 1.º Que se lleve á efecto el Establecimiento de tauromaquia, nombrando S. M. á V. E. juez protector y privativo de él. 2.º Que la escuela se componga de un maestro con el sueldo de doce

mil reales anuales, de un ayudante con el de ocho mil, y de diez discípulos propietarios con dos mil reales anuales cada uno. 3.º Que para este objeto se adquiriera una casa inmediata al matadero, en la que habitarán el maestro, el ayudante y alguno de los discípulos, si fuese huérfano. 4.º Que para alquiler de la casa se abonen seis mil reales anuales, y otros veinte mil reales anuales para gratificaciones y gastos imprevistos de todas clases. 5.º Que las capitales de provincia y ciudades donde haya Maestranza, contribuyan para los gastos expresados con doscientos reales por cada corrida de toros: las demás ciudades y villas con ciento sesenta por cada corrida de novillos que se conceda, siendo condición precisa para disfrutar de esta

á ser únicamente fieles narradores y á dar á conocer documento tan importante.

Esto mandaba el que diez y seis años antes había prohibido terminantemente las corridas de toros sin conocer el carácter español, que por el solo hecho de privarle de una cosa, forma mayor y decidido empeño en obtenerla. Pedro Romero fué nombrado primer maestro, y Jerónimo José Cándido su segundo; y claro es que con tan excelentes profesores los resultados no podían menos de ser satisfactorios. Ahí están en la memoria de todos los nombres de los justamente célebres Montes, Domínguez, Yust y Arjona (*Cúchares*), discípulos aventajadísimos de aquella escuela, que fué cerrada al poco tiempo de fallecer aquel monarca,



ESCUELA DE TAUROMAQUIA. — MACÍAS

gracia el que se acredite el pago de dicha cuota, pagando los infractores por vía de multa el duplo aplicado á la escuela. 6.º Que los Intendentes de provincia se encarguen de la recaudación de este arbitrio, y se entiendan directamente en esté negocio con V. E. como juez protector y privativo del establecimiento. 7.º Que la ciudad de Sevilla supla los primeros gastos de las rentas que produce el matadero, y el sobrante de la bolsa de quiebras, con calidad de reintegro. —De Real orden lo traslado, etc.»—Esta es la determinación que, favoreciendo la lidia taurina, ha sido, es y será objeto por mucho tiempo de las más severas censuras. Esto es lo que nosotros, especialmente en este lugar, ni aplaudimos ni condenamos, limitándonos

ó sea por Real orden de 15 de Marzo de 1834, á los cuatro años próximamente de su apertura (1).

Volieron, pues, las cosas al mismo estado que tenían antes del año 1830; y gracias á que en esta época los toreros formaban ya cuadrillas bajo la dirección del espada que sobresalía entre los mismos les era á todos más fácil oír las observaciones de su jefe y obedecer sus instrucciones que seguir su inclinación, como antes hemos dicho, sin conseguir adelantos. No queremos hablar de toreros

(1) Para satistacer la curiosidad de nuestros lectores les diremos que en la casa-matadero de Sevilla, situada extramuros y casi enfrente de la puerta de la carne, edificio construído en el siglo XVI y aumentado en 1788 se

actuales por razones fáciles de comprender; pero como prueba de lo que valían los conocimientos de aquellos discípulos de la Escuela de tauromaquia, diremos que á su vez Montes fué maestro del incomparable Redondo (*El Chiclanero*); Domínguez, de *Bocanegra*, y *Cúchares* lo fué de Sánchez (*El Tato*). Algunos otros recibieron también de aquellos sus lecciones, ya teórica, ya prácticamente, y no faltó por cierto en su tiempo un banderillero tan diestro, tan inteligente y tan maestro, que además de enseñar á aventajadísimos toreros, era el mentor en más de una ocasión de Montes, Redondo y demás espadas, que no desdeñaban sus consejos. Nos referimos al entendido José Calderón (*Capita*), de quien nos ocupamos en el lugar correspondiente. Pero sin embargo de todos estos esfuerzos parciales, á pesar de que la afición, lejos de decaer, ha aumentado (si bien se ha viciado, perdiendo el buen gusto), lo cierto es que el arte no adelanta, puesto que ahora es infinitamente menor el número de los buenos toreros al que teníamos hace treinta años. Si esto consiste en la falta de maestros, ó es causa de que la perversión de gusto en el público incline á algunos toreros á obtener aplausos, aunque sea á costa de su reputación de más ó menos inteligentes, no lo hemos de decir aquí nosotros. Ni los matadores, ni las Sociedades taurómacas, ni las novilla-

habilitó para la escuela un espacioso corral, sobre cuya puerta se colocó la siguiente inscripción:

REINANDO EL SEÑOR DON FERNANDO VII, PIO FELIZ,  
RESTAURADOR, SE CONSTRUYÓ ESTA PLAZA PARA LA ENSEÑANZA  
RESERVADORA DE LA ESCUELA DE TAUROMAQUIA,  
SIENDO JUEZ PRIVATIVO Y PROTECTOR DE ELLA EL ASISTENTE  
DON JOSÉ MANUEL DE ARJONA, Y DIPUTADOS ENCARGADOS DE LA  
EJECUCION DE LA OBRA DON FRANCISCO MARIA MARTINEZ  
VEINTE Y CUATRO, DON MANUEL FRANCISCO ZIGURI, DIPUTADO DEL  
COMUN, DON JUAN NEPOMUCENO FERNANDEZ Y ROSES, JURADO  
AÑO DE 1830

Y coronando esta inscripción las armas de la Casa Real, orladas de cabezas de toros, monteras y sombreros de picadores, rehiletes y garrochas y otros trofeos del arte de torear.—Estos detalles, cuya calificación dejamos al buen juicio del lector, los hemos tomado del *Diccionario* de Madoz, y los refiere también D. Pascual Millán en su *Historia de la Escuela de tauromaquia de Sevilla*.

El circuito interior ó lugar de la lidia era de figura elíptica, con 40 varas castellanas de longitud y 32 de ancho. En la parte frontera á la entrada un gran tendido que rodeaba en forma de anfiteatro casi toda la plaza, y que podía contener 800 personas. A los lados de la puerta principal otros dos tendidos, el del lado izquierdo para 170 espectadores y el del derecho para 410. Al extremo de este último se elevaba el local destinado para la Presidencia y á la espalda una galería que podía contener más de cien personas.—(Estos últimos datos los ha sacado del archivo provincial de Sevilla el inteligente aficionado don Isidro Gómez Quintana.)

das, han de dar por sí buenos lidiadores, si una acertada dirección, si una ciega obediencia á los maestros no va combinada con la lidia. Concluiremos explicando lo que se llama entre los inteligentes diversidad de escuelas. Entiéndese por escuela rondeña la del toreo fino, elegante, si así puede llamarse, que enseñó el maestro Pedro Romero, encargando á sus discípulos que en ninguna ocasión delante de los toros moviesen los pies más que con arreglo al arte, sin faltar á éste en lo más mínimo; diferenciándose de la escuela sevillana, que enseñó Jerónimo José Cándido, la cual admite más movilidad, menos aplomo, menos clasicismo y formalidad, pero que por ser más alegre y variada suele divertir más al público, que en su inmensa mayoría, no tiene el conocimiento necesario para apreciar el valor de las suertes, sin que por esto se entienda que nosotros neguemos mérito á los que realmente lo tienen.

**Esculturas taurómacas.**—En diferentes sitios del presente tomo nos ocupamos de las diversas obras del entendimiento humano que, perpetuando los nombres de sus autores, han dado á conocer el talento, genio é inspiración de los mismos, y su afición y conocimiento de las lides taurinas. Por desgracia nuestra no hemos podido averiguar, y eso que lo hemos intentado con empeño, el nombre del distinguidísimo escultor á quien deben las bellas artes la más original, acabada é inmejorable colección de figuras de talla que, representando toreros y caballos, tiene en su palacio llamado *La Alameda*, muy cerca de la capital de España, el excelentísimo señor duque de Osuna y del Infantado. Sólo sabemos que poseyendo dichos títulos el Sr. D. Pedro Téllez Girón, compró tan magnífica obra de los bienes que fueron secuestrados al que fué infante de España, D. Carlos María Isidro de Borbón. Compónese de cinco grupos de á tres toreros en diferentes actitudes, ó sea en tres suertes de matar y dos de varas, con un grupo además de mulillas arrastrando al toro, y un alguacil á caballo, todos tan perfectamente hechos y colocados, que no se concibe hayan podido ser tallados más que por una persona sumamente entendida en el arte de torear. Hay que añadir á esto que las figuras de los tres matadores son retratos originales de los célebres Joaquín Rodríguez (*Costillares*), Pedro Romero y José Delgado (*Illo*), lo mismo que el del afamado picador Laureano Ortega y el del aventajado banderillero *Nonilla*, lo cual les da inmenso valor, si se tiene en cuenta que son poquísimos é ignorados los retratos originales de tan acreditados maestros. Los trajes que éstos visten pertenecen á la época del primer tercio del presente siglo, y acerca de su

existencia hay un detalle que merece hablemos de él. Hace años que el celoso administrador de dicha posesión, que lo era el Sr. D. José María Díaz de Cevallos, advirtió la falta de la preciosa escultura que representaba á *Pepe Illo*, y como á pesar de cuantas investigaciones de toda clase hizo con singular empeño no pudo averiguar cuándo fué sustraída ni por quién, encargó á persona competente la buscasen por todos medios y á cualquier precio. Cúpole la suerte al conocido restaurador del museo del excelentísimo señor marqués de Salamanca, Sr. Fonseca, de recuperar la alhaja, registrando casas de anticuarios, prenderías y almacenes de trastos viejos, y encontrándola en el Rastro de Madrid, la compró por dos mil reales vellón. Para que no fuese conocida tan pronto, habíale quitado su traje, dejando desnuda la talla; por lo que fué preciso hacerle otro, que, con bastante conocimiento de la época, construyó el acreditado sastre del teatro Real, Sr. Páris. Objetos de arte de tan gran valor, y únicos en su clase, debían figurar en un museo público. No sabemos dónde se encontrará una preciosa colección de figuras y suertes de toros que para un embajador de Inglaterra recibió el encargo de hacer el afamado escultor D. José Tomás. Eran todas las figuras de plata y los trajes esmaltados, y Montes fué el que eligió las cabezas de los toros que sirvieron de modelo. Indudablemente serán objeto de atención en el país que anatematiza nuestras funciones de toros, pero que á su pesar se ve arrastrado á admirarlas. En Málaga y Granada se han modelado preciosas figuras de barro cocido representando suertes de tauromaquia, y el entendido escultor Sr. Vilches es uno de los que han dedicado su talento á dicho fin con gran conocimiento del asunto.

**Escupirse.**—Echarse fuera de la suerte el toro, por blando al hierro ó por demasiado abanto.

**Espada.**—Es el torero encargado de dar muerte al toro con estoque. Antiguamente estaba contratado solo y particularmente, es decir, con independencia de la cuadrilla; pero desde que se retiró el célebre Romero, y el matador más acreditado entonces, Jerónimo José Cándido, reunió el mejor personal que había, cada espada de alguna significación ha quedado constituido en jefe de cuadrilla, la cual se compone, por lo común, de dos picadores y tres banderilleros. A cargo del espada está la dirección de la plaza, y cuando trabajan más de uno la tiene de derecho el más antiguo. Sobre sus atribuciones, véase lo que decimos en la voz PRE-

SIDENCIA. Se llama también espada el arma con que se da muerte al toro, y que describimos en la palabra ESTOQUE.

**Espejito.**—Toro procedente de la ganadería del duque de San Lorenzo, lidiado en Jerez de la Frontera el 30 de Abril de 1872. Cárdeno y bragado, tomó veinte puyazos, matando con gran ímpetu ocho caballos, y le fué perdonada la vida á petición del público.

**Espejo, Francisco.**—De poca fuerza, pero buen jinete, fué este picador de mediados del presente siglo. El habanero Pedro Romero le dió la alternativa en Madrid el año de 1847.

**Espinillera.**—Véase GREGORIANA; pero téngase en cuenta que espinillera se llamó antiguamente una pieza de armadura de hierro templado que cubría las espinillas, y que era de muy distinta forma á la Gregoriana.

**Esquivel, D. Vicente.**—Más de un precioso cuadro de toros es debido al diestro y acreditado pincel de este distinguido artista, hijo del reputado don Antonio.

En 1867 adquirió, por oposición, una plaza de profesor de dibujo de figura en la Escuela de Bellas Artes de Cádiz; de allí pasó con ascenso á Sevilla, y luego vino á las enseñanzas de artesanos del Conservatorio de Artes de Madrid.

**Estados.**—Los toros en la plaza tienen tres estados, que deben ser conocidos por su importancia. Son los de levantados, parados y aplomados. Como indican dichos nombres, los primeros son aquellos que, al salir del toril, y aun algún tiempo después, sin fijarse por lo regular en ningún objeto, ó en su caso muy poco, corren con la cabeza alta, sin codicia por el bulto, arrancan echándose fuera y con el sentido en la huida; los segundos, ó sea en estado de parados, se conocen en que no corren atolondrados, se fijan más, acometen con más decisión, conservan las piernas necesarias para toda clase de suertes, aunque no tengan el mismo vigor que cuando salieron del chiquero, y, en una palabra, se encuentran en las mejores condiciones para la lidia, si bien es verdad que en este estado es cuando empiezan á tomar las querencias casuales, que en el último estado, ó sea en el de aplomados, manifiestan decididamente. Cuando se encuentran en este caso, si tienen querencia, no la

abandonan, no hacen más que por los objetos que cerca tienen, están casi siempre inciertos, se tapan, se quedan, les faltan piernas muchas veces y suelen estar recelosos y hacerse de sentido. No siempre sucede que tan en absoluto pasen los tres estados, pues hay muchos toros que concluyen como empiezan, ó con muy poca diferencia.

**Estampía.**—Partir, salir, embestir de estampía, y significa hacerlo de repente, sin preparación ni anuncio alguno. En los toros de sentido son frecuentes las salidas rápidas, especialmente cuando en la muerte parecen aplomados y sin recursos físicos ni poder alguno.

**Estébanez Calderón, D. Serafín.**—Con el pseudónimo *El Solitario* escribió con un gracejo y talento inimitables preciosos artículos, que tituló «Escenas Andaluzas», describiéndolas como nadie



lo ha hecho hasta ahora. Entre dichos artículos incluyó uno tratando de toros y ejercicios de la jineta con especialísimo acierto y conocimientos del asunto, y en él opina que el principio y origen de tales fiestas apareció en España entre los siglos IX y X. Nosotros, con el testimonio de historiadores respetables, aseguramos resueltamente

que empezaron, cuando menos, en el siglo VIII, y así lo hemos demostrado al principio de esta obra.

Estébanez Calderón nació en Málaga, cultivó las letras como muy pocos, fué auditor general del ejército del Norte cuando la primera guerra civil del presente siglo, y su nombre como literato figurará siempre entre los más aventajados de España.

**Esteller, Juan.**—Matador de toros sevillano que, como jefe de cuadrilla de á pie y de á caballo, estrenó en la mañana del 30 de Mayo de 1754 la plaza de toros que, ciento veinte años después, fué derribada, y existía en las inmediaciones de la Puerta de Alcalá de Madrid. En su tiempo era uno de los más distinguidos espadas, bravo y sereno, que *esperaba* las reses y con valor les daba muerte. Fué su competidor Manuel Bellón (*El Africano*), y si bien éste con la capa y el estoque le llevaba ventaja, parcheando y con rehiletos ni aun Leguregui (*El Pamplonés*) le igualó.

**Esteros, Juan Pedro** (*El Morenito*).—Matador de toros en novilladas, de poco nombre aún, que no sabemos si le conquistará ó se quedará en la estacada. Los buenos deseos no son bastante para llegar al fin del camino.

**Esteves Vaz, Joaquín Augusto.**—Distinguido mozo de forcado, que en Portugal fué muy aplaudido por su valentía.

**Esteves, Manuel.**—Regular mozo de forcado portugués y nada más. Puede que la afición le haga adelantar; pero hasta ahora...

**Estocada.**—La que da el diestro en la suerte de matar. *Media estocada* es la que no se introduce la espada más que una mitad. *Corta*, la que no llega á entrar más que una tercera parte. *Honda*, la que penetra en el animal totalmente. *En la cruz ó en los rubios*, la que siendo más ó menos honda, es colocada en la parte alta del toro, centro superior de las agujas y médula espinal sobre los brazuelos, que es el sitio en que el matador en toda ocasión debe procurar colocarla. *Trasera*, la que queda puesta más atrás que la anterior, ya sea más alta ó más baja. *Delantera*, la que, por el contrario de la precedente, queda colocada ó introducida entre el testuz y la cruz del toro. *Ida*, la que entrando